AUTOBIOGRAFIA ESPIRITUAL

VIDA

DE LA

R. M. ANGELES SORAZU

ABADESA DE LAS CONCEPCIONISTAS FRANCISCANAS
DEL CONVENTO DE LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN
DE VALLADOLID

PRIMERA PARTE O AUTOBIOGRAFÍA

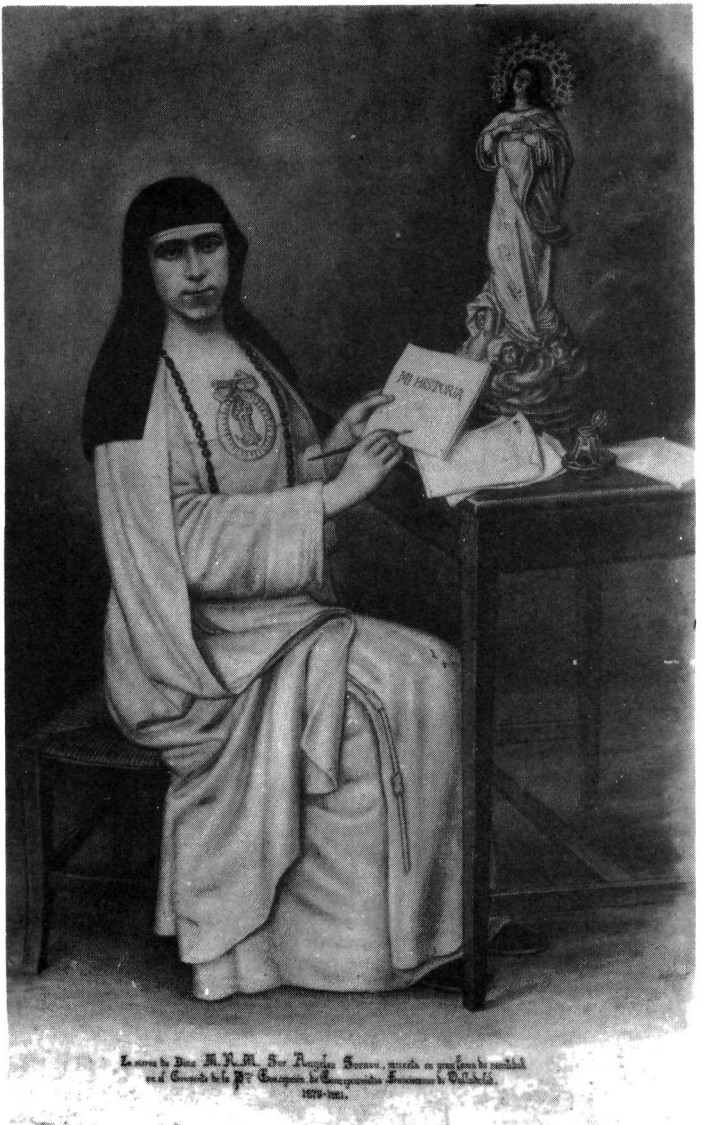
"MI HISTORIA"

REVISADA Y ANOTADA POR EL

R. P. NAZARIO PÉREZ, S. J.

VALLADOLID
IMP. CASA SOCIAL CATÓLICA
1929

Portada de la primera edición —parcial— de la Autobiografía de M. Sorazu, aparecida en Valladolid en 1929.



Cuadro que representa a la sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Realizado por un pintor italiano poco después de la muerte de ella.

†

A mayor gloria de Dios, de su unigenito Humanado, y de la inmaculada Virgen Maria.

Mi historia.

Libro 1.

Contiene los principales acontecimientos de mi vida desde el nacimiento hasta el año segundo despues de mi profesion religiosa.

Capitulo 1.

Con asombro y repugnancia grandes tomo la pluma para referir, no se si mi historia, o las Divinas relaciones de la Misericordia con esta nada criminal merecedora de todo desprecio. La infinita estimacion que me merecen las misericordias de mi Dios quisiera trasladarla refiriendo su historia con el aprecio y perfecion que se merece, mas viendo que con ella se confunde mi nada criminal, y que apareceré quien identificada con la misma en esta historia la relataria con sumo desprecio, y en terminos generales y confusos si la obediencia me permitiera; y hasta quisiera escribirla con carbon en lugar de pluma y tinta. Pe que esto no se conceda, procuraré regular mi conducta con este trabajo escriturario con los dos afectos que predominan en mi corazon modificando ora la estimacion que las relaciones divinas me merecen, ora el propio abarrecimiento para que resulte una relacion modesta. Dig. se el Señor bendecir mi sacrificio.

† Nací en Zumaya-Guipuzcoa el 22 de Febrero de 1849, y el siguiente dia 23 fui bautizada en la Iglesia parroquial de S. Pedro apostol donde recibí mas tarde el sacramento de la Confirmacion. Pertenezco a una familia pobre constituida en su mayor parte de pescadores. † Mis abuelos paternos se llamaron, Buenaventura Sorazu y Ana Goicoechea los maternos José Aizpurua y Concepcion Olagüe. Mis padres, Mariano Sorazu y Antonia Aizpurua, y mis padrinos, Santos Sorazu y Mª Antonia Aizpurua ambos tios carnales. † Pocos dias despues de mi nacimiento para sustraernos al peligro que amenazaba la villa con motivo de la guerra [illegible]

Xerocopia del original autógrafo de la Autobiografía de M. Sorazu: «Mi historia». Reproduce la primera página, o sea, el comienzo de la obra.

Capítulo II.

El purgatorio de la vida espiritual. Lo que en el padecí.

Los mayores trabajos, las penas mas amargas que padecí en el periodo de purgacion me ocasionó el propio conocimiento y la dolorosa aprension del odio implacable de N. Señor. La presencia de Dios me oprimia, lo aprendia presente en la habitacion como Juez inexorable y enemigo formidable con espada en mano para matarme. Huyendo de su severidad, para sustraerme a su espada vengadora me replegaba sobre mi misma y tropezaba con el monstruo de pecado, con la hidra infernal que surgia del fondo de mi ser. Era esta mi historia pecadora, la propia malicia cuya vista espantosa no podia soportar. Queria cerrar los ojos para no verme, y no podia, porque el monstruo transformado en cuadro viviente extendiase a mi vista intelectual para que leyera lo que en el escrito habia cuyos pecados con sus circunstancias agravantes se imponian a mi alma como abismos montañosos para aniquilarme. Huyendo de mi caia nuevamente en las manos del Justo Juez quien me rechazaba, perseguia de muerte y con su omnipotente mano me aplastaba y torturaba. Solamente en la Virgen encontraba reposo, pero alivio pasajero porque no me sustraia a la dolorosa influencia sino que me obligaba a reconcentrarme en mi misma para contemplar el horripilante cuadro que presentaba mi conciencia para expiar las culpas que pesaban sobre mi. Hacia poco tiempo que habia hecho la ultima Confesion general. Por esto, y porque recordaba con frecuencia mi vida pasada habia tenido presente mis pecados habitualmente. Empero en el periodo de purgacion impusieronse estos a mi alma en su enorme fealdad y gravedad como peso aplastante produciendome infinitas angustias. La infinita bondad de N. Señor, la gracia, la virtud, la ley divina, todo todo se impuso a mi alma como circunstancia agravante para torturarme y aniquilarme bajo su grave peso, singularmente la Suma Pasion de N. Señor y las

Xerocopia del original autógrafo de la Autobiografía de M. Sorazu: «Mi historia». Reproduce la primera página del Libro Segundo, Capítulo Segundo, de la obra.

M. ANGELES SORAZU
CONCEPCIONISTA FRANCISCANA

AUTOBIOGRAFIA ESPIRITUAL

Edición de
FR. LUIS VILLASANTE, OFM

EDITORES:
FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
CONCEPCIONISTAS FRANCISCANAS
MADRID, 1990

FUNDACION UNIVERSITARIA ESPAÑOLA
CONCEPCIONISTAS FRANCISCANAS
CON LAS DEBIDAS LICENCIAS ECLESIASTICAS

Depósito legal: M. 19.331.—1990
ISBN: 84-7392-324-3

Impreso en España

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS BENZAL, S. A. - Virtudes, 7. - 28010 MADRID

PROLOGO

Hace exactamente cuarenta años, cuando apenas sobrepasaba yo la veintena, leí con interés una obra en dos tomos recién aparecida: La sierva de Dios M. Angeles Sorazu, Concepcionista franciscana (1873-1921). Estudio místico de su vida *(Bilbao 1950). Hubo en aquella lectura algo que quedó grabado en mi mente. Cuando, cuarenta años más tarde, el P. Luis Villasante, autor de aquella tesis doctoral, me pide que prologue este tomo que ahora publica, le pedí me remitiera fotocopia de aquel «algo» que llamó mi atención, no otra cosa que los juicios que en el Prólogo vertiera el P. Eusebio Hernández, S. J., sobre la excelencia de aquella monja vasca muerta en Valladolid treinta años antes.*

En efecto, refiriéndose a la categoría de su experiencia mística, decía que «por su amplitud y altura, no menos que por su originalidad y aciertos en estilo y exposición, es la experiencia y doctrina de la Madre Sorazu una de las más insignes que registra en sus documentos la historia de la Iglesia». Unas líneas más adelante, el mismo prologuista se atreve a vaticinar que la Madre Sorazu formará, con Santa Teresa y San Juan de la Cruz, el gran trío o terna de los grandes místicos descriptivos españoles, y aun en algunos aspectos se

atreve a decir que la monja concepcionista completa a los dos místicos carmelitas [1].

Tan rotunda cuanto insólita afirmación no era hija de la ignorancia o del desconocimiento de la materia ni tampoco de una exaltación localista. Procedía de un sabio Padre jesuita, profesor precisamente de Ascética y Mística en la Universidad de Comillas. Cuarenta años no han bastado para que yo olvide aquel juicio que me quedó clavado en el alma como un dardo.

* * *

Desde aquel lejano 1950 otros se han ocupado de la Madre Sorazu, todos ellos con el mayor encomio. Además, el 13 de abril de 1988, en la iglesia del convento de la Concepción de Valladolid y muy cerca de la tumba de la sierva de Dios, se introducía su proceso de beatificación, esa especie de reválida o examen de universa spiritualitate, *incluida en él la Mística. «Experiencia» y «doctrina» se funden en lo que es expresión o revestimiento escrito de ambas, esto es, en los escritos. Entre los de la Madre Angeles Sorazu descuella la llamada* Autobiografía, *editada de modo incompleto en 1929 y 1936, traducida parcialmente al francés. Juntamente con* La Vida Espiritual, *los* Opúsculos marianos *y las cartas forman el* corpus *místico excepcional de esta escritora, a la que otro gran experto, como D. Baldomero Jiménez Duque, ha calificado como «sin disputa la primera de estos siglos»* [2].

* * *

¿Primera mística, primera escritora o primera escritora-mística? Probablemente quiere aplicarle esta última primacía. Tan singular calificación no deja de plantear un arduo

---

[1] Luis Villasante Cortabitarte, *La sierva de Dios Madre Angeles Sorazu, concepcionista franciscana (1873-1921). Estudio místico de su vida*, t. I, Bilbao, 1950, págs. VII-IX.

[2] Baldomero Jiménez Duque, *La espiritualidad en el siglo XIX español*, Madrid, 1974, pág. 182.

problema existencial. Porque la Madre Angeles Sorazu, que murió en Valladolid en 1921 como Abadesa de la Concepción, no nació, naturalmente, Abadesa, pero sí parece asomar a la mística desde su más tierna infancia, aunque sus antecedentes familiares no la dispusiesen para escritora, no ya de alta mística, sino de crónicas locales. Su vida entera es una paradoja viviente.

Nació en 1873, el mismo año que Teresa de Lisieux, en la pintoresca villa guipuzcoana de Zumaya, cuando se cernía sobre el ambiente la amenaza de la guerra carlista. Su origen es por demás humilde y no tiene empeño alguno en ocultárnoslo: «Pertenezco a una familia pobre, constituida en su mayor parte por pescadores.» La futura escritora no tuvo más instrucción que la recibida en la sección de párvulos de las Carmelitas de la Caridad de Zumaya y alguna más en la escuela de San Sebastián, a la que asistiría saltuariamente a causa de sus enfermedades. La penuria en letras se ve compensada por la riqueza en sufrimientos: ausencia del hogar del padre, dedicado a la venta de pescado, largas y penosas enfermedades, la muerte temprana de dos hermanitas... La evocación de estos años primeros no puede ser más penosa, padecimientos físicos y morales, con esta confesión sobrecogedora: «En el momento que me hice cargo de mi existencia —debió ser a los tres años o antes, *porque recuerdo la vida que hice en Zumaya— me persuadí que la malicia humana, de que tenía noticia confusa y general, estaba como reconcentrada en mi alma...»*

Florencia, que así se llamó en el mundo nuestra protagonista, salió de casa a los trece años para entrar como sirvienta en una familia de San Sebastián y allí conocer la soledad, el desamparo y el hambre. Un año más tarde se reintegra al hogar y comienza a trabajar como obrera en la fábrica tolosana de las famosas boinas de Elósegui. Asoma a su quince años cierta afición a las fiestas y romerías; a la vuelta de una de ellas, en el lugar de Leaburu, una tarde se produce una auténtica conversión, definitiva en su vida.

Cuando poco después sueñe en la vida religiosa, se encuentra con la valla infranqueable de la dote. Mas se abre un resquicio a la esperanza cuando surge la posibilidad de abrazar la vida religiosa contemplativa ingresando como cantora. Un célebre maestro, Felipe Gorriti, educa su voz y le enseña solfeo. Tales atajos le llevan, a los dieciocho años, a ingresar en la Concepción de Valladolid en 1891. En 1904 será elegida Abadesa. Morirá como tal en 1921, a los cuarenta y ocho años.

* * *

Con estos mimbres hizo Dios el cesto. ¿Quién otro pudiera hacer más, de menos? Difícilmente podrían darse en una persona condiciones menos propicias para convertirla en la «primera escritora mística». Su caso recuerda el de otra famosa escritora mística del siglo XVIII, la gallega Madre Antonia.

Ante literatura en su originarse tan extraña, los teólogos suelen intentar analizar lo qué *nos narran, el contenido de singulares experiencias del espíritu; los filólogos se enredan —y contentan— estudiando el* cómo *lo narran, el revestimiento lingüístico de la experiencia. En nuestro caso, unos y otros han de rendirse y habérselas con las páginas de una mujer que apenas pasó de las primeras letras, que fue sirvienta y obrera, que entró como cantora a un convento y quince años después intentó verter en escritos su mundo interior con caracteres indudablemente originales. El* qué *y el* cómo, *uno y otro asombrosos, derivan de la*

fonte que mana y corre,

que sólo ella conoce y sabe. Le cumplen los versos sanjuanistas: «Entréme donde no supe», aunque una vez adentrada, voló tan alto, tan alto, que dio a la caza alcance, *y sabrá disertar con pasmosa soltura sobre la Trinidad, sobre el «Unigénito Humanado» y sobre la Inmaculada Virgen María, describiendo las más altas cotas místicas con peculiari-*

dades y añadidos a la doctrina de los maestros indiscutibles. Algo particularmente específico de la Madre Sorazu será la fuerte entonación mariana de su espiritualidad. Todo ello le aleja definitivamente de formulaciones abstractas y esencialistas y la convierte en sabrosa e inequívoca muestra de mística cristiana..., *que también la hay, aunque a veces la espiritualidad comparada parezca conducirnos a descubrir las demás y olvidar la nuestra. Aún recuerdo, con regocijo y tristeza, el pasmo del universitario entusiasmado con el Maestro Eckart, cuando le descubrí, no sin harta resistencia por su parte, que era un venerable Padre dominico y que la prosa que al joven entusiasmaba no era otra que la de sus pláticas a las buenas Madres dominicas. Curiosamente, al descubrir la verdadera identidad del adorado Maestro, éste se le derrumbaba como un sombrajo. ¡Cosas veredes!*

A los místicos es aplicable, por elevación, el hondo juicio agustiniano que veía en nuestros méritos —nuestros pobres méritos— los dones de Dios. ¡Con cuánto más fulgor se nos presentarán como dones las excelsas gracias místicas! Son vivencias —y narrativa— brotadas «desde las mesmas aguas de la vida», como diría la Santa abulense.

Pues bien, testigo de una vida abismal y escondida es la Madre Angeles Sorazu... en pleno siglo XX. A darla a conocer contribuirá esta edición de su obra espiritual más importante, la Autobiografía, *preparada con esmero y por primera vez editada completa e intacta. Flores frescas sobre su tumba vallisoletana son testimonio de una memoria viva. La tinta caliente de estas páginas es otro testimonio de una voluntad de avivar y enriquecer esa memoria,*

ad maiorem Dei gloriam
et ad utilitatem quoque nostram
totiusque Eclesiae suae sanctae.

J. Ignacio Tellechea Idígoras
Universidad Pontificia de Salamanca

San Sebastián, 8 abril 1990.

INTRODUCCION

Sin éxitos editoriales clamorosos, sin aparatosidad ni apresuramientos, de forma cuasi imperceptible y silenciosa, pero segura, la M. Angeles Sorazu ha ido obteniendo el reconocimiento y estima de los versados en estudios de Espiritualidad. Asimismo su fama de santidad, a pesar de los años transcurridos desde su muerte, no sólo se ha mantenido firme, sino que ha ido ganando terreno. Y todo ello sin que haya mediado una propaganda ostentosa.

En España, entre los que se han ocupado de ella en los últimos años —amén de otros— merecen ser citados don Baldomero Jiménez Duque [1], Francisco Juberías C. M. F. [2], Daniel Elcid [3] y, últimamente, Sor María Victoria Triviño, Clarisa [4].

Ya en 1950, el P. Eusebio Hernández S. I. se expresaba en estos términos: «Por su amplitud y altura, no menos que por su originalidad y aciertos en estilo y exposición, es la experiencia y doctrina de la Madre Sorazu una de las más

[1] *La Espiritualidad en el siglo XIX español.* Madrid, 1974.
[2] *La Divinización del hombre. Tratado teológico de la perfección cristiana.* Madrid, 1972.
[3] *Angeles Sorazu. Una maravillosa experiencia de Dios.* Madrid, 1986.
[4] *El Cantar de los Cantares vivido en Sor Angeles Sorazu,* 1989.

insignes que registra en sus documentos la historia de la Iglesia» [5].

D. Baldomero Jiménez, por su parte, escribía en 1974: «El caso más relevante en este aspecto es la M. Angeles Sorazu, Franciscana Concepcionista de Valladolid. Como escritora es sin disputa la primera en estos siglos... No se puede dudar de la autenticidad de esa vida santa y mística como pocas han sido, pero hay que reconocer que reviste caracteres muy personales. A pesar de los valiosos estudios que ya se le han dedicado, M. Sorazu merece nuevas profundizaciones. Su talla es muy grande» [6].

En Italia podemos citar a Chiara Augusta Lainati [7] y a Severino Ragazzini [8].

En Yugoslavia, a Mihael Cukovecki, que le ha dedicado por lo menos dos obras, publicadas en Split en 1980 y 1985 [9]. La segunda es traducción de la obra principal de M. Sorazu —*La Vida Espiritual*— a la lengua croata.

El P. Cukovecki nos escribía en una carta, fechada en Vukovar (Yugoslavia) el 26 de Febrero de 1980, refiriéndose a la M. Angeles Sorazu: «*Elle est si merveilleuse!*»

La M. Sorazu muere en 1921. Su obra principal, *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo,* aparece en 1924 y conoce nueva edición en 1956. La *Exposición de varios pasajes de la Sagrada Escritura* (aparte de *La Vida Sobrenatural*) sale en 1926. Los *Opúsculos Marianos* en 1928. La *Autobiografía* en 1929, y en 1936 el P. De Buck S. I. publica una traducción francesa un tanto abreviada de la misma [10]. Por fin, las cartas escritas por

[5] Véase Luis VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida,* 2 vols., Bilbao, 1950. Prólogo.

[6] *La Espiritualidad en el siglo XIX español,* pág. 182.

[7] *Temi Spirituali dagli Scritti del Secondo Ordine Francescano,* 2 vols., Assisi, 1970.

[8] *Maria vita dell'anima (itinerario mariano alla SS. Trinità).* Roma, 1960.

[9] *Sestra Angela Sorazu y Aizpurúa,* Carobnost Mistickog Zivota.—*Duhovni Zivot.*

[10] *Révérende Mère Angeles Sorazu, Conceptioniste.* París.

la sierva de Dios a su Director principal, P. Mariano de Vega, Capuchino, aparecieron en tres volúmenes, editados, respectivamente, en 1942, 1952 y 1958 [11].

En este año de 1989, o sea, a los 60 años justos de la aparición de la *Autobiografía,* se reedita ésta de conformidad con su texto original íntegro y con complementos nunca hasta ahora publicados.

El 13 de Abril de 1988 tenía lugar en la iglesia del convento de la Concepción de Valladolid la solemne incoación del proceso de beatificación de la sierva de Dios. En aquel memorable acto, el Sr. Arzobispo de Valladolid, Mons. José Delicado Baeza, dijo, aludiendo a una conocida sentencia de Karl Rahner, que el cristiano de mañana será un místico —es decir, alguien que ha experimentado algo—, o no tendrá absolutamente nada que decir. Esto equivalía a reconocer la actualidad y demanda de los místicos en el mundo de hoy, del que se ha adueñado el agnosticismo. Dijérase que se ha producido un regreso a «los tiempos de la ignorancia», de que hablara San Pablo en el Areópago de Atenas [12]. Por ello precisamente, el mensaje de los místicos, como testigos de la transcendencia, es hoy más urgente y perentorio que nunca.

Por citar otra coincidencia cronológica, en este año de 1989 se cumplen quinientos de la fundación de la Orden de la Inmaculada Concepción (O. I. C.), a la que perteneció Sor Angeles Sorazu. Una Orden fundada en la Iglesia para honrar y dar culto a este misterio mariano que sólo tres siglos y pico más tarde sería definido como dogma de fe.

[11] *Itinerario Místico de la Madre Angeles Sorazu.* Correspondencia epistolar con el P. Mariano de Vega, su director espiritual, editada y anotada por el P. Melchor de Pobladura, O. F. M. Cap., Madrid. Ultimamente en el *Dictionnaire de Spiritualité* ha aparecido el artículo «Sorazu» debido a la pluma de Mariano Acebal Luján.

[12] *Act* 17, 30.

I

Boceto biográfico

La vida externa de Angeles Sorazu es más bien de escaso relieve y podría despacharse en muy pocas líneas.

Nace en 1873, el mismo año que Santa Teresa del Niño Jesús. Nace en Zumaya (Guipúzcoa), y, como ella misma se cuida de advertirnos, «pertenezco a una familia pobre constituida en su mayor parte de pescadores» [2].

El detalle debe ser tenido en cuenta, pues acaso nos proporcione una pista para explicar algunos rasgos de la psicología de Sor Angeles. Los que viven en las proximidades de la costa cantábrica saben hasta qué punto aquel mar proceloso, en el que los pescadores se juegan la vida casi a diario, acaba modelando el carácter de ellos y de sus familias. Es verdad que el padre de Florencia —nombre seglar de la sierva de Dios— no se hacía a la mar, sino que se dedicaba a transportar y vender el pescado, pero de todos modos pertenecía a este clan de pescadores. Sobre todo las mujeres de estas familias —tal vez esto era más palpable en los días de la sierva de Dios que hoy— se distinguían por su carácter un tanto ingenuo e infantil, mezcla al mismo tiempo de resolución e intrepidez.

En los días en que Florencia viene al mundo, en España, y de un modo más particular en el país vasco-navarro, se produce el formidable estallido de la última guerra carlista. La familia Sorazu, por el peligro que amenaza a la villa, se ve obligada a refugiarse en Cestona, donde permanecerán cerca de dos años [13].

[13] Es de advertir que en Cestona se establecieron parientes próximos de la familia Sorazu, que aún viven allí. Cuando murió la sierva de Dios, ellos contribuyeron a costear la lápida que se puso sobre su sepulcro, y aún hoy dos hijas de esta rama pertenecen a la Orden de la Concepción, una de las cuales sirve en Azpeitia y la otra en Lima.

Volviendo a la historia de Florencia, ésta regresa con su familia a Zumaya, donde permanecerá los años 3.°, 4.° y 5.° de su infancia, asistiendo a la sección de párvulas de las Carmelitas de la Caridad, las cuales tenían entonces su colegio en la parte alta del pueblo [14].

Siendo Florencia de 6 años, la familia se traslada a San Sebastián y se establece en la parte vieja de la ciudad, única que entonces existía. Desde San Sebastián el padre transportaba el pescado por ferrocarril a Tolosa y se dedicaba a venderlo en dicha villa, regresando a casa cada tercer o cuarto día.

En San Sebastián, la niña Florencia acudirá a la escuela, mas no con la asiduidad deseada debido a sus frecuentes enfermedades. A los 10 años de su edad, la familia pasa a vivir a Tolosa.

Aunque no lo dice en su libro, pero lo sabemos por su Director, el P. Mariano de Vega —a quien se lo contaría ella [15]—, hacia los 13 años entra a servir en una casa de San Sebastián, donde sufrió mucho por hallarse fuera del hogar doméstico y por la extremada escasez de alimento. Pasado un año en esta situación, vuelve de nuevo a Tolosa y consigue ser admitida como obrera en la fábrica de boinas Elósegui, trabajo que ejercerá hasta su ingreso en Valladolid como religiosa.

A los 15 años de edad tiene lugar en la vida de Florencia lo que ella denomina época de vanidades, que consistió en cierta afición a las diversiones mundanas, y en especial al baile suelto, único que entonces se conocía en el país.

Esta época de vanidades terminará a los 16 años con una reconvención de su buena madre, que observaba con cierta preocupación las aficiones mundanas de aquella hija, para la que había pedido la salud a Nuestro Señor cuando vi-

[14] En la actualidad dicho colegio está situado en la parte baja, robada a las marismas.

[15] Véase la nota de la 1.ª edición de la *Autobiografía*, pág. 19.

vían en San Sebastián con la condición de que fuera buena y no ofendiera a Nuestro Señor con un solo pecado. *Vide* [7].

El regaño de la madre provoca la conversión de la hija, que no va a ser pasajera o superficial, sino conversión total y a fondo. Precisamente este año de 1989 se cumple el centenario de aquella conversión, que tuvo lugar el día de San Pedro, al regresar Florencia de la romería de Leaburu y entrar en casa después del toque del *Angelus*. *Vide* [13] y siguientes.

A partir de esta fecha la vida de Florencia cambia por completo. El servicio de Dios será de aquí en adelante su único anhelo. La amiga niñera, con la que antes salía los días de fiesta, le afeará el cambio:

—¡Chica, te has vuelto loca!

—Más loca eres tú.

—¿Cómo te has vuelto así?

—Pues como se vuelve una piedra al otro lado: ni más ni menos [16].

Florencia se consagra totalmente a la oración. Pronto hace su aparición la contemplación. *Vide* [35]. La citada Encarnación Vidal nos dice: «Un día me dijo: Yo viviría en una cueva en el monte Uzturre». Sin duda, para perfeccionar la oración de contemplación con que Dios la favorecía alguna que otra vez.

Muy pronto se plantea también el problema de la vocación religiosa de Florencia. No lo plantea ella precisamente, sino que el Confesor, adivinando el deseo de retirarse al desierto que trabajaba a Florencia, le indicó que tal desierto lo hallaría en un convento de clausura.

Ella objeta que sus padres son pobres y no pueden proporcionarle la dote requerida por el derecho eclesiástico.

Entonces el Confesor le hace saber que, entrando en calidad de cantora —para lo cual bastaba tener buena voz y

[16] Testimonio de Encarnación Vidal.

oído y haber recibido unas lecciones de canto— podría ser admitida, aun sin dote, en ciertos conventos, y éste fue el medio arbitrado en su caso. El Maestro Felipe Gorriti fue quien dio a Florencia las lecciones que le valieron por dote. Primero piensa entrar en las Capuchinas de Caspe, adonde hizo un viaje acompañando a una amiga que ingresó allí. *Vide* [42]. Luego se decidirá por Valladolid.

A los 18 años de edad, Florencia, acompañada de su Confesor, toma el tren en Tolosa y va a Valladolid, ingresando en el convento de la Purísima Concepción con la reserva de ejercer el oficio de cantora en las funciones de la Comunidad. *Vide* [47] [17].

En 1891 entra, pues, en el Convento, hace el postulado, noviciado, profesión, etc. La Comunidad se hallaba en una situación a todas luces decadente, tanto en lo material como en lo espiritual. Aquí permanecerá Florencia toda su vida, fuera de tres años (1895-1898) en que, por necesidad de reparación de la casa —que amenazaba ruina—, la Comunidad hubo de ser trasladada provisionalmente al convento de Jesús María, también de Concepcionistas, en la misma ciudad de Valladolid.

Y no hay más novedades externas —aunque internas hay muchas— hasta 1904, fecha en que es elegida Abadesa —justo cuando cumplió los años requeridos por el dere-

[17] En estos años de exacerbado nacionalismo, al referirnos a la M. Sorazu más de una vez nos ha tocado oír, a modo de objeción o reparo, lo que sigue: «Abandonó el País Vasco y se fue a Castilla». Los que esto dicen ignoran generalmente cómo fueron las cosas. En el país no podía realizar su vocación porque le faltaba la dote y las cantoras abundaban. Fue a Castilla porque allí la recibían sin dote con tal de desempeñar el oficio de cantora. Verdad es que no pudo ejercerlo demasiados años (doce, *Vide* [209]), pues con sus muchos ayunos y penitencias arruinó la voz —que la tenía hermosísima— y quedó inhábil para el oficio. En 1902 una señora de Valladolid, sin haberlo pedido la interesada, le proporcionó la dote (5.000 pesetas). Así fue todo de sencillo y claro. Por aquellos años muchas religiosas vascongadas había por toda España, en condiciones más o menos similares a Sorazu.

cho—. *Vide* [387]. La M. Sorazu permanecerá en el cargo hasta la muerte por haber sido reelegida ininterrumpidamente en sucesivos trienios por las religiosas.

En el convento, además de cantora y luego Abadesa, fue tornera y maestra de Novicias en algún breve tiempo. Sor Angeles pedía al Señor vocaciones, pues cuando ella entró eran muy pocas. Consiguió, en efecto, ver realizado su deseo. Aun antes de ser Abadesa, trabajó en la formación de las jóvenes. Siendo ya Abadesa, no contenta con la atención a su Comunidad, se prestó a ayudar a la de Logroño, enviando temporalmente algunas religiosas. Murió a los 48 años de edad tras penosa y dolorosa enfermedad.

Este es el marco exterior de esta vida, tan gris y anodina por fuera como rica y bellísima por dentro.

II

Itinerario espiritual de la M. Angeles

Al tratar de exponer, aunque sea compendiosamente, el camino espiritual de la M. Angeles, uno se siente como embarazado por una especie de antinomia o contradicción, que en el fondo no es tal, como veremos.

Por un lado, ya desde su primera infancia, Florencia se siente pecadora y centro de los desprecios de Dios. *Vide* [3]. A la edad de 9 años, respondiendo a los deseos de su madre —que la había llevado a la iglesia de San Vicente de San Sebastián para dar gracias a Dios por haber curado la hija de una grave enfermedad—, deseará ser santa, pero piensa que en su debilidad no va a saber responder fielmente, y aplaza el cumplimiento de su propósito para cuando tenga 25 años y cuente con las fuerzas que piensa le ha de proporcionar la mayor edad. *Vide* [7].

Cuando a los 16 años se convierte totalmente, conoce, por una parte, los designios de Dios, que la llama a una

alta santidad y la favorece con sus dones; pero, por otra parte, el bajo concepto que tiene de sí misma le hace mirar con sospecha o recelo dichos altos designios. A su modo de ver, ella debería contentarse con los caminos ordinarios y trillados. Piensa que esos otros no son para ella.

A Florencia le resultaba difícil o imposible compaginar estas dos cosas. De aquí procede también la repugnancia invencible que siente para traducir su alma a los Ministros de Dios.

No tendrá dificultad en confesar sus pecados, pero comunicar a los Confesores o Directores los designios de Dios sobre ella —que, por otra parte, conocía con bastante claridad—, eso no, aunque sabía que Dios lo quería. Sentía en ello una repugnancia insuperable, por creer que tales gracias, aspiraciones o designios no guardaban proporción con lo que ella era, es decir, una pecadora, que debía contentarse con un estado de gracia común.

Durante muchos años, y a pesar de conocer que Dios le pide que traduzca su interioridades a sus Ministros —y no obstante desearlo ella misma—, no podrá vencer la repugnancia que siente en este punto. Hasta que Dios mismo le intime una especie de ultimátum, amenazándole con abandonarla para siempre si no pone en ejecución esta orden. *Vide* [382].

Esto sucede a fines de 1903. Para entonces, y a pesar de no haber cumplido la voluntad de Dios en este punto concreto por la repugnancia dicha, Sor Angeles habrá salvado grandes distancias en el camino de la perfección y recibido insignes favores. *Vide* [159].

Aun sin dirección alguna de los Ministros de Dios, Sor Angeles vivía entregada a la vida de oración por completo. Ella suele hablar de relaciones mediatas e inmediatas con Dios. *Vide* [673, 703]. Las inmediatas son las que tiene con Dios directamente en la oración: en éstas no halla dificultad, se mueve como el pez en el agua, no le crean pro-

blema —como no sea la supuesta incompatibilidad entre su indignidad y la alteza de los dones que recibe— [18].

Relaciones mediatas, en cambio, son las que se realizan por el intermedio de los Confesores o Directores. Estas últimas sí le crearán problemas y dificultades, ya porque los Directores le impondrán el mandato de escribir, ya porque al comunicarles las gracias que recibe, le asaltan tentaciones de si será ilusa, mentirosa, fingidora, etc. Por todo ello, después que tenga Directores, muchas veces sentirá nostalgia de aquellos años en que vivía sola con Dios, sin intermediario alguno.

No obstante, y pese a los sufrimientos que la dirección le acarreará, es innegable el bien que ésta le reportó para consumar la obra de Dios en ella, enseñarle a apreciar sus gracias y enseñarle también a conducirse en sus relaciones con las criaturas.

En época en que Sor Angeles no tenía dirección humana de ninguna clase pasa un período de purgación pasiva terribilísimo, que está descrito de forma conmovedora. *Vide* [82] y ss. Síguese una entrega de la Santísima Trinidad y el consiguiente estado de unión: *Vide* [159] y ss., del que descenderá por resistencia puesta por ella misma, ya que conocía que sin Director no sabía cómo conducirse en sus relaciones con el mundo en aquel estado tan elevado: *Vide* [169] y ss.

Cuando Dios le proporcione, por fin, un Director cortado a su medida —el Capuchino P. Mariano de Vega—, las ascensiones místicas llegarán a los más altos grados y estados. *Vide* [578 y 579]. Pero para seguir a la M. Sorazu en los grados supremos de su escalada mística es preciso acudir a su obra principal, *La Vida Espiritual coronada por*

[18] A pesar del lugar de excepción que la oración ocupa en la vida y espiritualidad de la M. Sorazu, ésta no nos ha dejado —que sepamos— ningún método de oración. Y sabemos por confesión propia de ella, que nunca fue aficionada a leer tratados de oración. *Vide* [72].

la triple manifestación de Jesucristo, como ella misma nos indica al fin de la *Autobiografía. Vide* [580].

Mas nos llamaríamos a engaño si pensáramos que Sorazu era una religiosa de tal modo abstraída en Dios, que no quería saber nada de nadie. Es muy cierto que amó y buscó ante todo el retiro, temerosa de que el trato con las criaturas la apartase de Dios. Pero esta monja, que buscaba a Dios como el todo de su vida, pasaba horas enteras atendiendo a las religiosas, escribiendo o contestando cartas, asistiendo a las enfermas, escuchando cuitas de escrupulosas y atribuladas, dirigiendo pláticas a sus monjas, etc.

En una Comunidad dividida en bandos y en estado de relativa relajación, por la atracción misma de su alto nivel espiritual llegó a convertirse en lazo de unión y punto de referencia para todas —lo que no quiere decir que no tuviera opositoras—.

En el itinerario espiritual de la M. Sorazu —que es eminentemente místico— llama la atención la ausencia casi total de los grados inferiores de la escala teresiana (quietud, unión). ¿Es que no pasó estos grados o no les prestó atención? No sabemos. Por lo general faltan también fenómenos que llevan consigo pérdida de los sentidos, aunque las monjas dicen haberla visto en alguna época concreta en estado extático. *Vide* [771]. Sí menciona alguna vez el *gemido,* incluso *bramido,* la *herida,* etc. *Vide* [629, 436]. De visiones y comunicaciones habla con alguna frecuencia, pero hay que tener en cuenta que casi nunca se trata de fenómenos exteriores o corporales.

La vida espiritual de la M. Sorazu contiene, por lo demás, un alto coeficiente de sufrimientos, tentaciones de creerse en mal estado de conciencia, etc., a la par que conoció inefables goces y satisfacciones purísimas.

Una pasión por la verdad que se destaca en ella de modo no ya sobresaliente, sino notabilísimo, la llevará a admitir las hipótesis más inverosímiles antes de rendirse a lo que, humanamente hablando, debería halagarla.

Son innumerables los textos que podrían espigarse sobre todo en las cartas de dirección que escribió al P. Mariano y que reflejan esta constante de la M. Sorazu. Valga uno por todos:

«Me cuesta trabajo creer en la predilección de que soy objeto por parte de mi Dios. No puedo negar la infinita bondad de mi Dios hacia mi alma, porque la veo y palpo a cada paso de mil maneras, a cada cual más evidente y clara; y, sin embargo, no lo quiero creer» [19].

Esta antítesis u oposición entre lo que, según ella, debería ser y lo que en realidad era, atraviesa como una constante toda la vida de esta alma singular. De todos modos, ella quiere a todo trance vivir en la verdad: «Sólo deseo conocer la verdad y afianzarme bien en ella» [20].

Tiende a negar y aun a despreciar las gracias de predilección que recibe, porque no están de acuerdo con lo que ella es. Decididamente, Sor Angeles podía recitar el conocido pasaje del Salmo: «No está inflado, oh Yahweh, mi corazón, ni mis ojos subidos. No he tomado un camino de grandezas ni de prodigios, que me vienen anchos» [21].

III

La Comunidad de Jesús María y la de la Concepción

Como ya se ha dicho anteriormente, Sor Angeles hubo de pasar tres años de su vida en convento diferente del suyo propio, aunque de la misma Orden y en la misma ciudad de Valladolid, o sea, en el convento de Jesús María. Aquella estancia le dejará un cierto sabor amargo, por-

[19] Carta de 5-XII-1910. *Itinerario,* vol. I, pág. 179.
[20] Carta de 24-XI-1910. *Itinerario,* vol. I, pág. 153.
[21] *Ps* 130, 1.

que supuso, a su juicio, un nuevo extravío o desvío del camino querido por Dios. *Vide* [187].

¿Qué es lo que en realidad sucedió? El convento de la Concepción y el de Jesús María, o mejor, sus respectivas Comunidades, aunque hermanas, se hallaban en una situación bastante distinta. La Comunidad de Jesús María mantenía, a lo que parece, las estructuras conventuales e institucionales —por hablar de alguna manera— más vigentes, enteras y firmes. En la Concepción, en cambio, había un cierto relajo. No había recreación común, cada religiosa se reunía con su amiga para charlar, etc. *Vide* [56]. Pero, por lo mismo, en la Concepción había también más margen de libertad, y Sor Angeles lo aprovechaba para su fin, es decir, para responder a los designios de Dios sobre ella.

En conformidad con los propósitos que hizo en su segunda conversión: *Vide* [80], cuando despertaba del primer sueño —a las 12 de la noche—, dedicaba dos o más horas a la oración nocturna, dirigiéndose para ello al coro u otros lugares apartados para orar, cantar, desahogarse con Dios, con la Virgen, con los ángeles, o mirar al cielo desde los ventanales, y decir: «Allí están mis amores», etc.

En Jesús María cerraban las puertas del dormitorio por la noche. *Vide* [195], y nada de esto podía hacer. Además las hermanas se molestaban cuando la veían ayunar o hacer otras penitencias, y ella, por condescender, cedía [22]. Pero luego le remordía la conciencia, pues por complacer a sus hermanas se había apartado del camino de Dios.

En consecuencia, sentía un vacío inmenso y remordimiento, comparaba el fastidio y aburrimiento presente con el elevado estado que antes tenía. *Vide* [188]. «Parecíame —dice— que me habían bajado del cielo a la tierra, de la divina contemplación al comercio humano». *Vide* [214].

[22] Sobre su carácter inclinado a condescender, dirá: «Es así mi genio y mi manera de ser, y no lo puedo remediar» (Carta de 24-XI-1910. *Itinerario*, vol. I, pág. 155).

«En este período de sufrimiento —dice, *Vide* [189]— se reprodujo la necesidad de traducir mi alma toda a un Ministro de Dios, que había sentido de recién profesa, pensando que cualquiera de los Ministros de Dios que, enterado de mi vocación a la santidad y de los singulares favores que había recibido de Dios Nuestro Señor los dos años que precedieron a mi traslado a Jesús María, y me viese vivir como una de tantas religiosas por no tener quien me sostuviese en el camino emprendido, se lastimaría de mi alma y me ayudaría a elevarme nuevamente a Dios Nuestro Señor y a responder a sus designios.

El Confesor ordinario ignoraba en absoluto los favores que había recibido de Dios y mi vocación a la santidad, y por esto me aconsejaba que me conformase en todo con la vida que hacían las hermanas de Jesús María, y esto precisamente era lo que me perjudicaba, no porque fuese reprensible ni mucho menos, la vida de las hermanas, sino por mi especial vocación a la santidad.»

Creemos que estas palabras expresan con diáfana claridad cuál es el nudo del problema: la vida de las hermanas de Jesús María no tenía nada de reprensible, pero a ella se le había dado una vocación a la santidad, no como quiera, sino singular, y tenía que responder a la misma. Lo que le aconsejaba el Confesor —que se acomodase en todo a la vida de las hermanas— tampoco valía en su caso, por esta misma razón de su vocación particular; además, el Confesor le aconsejaba esto porque ignoraba totalmente las gracias que Sor Angeles había recibido. Y las ignoraba porque ella no se las decía, claro.

Todo esto no deja de ser actual, y tal vez sea un aviso contra cierto colectivismo que a veces parece querer imponerse aun en las cosas de Dios, pretendiendo, por ejemplo, que sea el grupo el que señale al individuo cuál es su vocación o camino peculiar, como si estuviera dotado del carisma o facultad de conocer la voluntad de Dios sobre un individuo o persona concreta.

La sierva de Dios, en el Apéndice sobre la dirección que figura al final de *La Vida Espiritual,* se expresa en términos que no dejan lugar a dudas sobre su pensamiento en este punto capital. ¿Cómo van a conocer la voluntad

de Dios sobre un alma los que ignoran los designios de Dios sobre ella? Véase el pasaje:

«Generalmente se vale Dios del Confesor o Director para decidir la vocación de las almas llamadas a la perfección, quienes a los pies del Confesor en el santo tribunal de la Penitencia aprenden lo que Dios quiere de ellas. Decidida la vocación, todavía se sirve del Director para obligar al alma a responder a su llamamiento venciendo los obstáculos, a veces insuperables, que le salen al encuentro.

Si le falta el consejo confortativo del Director, se expone al alma a perder la vocación con que el cielo la distinguiera. Muchas la pierden por esta causa o porque no están fundamentadas en la fe y obediencia que deben al Director y juez de su conciencia y se dejan arrastrar del criterio y voluntad de las personas que las rodean, pero que ignoran los designios de Dios sobre ellas» [23].

De todos modos, esta circunstancia del traslado de Sor Angeles a otro convento nos ha servido para poner en evidencia una vez más la conciencia que ella tiene de haber recibido una vocación a la santidad, no común, sino cualificada, que exigía de ella una respuesta también específica. En consecuencia, su caso no puede medirse con los mismos módulos que el de los otros.

Pero no todo fue sufrir en Jesús María. Amén de otras gracias, allí recibió lo que ella llama «noticia general confusa de su infinita bondad y caridad». *Vide* [203], que, proseguida y acrecentada después en la Concepción, será el principio de la adhesión incomparable de esta alma al Verbo Encarnado. Y aquí tendrá también lugar el descubrimiento bibliográfico de los Evangelios. *Vide* [205].

A pesar del recuerdo un tanto amargo que le quedó de esta residencia en otro convento, Sor Angeles amaba a sus hermanas de Jesús María y nos dirá que después de volver a la Concepción lloró su ausencia por espacio de dos o tres semanas. Véase cuán bellamente lo comenta: «Era la naturaleza que pagaba el tributo debido a la buena amistad». *Vide* [218].

[23] Apéndice sobre la Dirección, cap. 1.º, pág. 364, en *La Vida Espiritual,* 1.ª edición.

IV

Situación sociopolítica y religiosa de España en la época

En 1875 se produce en España un hecho político importante: la llamada «Restauración» monárquica, con una Constitución nueva —la de 1876—, sufragio universal y alternancia de partidos —liberal y conservador— en el gobierno del reino. Con ello comienza una época de relativa estabilidad y de paz un tanto prolongada. Con el transcurso del tiempo, empero, hacen su aparición nuevas ideologías y movimientos —anarquistas, socialistas, comunistas— que no hallan acomodo en el sistema vigente y promueven agitaciones, que auguran nuevos holocaustos —sobre todo la guerra civil de 1936—. Pero la M. Sorazu no alcanzará ya estos días.

Un hecho que en modo alguno debe pasarse por alto —por las implicaciones y consecuencias que tuvo en la vida de las Comunidades religiosas femeninas— fue el Decreto de Exclaustración general del 8 de Marzo de 1836, por el que fueron suprimidos los conventos de regulares. Los monasterios de monjas, por su peculiar idiosincrasia, se salvaron, en gran parte, de la supresión; no así las casas religiosas de varones [24].

Pero, claro, esta exclaustración o supresión de los religiosos les había de afectar también a ellas en gran medida. Anteriormente los religiosos ayudaban espiritualmente y aun gobernaban a las religiosas de su familia espiritual respectiva; desde la exclaustración, empero, ante la situación anormal creada, las religiosas pasarán a depender de los Obispos.

Es verdad que, andando los años, poco a poco, a cuentagotas y tímidamente, empiezan a fundarse o restaurarse algunos conventos de religiosos. El Gobierno accedía con re-

[24] Cf. M. Revuelta González, *La Exclaustración*, BAC, 1976.

lativa facilidad a que se abrieran Colegios de Misioneros para formar personal con destino a Cuba, Tierra Santa, Marruecos, etc.

En los días de la vida seglar de Florencia, en las provincias vascongadas existían, al menos, dos conventos franciscanos restaurados: el de Bermeo (Vizcaya), vuelto a abrir en 1859, y el de Zarauz (Guipúzcoa) en 1878. A este último acudirá, como aspirante para hermano lego, el hermano de Florencia José Manuel, que luego pasará a Tierra Santa y en religión se denominará Fr. Pedro Regalado.

El convento de la Aguilera (Burgos) fue restaurado en 1888 como Colegio independiente, con la finalidad de preparar Misioneros franciscanos para las Antillas. En él vivía como profesor el que fue primer Director de la M. Angeles, el P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, que, aunque miembro de la Provincia franciscana de Cantabria —que se hallaba en proceso de restauración—, pasó a la Aguilera para prestar ayuda a dicho Colegio (el cual, por fin, en 1904 se incorporará también a la Provincia de Cantabria). El convento franciscano de Tolosa (Guipúzcoa) se restaurará en 1915. El de Valladolid en 1923, muerta ya la M. Sorazu.

En la diócesis de Valladolid no había, en los días de M. Sorazu, ningún convento de Franciscanos ni Capuchinos. Sí los había, en cambio, de Jesuitas, Dominicos, Agustinos, Carmelitas, etc. M. Sorazu, más de una vez, manifiesta lo que ha tenido que sufrir en su vida por esta dificultad en tratar con Padres de la Orden; pero tampoco era cerrada ni exclusivista en este punto, pues tenía gran fe y veneración por todos los sacerdotes, fueran regulares o seculares, como se evidencia en las cartas que escribió al Dominico P. Alfonso con motivo de la gripe de 1918, que segaba tantas vidas de Ministros del Señor. *Vide* [635] y ss.

El primer encuentro de la M. Sorazu con el que había de ser su principal Director, el Capuchino P. Mariano de Vega, tuvo lugar en 1908. Este había sido nombrado Ministro Provincial y se dirigió a Valladolid para ver si en-

contraba personas de confianza que le ayudaran a fundar en la capital castellana. Ni sabía que existiera el convento de la Concepción, pero alguien se lo indicó. Se dirigió, pues, a él y, naturalmente, llamó a la M. Abadesa. Esta era la M. Sorazu, de quien tampoco sabía nada. La proyectada fundación no se realizaría, al menos por entonces, pero éste fue el primer encuentro entre estas dos almas. Dos años más tarde, el P. Mariano empezará a dirigir a la Madre [25].

Entre los Sres. Arzobispos de Valladolid que se terciaron en la vida de M. Sorazu, D. José M. Cos y Macho fue, sin duda, el que más intervino. Debía de ser un tanto puntilloso. Cuando las monjas solicitaban permiso para llamar al Confesor extraordinario de Témporas —y exigía que lo hicieran cada vez—, generalmente pedían licencia para llamar a un Padre de la Orden, a lo que aquél respondía concediendo la gracia solicitada, pero añadiendo la condición de que el Padre fuese diocesano, cuando tenía que saber muy bien que en la diócesis no había ningún convento ni Franciscano ni Capuchino (fuera de la capellanía de las Clarisas de Medina del Campo, donde únicamente residían dos Padres).

En la obra que publicamos figura una carta de Mons. Cos a la Madre. *Vide* [596]. Ante algunos de los conceptos vertidos en ella, ciertamente huelgan los comentarios.

Este Sr. Arzobispo-Cardenal fue el que en Octubre de 1913 prohibió a la Abadesa y religiosas de la Concepción todo trato de palabra y por escrito con el P. Mariano, sin que ello «significara censura alguna para el Padre» [26].

Según parece, fue el Confesor ordinario —que, por cierto, era un religioso— el que logró se expidiera la dicha prohibición, firmada por el Gobernador Eclesiástico, «sede plena». Debió de ser cosa de celotipia. El P. Mariano venía —desde León, donde residía— con alguna frecuencia a

[25] Véase POBLADURA, en *Itinerario,* vol. I, pág. V.
[26] Cf. *Itinerario,* vol. II, pág. 365 nota.

atender a la Madre, y como gozaba de gran reputación entre las monjas, muchas de éstas se dirigían y confesaban con él. Esto incomodaba al Confesor ordinario, que, por lo visto, se sentía disminuido en sus derechos, y fue a quejarse a Palacio. Pasados seis años, al ser elegido Vicario Capitular de Valladolid Mons. Pedro Segura, futuro Cardenal, la Madre será autorizada para que —si lo desea— pueda reanudar la dirección suspendida, y ésta así lo hará.

Los ecos de aquella prohibición son fácilmente detectables en las páginas de *La Vida Espiritual* [27]. El P. Pobladura no duda en calificarla de injusta y caprichosa [28].

Pero, por otra parte, Mons. Cos apreciaba a la Madre. Se opuso a que ésta se trasladara en persona a ayudar al convento de Logroño, pues sabía que ello significaba privar a la Concepción de Valladolid de su puntal más firme. Para el ejercicio de la Cruz les regaló a las monjas —a petición de ellas— unas cruces hechas a medida de cada religiosa. *Vide* [752], etc.

En la época los conventos femeninos de clausura estaban prácticamente incomunicados unos de otros y se observaba en ellos la más rigurosa clausura [29]. No existían las federaciones entre monasterios, que más tarde promovió el Papa Pío XII. El principal o casi único medio de subsistencia eran los réditos que producían las dotes. Pero en época más cercana a nosotros, por iniciativa del mismo Papa Pío XII, ante la evolución de la economía y las nuevas oportunidades que la industrialización ofrece —pero que en tiempos de la M. Angeles no existían—, se ha intro-

[27] Véase *La Vida Espiritual,* cap. 20, pág. 269 ss. (1.ª edición).

[28] POBLADURA (Melchor de), *Una flor siempre viva. Sor María de los Angeles Sorazu, Concepcionista Franciscana a la luz de su correspondencia epistolar.* Madrid, 1941, pág. 59. Véase también la carta de fecha 22-X-1913 en que M. Sorazu comunica al P. Mariano la orden recibida: *Itinerario,* vol. II, págs. 364-366.

[29] No obstante, hay que decir que en tiempos de M. Sorazu hubo trasvase de personal de la Concepción de Valladolid a Logroño y a Avila.

ducido en los conventos el trabajo remunerado, realizado en el propio monasterio.

En el orden cultural, en tiempos de M. Sorazu, el pueblo en su mayoría sería un tanto rudo, pero generalmente creyente. La situación de la cultura católica era de un cierto estancamiento. Se reeditaban libros ascéticos de los siglos anteriores, pero apenas aparecía algo nuevo o renovador.

Tal vez haya que citar como una excepción la polémica en torno a la cuestión mística, desatada por el P. Arintero y que M. Sorazu conoció bastante de cerca. Ella se carteó incluso con el citado Padre —aunque no precisamente por esta cuestión—. El P. Arintero dirigió Ejercicios a la Comunidad y se interesó por la publicación de los escritos de la Madre, aunque ésta, en cuanto a sus teorías, se muestra más bien reticente.

Añadamos, finalmente, que en los días de M. Angeles existía división de clases en los monasterios femeninos; por un lado, las Madres o Coristas, a cuya cuenta corría el cumplir con la obligación del rezo coral del Oficio divino —que entonces se hacía en latín—, y para ello —y para cumplirlo en particular cuando por alguna razón la religiosa no asistía al coro— tenían Breviarios; los cargos de gobierno estaban también reservados a las Madres. Por otro lado estaban las Hermanas legas o de velo blanco —éste era su distintivo externo—, que tenían el cuidado de la huerta, cocina, etc. El Concilio Vaticano II suprimió esta división de clases. La M. Sorazu sacó gran partido del Breviario y del Oficio coral para alimentar su vida interior. Las monjas decían que entendía el latín, pero no vamos a tomar esto al pie de la letra. Lo que pasaba es que ella se las ingeniaba para comprender aquellos textos sirviéndose de alguna traducción bíblica, etc. Cuando fue Abadesa se preocupó por inculcar a las monjas el rezo digno del Oficio divino. Para ella era éste el primer deber de la religiosa.

V

Los caminos ordinarios y la Mística

La obra principal de la M. Sorazu —*La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo* [30]— se abre con una clasificación de almas en cuatro clases o especies. Estas cuatro clases o especies pueden reducirse a dos, que luego, a su vez, se desdoblan en otras dos, completando así el número de cuatro, que dice ella. O sea, hay almas que desde el nacimiento o bautismo han recibido gracias especiales, almas privilegiadas; y otras que no han recibido tales dones especiales.

Pero tanto las privilegiadas como las comunes pueden extraviarse y luego convertirse y volver al recto camino, o pueden no haber perdido la inocencia. Así llegamos a los cuatro grupos señalados por ella. En definitiva se trata, pues, de que hay almas privilegiadas o distinguidas por Dios con gracias de predilección.

He aquí reconocido en el frontispicio mismo de su obra principal el hecho que tanto le impresionó: hay almas que en la fuente bautismal han sido enriquecidas por Dios con gracias de predilección y llamadas a una santidad peculiar. Con muchas dudas, prevenciones y temores, pero a la postre hubo de rendirse ante el hecho de que ella era una de éstas.

Pero el problema que se les plantea luego, tanto a las unas como a las otras, es el del servicio divino, el del enfoque u orientación primaria con que han de afrontar su vida espiritual. Dicho con otras palabras: ¿con qué espíritu, miras o actitudes han de dedicarse al servicio divino? La M. Sorazu toca el tema en una carta que escribe al P. Nazario Pérez a raíz de haberle enviado el original de la obra citada.

En carta, pues, de 28-X-1919 —fragmento publicado por

[30] Cf. *La Vida Espiritual,* cap. 1.º, pág. 19 (1.ª edición).

el P. Nazario en el prólogo a la obra [31]— habla la sierva de Dios de una visión que tuvo, en la que se le mostró el camino, el Camino real, espacioso, que no es otro que Jesucristo. A la izquierda del camino no existía nada, era un abismo interminable que inspiraba terror, o sea, el abuso de la libertad humana, que conduce al infierno. Pero también a la derecha del Camino había senderos:

«Los senderos de la derecha me fue significado que es el extravío que padecen las almas que, descuidando la meditación y participación de los misterios de la vida de Jesús, consagran su vida o parte de ella a saborear los libros que tratan de teología mística para estudiarse a sí mismas, conocer los fenómenos que acompañan sus relaciones sobrenaturales, los estados que pretenden, etc., cuyo número entendí que es mayor que el de las almas generosas, desinteresadas, que procuran la gloria divina en la propia santificación, como procuraron y buscaron Jesús y María durante su estancia en la tierra y después de éstos los Santos Apóstoles y primitivos cristianos. Entendí que dichas almas egoístas, desnudas de la virtud sólida, edifican su edificio místico sobre arena, pierden el tiempo, y para conseguir la unión divina que pretenden tienen necesariamente que volverse al Camino.»

Al P. Nazario no dejó de extrañarle este juicio negativo que expresa aquí la sierva de Dios acerca de los que se dedican a leer libros de Mística, y le pidió se explicara más sobre el particular. A tal requerimiento contestó ella en carta de 16-XI-1919. El P. Nazario incluyó un amplio fragmento de esta carta en su edición de *La Vida Espiritual* [32].

En esta segunda carta la sierva de Dios reconoce explícitamente que la lectura de dichos libros aprovecha a las almas bien dispuestas, pero enumera una larga serie de personas a las que perjudica. Dicho en términos generales, la lectura de tales libros perjudica a «las que carecen de sólida

[31] Cf. *La Vida Espiritual,* Prólogo, págs. 10-12 (edición del P. Nazario). Véase también [604, 605].

[32] Cf. *La Vida Espiritual,* cap. 3.º, pág. 39 nota. El texto íntegro puede verse en la edición completa de estas cartas, que apareció en *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), 121-181.

fundamentación cristiana y a las que los leen por curiosidad y vanidad».

Como la enumeración es larga, sólo transcribiremos aquí lo que se refiere al primer grupo o serie:

«Muchas almas, especialmente religiosas, sin previo ejercicio reflexivo de la Doctrina Cristiana, sin haberse mirado en este espejo para conocer lo que hay en ellas contrario a las leyes de la Iglesia y Mandamientos divinos para corregirse, sin tener en cuenta las virtudes que contiene para ejercitarse en ellas, empiezan la vida espiritual devorando libros de Teología mística y forman castillos de falsa espiritualidad, apropiándose las relaciones sobrenaturales que explican los mismos. Se figuran que se repite en ellas la historia de las almas elevadas a los más altos quilates del puro amor y que gozan la intimidad con Dios y viven en este engaño hasta que llega la prueba, descubriendo ésta lo que hay de falso en ellas.»

«Sólida fundamentación cristiana», «ejercicio reflexivo de la Doctrina Cristiana»: he aquí dos expresiones que la sierva de Dios gusta de emplear y que desde luego nos están indicando cuál fue el camino de santidad que ella misma siguió. Sabemos que escribió y practicó durante muchos años y enseñó a las jóvenes lo que ella llamaba «Ejercicio de buena cristiana y buena religiosa». *Vide* [105, 106, 130], que consistía principalmente en reflexionar sobre el texto del Catecismo y tratar de modelar la propia vida sobre sus exigencias.

La M. Angeles dirá también que la Virgen le enseñó el Amor estimativo de la divina Bondad. *Vide* [100, 101], es decir, le enseñó la ciencia del puro amor. *Vide* [129]. O sea, la actitud desinteresada con que se debe afrontar la empresa de la santidad.

Por lo demás, está ampliamente atestiguada la falta de afición a la lectura de libros de Mística por parte de M. Sorazu. Ella acuñó la curiosa expresión «Teología cristiana o divina», que suele enfrentar u oponer a la de «Teología mística». *Vide* [73, 131]. El primer término del binomio es el que a ella le interesa, no así el segundo. Es decir, li-

bros que hablen de Jesús y de María y de sus misterios. En cambio, los libros de Teología mística pueden desviar esta orientación desinteresada, que es la propia y genuina del servicio de Dios, induciendo a fijar la atención en sí mismo, a mirar los dones de Dios como bienes que enjoyan al alma, con el consiguiente peligro de fomentar una actitud egoísta. Añádase el peligro de ser engañado, de ser víctima de ilusiones, etc., tomando por realidad lo que no es tal.

Además, dado el bajo concepto que tenía de sí, se le hacía increíble que Dios le prodigara a ella tales gracias, y cuando, ante la evidencia de los hechos no lo podía negar, adoptaba otra reacción extraña y también excesiva: «Cuando a mí se me dan, no deben de valer gran cosa»: tal parece que era su modo de razonar; o sea, cierta falta de aprecio de tales dones.

Según ella misma nos dice, Dios le manifestó cuál era la razón por la que tenía necesidad de Director, a saber: para que éste le enseñase a estimar los dones, que por lo visto no estimaba. *Vide* [263]. La M. Angeles habla también más de una vez de la mujer aldeana que guardaba en el cuarto oscuro de casa unas piedras o muebles viejos, que ella tenía por inútiles y que, cuando los sacó a la luz, vio con extrañeza el aprecio que hacían de ellos los que los veían. *Vide* [564]. Las tales piedras o muebles eran los favores altísimos que ella había recibido y que, por lo visto, tenía en poca estima.

Nos haríamos interminables si fuéramos a citar todos los pasajes, sobre todo de las cartas de dirección, en que aflora este tema de la actitud ante los dones o mercedes de Dios. Citemos al menos uno:

«No, Padre mío, no; nada conmueve mi corazón fuera de la gloria de Dios, de mi Dios Uno y Trino y de su Verbo Encarnado, único móvil de mis afectos, mi única intención y suprema aspiración. Créame, Padre mío, se lo digo con toda la sinceridad; mi alma no da señales de vida mientras no ve o se le habla de la gloria y feli-

cidad de Aquel que es su amor y su vida, Dios y su Unigénito Humanado. Si en este momento viniesen mil ángeles a visitarme y cada uno me trajese una joya para embellecer mi alma con el fin de hacerme amable a Dios, ciertamente me agradaría y estimaría las joyas por su procedencia y por el fin para que se me conceden. Pero más que todo esto, mucho más, me alegraría y mi alma rebosaría más vida y adquiriría mayores energías, si me visitase un solo Angel y me diese noticia más clara de la infinita excelencia y perfección de Dios o de su Verbo Encarnado. Esto, esto es lo que a mí me interesa y santifica, lo que me comunica vida y felicidad» [33].

Con relación a la cuestión mística, cuenta en otra carta [34] que una vez en el locutorio un sujeto habló en sentido desfavorable del P. Seisdedos [35], o sea, reprochando «sus opiniones sobre la Teología mística o la universalidad de la vocación a los estados pasivos o grados sobrenaturales (no recuerdo bien lo que fue)»; y Dios le dio a entender que la espiritualidad que predicaba y defendía el sujeto de referencia es extremada y dista más de la verdadera que la del P. Seisdedos.

Y añade:

«... la verdadera espiritualidad y la mística más elevada consiste en la vida de fe, en asimilarse las realidades divinas que encierra el Santo Evangelio, la vida de Nuestro Señor Jesucristo, sus palabras divinas, etc., que la Santa Madre Iglesia propone a la consideración de los fieles en la Santa Liturgia en las diversas festividades del año, asimilarse dichos misterios por la fe amorosa y la práctica de las virtudes que encierran...»

¿Quién fue el sujeto que criticó ante la Madre las opiniones del P. Seisdedos? No sabemos, pues no lo dice. No olvidemos que por aquellos años la «cuestión mística», puesta sobre el tapete por el P. Arintero, acaloraba a muchos

[33] Carta al P. Mariano de 17-I-1921. *Itinerario,* vol. III, páginas 253-254.

[34] Carta al P. Mariano de 25-VI-1920. *Itinerario,* vol. III, pág. 31.

[35] Seisdedos Sanz (Jerónimo) S. I., autor de *Principios Fundamentales de la Mística,* 5 tomos, publicados de 1913 a 1917, de orientación opuesta a la del P. Arintero.

eclesiásticos, sobre todo regulares. De todos modos, creemos que ha quedado claro por dónde van las preferencias de la M. Sorazu.

VI

El germen mariano

La M. Sorazu es conocida ante todo por su marianismo. En ello ha influido, sin duda, el hecho de que el editor de sus obras principales haya sido —por voluntad de la misma sierva de Dios— un conocido apóstol de la verdadera devoción a la Virgen: El P. Nazario Pérez S. I. Es incuestionable, además, que el talante mariano está muy presente o subrayado en estas obras, aunque la autora, refiriéndose concretamente a *La Vida Espiritual*, dice así en carta de 28-X-1919 al citado P. Nazario:

«Confieso ingenuamente que mi identificación con la Santísima Virgen es mayor de lo que revela el tratado; lo siento así, porque todo, absolutamente todo, se ha consumado en mi vida mariana, negándome muchas veces a las amorosas solicitaciones de Nuestro Señor cuando quería favorecerme, para adherirme una vez más a la Señora y recibir por su medio —como premio de mi identificación con la misma— las soberanas efusiones de la divina Bondad, que quería entregarse a mi alma, quedando Nuestro Señor complacido de mi amoroso empeño y obligado a entregárseme en condiciones ventajosas» [720].

La historia de las relaciones —por escrito, se entiende, pues personalmente nunca se conocieron ni trataron— de M. Sorazu con el P. Nazario la hemos contado brevemente en otro lugar [36] al publicar la correspondencia de la sierva de Dios con dicho Padre [37].

La M. Sorazu, al constituir al P. Nazario depositario de

[36] Cf. *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), 121-181.

[37] Sobre la vida y obras del P. Nazario Pérez, véase Camilo María Abad, *El R. P. Nazario Pérez de la Compañía de Jesús. Una vida totalmente consagrada a Nuestra Señora.* Santander, 1954.

sus obras, estaba firmemente persuadida de que ésta era la voluntad de la Virgen. No obstante, no dio el paso sin antes obtener el correspondiente permiso de su Director, que lo era entonces el Dominico P. Alfonso. Este, al principio, se resistió a otorgárselo, pues no comprendía que M. Angeles mandase sus escritos a un sujeto extraño a la Orden franciscana, y a quien, por añadidura, no había conocido ni tratado nunca. Tanto es así, que la M. Angeles ni sabía dónde residía dicho Padre y tuvo que preguntar para enterarse (el P. Nazario residía entonces en Carrión de los Condes).

Pero ante la reiterada insistencia de la Madre, el Director cedió, y allá fue por correo el primer envío —*La Vida Espiritual*— y la primera carta, de fecha 23-X-1919, y luego el resto (*Autobiografía,* etc.).

La razón principal del afecto que sentía la M. Angeles por el P. Nazario provenía de que en 1913 —*Vide* [714]— un sacerdote regaló a la Comunidad el libro *Vida Mariana* del P. Nazario, donde éste habla de la verdadera devoción a la Virgen, de la esclavitud mariana, de Grignion de Montfort, etc. La M. Sorazu tuvo un gran gozo al ver en aquel libro corroborado con autoridad superior lo mismo que ella sentía y practicaba ya desde hacía años. Y con el tiempo pensó —y la Virgen le confirmó en su pensamiento— que este Padre, y no otro, debía ser el depositario de sus escritos. Estando éstos en tales manos, ella quedaba tranquila, pues sabía que los había de publicar bajo la única luz que los hace comprensibles, cosa de la que no podía estar segura si caían en otras manos.

En las líneas que siguen resumiremos a grandes rasgos lo principal que sobre el talante mariano de M. Sorazu hallamos en sus escritos, sobre todo autobiográficos, sin descender a numerosos detalles, que ciertamente abundan [38], pero que alargarían excesivamente este apartado.

[38] Entre estos detalles pueden citarse, por ejemplo, la fiesta que organizó —cuando aún no era Abadesa— para celebrar el fin del siglo XIX, que había conocido la definición dogmática de la Inmaculada

Refiriéndose al «germen mariano», depositado en su corazón «quizá en el Santo Bautismo», cuya presencia había sentido varias veces en su vida secular, la M. Angeles nos habla de la visita que hacía a la Santísima Virgen en una imagen pintada en la pared sobre la sacristía en la iglesia parroquial de Tolosa [39], de la visita mensual de la Congregación de las Hijas de María y de lo que sintió el día que ingresó en el convento al encontrarse con la imagen de la Virgen que se venera en el claustro. *Vide* [55].

Pero el hecho capital del que arranca todo fue el acontecimiento de su profesión religiosa solemne —única que se hacía entonces—. Este acto tuvo lugar en Octubre de 1892, y en conexión con el mismo está la consagración de sí misma y de su vida religiosa a la Virgen, que hizo Sor Angeles sin que precediera humano consejo ni fuera consecuencia o fruto de lecturas que le incitaran a ello. Sor Angeles se consagró a la Señora y le pidió que ella fuera su Maestra y guía en la nueva vida; y esto no quedó en mera teoría, sino que procuraba inspirarse en ella y obrar bajo su guía. Sor Angeles confiesa que ésta fue la primera piedra fundamental del edificio que Dios erigió en su alma. *Vide* [58-62].

Poco después sobreviene la terrible prueba de la purgación pasiva. Ella reconoce que Dios quiso prevenirla con este auxilio de la vida mariana para que pudiera superar con éxito dicha prueba. Dice asimismo que quizá sea ella una de las almas que Dios haya probado con mayores desprecios *(sic)* en el período de purgación. *Vide* [102].

Tanto en la *Autobiografía* como en el tratado está expuesto extensamente y de modo conmovedor el papel que des-

Concepción (*Vide* [267]); la protesta que hizo al ser elegida Abadesa (*Vide* [387]); el nombramiento de la Virgen como Abadesa perpetua (*Vide* [750, 763]); su entusiasmo por solemnizar el Novenario de la Inmaculada (*Vide* [210]); el voto de defender la Mediación universal de la Virgen (*Vide* [683, 783]; los Mensajes que escribió sobre el Rosario (*Vide* [615, 704, 733], etc.

[39] En el mismo lugar se halla también en la actualidad dicha imagen.

empeñó la Virgen en este momento crítico, en el que, sin advertirlo ella, bajo la acción de la luz purificadora, salvó incalculables distancias y se obró en ella una maravillosa transformación de alma. *Vide* [88-104].

Bajo la mirada de la Virgen hacía el ejercicio de buena cristiana. *Vide* [105], reflexionando sobre el Catecismo. *Vide* [131]. En realidad, todo lo ejecutaba en completa dependencia de la Señora.

En este tiempo se aficiona al libro *Mística Ciudad de Dios* de la Venerable M. Agreda. *Vide* [115-118]. Sor Angeles sabe ir al meollo de este libro, sin dejarse enredar por la fronda un tanto enmarañada de anécdotas que lo recubren. En efecto, la *Mística Ciudad* es una sólida y enjundiosa exposición de las virtudes de la Virgen, y esto es lo que Sor Angeles querrá aprender y asimilarse, siempre bajo la mirada de su Madre, Señora y Maestra. *Vide* [115-120]. Sor Angeles nos dice expresamente que la Virgen le enseñó la ciencia del puro amor. *Vide* [129], es decir, que Dios debe ser servido por sí mismo, por el honor que resulta de servirle.

Cuando hacia el fin de la prueba Sor Angeles siente ansias de que Dios se le entregue y presiente de algún modo que se acerca la hora, un día besa la imagen del Perpetuo Socorro y dice a la Señora —refiriéndose al Niño que porta en brazos—: «Dame este Niño, ¿qué te cuesta colocarlo en mi corazón?» El Niño le hace ver que tiene colocadas sus manos en las de su Madre, dispuesto a ir adonde ésta lo lleve. Entonces Sor Angeles dice a la Virgen: «¿Es posible que hagas esto conmigo, que tanto te quiero, y me gozo en tu felicidad más que en la mía?» Los ángeles, que a derecha e izquierda del cuadro ostentan en sus manos las insignias de la Pasión, le hacen ver que todavía tiene que padecer una tribulación antes que se le conceda la entrega de Dios, y así fue, en efecto, aunque para cuando vino la tribulación ya se había olvidado del anuncio. *Vide* [156].

Después de la entrega —la de 1894— y el consiguiente descenso, se abre un largo período de años en que Sor An-

geles se dedica a la meditación-contemplación de los misterios de la vida de Jesús, siempre en unión con María. Pero allá por el año 1905, algo nuevo e inesperado para ella hace aparición en su vida. Siempre que va a la Virgen, ésta la requiere para que vaya directamente a Jesús y se abisme en Dios. *Vide* [720]. Nunca hasta entonces ha conocido Sor Angeles relaciones divinas sin la Virgen, y esto la alarma. En consecuencia, hace un pacto con la Señora, protestando su inviolable adhesión a ella, aunque está dispuesta a plegarse a lo que Dios quiera. *Vide* [423].

En la entrega de la Santísima Trinidad de Junio de 1911 tomará parte la Virgen, intercediendo para que Dios Uno y Trino se entregue a su sierva. *Vide* [578, 726]. Y lo que es ya una novedad en la Mística: después de elevada a la unión transformante y de vivir varios años en la contemplación de la pura Divinidad, de súbito e inesperadamente vuelven a aparecer en los estadios superiores el Verbo Encarnado y María [40].

Digamos en suma, para terminar, que el marianismo de la M. Angeles es ante todo una intuición y una vida más que una doctrina o teoría, aunque en sus notas también aparecen algunas observaciones de corte teórico. Véanse algunas: Parece como que Dios haya conferido a la Virgen el ejercicio de su virtud subyugadora. *Vide* [722]. En consecuencia, dirá que ella muchas veces ha luchado con Dios, pero con la Virgen nunca. *Vide* [723].

La vida mariana, en fin, es el camino más seguro para arribar a las playas de los diversos grados de la divina unión. *Vide* [424].

Está plenamente de acuerdo con lo que dice San Luis María Grignion de Montfort, a saber: que la Virgen siempre dice Dios y Dios siempre dice María. *Vide* [726].

El fin que persiguen sus libros lo formula la propia autora en los siguientes términos: «Inspirar en las almas la

[40] Véase el cap. 21 de *La Vida Espiritual,* pág. 295 (1.ª edición).

afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana» [41].

Reconoce, por último, que su fidelidad a la práctica de la vida mariana es un don de Dios, el que ella más estima y agradece. *Vide* [725].

VII

La inquebrantable adhesión al Verbo Encarnado

Seguramente que entre los rasgos espirituales de la M. Angeles Sorazu éste es el que se destaca con más acusado relieve —juntamente con el de su identificación mariana—.

Tampoco aquí podemos abarcar el tema en toda su extensión y complejidad, pues es vastísimo. Nos limitaremos a los puntos y hechos que parecen más centrales.

Según nos cuenta Sor Angeles, cuando se hallaba al final del período de la purgación, escuchó la lectura en el refectorio del tomo 1.° de la *Mística Ciudad,* que le impresionó vivamente. Tanto, que después se llevó el libro a la celda para leerlo más despacio. Por efecto, sin duda, de la lectura se siente transportada a los tiempos del Antiguo Testamento, al tiempo de los patriarcas y justos de la vieja alianza.

«Parecíame que vivía en el mundo rodeada de Dios Uno y Trino, cuya presencia gozaba con viveza en una soledad especie de campo, y que a muchos quilómetros de distancia tenían su habitación los Justos del Antiguo Testamento. A pesar de la felicidad que me procuraba la presencia de la Divinidad, quien se mostraba a mi alma en forma bellísima como Bien supremo, experimentaba un vacío inmenso, soledad y desamparo grande, y aprendí cierta imposibilidad de conseguir el fin para que fui criada, la visión beatífica». *Vide* [115].

Este texto revela una percepción extrañamente viva y original del vacío que representa una economía religiosa ba-

[41] Cartas al P. Nazario Pérez, cf. *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), 41.

sada en la fe monoteísta, pero privada en la Encarnación del Hijo de Dios.

Y efectivamente, como veremos, la M. Sorazu se distinguirá por una conciencia vivísima del beneficio que representa la Encarnación y sentirá la necesidad de agradecer a Dios Padre este beneficio en nombre propio y de todo el género humano.

Dejando a un lado gérmenes anteriores, todo empezó de un modo que podríamos denominar paradójico y hasta gracioso. Sor Angeles solía sentir mucho las faltas en que con alguna frecuencia incurría. Tenía muy metido en el alma —y esto desde la infancia— que para servir a Dios como éste se lo merece y requiere, hay que sustraerse enteramente al pecado, y como a pesar de sus empeños cometía faltas —nacidas casi siempre de su carácter inclinado a condescender—, sufría lo indecible por ello y trataba de averiguar cuál era la causa de sus infracciones.

Pensó que ésta era el no estar debidamente cimentada en el temor de Dios. Como no había visto en Dios más que amor, caía fácilmente en pecados. En consecuencia, le faltaba el temor y necesitaba alimentar éste.

Para ello decidió repasar el libro del P. Lapuente y tomar nota de los textos o pasajes más terroríficos que le salieran al paso. Esto ocurría el 24 de Marzo de 1900, víspera de la fiesta de la Anunciación. De repente se le abre un horizonte divino en el que ve a Dios Padre abrasado de amor por el género humano en el momento que precedió a la Encarnación, inculcando en su divino Hijo los sentimientos de amor paternal que abrigaba hacia la humanidad pecadora. Sor Angeles, sin darse cuenta de lo que hacía, en lugar de las reflexiones terroríficas, se pone a tomar nota de los sentimientos de amorosa y filial confianza que le inspiró la visión o noticia, hasta que, reparando en lo que estaba haciendo, levanta la mano y decide dejar que Dios la lleve por el camino del amor. *Vide* [246].

Esta revelación dejó en ella huellas muy divinas. Como

consecuencia de las mismas, empezó a practicar el ejercicio de agradecimiento por el beneficio de la Encarnación en nombre de todo el género humano. Para ello hacía varias «fugas» al día, dirigiéndose al claustro bajo, que era el más retirado y solitario del convento, diciendo: «Voy a tomar la recreación». «La recreación de la Abadesa» tituló el P. Nazario a la narración de este ejercicio, pues lo practicaba en los primeros años de su cargo de Abadesa, pero hay que decir que también con anterioridad lo venía practicando. *Vide* [389] y ss.

Dios le mostró repetidas veces cuánto estimaba este agradecimiento suyo por el beneficio de la Encarnación. *Vide* [565]. La fiesta del 25 de Marzo será una de las más entrañables para ella. *Vide* [569-570].

El texto de San Juan: «Tanto amó Dios al mundo, que *le dio su único Hijo*» [42] *era uno de los que le llenaban de* dicha. *Vide* [628].

Esto no impedía el que pidiese cuentas a Dios por lo duro que fue con su Hijo, excediéndose en favor nuestro, y que quisiera anular los padecimientos de éste en su Pasión. *Vide* [472, 473, 475].

Suplicaba a la Santa Humanidad de Cristo que recibiera como regalo suyo los tesoros que recibe del Ser divino. *Vide* [498].

También nos habla de los divinísimos efectos que le produjo al ver al Verbo divino puesto al servicio de la voluntad del Padre. *Vide* [538].

Es asimismo altamente notable la reacción de Sor Angeles ante ciertos mandatos y expresiones de su segundo Director, el Sr. Deán de la Catedral, D. José Hospital Frago. Este le ordena que medite en el Ser de Dios, *Vide* [445], lo cual la deja perpleja y sin saber qué hacer ni por dónde empezar. No era posible para ella salir del Verbo Encarnado y de sus misterios. Pero súbitamente Jesús le hace ver

[42] *Jo* 3, 16.

que El es el Señor que manda en la tierra de Dios y el Dios que ella rehusaba contemplar.

Atinadamente comenta que con esta noticia experimentó el mismo consuelo que experimentaría uno que, viéndose en medio de una nación completamente desconocida, solo y desamparado, sin saber adónde dirigir sus pasos, de pronto se viese con un amigo íntimo que le asegurase que él y no otro es el que manda en aquella tierra. *Vide* [450].

El mismo Director prohibió también a Sor Angeles pensar en la Pasión. *Vide* [473 y ss.]. Ella no se resigna, no puede obedecer, y escribe al Director pidiendo permiso y comunicándole los sufrimientos que le ha ocasionado su prohibición. El Director le contesta verbalmente y en sentido negativo.

«Y no sólo esto, sino que hizo grande desprecio de la Santa Humanidad del Salvador, diciendo que era un vestido viejo, del cual Jesús se había despojado, y que debería perderle de vista porque era más perfecto pensar en su vida gloriosa y en los misterios de la Divinidad, etc.»

Véase el comentario que hace la dirigida a estas palabras:

«Si no conociera a fondo la manera de pensar de mi Director y su amor a Jesús, hubiera creído que era un hereje, viéndole hablar de la Humanidad paciente del Salvador con tanto desprecio, lo que hizo por quitarme el afecto que sentía por El, creyendo que me perjudicaba a la salud». *Vide* [476].

No obtante, cuando llegue la hora, Sor Angeles será elevada a la contemplación simple de la pura Divinidad, pero —y esto es una novedad de su escala mística— «la contemplación simple de la Divinidad desemboca en la contemplación mixta», en que vuelve a aparecer el Verbo Encarnado [43].

[43] VILLASANTE (Luis), *M. Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida,* vol. I, pág. 302.

Todo esto no es pura teoría, cosa que queda en la región de los pensamientos y afectos, puesto que toda su vida, ya desde la primera conversión en el siglo, estará volcada a meditar y acompañar a Jesús en su Pasión, a imponerse privaciones por imitarle, etc. Sor Angeles sentía gran violencia y opresión cuando no la dejaban acompañar a Jesús en sus ayunos, padecimientos, etc. Entre tantos textos que podrían citarse, *Vide* [210 y ss.].

Durante muchos años de su vida religiosa, en la Comunidad no se comulgaba más que dos veces por semana (domingo y jueves). Es por eso que Sor Angeles, al ver sonrientes a las margaritas de su jardín ante la próxima aparición del sol, se desahogaba con ellas diciéndoles que ella no tenía tal felicidad: *Vide* [227]. A poco de ser elegida Abadesa, y de conformidad con las normas dadas por San Pío X, introdujo la comunión diaria.

En la época en que meditaba los misterios de la vida de Jesús, desde su Encarnación hasta la Ascensión —época que duró unos veinte años, hasta 1911, en que es elevada a la unión transformante—, veía en el girasol la imagen de su alma: como éste vive vuelto al sol y queda mustio cuando el astro rey desaparece en el horizonte, así le sucedía a ella cuando meditaba en la Ascensión. *Vide* [226].

La meditación de la Pasión tuvo gran parte en su vida, *Vide* [26, 133, 239, 399], como asimismo la de los misterios de la santa infancia. *Vide* [365]. Igualmente tuvo singular devoción al Nombre de Jesús: *Vide* [330], y a Jesús bajo el apelativo de El Buen Pastor: *Vide* [259-266]; y por supuesto que en la vida de la M. Angeles resplandece con singular fulgor la devoción a Jesús Sacramentado, ante quien pasaba largas horas, adorándole en unión con los Angeles que le hacen compañía en el Sagrario. *Vide* [284 y siguientes.].

Digamos, finalmente, que por su particular devoción a Jesús Sacramentado, en alguna época de su vida solía fir-

mar —como se ve por las cartas [44]— «Sor Angeles de Jesús Sacramentado». Quería ser un Angel más de los que hacen guardia a Jesús en el Sagrario.

VIII

Las cruces de la M. Angeles, sus motivos y sus límites

Cualquiera que lea con cierta detención la *Autobiografía* de la M. Sorazu o aun sus cartas de dirección, recibirá, sin duda, una cierta impresión desfavorable al ver la parte desmesurada que en estos escritos ocupa la narración de tribulaciones, ansiedades de conciencia, tentaciones de desesperación, enfermedades, pruebas; en fin, eso que podríamos llamar la parte oscura o negra de la vida. No es que no aparezca también la otra, o sea, la luminosa, a veces en descripciones conmovedoras e inolvidables, pero diríase que, si se rompe el equilibrio por algún lado, es en beneficio del lado oscuro.

Nosotros nos ceñiremos a exponer los hechos y también sus motivos o causas, basándonos siempre en lo que ella dice y sabe o cree saber al respecto.

De entrada al tema, creemos necesario citar aquí el siguiente pasaje:

«No recuerdo si en este período o en el que sigue, un día, estando en el patio del torno, en una elevación del espíritu, recibí cierta noticia referente a la vida de sufrimiento y de gozo que vivieran simultáneamente Jesús y María en carne mortal. Comprendí su estado excepcional, las divinas relaciones que los unían a la Divinidad, los goces purísimos, inefables que experimentaron y la intensidad de los sufrimientos que padecieron, y entendí que me requerían para participar de su estado excepcional y doble vida de sufrimiento y beatitud». *Vide* [168].

[44] Cf., por ejemplo, *Itinerario,* vol. I, págs. 18, 39, 64, 105, 112, 140, etc.

Concepción Prendes era una asturiana que entró monja pocos meses después que Florencia, y aunque en años la asturiana era algo mayor que la guipuzcoana, ambas se consideraban contemporáneas y se entendieron siempre bien, pues Concepción no dejaba de vislumbrar los dones superiores que había en su amiga, y la admiraba y respetaba. Esta Sor Concepción, después que murió M. Angeles, escribió un testimonio sobre ella. En él leemos lo siguiente:

«... como ella me dijo en una ocasión: "Yo he gozado mucho en Dios Nuestro Señor, aunque también he sufrido, pero lo que yo poseo nadie me lo puede quitar"» [45].

También nos parece fundamental la afirmación que nos hace de su más tierna infancia:

«En mi infancia y adolescencia padecí varias enfermedades de carácter grave y de larga convalecencia, y casi siempre viví padeciendo física y moralmente. Mi sufrimiento moral lo constituyó el conocimiento propio, acompañado de la firme convicción de que era el centro de los desprecios de Dios y de la creación, y de un desamparo interior tristísimo. En el momento que me hice cargo de mi existencia —debió de ser a los tres años o antes, porque recuerdo la vida que hice en Zumaya—, me persuadí que la malicia humana de que tenía noticia confusa y general, estaba como reconcentrada en mi alma y que era yo la única pecadora y el blanco de las iras de Dios; todas las demás almas parecíanme santas, amables a los ojos de nuestro Señor y merecedoras de todo honor. En esta idea estuve hasta los 16 años, que me entregué toda al servicio de Dios, por manera que nunca pude preferirme a ninguna criatura por vil y despreciable que pareciera a los ojos del mundo ni compararme siquiera con ella, sin embargo de gozar en casa opinión de santa por mi retiro, silencio, formalidad y buena índole». *Vide* [3].

Aun en el orden externo, su vida y la de su familia, mientras Florencia vivió en el siglo, está llena de calamidades y desgracias, ya en Zumaya, ya en San Sebastián, ya en Tolosa.

Después de su conversión, y a raíz de alguna tentación que tuvo de volverse a las vanidades mundanas, cree haber

[45] Cf. *Scriptorium Victoriense* 34 (1987), 209.

consentido, y con ello se mete en un laberinto de horrorosas confusiones. *Vide* [40].

Cuando ingresa en religión padece por falta de consuelo divino y humano. *Vide* [51].

En la segunda conversión, siendo ya religiosa, padece el embotamiento de las potencias y un horror invencible a la oración mental. *Vide* [82].

La pusieron en el oficio de tornera segunda y tuvo que sufrir los desprecios e injurias de la tornera primera, la cual, sin embargo, después cambió de proceder para con ella. *Vide* [147].

Los terribles sufrimientos de la purgación pasiva —aliviados con el lenitivo de sus relaciones marianas— aparecen extensamente descritos en la *Autobiografía. Vide* [82] y siguientes.

El P. Mariano de Vega, su tercer Director y el que más a fondo la trató y conoció, nos dice:

«Por faltas insignificantes metía frecuentemente su alma en tales dudas, obscuridades y fugas de Dios como si hubiese cometido los mayores crímenes y pecados» [46].

¿Significa esto que era escrupulosa o, más bien, que por su pasión de conocer la verdad y vivir en la verdad se agarraba a cualquier hipótesis por extraña y poco halagüeña que fuera para ella?

La humildad, la caridad, la pobreza, penitencia y soledad eran las virtudes que sabía debía practicar con perfección si quería intimar con Jesús, y a ello se aplicó en toda su vida. *Vide* [145].

Sabemos también que Sor Angeles se ofrecía a sufrir por algunas personas que conocía estaban pasando tribulación, y a veces Dios aceptaba su ofrecimiento. Así, cuando tuvo noticia de los trabajos que estaba pasando la Abadesa de las Clarisas de Lerma, M. Esperanza de San Rafael —que no era otra que su antigua amiga de Caspe, a la que cono-

[45] Cf. *Autobiografía,* 1.ª edición, pág. 164 nota.

ciera cuando fue a dicha ciudad siendo aún seglar—, se ofreció a padecer en su lugar, y cree que Dios aceptó la oferta y le envió los padecimientos, no entonces, sino algo más tarde, en el período de 1907 a 1910 [47].

Igualmente, contrajo la enfermedad que padecía una religiosa del mismo convento, al ofrecerse Sor Angeles a padecerla por ella, y efectivamente la interesada curó: fue ésta Sor Natividad de la Puebla. *Vide* [468].

Mucho padeció Sor Angeles durante los años que careció de dirección. Pero después que la tuvo, la dirección se convertirá en nueva fuente de sufrimientos para ella —aunque tampoco dejaba de ver los bienes que le proporcionaba—. Los sufrimientos tienen casi siempre el mismo origen: el temor de que es fingidora, que engaña a los Directores, etcétera. Otra fuente de sufrimientos es por el «trabajo escriturario» —como ella dice— que le imponen los Directores, y que ella teme sea ofensivo a Dios por la misma razón de que tal vez esté fingiendo o falseando los hechos. La pasión por la verdad, el ansia de vivir en la verdad que distingue a esta alma, es realmente algo conmovedor. Añádase que el escribir le ocasionaba otra clase de trabajos y sufrimientos: al ser las comunicaciones de carácter intelectual, ella tenía que traducirlas a lenguaje humano, buscar los términos, etc., con los consiguientes riesgos. De este trabajo o tortura habla en *La Vida Espiritual* [48].

En una época en que se hallaba muy trabajada por sus ansiedades de conciencia supo con bastante antelación que un Padre Jesuita iba a venir a confesar a las monjas. Pensó aprovechar esta ocasión para hacer una confesión general y se preparó con indecibles cuidados para ella. Llegado el momento, al presentarse en el confesonario, el Padre le prohíbe hacer la confesión general y la despacha diciéndole que es escrupulosa. No hay términos para expresar el dolor que

[47] Cf. carta al P. Mariano de 16-XII-1911. *Itinerario,* vol. II, página 164.

[48] Véase *La Vida Espiritual,* cap. XVII, pág. 198 (1.ª edición).

entonces se apoderó de ella. Pensaba que no iba a hallar en todo Valladolid sacerdote que la quisiera confesar. Entonces decide hacer su confesión general a Jesús Sacramentado, por la noche, en el coro. Así lo hizo, y recobró la paz, que tanto necesitaba. *Vide* [341-351].

Sorazu vestía la misma ropa en verano que en invierno, pero era muy sensible al frío de Valladolid. Las monjas se defendían vistiendo en invierno una prenda que llamaban «basquiña»; Sorazu no se la ponía por mortificación o por no creerla ajustada a lo prescrito por la Regla. Pero una vez, convencida de que tenía verdadera necesidad, se la puso. ¡Qué horror! Le pesaba tanto, que no la podía sufrir. Y oía que la prenda le decía: «No te puedo yo servir». En consecuencia, se la tuvo que quitar [49].

La siguiente observación nos parece capital. Hay textos, sobre todo en las cartas de dirección, en que, a continuación de contar prolijamente sus tribulaciones, se acuerda de hacer una salvedad, que creemos hay que tenerla presente, aunque muchas veces no la haga expresamente. Advierte, en efecto, que todo lo dicho de tribulaciones, etc., se refiere a la parte inferior del alma, porque en la parte superior todo es distinto [50].

Así también vemos que en la hora de la muerte, cuando ante el cúmulo de sus padecimientos pronunció el «Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado», añadió a continuación: «Pero es en lo material, porque en lo espiritual Tú jamás me abandonas». *Vide* [788]. En algún otro sitio [102] dice que, fuera de algunos momentos, no conoció el puro sufrimiento, la † desnuda. Si no queremos sacar falsas conclusiones, creemos que todo esto hay que tenerlo presente al hablar de los sufrimientos de M. Sorazu, que realmente fueron grandes.

[49] Véase carta al P. Mariano, 3-XII-1910. *Itinerario,* vol. I, páginas 166-167.

[50] Véase, por ejemplo, carta al P. Mariano de 1-V-1911. *Itinerario,* vol. I, pág. 287.

Digamos también algo sobre las altas intenciones por las que ofrecía los padecimientos físicos de sus enfermedades. Véase el siguiente texto:

«En Mayo padecí una grave enfermedad en la que fui muy favorecida de Dios N. Señor y de la Virgen Sma. Padecí mucho físicamente, y lo padecí todo en agradecimiento a la Beatísima Trinidad de los dones y privilegios que concedió a la Sma. Virgen, y en agradecimiento a esta divina Señora, de los singulares beneficios dispensados a mi alma pecadora, más en agradecimiento a Dios Padre de los infinitos tesoros que desde toda eternidad comunica al Verbo en su divina y eterna Generación, y los que comunicó a su santa Humanidad en la Encarnación. Recibí grandes consolaciones en esta enfermedad de parte de Dios N. Señor personificado en el Padre, quien se mostraba muy complacido y propicio a favorecerme, y por parte de mis soberanos Amores Jesús y María, quienes aparecían venir de cuando en cuando a visitarme, como a alma singularmente amada y predilecta suya, mostrándose como obligados a consolarme y favorecerme por haberme entregado sin reserva a su santo amor y servicio desde jovencita. De mi consagración a su amor y servicio hacían tanta estimación, que quedé maravillada». *Vide* [503].

En las cartas que con motivo de la gripe del año 1918 escribió al P. Alfonso, hay una escrita directamente al enfermo, el P. Saldaña, en que para entretener el sufrimiento sugiere al enfermo el ofrecerlo por intenciones similares a las que ella acostumbraba. *Vide* [658].

Sobre cuál es el género de muerte que deseaba y pedía para sí hay muchos datos en sus escritos. Por citar algunos textos, *Vide* [482, 566, 650] nota.

Añádase que ella se ofreció muchas veces como víctima propiciatoria por los pecados del mundo: *Vide* [492, 510-511], etc. Se creía encargada de remediar todas las necesidades con sus plegarias, etc. *Vide* [149].

¿Habrá que decir también que el cúmulo de pruebas —sobre todo interiores— era, en los designios de Dios, un necesario contrapeso a los grandes favores que de El recibía? Tal vez sí.

Sor Angeles fue asimismo víctima de insidias que le ar-

maban algunas religiosas que querían privarla del Director, dejándola mal ante éste, ante los Confesores, ante el Arzobispo, etc. Ella lo sabía y no hacía nada para defenderse. Al contrario, las que más disgustos le dieron fueron las más privilegiadas de su corazón. Cuando alguna de las monjas fieles le insistía en que se hiciera respetar, contestaba: «No sabes lo que dices. Se vence, siendo vencidos». *Vide* [774].

IX

El carácter de la M. Angeles Sorazu

En el carácter de la M. Angeles Sorazu se observa un cierto complejo de aristas y rasgos que lo hacen un tanto original. Por una parte, un cierto candor de niña, pero, por otra, tiene también reacciones enérgicas y un tanto insólitas. Parece recordar la idiosincrasia del clan de pescadores del Cantábrico, del que procedía. A veces, al leer las relaciones con Dios que ella misma nos cuenta, uno tiene la impresión de que Dios bromea con ella, como cuando le consulta qué va a hacer con dos monjas desavenidas entre sí —una de ellas era la propia M. Sorazu—. Supuesto que a las dos no puede admitir en el paraíso, Dios le pregunta si tendrá que excluir de él a la otra, etc. *Vide* [356] y siguientes.

Otra vez no tuvo pelos en la lengua, y llegó a decir a Dios que amaba más a un perro que su alma. *Vide* [544]. También se dio por resentida del proceder de Dios y de la Virgen con ella —pues no le concedían la gracia de poder cumplir con su oficio de Cantora sin renunciar a sus ayunos y penitencias—. *Vide* [216, 217]. Asimismo tiene algo de cómico para nosotros —aunque ella lo hacía con toda seriedad— la siguiente historieta: cuando, por haberse dormido, no se levantaba a orar por la noche —como tenía propuesto—, pedía a Dios que por esta vez la perdonase,

pero que en la próxima la mandase al infierno, repitiéndose el cuento cuantas veces ocurría lo mismo. *Vide* [179]. Hasta que por fin consiguió un despertador (que, a petición de ella, debió de procurárselo su hermano, el Misionero de Tierra Santa), y así resolvió el problema.

Como ejemplos de su ingenuidad y candor podemos aún citar otras anécdotas. Cuando iba a comulgar, al pasar por el coro bajo, tiraba del manto a una imagen de la Virgen diciéndole que la acompañase a recibir a su Hijo. *Vide* [319]. Otro caso curioso es la carta que escribió a su hermano difunto y puso en las manos a una imagen de la Virgen para que se la leyera en el cielo. *Vide* [278]. En ella le pedía que le consiguiese dote para librarse del oficio de Cantora —que ya no podía desempeñar—, y en efecto la cosa se logró.

También es buena prueba —no sabemos si de inocencia o de perspicacia— la estratagema de que se sirvió para guardarse de la Abadesa, que quería de ella cosas que su conciencia rechazaba: hablarla siempre de rodillas, tanto en privado como en presencia de otros. *Vide* [81, 86]. Ante semejante medida —que ella reconoce que le costó cumplir, por la vergüenza que le daba—, la Superiora no tuvo más remedio que dejarla en paz. «Con ésta no hay nada que hacer», debió de pensar.

Aunque ya desde 1908 la M. Angeles y la Comunidad conocían y trataban al Capuchino P. Mariano de Vega —que entonces era Provincial—, y pese a que la M. Angeles andaba necesitada de un Director que la sacase de su estado de zozobra y ansiedades de conciencia, nunca se confesó con él, y véase qué razón da de ello:

«... servidora había rehusado confesarse con él temiendo que me perjudicaría su trato por lo mucho que se interesaba por mi alma y el buen concepto que tenía de mí, lo que me disgustaba mucho, porque buscaba un Director que tuviese de mi alma una idea exacta, la misma que yo tenía, para que me absolviese de mis extravíos y sacase del extraviado camino en que yacía o me consideraba, lo que no esperaba que haría el mencionado Padre». *Vide* [540].

Late siempre en la M. Sorazu esta pasión por la verdad: quiere un Director que juzgue de sus cosas con objetividad, lo que no espera de uno que sospecha que está *a priori* a su favor. Pero al fin tuvo que rendirse y confesarse con él. Al verla presa de tantas zozobras y ansiedades, al P. Mariano se le ocurrió decirle que él se hacía responsable ante Dios de todos sus actos, buenos y malos, y que si ella moría antes que él, dijera en el tribunal de Dios que el P. Mariano dará cuenta de sus actos, y que si él muere antes, igualmente responderá por ella. Lo mismo fue decirle esto el Padre que quedarse completamente tranquila.

Ante el temor que asalta siempre a la M. Angeles de si será embustera, que engaña a los Confesores, etc., el P. Mariano hubo de decirle taxativamente: «Bien convencido estoy de que no eres ni jamás serás fingidora, mentirosa, ni hipócrita» [51].

Por otra parte —y esto es ya de los últimos años de su vida—, como ejemplo de reacción enérgica y un tanto desmedida, se puede citar la actitud que adoptó de negarse en redondo a pagar la contribución urbana, escribiendo cartas a la Reina, al Jefe de Gobierno, etc. *Vide* [758-759]. Hay que decir también, como descargo, que el convento era muy pobre.

En cambio, con las autoridades eclesiásticas, de las que también tuvo que apurar tragos amargos, siempre fue respetuosa y obediente. Aquí la fe se sobreponía a todo.

En las cartas que se publican en esta misma edición, a veces aparecen expresiones un tanto duras («no nos inspiran confianza»: *Vide* [597]); aun a su mismo Director, el P. Alfonso, a veces parece pedirle cuentas con un cierto desenfado; pero hay que tener en cuenta que la M. Angeles no hacía borradores y escribía a vuelapluma, y los destinatarios, que la conocían, sabían medir el alcance real de tales

[51] Carta al P. Mariano de 6-I-1912. *Itinerario,* vol. II, pág. 177 nota.

frases. *Vide* [633, 634]. Entre los Santos y Santas de la Iglesia no faltan —Santa Bernadette Soubirous, Santa Juana de Arco, etc.— quienes por su extracción social o procedencia campesina conservaron siempre una cierta ruda franqueza.

Una vez que vino a predicar en la iglesia del convento un cierto Padre Capuchino, el cual en el locutorio no tuvo reparo en despotricar contra los Superiores, la Madre tampoco tuvo empacho en afearle su conducta. Véase lo que ella dice sobre el caso:

«El Padre Predicador come, cena y hace todo en casa del Capellán. Predicar, predica bien; pero él no me gusta. Si le hubiera conocido y tratado antes, creo que no le llamara para predicar; pero me acordé tarde. Ayer cuando vino nos llamó al locutorio para saludarnos y enterarse de lo que debía hacer; y como le oyese hablar mal de sus superiores y decir ciertas cosas que no me parecen bien, le contrarié y dije que no me gustaba ni obraba según el Santo Evangelio, y si en este mundo no cambia, tendrá que hacerlo en el purgatorio, pues mientras no cambie de sentimientos no se unirá con Dios, etc.; pero muy enfadada. El también debió de enfadarse conmigo, pero no me importa; únicamente siento el haberme visto precisada a decirle en su cara el mal concepto que tengo de él y lo que sentía de sus procederes» [52].

Por lo demás, y fuera de estos casos, en que la causa de Dios estaba por medio, llamaba la atención por su finura de trato. *Vide* [773]. Y por el sincero afecto que cobraban a la Madre cuantos la trataban, logró la Comunidad muy generosos bienhechores. *Vide* [777]. Sus súbditas dicen también que para ellas era una verdadera Madre. *Vide* [775].

Refiriéndose a su carácter, nos dice:

«Entre otros beneficios debo a Nuestro Señor la agudeza de ingenio para todo lo que se relaciona con su gloria, y una torpeza grande para comprender las cosas de la tierra, especialmente las noticias que pudieran comprometer la santa pureza, afición o inclinación a lo espiritual y divino, y aversión a las relaciones que profanan el corazón». *Vide* [32].

[52] Carta al P. Mariano de 30-XI-1912. *Itinerario,* vol. II, pág. 289.

En *La Vida Espiritual,* cuando habla del atributo divino de la fecundidad, hallamos este inciso:

«... quizá es un alma que ignoraba los elementos más esenciales de la vida de la creación y de su desarrollo, hasta el punto de admirar y hacer reír a cuantos escucharon sus infantiles conceptos sobre esta materia» [53].

Otro detalle que está también repetidamente atestiguado: hablaba más bien poco. Refiriéndose a una reunión de jóvenes piadosas de Tolosa, a la que ella asistió, dice:

«Todas hablaron menos servidora, que guardó profundo silencio, según mi costumbre, porque nunca fui habladora» [16].

Sobre este punto, *Vide* también [774].

Barrer la celda lo hacía todos los días, y «a conciencia». *Vide* [689].

En la vida de la M. Sorazu, con frecuencia parece que los límites entre lo natural y lo preter- o sobrenatural no están claros y no se pueden discernir. Piensa uno que también pudo tener dotes de telepatía o de sensibilidad para hechos parapsicológicos. En una cuenta de conciencia que envía al P. Mariano —que era profesor en el Estudio teológico Capuchino de León— dice:

«Y, aunque no tuve el gusto de ver al Angel de su guarda, sí supe (no sé por quién) que V. R. estaba libre de clase y dedicado a Dios» [54].

Desde luego, para ella era mucho más real el mundo de Dios que este mundo visible. En otra de sus cartas al P. Mariano llega a decir que «perdió la fe», pero lo explica.

[53] *La Vida Espiritual,* cap. XIX, pág. 233 (1.ª edición). Dicho se está con esto que Sor Angeles tenía unas ignorancias inexplicables en cuanto al sexo y la procreación. El detalle de que Dios no la ha sometido a las tentaciones contra la pureza aparece también repetidamente en sus escritos. *Vide,* por ejemplo, [724].

[54] Cuenta de conciencia al P. Mariano, de Marzo-Mayo de 1911. *Itinerario,* vol. I, pág. 323.

«En virtud de los favores recibidos de Dios en este estado, que duró años, perdí la fe; y digo que perdí la fe por cuanto tengo evidencia y sé por experiencia que Dios existe en mí y conmigo y en todo lugar» [55].

Este don constituía su paraíso en la tierra [56].

En sus momentos de duda, dudaba de todo, menos de la existencia de Dios y de su Bondad infinita. *Vide* [559, 563].

Otro hecho también atestiguado —y que molestaba a las monjas— era que deseaba la muerte para sus padres y hermanos, porque así se unía mejor con ellos. *Vide* [201, 249, 250].

Digamos también que en la *Autobiografía* hay páginas muy bellas sobre cómo la naturaleza la elevaba a Dios. *Vide* [191-192, 220], etc.

Aborrecía el polvo y toda suciedad.

Según dicen las monjas que la conocieron y escribieron testimonios sobre ella, no acometía obras a la ligera, sin contar antes con los medios y recursos necesarios. Algunos géneros los compraba al por mayor, porque así resultaba más barato, y pagaba fielmente su valor.

X

La escritora

Al abordar este tema, el primer problema que se plantea es cómo la M. Sorazu pudo escribir las obras que escribió, siendo como era de muy escasa cultura y preparación literaria. Su escolarización se redujo a la sección de párvulas en las Carmelitas de la Caridad de Zumaya, *Vide* [2], y a la escuela de primera enseñanza en San Sebastián. *Vide* [131]. No sabemos si en Tolosa acudió también algo a la escuela.

[55] Carta al P. Mariano de 1-IX-1910. *Itinerario,* vol. I, pág. 86.
[56] Carta al P. Mariano de 24-XI-1910. *Itinerario,* vol. I, pág. 151.

De todos modos, su asistencia a dichos centros fue poco asidua por causa de sus frecuentes enfermedades.

Y como pasaba con las familias pobres en la época, muy pronto tuvo que dejar la escuela para ganarse la vida. A los 13 años de edad entra a servir en una casa de San Sebastián, donde sólo permanece un año. Después se coloca como obrera en la fábrica de boinas Elósegui, de Tolosa, donde trabaja hasta su ingreso en la Concepción de Valladolid, a los 18 años.

En una de las primeras cartas que escribió al P. Nazario al enviarle sus escritos, la M. Angeles le dice:

«Le suplico que corrija con entera libertad todos los defectos que hallará en los escritos, especialmente en el estilo y forma, porque estoy persuadida que hablo la lengua castellana incorrectamente, como generalmente lo hacen todas las que hablaron primero el vascuence. No he recibido más instrucción que las primeras nociones que se dan en la escuela de párvulos. Los conocimientos que poseo los adquirí en esta santa casa, con mis relaciones con Dios y con la Santísima Virgen. Mas, como no se me comunican las noticias con términos formales, me expreso en los escritos como me sale en el momento. Así que corríjalos con entera libertad. Una vez más le requiero para que oculte mi nombre». *Vide* [721].

Naturalmente, el P. Nazario se abstuvo de usar de esta libertad que la autora le concedía, fuera de algunas insignificancias. Lo que sí hizo —como más adelante diremos— fue omitir ciertos pasajes en su edición. Tampoco de los Directores que le mandaban escribir sabemos que metieran mano en sus escritos.

Dice la M. Sorazu en el texto citado que sus conocimientos los ha adquirido en el convento en sus relaciones con Dios y con la Virgen. Pero añade que como las noticias no se le comunican con términos formales, en los escritos tiene que expresarse como le sale en el momento. Naturalmente que en el claustro leyó algunos libros: libros de Ascética, Hagiografía, Sagrada Escritura, etc., que había en casa, más bien heredados de épocas anteriores. Ella misma nos ha dado

una lista de ellos: *Vide* [70-72]. También nos habla de los que leyó en el siglo: *Vide* [27-28]. Tenía cierta aversión a la lectura de libros de Mística. *Vide* [72-74]. Aunque por mandato de sus Directores, tuvo que leer algunos.

Tampoco hay que excluir, naturalmente, que por el trato con Directores, Confesores, etc., algo, o más que algo, aprendería. Al hablar de sus lecturas —todas de carácter religioso—, hace esta observación: «Leer por curiosidad los libros santos no lo hice nunca», *Vide* [74]. Esto quiere decir, evidentemente, que el único móvil que le guiaba al leer los libros indicados era servirse de ellos como de ayuda para responder a los designios de Dios en su santificación, lo que evidentemente no excluye que sacara de ellos otros frutos como el dominio o destreza en el uso del lenguaje, la facilidad para redactar, etc.

De todos modos, creemos que la originalidad es una de las características más sobresalientes de estos escritos:

El escritor vasco Nicolás Ormaechea, «Orixe», ex Jesuita, escribió el año 1952 en la revista *Gernika*, que aparecía en Buenos Aires:

«Leí la gran obra de la monja (se refiere a *La Vida Espiritual*) a raíz de haberse publicado, y me admiró su solidez de doctrina y su virtud extraordinaria. Me convenció más que la Venerable Agreda, la cual también llevaba sangre nuestra con un apellido Arana. Pero no me venga a decir el P. Nazario Pérez que era completamente iliterata, que no había leído autores, cuando se ve que ha leído a San Juan de la Cruz, y quizás interpretándole mal en algún punto. El príncipe de los místicos le pondría algún reparo teológico a lo del "toque sustancial" de ciertos atributos. Si bien es verdad que los atributos divinos se identifican con la divina sustancia, el oír hablar a San Juan de la Cruz de "toque sustancial" entre la sustancia de Dios y la sustancia del alma no choca como puede chocar a los exigentes el toque sustancial con los atributos. El P. Villasante dice que no hay influencia de anteriores autores místicos en ella. Si llego a tiempo, posiblemente haré un estudio amplio mostrando que sí» [57].

[57] Nicolás ORMAECHEA, «Leyendo GERNIKA: Ciencia y práctica de nuestro idioma», *Gernika*, Enero-Marzo 1952, págs. 23-26.

No sabemos que «Orixe» cumpliera lo prometido. Desde luego, trabajo le hubiera costado el cumplirlo, o sea, probar las dependencias literarias que él supone o da por ciertas. Cuanto más se le lee a la M. Sorazu, más se convence uno de que ella no tiene más fuente que su propia experiencia de Dios, lo que no quiere decir que no cite alguna vez vidas de Santos o Santas que ha leído porque se las ha facilitado el Director e indique algún parecido que tiene con ellas.

Sobre las obras de Santa Teresa, que leyó por mandato del P. Alfonso, *Vide* [600-601]. Igualmente leyó a San Juan de la Cruz, por mandato del mismo P. Alfonso [58].

A continuación —sin ningún ánimo de ser exhaustivos y siguiendo un orden más o menos cronológico— vamos a ofrecer al lector una sucinta enumeración de la obra literaria de la sierva de Dios.

¿Cuándo empieza a escribir la M. Angeles? (Naturalmente, no nos referimos aquí a cartas, de las que algo diremos más adelante).

Parece, por lo que nos dice el P. Pobladura [59], que el primer escrito que salió de la pluma de la M. Angeles —a fines de 1905 o principios de 1906— fue una *Vida de San Juan Evangelista*, que regaló a su segundo Director —el Sr. Deán—. Por este escrito —que hoy no existe— pudo entrever el Director las cualidades de escritora que tenía su dirigida.

El verano de 1906 empieza a escribir, ya por orden del Sr. Deán, lo que había entendido sobre la naturaleza divina de Jesús. *La Vida divina de Jesús* o *Historia del amor eterno,* he aquí una obra que, por una parte, le hacía mucha ilusión y siempre acarició la idea de escribirla, pero, por otra, los escrúpulos y temores se sobreponían, de modo que destruía o quemaba lo escrito, volvía a escribir y a des-

[58] Véase «Correspondencia epistolar de la M. Angeles Sorazu con el P. Nazario Pérez»: *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), 151.

[59] POBLADURA (Melchor de), *Una flor siempre viva. Sor María de los Angeles Sorazu.* Madrid, 1941, págs. 110-111.

truir. De hecho, tampoco esta obra ha llegado a nuestras manos, salvo fragmentos.

El tercer Director de M. Angeles —el Capuchino P. Mariano de Vega— tuvo ocasión de leer una confesión general o relato autobiográfico bastante extenso que le hizo por escrito su dirigida. También éste se dio cuenta, al leer dicho relato, de las dotes de escritora que tenía la M. Angeles y concibió la idea de mandarle escribir la *Autobiografía*, como lo hizo. Pero de esta obra, que constituye el objeto de la presente edición, nos ocuparemos más detenidamente en el apartado siguiente.

El quinto Director de la M. Angeles —el Dominico P. Alfonso— le impone el mandato de escribir *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo*, que ella misma calificó como su «historia velada» [60], pues contiene la historia de sus relaciones divinas, sobre todo desde el momento en que termina la *Autobiografía;* en este sentido es la continuación de ésta, aunque escrita en tercera persona y con una cierta apariencia de tratado impersonal. Esta obra, que es considerada como la principal de la M. Sorazu, fue escrita en 1918, en pocos meses. Se ha solido ponderar cómo en tan breve espacio de tiempo pudo escribir ella esta obra. Pero tal vez no se piensa que para componerla contaba con el libro V de la *Autobiografía,* en su redacción primitiva —que hoy no tenemos—. En él se hallaba ya buena parte del contenido de esta obra.

La obra lleva un *Apéndice sobre la Dirección Espiritual*, donde nos ha dejado como un breve compendio de su experiencia sobre este tema de la Dirección [61].

[60] Véase carta al P. Mariano de 25-VIII-1920. *Itinerario,* vol. III, pág. 133.

[61] En este Apéndice, cap. II, la sierva de Dios trata con alguna extensión de los perjuicios y sufrimientos gravísimos que ocasionan los Directores crédulos y aficionados a saber las cosas por vía sobrenatural. Dice que clama al cielo la necesidad de procurar el remedio de tamaño mal. Véase *La Vida Espiritual,* 1.ª ed., pág. 380. Ella sufrió en propia carte este mal con su 2.º Director. Del Director in-

Con el fin de que le sirviera de banco de datos para la composición de *La Vida Espiritual,* la M. Angeles escribía un *Diario* de su vida de relación con Dios, que después quemó; se salvaron de la quema —por no hallarse en manos de la autora— unas pocas páginas, que aparecen en nuestra edición.

Un opúsculo, que también es en gran parte autobiográfico, es el llamado *La ovejita de María Inmaculada* o *Las Pastoras,* que está escrito en forma de comentario a unas postales o tarjetas de la Divina Pastora. También este opúsculo se escribió en 1918. Conoció varias ediciones y traducciones, hasta que en 1928 el P. Nazario lo incluyó en la compilación titulada *Opúsculos Marianos* (de la M. Angeles Sorazu). En la misma compilación hay diversos escritos más bien breves: *La Virgen, Medianera Universal*; *La Virgen, Casa de Dios*; *Meditaciones sobre el misterio de la Encarnación*; *Mensajes de la reina del cielo* (sobre el Rosario), y *Sobre el Cantar de los Cantares.*

En 1926 se publicó en Salamanca como «aparte» de artículos aparecidos en «La Vida Sobrenatural» un opúsculo de 136 páginas con el título de *Exposición de varios pasajes de la Sagrada Escritura.* Abarca la *Visión del Profeta Isaías* (Is 6); *Consideraciones sobre el Apocalipsis; Consideraciones sobre el Evangelio de San Juan; Consideraciones sobre el Salmo 92; Consideraciones sobre los Cánticos.*

En cuanto a cartas publicadas de la sierva de Dios, sobresalen por su valor e importancia los tres tomos de cartas a su principal Director, el Capuchino P. Mariano de Vega, editadas y anotadas por el P. Melchor de Pobladura. La colección lleva el título de *Itinerario Místico de la Madre Angeles Sorazu.* Se publicaron en Madrid en 1942, 1952 y 1958, respectivamente. Son en total 217 cartas, algunas muy extensas. Huelga decir que esta colección es de gran

crédulo o «refractario notablemente a los caminos extraordinarios» dice que también hace padecer al alma, y a veces mucho, pero no tanto como el crédulo, ni la pone en peligro de pecar.

valor para el estudio de la M. Sorazu. También en ellas ocupa un gran lugar la relación de las aprensiones, escrúpulos y temores que asaltaban con frecuencia a la Madre; pero algunas veces se acuerda de advertir que estas tormentas sólo afectan a la parte inferior del alma, que la parte superior se halla en paz y bienandanza, etc. (Es de advertir que las cartas del P. Mariano a su dirigida asimismo se conservan, aunque inéditas, en los Capuchinos de Jesús de Medinaceli, de Madrid.)

En cuanto a las *cartas* que la sierva de Dios escribió a su quinto Director, el Dominico *P. Alfonso*, gran parte de ellas se publican en la presente edición y el resto se conservan en el Archivo de la Concepción de Valladolid, no en sus originales autógrafos, sino en una copia realizada por el propio P. Alfonso.

Las *cartas* que la sierva de Dios escribió al *P. Nazario Pérez S. I.* —cuyos originales se conservan en el Archivo de la Concepción— las publicamos nosotros en *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), 121-181. Gran parte de dicha correspondencia aparece también en la presente edición.

El convento de Concepcionistas de Avila (c/ Sonsoles, 5) fue uno de los que mantuvo relaciones bastante estrechas con el de Concepcionistas de Valladolid y con su Abadesa, la M. Sorazu. En el origen de estas relaciones se hallaba el hecho de que en el de Valladolid había dos religiosas que tenían sendas hermanas en el de Avila. Como fruto de estas relaciones, se conservan actualmente en el Archivo de Valladolid cartas de la Madre a *Sor Visitación Prendes* y sobre todo a *Sor Felipa de Santa Teresa,* ambas del convento de Avila. Fueron publicadas por nosotros en *Scriptorium Victoriense* en los años 1986 y 1987.

Entre los *escritos inéditos* de la Madre que no son precisamente cartas y están consignados en el Catálogo del dicho Archivo de la Concepción de Valladolid, Catálogo que data de 1975 y lo realizó el P. Cándido Zubizarreta O. F. M., figuran diversos manuscritos —algunos autógrafos, otros

copias— con oraciones, ejercicios de piedad que ella llamaba «coloquios», escritos sobre Dios Uno y Trino, sobre la aseidad divina, propósitos, etc.

Viniendo ya al tema de las *cartas inéditas* de la Madre —aparte de las ya aludidas—, digamos que algunas se han perdido o se hallan en paradero desconocido. En el Archivo de Valladolid se conservan 6 cartas escritas al *P. Arintero,* 2 al P. Leonardo Cardeñoso O. F. M., etc. Las cartas escritas al Obispo Cartujo *Agustín Hospital* parece que se han perdido: eran 11 cartas [62]. Se sabe también que la Madre se escribía con Pilar Otegui, la que ingresó en las Capuchinas de Caspe, pero estas cartas debieron de perderse —por hallarse en Caspe— en la guerra civil de 1936. M. Angeles mantuvo asimismo correspondencia con la Abadesa de las Clarisas de Lerma, a la que conociera siendo aún seglar en su viaje a Caspe; pero tampoco esta correspondencia existe actualmente. Existe, en cambio, alguna que otra carta escrita por la Madre a las Concepcionistas de la Madre de Dios de Logroño. Se conservan asimismo 3 cartas escritas al P. Andrés Ocerin-Jáuregui O. F. M.

Capítulo aparte merecerían las cartas familiares, que sabemos escribía la sierva de Dios y serían de gran valor para iluminar ciertas facetas entrañables de su alma y psicología, que difícilmente afloran en cartas de otro género. Desgraciadamente, nuestras indagaciones al respecto no han dado apenas resultados hasta el presente. Hay, sí, unas pocas cartas dirigidas a María, la hermana menor de M. Angeles, que vivía casada en Tolosa, y que se han conservado en el convento de los PP. Claretianos de dicha villa. También parece que se escribía con el Párroco de Zumaya, D. Manuel Beobide, pero desconocemos el paradero de dichas cartas. Se escribía igualmente con su hermano Misionero de Tierra Santa, pero tal correspondencia tampoco se ha salvado.

[62] Véase VILLASANTE, *M. Angeles Sorazu. Estudio Místico,* vol. I, págs. 14-15.

Fr. Pedro (en el siglo José Manuel) murió en Jerusalén en 1948.

Sabemos asimismo que la M. Angeles se carteó mucho con una prima suya de Zumaya, Encarnación Zubía, hija de una hermana del padre de ella (Luisa), pero tampoco conocemos el paradero de esta correspondencia. En una carta al P. Mariano, M. Angeles dice a su Director que desea escribir a una prima, hija de una hermana de su madre, que es religiosa [63]. Etc.

Muy sensible es también la pérdida o extravío de las cartas que escribía a sus familiares de Tolosa, es decir, a sus padres y hermanos. Según testimonio de la sobrina de la sierva de Dios, Concepción Olascoaga Sorazu, en casa se guardaba con gran cariño y respeto un gran fajo de cartas de la tía. También a los parientes que tenía en Zumaya parece que escribía con alguna frecuencia. Tal vez los trasiegos a que dio lugar la guerra civil de 1936 pudieron ser la causa de la pérdida de estos documentos, que hubieran servido para conocer facetas de su alma que difícilmente pueden detectarse en cartas de otra índole. Tal vez no haya que perder del todo la esperanza de una posible recuperación de algunos de estos documentos.

En el semanario vasco *Argia,* allá por los años de 1925-1926, con el seudónimo «Odieta», escribió varios artículos el sacerdote Juan María Beobide. En ellos aporta datos sobre las cartas que la sierva de Dios escribía a la familia, al Párroco de Zumaya, etc. Dice, entre otras cosas, que la sierva de Dios se interesó por que se estableciera la Adoración Nocturna en Zumaya. El Párroco no accedió y le dio las razones de la negativa. Entonces ella contestó que le perdonase el atrevimiento. Parecida petición hizo a su hermana de Tolosa a favor de los Jueves Eucarísticos, cosa que en este caso se logró, estableciéndose éstos en la iglesia de los Padres del Corazón de María.

[63] Carta al P. Mariano de 19-IX-1911. *Itinerario,* vol. II, páginas 76-77.

XI

Génesis y vicisitudes de la obra que publicamos

La edición que hoy se lleva a cabo quiere ser —en la medida de lo posible— la culminación o término de la iniciada por el P. Nazario Pérez S. I. ahora hace 60 años, pero que él no pudo coronar. El P. Nazario, en efecto, concibió su obra como constando de dos partes. A la primera tituló *Autobiografía,* a la segunda *Complemento* (de la *Autobiografía,* se entiende). En 1929 apareció en Valladolid la primera parte, y aun ésta no entera, pues además de las secciones que omitió por diversas razones, dejó sin editar el libro V, pensando, sin duda, que lo publicaría más tarde juntamente con la 2.ª Parte.

La 2.ª Parte, que él llamaba *Complemento,* quería ser la continuación de la *Autobiografía,* hecha también en gran parte a base de documentos de la sierva de Dios —cartas, etcétera—. El P. Nazario dejó redactada esta 2.ª Parte, aunque seguramente sin llegar a darle la última mano. Hoy la publicamos sirviéndonos de los originales y copias que obran en el Archivo de la Concepción de Valladolid.

La presente edición se compone, pues, de dos partes claramente distintas: 1.ª, la autobiografía, que la sierva de Dios tituló *Mi Historia,* y que es obra formalmente suya; 2.ª, que quiere ser continuación de la primera y que nosotros llamaremos *Complemento,* como la llamaba el P. Nazario. Esta segunda la compuso dicho Padre sirviéndose de diversos materiales que pudo allegar, sobre todo cartas de la sierva de Dios.

Se hace, pues, preciso hablar separadamente de estas dos partes, que nosotros hemos juntado bajo el título común de *Autobiografía Espiritual,* ya que también la 2.ª Parte o *Complemento* está hecha en su gran mayoría utilizando documentos autobiográficos. Pero, claro, son de desigual valor estas dos partes. Sólo la primera es *formaliter* obra de la

M. Sorazu. La segunda la ha compuesto el P. Nazario enhebrando y acoplando diversos materiales: escritos ocasionales de la sierva de Dios, testimonios de otras personas sobre ella, etc. De todos modos, gracias a esta segunda parte se rescatan de una pérdida segura documentos de indudable valor para un mejor conocimiento de la sierva de Dios.

1.ª Parte: «Mi Historia»

Comencemos por decir que, en cierto sentido, es ésta la obra fundamental de la M. Sorazu, escrita en su mejor edad, cuando frisaba los 40 años. Generalmente se admite que la obra principal de ella es *La Vida Espiritual,* pero, como veremos, también ésta es en parte hijuela de la *Autobiografía,* desgajada de ella y reelaborada más tarde por la autora para presentarla con un cierto aire o estilo impersonal o de tratado, aunque en la misma abundan los detalles que delatan su verdadera índole autobiográfica.

Podemos trazar la historia de esta célebre obra con bastante exactitud y pormenores, gracias a los datos que aporta el P. Melchor de Pobladura, que los había aprendido de boca del propio P. Mariano [64]; de la correspondencia de la sierva de Dios con el mismo P. Mariano —donde se hallan numerosas referencias al primer comienzo y progreso de la redacción del libro—, y de la correspondencia de la M. Angeles con el P. Nazario Pérez.

En Noviembre de 1910 impone el P. Mariano a su dirigida el mandato de narrar por escrito la historia de toda su vida. Vencidas no pocas repugnancias de la autora, ésta se decide a obedecer y da principio a la obra el día de Reyes de 1911. Y la termina, según dice el citado P. Pobladura, el 17 de Mayo de 1913. M. Sorazu ha alcanzado los 40 años de edad.

Pero pocos meses después —en Octubre de 1913— se

[64] POBLADURA, *Una flor siempreviva,* págs. 98 y ss.

le prohíbe a la sierva de Dios dirigirse con el P. Mariano y tener relación alguna con él de palabra o por escrito. Durante el sexenio que duró esta prohibición [65], y gracias a los datos que nos proporciona el P. Pobladura, sabemos que la M. Sorazu hizo una nueva refundición y abreviación de la obra. El libro I de la *Autobiografía,* en su primera redacción, constaba de 12 capítulos, ahora tiene 6; el libro II tenía 22, y ahora tiene 13; el libro III comprendía 30, y ahora tiene 23; el libro IV tenía 17 y ahora tiene 15. Pero el que sufrió mayor desmoche fue el libro V, que tenía 24 capítulos y ahora sólo tiene 4. En este libro V se narraban sus ascensiones en la escala mística después de la elevación al matrimonio espiritual o unión transformante. ¿Por qué efectuó semejante desmoche? Sin duda por la repugnancia invencible que le producía el presentarse como sujeto/objeto de gracias tan sublimes.

Es verdad que tales ascensiones están narradas con bastante amplitud en la otra obra, escrita en 1918, titulada *La Vida Espiritual,* pero aquí están descritas en forma un tanto impersonal y genérica.

La autobiografía propiamente dicha termina con la entrega de la Santísima Trinidad o elevación al matrimonio espiritual, que tuvo lugar el 10 de Junio de 1911. Nada nos dice, pues, de los diez años que aún vivió la M. Sorazu. Y este vacío es el que de alguna manera se ha querido colmar en la 2.ª parte, sin olvidar que en las cartas al P. Mariano y en *La Vida Espiritual* —aun dentro del género literario adoptado en esta obra—, etc., hay también datos para suplir en parte esta laguna [66].

[65] Mons. José M.ª de Cos y Macho, Arzobispo, muere en Valladolid el 17 de Diciembre de 1919. Su sucesor, D. Pedro Segura, en calidad de Vicario Capitular, autoriza a la M. Sorazu a dirigirse con el P. Mariano, si así lo desea.

[66] Al final del capítulo IV del libro V de la *Autobiografía* la sierva de Dios puso una nota donde nos dice que la continuación de ésta se halla en «el tratado que escribí sobre la vida espiritual», y nos proporciona algunos datos y detalles sobre el tiempo y lugares en que

Ciñéndonos, pues, a la 1.ª Parte —*Mi Historia*—, tal como ha llegado a nosotros, debemos decir que tenemos la incomparable ventaja de contar con los originales autógrafos, los mismos que utilizó el P. Nazario para realizar su edición de 1929. Y examinando con cierta detención los folios, la letra, el ancho de los renglones, las irregularidades de paginación, etc., se saca la impresión de que en esta redacción segunda (llamémosla «redacción B») hay folios que pertenecieron a la primera («redacción A»). O sea, que por no tomarse el trabajo de copiar de nuevo todo, algunos folios de la redacción A, que le parecían aceptables, la autora los incorporó tal cual a la segunda o «redacción B». Desde luego, los de la segunda redacción están escritos con letra más cuidada y en renglones más espaciados y son, por lo tanto, más legibles.

Por el P. Pobladura [67] sabemos que el P. Mariano devolvió los originales de la *Autobiografía* (redacción A) a la M. Angeles el 6 de Enero de 1916, después que ésta se confió a otro Director. Y en estos años de 1916 - 1918 debió de realizar la autora la redacción B, o sea, la definitiva. Al año siguiente, 1919, la M. Sorazu envía sus escritos —entre ellos *Mi Historia*— al P. Nazario Pérez, constituyéndolo depositario de los mismos, y este Padre publica en 1929 lo que él llama 1.ª Parte o *Autobiografía.*

Cuando el P. Mariano volvió a dirigir por segunda vez a la M. Sorazu, mandó a ésta que reclamara los escritos que había entregado al P. Nazario. Obedeció la sierva de Dios, pero no sin expresar su disentimiento, pues creía haber cumplido la voluntad de Dios al hacer lo que hizo. El P. Nazario, por su parte, se negó a devolverlos, pues creía tener derecho y aun deber de conservarlos en su poder. No obstante, en una cosa accedió a lo que el P. Mariano pedía: en suspender —al menos de momento— la publicación de los

recibió ciertas gracias que en dicho tratado aparecen narradas de forma un tanto genérica y sin estos datos individuantes. *Vide* [580].

[67] Cf. *Una flor siempreviva,* pág. 99.

escritos de la Madre. No estaba lejana la muerte de ésta, y parecía más prudente aplazar hasta entonces dicha publicación. *Vide* [741].

2.ª Parte: «Complemento»

Debemos confesar que no nos es fácil reconstruir la historia y vicisitudes de esta 2.ª Parte o *Complemento,* que formalmente es obra del P. Nazario, dados los años que han transcurrido desde el fallecimiento de su autor.

La primera pregunta que a uno se le ocurre es por qué el P. Nazario demoró tanto la publicación de esta 2.ª Parte. Creemos recordar que cuando estábamos preparando la tesis sobre la M. Sorazu —allá por el año 1946— visitamos al P. Nazario en Valladolid, en la residencia de la calle de Ruiz Hernández, y entre otras cosas le hicimos esta misma pregunta. Su respuesta fue —si no nos falla la memoria— que para llenar muchas lagunas le era preciso esperar a que se publicasen las cartas de la sierva de Dios al P. Mariano, que guardaban los Capuchinos de la Provincia de Castilla. El primer tomo de estas cartas había aparecido en 1942; pero el segundo no salió hasta 1952 —año de la muerte del P. Nazario— y el tercero apareció en 1958. Añádase la dificultad que provenía de la relativa proximidad de los acontecimientos, que no se podían historiar sin aludir a personas que aún vivían o eran fácilmente identificables. Así, por ejemplo, Sor Anunciación, que había dado serios disgustos a la Madre y a la Comunidad de la Concepción de Valladolid, vivía —y aún vivió muchos años— en las Clarisas de Calabazanos (Palencia). ¿Cómo hablar de estos hechos y de otros sin herir susceptibilidades o rozar el buen nombre de personas que vivían o cuyo óbito era aún reciente?

De todas formas, el P. Nazario escribió como pudo esta 2.ª Parte. Parece que a su muerte se hizo cargo de los originales el P. Camilo M.ª Abad S. I., que debía de ser pa-

riente de la M. Presentación Abad, sucesora de M. Sorazu en el cargo de Abadesa. Pero no sabemos si por sus años o por otras causas, tampoco él se animó a publicar esta 2.ª Parte, y parece que fue él quien remitió los originales al Archivo de la Concepción, donde se han guardado hasta hoy [68].

En el Archivo de la Concepción existe, por una parte, un traslado hecho a mano con buena caligrafía —parece obra de alguna religiosa del mismo convento— que abarca los ocho primeros capítulos (271 páginas manuscritas); por otra parte, está también lo que parece el original, escrito a máquina —seguramente por el propio P. Nazario—, pero es un original un tanto provisional e inacabado, es decir, no definitivo o pasado a limpio. Estas cuartillas mecanografiadas se hallan guardadas en dos sobres o envoltorios superpuestos. En uno de ellos se lee la dirección del P. Camilo M.ª Abad y en el otro la del P. Nazario Pérez.

Las monjas de la Concepción, el pasado año, al presentarse la oportunidad de hacer esta edición, pasaron a máquina los ocho capítulos de la copia manuscrita; y al advertir luego nosotros que en el original mecanográfico del P. Nazario había otros dos capítulos, los hemos incluido también, pues parecían esenciales (son el IX y el X de la presente edición). Por lo demás, en el orden de los capítulos y en otras cosas, se advierte, entre estos dos «testigos», cierta disparidad, de la que no podríamos dar razón. Nos falta, tal vez, algún anillo intermedio.

Digamos a todo esto que el *Complemento* no es una biografía completa, ni aspira a serlo. Tiene grandes vacíos, explicables por todo lo que se ha dicho. La *Autobiografía* propiamente dicha termina en Junio de 1911. El *Complemento* o 2.ª Parte empieza en 1917. Sobre el sexenio inter-

[68] Por aquellas fechas —década de los 50— también nosotros fuimos requeridos para que nos hiciéramos cargo de estos originales con vistas a su publicación, pero entonces no veíamos modo de asumir esta responsabilidad y contestamos que no podíamos.

medio no hay nada. (Claro que hay fuentes para llenar de algún modo este vacío, como ya hemos dicho: *La Vida Espiritual,* las cartas al P. Mariano, etc.)

Además se observa que el P. Nazario se abstiene por lo general de elaborar una síntesis propia. El no había conocido a la M. Sorazu y su papel se reduce a engarzar o ensartar textos de la propia sierva de Dios (cartas, etc.) o testimonios de otros sobre ella.

Para realizar su cometido tuvo el P. Nazario la suerte de contar con la colaboración leal del Dominico P. Alfonso Vega, 5.º Director de la M. Angeles, que le remitió copia de todas las cartas que la sierva de Dios le había escrito, muchas de las cuales se publican aquí. Se publican también las páginas del *Diario,* mejor dicho, la parte del mismo que se conserva. Item amplios trozos de las cartas que escribió la sierva de Dios al propio P. Nazario. Item contó con testimonios de las monjas acerca de su ex Abadesa, y particularmente de la M. Presentación y de otras acerca de sus últimos momentos y muerte. Al advertir algunos defectos de la redacción, uno piensa que el P. Nazario debió de acudir al locutorio de las monjas con su maquinilla portátil y fue escribiendo según le decían éstas, dejando para más adelante la labor de hacer una redacción más cuidada; pero así ha quedado, y así lo publicamos.

Digamos, en fin, que no es una biografía completa ni mucho menos, pero tiene aportaciones valiosas, sobre todo del tiempo en que la M. Angeles se dirigió con el P. Alfonso, etcétera, y de su última enfermedad y muerte. El P. Nazario es ciertamente benemérito de la causa de la M. Sorazu. No contento con publicar sus obras, preparó incluso este *Complemento* a la autobiografía, que aporta no pocos datos y documentos que de otra suerte hubieran perecido o serían de difícil acceso o consulta.

XII

Criterios seguidos en la presente edición

Cuando empezamos a preparar esta nueva edición de la *Autobiografía* de la M. Sorazu, nuestra primera idea fue tomar como base la realizada en 1929 por el P. Nazario con algunas adiciones —el libro V y ciertos pasajes omitidos en aquélla—. Pero tan pronto como nos adentramos un poco en el cotejo del texto de la primera edición con los originales autógrafos, comprendimos que se hacía necesario dejar de lado la edición impresa y atenernos estrictamente al texto de los originales autógrafos. ¿Cuáles fueron las razones que nos movieron a esta nueva opción?

1.ª Que se conservan en perfecto estado los originales autógrafos y no se podía desperdiciar esta oportunidad, que tal vez mañana no tendremos.

2.ª Que los textos, secciones o pasajes omitidos en la edición de 1929 eran mucho más numerosos y amplios de lo que suponíamos.

3.ª Que, aparte de las secciones omitidas, había también —aunque no muchas— variaciones del texto, generalmente por razones de corrección lingüística.

4.ª Que con alguna frecuencia se detectaban pequeños cambios de texto, imperceptibles al lector corriente, que no afectan al sentido y no parecen intencionados o voluntarios, sino efecto, tal vez, de una corrección de pruebas no suficientemente atenta.

En vista de todo esto, comprendimos que se hacía necesario acometer una edición que nos ofrezca, a poder ser, un texto críticamente depurado e íntegro. Es decir, lo más genuino posible.

Para ello hicimos una copia mecanográfica, obtenida a base del original autógrafo, respetando al máximo todas las particularidades de éste. Unicamente en materia de signos

de puntuación, acentos, apartes, etc., nos permitimos la libertad de modernizar un tanto el texto.

En cuanto a faltas de ortografía o expresiones chocantes, en general las respetamos, poniendo a continuación (*sic*), que quiere decir que ella lo puso así.

En cuanto a los cambios de texto que por razones de corrección lingüística se introdujeron en la primera edición, los indicamos generalmente en las notas.

Y, por supuesto, las secciones o pasajes que fueron objeto de expurgo en la primera edición quedan señaladas asimismo en las notas. Es decir, van dentro del texto actual y en nota se indica que se trata de un pasaje o sección que se omitió anteriormente.

En cuanto a la multitud de variantes de menor monta, no las señalamos en notas por no multiplicar éstas, pero puede darse una idea de ellas el que coteje la primera edición con ésta.

Creemos que la M. Sorazu ha adquirido suficiente relevancia como para que se realice este esfuerzo con el fin de ofrecer al público un texto lo más fiel y genuino posible.

Dicho se está con esto que, una vez emprendido este camino, debíamos prescindir también de las notas y sumarios de los capítulos de la primera edición, que eran del editor. Las notas de la nueva edición debían ser en gran parte de crítica textual y algunas pocas de carácter histórico, bibliográfico, espiritual, etc. La falta de los Sumarios creemos queda compensada con los Indices Analítico y Onomástico que van al fin del libro.

En cuanto a los expurgos de que fue objeto la primera edición, nosotros no vamos a criticar tal proceder. Seguramente que el P. Nazario no obró por cuenta propia, sino que el libro fue examinado por censores o consultores que pensaron que había que proceder así. Tampoco los tiempos y los criterios de entonces eran los mismos de ahora; por eso decimos que no les criticamos.

Las razones por las que se hicieron estos expurgos son

fáciles de adivinar. Algunas veces la sierva de Dios se refiere a personas cuyo buen nombre o fama había que respetar, y que, de publicarse tales secciones, podían ser fácilmente identificables por tratarse de hechos recientes. Otros expurgos son debidos, sin duda, a pelillos de ortodoxia. Hay, en efecto, en el libro frases que, tomadas en su rigor literal o material, no son teológicamente exactas y generalmente la autora misma lo advierte y se da cuenta de ello. Hay también ocurrencias, reacciones o «salidas» propias de momentos críticos y fruto de su idiosincrasia peculiar. Creemos que todo ello, hoy día, no hay razón para ocultarlo, sino que, al contrario, sirve para que conozcamos mejor este caso tan singular de experiencia religiosa que es la M. Angeles Sorazu.

Cuando hemos introducido alguna cosa por nuestra cuenta, lo ponemos entre corchetes. Por ejemplo, el título del capítulo 1.º del libro I de la *Autobiografía,* que falta en el original.

Los números marginales entre corchetes, en que aparece dividido el texto a lo largo de las dos Partes desde 1 hasta 790, los hemos puesto con el fin de facilitar las citas del libro, es decir, la cita y su verificación o consulta. A estos números marginales remiten las citas que en la presente Introducción hacemos de pasajes del libro.

En cuanto a la 2.ª Parte o *Complemento,* que se publica ahora por primera vez, nos hemos atenido, como es obvio, a la copia y original que teníamos a mano, poniendo a pie de página algunas notas que aparecen entre corchetes. Estas pertenecen al original, y se han puesto así para distinguirlas de las otras, que son propias de la presente edición.

XIII

Notas sobre algunas particularidades —sobre todo incorrecciones— que ocurren con alguna frecuencia en la M. Sorazu

— No distingue entre *aprender* y *aprehender, aprensión* y *aprehensión,* sino que utiliza siempre la primera de estas dos formas.

— Emplea con alguna frecuencia *aparecer* por *parecer.*

— Usa muchas veces *comerciar* y *comercio* en sentido de comunicar, alternar, comunicación, trato. Esta acepción, un tanto arcaica, está registrada en el Diccionario de la Real Academia Española (ed. de 1984). M. Sorazu la aprendería sin duda de algunos libros ascéticos un tanto clásicos.

— Con frecuencia se sirve del pronombre relativo *cuyo,* usado por *el cual.* Este uso incorrecto creemos que lo aprendería en Castilla, donde es bastante usual entre las personas de poca cultura.

— También usa algunas veces *cumplimentar* por *cumplir.*

— No distingue entre *deber* y *deber de,* usando siempre el primero.

— Emplea a veces *describir* por *escribir.*

— Usa algunas veces *do* por *donde.*

— *Intimidar* por *intimar.*

— *Gravitar* por *agravar.*

— Confunde *sino* y *si no.*

— Emplea muchas veces *si que* por *sino* o *sino que.*

— Usa *trabajo escriturario* por trabajo de escribir o redactar.

— A veces escribe *vía* por *veía.*

— Emplea con frecuencia *y* en vez de *e* cuando sigue palabra con *i* inicial (aunque a veces ya se acuerda de cumplir la regla).

— Emplea con frecuencia incorrectamente el verbo *yacer* en lugar de *estar, permanecer,* etc.

— Tampoco parece acertado el empleo del término *graznido* para designar el canto de la codorniz. *Vide* [220].

Estas incorrecciones —y algunas más que se nos habrán pasado— son, por una parte, garantes de la autenticidad de la obra, y por otra, hay que reconocer que son más bien pocas y que están de sobra compensadas por los indudables aciertos de lenguaje y estilo que sorprenden y admiran en la obra de la M. Sorazu.

XIV

Actualidad del mensaje

No es difícil encontrar en el conjunto de los escritos de la M. Sorazu textos o pasajes en que la autora revela tener conciencia de que Dios, por medio de las gracias que a ella le concede, persigue determinados fines que rebasan o desbordan el ámbito del bien personal suyo. Nos limitaremos a citar alguno que otro:

«Otro día, estando en el mismo patio —frecuentaba mucho porque era tornera— Dios Nuestro Señor me reveló la pobreza de virtudes o falta de jugo divino que padecía la inmensa mayoría de las almas que constituyen el vulgo devoto secular y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por mi medio. Al efecto, por impulso suyo, que uno de mis Directores que dirigiría mi conciencia, me mandaría relatar por escrito mi vida íntima, o mis relaciones divinas con el mismo Dios.

Como me sentía la peor de los nacidos, dije al Señor que el Director —que me decía— no creería en la realidad de sus soberanas comunicaciones a mi alma al ver mis muchos y graves pecados, cuya noticia quería darle ante todo y consignarlos, si me permitía, en la relación de mi vida. Contestóme el Señor diciendo que los favores y comunicaciones divinas concedidas a mi alma son visiblemente buenas y no cabe dudar de su bondad. En cuanto a consignar mis pecados en la relación, que hiciera lo que me mandasen sus Ministros Directores de mi conciencia, pero que los consignara o no en la relación aparecería su acción divina y la historia de su amor infinito y eterno más que mi personalidad, pues mi vida era y sería siempre la encarnación de su vida y espíritu divino» [69].

[69] *Vide* [168].

Y en una de sus cartas al P. Nazario Pérez, refiriéndose a su Director —el P. Mariano—, la M. Angeles dice:

«Es el Director que más me ha tratado y mejor ha respondido a las necesidades de mi alma y a los designios de Dios relacionados con mi santificación y mis destinos. No dudo, pues, que Nuestro Señor le manifestará su voluntad respecto de la publicación de mis escritos cuando llegue la hora, pues es alma de mucha oración y celoso de la gloria divina y conoce perfectamente mi vocación, o sea, que Nuestro Señor no me concede sus gracias para mí sola» [70].

De aquí se deduce que no ya ella, sino el Director que dirigía su alma, tenía conciencia de que Dios, al colmar a esta alma de gracias tan eminentes, pretendía con ello fines que no se circunscribían a la mera santificación personal de la interesada.

Esto nos lleva a pensar en los carismas, tema que ha sido puesto de actualidad por el último Concilio [71]. La misma Mística, cuando es auténtica, como ha escrito H. Urs von Balthasar, sería una misión confiada por Dios a una persona para el bien de la Iglesia Universal [72].

No hay duda que, mirada bajo este aspecto, la Mística se nos presenta bajo una nueva luz.

Esta misión, en último término, se ordena a vitalizar la vida cristiana de los miembros de la Iglesia. «Falta de jugo divino que padecía la inmensa mayoría de las almas que constituyen el vulgo devoto secular y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por mi medio». Estas palabras no tienen desperdicio, creemos.

Ciertamente, la M. Sorazu fue un alma totalmente entregada a Dios y preocupada por responder a los designios de

[70] VILLASANTE (L.), «Correspondencia de la M. Angeles Sorazu con el P. Nazario Pérez S. I.—Edición del texto»: *Scriptorium Victoriense* 31 (1984), pág. 181.

[71] *Lumen gentium,* n. 12; *Christifideles laici,* n. 24.

[72] H. Urs VON BALTHASAR, *Adrienne von Speyr. Vida y misión teológica.* Encuentro Ediciones, pág. 55.

Dios sobre ella. Véase el siguiente texto, que es muy significativo al respecto:

«Toda mi vida religiosa amé singularmente la soledad, el retiro y la completa abstracción de las criaturas, de todo lo que se relaciona con la vida temporal, y el temor de verme privada del bien que poseía en mi retiro y soledad fue uno de los motivos que tuve para procurar sustraerme al cargo de abadesa. Pero Dios, que me había dado el cargo, me ayudó con su gracia a conducirme en el cargo de abadesa de suerte y manera que no me perjudicase a mí propia por atender a mis obligaciones» [73].

Supo, aunque un poco forzada y en contra de su inclinación, asumir las obligaciones del cargo, o sea, realizar el movimiento de encarnación de Dios.

El mismo H. Urs von Balthasar [74] ha escrito también que Dios sabe enviar el antídoto y los remedios para los males de la época, incluso desafiando las corrientes de la moda y aun antes de que los venenos comiencen a manifestarse con virulencia.

Es claro —como no podía ser de otra manera— que la personalidad y la obra de la M. Sorazu se inscribe dentro de las coordenadas geográfico-temporales en que le tocó vivir, pero esto no obsta para que de su vida y obra se desprenda una respuesta válida, clarificadora y luminosa en orden a despejar confusionismos y a enderezar desvíos que en época posterior a ella se han difundido, con serio peligro para la fe y la vida del pueblo de Dios.

No es difícil señalar cuáles son estos puntos, hoy puestos con frecuencia en cuarentena y que son precisamente los que aparecen subrayados con trazos más firmes en la vida y obra de la M. Sorazu, a saber: la primacía de Dios y de la oración —no sólo comunitaria—, el papel de la Virgen en la vida cristiana, la divinidad de Jesucristo, la adoración al mismo presente en el Sagrario, la vinculación con la Iglesia jerárquica, la virtud y el sacramento de la Penitencia, etc.

[73] *Vide* [389].
[74] H. Urs von Balthasar, *ob. cit.*, pág. 94.

Todos sabemos cómo en las últimas décadas se han difundido ampliamente, aun en el ámbito intraeclesial, corrientes secularizantes que, so pretexto de servir al hombre, de liberarlo y hacerlo autónomo, relegan a Dios y prescinden de El. Ciertamente es verdad que la Iglesia actual reconoce que el hombre es el camino de la Iglesia [75]. Pero la Iglesia sabe también que no puede servir al hombre sino tomando de la Revelación la entera verdad sobre él y sobre su destino [76]. La Iglesia, en fin, no puede olvidar que de los dos mayores mandamientos el primero es el que se refiere a Dios [77].

La M. Sorazu es una réplica —involuntariamente dada, si se quiere— a estas corrientes que ella no conoció y que en nuestros días se han manifestado, aun en ambientes intraeclesiales.

* * *

Al término de esta Introducción queremos expresar nuestra gratitud a D. José Ignacio Tellechea Idígoras, que ha hecho posible esta nueva edición de la *Autobiografía* de la M. Sorazu y a cuantos nos han ayudado en la preparación de la misma: religiosas de la Comunidad de la Concepción de Valladolid, Fr. Daniel Elcid, Fr. Juan Ariceta y a nuestros Superiores por las facilidades que en todo momento nos han proporcionado para llevar a cabo esta publicación.

FR. LUIS VILLASANTE O. F. M.

Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu (Oñate, Guipúzcoa), 29 de Junio de 1989, festividad de San Pedro y San Pablo y día en que, hace 100 años justos, tuvo lugar la conversión de Florencia, al regreso de la romería de Leaburu. *Vide* [11] y ss.

[75] *Christifideles laici*, n. 36.
[76] *Gaudium et spes*, n. 22.
[77] *Mt* 22, 36-40; *Dt* 6, 5.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION [1]

I

Desde que el público devoto tuvo alguna noticia de Sor Angeles Sorazu, por la fama de santidad y celestial sabiduría, que se difundió a su muerte y creció con la publicación de sus escritos, anhela ver publicada esta biografía. No ha faltado quien, sabiendo que estaba este escrito en nuestro poder, nos recriminara por no haberlo ya dado a luz.

Pero las personas discretas y en estos asuntos entendidas, fácilmente echarán de ver que no pueden lanzarse a la publicidad obras como ésta, sin que precedan muchos estudios y consultas: ya para completarlas con notas y nuevos datos, que se echarían muy de menos si faltaran; ya para cerciorarse de que no hay error dogmático ni inexactitud histórica en el escrito; ya para inquirir, sobre todo, hasta qué punto la prudencia permite publicar hechos tan recientes, sin ofensa de la caridad.

Verdad es que nada hallamos en la autobiografía de esta virgen prudente, que no sea muy edificante y conforme al

[1] [Aunque esta nueva edición depende directamente del autógrafo original de la sierva de Dios, cuyo texto reproduce íntegro, hemos creído, no obstante, que debíamos conservar el prólogo de la primera, que publicó el P. Nazario Pérez S. I. ahora hace sesenta años.] (Nota de la nueva edición.)

olor de santidad que en pos de sí ha dejado; pero algo que no habrá inconveniente en publicar andando los años, pudiera ahora dejar entrever ciertas faltas de personas que con ella trataron y no poco contribuyeron a labrar su corona; y eso a pesar de la extrema delicadeza con que la escritora procura ocultar siempre cuanto redunde en desdoro de sus prójimos.

Por esta razón tendremos que omitir algunos párrafos del original (poquísimos) y algunas cartas y documentos, que esperamos podrán salir en ediciones posteriores de esta obra. Por lo demás no omitiremos, ni añadiremos, ni mudaremos palabra alguna en el texto. En cambio ilustraremos y completaremos, y alguna vez corregiremos en las notas lo que la escritora calla y lo que por humildad exagera; y esto lo haremos casi siempre con palabras de personas fidedignas, que trataron con ella, sobre todo de sus padres espirituales y de sus religiosas. Por no privar al lector de notas tan interesantes y a veces del todo necesarias, hemos demorado más de lo que quisiéramos la publicación de este libro y hemos de retardar aún más la publicación completa.

Pues, para satisfacer en parte los anhelos de tantas almas devotas, repartimos la obra en dos tomos, dando en éste los cuatro primeros libros de la autobiografía y reservando para el otro el quinto y la segunda parte o complemento, que añadiremos nosotros para dar idea del último período de la vida de la M. Angeles (1911-1921). Esta segunda parte tendrá también mucho de autobiográfica, pues aprovecharemos cuanto podamos las cartas y otros escritos suyos.

II

La historia de este libro nos la refiere así el M. R. P. Mariano Vega O. C., Director Espiritual de la M. Angeles.

«En la primera quincena de Noviembre de 1910 estuve en Valladolid dando ejercicios espirituales a las religiosas

concepcionistas del convento de Jesús María; y aprovechando esta oportunidad, iba todos los días a oír en confesión y conocer a fondo a la M. Angeles, de cuya dirección me había hecho cargo en el mes de Julio del mismo año. Uno de los efectos de estas visitas fue mandarle que escribiese su vida. Del 23 al 29 de Diciembre estuve de nuevo en Valladolid en calidad de Confesor extraordinario de las religiosas de la Concepción y de Jesús María, y le impuse nuevamente el mandato de escribir su vida y la urgí para que comenzase al terminar las Pascuas. Algunos días después, el 12 de Enero, le escribí la siguiente carta:

"León, 12 de Enero de 1911

Sor Angeles de Jesús Sacramentado [2]

(Valladolid)

Carísima en Cristo: Dios te dé su santa paz, amor y gracia. A fin de que jamás dudes del divino beneplácito y puedas recordarlo cuando te conviniere, quiero confirmar en esta carta el mandato que te impuse en la primera quincena de Noviembre.—En nombre, pues, de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, con la autoridad que estas tres Divinas Personas me han conferido sobre tu alma y con la que tú misma me has transmitido el 1.° de Julio último, *te mando*, *ordeno* e *impero* que escribas cuanto antes toda tu vida interior y exterior; todos los favores, gracias, dones, etcétera, que has recibido de las tres Divinas Personas, de nuestra Purísima Madre, de nuestro S. P. S. Francisco, etc.; así como tu correspondencia a dichos favores, gracias, dones, visitas, etc.; todo cuanto bueno interno y externo has hecho en toda tu vida; las diversas fases y estados por los que ha ido pasando tu alma; las pruebas, tormentas, enfermedades,

[2] [Este apelativo (de Jesús Sacramentado) no aparece en el nombre que la sierva de Dios adoptó en su toma de hábito. Consta, no obstante, que lo empleó en algún período de su vida, llevada, sin duda, de su devoción a los ángeles que hacen la corte a Jesús en el sagrario, a los que ella quería sumarse en este oficio de adorar al Señor Sacramentado.] (Nota a la 2.ª edición.)

contradicciones, etc., con que Dios se ha dignado purificar tu alma; en fin, todo, todo cuanto tenga razón de bien y se hubiese ejecutado en tu persona o por tu persona. Es mi voluntad y mandato lo escribas cuanto antes puedas (ya sé que te llevará tiempo) y de la manera más completa. Lo has de hacer para glorificar al Verbo Dios Humanado que es quien por mi conducto te lo preceptúa; y, por tanto, hazlo lo mejor que sepas y puedas, pues las obras que hacemos para Dios deben ser lo más perfectas que podamos, pues así se lo merece. Nada pongas de tus muchos y grandísimos pecados individuales, pues no hay para qué, toda vez que aquí los tengo todos en tu Confesión general. Conténtate con decir que has sido la mayor pecadora, etc. Bien sé que esto te costará y repugnará mucho; pero Dios lo manda, y tú y yo tenemos que obedecer, tú escribiendo y yo urgiéndote a ello. No temas la soberbia que por tal motivo pudiera venirte, pues yo me encargo de quitártela bien quitada. Tampoco te apures por los pecados que en tal obediencia pudieres o temieres cometer, pues yo cargo con todos ellos.

También al Verbo Humanado le costó y repugnó obedecer a su Padre; pero, con todo, le obedeció hasta la muerte y muerte de cruz, y por eso su Padre le dio un nombre sobre todo nombre, el nombre de Jesús; y al nombre de Jesús se postran, y doblan la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra, del infierno, y hasta la más perfecta de todas, nuestra Purísima Madre. ¿No quieres, pues, imitar a Jesús? ¿No quieres que Dios Padre te haga la criatura más privilegiada de la tierra, y te dé un nombre sobre todas las demás, una humildad y un amor sin igual? ¿No es la gloria franciscana la devoción y propagación del dulcísimo nombre de Jesús? ¿Y no quieres tú tomar parte en esta obra divina? ¿No debes nada a Jesús, al Verbo Humanado, al Unigénito del Padre? ¿No quieres que Este acabe la obra comenzada? ¿No sabes que con el nombre de Jesús curó S. Pedro al tullido y paralítico del templo? ¿No es cierto que tú (aunque con vida) estás paralítica y tullida física y moralmente? ¿Cuándo

quieres acabar de arrojar al suelo del olvido las muletas de tus pecados, y las ataduras de las criaturas? ¿Quieres andar libre, saltando y brincando de gozo en el templo de la esencia divina? ¿Quieres acabar con tus pecados, y olvidarte de las criaturas, y no vivir más que en Dios, de Dios, con Dios y para Dios? Pues obedece a Jesús, que Este se encargará de pagarte cumplidamente lo poco que por El hagas y escribas, y te curará de todas tus enfermedades físicas y morales, y llegarás a tal altura y estado que ni tú misma te conocerás. Jesús quiere hacer una obra digna de su omnipotente brazo y es necesario que tú te prestes a ello y no le pongas embarazos; obedece y verás.

... ...

Te bendice, en nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo, tu afmo. P.

FR. MARIANO DE VEGA, Cap."

«La M. Angeles comenzó a escribir su vida el día 6 de Enero de 1911, como me indica en su carta del 8 donde dice: "Mucho he luchado conmigo misma entre el deseo de obedecer a V. R., y mi repugnancia a escribir: muchas veces pensé escribirle suplicándole que me libre de esta carga o difiera para otro tiempo, pero no lo hice porque me parecía que me decía el Señor que no perdiese el tiempo en esto ni pidiese prórrogas, sino que comenzase a escribir el día seis del actual, pues convenía a su gloria que escribiera lo que V. R. me había mandado, y cuán obligada estaba a procurarle esta gloria; y me mostraba los favores que varios años me ha dispensado en el citado día seis del actual, para inclinarme a escribir y rechazar las ideas que me venían en contrario. La víspera de los Santos Reyes fue servido su Majestad Dios Padre digo, mostrarme la grandeza de su amor a su Unigénito Hijo en aquellas palabras: *Hic est Filius meus dilectus*, etc., y otras cositas que no puedo referir por falta de tiempo. Quedó mi alma abrasada en deseos de

manifestar a todo el mundo lo que conozco del amor del Padre al Hijo, y de Este a las almas, etc., por medio de mis escritos, en la misma forma que he comenzado y consta en el libro que tiene el Padre en su poder [3]: y habiéndome indicado el Señor que el relato que V. R. me tiene mandado escribir contribuiría mucho al crédito de la obra y por consiguiente a su gloria, me sentí libre de todas las tentaciones y repugnancias a escribir y determiné comenzar el siguiente 6 del actual, y así lo hice. Por ahora estoy contenta y dispuesta a escribir, pero no sé si duraré mucho en este estado de paz; porque me repugna mucho todo lo que sea escribir, sobre todo ponerme de propósito a referir favores divinos, pues temo engañar al mundo que ignora mis maldades; a V. R. no tanto, porque ya sabe quién soy".

En la segunda parte de esta historia verá el lector cómo y por qué se resolvió a poner en nuestras manos la M. Angeles los cuadernos de su vida, que el P. Mariano le mandara escribir. Sólo vamos a copiar aquí un fragmento de la carta que nos escribió, al enviarnos este original.

"Remito a V. R. la relación. Como comprenderá, me costó mucho escribirla, y después de escrita muchas veces he querido destruirla, y lo hubiese efectuado a no detenerme el amor que profeso a mi Dios Humanado Paciente y a su D. Madre y Señora nuestra. Especialmente he sido trabajada por la sugestión de destruirlo, después que escribí el tratado

[3] *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo* es el libro a que alude y que teníamos ya en nuestro poder para publicarlo. [Sólo en un momento de distracción o inadvertencia pudo escribirse la precedente nota. Es obvio que Sor Angeles no podía referirse aquí a una obra que no se había de escribir sino varios años más tarde, en 1918, y que la escribió por orden de su 5.° director, el dominico P. Alfonso. Como dice el P. Melchor de Pobladura en *Itinerario Místico de la M. Angeles Sorazu,* I, pág. 198, nota 2, la sierva de Dios se refiere en este lugar a la Historia del amor eterno o Historia del Verbo Encarnado, que escribió —parcialmnte— por mandato de su 2.° director, el señor Deán, José Hospital, y que efectivamente el P. Mariano tenía en sus manos. Nota a la nota].

historia que le envié a V. R., porque me parece que ya no hace falta para los fines que D. N. Señor me significó cuando fui requerida para escribirlo; de cuyos fines, dos principalmente subyugaron mi corazón: la gloria de Jesús y de su Madre bendita, o sea, que esperaban procurarse la gloria y complacencia de continuar su historia en algunas almas a cuyo conocimiento llegaran ciertos episodios que en ella se contienen relacionados con los mismos Soberanos Amores. Me cuesta mucho no sólo conservar dicha relación, si que también entregarlo para leer. Hago este sacrificio por el amor de mis divinos Dueños, aunque confieso que sería mayor mi sacrificio si lo entregara a otro distinto de V. R., porque debo a N. Señor y a N. Madre Pma. el haberme facilitado el acto de abnegación con la confianza que me inspiran hacia V. R. Muchas veces se me ha ocurrido que en la hora de la muerte me afligirá el pensamiento de que queda escrita mi historia y que quizá estaré penando por esto hasta el fin del mundo, si no hay alguien que adivine mi pena y destruya la relación. Prefiriendo la gloria de Dios a mi bienestar, me he resignado a padecer la supuesta pena; mas, como estoy persuadida que el otro escrito [4] cumplirá los fines de éste, inspirar en las almas la afición a los misterios de la vida de Jesús y a la práctica de la vida mariana, para destruir la relación sin perjuicio de éstos, se me ocurre un medio, y es que podía V. R. tomar nota de lo que comprende puede ser útil a las almas. Así se conseguiría el fin para que se escribió sin necesidad de que sufra mi corazón las torturas que me produce la posibilidad solamente de que alguien piense en mí después de mi muerte, pues quisiera que na-

[4] [Esta cita, de una carta de la sierva de Dios al P. Nazario Pérez, no tiene fecha, pero ciertamente es del año 1919 y está escrita en un momento en que la obra titulada *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo* se hallaba ya en manos de dicho Padre jesuita por habérsela mandado la sierva de Dios. Aquí, al decir «el otro escrito», es claro que se refiere a esta obra. Generalmente ella suele designar esta obra con el nombre de *tratado* y a la autobiografía con el de *relación.*] (Nota de la 2.ª edición.)

die se acuerde para nada, sino que me dejen descansar en el olvido que tanto estimo y he anhelado siempre"».

III

Claramente verá el lector por los documentos precedentes, y por otros que más adelante copiaremos, cuán lejos estuvo la M. Angeles de escribir su vida por vanidad, ni por capricho literario, ni aun por iniciativa propia. Escribió por pura obediencia, y no precisamente para el público, sino para su Director, aunque preveía que total o parcialmente había de publicarse su escrito, y por eso escribió con mucha discreción, para no herir la caridad, y con la corrección de estilo de que era capaz, dentro de la ingenuidad y sencillez que se traslucen en todas sus páginas.

Por prevenido que pueda estar el lector contra las escritoras que relatan sus vidas, sus prevenciones caerán por tierra al leer estas páginas íntimas, tan ingenuas. La fisonomía de la autora de *La Vida Espiritual* aparece aquí completa. La inspirada escritora mística, y la prudente abadesa y reformadora, nunca deja de ser la candorosa guipuzcoana que, desde su familia de costumbres patriarcales, se trasladó a vivir entre las sencillas hijas del humilde San Francisco.

Hay en este libro, como en *La Vida Espiritual*, tesoros de ciencia mística, que sólo podrán apreciar los sabios, y delicadezas de espíritu, que sólo entenderán los perfectos; pero aquí, más que en otros escritos de la M. Angeles, hay luces para los ascetas, y enseñanzas prácticas para los principiantes y aprovechados. Allí la escritora, sin dejar de parecer mujer, parece más bien querubín; aquí, sin dejar de parecer querubín, parece más mujer, y por eso interesa más al común de los lectores.

Los literatos hallarán aquí bellezas literarias de primer orden, ya en las escenas idílicas de la infancia, ya en las páginas de poesía mística, que recuerdan las canciones de San

Juan de la Cruz, y hallarán por de pronto una biografía llena de verdad y sencillez, y un estudio autosicológico, admirable.

Los directores de almas podrán también aprender en esta biografía importantes documentos para la dirección, que no hallarán fácilmente en los libros, y que raras veces aprenderán con la experiencia, porque son muy pocas las almas que saben, como ésta, analizar y describir sus diversos estados. Y pocas vidas se hallarán en que tan claro se vea, como en la de nuestra escritora, cuánto daño hace aun a las mejores almas la falta de dirección, o la dirección torcida, y cuánto provecho la dirección acertada. Las almas dirigidas aprenderán también con este ejemplo la necesidad de manifestarse a sus directores.

Precisamente para dar esta instrucción tan necesaria a las almas dirigidas y a sus directores, parece quiso Nuestro Señor que se escribiera este libro, como adelante veremos. Aunque hubo también para ello otra razón, que movió principalmente a la M. Angeles, como acaba de decirnos ella misma: «Difundir la doctrina de la Vida Espiritual, mostrando aquí con el ejemplo lo que allí en general se dice: que el único camino para la unión con Dios es la imitación y el amor de Cristo, y que en este camino se entra por la verdadera devoción a Nuestra Señora» [5].

Quiera Dios que se logren los abundantes frutos de santificación, que únicamente se proponía la humilde escritora.

Carrión, fiesta de la Visitación de Nuestra Señora, 1927.

NAZARIO PÉREZ, S.J.

[5] [Este texto, que aparece entrecomillado como si fuera una cita de la sierva de Dios, en realidad no lo hallamos en su tenor literal en las cartas u obras de ella, aunque sí responde a su pensamiento. En realidad parece ser un desarrollo o amplificación del P. Nazario, que por inadvertencia se entrecomilló.] (Nota de la nueva edición).

[AUTOBIOGRAFIA
PARTE I]

A mayor gloria de Dios, de su Unigénito Humanado
y de la Inmaculada Virgen María

MI HISTORIA

LIBRO PRIMERO

Contiene los principales acontecimientos de mi vida desde el nacimiento hasta el año segundo después de mi profesión religiosa

CAPITULO I

[*Infancia, adolescencia y primera conversión*] [1]

[1] Con asombro y repugnancia grandes tomo la pluma para referir no sé si mi historia o las divinas relaciones de la Misericordia con esta nada criminal merecedora de todo desprecio. La infinita estimación que me merecen las misericordias de mi Dios quisiera traducirla refiriendo su historia con el aprecio y perfección que se merece, mas viendo que con ella se confunde mi nada criminal y que aparecerá quizá identificada con la misma en esta historia, la relataría con sumo desprecio y en términos generales y confusos si la obediencia me permitiera, y hasta quisiera escribirla con carbón en lugar de pluma y tinta. Ya que esto no se me concede, procuraré regular mi conducta —en este trabajo escriturario— con los dos afectos que predominan en mi corazón, modificando ora la estimación que las relaciones divinas me merecen, ora el propio aborrecimiento, para que resulte una relación modesta. Dígnese el Señor bendecir mi sacrificio.

[1] El título del cap. 1.º ha sido puesto por nosotros, pues en el original falta. Por eso viene entre corchetes. En la 1.ª edición se puso como título de capítulo lo que en el manuscrito es título general del Libro 1.º

[2] Nací en Zumaya —Guipúzcoa— el 22 de Febrero de 1873, y el siguiente día 23 fui bautizada en la Iglesia parroquial de S. Pedro Apóstol, donde recibí más tarde el sacramento de la Confirmación [2]. Pertenezco a una familia pobre constituida en su mayor parte de pescadores. Mis abuelos paternos se llamaron Buenaventura Sorazu y Ana Goicoechea. Los maternos, José Aizpurua y Concepción Olaizola. Mis padres, Mariano Sorazu y Antonia Aizpurua, y mis padrinos, Santos Sorazu y M.ª Antonia Aizpurua, ambos tíos carnales. Pocos días después de mi nacimiento, para sustraernos al peligro que amenazaba la villa con motivo de la guerra, mi padre nos llevó al establecimiento de Baños de Cestona, donde estuvimos cerca de dos años. Los años 3.º, 4.º y 5.º de mi infancia estuve en Zumaya, donde asistí a la escuela de párvulas de las Carmelitas de la Caridad [3]. Siendo de cinco años, mis padres perdieron los pocos bienes que poseían, y para facilitar la compra y el transporte del pescado que mi padre vendía en Tolosa, la familia se domicilió en S. Sebastián, donde estuve hasta los once años en compañía de mi madre y hermanos. Mi padre vivía en Tolosa, y nos visitaba cada tercero o cuarto día. Durante nuestra estancia en S. Sebastián visitó Dios nuestra familia con largas y penosas enfermedades. Por este motivo, y para distraernos de la pena que nos produjo el desenlace de dos hermanitas, nos trasladamos a Tolosa [4], donde pasé el resto de mi vida secular.

[2] La Confirmación la recibió en Zumaya en 1877 de manos del Obispo de Vitoria D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros.

[3] Escuela de párvulas, dice el manuscrito. En la 1.ª ed. se lee párvulos. Se sabe el nombre de la Hermana que durante muchos años tuvo a su cargo esta sección: Encarnación Ugalde, natural de Amorebieta (Vizcaya). Parece que solía decir que Florencia era siempre la primera en el Catecismo. La señora Julene Azpeitia, fallecida en 1980, que fue insigne pedagoga y miembro de honor de la R. Academia de la Lengua Vasca, nos dijo que también ella tuvo a la misma Hermana y que ésta se dirigía siempre en vascuence a las parvulitas zumayanas.

[4] Nos trasladamos a Tolosa... En Tolosa vive la sobrina de la sierva de Dios Concepción Olascoaga, nacida en 1909, hija de María, la hija menor de la familia de M. Sorazu. Según nos refirió ella en 1982,

[3] En mi infancia y adolescencia padecí varias enfermedades de carácter grave y de larga convalecencia y casi siempre viví padeciendo física y moralmente. Mi sufrimiento moral lo constituyó el conocimiento propio, acompañado de la firme convicción de que era el centro de los desprecios de Dios y de la creación, y de un desamparo interior tristísimo. En el momento que me hice cargo de mi existencia —debió ser a los tres años o antes, porque recuerdo la vida que hice en Zumaya— me persuadí que la malicia humana de que tenía noticia confusa y general, estaba como reconcentrada en mi alma y que era yo la única persona pecadora y el blanco de las iras de Dios, todas las demás almas parecíanme santas, amables a los ojos de nuestro Señor y merecedoras de todo honor. En esta idea estuve hasta los 16 años, que me entregué toda al servicio de Dios, por manera que nunca pude preferirme a ninguna criatura por vil y despreciable que pareciera a los ojos del mundo ni compararme siquiera con ella, sin embargo de gozar en casa opinión de santa por mi retiro, silencio, formalidad y buena índole.

[4] Mis padres y abuelos eran muy católicos, siempre nos hablaban de Dios, de la Virgen y de los Santos, tanto que los primeros años de mi vida los pasé en un ambiente parecido al que rodeó la existencia de los primitivos cristianos. Como éstos, miraba a Jesús como Jefe de familia, y a los Santos los identificaba con mis padres y abuelos, especialmente a S. José, S. Joaquín y Sta. Ana, a los santos Apóstoles, y a S. Ignacio de Loyola, Patrón de Guipúzcoa, singularmente venerados de mi familia. Desde mi infancia sentí la soberana influencia de la fe cristiana, del amor y adhesión firmísima a Dios N. S. y a la santa Iglesia, y de otras virtudes que recibí en el santo Bautismo. Mas a pesar de estos gérmenes de vida que poseía y me impulsaban a la

la familia Sorazu vivió primero en la calle Santa María, frente a la fábrica de boinas, en lo que ahora es Centro Católico. Más tarde, después de ir religiosa Florencia, vivieron en la calle Emperador, 37, 4.° La fábrica de boinas continúa en Tolosa, pero trasladada de lugar.

práctica de las virtudes, yo cometí muchos pecados desde que tuve uso de razón hasta mi conversión, y no recuerdo haber practicado otra virtud que la resignación en la voluntad de Dios en los sufrimientos físicos y morales y contrariedades de la vida, que padecí siempre en silencio y con perfecta sumisión, besando la mano de la Providencia que me afligía, y alabando sus justísimas disposiciones, pues me reconocía culpable y digna de mayores castigos, esto desde mi infancia cuando vivía en Zumaya, cuando no sabía expresar mis sufrimientos físicos.

[5] Siendo de seis o siete años, un día de repente me sentí poseída del sentimiento de la infinita grandeza y soberana bondad de Dios, que aprendí infinitamente amable. Comprendí cuán estimable es y digno de ser amado y servido de sus criaturas y el honor que a éstas le resulta de ocuparse en su servicio, o sea, la verdad de estas palabras: *Servir a Dios es reinar.* Sentí vivo anhelo de consagrarme al amor y servicio de nuestro Señor, mas no me atreví a realizarlo por el sentimiento de la propia indignidad para tan alto honor, y porque temí de mi debilidad y grande miseria que no serviría a mi Dios con la absoluta fidelidad y pureza de conciencia que entendí merece ser servido y yo lo deseaba. Propuse hacerlo cuando fuese mayor de edad, si Dios se dignaba recibirme en su santo servicio, o sea, en el número de las almas consagradas a su santo amor y servicio, pensando que la mayor edad sería auxiliar poderoso para la fidelidad y pureza inviolables que anhelaba.

[6] Poco después, una mañana que mi madre me mandó en casa de la modista para probarme un vestido, mientras recorría las calles que separaban su casa, entendí que el fin que Dios se propuso al instituir los vestidos era cubrir nuestra desnudez y que era superfluo tener varios vestidos. Que las inclemencias del tiempo son castigo del pecado y debía soportarlas sin defenderme para no contrariar la voluntad de Dios a ejemplo de N. S. Jesucristo, quien no usaba más que un vestido. Nunca había oído esto, pero lo

aprendí con viveza tanta, que inmediatamente propuse no usar más ropa en adelante que la camisa y el vestido exterior, ni tener más que uno de éstos y dos de aquéllas, y los demás distribuirlos entre los pobres. Para que el vestido exterior durase tanto como mi vida, pensé que me quedaría con el que me preparaba para mí la modista. Me metí en un portal y despojéme de la ropa interior que traía, y dejándola detrás de la puerta, con la camisa y el vestido exterior que me había reservado, entré en la casa de la modista más contenta que una pascua, pensando que entonces empezaba a ser cristiana porque imitaba la desnudez de Jesús. Asombrada la modista al verme desnuda, me preguntó quién me había vestido aquella mañana y si no estaba en casa mi madre. Más asombrada yo por su extrañeza, me preguntaba si ignoraría la modista que N. S. Jesucristo vistió una sola túnica, porque no me explicaba que una señora cristiana pudiera resistir al soberano impulso que me arrastraba a la imitación de la desnudez del Salvador y privarse del gozo y descanso que me proporcionaba el despojo verificado momentos anteriores, siendo como era mayor de edad y que podía sin dificultad practicar dicha imitación porque nadie mandaba en ella. Quería iniciarla en el conocimiento del santo evangelio y al efecto exteriorizar mis sentimientos predicando un sermón, pero me contuve en vista de su extrañeza cada vez mayor y del disgusto que le ocasionó mi mutismo después de sus apremiantes preguntas, que escuché con asombro creciente. Es porque creí que todos los cristianos experimentaban la imperiosa necesidad de imitar a Jesús que trabajaba mi alma en aquellos momentos.

En vista de lo que me había ocurrido, propuse diferir el cumplimiento de mi anhelo para cuando fuese mayor de edad por temor de disgustar a mis padres como había disgustado a la modista. En orden a la alimentación tuve otro llamamiento parecido, no tan acentuado.

[7] A la edad de nueve años, después de larga y penosa enfermedad, visitando la Iglesia parroquial de S. Vicente

—en S. Sebastián— en compañía de mi madre, hice propósito de ser santa, respondiendo al deseo que tuvo mi buena madre al pedir mi salud, quien me dijo se lo había pedido a nuestro Señor con la condición de que fuera buena y no le ofendiese con un solo pecado. Entendí que Dios bendecía el propósito, y poco después, cerca de la misma Iglesia en la calle de S. Vicente o entrada de la calle Puyuelo [5] tuve una especie de visión. Aprendí a Dios N. S. en una alta región especie de cielo confusamente, cuya voluntad se impuso a mi alma y me requirió soberanamente para un grado de perfección altísima mediante un completo abandono a la misma. Anhelaba responder al divino llamamiento y me costaba mucho resistir a la voluntad de mi Dios que me requería para conducirme a la santidad por caminos que yo ignoraba, pero yo me resigné, por temor de ser infiel a la gracia, y diferí el acto de abandono, para el cual era requerida, para cuando cumpliese los 25 años, pensando que entonces dispondría de las energías necesarias para conservarme en la consagración proyectada. Mientras duró el soberano influjo y la lucha entre la voluntad de Dios y mi flaqueza, entendí que nuestro Señor favorece soberanamente a las almas que a su servicio se consagran y el bienestar que éstas experimentan en sus relaciones divinas, cuya noticia acrecentó mi pena por la poca edad, pues quisiera salvar los años que me faltaban para los 25 para intimarme [6] con Dios y gozar sus favores, a la vez que cumplía su santísimo querer.

[8] A los 11 años hice la primera Comunión y me alisté

[5] *Puyuelo,* nombre popular de una calle de la parte vieja de San Sebastián, que hoy lleva el nombre de Fermín Calbetón. En la 1.ª edición de la *Autobiografía* se puso *Reyuelo,* y, a la verdad, ésta parece la lectura más obvia, pero tras un examen más atento de los rasgos no puede descartarse la lectura *Puyuelo,* que creemos la auténtica.

[6] Intimarme. Así se lee en el autógrafo, pero se nota que está corregido, seguramente por la misma autora. Primeramente debió de escribir *intimidarme.* De hecho, intimidar por intimar se lee también en otros lugares de los escritos de la sierva de Dios.

en la congregación de las hijas de María. Me confesaba mensualmente, y todas las veces que recibía el sacramento de la Penitencia experimentaba en mi alma una cosa muy divina y permanecía unida a Dios y en oración continua por espacio de uno o varios días hasta que cometía la primera falta deliberada, cuyo remordimiento me retraía de nuestro Señor y abandonaba la oración pensando que con ella más le ofendía que agradaba. Pero continuaba practicando el ofrecimiento de obras y otros ejercicios de piedad que hacía todos los días.

[9] Cumplidos 15 años empecé a sentir la perniciosa influencia del mundo, demonio y carne, que me arrastraba a las vanidades y pasatiempos mundanales, singularmente al baile. Una pasión por bailar que no me dejaba sosegar. En el mismo momento fui requerida por la divina gracia para abandonar el mundo y al efecto para hacer una confesión especial o general como preparación para la Comunión pascual. Era semana santa. Por falta de valor para vencer la inclinación que me arrastraba a las vanidades mundanales y al baile, o por temor de ser infiel a Dios si adelantaba el plazo de mi conversión por mi poco juicio y firmeza, resistí al divino llamamiento y secundé los perversos designios de satanás [7], abandonando a mi Dios y casi todas las prácticas piadosas, incluso la confesión y comunión y la asistencia a los ejercicios de la congregación.

[10] Así viví, como pagana, hasta los 16 años, cometiendo muchos pecados y hubiera cometido infinitos más, y los más horrendos y degradantes, a no prodigarme sus cuidados paternales la divina Providencia que veló sobre mi conducta, ligó mi sensualidad hasta el punto de no sentir su influencia, y me sustrajo a los peligros que me creó el diablo y me procuraba yo misma. No detallo los pecados que cometí en este

[7] *Satanás.* Deliberada y conscientemente la sierva de Dios suele escribir esta palabra con minúscula, por lo que hemos creído que debíamos respetar su norma. Alguna vez falla ésta (cf. libro 5.º, capítulo 2.º).

período y en los anteriores para no escandalizar a las almas inocentes que quizá leerán esta relación, pero afirmo que fueron muchos y graves [8], y el haberme librado de otros mayores lo atribuyo a la protección de Dios, de la Virgen Sma. y de mi Angel Custodio, a quienes profesaba singular devoción desde mi infancia.

No pensaba convertirme hasta tener 25 años, pero todas las veces que asistía al santo sacrificio de la Misa, con mucho fervor le pedía a nuestro Señor la gracia de una conversión verdadera para ser toda suya, añadiendo que esta gracia me la concediera cuando fuese mayor de edad y dispusiera de la firmeza y energías necesarias para perseverar en su santo servicio sin cometer ni la más mínima imperfección.

[11] He aquí como otorgó el Señor mi petición. Fuimos siete hermanos. Sus nombres: Concepción, José-Manuel, Joaquín-Luis, Julita, Bibiana y María. Julita y Bibiana no se lograron, los demás pasaron de veinte años. Servidora fue la tercera, me llamaba Florencia. Nos queríamos mucho los hermanos y nos divertíamos juntos dentro y fuera de casa. Los padres nos permitían ir en romería a las aldeas cuando en ellas se celebraba fiesta en honor del Santo titular o Protector. A estas romerías asistíamos todos los hermanos, mas no siempre íbamos juntos. Nos reuníamos en la aldea para hacer la merienda, bailar y singularmente para acompañar-

[8] Séanos lícito reproducir aquí el testimonio del principal Director de M. Sorazu, el capuchino P. Mariano de Vega, tomándolo de la 1.ª edición, pág. 21 nota: «Si las almas inocentes, y las que no lo son, hubieran tenido la dicha de leer, como servidor, la confesión general de toda su vida, escrita en Septiembre de 1910, no solamente no hubieran quedado escandalizadas, sino altamente admiradas de la bondad de Dios Uno y Trino para con esta humildísima criatura. No nos olvidemos que a los grandes santos, en virtud del altísimo conocimiento que tienen de Dios y de sus divinos atributos (como esta alma privilegiada), con cuya rectitud y santidad quisieran haber siempre conservado todos los actos de su vida, las simples imperfecciones les remuerden cual si fueran verdaderos pecados, y las faltas leves como enormes maldades. No es de extrañar, pues, que a veces sean, o nos parezcan, algo exageradas al hablar de los defectos y pecados propios.»

nos a nuestra vuelta de regreso y llegar juntos a casa al toque del Angelus en cumplimiento de las órdenes recibidas de nuestros queridos padres. Cumplidos 15 años, mi hermano mayor se retiró al claustro [9], y con este motivo, para distraer su pena mi hermana mayor se fue a S. Sebastián, donde estuvo largo período en compañía de mis tíos.

[12] La ausencia de los dos hermanos mayores contribuyó, sin duda, para que me dejara arrastrar de la corriente del mundo en este período, cuando empezaba a sentir su influencia acompañada de una extraordinaria afición al baile, baile honesto y libre se entiende, como se acostumbraba entonces entre las jóvenes piadosas de Tolosa. Mas fuera o no éste el motivo, no quiero atribuir mi relajación a las vicisitudes de la vida, porque en mi alma había sobrada perversidad para el pecado. Cumplidos 16 años, el 29 de Junio de 1889, fiesta del apóstol S. Pedro, me fui en romería a Leáburu con varias amigas esperando hallar en dicha aldea a mis hermanos Concepción y Joaquín-Luis. La Providencia dispuso que ni uno ni otro asistiesen a la romería que se celebraba en honor del S. Apóstol Patrón de Leáburu y también de nuestro pueblo natal, y por esto singularmente venerado en nuestra familia. Los dos hermanos asistieron al paseo y baile público de Tolosa, y al no encontrarlos en la romería, adelanté la hora de mi regreso para llegar a casa al tiempo que ellos, mas no lo conseguí. Cuando entré en casa hacía rato que mis hermanos estaban en ella y era pasada la hora del Angelus. Mi querida madre se preocupó cuando me echó de menos a la llegada de mis hermanos.

[13] Sin sospechar lo que pasaba por el corazón de mi

[9] José-Manuel, en religión Fr. Pedro Regalado (1871-1948), religioso franciscano. Primeramente ingresó como aspirante en Zarauz, y de allí, deseoso de servir en los Santos Lugares, se fue a Tierra Santa, donde fue recibido en calidad de hermano lego. Venía cada diez años de vacaciones y siempre visitaba a su hermana. Sobre su vida véase ARCE (Agustín O. F. M.), «Aventuras de un misionero de Tierra Santa»: *Boletín de la R. S. V. de los Amigos del País* (1967), 213-223.

madre, le entregué las rosquillas que había adquirido para ella y mi padre en Leáburu como recuerdo de la romería del S. Apóstol, las que rechazó sin decirme palabra. Insistí en que aceptase el presente, rechazando mi madre nuevamente con estas palabras: *Nunca pensé que tú pertenecerías al mundo. Mira cómo se porta tu hermana, en otro tiempo ávida de pasatiempos.* Advierto que mi hermana en períodos anteriores gustaba mucho salir de casa, frecuentar el paseo, bailar, etc., aunque honestamente, cuando parecía que yo había nacido para ermitaña [10]. En cambio después, cuando yo me aficioné al baile, ella cifraba sus delicias en las funciones religiosas de los templos. Recordaba esto el reproche.

[14] Las palabras de mi madre me desconcertaron, porque leí en ellas el desencanto que padecía al verme tan ávida de diversiones ella que me había significado constantemente el concepto que de mí tenía, sus esperanzas de verme consagrada al amor y servicio de N. Señor. Recordé los sentimientos que abrigó mi corazón en períodos anteriores, el propósito que había hecho en mi niñez de sustraerme a la influencia del mundo y perseverar toda mi vida retirada en mi casa para evitar a mi madre el disgusto que le proporcionaba la disipación de mi hermana. Recordé los llamamientos que había tenido hacia la perfección, mis ansias de consagrarme a Dios, etc., y me retiré a mi cuarto trabajada con estos recuerdos.

Era la primera vez que veía triste a mi madre por mi culpa, y la viva impresión que me produjo hizo revivir en mi alma no sólo los recuerdos, sino que también los sentimientos y aspiraciones. Sentí vivísimo anhelo de consagrarme a Dios N. S. cumpliendo los propósitos que había hecho en períodos anteriores y todos mis anhelos relacionados con la propia santificación. Deploré como una desgracia que los años de mi vida fuesen tan largos, que tardaran tanto en

[10] *Ermitaña.* En el original aparece escrito *hermitaña.*

pasar por mi historia, porque me costaba pena insoportable diferir mi conversación un solo día. Era apremiante hasta no más la necesidad que sentía de entregarme toda a Dios. Conté los años que faltaban para el plazo prefijado para mi conversión, y al ver que faltaban nueve me afligí muchísimo. Quise adelantarlo, pero no me atreví, pensando que si lo hacía, mi conversión sería obra humana, no de Dios, y además que no perseveraría en el camino de la perfección si lo abrazaba antes de dicho tiempo por las razones que dije, y la recaída me excluiría del beneficio de la salvación porque no habría lugar para segunda conversión.

[15] Ya que no me atrevía a adelantar el plazo, pensé en conciliar la práctica de la virtud con los pasatiempos mundanales —cosa que no había podido nunca— y propuse asistir a las funciones de los Templos los días de fiesta, antes de salir a paseo, empezando a cumplir el propósito desde el día siguiente. Nuestro Señor tenía determinado otra cosa, sin duda porque previó que mi vocación peligraba en el mundo y porque tenía experiencia que mi corazón tenía que ser necesariamente todo suyo o del mundo, único para el Unico, todo para el Todo, y que para mí no había término medio.

[16] Pasáronse dos días, en los cuales continué experimentando la influencia de la vocación que secretamente trabajaba mi alma. El 2 de Julio asistí a una reunión constituida en su mayor parte de jóvenes piadosas que hallaron el secreto de conciliar la piedad y la vanidad mundanal. Mas había entre ellas una beata sólidamente virtuosa. Todas hablaban menos servidora, que guardó profundo silencio según mi costumbre, porque nunca fui habladora. Entre otras cosas hablaron sobre la confesión general y la facilidad con que se hace. Muchas veces había oído a mi madre hablar de la utilidad de la confesión general, especialmente cuando se trata de tomar estado. Desde la primera vez que lo oí, propuse hacerla como principio de mi consagración a Dios y primer paso de mi vida espiritual cuando cumpliese los 25 años, cuyo cumplimiento anhelaba, pero me imaginaba que cos-

taba mucho hacer la confesión general, que para hacerla se necesitaba una luz y contrición extraordinarias y acercarse varias veces al tribunal de la Penitencia.

[17] Maravillada de lo que oí, pregunté si realmente era tan fácil la Confesión general, como decían. Contestóme la beata afirmativamente, y añadió que su Confesor tenía habilidad especial para esto, y que si quería hacerla, ella se encargaría de avisarle para el día y hora que quisiera. Le dije que bien, que la haría con mucho gusto con su Confesor el día siguiente.

Inmediatamente se suscitó en mi interior una reñida batalla entre dos espíritus. Uno me sugería que retirase la palabra que había dado a la beata porque no me convenía adelantar el plazo de mi conversión, que difiriese la confesión para cuando fuese mayor de edad, pues de lo contrario me exponía a retroceder después de haber puesto la mano en el arado e inhabilitarme para el reino de los cielos. La sugestión acompañaban otros mil pretextos. Por el contrario, el otro se imponía a mi alma con soberana eficacia y me obligaba a cumplir mi palabra desde el momento, y me preparaba para el cambio de vida proyectado en mi niñez, significándome que era la hora de Dios, y sin demora cumpliese todos mis propósitos de conversión y santificación.

[18] Desde luego conocí que la victoria obtendría éste, y secundé sus insinuaciones e imposiciones soberanas. Verdaderamente que había llegado la hora de Dios. Como un cautivo que se ve libre de las cadenas que arrastró por espacio de muchos años, así mi alma, con una dilatación y descanso inexplicables, sentíase como en su centro desde el momento que empecé a secundar la acción de Dios. Me retiré a casa y, henchida de júbilo, quité el vestido que llevaba, sustituyéndolo por otro oscuro, y me peiné a lo beata. Revivieron en mi corazón los deseos y propósitos relacionados con la propia santificación, que sentido había en el decurso de mi vida, imponiéndoseme su cumplimiento con fuerza irresistible y suavísima.

[19] Secundando el soberano impulso, llamé a mis amigas, les comuniqué mis proyectos de conversión y me despedí de ellas, añadiendo que si querían seguirme, continuaríamos nuestras relaciones, de lo contrario que no contasen conmigo. Una me acompañó en la práctica de la confesión general.

Libre ya de los compromisos mundanales, me preparé para la confesión, la que hice con la mayor facilidad en el término de una hora, cuando pensaba que era trabajo de muchos días. Me retiré del confesonario enajenada de puro contento, no sabía lo que me pasaba. Como si se hubiesen rasgado los cielos para franquearme sus puertas y mostrarme el regocijo de Dios y de la Sma. Virgen, así me parecía ver con mi inteligencia la complacencia de N. Señor y de N. Señora y que me concedían derecho a la eternidad dichosa como si les hubiese prestado un servicio singular digno de la eterna recompensa que me ofrecían. Mientras rebosaba felicidad, cumplía yo mis propósitos de santificación practicando las virtudes cuyo ejercicio se ofrecía, singularmente la oración. Experimenté visiblemente lo que confiesa de sí mismo el apóstol S. Pablo, esto es, que *donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* [11].

[20] Mi conversión fue obra del Corazón de Jesús, Misericordia divina encarnada, y como obra del dulcísimo y clementísimo Corazón de Jesús, en él (*sic*) no tuvieron lugar las manifestaciones de la Justicia eterna, sino que todo se consumó en el gozo y la confianza, en el amor y la gratitud, nada de rigores, complaciéndose Jesús en manifestarme la infinita suavidad de su Corazón hasta en la confesión y la penitencia, pues ésta no pasó de tres Aves Marías.

He dicho que mi conversión fue obra del Corazón de Jesús porque supe después por la beata de referencia que, al verme en la reunión, me había encomendado al sacratísimo Corazón para que me aceptase por su esposa. El sea bendito y alabado por los siglos de los siglos. Amén.

[11] *Rom* 5, 20.

CAPITULO II

Mi vocación. Mis ocupaciones en el período inmediato después de mi conversión

[21] Debo a la D. Misericordia la gracia de la abstracción de las cosas temporales, de todo lo que se relaciona con el mundo, que experimenté en el momento que acepté la gracia solicitante que me requirió para la confesión general, y gocé después hasta que vine al claustro, más la inclinación a la virtud. Me consagré a Dios sin reservas, y dediqué al culto divino todas las horas del día sin perjuicio de mis obligaciones, procurando consagrar éstas con varias devociones [12].

Elegí para mi habitación el cuarto más retirado de la casa, y lo transformé en oratorio. Puse un altarcito con el crucifijo y las imágenes de los Sagrados Corazones, la Inmaculada, etc., y en él me recogía el tiempo libre para practicar mis piadosos ejercicios. No hablaba más que lo preciso, abstraída de todo comercio innecesario de las criaturas, incluso de mis hermanos; vivía sólo para Dios, buscaba su voluntad, y conocida la cumplía.

[22] El primer medio de santificación que la voluntad de Dios me impuso fue la devoción al sacratísimo Corazón de su D. Hijo y su propaganda. El día 3 de Julio de 1889 hice mi confesión general, y el 5 me inscribí en el apostolado de la oración, y poco después empecé a conquistar almas para el sagrado Corazón y fui constituida Celadora. Como segundo medio de santificación me impuso N. Señor la práctica de la imitación de S. Francisco de Asís y por medio del Santo Patriarca la imitación del mismo Cristo N. Señor, pero con la particularidad que las dos devociones se desarrollaban bajo la protección de la Sma. Virgen, en cuyo obsequio empleaba la mayor parte del tiempo.

[12] Florencia trabajaba como obrera en la fábrica de boinas Elósegui, de Tolosa.

[23] He aquí mi primer horario. Entre 4 y 5 de la mañana me levantaba, adoraba a N. Señor y a la Sma. Virgen y practicaba varias devociones empezando por el ofrecimiento de obras a Jesús por María, la consagración a la Señora, su trisagio y algunas oraciones, v. g., *Memorare*. Habiendo cumplido con mis devociones, me iba al templo, recibía la sagrada Comunión y oía dos Misas. En el altar del Comulgatorio, en la presencia de Jesús Sacramentado y de la Sma. Virgen, a quien estaba consagrado el altar, oraba un rato a mi manera, y me retiraba a casa para cumplir mis obligaciones.

[24] El resto del tiempo hasta el mediodía lo empleaba en las labores, pero sin descuidar el ejercicio de la divina presencia. Impulsada de la necesidad de obsequiar a la Sma. Virgen, cada hora, y muchas veces cada media hora, rezaba el Padre nuestro y diez ave marías, y recordaba uno o varios títulos de la Señora que comprende su letanía, saboreando las dulzuras que encierran las relaciones marianas. Asimismo, impulsada de la caridad, rogaba a Jesús por los pecadores, agonizantes, almas del purgatorio, etc., especialmente por la juventud, que como yo en períodos anteriores, cifraba sus delicias en los pasatiempos mundanales, para que N. Señor los atrajese a todos a su santo amor y servicio como lo había hecho conmigo, porque quería compartir mi felicidad.

[25] Al medio día, después de comer, leía un libro espiritual, y me recreaba otro rato contemplando el cielo. El tiempo restante hasta las 7 empleaba en la labor consagrándolo con el ejercicio de la presencia de Dios en la forma que por la mañana. De siete a ocho y media permanecía en el templo, donde rezaba el santo Rosario, escuchaba la vida del Santo que el Sr. Sacerdote leía en el púlpito, hacía el ejercicio del viacrucis, acompañaba un rato a Jesús Sacramentado, y practicaba otras devociones en obsequio de Jesús y de la Virgen. De ocho y media a nueve me retiraba a casa, cenaba, practicaba las oraciones de la noche y me entregaba al sueño.

[26] Dos meses próximamente practiqué este horario. Después, sintiéndome llamada a la meditación, sin alterar las devociones de la mañana y los obsequios que tributaba a la Sma. Virgen durante el día, me dediqué a la meditación de la Sma. Pasión de N. Señor, a imitación de S. Francisco, mi Modelo. A las cinco de la tarde inauguraba la meditación de la Pasión leyendo y reflexionando el lavatorio de los pies y la institución de la sagrada Eucarístía, lo que hacía sin perjuicio de mis obligaciones. A las siete iba al templo, donde practicaba las devociones que dije, excepto el viacrucis, y continuaba mi meditación hasta la hora de la cena. Después de cenar, retirada en mi oratorio, leía y reflexionaba un rato sobre la oración del huerto y la prisión de N. Señor. Me acostaba pensando en esto.

[27] Si despertaba por la noche, unas veces sobre la cama para que no me sintieran mis hermanos, otras levantada, oraba un rato puesta en cruz, continuando la meditación de la noche. Si no me despertaba —cosa que sentía mucho— reanudaba la meditación cuando me levantaba por la mañana y reflexionaba la historia de la Pasión hasta los azotes. Cumplidas mis devociones de la mañana en casa y en el templo, me dedicaba a las labores, y mientras tenía ocupadas las manos en la labor, continuaba la meditación hasta el medio día, hora en que practicaba el ejercicio del viacrucis, empleando en esto de doce a una. A la una comía, hacía mi lectura espiritual, y me dedicaba a las labores. Hasta las cinco de la tarde miraba como tiempo libre para emplearlo en las prácticas marianas y otros ejercicios de mi devoción. A las cinco empezaba de nuevo las meditaciones de la Pasión. Para estas meditaciones me ayudé de un librito que me parece se titulaba *Reloj de la Pasión*. Los libros que usé en el siglo, además del citado librito, fueron éstos: la biografía de N. P. S. Francisco [13], el Kempis, *La Religiosa instruida* por el

[13] *La biografía de N. P. S. Francisco.* Es altamente probable que esta biografía Florencia la leyese en vasco, pues en el mismo Tolosa se publicó en 1885 la obra *Asisco Loria* (=La gloria de Asís), escrita

P. Arbiol [14] y el *Cuarto de hora de oración de Santa Teresa* [15]. Como me sentía llamada a la imitación de San Francisco, la biografía del Santo fue la que utilicé más y me aprovechó. Sus virtudes se imponían a mi alma, y secundando este impulso, me consagré enteramente a la meditación de la Pasión y participación de los tormentos exteriores y penas interiores de N. Señor.

[28] La mayor parte de los días no desayunaba hasta la una de la tarde, hora en que terminaba las meditaciones de la Pasión, porque no me permitía el amor y la compasión que le profesaba a mi Dios Humanado Paciente procurar a mi cuerpo ningún alivio en el tiempo que consagraba a la meditación de sus sufrimientos. Penetrada del sentimiento de la Pasión del Señor, derramaba muchas lágrimas, y mientras penaba mi corazón, afligía mi cuerpo con el ayuno y otras mortificaciones que me imponía. En el templo permanecía de rodillas todo el tiempo, y casi siempre con las rodillas desnudas en el suelo, a pesar de estarme en la iglesia

por el P. Crispín de Beovide (1848-1891), franciscano. No es que a la sazón hubiera Comunidad formada en Tolosa, pero el P. Crispín vivía en una casa particular vistiendo su hábito y atendía a la Tercera Orden. Era natural de Azpeitia y había ingresado religioso en St. Palais (Pirineos Atlánticos), desde donde el P. Areso inició la restauración de la Orden en Francia. Noticioso de que también en la parte española comenzaba la restauración, el P. Crispín se incorporó a la Provincia franciscana de Cantabria. Su libro sobre S. Francisco fue reeditado en 1966 en la colección «Auspoa».

[14] El ejemplar de *La Religiosa instruida* del P. Antonio Arbiol O. F. M., que manejó Florencia, ésta, al ir religiosa, lo entregó, junto con otros libros, a su amiga de los últimos años de vida seglar Encarnación Vidal, que falleció en Tolosa en 1961 con casi 92 años de edad. Se trata de un ejemplar encuadernado en pergamino, de más de 800 páginas, incompleto, pues le falta el principio y el fin. Actualmente lo guarda en Aránzazu el P. Villasante, lo mismo que el libro de Nicolás Causino S. I., *Padre Espiritual,* de idéntica procedencia. Ignoramos cómo los pudo conseguir Florencia; es fácil que procedan de algún convento abandonado por sus moradores en la exclaustración (en el mismo Tolosa había uno).

[15] *El cuarto de hora de oración,* de Enrique de Ossó, publicado en Barcelona en 1889, también lo tenía la citada Encarnación Vidal, pero de éste no quiso desprenderse la familia. Es un libro que salió a luz justo el año de la conversión de Florencia.

bastante tiempo, y más de una vez en días festivos me pasé en ella casi todo el día en la misma actitud.

[29] Me sentía llamada a una oración y comunicación continua con Dios N. Señor, y quería acostumbrarme a estar de rodillas todo el día, y por esto hacía los penosos ensayos. Un día, mientras contemplaba el cielo por vía de recreación, parecióme que N. Señor me llamaba desde las profundidades del cielo para asociarme a su bienaventuranza. Quise responder a la invitación, pero no pude porque se me impuso la necesidad de recorrer un sendero —símbolo de la vida espiritual— antes de gozar la recompensa que se me ofrecía. Aprendí que mi vida espiritual se consumaría en breve, mejor dicho, que se deslizaría con rapidez asombrosa, por lo que me persuadí que moriría pronto. En esta persuasión viví algunos años hasta que comprendí el misterio.

[30] Debido a esta manifestación me consideraba peregrina en el mundo y permanecía casi siempre de rodillas y en pie, como quien espera de un momento a otro el llamamiento definitivo de N. Señor. En la meditación de la Pasión recibía mucha luz para conocer el infinito amor de Jesús a las almas. Un día, mientras contemplaba el lavatorio de los pies, representóseme N. Señor con un corazón maternal hacia los hombres y conocí muchos misterios de su misericordia y condescendencia divina con los hijos de Adán. Otra vez tuve una manifestación del amor y estimación infinita que Jesús me profesa y cierta noticia confusa del valor que su amor prestaba a mi alma y de las gracias especiales que me prodigó en el S. Bautismo. Me significó N. Señor que había deseado con ardor hacerme estas manifestaciones, que no había podido antes por no hallarme en condiciones de recibirlas. Me quedé asombrada por la gloria de mi Dios Humanado, y a partir de este momento redoblé mis plegarias por la conversión de los pecadores, deseando que todos se pusieran en condiciones de recibir las soberanas efusiones de D. Amor y compartiesen mi felicidad.

* * *

[31] Dos motivos movieron a Jesús para estas manifestaciones: 1.° El sentimiento de la propia vileza que trabajaba mi inteligencia y corazón desde que tuve uso de razón. 2.° La horrorosa calumnia que padecí cumplidos los 15 años. Toda mi vida me consideré inferior a todas las criaturas, la más pecadora, vil y despreciable a los ojos de Dios, merecedora de todas las penas y desventuras que en la tierra y en el infierno se han padecido y se padecerán eternamente. Debido a este sentimiento padecía en silencio y con resignación las enfermedades y demás acontecimientos adversos de mi familia y los trabajos físicos y morales que fue servido N. Señor infligirme. Mas la resignación no impedía el sufrimiento, y en la ocasión que refiero quiso Jesús resarcirme de las penas que dicho sentimiento me había ocasionado.

[32] Entre otros beneficios debo a N. Señor la agudeza de ingenio para todo lo que se relaciona con su gloria, y una torpeza grande para comprender las cosas de la tierra, especialmente las noticias que pudieran comprometer la santa pureza, afición o inclinación a lo espiritual y divino, y aversión a las relaciones que profanan el corazón. Confieso que no cultivé la buena índole, candor y otros muchos dones naturales y sobrenaturales que N. Señor se dignó concederme, ni los estimé siquiera porque ignoraba su valor, pero sentí su influencia desde mi infancia y en su virtud me crié en una ignorancia completa de los pecados de lujuria, ira, envidia y de otras pasiones bajas, hasta el punto que en la confesión general que hice a los 16 años confesé por pecado el haber escuchado y creído a medias la relación que me hizo una joven, mejor dicho la noticia que me comunicó acerca del desarrollo de la naturaleza de la mujer, porque no lo sabía por experiencia ni lo había oído en casa por ser mis padres sumamente recatados y entre los hermanos jamás se habló de cosas que pudieran comprometer la inocencia. Nos queríamos mucho, pero con respeto.

[33] A los 15 años me aficioné a una amiga algo mun-

dana, aunque de buena conducta. Compartí su vanidad en el vestir y peinado y su afición al baile, mas no sus inclinaciones y mayor libertad para hablar con personas de otro sexo. Las pocas veces que en el mundo hablé de paso, a solas, con personas de otro sexo llamé la atención del interlocutor con el temblor que se apoderó de mi organismo, interceptando mi voz la agitación que padecía. Esto tratándose de personas conocidas y que trataban mucho en casa. Fue providencial este temblor, y lo experimenté desde mi niñez. Cuando salía de casa para ir a lugares peligrosos o que podía sufrir algún encuentro con varones, me encomendaba a la Virgen Sma. y permanecía en oración mientras duraba el peligro. Mi semblante reflejaba sin duda mis disposiciones interiores, porque infundía respeto aun a los jóvenes más libertinos, quienes se retraían y retiraban con estas o semejantes palabras que hablaban entre sí: *¡Qué seria y formalota es!*

[34] Mas he aquí que una tarde, al anochecer, cuando me dirigía a casa, observé que un caballero, dejando la dirección que seguía, se había vuelto y venía en pos de mí. Apreté el paso, y cuando llegué cerca de casa, di una corrida y me metí en el portal cerrando la puerta tras de mí. El caballero debió volver a tomar su camino. El día siguiente referí a una amiga mía el susto que había recibido cuando observé que el caballero me seguía. Permitió N. Señor que la amiga repitiese la historia con alguna exactitud (*sic*), quizá sin intención, y pocos días después me sorprendió una horrorosa calumnia, de cuyo cumplimiento estaba yo muy lejos. La sufrí en profundo silencio exterior e interior, besando la mano de N. Señor, que ejercitaba mi paciencia. Es más, continué mis relaciones con la amiga de referencia, que era piadosa, y la amé y obsequié como si nada me hubiera hecho. Después de mi conversión, Jesús me resarció del agravio y recompensó mi humilde resignación con las manifestaciones que he dicho. No he querido referir este episodio en la relación de mi vida porque temo que la manifesta-

ción de mis inclinaciones, buena índole, etc., arranque a los labios de las almas que sienten la influencia de la concupiscencia lo que repiten muchas veces, esto es, que los santos nacieron santos, adornados con dones especiales y que, pues ellas carecen de dichos dones, es inútil que aspiren a la santidad. Es verdad que recibí de N. Señor gracias especiales, pero no es menos verdad que no los cultivé y que cometí muchos y graves pecados contra el 3.°, 7.° y 8.° mandamiento [16].

* * *

[35] Deseaba retirarme al desierto para perfeccionar la oración de contemplación con que se dignaba favorecerme N. Señor alguna que otra vez. Estando con estos deseos, un día, mi Confesor —era el mismo con quien hice confesión general— me mandó que me fuese a confesar con un Sr. Sacerdote que oía confesiones en otro confesonario del mismo templo. Por obedecer al confesor me acerqué al confesonario que me señaló, y hice mi confesión semanal con el extraordinario. Era éste un santo, y por tal lo calificaba el vulgo devoto [17]. No le hice ninguna manifestación de mis interioridades, pero a pesar de mi silencio, iluminado con luz superior, adivinó mis proyectos de retirarme al desierto, el motivo que me inspiraba este deseo y mis sentimientos. Contestéle que era verdad cuanto me decía, y díjome en-

[16] Desde «Dos motivos»... hasta «3.°, 7.° y 8.° mandamiento», sección que se omitió en la 1.ª ed. y que en el original se halla en un papel adicional. Es de notar que en el archivo de la Concepción se guarda una carta del escritor vasco Nicolás Ormaechea «Orixe» (1888-1961), ex jesuita; carta que fue escrita desde Tolosa en 1927. En ella se hace eco el autor de calumnias que le levantaron a Florencia, aunque los detalles y circunstancias no coinciden con las aquí descritas. «Orixe» no escribió directamente a la Concepción, sino a un sacerdote de Bilbao, entusiasta de la sierva de Dios, D. Ruperto Lopátegui, y éste debió de remitirla a Valladolid.

[17] El sacerdote con quien Florencia hizo la confesión general y con el que siguió confesándose después ordinariamente se llamaba D. Francisco Tellechea, navarro, que era capellán del convento de Clarisas de Tolosa. El acompañó también a Florencia en su viaje a Valladolid. Posteriormente fue párroco de Icíar.

tonces que Dios N. Señor me había deparado el desierto en un convento de clausura. Que pretendiese donde me sintiera llamada. Le dije que mis padres no podían darme la dote para ingresar en un convento de clausura, pero insistió que pretendiese el ingreso, asegurándome que me aceptarían dondequiera que pretendiese.

[36] Referí a mi confesor el caso, quien confirmó el consejo del extraordinario y me mandó que lo tratase cuanto antes con mis padres, y que el medio más fácil era perfeccionarme en el estudio de la música para ingresar en concepto de cantora o de organista [18]. Hablé a mis padres y aprobaron el medio indicado por mi confesor y decidióse mi vocación. Hasta esta fecha no pensaba en la vida religiosa, sino únicamente en cumplir la Sma. voluntad de Dios. Esto contestaba a mi Confesor cuando me hablaba de la vocación religiosa. Laus Deo.

CAPITULO III

Cómo caí en la tibieza y abandoné mis ejercicios de piedad

[37] Sentía yo una necesidad imperiosa de traducir mi alma toda entera con sus sentimientos y aspiraciones y favores que recibía del Señor al Confesor ordinario con quien

[18] Este señor sacerdote con fama de santo se llamaba D. Martín Barriola. Era párroco de Anoeta, en las proximidades de Tolosa. Murió en 1916. El maestro que dio a Florencia las lecciones de música que le valieron por dote fue D. Felipe Gorriti, nacido en Huarte-Araquil (Navarra) en 1839, instalado en 1867 en Tolosa, donde muere en 1896. A buen seguro que el maestro Gorriti hizo esta misma labor con otras muchas vascas aspirantes a monjas en conventos de clausura de Castilla, Aragón, etc. A cambio de ejercer el cargo de cantora eran admitidas sin tener que pagar la dote correspondiente, que sus familias muchas veces no les podían proporcionar. Un detalle que «Orixe» refiere en la carta antes citada es que, cuando estudiaba con Gorriti, Florencia era sincera en decir que tal o tal cosa no entendía, y no quería que se pasase adelante hasta entenderla.

me dirigía, que era el mismo con quien hice mi confesión general. Ansiaba satisfacer esta necesidad, pero no podía por mi retraimiento, que era muy grande, y porque me daba vergüenza revelar las luces y favores que recibía en mi trato con Dios, pareciéndome que era un alma extravagante y rara, pues siendo la más pecadora y vil criatura, me favorecía el Señor, y favorecía tanto con sus gracias y predilecciones y me llamaba a un grado de perfección altísima cuando debiera, a mi parecer, vivir en un grado de gracia ordinario y común, dejando para las almas inocentes mis elevadas aspiraciones y las luces y auxilios que recibía del Señor para responder a mi alta y divina vocación.

[38] En vista de los obstáculos que encontraba en traducir mi alma toda a mi P. Confesor, empecé a sentir deseos de confesarme con otro Confesor, pensando que tendría tal vez más libertad para comunicarle mis interioridades, aunque no me fijaba en ninguno, porque no acostumbraba confesarme con extraordinarios a no ser que me mandase el ordinario, como lo hizo en la ocasión que dije en el capítulo precedente.

Estando con estos deseos, un día, la Beata de cuyo medio se valió el Señor para sacarme de las vanidades del mundo, me comunicó su resentimiento y celos que tenía del Confesor, persuadida de que éste se interesaba más por servidora que por su alma. Quise aprovechar la oportunidad para realizar mis deseos de cambiar de director, y acallé los celos de la Beata, diciendo que iría a confesarme con otro y que podía ella continuar con el mismo.

[39] Pensé confesarme y dirigirme en adelante con el Sr. Sacerdote que me dio el acertado consejo de hacerme religiosa (quien parecía me inspiraba alguna confianza para que pudiese traducirle los sentimientos de mi alma con mayor libertad que a mi Confesor), pero no lo hice por mi excesiva timidez y retraimiento, pues si me confesé la primera vez fue porque me lo mandó mi confesor, y le comuniqué mis aspiraciones porque vi que me las había adivinado.

Dejé de confesarme con mi Director y no me atreví a ir con ninguno por espacio de un mes poco más o menos por mi falta de libertad y sobrada cobardía y retraimiento.

[40] En este período de tiempo me sorprendió una peligrosa tentación de abandonar el camino emprendido y volver a las vanidades del mundo, que había renunciado con tanto gusto y fervor un año antes. No sabía yo distinguir el sentimiento del consentimiento, y viéndome tentada a dejar el camino de la virtud para pertenecer nuevamente al mundo, siquiera en parte, toda vez que no quería abandonar a Dios, aunque no consentí (creo) en la tentación, persuadíme que había cometido un pecado de ingratitud contra Dios gravísimo, incalificable, que ni había tenido ni tendría semejante en la serie de los siglos y me metí en un laberinto de horrorosas confusiones.

La razón es que desde jovencita, desde la edad de 7 u 8 años, me había propuesto no entregarme al amor y servicio de Dios en la forma que me sentía llamada, por temor a la reincidencia, pensando que si después de entregarme al servicio de Dios, por mi inconstancia o debilidad cometía algún pecado, no me quedaba lugar para esperar mi salvación por medio de una segunda conversión, porque los Santos una sola vez se convirtieron, y una vez convertidos perseveraron en el servicio de Dios (yo así lo creía), y en la ocasión que refiero, como aprendí que había cometido un pecado gravísimo en virtud de la malicia que entrañaba mi ingratitud para con un Dios que me había colmado de gracias y favores el año que precedió a mi caída o tentación de volver al mundo, *me descorazoné,* y quedé como si Dios N. Señor me hubiese excluido del beneficio de la redención, casi sin esperanza de conseguir mi salvación.

[41] Sentí fuertes impulsos que me obligaban a exponer mi triste situación al Sr. Sacerdote que cité arriba, pero no me atreví a hacerlo. Me confesé sí varias veces y con distintos Confesores, pero a ninguno de ellos traduje el estado de mi alma, para lo cual creía necesario indicar siquiera la

alteza de mi vocación y las luces y gracias que recibí de la infinita bondad de mi Dios el año primero después de mi conversión, cosa que no podía hacerlo por mi timidez y retraimiento.

Pasado algún tiempo, volví a confesarme con el Confesor que me dirigió el año anterior, pero no pude comunicarle mis sufrimientos y dudas sobre la salvación de mi alma, ni las causas que motivaron mi fuga de la dirección, y este silencio que guardé con los confesores extraordinarios y después con mi confesor y Director (cuando volví a su dirección) fue la causa de mi caída en la tibieza —si es que no estaba en pecado mortal— y de mi extravío el año segundo después de mi conversión y el último de mi vida seglar.

[42] No volví a las vanidades del mundo en el período de tiempo que refiero, pero viví mal, cometiendo muchos pecados, y sobre todo el abuso de las gracias recibidas, porque abandoné la mayor parte de mis ejercicios piadosos, mi oración y penitencias, y aunque me empleaba en obras buenas, practicaba éstas sin espíritu y tal vez sin la rectitud de intención que debiera acompañar las mismas.

Pocos días después de mi extravío fui a Caspe (provincia de Aragón) (*sic*) para acompañar a una amiga mía que tomó el hábito de religiosa capuchina en el convento de N. S. del Pilar de la citada ciudad [19]. Aquellas buenas religiosas, enteradas de mi vocación, me comprometieron para que ingresase en su Comunidad y les di palabra de hacerlo dentro de medio año. Me gustó mucho aquella fervorosa Comunidad

[19] Cuando una amiga de Florencia, M.ª Pilar Otegui (alias Gavirondo), se disponía a tomar el tren para Caspe, con el fin de tomar el hábito en las Capuchinas de dicha ciudad, haciendo el viaje en compañía del Párroco de Tolosa, D. Patricio Orcaiztegui, Florencia se les agregó en el último minuto por así decir (como nos cuenta Encarnación Vidal). También a ella le interesaba conocer dicho convento y preparar su posible ingreso. Florencia actuó de madrina en la toma de hábito de su amiga. Se sabe que posteriormente ambas se escribían desde sus respectivos conventos; pero las cartas de la sierva de Dios dirigidas a Caspe debieron de perderse en la guerra de 1936.

y tomé grande afecto a todas las religiosas, por cuyo motivo después que regresé a mi casa vivía con mi pensamiento y mi corazón en el convento de las Capuchinas de Caspe, anhelando con ardor cada vez más creciente el día y hora de penetrar en aquel sagrado asilo.

[43] Pero los designios de Dios eran otros. El día mismo que pensaba salir de Tolosa a Caspe, contraje una enfermedad de carácter grave, y poco después mi hermana mayor enfermó y falleció, y con este fatal desenlace toda la familia quedamos sumida en una terrible tribulación, la mayor que conocí en la historia de mi pobre familia. La difunta acababa de cumplir 21 años. Con este motivo, diferí para más tarde mi entrada en la religión, pues mi primer deber en aquella ocasión era consolar a mis atribulados padres, quienes deseaban retenerme a su lado dos años más, pero en vista de mis anhelos por la vida religiosa, se conformaron con que estuviese en su compañía medio año siquiera, y así lo hice.

[44] Mientras esperaba el plazo señalado para salir del mundo, recibí una carta de la M. Abadesa de esta mi querida Comunidad, preguntándome si quería venir en concepto de Cantora [20]. Comuniqué a mi Confesor el contenido de la carta y también a mis padres, y mi buena madre, que no veía bien que servidora entrase en las Capuchinas de Caspe por el temor de que el ayuno y abstinencia y demás austeridades de su regla perjudicarían a mi salud, aunque

[20] Las Capuchinas de Caspe tenían un hombre, de oficio «pedigüeño», que, portando una urna del Niño Jesús, recorría los pueblos pidiendo limosna para las monjas. Dicho pedigüeño llegó a la Concepción de Valladolid y depositó la urna en el convento de las monjas. Estas hicieron una novena al Niño Jesús pidiendo una cantora y echando su limosna por esta intención. Al marcharse el pedigüeño, le preguntaron si sabía de alguna joven con vocación y cualidades para cantora, y él respondió que sí y hasta les dio sus señas, pues la había conocido en Caspe. Entonces la abadesa de la Concepción escribió a Florencia invitándole a ingresar en Valladolid. Atendidas las circunstancias que concurrieron en esta vocación, no es extraño que las monjas miraran a Florencia como «traída por el Niño Jesús».

buena, no muy fuerte, me aconsejó que dejase el compromiso adquirido con las mencionadas religiosas y viniese a Valladolid. Mi inclinación era cumplir el compromiso adquirido con las Capuchinas porque las quería mucho y sentía defraudar sus esperanzas, pero prefiriendo la voluntad de mi madre, contesté afirmativamente a la R. M. Abadesa de esta santa casa con la condición que me esperase hasta el próximo agosto. Aceptaron la condición estas buenas religiosas, y servidora no pensó en adelante en otra cosa que disponerme para abandonar el mundo y consagrarme a N. Señor en la vida religiosa con la mayor perfección posible y responder a sus amorosos designios en mi santa vocación.

[45] El último año que viví en el mundo padecí indecibles trabajos espirituales con la viva aprensión de que había para siempre perdido la gracia y amistad de N. Señor, que para mí no había remedio por haberme abandonado el Señor para siempre jamás por mi infidelidad a la gracia, y porque no respondía a su requerimiento relacionado con la manifestación de mi conciencia al Confesor, lo que era para mí un imposible. Por no inmolar a Dios N. S. la víctima requerida —era ésta la manifestación de mi interior— permanecí estacionaria en el camino de la perfección, viví como en un espantoso desierto, padeciendo horrores sin esperanza de salir de mi triste situación.

[46] A los sufrimientos de mi conciencia alarmada agregáronse los que me ocasionó el desenlace de mi querida hermana, y lo sufrí todo en silencio, sin más desahogos que los que me procuré en mis devociones marianas y angélicas y en las frecuentes visitas que hacía al Patriarca S. Francisco en una devota efigie del Santo. A la Virgen y a S. Francisco contaba todas mis cuitas, en su corazón depositaba mis anhelos de conversión, esperando en su poderoso valimiento la inmerecida clemencia de mi Dios ofendido y el beso de paz en fecha lejana, *muy lejana,* y aun esto no lo esperaba siempre, porque la mayor parte del tiempo viví trabajada por la desesperación, convencida de que me había relegado

al olvido N. Señor para toda la eternidad. Lo raro del caso es que yo, en mi estado habitual de desconfianza, tibieza y abatimiento, perseguía mi ideal divino, abrigaba aspiraciones sublimes y me preparaba para responder a los designios de Dios en mi vocación y realizar los anhelos de perfección y entrega total a la voluntad del Señor, que había sentido desde mi infancia. Laus Deo.

CAPITULO IV

Mi entrada en la religión seráfica Concepcionista y mi santo noviciado, por mejor decir, mi vida tibia en el año de noviciado

[47] El día 25 de Agosto del año 1891, de dos y media a tres de la tarde, me despedí de mis padres y hermanos y salí de Tolosa con dirección a Valladolid, adonde llegué de once y media a doce de la noche. Me acompañó mi Confesor. Desde la mañana del citado día que visité por última vez la iglesia de S. Francisco de Tolosa, hasta la tarde del siguiente día que penetré en este sagrado Claustro, estuve como abstraída, sin darme cuenta de lo que pasaba, y se hablaba en torno mío con cierto sentimiento de la presencia de Dios y de sus designios sobre mi alma en el importante acto que iba a realizar. No comí ni hablé apenas nada, ni pude atender a ninguna de las cosas que me enseñaron las personas que me acompañaban, ocupada mi mente no sé si en Dios o en lo que debía hacer en mi nueva vida.

[48] Cuando penetré en el claustro y las religiosas me presentaron a una santa Imagen de la Virgen, experimenté una felicidad divina, inexplicable, un deseo ardiente de santidad, una dilatación o descanso muy grande en mi alma, como quien estaba en su centro y poseía su anhelado fin. Por la noche, después que retiradas las religiosas me dejaron sola en la habitación destinada para mi uso en el novi-

ciado, puesta de rodillas a los pies de un Crucifijo, me entregué al amor y servicio de mi Dios Humanado con mucho fervor y propósito de ocupar siempre en El mi pensamiento y mi amor, sin admitir ni un solo pensamiento inútil mientras viviera en esta santa casa, voluntariamente se entiende.

Empecé el postulantado con cierto sentimiento de la presencia de Dios presente en todo lugar, animada de los mejores sentimientos, resuelta a responder a los designios de Dios en mi vocación religiosa, como empecé a hacerlo, creo, cuyos designios conocía con bastante claridad. Pocos días después de mi ingreso me constituyeron lectora del refectorio, y la primera vez que leí la santa Regla, entendí de una manera clara la altísima perfección que entraña el exacto cumplimiento de nuestra santa Regla, y cuán lejos estaban las religiosas que constituían la Comunidad del estado de perfección a que eran llamadas por su vocación religiosa.

[49] Enamorada del estado de santidad que me revelara el conjunto de leyes que constituye nuestra Regla, anhelaba con ardor conformar mi vida con ella, pero viendo los obstáculos que me impedían la exacta observancia de la misma por la relativa relajación de costumbres introducidas en la Comunidad (lo que no ignoraba), empecé a luchar con el deseo de perseverar en esta santa casa y el temor de que en ella no podría responder a mi vocación, que era la altísima perfección que entraña el cumplimiento de la santa Regla, cuyos preceptos se dirigen a modelar las almas en nuestros divinos modelos Jesús y María.

Con esta lucha, sostenida ocultamente en el fondo de mi alma, pasé el mes de postulantado más triste que alegre. A la tristeza se agregó el sentimiento de la separación de mis padres y hermanos, cuyo afecto natural sentía con mayor viveza que cuando vivía a su lado. Pocos días antes de tomar el santo hábito comuniqué mis anhelos y temores relacionados con la observancia regular a mi Madre Maestra (que a la vez era Abadesa), quien me dio palabra de facilitarme

el exacto cumplimiento de la Regla más adelante, y me aconsejó que tomase el hábito, y así lo hice.

[50] El santo Hábito me impusieron el día 29 de Septiembre, fiesta del arcángel S. Miguel, y me cambiaron el nombre de Florencia por el de Sor María de los Angeles. Casi todo el año del noviciado viví sumida en la tibieza y disipación de sentidos y potencias, practicando los ejercicios espirituales, así comunes como particulares, sin devoción ni atención y cometí muchos pecados. La causa principal de esta tibieza y relajación entiendo fue mi poca franqueza con el Confesor ordinario para ponerle al corriente de mi vocación a la perfección y comunicarle mis interioridades como me lo exigía el Señor, quien castigó mi rebeldía con los sufrimientos que me ocasionó su aparente severidad y abandono.

Los principales sufrimientos fueron dos: 1.° la incertidumbre, por mejor decir, cierta convicción de que estaba en mal estado de conciencia, y una imposibilidad de recobrar la gracia y amistad de Dios, que perdiera (o creía haber perdido) a la edad de 17 años; 2.° el arrepentimiento de haber dejado a las Capuchinas de Caspe para venir a esta santa casa, donde no podía observar con exactitud la santa Regla ni esperaba conseguir el fin de mi vocación, y persuadida de que Dios me había traído o permitido que entrara en esta santa casa en castigo de mis pecados, y, sobre todo, de mi extravío el año siguiente de mi conversión, una tentación continua de abandonar este sagrado claustro para entrar en otra Comunidad más observante, donde pudiese responder a mi vocación siguiendo la vida común, sin necesidad de singularizarme, cuya tentación me duró casi todo el año de noviciado.

[51] A estos sufrimientos, que fueron los mayores y habituales, se agregaron otros que me reservo en obsequio de la santa virtud de la caridad, más el sentimiento de la ausencia y separación de mis padres y hermanos, que me lastimó mucho los primeros meses del noviciado por el grande

afecto que les tenía, y porque me veía privada de todo consuelo divino y humano, de éste porque no tenía confianza con el Confesor ni me gustaban las religiosas que entonces constituían la Comunidad, y del divino, porque me consideraba en desgracia de Dios y como el blanco de sus iras por mis extravíos.

El cariño y deferencias de que fui objeto por parte de la Comunidad en el año del noviciado me ayudó mucho a vencer la tentación de salir de esta santa casa para entrar en otra, porque no cabía en mi corazón abandonar a unas religiosas que me amaban con predilección y me miraban como el porvenir de esta santa Comunidad [21].

[52] El sentimiento de la separación de mi familia procuré ahogar en mi corazón con el conocimiento del peligro de violar mi fe en que me ponía volviendo las espaldas a Dios por acompañar a mis padres y hermanos, en quien tenía ocupado mi pensamiento y mi amor, y lo conseguí con la gracia de Dios, a quien estimaba más que a mis padres, aun en medio de mis extravíos y vida disipada, y por esto nunca pensé en salir del convento para volver al hogar paterno, porque apreciaba en su justo valor la vocación religiosa.

[53] Desde entonces me propuse no admitir afecto de criaturas ni amar a éstas sino en Dios, por Dios y para Dios para conservar mi corazón puro, libre suelto de afectos te-

[21] *El porvenir de esta santa Comunidad.* Hay que darse cuenta, para comprender estas palabras, que al entrar Florencia en el convento no había más que ocho monjas, bastante provectas en edad, y la situación de la Comunidad era a todas luces decadente, tanto en el orden espiritual como en el material. En la época anterior al ingreso de Florencia parece que un administrador de los bienes de las monjas las defraudó, dejándolas al borde de la indigencia. Había que tener un temple poco menos que heroico para que una joven de 18 años aceptase vivir para siempre en aquel ambiente. La frase *el porvenir de la Comunidad,* que decían las monjas, resultó ser más verdadera de lo que ellas mismas se imaginaban, pues aquella joven «traída por el Niño Jesús» con el tiempo levantó la casa de sus cenizas.

rrenos, y una voluntad virgen empleada toda en amar a mi Dios, toda vez que por amor del mismo Dios había sacrificado todo lo que amaba sobre la tierra, que eran mis padres y hermanos, únicos capaces de llenar mi corazón, fuera de Dios. Y en adelante, para conservarme en esta pureza de afectos humanos, todas las veces que me veía en compañía de las religiosas o en el locutorio, cual si temiese que me robasen el afecto, repetía hablando no sé si con Dios o conmigo misma: «Dejé a mis padres y hermanos, que tanto amaba, y vine a esta tierra extraña, donde nada me gusta ni satisface el corazón, y después de haber sacrificado cuanto amaba en la tierra, ¿pondré mi afecto en criaturas desconocidas para mí? No, Dios y solo Dios será en adelante el único objeto de mi amor, solo Dios, solo Dios». Laus Deo.

CAPITULO V

Mi profesión solemne: mi consagración a la Sma. Virgen

[54] Los dos meses últimos del noviciado me preparé para la profesión recordando los llamamientos que había tenido a la perfección, estudiando al S. Patriarca y procurando copiar sus virtudes. Soñaba con la esperanza de estrechar mis relaciones marianas y de vivir bajo la dirección de la Sma. Virgen desde el momento que, realizada la profesión, iría a vivir a mi celdita. Mi M. Maestra y Abadesa me había regalado un cuadro de la Inmaculada y, llevando éste a la celda que me habían señalado, lo colocaba sobre la mesa, rogaba a la Señora que tomase posesión de la habitación y me retiraba dejando el cuadro en ella hasta que el deseo de acompa[ña]rme con la Virgen me obligaba a volverlo al noviciado.

[55] Me enloquecía pensando que la celda sería mi ora-

torio, un santuario de la Sma. Virgen y que la mesa destinada para mi uso serviría de altar. Ignoraba yo lo que me esperaba, desconocía el designio de Dios relacionado con la vida mariana, que iba a cumplirse a mi favor, pero trabajada por secreto impulso soñaba con una felicidad desconocida, con el desarrollo del germen mariano depositado en mi corazón quizá en el Santo Bautismo, cuya presencia había sentido varias veces en mi vida secular, cuando atraída por fuerza misteriosa visitaba a la Sma. Virgen en una imagen pintada en la pared sobre la sacristía en la iglesia parroquial de Tolosa; en la visita mensual de la Congregación de las Hijas de María, que practicaba con extraordinario fervor, y singularmente el día que ingresé en esta casa delante de la Virgen que se venera en el claustro, cuando experimenté lo que no puedo expresar, y mientras gustaba con viveza la felicidad que me hizo sentir la Señora, ardía mi alma en deseos de justicia y santidad y me fueron revelados algunos designios de Dios en mi vocación.

En este período desapareció la tentación que padecía contra la vocación, mas no mis preocupaciones por las dificultades que preví me ocurrirían en el cumplimiento de mis anhelos relacionados con la observancia regular.

[56] Entre otras irregularidades, había en la Comunidad la costumbre de reunirse cada religiosa con su amiga, visitándose en la celda mutuamente, y emplear las horas libres en charlar. No había recreación común. Yo me reconocía la más culpable delante de Dios y miserable de todas, y poseída del sentimiento de la propia vileza, no me atrevía a significar siquiera las continuas protestas de mi criterio y corazón contra las peligrosas costumbres introducidas, y nuestro Señor me requería para la perfecta observancia de la Regla y para reformar la Comunidad, primero con el ejemplo, después con mi autoridad, utilizando en obsequio de la observancia los talentos recibidos y la influencia que ejercía en el corazón de las religiosas.

Mientras exponía a N. Señor mi carácter retraído, inca-

paz de comprometer la libertad del prójimo, y otras inclinaciones naturales que dificultaban la empresa y le suplicaba eligiese otro medio para realizar su designio, las religiosas mostrábanse ansiosas de mi profesión, singularmente dos que más de una vez me crearon ocasiones de pecar, quienes me significaron se reunirían en mi celda para compartir sus conversaciones frívolas. Temblaba mi corazón ante la posibilidad de verme asociada a su relajación después de mi profesión religiosa, y para sustraerme al peligro, retiré de la celda que me habían preparado tres o cuatro sillas, dejando solamente una, respondiendo negativamente con esta acción al deseo de las mencionadas religiosas, quienes se dieron por entendidas.

[57] En los ejercicios preparatorios para mi profesión renové los antiguos fervores, procuré corregir mis defectos y regular mi vida con la voluntad de Dios, que me llamaba a la práctica de la imitación de Jesús, María y S. Francisco, y cobré alientos para vencer los obstáculos que se oponían a mi vocación.

[58] El 6 de Octubre del año 1892 hice mi profesión solemne y empecé a cumplir mis votos y santa Regla con la perfección que Nuestro Señor me pedía. Me sobrevino una tribulación grande por parte de las religiosas, la que sufrí en silencio por amor a la observancia, dispuesta a morir antes que ser infiel a mis juramentos. El día 8, sábado, víspera de la D. Maternidad salí del noviciado para vivir en la celda.

Arreglado que hube el modesto mobiliario y colocado el cuadro de la Inmaculada sobre la mesa, me puse de rodillas ante la imagen y me consagré a la Señora con mucha fe, entusiasmo y fervor en concepto de esclava, súbdita, discípula e hija. Elegí a la Virgen por mi Reina, Superiora, Maestra, Directora y Madre, con súplica humilde de que aceptase los cargos que la confiaba, y a Nuestro Señor le rogué que confirmase el pacto y me hiciese donación de la Señora en los conceptos indicados.

[59] Imposible describir el bienestar que experimenté mientras practiqué dichos actos. Concebí una confianza absoluta, filial, hacia la Sma. Virgen, un entusiasmo por la Señora extraordinario y un amor insaciable, amor y entusiasmo que fueron creciendo de día en día. Trabajada del hambre insaciable de amor mariano y de la imperiosa necesidad que sentía de apoderarme de la Señora, la buscaba por el convento y pedía a las religiosas que rogasen al Señor y le obligasen a concederme la verdadera devoción a la Virgen y a entregarme Esta para que fuese toda mía, porque quería poseerla absolutamente. Se reían de mí las religiosas en vista de mi insistencia, porque creían que poseía la gracia que solicitaba, pero sentía yo un hambre insaciable de amor, y cuanto más amaba a la Virgen, mayor anhelo sentía por Ella.
[60] A partir del día que hice la consagración, conté con la Sma. Virgen para todo. Cuando entraba y salía de la celda, postrada en tierra le rendía mis homenajes de amor y respeto y le pedía la bendición, y por su respeto no me sentaba nunca en la silla, sino que permanecía a sus pies de rodillas o sentada en el suelo en la forma que se pinta a M.ª Magdalena a los pies de Jesús, exceptuados los casos en que la ocupación o la naturaleza de la labor me obligaba a sentarme en la silla. En las festividades de la Virgen gozaba lo indecible. En ellas, como igualmente en Mayo, el mundo se presentaba a mi vista transformado en paraíso y sentía una renovación espiritual indescriptible, aunque hubiese estado disipada los días anteriores.
[61] Este fue el principio de mi vida espiritual, la primera piedra fundamental del místico templo que N. Señor erigió en mi alma. A mi perfecta consagración a la Sma. Virgen y la pronta respuesta de la Señora y su fidelidad en cumplir los compromisos adquiridos debo mi felicidad, las múltiples y singulares gracias que mi Dios querido me ha prodigado en el decurso de mi vida religiosa. Lo confieso, y lo publicaré a la faz del mundo entero y después en la eternidad dichosa, todo, todo se lo debo a la Virgen San-

tísima, mi celestial Protectora: todos los bienes me vinieron juntamente con ella [22].

[62] Aunque buscaba la perfección, amaba la observancia y practicaba algunas virtudes, me sentía yo lejos de Dios cuando me consagré a la Sma. Virgen, y estaba llenita de defectos, como tronco selvático que está sin labrar. Mas pronto se inauguró en mi alma la vida mariana y se desarrolló con rapidez asombrosa. Bendito sea Dios que escuchó mi plegaria y me concedió la verdadera devoción a la Virgen. Bendito y alabado sea eternamente, bendito sea.

[63] Quince días después de mi profesión me confiaron el cargo de tornera 2.ª [23] El torno y sacristía estaban relajados, y en ambas oficinas peligraba mi conciencia por las relaciones internas y externas que comprometían mi libertad y mis anhelos de perfección. Por esta razón padecí mucho en el período inmediato a mi religiosa profesión, devoré en silencio infinitas angustias y, vencida del respeto humano, por temor de disgustar a la tornera y sacristana, ofendí a N. Señor, ocultando las recriminaciones de mi conciencia contra dichas relaciones peligrosas que presencié con disgusto, aunque no compartí.

Expuse mi situación a la M. Abadesa, y mi deseo de retirarme del torno, pero la Madre no le dio importancia y me requirió para que continuase en el cargo. El confesor

[22] Cf. *Sap* 7, 11. Esta consagración que hizo Sor Angeles de sí misma a María en su profesión religiosa —y su vida ulterior en coherencia con la misma— nos la presenta aquí como base y cimiento del edificio espiritual construido por Dios en su alma. Pocas páginas más abajo, en la descripción de la purgación pasiva, subrayará asimismo la ayuda que recibió de la Virgen para superar con éxito dicha prueba. Y a todo esto, la M. Sorazu apunta un detalle significativo, a saber: que esta consagración suya a la Virgen no fue fruto o consecuencia de lecturas o de humano consejo, sino algo que le brotó de dentro. Sólo años más tarde, al leer la *Vida Mariana* del P. Nazario Pérez, pudo constatar con gozo la sustancial identidad entre lo que ella practicaba y lo que dicho Padre trataba de difundir por medio de este libro.

[23] La sección que se extiende desde «tornera 2.ª» hasta «Dios me perseguía con su gracia» se omitió en la 1.ª edición.

tenía un concepto elevado de la religiosa que sostenía dichas relaciones, tanto es así que me aconsejaba me inspirase en ella para todo, y por no difamarla oculté al Confesor las inquietudes que me ocasionaba la mencionada religiosa con sus procederes, y este silencio alarmó mi conciencia y me retrajo de N. Señor.

[64] Dios me perseguía con su gracia, con frecuencia se imponía a mi alma para apoderarse de mi voluntad y elevarme a un alto grado de perfección y unión divina. Deseábalo yo, pero se imponía la necesidad de traducir al Confesor mi historia íntima desde los 16 años, mi vocación y los obstáculos con que tropezaba para responder a los designios de Dios, y esto no podía hacerlo, y porque no veía el medio de vencer este obstáculo, luchaba con la gracia a brazo partido, repitiéndose el combate los primeros viernes de mes, en las solemnidades de N. Señor, de la Virgen y de los Santos de mi devoción y otros días, con mucha frecuencia. No solamente con la gracia, sino que también luchaba con mi inclinación y aspiraciones, porque sentía la imperiosa necesidad de ser toda de Dios en María, y me costaba infinitas penas resistir a su voluntad, que tan perfectamente respondía a mis anhelos.

[65] Al entrar y salir del coro, mientras adoraba al Santísimo, con frecuencia me sorprendía la memoria de los favores que N. Señor me había dispensado en el período que siguió inmediatamente a mi conversión, y parecíame que Jesús me reconvenía con amorosas recriminaciones por mi infidelidad a las gracias recibidas y me requería para la alta perfección a que me destinaba, a lo que llamaba yo segunda conversión. Lo mismo me acontecía en la celda, con la diferencia que en lugar de Jesús se imponía a mi alma la presencia de la Divinidad, sorprendiéndome cuando menos lo esperaba.

[66] En dos ocasiones, por lo menos, que se repitió el combate, me vi muy cerquita de N. Señor. En la primera se consumó la lucha a oscuras, quedando mi alma divinamente

herida, deplorando con amargura la dificultad con que tropezaba y me impedía entrar de lleno en el divino beneplácito. En la segunda sentí la presencia de Dios a mi lado, elevado como dos metros de altura del pavimento de la celda, rodeado de una nube tenebrosa. Rasgóse ésta, y en el seno de la nube revelóse N. Señor en una claridad deslumbradora. Lo mismo fue manifestarse N. Señor que sentirme poseída de su voluntad soberana, imponiéndoseme ésta por modo inefable para elevarse a misteriosas regiones de perfección.

[67] Mientras duró la soberana influencia percibí una felicidad divina, el bienestar inefable que acompaña la perfecta resignación en el beneplácito eterno de Dios y gocé lo que no puedo explicar. Mientras me vi poseída de la voluntad de Dios, hallábame perfectamente resignada, prisionera y cautiva, como si no tuviera libertad para aceptar ni rechazar ninguna cosa. Esto duró brevísimo momento.

Luego, antes de retirarse u ocultarse la presencia del Señor y la influencia de su voluntad soberana, recobré el uso de la libertad, y por la imposibilidad que aprendí para cumplir la condición requerida para arribar a la perfección o grado de unión que se me ofrecía, empecé a luchar como otras veces suplicándole que se dignase vencer El mismo el obstáculo manifestando al Confesor directamente mi historia íntima, porque no podía yo realizarlo a pesar de mi vivo anhelo de responder a sus amorosos designios y del amor y estimación que me merecía su divina voluntad.

[68] Cuando cesó la divina influencia y me vi suelta de aquel abrazo o intimidad, me quedé sufriendo una especie de purgatorio o pena de daño, una privación de Dios y pena misteriosa, llorando porque no podía cumplir la voluntad de N. Señor, quien me consoló prometiéndome que a su tiempo me proporcionaría un Director que me facilitaría la manifestación de mis interioridades que me pedía.

[69] Continué en el claustro la devoción que en el siglo profesaba al sagrado Corazón. Cuando vine, traje una peque-

ña efigie del Corazón de Jesús —recuerdo de una amiga [24]—, el cual coloqué en un cuartito retirado del Noviciado, sobre una mesita, y encima un cuadro de Nuestra Señora de las Mercedes, para que Hijo y Madre presidieran mis actos en el humilde oratorio. Allí me retiraba en horas libres y pasaba algunos ratos recordando las relaciones que me unieron a Jesús en el período de consolación o primeros fervores, y lloraba mis infidelidades.

Cuando profesé, no me atreví a colocar dicha imagen en la celda por temor de faltar al voto de pobreza. Más tarde, sintiendo la imperiosa necesidad de agregrar al reinado de María el de su D. Hijo, coloqué la santa efigie sobre la mesa en un trono que hice con pergamino para que Jesús y María se contemplasen y reinasen en mi alma, celda, en todas las cosas que me pertenecen. Volví a tener escrúpulo sobre la pobreza, y por amor a esta virtud entregué la Imagencita a una fervorosa religiosa, mi connovicia, para que la tuviese en su celda y le procurase los obsequios que deseaba yo tributarle.

Mas no por esto perdí la devoción que le profesaba, sino que fue más intensa a medida que pasaba el tiempo.

[70] Los libros que he usado para meditación y lectura espiritual desde que vine al Claustro hasta el presente 1911 son éstos: en el noviciado, el P. Rodríguez, *Vademécum carmelitano* y *Arnoldo*. En el año inmediato después de mi profesión, *Temporal y Eterno* y la *Escala Espiritual de S. Juan Clímaco,* por el Vble. Granada.

En Comunidad, como preparación para la oración, leíase todo el año *Meditaciones* por el P. Lapuente, y en el refectorio, las *Crónicas de la Orden*. Estas, singularmente el tomo primero y las *Meditaciones* del P. Lapuente, me interesaron y aprovecharon mucho.

El año 1894, en los ejercicios que dirigió a la Comu-

[24] La amiga que le regaló la efigie del Corazón de Jesús fue Encarnación Vidal, de la que se habló en notas precedentes.

nidad el P. Gómez S. I., me aficioné al libro titulado *Ejercicios de S. Ignacio* por el P. Belecio, que dicho Padre nos proporcionó, libro que usé mucho tiempo con visible aprovechamiento. Más tarde conocí la *Mística Ciudad de Dios,* cuya lectura interesó mi corazón vivamente y en adelante no pude prescindir de ella. Además de escucharla en el refectorio, donde empezó a leerse con frecuencia, la leía y meditaba en la celda con grandísimo consuelo y aprovechamiento. La usé por espacio de muchos años con afición creciente, y aunque al presente no la leo, la escucho con amor y respeto cuando se lee en Comunidad y con el vivo interés que el primer día, a no ser que me lo impida causa superior [25].

[71] El año 1896 conocí los SS. Evangelios, el año 1907 la Sagrada Biblia o Antiguo Testamento, en 1908 o 9 las Epístolas del Nuevo Testamento, si bien ya conocía estos libros en el Breviario y entendía varios misterios en ellos encerrados, que N. Señor se dignó revelar a mi pobre alma.

La Sagrada Biblia, especialmente los Evangelios, y la *Mística Ciudad de Dios,* desde que los conocí, fueron los libros que más me interesaron y casi los únicos que he usado fuera de los SS. Ejercicios, durante los cuales procuré siempre acomodarme a las meditaciones y lecturas que prescriben.

Mas no me contenté nunca con hacer los ejercicios una sola vez al año, sino que los repetía varias veces privadamente sin nota de las religiosas para satisfacer la imperiosa necesidad que sentía de renovar el espíritu, resarcir las pérdidas habidas y adquirir o merecer nuevos grados de per-

[25] Trátase, como se ve, de libros de espiritualidad de corte más bien ascético, que Florencia halló en su convento: RODRÍGUEZ (Alonso S. I.), *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*; NIEREMBERG (Eusebio S. I.), *Diferencia entre lo temporal y eterno*; PUENTE (Luis de la, S. I.), *Meditaciones espirituales;* BELECIO S. I., *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio;* ARNOLDO S. I., *De la imitación del Sagrado Corazón;* CORNEJO (Damián O. F. M.). *Crónica Seráfica;* AGREDA (Sor María de Jesús de, Concepcionista franciscana), *Mística Ciudad de Dios,* etc.

fección. Continúo haciendo lo mismo, aunque hace varios años que paso la mayor parte del tiempo consagrado a los SS. Ejercicios en las meditaciones que señala S. Ignacio para el día primero.

[72] Nunca fui aficionada a leer tratados de oración. Una vez que leí el principio del libro del P. Belecio, que trata de la oración, con intención de acomodarme a sus reglas, no saqué otro fruto que fatigar mi inteligencia. Siendo superiora, en uno de los períodos de mayor abstracción, más alta contemplación y de intimidad mayor con N. Señor que he tenido en mi vida, el Director que dirigía entonces mi conciencia me dio para leer un librito que me parece se titulaba *Suma de S. Juan de la Cruz* o cosa parecida. Creyó mi Director que sentiría interés por el librito y me ayudaría, pero yo no saqué ningún fruto de su lectura, ni creo que me penetré de su contenido. Me quedé como si hubiera leído un libro escrito en inglés. Devolví el librito al Padre diciendo que en otra ocasión repetiría su lectura. Pasados dos o tres años lo volví a leer, y me aconteció lo mismo que la vez primera.

[73] En otra ocasión, viniéndome a las manos un libro que se titulaba *Teología Mística*, no recuerdo el autor, lo entregué a una religiosa para que lo leyese en el refectorio, pensando que hablaría de los misterios de N. Señor, porque ignoraba que hubiese otra teología que la «divina» o «cristiana», como se llame. Cuando vi que trataba de la oración, lo mandé retirar, temiendo que su contenido, en lugar de aprovecharme, me perjudicaría y que el menor perjuicio que podía ocasionarme era el cansancio y hastío. En cambio, los libros que tratan de los misterios de N. Señor y de la Sma. Virgen me interesaron siempre mucho y ayudaron a santificarme. En ellos encuentro la vida, y debo a N. Señor la gracia de la luz asombrosa que poseo para penetrar los misterios que encierran dichos libros, v. gr., el Catecismo, la Sagrada Biblia, especialmente el Nuevo Testamento, y la *Mística Ciudad de Dios* y el Breviario.

[74] Hago estas manifestaciones porque entiendo que mi afición a dichos libros, el consuelo y entusiasmo que me inspiran y la claridad con que entiendo los misterios que contienen, entra en el número de los beneficios que he recibido de N. Señor, y que responde a mi vocación, cual es la perfecta conformidad con mis divinos Modelos Jesús y María, porque me consta que algunas religiosas, aunque muy santas, los miran con frialdad, y si alguna vez los leen, no los entienden ni perciben la vida que recibe mi alma en su meditación o lectura, acompañada de la meditación. Leer por curiosidad los libros santos no lo hice nunca.

[75] En el período que refiero, aunque empleaba la mayor parte del tiempo en ejercicios piadosos y pasaba largos ratos, y alguna vez todo el día, a los pies de la Sma. Virgen, cometía muchas faltas además de la inicua condescendencia que indiqué, y tenía necesidad de convertirme a N. Señor por segunda vez con una conversión más perfecta que la primera, que tuvo lugar cumplidos los 16 años. Mejor dicho, necesitaba para corregir mis defectos y arribar al grado de perfección a que era llamada, purificar mi alma, y acrisolar mi piedad en el purgatorio de la vida espiritual, cuya gracia solicitaba continuamente y me la concedió N. Señor en la forma que diré en los capítulos que siguen.

CAPITULO VI

Mi segunda conversión

[76] A fines del año 1891 ingresó en esta Comunidad una piadosa joven y el año siguiente otra [26]. Amaba con es-

[26] Estas dos nuevas religiosas que entraron poco después de M. Sorazu fueron Visitación Lasa, hermana lega, natural de Aldaba (Guipúzcoa) y Agueda —en religión Concepción— Prendes, asturiana. La primera fue —entre otras cosas— enfermera; dicen las monjas que, gracias a sus cuidados, alcanzó la M. Sorazu la edad de 48 años. Murió en 1926. Fr. Antonio Lasa, hermano lego franciscano, nacido en 1908 y sobrino de Sor Visitación, actualmente morador del

pecial cariño a las dos jovenes por su virtud y santas aspiraciones y me reunía con ellas en las solemnidades de N. Señor y de la Virgen Sma. para alentarlas en el camino de la perfección. El 15 de Agosto de 1893 rebosaba felicidad por la solemnidad del día, y deseando comunicar a las citadas jóvenes el bienestar que experimentaba, inculcar en ellas los sentimientos que abrigaba hacia la Virgen Sma. y ayudarlas a dar un avance en la perfección, pedí permiso a la M. Abadesa para reunirnos las tres y santificar el día en honor de la Señora comunicándonos mutuamente nuestros proyectos de perfección. Obtenido el permiso, las llamé y pasamos el día juntas.

[77] Tenía pensado pasar en retiro desde el citado día hasta el 4 de Octubre en obsequio del seráfico Patriarca, consagrar dicho período a la oración y penitencia y perfeccionar mi vida. Para estimular a mis dos hermanitas y proporcionarlas ocupación interior para que prosiguieran su marcha progresiva durante mi ausencia, llevé a la recreación tres papeletas, que contenían tres virtudes con los correspondientes Santos para que, sorteadas entre las tres, cada una procurase cultivar la virtud que le tocase en suerte bajo la protección de la Virgen y de los Santos que contenían.

[78] Cuando se acercaba la hora señalada para despedirnos, previa la invocación del D. Espíritu, sorteamos las papeletas, y cada una recogió la que le tocó, dispuesta a cultivar la virtud que contenía, hasta el día citado, que nos reuniríamos otra vez para comunicar nuestros adelantos. Me tocó en suerte las virtudes de la pobreza y humildad, y de protector nuestro santo Patriarca S. Francisco de Asís.

¿Cómo explicar lo que por mí pasó cuando vi las virtudes y el protector que me tocaron en suerte? Parecióme que nuestro S. Padre me citaba a juicio para pedirme cuenta del don de la vocación religiosa, de los requerimientos de la

convento de Mondragón (Guipúzcoa), recuerda que cuando murió la sierva de Dios, su tía escribió a casa diciendo cómo había muerto una gran santa, etc.

gracia a la imitación de sus virtudes y las demás gracias que nuestro Señor me había concedido en el decurso de mi vida, singularmente desde los 16 años. Sentí sobre mí el peso de mis infidelidades y de todas las faltas que había cometido en el período indicado, cuyos defectos, aun los más leves, parecíanme gravísimos, horrendos crímenes, que pedían venganza.

[79] Oculté a mis hermanas la terrible tribulación que padecía y despidiéndome de ellas, me retiré al coro, profundamente aniquilada. Unos momentos después, ignoro de qué manera, pero se impuso a mi alma la presencia del S. Patriarca, quien me reconvino con amor y severidad del abuso que había hecho de las gracias recibidas, de mis resistencias a las amorosas y continuas solicitaciones de la voluntad del Señor, que me llamaba a estado más perfecto por la perfecta resignación, y de todos los pecados e imperfecciones que pesaban sobre mí.

Imposible expresar lo que sentí, solamente diré que por lo que experimenté en aquella ocasión puedo adivinar la naturaleza del purgatorio y la profunda pena, aniquilación y demás fenómenos que acompañan el juicio particular que sufren las almas inmediatamente después de la muerte. Confusa y arrepentida le pedí perdón al S. Padre, y procuré interesarle en mi favor para que, en unión de la Sma. Virgen, de los Angeles y de los Santos Protectores, me ayudase a implorar la D. Misericordia, a corregir mis defectos y responder a los designios de Dios relacionados con mi santificación.

[80] Concebí esperanza de conseguir la gracia que pedía, y para merecerla, propuse llenar las condiciones requeridas empezando mi nueva vida en el mismo momento. Para no comprometer mi propósito y asegurar en cuanto era posible la perseverancia en mi nueva vida, adopté estos medios:

1.° Consagrar a la oración mental el tiempo libre de mis obligaciones, empezando por añadir una hora al tiempo que dedicaba la Comunidad a dicho ejercicio para habituarme poco a poco.

2.° Recorrer diariamente el viacrucis por espacio de una hora y meditar en la Pasión del Señor el tiempo que consagraba a la oración.

3.° Todos los días por la mañana o antes de acostarme recordar los novísimos y mi historia pecadora como si realmente tuviera que morir inmediatamente.

4.° Mortificar el cuerpo con el ayuno y penitencias razonables que podía imponerme sin notable perjuicio de la salud, y privarme una o dos horas del sueño, levantándome cuando despertaba del primer sueño para practicar mis ejercicios de piedad.

5.° Mortificar la vista y los demás sentidos y abstraerme del comercio innecesario de las religiosas.

[81] 6.°[27] Hablar de rodillas a la M. Abadesa, cuyo trato me había ocasionado inquietudes y comprometía mi conciencia, para que al verme en dicha actitud cambiase de conducta en sus relaciones con servidora. Advierto que la R. Madre era la religiosa que en el torno y sacristía violaba las leyes establecidas, la cual hacía poco que había sido elegida Abadesa. Continuaba las relaciones irregulares que indiqué, las que compartía con otra religiosa y pretendía asociarme a su relajación. Para sustraerme a la perniciosa influencia de dichas religiosas y del sujeto que trataba con ellas, propuse hablar de rodillas a la primera, y lo cumplí consiguiendo por este medio mi pretensión. Laus Deo.

[27] El punto 6.° de estos propósitos, o sea, todo lo que sigue hasta el fin del capítulo fue omitido en la 1.ª edición.

LIBRO SEGUNDO

Contiene mi historia íntima los años 2.° y 3.° después de mi profesión

CAPITULO I

Los obstáculos que tuve que vencer en la nueva vida que inauguré el 15 de Agosto 1893

[82] El 15 de Agosto de 1893 salí del desierto de la vida espiritual para entrar en el purgatorio [1], donde expié mis culpas de la vida pasada y las deficiencias presentes con mu-

[1] En el itinerario espiritual de M. Sorazu, a la conversión —primera conversión— sigue lo que ella llama el desierto, y a éste la segunda conversión, con la que se inaugura el purgatorio de la vida espiritual o período de purgación pasiva. Este culminará con una entrega de Dios, que, contra lo que cabría esperar, tampoco será definitiva, pues a la misma pondrá fin un corte o descenso, en el que la iniciativa partirá de ella misma. La causa del desierto o época de aridez y estancamiento fue la negativa a inmolar la víctima requerida por Dios —en este caso era la manifestación al Confesor o Director de las gracias recibidas y de la peculiar vocación a la santidad—. Y aunque esta condición no se cumplirá por ahora, Dios reconoce la imposibilidad en que Sor Angeles se hallaba de cumplirla, acepta su disposición y le promete que a su tiempo le facilitará su cumplimiento. Así, pues, Sor Angeles permaneció muchos años sin dirección; la razón era que sentía una repugnancia invencible para franquearse a los ministros de Dios comunicándoles las gracias recibidas, etc., y aun después de «inmolar la víctima requerida» —según su expresión— la tentación contra la dirección no la abandonará jamás. Por servirnos de otra expresión suya, las «relaciones inmediatas» con Dios no le creaban dificultad alguna, pero sí las «mediatas», o sea, las que se consuman por mediaciones humanas.

chas y diversas penas, con dolorosas imposiciones de la gracia purificante.

La primera dificultad con que tropecé para permanecer en este lugar de expiación fue un horror y aversión a la oración intensísimos. Cuando me dirigía al Coro para practicar la oración común, y singularmente para consagrar a dicho ejercicio el tiempo que me había propuesto, era tan grande la repugnancia que sentía, que con gusto sustituiría en su lugar las penitencias más dolorosas, y hubiese preferido luchar con el ejército enemigo en el campo de batalla a la oración mental. Era tanta la violencia que tenía que hacerme para entrar en el Coro, que parecía me tiraba alguien del hábito para impedírmelo. Vencida de la repugnancia y horror que me inspiraba, al principio más de una vez falté a mi propósito, pero violentándome una y otra vez obtuve la victoria y mis esfuerzos coronó Dios con la admirable facilidad que me concedió para la oración y el don de contemplación.

[83] El segundo obstáculo fue el embotamiento de mis potencias interiores, que me dificultaba y hacía impracticable la oración mental, especialmente al principio. Después de empezar la meditación se me facilitaba, pero tenía que vencer la dificultad, que aprendía insuperable, porque no se me concedía la gracia de la devoción y aptitudes hasta haberme vencido y resignado a padecer el embotamiento de potencias y la aridez del corazón.

Mientras luchaba con las dificultades el diablo me sugería que era incapaz para la oración, que no estaba llamada a la contemplación y que desistiese de mi empeño. Deseché la sugestión confiando en la protección de la Sma. Virgen y de los Santos, singularmente de S. José, a quien elegí en el siglo por especial Protector en dicho ejercicio, que me ayudarían a vencer los obstáculos y me facilitarían su práctica. Conseguí lo que esperaba y en adelante la oración constituyó mi banquete perenne, mi felicidad, mi vida.

[84] El tercer obstáculo fue la aversión al retiro. Para

cumplir mi propósito relacionado con la abstracción del comercio humano propuse permanecer en la celda todo el tiempo libre de las obligaciones del Coro y de cargo, y en el cumplimiento de mi propósito tropecé con la misma repugnancia y horror a la soledad que sentía por la oración. Las paredes de la celda me oprimían y no podía soportar el retiro sino a costa de mucha y continua violencia. Una fuerza invisible me arrastraba al comercio humano y me impedía recogerme a la celda, pero violentándome una y otra vez conseguí la victoria, y la soledad, que antes aborrecía, se me hizo amabilísima. Me ayudó para esto la lectura de *La Religiosa instruida* por el P. Arbiol, el capítulo que trata de la soledad, cuya lectura me animó para violentarme, más la protección de la Sma. Virgen.

[85] El cuarto obstáculo fue el respeto humano, la falsa vergüenza que pretendía imponerse a mi alma para impedirme el recogimiento de los sentidos. He aquí de qué modo lo vencí. Vigilaba sobre mis sentidos, conservaba los ojos bajos, sin levantarlos para ver quién entraba y salía de la habitación. Si por descuido los levantaba y fijaba en el rostro de alguna, aunque fuese de lejos, me imponía la penitencia de siete pellizcos en el brazo en honor de S. José. No hablaba más que lo preciso, y cuando me descuidaba, por cada palabra inútil hacía 7 postraciones en honor de la Virgen, haciendo en cada una una cruz en el suelo con la lengua. Vigilaba sobre mi corazón para no amar a nadie fuera de Dios y por Dios. Si sentía algún afecto, aunque fuese lícito, me golpeaba el pecho. Vigilaba sobre mi imaginación y memoria, y cuando divagaba fuera de N. Señor, aunque fuese la divagación involuntaria y pasajera, me pinchaba con un alfiler.

Continuaba en la oficina del torno en concepto de tornera 2.ª, y para no distraerme ni penetrarme de los asuntos que en él se trataban, me tapaba los oídos cuando la tornera mayor se acercaba al torno para dar y recibir los recados, y recibidos éstos directamente de la tornera, los llevaba a

la R. Madre como en la punta de la lengua, sin penetrarme del asunto para que no penetrasen en mi espíritu las noticias de la tierra.

[86] Lo que me costó mucho fue hablar de rodillas a mi Superiora y más cuando la hablaba en privado que a presencia de la Comunidad, no por la humillación, sino por el maldito qué dirán y por la confusión que le ocasionaba. Nuestro Señor me recompensó con prodigalidad la violencia que me hice, especialmente al principio, después no me costaba trabajo.

En cuanto a la abstinencia, vigilias y demás mortificaciones externas, sólo tuve que vencer la repugnancia natural al sufrimiento y las sugestiones pasajeras de satanás, que aprovechaba la oportunidad del desamparo para arrastrarme al descanso y regalos de la naturaleza.

En la primera conversión no encontré ninguna dificultad en la práctica de las virtudes. La gracia me facilitó las obras virtuosas que practiqué. No así en el período de purgación, cuando todo se imponía a mi alma como peso aplastante. A pesar de mi aniquilamiento y perfecta resignación en la voluntad de Dios, tuve que remar contra corriente de la naturaleza viciada del yo humano, que protestaba contra la humillación o muerte mística. Laus Deo.

CAPITULO II

El purgatorio de la vida espiritual: lo que en él padecí

[87] Los mayores trabajos, las penas más amargas que padecí en el período de purgación me ocasionó el propio conocimiento y la dolorosa aprensión del odio implacable de N. Señor. La presencia de Dios me oprimía, lo aprendía presente en la habitación como Juez inexorable y enemigo formidable con espada en mano para matarme. Huyendo

de su severidad, para sustraerme a su espada vengadora, me replegaba sobre mí misma y tropezaba con el monstruo de pecado, con la hidra infernal que surgía del fondo de mi ser. Era ésta mi historia pecadora, la propia malicia cuya vista espantosa no podía soportar. Quería cerrar los ojos para no verme, y no podía, porque el monstruo, transformado en cuadro viviente, extendíase a mi vista intelectual para que leyera lo que en él escrito había, cuyos pecados con sus circunstancias agravantes se imponían a mi alma como abismos montañosos para aniquilarme. Huyendo de mí, caía nuevamente en las manos del Justo Juez, quien me rechazaba, perseguía de muerte y con su omnipotente mano me aplastaba y torturaba.

[88] Solamente en la Virgen encontraba reposo, pero alivio pasajero, porque no me sustraía a la dolorosa influencia, sino que me obligaba a reconcentrarme en mí misma para contemplar el horripilante cuadro que presentaba mi conciencia para expiar las culpas que pesaban sobre mí. Hacía poco tiempo que había hecho la última Confesión general. Por esto y porque recordaba con frecuencia mi vida pasada, había tenido presente mis pecados habitualmente. Empero, en el período de purgación impusiéronse éstos a mi alma en su enorme fealdad y gravedad como peso aplastante, produciéndome infinitas angustias.

La infinita bondad de N. Señor, la gracia, la virtud, la ley divina, todo todo se impuso a mi alma como circunstancia agravante para torturarme y aniquilarme bajo su grave peso, singularmente la Sma. Pasión de N. Señor y las gracias y socorros espirituales que había recibido. En todo veía pecados y pecados graves, incluso en las obras buenas, que practicado había, sin hallar en mi historia un solo pensamiento ni deseo de perfección que fuese puramente de Dios y estuviese libre de imperfecciones.

El vivo anhelo con que había procurado la observancia regular lo miraba como manifestación de mi soberbia, porque me sentía infinitamente más culpable a los ojos

de Dios que la religiosa más relajada de la Comunidad y del mundo entero, y parecíame atrevimiento el haber tenido tales anhelos, y quisiera destruir el bien que por iniciativa mía se había hecho, por la vileza del instrumento, merecedora de todo desprecio, pero sin detrimento de la gloria de Dios y de la observancia, la que amaba en sí misma, aunque la aborrecía como procedencia de mi nada criminal.

Amaba con ardor la virtud, la justicia, la bondad, el bien, todo lo que se relaciona con la soberana Bondad, y me sentía su antítesis. Aborrecía con sumo odio el desorden, la malicia, todo lo que aprendía contrario a la divina Bondad, y me veía identificada con el pecado, con la malicia, que aborrecía con todo mi corazón.

[89] Trabajada por la luz purificadora, no veía en mí sino el yo pecador, resaltando más su horripilante fealdad al lado de la justicia y bondad soberanas que al mismo tiempo me mostraba, y padecía infinitas angustias al verme o sentirme la antítesis de éstas, y unida a aquél, mejor dicho, identificada.

Considerándome el desorden completo, me daba vergüenza de mí misma, y el horror y aborrecimiento propio me arrastraban fuera de mí, pero no había efugio ni refugio, y tuve que resignarme a contemplar despacio el monstruo de pecado que moraba en mí para expiar sus culpas con las amarguras que me producía su presencia. La opinión que gozaba en la Comunidad y el concepto que de mí tuve antes —aunque fuese de pecadora, que por tal me tuve siempre— representábanseme como montañas imaginarias, de las cuales descendí para vivir en mi nada criminal, donde me establecí para siempre como en única tierra firme —después de la soberana bondad de Dios— porque lo aprendí como realidad, verdad, humildad.

[90] Me sentía tan vil, fea y aborrecible a Dios y a las criaturas, y tan inferior a todas, incluso los demonios, que, buscando un lugar en la creación entera para establecerme, no lo hallé. Me avergonzaba de ser religiosa y de vivir en

compañía de las almas consagradas a Dios, y quisiera huir de todas y retirarme a un desierto para vivir tranquila y librarme de la confusión que padecía, pero ni en el desierto hallaba lugar, porque me consideraba inferior al reino animal, más vil que las bestias campestres, quienes me pareció no me recibirían en su compañía, ni debían recibirme, porque de hacerlo compartirían mi ignominia.

El infierno miraba como mi centro, y aun aquí buscaba el ínfimo lugar, y después de colocarme a los pies de los demonios y condenados, me creía demasiado alto y buscaba un lugar más bajo para procurarme la tranquilidad de ocupar el puesto que me pertenece.

[91] Imposible explicar lo que sentí y padecí en este sentido, si bien lo sufría todo con resignación y paz admirables. A este y otros sufrimientos agregóse la opresión que me producía la presencia de Dios, las angustias que me producía su aspecto severo, y la firme convicción de que me odiaba más que a los demonios, era mi capital enemigo y que lo sería eternamente, porque cansado de sufrirme, disgustado porque me desvié del sendero de la perfección, después de mi primera conversión, descuidando las prácticas piadosas, etc., había determinado condenarme al fuego eterno y entregádome a satanás. Que me había excluido del beneficio de la Redención y que para mí no había perdón ni salvación, que era imposible recobrar la gracia, reconciliarme con Dios, por el decreto de condenación que existía en contra.

En fin, fue un verdadero purgatorio lo que padecí; todo lo veía negro, y hasta el convento y la celda que habitaba los veía transformados en lóbrega y tenebrosa mansión.

[92] Esta crisis dolorosa fue el período más triste de la purgación y duró unos tres meses. La Sma. Virgen me protegió mucho; fue mi único amparo y confidente. Sin saber de qué manera, me veía algunas veces transportada a una soledad espantosa, que aprendía pertenecía a los dominios de satanás. Allí, temblorosa, esperaba las embestidas del de-

monio, quien me significaba que N. Señor me había sometido a su imperio, que le pertenecía como esclava y que tenía absoluto poder sobre mí para atormentarme y hacer de mí lo que quisiera. Lo creía yo, en vista de la severidad de Dios, y padecía horrores, una dolorosa opresión imposible de explicar.

Me consideraba como una hija de familia a quien el tirano la hubiese arrancado de la casa paterna y establecido en dicha soledad espantosa para vengar en ella su furor a la vuelta de sus excursiones al mundo e infierno. Para mayor tormento, en estas crisis dolorosas se borraba de mi memoria la existencia de la Virgen. La dolorosa influencia duraba poco tiempo, pero se me hacía muy largo, y lo padecía sin esperanza de libertad. Mas, cuando menos lo esperaba, imponíase a mi alma la presencia de la Sma. Virgen, y en el momento me veía libre de la penosa opresión. Laus Deo.

CAPITULO III

Mi modo de proceder

[93] Antes de entrar en el purgatorio de la vida espiritual fue servido N. Señor prevenirme con el deseo de la santidad, el amor a la virtud y la sólida verdadera devoción a la Virgen santísima. Merced a estos socorros vencí los obstáculos que me impedían aceptar la dolorosa influencia de la purgación pasiva y la padecí con perfecta resignación.

El amor a la virtud, a todo lo que es justo y santo, mi inclinación a Dios y la estimación divina que le profesaba desarrolláronse con rapidez asombrosa y sin otro interés que complacer a N. Señor a imitación de la Virgen y obedecer a la Señora [2]; consagré las 24 horas del día a su santo

[2] Se ha puesto punto y coma después de «la Señora». En el original todo está seguido, pero el sentido parece reclamar la separación.

amor y servicio, excepto el tiempo preciso del sueño, que con dolor de mi corazón sacrificaba a la naturaleza.

Persuadida de que N. Señor me había excluido del beneficio de la Redención, había cifrado mi felicidad en amarle y servirle con perfección el resto de mi vida y rogábale, como favor especial, me concediese esta gracia y el privilegio de continuar en el infierno mi vida religiosa y que no me privase del hábito de las virtudes teologales para creer en El, esperar contra esperanza y amarle en la eternidad desventurada.

[94] El amor y estimación que profesaba a N. Señor me hacía amabilísimos los ejercicios de piedad, y le agradecía con todo mi corazón que me permitiese rezar, orar y practicar las demás obras piadosas o de religión.

Pasados unos tres meses, la presencia de Dios, que antes me oprimía, me procuraba una felicidad grande. Mostrábase el Señor indiferente conmigo, aparentaba dormirse con relación a servidora, que me había relegado al olvido para siempre y que no se acordaría de mí un solo momento en toda la eternidad. Mucho me afligía el olvido y abandono divino, pero así y todo recibí grandísimo alivio cuando N. Señor dejó de mostrarse enemigo de mi alma y sustituyó la indiferencia a la severidad que me había mostrado anteriormente, porque experimentaba cuán bueno es en sí mismo, percibía la naturaleza de su Bondad infinitamente buena en sí y para las criaturas, aunque se mostraba conmigo indiferente.

[95] Cuando me dirigía a N. Señor para rendirle mis homenajes de amor y respeto, aprendía muchas veces que rechazaba mis servicios, otras que en vano me afanaba en su obsequio y pretendía hacerme ver y escuchar de El, porque no lo conseguiría nunca por grandes que fueran mis esfuerzos y clamores. Que se había olvidado de mí y ni siquiera se acordaba que existía; que se había dormido profundamente y no despertaría jamás para escucharme y favorecerme. ¡Misterio admirable! Cuanto más me despreciaba N. Señor y re-

chazaba mis obsequios, mayor amor sentía por El, mayor estima y entusiasmo, y crecía mi amoroso empeño por merecer la gracia de que aceptase mis obsequios en atención a las virtudes y méritos de la Sma. Virgen, a quien procuraba interesarle en mi favor.

[96] Sin otro interés que servir a N. Señor —esto era grande felicidad y recompensa para mi alma enamorada— practicaba las virtudes con la perfección posible a mi flaqueza, ayudada de la gracia. Me imponía privaciones y sacrificios continuos y padecía con resignación los sufrimientos físicos y morales que la Providencia me procuraba sin buscar alivios, v. g., las inclemencias del tiempo. Vivía en el más completo abandono, y el demonio, aprovechando la oportunidad, me tentaba para que abandonase el camino de la perfección, o por lo menos que moderase mis penitencias, me procurase los alivios que pedía la naturaleza, viviendo como una de tantas religiosas que se contentan con seguir a la Comunidad y consagran el tiempo libre al descanso y recreaciones lícitas.

La grande estimación que profesaba a N. Señor y hacía del honor de servirle, aunque fuese a costa de mil vidas sin esperanza de recompensa, me obligaba a rechazar la sugestión. Insistía el demonio, y procuraba que abandonase la oración y vida que hacía temporalmente, hasta que llegase a la ancianidad, y que entonces satisfaría la necesidad que sentía de amar y servir a Dios, viviendo entre tanto como las demás religiosas, toda vez que no me decidía a abandonar para siempre el camino emprendido.

[97] Rechazaba la sugestión con estas palabras de la santa escritura que leía con frecuencia en la semanilla cuando repetía los oficios de la semana mayor, que fue una de mis devociones favoritas: *Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua* [3]. Significábale al tentador que mal po-

[3] «Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud» (*Lam* 3, 27).

dría testimoniar mi amor al Señor practicando la penitencia y demás virtudes en la ancianidad, si no me habituaba de joven, pues quizá entonces no dispondré de las energías que me prestaba la naturaleza y la gracia. Que no servía a N. Señor por interés, sino por ser quien es y porque el culto divino era mi centro, y que si me concedía el Señor el privilegio que solicitaba, practicaría las virtudes, no solamente en la tierra, sino que también en el infierno, donde pensaba continuar mi vida religiosa en compañía de alguna o de varias almas que quizá participan mis sentimientos en la eternidad desventurada.

[98] A pesar de esta y otras pruebas de fidelidad, de mi amor y estimación crecientes y del celo con que defendía su honor cuando me tildaba el demonio del poco fruto que sacaba de mis esfuerzos por servirle, etc., N. Señor continuaba mostrándose dormido y olvidado de mí. Lo aprendía presente a mi lado o en mística altura, fija su mirada en la creación, ocupándose de todas las criaturas menos de mí. Como el Padre de antes y el misterioso durmiente del presente, que no se daba cuenta de mi existencia. Que fue mi Padre, pero que dejó de serlo, y al presente ni siquiera me conocía; que no se acordaba de haberme criado y que su olvido era castigo de haberme desviado del sendero de la perfección después de haberme favorecido con la vocación religiosa.

Mientras esto aprendía, recibía gracia abundantísima y experimentaba visible mejoría y elevación de espíritu. Notaba las distancias que salvaba en los caminos de Dios, merced a las gracias que recibía, pero como veía a N. Señor indiferente, pensaba que me favorecía sin intención, a la manera que el sol prodiga sus rayos a cuantos quieren participarlos y llenan la condición requerida para gozar su benéfica influencia.

[99] El olvido aparente de Dios hería mi corazón y me trituraba. Hubiese preferido cualquier castigo a éste. Procuraba despertarlo de su profundo sueño, pero no lo conseguía. «¿Qué haré para que se acuerde de mí un momento

siquiera?», me preguntaba, y añadía: «Si esperase al menos hacerme ver de El dentro de diez años, me consolaría, me impondría los mayores sacrificios para merecer esta gracia, y llegado el suspirado momento, me arrojaría a sus pies, le pediría perdón, recibiría el beso de paz y me quedaría tranquila para toda la eternidad, y aunque no volviese a acordarse de mí, tendría el consuelo de saber que me había perdonado y que no está disgustado conmigo. Mas no merezco este consuelo. Le fui infiel y me niega su amor como Justo que es. Adoro sus justísimas disposiciones, beso su mano vengadora en las penas que me inflige, y la besaré eternamente, cualquiera que sea la suerte que me espera».

La conducta que N. Señor observó conmigo, su influencia dolorosa, produjo en mí la muerte mística, destruyó mi soberbia y amor propio, aniquiló el yo pecador, me despojó de las propiedades que heredado había del viejo Adán y de los vicios que contraje, me estableció en la pobreza de espíritu, en la humildad y soledad, y me inspiró el puro amor. Contribuyó también a estrechar mis relaciones con la Sma. Virgen. Esta identificación es, quizá, el primero y mejor de los frutos que produjo en mi alma y el que estimo sobre todos, porque los comprende. Laus Deo.

CAPITULO IV

Mis relaciones con la Sma. Virgen en el período de purgación

[100] Cuando me refugié en la Sma. Virgen huyendo de Dios y de mi conciencia criminal, me acogió la Señora, no para sustraerme a los remordimientos de ésta y al azote vengador del Señor, sino para animarme a soportar las penas que me infligían. A mi súplica para que me defendiese de la poderosa mano de Dios que pesaba sobre mí y me aplastaba, respondióme con una insinuación amorosa que acom-

pañó con el amor estimativo de la soberana Bondad que ardía en su pecho para que aceptase el castigo que mis culpas merecían con resignación y hasta con alegría por amor a la D. Justicia, que reivindicaba sus derechos.

Del propio modo me alentó para soportar la vista del horroroso cuadro que mi conciencia me presentaba hasta expiar enteramente los pecados y las infidelidades que surgían de su seno. Lo hice así, venciendo la repugnancia que sentía, hasta que me habitué a verme como soy en la presencia de Dios, no como antes me imaginaba hasta que rectifiqué mi criterio y me establecí en la propia bajeza y pecado, en mi nada criminal merecedora de todo desprecio.

«Madre mía, le dije, Dios se ha hecho mi enemigo, su presencia me oprime, me aborrece con odio infinito y quiere aniquilarme. Defendedme, no me dejéis a disposición de su cólera en esta soledad espantosa. Mirad que no tengo a nadie fuera de Vos, socorredme». Otorgó mi súplica y socorrióme, mas de diferente modo que yo esperaba. Descorrió el velo que ocultaba el misterio de las relaciones establecidas entre Dios y Ella para que viera el amor y estimación infinita que se profesan mutuamente y procurase amar al Señor como Ella lo ama, con amor estimativo, de preferencia y dilección, y cifrase mi felicidad en esto y en el amor que Dios la profesa, estimando sus dones y privilegios más que la propia vida y felicidad.

[101] En la Virgen reconocí la criatura más justa, perfecta y sabia, y parecióme que me decía: «*Soy la Virgen Prudente*», inspirando en mi alma al mismo tiempo apremiante necesidad de imitarla, de regular mi conducta por la suya, de amar lo que Ella amaba, de odiar lo que odiaba, de procurarme el bien que estimaba y despreciar todo lo demás con una seguridad completa de que haciendo así obraría siempre lo más perfecto y grato a los ojos de Dios y provechoso para mi alma.

Se me representó en íntima comunicación con Dios, ocupada en amarle con estimación casi infinita y me sentí obli-

gada a practicar lo mismo amando al Señor por ser quien es, con amor puro y desinteresado sin atender a la recompensa, y a estimar el honor de servirle como un beneficio singular, inestimable por la infinita excelencia y bondad del Señor.

Del propio modo me apropié los demás sentimientos que abrigaba la Sma. Virgen para repetirlos, y sus dones y privilegios para agradecerlos a N. Señor, quien a su vez mostrábase a mi alma con su mirada fija en la Virgen, abrasado en su amor, aceptando sus obsequios con infinita complacencia.

A imitación de la Señora cifré mi felicidad en amar y servir al Señor, más en el amor y complacencias de que era objeto la Virgen por parte de Dios y en los dones y privilegios que gozaba.

[102] Esta identificación y dependencia de la Virgen alivió mi situación penosa y me hizo amables los trabajos de la purgación. Quizá sea yo una de las almas que Dios ha tratado con mayor frialdad, y la ha probado con mayores desprecios en el purgatorio de la vida espiritual, y a pesar de esto, del completo abandono de Dios y soledad de las criaturas en que me vi, de los penosos embestimientos del demonio, remordimientos de la propia conciencia y de los otros mil trabajos que padecí, confieso que en dicho período gocé a ratos lo indecible, experimenté una felicidad y bienestar inefables debido a la protección de la Sma. Virgen y a las relaciones que me unían a la Señora.

No conocí el puro sufrimiento, la † desnuda, fuera de las horas que por divina permisión ocultábase la Virgen a mi mirada, sea porque yo enajenada por el dolor había perdido la memoria, o porque la intensidad de la tribulación me incapacitaba para pensar en otra cosa. Estas sí que fueron crisis dolorosísimas, de las que me sacó la Virgen imponiéndose a mi alma como indiqué.

[103] He aquí un caso. Hallábame una mañana en el Coro rezando Prima con la Comunidad, padeciendo horro-

rosamente uno de los embestimientos dolorosos de satanás. Enajenada por el dolor, no sabía dónde estaba, porque el Coro se había transformado en desierto, en la espantosa soledad que dije, sufriendo la penosa opresión del demonio que me parecía montaba sobre mí como si fuera un jumento. No recuerdo si hacía muchas horas que padecía la dolorosa influencia, pero sí estaba firmemente convencida que Dios N. S. me había entregado a satanás y le pertenecía como esclava, que era mi dueño y lo sería eternamente. Oí nombrar a la Sma. Virgen en el martirologio que en aquellos momentos se leía en el Coro, y en el mismo momento que el nombre de la Virgen penetró en mis oídos se impuso la Señora a mi alma o su presencia por modo admirable. Escuchar el nombre de la Virgen, imponerse ésta a mi alma y desaparecer el diablo, todo fue uno. Mi situación se cambió completamente, una felicidad inefable sustituyó a la penosa opresión y pasé un día felicísimo alabando a la D. Señora por la protección que me dispensaba y su poder soberano sobre el demonio.

[104] Estos casos fueron frecuentes cambiándose mi situación en el momento que recurría a la Sma. Virgen o se imponía ésta a mi alma ora mediante la voz humana que me recordaba su existencia, o inmediatamente sin intervención de criaturas.

Conozco una religiosa que padece el purgatorio espiritual con idénticos alivios merced a la práctica de la vida mariana, coronada con la protección que dispensa la Sma. Virgen a sus verdaderos devotos. Conozco otra que lo padece sin estos alivios y con menos fruto, lo que atribuyo a que no practica la vida mariana: ama sí a la Sma. Virgen, pero no se inspira en la Señora ni le profesa la verdadera devoción, la total dependencia que se requiere para percibir su influencia soberana. Hago esta manifestación obligada por secreta fuerza para utilidad de las almas, y hago votos a Dios y a la Sma. Virgen para que revelen a todas este secreto y padezcan el purgatorio con más fruto y en menos

tiempo en compañía de la Señora, y no se estacionen en él, como sucede a muchas que, no pudiendo padecer a solas, buscan alivios humanos por medio de frecuentes desahogos porque carecen de la sólida devoción a la Virgen y la consiguiente protección de la Señora, las cuales pasan toda su vida en el purgatorio, y algunas retroceden.

[105] He aquí en qué forma practiqué la vida mariana: Cuando despertaba del primer sueño, me incorporaba en la cama: Mis manos buscaban el santo escapulario y mi vista intelectual el original representado en la imagen que contenía: la Virgen Sma. La hallaba en seguida —la Señora se deja hallar pronto de los que la buscan de veras—. Me levantaba de la cama, y puesta de rodillas ante el cuadro de la Inmaculada, en la presencia de la Señora reiteraba mi consagración, y en unión de la Virgen adoraba al Señor, hacía mentalmente varias oraciones, entrega, ofrecimiento de obras, etc., en su obsequio y practicaba un ejercicio que llamaba «el ejercicio de buena cristiana y buena religiosa».

Consistía éste en recordar detenidamente con reflexión el sagrado texto de la doctrina cristiana y los puntos más esenciales de la santa Regla y Constituciones, procurando regular por ellos mi conducta y llorar o deplorar lo que había obrado en contrario en la vida pasada.

[106] Empezaba el ejercicio recordando con brevedad el fin para el que fui criada y vine a la Religión, y lo terminaba pensando en los novísimos. Empleaba en esto una hora próximamente y lo practicaba a los pies de la Virgen bajo su inspiración y mirada como consultando con Ella. Lo mismo practicaba los demás ejercicios.

Luego derramaba mi corazón en la presencia de la Señora, a quien exponía mi situación, mis penas y mis alegrías, mis anhelos y temores, todo, todo como lo hace la niña candorosa con la madre cariñosa que le pide explicaciones de lo que pasa por su corazón. Dándole cuenta del desvío con que me trataba N. Señor, decíale: «Dios no me quiere, Madre mía, no me puede ver; está pesaroso de haberme criado

por mis infidelidades pasadas y quiere aniquilarme. Le ruego que me perdone, y no me escucha; que me imponga la penitencia debida a mis culpas, y tampoco me atiende, porque no quiere recibirme en su amistad. Le amo y no me corresponde, rechaza mis obsequios, y cifrando mi felicidad en servirle y estar a su lado, ni siquiera se digna mirarme una sola vez. Todo lo mío le ofende y desagrada, yo en cambio le estimo infinito y todas sus cosas son talismanes que me arrastran con imperio soberano. ¡Qué contraste! Por su amor lo dejé todo, me aislé de las criaturas, vivo solita en medio de la creación y me impongo los sacrificios que puede soportar mi naturaleza sin grave perjuicio de la salud y ni siquiera responde a la necesidad de mi corazón, ávido de correspondencia, de compasión y de cariño divino, ni me procura el consuelo de su aceptación. Pero lo que más me aflige, lo que no puedo soportar sin morir de pena, es que se ha dormido profundamente y para siempre y en toda la eternidad volverá a acordarse de mí para perdonarme y recibirme en su gracia y amistad. ¡Qué pena! Rogadle Vos que me perdone, decidle que ya estoy arrepentida, muy arrependita —Vos bien lo sabéis— de haberle ofendido, que olvide mis agravios, que acepte mis humildes servicios y me dé el beso de paz, que jamás volveré a ofenderle».

[107] Decíale otras veces: «Soy social, Madre mía, y no puedo vivir sola: siento necesidad de compañía, hambre de amor y de correspondencia, y no tengo a nadie que responda a mis necesidades. El propio conocimiento me aisló de las criaturas aun más allegadas, y despojóme de todo lo que amaba y me servía de consuelo. Ya no puedo amar a nadie ni aceptar el cariño y deferencias de que fui objeto en la casa paterna y en la Comunidad, porque no hay en mí el bien que se imaginaron mis padres y hermanos y las demás criaturas que me honraron con su afecto, solamente puedo aceptar el amor misericordioso de mi Dios que ama al pecador por la propia bondad para hacerlo santo, mas Dios me niega su cariño, no quiere glorificarse en mí por el ejer-

cicio de su misericordia, como lo hace con otros pecadores, a los cuales ama y favorece a pesar de su profunda miseria. Sustituidle Vos, hacedme compañía, prodigadme vuestro cariño y honradme con vuestra amistad. Aceptad mi corazón y mis obsequios que el Señor rechaza y reemplazadle porque no puedo vivir sin amar y ser amada, sin obsequiar al objeto amado y ver la aceptación de mis servicios».

[108] Ebria de amor y entusiasmo le decía otras veces: «Sois mi alma, mi vida, mi patrimonio, mi felicidad, mi amor, Madre mía, sois mi...» Quería decirle que era mi Dios, pero me detenía, porque se imponía a mi alma la fe en el único verdadero Dios y porque la Virgen me inspiraba la necesidad de amar al Señor con el amor de preferencia que se merece en grado más intenso que anteriormente le profesé.

Habiendo practicado el acto de amor para el cual fui requerida, decíale: «¡Cuánto os amo, Madre mía! Os amo más que mi vida, más que mi felicidad, más que... Quería decirle que la amaba más que Dios, pero no me atrevía. En unos momentos de silencio le significaba mi extrañeza, porque Dios, que la ama infinitamente y es omnipotente para hacer lo que quiera, no la elevaba al ser divino, haciéndola dios, porque si yo fuese dios y no pudiese compartir la divinidad dejaría de serlo para que Ella lo fuese. Ignoraba, ruda de mí, que N. Señor es incomunicable. Mas al tiempo mismo que le significaba mi extrañeza veneraba el motivo por el cual Dios N. Señor le negaba la manifestación de su amor que yo deseaba.

[109] Ya que Dios no compartía con ella su naturaleza divina, decíale que a Ella le debe N. Señor el amor y la estimación que le profeso, porque me lo había inspirado Ella y porque una de las razones principalísimas que me movían a amar a Dios era su ejemplo, que me arrastraba a servir y amar a Dios con ardor creciente. Mientras hacía estas manifestaciones, el conocimiento y amor divino crecían en mi alma y experimentaba la fidelidad de la Virgen Sma. en referir a Dios los obsequios que le tributan sus devotos y

los tesoros de amor divino que éstos se reportan mientras aman a la Señora [4].

Terminados mis ejercicios, visitaba a N. Señor sacramentado, practicaba en el Coro el ejercicio o ejercicios que me sentía inspirada en el momento, y me retiraba a un lugar solitario para cantar las alabanzas de la Virgen, v. g., las letanías. Mientras cantaba, oraba y contemplaba las perfecciones de la Señora. Si estaba triste, sumida en la tribulación, hasta el extremo de no poder cantar las alabanzas de mi Madre y Reina divina, leía con pausa y reflexión alguno o algunos salmos y lamentaciones de los oficios de la semana mayor, venerando la Sma. Pasión de Jesús.

Habiendo cumplido con mis devociones me acostaba un poquito para entrar en reacción con el fin de estar mejor dispuesta para los ejercicios de la Comunidad, que se practican en el Coro por la mañana. Me levantaba en la hora señalada para la Comunidad, me arreglaba un poquito y asistía a los actos de la Comunidad.

[110] Ya dije que al entrar y salir de la celda tributaba adoraciones a la Virgen y le pedía la bendición. La bendición pedía no sólo a la Virgen si que también a N. Señor, porque así como hacía extensivos a la Señora los obsequios que tributaba a N. Señor, del propio modo extendía a N. Señor el culto que tributaba a la Virgen.

Desde que me consagré a la Virgen jamás he separado a Dios de la Señora ni a ésta de Dios.

Como estaba persuadida que N. Señor no me quería, todas las veces que salía de la celda para ir al Coro, requería a la Virgen para que me acompañase. «Voy al Coro, Madre mía —le decía—, venid conmigo, porque Jesús no me quiere y no me admitirá en su divina presencia si me ve sola. Además necesito que me acompañéis para avalorar mis ejercicios

[4] Desde «sois mi...» hasta «mientras aman a la Señora», sección que fue omitida en la 1.ª edición.

porque quiero hacer extensivos a Vos los obsequios que prestaré a Jesús y porque no podría estar fuera de vuestra compañía: venid, vámonos».

Salía de la celda y me dirigía al Coro, creyendo con sencillez que la Virgen Sma. había otorgado mi súplica y que la llevaba en mi compañía. En la puerta del Coro me detenía unos momentos, y hablando con Jesús decíale: «No os enojéis, Señor, porque vengo al Coro, no vengo para ofenderos, deploro con amargura los agravios que os inferí en mi vida pasada, jamás volveré a seros infiel. Ni vengo sola, porque sé que mis servicios no os agradan».

[111] Le mostraba el escudo de la Inmaculada que llevamos [en] el pecho, y añadía: «Mirad a vuestra Madre, ¡qué santa es! ¡qué bella! ¡qué amable! ¡cuánto la debéis! A través de sus virtudes mirad a vuestra esclava infiel en otro tiempo, miradme a través del amor que me profesa, que, si lo hacéis así, tengo la seguridad que no veréis en mí la pecadora que vuestra justicia persigue, la fealdad que odiáis, sino la hija muy amada de vuestra cara Madre y por su respeto os veréis obligado a quererme, y prodigarme vuestras gracias, porque me quiere mucho, desea mi bien y tendrá por suyo lo que haréis en mi favor».

Penetraba en el Coro, adoraba a Jesús y me colocaba en el lugar que me pertenecía, suplicando a la Virgen que se pusiera delante de mí para que Jesús me mirase a través de su amor y de sus virtudes mientras yo le obsequiaba y cumplía mis obligaciones corales. Eran éstos los únicos momentos que N. Señor se mostraba despierto y me dejaba entrever su benevolencia. Todos los obsequios que tributaba a Dios N. S. los extendía a la Sma. Virgen, incluso el oficio divino.

[112] Cuando recitaba el Pater noster lo completaba diciendo al mismo tiempo mentalmente Madre nuestra que estás en los cielos, etc. Lo mismo hacía con el Gloria Patri, etc., terminando con estas palabras: «et Marie Virginae» (*sic*), lo que hacía mentalmente.

Todo, absolutamente todo, hacía extensivo a la Señora, y el culto que tributaba a Dios N. Señor procuraba avalorarlo con los méritos de la Virgen, a quien me adhería para alabar a N. Señor y cumplir mis obligaciones. Terminados los actos de Comunidad, me retiraba a la celda, y recibida la bendición, puesta de rodillas ante el cuadro de la Inmaculada, le daba cuenta a la Virgen de lo que había hecho en el Coro, como si lo ignorara. Le daba gracias por los socorros que me había concedido y le encargaba que en mi nombre agradeciera al Señor el haberme admitido en su presencia y por las gracias que me había dispensado.

[113] Si había tenido algún descuido, aunque fuese involuntario, le pedía perdón. Practicaba algún ejercicio de devoción y penitencia, y en la misma actitud, en la presencia de la Virgen, bajo su inspiración leía con pausa y reflexión en algún libro espiritual hasta la hora de bajar al torno. En el torno continuaba la meditación, comenzada en la celda, mientras ocupaba las manos en la labor. No hablaba una sola palabra, a no ser que me obligase verdadera necesidad, ni levantaba los ojos para ver el rostro de la tornera mayor.

Abismada en la meditación, muchas veces no me daba cuenta de que estaba en compañía de otra religiosa, ayudándome para esto el carácter de la tornera mayor, y la Providencia que ordenó los acontecimientos a sus santos fines relacionados con mi santificación.

[114] Todos los rincones del Convento eran para mí oratorios, porque en todos oraba, vivía en continua comunicación con la Virgen Sma. y por su medio con Dios. Mi dependencia de la Señora era tan completa que, aun para coser imploraba su asistencia, concediéndomela completísima, para que santificase el trabajo con la oración.

Al mediodía, cuando me retiraba a la celda, daba cuenta a la Virgen en la forma que dije lo hacía por la mañana, cuya cuenta era un examen - confesión con la Señora. Luego, practicaba el ejercicio de la Pasión, que consistía en recordar la historia de la Pasión, la que terminaba con el viacru-

cis, empleando en este ejercicio de hora y media a dos horas, al que acompañaba alguna penitencia.

De dos a tres, asistía a los actos de Comunidad que se practican en el Coro. De tres a cinco y media me dedicaba al trabajo en la forma que por la mañana, y algún rato a cultivar el jardín. De cinco y media a nueve practicaba algunas devociones y asistía a los actos de Comunidad. A las nueve, meditaba los novísimos, me confesaba con la Virgen en la forma que al mediodía, y me entregaba al sueño, con mi pensamiento y mi corazón fijos en Dios y en la Virgen Santísima.

[115] Cuatro o cinco meses después que me vi sometida a la purgación pasiva, debió leerse en el refectorio el tomo primero de la *Mística Ciudad de Dios*, no lo recuerdo bien. Sea de ello lo que fuere, yo me vi transportada a un mundo desconocido, mejor dicho, parecíame que vivía en los tiempos de los Patriarcas y Profetas, como si no se hubiese cumplido el misterio de la Encarnación ni existiera la Virgen.

Parecíame que vivía en el mundo rodeada de Dios Uno y Trino, cuya presencia gozaba con viveza en una soledad especie de campo, y que a muchos quilómetros de distancia tenían su habitación los Justos del Antiguo Testamento. A pesar de la felicidad que me procuraba la presencia de la Divinidad, quien se mostraba a mi alma en forma bellísima como Bien supremo, experimentaba un vacío inmenso, soledad y desamparo grande, y aprendí cierta imposibilidad de conseguir el fin para que fui criada, la visión beatífica.

[116] Estoy persuadida que duró poco este estado, pero se me hizo muy largo: parecíanme los días años. Viví sin acordarme de mis soberanos Amores Jesús y María, como si me los hubiesen borrado de la memoria, o no tuviera noticia de ellos. Como los Justos del Antiguo Testamento, suspiraba por la venida del Mesías Redentor y al terminarse dicho período aprendí con viveza el misterio del nacimiento de la Sma. Virgen.

Parecíame que presenciaba el cumplimiento del misterio

en la celda que habitaba, y disfruté una felicidad inefable correspondiente al desamparo que había padecido. Pienso que el episodio se cumplió de esta manera. Que escuché por vez primera los primeros capítulos de la *Mística Ciudad de Dios* y el vivo interés que me inspiró su lectura me abismó en la contemplación de la vida religiosa de los Justos del viejo testamento, me privó de las noticias que poseía en orden al cumplimiento de la Encarnación y Redención, y me hizo compartir el ardiente anhelo de los mismos por la venida del Mesías, concediéndome al propio tiempo N. Señor el sentimiento de la divina presencia. Duró esto poco tiempo. Me figuro que a lo sumo duraría 8 días, aunque a mí me pareció que habían transcurrido años, tanto es así que para describir este episodio he tenido necesidad de hacer memoria de las fechas del año de mi nacimiento, entrada en el claustro, etc., porque estaba persuadida que dicho estado perduró por lo menos tres años, ¡tan largo se me hizo!

[117] A continuación me figuro que se había leído el misterio de la Concepción de la Virgen, etc., y al llegar al Nacimiento, mientras escuchaba la lectura o después, N. Señor me comunicó la noticia experimental del misterio, y en su virtud gocé su presencia en la forma que he dicho. Pienso que fue así, porque recuerdo perfectamente que cuando gozaba dicho misterio como presente, llevé a la celda la *Mística Ciudad* para leer los misterios de la infancia de la Virgen detenidamente. Lo hice así, empezando por el capítulo que trata de las virtudes que practicó la Señora en su inmaculada Concepción.

[118] Imposible expresar los maravillosos efectos que dicha lectura me produjo y el bien que me reportó. Antes de abrir el libro, me ponía, como siempre, en la presencia de la Sma. Virgen, y previa su invocación, leía con reflexión, fija mi vista intelectual en la Señora para contemplar en el original lo que dice la Vble. M. Agreda. Merced a las soberanas luces que recibía, penetraba en el interior de María, y como la amaba con todo mi corazón procuraba copiar en

mi alma las virtudes que veía en la Señora, y asimilarme sus pensamientos y afectos con todo el ardor de que era capaz, anhelando ser copia viviente y reproducción de su vida y operaciones interiores y exteriores.

Debido, sin duda, a este conocimiento y asimilación de las virtudes, pensamientos y afectos de la Sma. Virgen y a las virtudes que había adquirido y venía practicando desde el momento que me convertí a Dios por segunda vez, por el tiempo que refiero, noté que mi alma había salvado un abismo casi inmenso, y que se había operado en mí un cambio tan radical que me desconocía.

[119] Mis pensamientos, afectos y procederes presentes distaban tanto de los que tenía antes de mi segunda conversión, que me parecía se había obrado en mí una transformación mayor que la que se opera en un tosco madero transformado en una hermosa imagen. Y no era esto ilusión, porque lo palpaba, y sin perjuicio de la humildad y de la caridad, observaba y veía claro que me separaba un abismo de las religiosas que rodeaban mi existencia, aun de las más fervorosas, por mi identificación con la Virgen, y por los sentimientos y aspiraciones que abrigaba, los cuales eran muy elevados [5].

Mientras estudiaba a la Virgen Sma. en la meditación de su vida escrita por nuestra Vble. M. Agreda, las virtudes que procuré copiar en mi alma con singular esmero fueron éstas: Fe, Esperanza, Caridad divina y fraterna, continua Oración, trato y presencia de Dios, Obediencia y conformidad con la divina Voluntad, Humildad, Pobreza, Mortificación, amor al trabajo, pureza de cuerpo y alma, veracidad, ingenuidad, modestia, silencio y recogimiento interior y exterior.

[120] Lo que entendía que había amado la Virgen cuando vivió en la tierra, lo amaba, lo que aborreció, lo aborre-

[5] Desde «Y no era esto ilusión» hasta «Mientras estudiaba a la Virgen Sma.», pasaje omitido en la 1.ª edición.

cía, y procuraba alejarme de él lo más que podía, máxime del pecado, y lo que buscó y poseyó, buscaba con afán y anhelaba poseer estimándolo como el mayor bien. La pobreza, mortificación, humildad, y otras virtudes que veía en la Virgen, las practicaba con vergüenza y confusión, persuadida de que yo, como pecadora y ruin, debiera descender más bajo, y ser como el centro de los desprecios, humillaciones y trabajos, pues la Virgen inocente y santísima y digna de todo honor y veneración, había vivido pobre y en trabajos, y se humilló tanto, y fue ignorada y despreciada de los hombres.

[121] Al conocimiento e imitación de las virtudes de la Virgen, además de la lectura de la *Mística Ciudad de Dios,* me ayudaba el amor a la santa Regla y mi asiduo cuidado en guardarla, pues como la santa Regla me ordena que ante todas las cosas procure poseer el espíritu del Señor, que en mis palabras y procederes imite a la Sma. Virgen, su pureza, humildad y menosprecio del mundo, pobreza, inocentísima conversación, etc., etc., y que la lleve siempre ingerida en mi corazón como imagen de vida y de gloria, sentía yo un ardiente anhelo de reproducir a la Señora, y lo procuraba con todo mi corazón, y al propio tiempo, imitaba también a Jesucristo como nos lo ordena la santa Regla.

En el espejo terso y limpísimo de la historia de la Virgen, tal como la describe la Vble. M. Agreda, vi una vez más, mi propia bajeza, y conocí la malicia y gravedad de mis culpas, y arrepentida, lloré mi vida pasada, no solamente los pecados graves y veniales cometidos, si que también el no haber amado a Dios desde el primer momento de mi vida como la Sma. Virgen, el haber pasado el tiempo de la niñez entretenida en futilidades, en una palabra, todos mis procederes contrarios a la altísima perfección de la Señora, especialmente mi vida de 15 a 16 años, o sea, mis vanidades, afición al baile, profanidad en el vestir, etc., de aquel tiempo.

[122] Otra de las virtudes de la Virgen que reproduje,

por mejor decir, participé, pues la adquirí sin darme cuenta, fue la virtud santa de la Religión, el culto y veneración de Dios y un amor y estima grande del mismo divino Señor. Tenía de la Virgen una idea elevada (aunque muy inferior a la realidad) y una convicción de que la verdadera santidad y felicidad estaba en aquello que buscaba o poseía la Señora, como dije. Me bastaba entender que la Virgen había pensado, amado y anhelado tal o cual virtud o acción para buscar y practicar aquello mismo con una fe ciega, ardiente, vivísima en la bondad del criterio de la divina Señora.

Viendo, pues, a la Virgen tan enamorada de Dios, y la estimación que hacía de su Bondad, su respeto y sumisión al mismo, no podía menos de sentir aquello mismo, y amar y estimar a Dios, en el grado más alto posible, sintiendo altamente de su infinita Bondad en vista de lo mucho que la divina Señora lo estimaba, amaba y veneraba su altísima Majestad.

[123] Ya podía Dios N. Señor acumular en mi alma penas sobre penas, y tomarme por blanco de sus desprecios que ni por esto dejara yo de estimarlo y hacer en su obsequio cuanto alcanzaren mis fuerzas. ¡Tal era la eficacia del ejemplo y enseñanza de la Virgen Santísima! Sentía, como es natural, ver a Dios disgustado o indiferente conmigo, aparentando que me había relegado al olvido, que no sabía siquiera si existía en el mundo, pero dejar por esto de amarle con todo mi corazón y de procurarle toda la gloria y complacencias posibles, eso no, porque era muy apremiante la necesidad que sentía de estimar y amar todo lo que la Virgen amaba y estimaba, y por consiguiente, de servir y amar a Dios con anhelo y amor crecientes sin interés personal, solo por ser quien es, que así lo aprendí de la Virgen Santísima.

Pero el amor divino no extinguía ni disminuía el intenso y cordialísimo que profesaba a la Virgen, sino que estos dos amores crecían en mi alma simultáneamente, pues así como en la Virgen encontraba poderosos motivos y auxi-

liares para amar y estimar a Dios, de igual modo, de este divino Señor aprendía a estimar y amar a María, en cuya contemplación le veía como absorto y extático de amor y complacencia. Y si sentía necesidad de amar a Dios porque le amaba la Virgen, no sentiría menos anhelo de amar a la divina Señora, viendo que Dios estaba extasiado de amor por Ella, haciendo de la misma el objeto de sus divinas complacencias.

[124] Así pues, el amor y devoción que profesaba a la Virgen me servía como de alas para volar a Dios, a quien me conducía la Señora, y el amor que sentía por el sumo Bien me llevaba a la Virgen, en cuyo amor abrasado parecíame ver al Señor. Efecto del amor que sentía por Dios era que cuando oía hablar de algún servicio que se hubiese prestado al Señor, o de la conversión de algún pecador, me llenaba de gozo, y henchida de júbilo corría a los pies de la Virgen a contarle lo que había oído y comunicarle mis impresiones.

Y efecto del amor que tenía a la Virgen era que no podía vivir si no veía a la Señora amada y venerada de los hijos de la santa Iglesia, pero continuamente, sin decepciones. Quisiera que todos los días del año fuesen fiestas o solemnidades de la Virgen Sma. para que esta divina Señora fuese el objeto del culto y veneración de los fieles, y pues esto no podía conseguirlo, para consolar y entretener mi pena, miraba el calendario para ver si anunciaba alguna fiesta en honor de la Virgen, y si ni esto veía, me ponía triste pensando que no era la Señora el objeto de los cultos que aquel día celebraba la Sta. Iglesia, hasta que fue servido el Señor darme alguna noticia de la fiesta continua que en obsequio de la Virgen celebran en el cielo los ángeles y bienaventurados, con cuya noticia en adelante, todos los días me parecían alegres como Pascuas y gozaba mucho, pues vivía más de la gloria de María que de mi propia vida. Laus Deo.

CAPITULO V

Continúa manifestando el bien que reportó a mi alma la práctica de la vida mariana

[125] Grande era el amor y entusiasmo que profesaba a la Sma. Virgen, pero fue mayor el bien que reportó a mi alma. A la poderosa mediación de la Virgen, a su protección singularísima con que dignóse compensar mi total dependencia y devoción ferviente, debo en primer lugar los frecuentes embestimientos con que me visitó N. Señor en el tiempo inmediato después de mi profesión religiosa y consagración a la Señora para subyugarme y elevarme al grado de perfección, que me pedía, cuyas luchas divinas no fueron infructuosas, a pesar de mi resistencia, porque cada vez que se repetía, daba un grande avance hacia Dios, y después en el tiempo transcurrido desde entonces las luces que recibí en dichas visitas de Dios me han orientado en mis vacilaciones y prestado energías en períodos de prueba para proseguir mi camino hacia la perfección que revelan.

En segundo lugar le debo a la Virgen mi segunda conversión, el cambio repentino que se obró en mi alma el 15 de Agosto de 1893, precisamente el día que yo, trabajada por el amor y entusiasmo que sentía por la Señora, empecé a extender su reinado amoroso, pues Ella fue quien me inspiró el pensamiento de sortear las virtudes y dirigió la suerte, aunque quiso valerse para citarme a juicio de su fidelísimo siervo Francisco, como se había valido para decidir mi vocación a la práctica de la imitación de su divino Hijo.

La debo asimismo la facilidad con que vencí los obstáculos que me salieron al encuentro en mi nueva vida, mi fidelidad a la gracia, mi resignación en las dolorosas pruebas, en una palabra, todo el bien habido en mi alma.

[126] Si no hubiera intervenido la Sma. Virgen, continuaría todavía en mi vida tibia, en el desierto de la vida espiri-

tual, como los Israelitas en los arenosos desiertos de Egipto, no hubiera entrado en el purgatorio, y mucho menos en la tierra de promisión de la intimidad divina, sino que mi vida se hubiese consumado en el período de la purgación, prolongándose éste hasta la muerte, como acontece a muchas almas, las cuales, encandiladas con los primeros albores de la contemplación, por gozar las delicias que las procura el tratamiento amoroso de N. Señor, descuidan la práctica de la vida mariana, y cuando llega la noche de la prueba y Jesús se oculta a sus miradas, esperan su vuelta con los brazos cruzados, cinco, diez, quince años, hasta que cansadas de esperarle, se abandonan a la desesperación y muchas salen del purgatorio más viciosas que lo fueran antes de experimentar las delicias de la piedad, y más de una perdieron todos los dones que poseían, hasta la vocación, y la fe, todo esto porque no se cimentaron en la Virgen Sma., sino que rechazaron la vida de unión con María, pensando que arribarían más pronto a las playas de la divina unión, buscando directamente a Jesucristo. ¡Pobrecitas!

[127] Conozco un alma que prometía escalar en poco tiempo las cumbres más altas de la perfección por las relaciones que la unían a Jesús directamente. Amaba sí a la Sma. Virgen, pero no dependía de la Señora y quizá con la mejor intención, un día exteriorizó la poca estima que hacía de su Patrocinio. Fue el caso que le tocó emitir los votos solemnes en compañía de otra religiosa. Esta, de acuerdo con la Superiora, eligió para hacer su profesión una festividad de la Sma. Virgen para interesar a la Señora en su religiosa vocación y merecer su patrocinio.

La aludida eligió una festividad de N. S. Jesucristo con empeño tan pertinaz que la Superiora y la religiosa amante de la Virgen se vieron obligadas a condescender y lo hicieron con verdadero sentimiento, no porque estimasen más a la Virgen que a Jesús, sino porque sabían por experiencia que no hay virtud sólida sin la verdadera revoción a la Señora, y que el mejor medio para agradar al Hijo divino y

merecer sus predilecciones, es honrar a su Madre y modelarse en su corazón.

[128] Precisamente el día elegido por éstas era la fiesta del Corazón de María. Justo castigo de Dios. Pocos días después de su profesión la religiosa prevaleciente fue sometida a la dolorosa prueba de la ausencia de Jesús. Ocultóse éste a su mirada y quedó sumida en la tribulación, y andando el tiempo después de haber sufrido horrorosamente en el purgatorio de la vida espiritual sin más alivios que los que se procuraba con los frecuentes desahogos que tenía en el Confesonario y con varias religiosas, perdió la fe, la esperanza, la caridad y las demás virtudes y llegó a ser la piedra de escándalo de la Comunidad a que pertenecía y el azote de ésta, una cruz pesadísima para todas y cada una de sus hermanas y el centro de las desventuras. Su vida parecía un infierno anticipado, confesando ella misma que padecía en vida las penas del infierno sin mérito porque lo sufría por fuerza y a ratos maldiciendo la hora de su concepción porque prefería la aniquilación a la vida. Quiera N. Señor que este ejemplo —he atenuado la gravedad de la penosa situación de la paciente— sirva de escarmiento a las almas que descuidan la práctica de la vida mariana y las arrastre a todas a profesar la verdadera devoción a la Sma. Virgen para que en lugar de las imprecaciones que profieren las almas antimarianas contra Dios, contra la creación y contra sí mismas cuando se ven defraudadas en sus anhelos de unión divina, repitan con todo su corazón saboreando el cumplimiento de los tesoros que encierra: *Todos los bienes me vinieron con ella, omnia bona pariter cum illa.* Así sea [6].

[129] Volviendo a la narración de mi vida mariana, repito que, debo a la protección de la Sma. Virgen las energías de que dispuse en el período de purgación para corregir mis defectos, remar contra la corriente de mis inclinaciones,

[6] Desde «Conozco un alma» hasta «Así sea», sección que se omitió en la 1.ª edición. El texto bíblico alegado pertenece a *Sab* 7, 11.

vencer y ordenar a Dios mis pasiones, vencer las sugestiones del maligno, padecer la dolorosa influencia, y merecer el divino abrazo.

La Señora me enseñó la ciencia del puro amor, y con este socorro me arrastró a la muerte mística y al establecimiento del reino de Dios en mi alma. Con su ayuda purifiqué mi alma, destruí la soberbia y el maldito amor propio, me resigné perfectamente en el divino querer, me alejé del pecado, me identifiqué con las virtudes contrarias a los vicios que me dominaron en la vida pasada, y entré de lleno en la vida interior, en el sendero de la perfección cristiana, en la sólida piedad.

[130] De la Virgen aprendí a mirar como defectuoso no solamente los pecados y faltas propiamente tales, sino que también los actos libres que entorpecen el cumplimiento de los deseos de Dios relacionados con la santificación de las almas, todo aquello que directa o indirectamente se opone a la santísima voluntad de Dios y a los misterios de Jesús, a deplorar con amargura lo que en mi vida pasada había pensado, anhelado, ejecutado y hablado disconforme con la justicia y santidad de Dios y de su Verbo Encarnado, de los cuales me arrepentí cordialmente, como igualmente de todos mis pecados, 1.° porque fueron la causa de la Pasión de Cristo; 2.° porque desagradan a Dios y son contrarios a su Bondad soberana; 3.° por los daños que me ocasionaron y los bienes de que me privaron, singularmente por la desemejanza que por ellos tenía con mis soberanos Modelos Jesús y María, lo que lamentaba con dolor y lágrimas, mirándolo como la mayor desgracia que pudo sobrevenirme.

En el ejercicio de buena cristiana y buena religiosa que practicaba por la mañana o después de medianoche, esto es, en la meditación del catecismo y de la Regla, merced a las soberanas luces que me comunicó la Virgen Sma., conocí los tesoros de perfección cristiano-divina que encierran las leyes que contienen, amé con ardor y estimación crecientes dicha perfección y virtudes divinas y procuré adqui-

rirlas aborreciendo al propio tiempo su contrario el pecado, el desorden, el abuso de la libertad, el error y la mentira.
[131] Conocí asimismo los altísimos misterios de la fe, contenidos en el Credo y los 14 artículos, y perfeccioné mi oración, elevándose ésta a contemplación, y contemplación altísima. Abriéronse a mi vista horizontes divinos y aprendí en ellos los dogmas católicos de la teología cristiana y divina y me los asimilé por modo admirable, recibiendo éstas y otras comunicaciones a los pies de la Sma. Virgen, mientras recordaba el texto literal del catecismo bajo la mirada maternal de mi divina Maestra y Señora.

En mi infancia reconocí que mi inteligencia tenía facilidad admirable para penetrar los divinos misterios del sagrado libro de la doctrina cristiana por la asombrosa claridad y eficacia [con] que se me imponían y quedaban grabadas en mi memoria, entendimiento y voluntad, y más de una vez fui requerida para explicarlos de algunas personas que observaron el don que poseía, singularmente de la maestra de la sección a que pertenecía en la escuela de primera enseñanza, única que cursé [7].
[132] Mas yo ignoraba el valor del talento que poseía y por esto sin duda no lo cultivé. Pero llegó por fin la hora de utilizarlo en el servicio de Dios y la Virgen, a quien había consagrado mi mente y corazón, lo empleó hábilmente y arrancó de él inefables notas en obsequio del Señor. Desde entonces estimo el librito del catecismo y lo amo con tanto ardor, que no me desprendo de él. Lo llevo al pecho como precioso joyel y retrato de mi Esposo divino con veneración y entusiasmo crecientes.

Cosa parecida me acaecía en la meditación de la S. Regla, en cuyo ejercicio conocí el espíritu y las virtudes de mis soberanos Modelos y me los asimilé en la forma que la Señora me enseñó. En una oración o consagración a Dios Uno

[7] El hecho o hechos a que se refiere debieron de ocurrir durante su estancia en San Sebastián.

y Trino que practicaba por la mañana en unión de la Sma. Virgen, recibí también luces y gracias singulares que elevaron mi alma a contemplación altísima y a la identificación con las perfecciones divinas, singularmente con el beneplácito eterno de Dios.

[133] En el ejercicio de la Pasión que practicaba al mediodía, procuraba reproducir en mi cuerpo los tormentos exteriores de Jesús, y a imitación de la Virgen compartía sus penas interiores. Primeramente, o sea, en el primer período de purgación, lloré la Pasión de Jesús como ocasionada con mis culpas, la cual se impuso a mi alma como circunstancia agravante. Luego la lloré con afecto compasivo y como privación de la presencia del D. Paciente compartiendo la viva angustia que costó a la Sma. Virgen la Pasión y Muerte del Hijo amado y su separación.

De la Señora aprendí a estimar el don de la presencia de Jesús y lloré amargamente por haberle dado motivo de retirarse de mi alma. Pensaba que mucho más debía yo sentir los sufrimientos de Jesús que la Virgen por habérselos ocasionado con mis pecados y llorar su ausencia con mayor desconsuelo porque le obligué a ocultarse a mi mirada y no tenía derecho a esperar que volviese a mi corazón, más porque estaba persuadida que perduraba el disgusto que le ocasioné [8].

[134] Procuraba reparar los agravios divinos, y suplicaba a N. Señor, por intercesión de su Madre, que me perdonase y se me entregase una vez más, prometiéndole fidelidad en lo sucesivo. En el mismo ejercicio aprendí a despreciar los juicios humanos, y concebí un amor grande a la verdad y a la justicia y aprecio y veneración hacia las almas afligidas y despreciadas del mundo, especialmente hacia los encarcelados, pensando que entre éstos tal vez había almas justas que el vulgo ignorante calificaba culpables como al

[8] Disgusto que le ocasioné. Procuraba reparar, etc. En la 1.ª edición aparece como una sola oración. Nosotros hemos respetado el punto y la mayúscula subsiguiente que aparecen en el manuscrito.

inocentísimo Jesús condenado a muerte como insigne malhechor y fatuo, siendo la Sabiduría infinita y la Santidad por esencia.

Se acentuó el odio que tenía a la soberbia y demás vicios capitales, al honor y estimación de las criaturas, prefiriendo vivir pobre y despreciada como Jesús, sin atención a la recompensa, impulsada de la necesidad que sentía de reproducir la Pasión del Señor. Muchas cosas más aprendí en la meditación de la Pasión y procuré asimilarme, que omito por brevedad.

[135] En la meditación de los novísimos, que practicaba por la mañana y antes de acostarme, aquilaté la pureza de mi alma acrisolando las virtudes del orín de las imperfecciones que las acompañaban. Más tarde me ayudaba este ejercicio para perfeccionar o completar la muerte mística, el desprecio de lo temporal y terreno con el vivo anhelo de identificarme con la Iglesia triunfante.

Tan penetrada estaba de la brevedad de la vida, que cada momento esperaba la muerte. Vivía como de paso en la tierra pensando cada día que sería el último de mi vida. Cuando salía de la celda para ir al coro u otro lugar, pensaba que tal vez volvería a ella en brazos de las religiosas, o que no volvería. Así vivía en vela siempre, y esperaba el llamamiento definitivo de N. Señor, que debía decidir mi suerte eterna.

No esperaba la muerte con pena, sino con alegría, porque hacía lo que estaba de mi parte para merecer la salvación, y esperaba con resignación la eternidad dichosa o desventurada, la que Dios infinitamente Justo quisiera concederme, prefiriendo el cumplimiento de su voluntad a mi felicidad, si no convenía a su gloria concederme la salvación [9]. Mas no por esto dejaba de sentir la pérdida irreparable del sumo Bien y solicitar con ardor creciente el beso de

[9] Desde «y esperaba con resignación» hasta «concederme la salvación», pasaje omitido en la 1.ª edición.

paz y reconciliación divina, la unión indisoluble con Dios, mi Principio y Fin y el centro de mis amores. Todo lo dicho y mucho más que hice y recibí, se lo debo a la Sma. Virgen, mi Modelo y Reina divina. Laus Deo.

CAPITULO VI

La primera manifestación de amor paternal

[136] A medida que avanzaba en la perfección crecían mis anhelos de unión divina y sentía más vivamente el olvido aparente que N. Señor me mostraba. Procuraba por todos los medios despertarlo y no lo conseguía. Afligida por esto, un día, hallándome en el Coro padeciendo un desamparo completo, una especie de purgatorio o pena de daño —no me acordaba en aquellos momentos de las relaciones que me unían a la Sma. Virgen—, hablando conmigo misma dije: Si mis padres supieran que en el claustro no poseo a Dios, que N. Señor no me ha recibido por suya todavía, que estoy sola desde que me separé de su lado y vivo penando como huérfana desolada, ¡cómo se afligirían y llorarían mi infortunio! Me permitieron venir al claustro pensando que Dios me tomaría por su cuenta y haría conmigo los oficios de Padre, mas he aquí que estoy sola, sin nadie que se interese por mí. Si Dios no es mi Padre, ¿quién lo es? ¿si será el diablo? Castigo terrible pero bien merecido por haber abandonado al Señor después que experimenté las delicias de su amor.

[137] Se agravó mi situación con la aprensión de que pertenecía al demonio, y me sumí en una terrible tribulación. Precisamente aquella mañana, mientras reflexionaba las palabras *Pater noster qui es in coelis* a los pies de la Virgen, había experimentado una elevación y consuelo divino, y hasta me pareció que N. Señor me prometía su benevolencia y predilecciones en un horizonte de luz donde percibí su di-

vina presencia. Pero no me acordaba de tal favor y promesa. Estando, pues, atribulada, una vez más lloré mis infidelidades y expuse a Jesús Sacramentado mi arrepentimiento y penosa situación.

Le recordé cómo El mismo había enseñado a los apóstoles a nombrar a Dios con el dulce nombre de Padre y le dije que estaba persuadida que no los requeriría para dicho tratamiento si no fuera Padre universal. Pues si lo sois, díjele, y el mejor de los Padres, ¿cómo no lo sois mío? Al no obtener respuesta, respondíme yo misma diciendo: Desventurada de mí que le ofendí y le obligué con mi infidelidad a retirarme su amor paternal. Fue mi Padre, pero ya no lo es.

[138] No había terminado de formular en mi interior la última palabra, cuando se dejó ver Dios Uno y Trino en una región de luz u horizonte divino que se abrió a mi vista intelectual. Lo vi como otras veces, ocupándose de todas las almas menos de mí, como si yo no existiera. Lastimada de verle tan olvidado, le dije que son muy raros los padres de familia que no han recibido algún disgusto, o muchos, de sus hijos, y sin embargo no por eso los desconocen ni les retiran su amor. Los castigan, sí, pero continúan prodigándoles su amor y sus cuidados paternales.

Mientras le decía esto, le presenté varios padres de familia que conocí en el mundo, algunos muy acres, pero sin embargo amaban a sus hijos, y añadí: «Vos el Padre por excelencia, que hace tantas ventajas a los padres carnales, ¿cómo me habéis retirado vuestro amor paternal, abandonado y relegado al olvido? Verdad es que lo merezco porque os ofendí, pero me hubieseis castigado, y no abandonarme como lo habéis hecho».

Cosa maravillosa. Inmediatamente Dios N. Señor se volvió de cara para mí —estaba de espalda— y fijando en mí su divina, paternal y amorosa mirada, me significó que sí, que es mi Padre, y Padre afabilísimo, y que me amaba infinitamente más que mis padres naturales, que guardaba tesoros de amor y ternura infinitos en su corazón hacia mi

alma, cuya verdad conocería por experiencia. No admite ponderación el consuelo que recibí. Corrí presurosa a la celda para dar cuenta a la Sma. Virgen del favor recibido, y mientras refería la visión a la Señora, me apareció el Señor nuevamente y confirmó la promesa que me había hecho. Laus Deo.

CAPITULO VII

El misterio de la Encarnación se impone a mi alma: una contemplación que me concedió la infinita bondad y misericordia de Dios; primeras pruebas de paternal afecto

[139] El año 1893, debido sin duda a alguna lectura que oí sobre la Encarnación del Verbo, tuve cierta luz o noticia confusa y general de este inefable misterio, que aunque no pude comprender qué era lo que entendí, me produjo un afecto especial al Verbo Encarnado, y además quedó mi entendimiento como penetrado de una idea divina que me hacía pensar en el misterio de la Encarnación con alguna frecuencia, pero sin poder comprender qué idea fuese aquella que así me impulsaba a pensar y amar el inefable misterio, del cual ignoraba (creo) hasta las circunstancias.

No recuerdo en qué mes, del año 1894 —debió ser hacia la primavera—, no sé cómo ni de qué manera se impuso a mi alma Dios Humanado en el misterio de la Encarnación, pero con la especialidad que representaba la edad de 30 a 33 años. Su aspecto era hermosísimo y todo El parecía de fuego. No puedo expresar el efecto que me produjo esta visión, que debió ser una noticia cierta o experimental o sustancial (como se llame) del Verbo Encarnado. Digo esto, porque tenía siempre presente en la memoria y como a la vista del alma el cumplimiento de las palabras: ET VERBUM CARO FACTUM EST ET HABITAVIT IN NOBIS [10].

[10] «Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (*Jo* 1, 14).

[140] Era un sentimiento de la presencia del Verbo Encarnado junto a mí, como si me rodease en la celda o donde estuviese. Dios Humanado parecía que llenaba todo el mundo y con su presencia santificaba y divinizaba la tierra, pero esta presencia del Verbo Encarnado sentía de modo singular en nuestra celda [11], la que me parecía la santa casa de Nazaret o Loreto, donde se obró el misterio de la Encarnación. No parecía sino que acababa de realizarse el inefable misterio en el seno de María y que Dios Humanado estaba en el mundo y que mi alma vivía en su compañía, sólo que Jesús no aparecía niño, sino de 30 a 33 años.

Es indecible lo que gocé y aprovechó mi alma en virtud de este singular favor que me dispensó el Señor y que continuó dispensándome por espacio de unos dos meses, tal vez más, en cuyo período de tiempo repetía con frecuencia y con efectos maravillosos las palabras: ET VERBUM CARO FACTUM EST ET HABITAVIT IN NOBIS, las que escribí en la puerta y paredes de la celda: ¡Tal era el afecto que sentía hacia ellas por el sublime misterio que entrañan y que absorbía mi inteligencia y abrasaba mi corazón!

[141] En el período de vida que refiero tenía costumbre, todos los días, por espacio de hora y media, de meditar las alabanzas que en obsequio de Dios y de la Virgen compuso N. P. S. Francisco y que están al principio de nuestro breviario seráfico-romano [12]. Se me pasaba el tiempo con dos o tres versículos de dichas alabanzas, y por no alterar las horas señaladas para el trabajo, llegada la hora, me contentaba con recitar o recordar con la mente los demás versículos.

[11] *Nuestra celda* en lugar de *mi celda*: manera de hablar tradicional en la vida religiosa para indicar que el particular nada tiene propio, sino que todo es de todos.

[12] Efectivamente, en las páginas preliminares de los breviarios romano-seráficos de la época figuran las alabanzas al Dios altísimo que se conservan en el pergamino que S. Francisco dio a Fr. León y el saludo del mismo a la bienaventurada Virgen María. Véase *San Francisco de Asís. Escritos. Biografías. Documentos de la época*; edición preparada por José Antonio Guerra (BAC núm. 399), págs. 25 y 46.

Esta meditación era para mi alma fructuosísima, porque más que meditación era contemplación, me elevaba y gozaba divinas comunicaciones en virtud de las luces que recibía en ella relativas al Ser divino y sus atributos y al Verbo Encarnado. La presencia de Dios Uno y Trino y de la Sta. Humanidad de Jesús se me imponían de modo soberano en mística altura luminosa, y al propio tiempo, como a sus pies, se me representaba la creación de un modo que no puedo explicar, difundiendo ambas visiones en torno mío una atmósfera celeste que me recordaba el paraíso terrenal antes de la caída del hombre y la eternidad dichosa, cuya felicidad gustaba un poquito con aprovechamiento de mi espíritu.

[142] A cada alabanza que tributaba a Dios y al Cordero inmaculado agregaba un elogio de la Virgen mi dulce Soberana contemplando una perfección de la Señora a continuación de cada uno de los atributos del mencionado himno, porque no podía dejar de repetir en su obsequio los actos de amor, etc., que practicaba en alabanza de N. Señor.

En este período —si mal no recuerdo era el fin de la primavera del año 1894— recibía consuelos especiales los días de Comunión. Comulgábamos dos veces a la semana, los jueves y los domingos, más los primeros viernes del mes. La víspera de la Comunión, unas veces por la tarde, otras por la noche, algunas después de acostarme, se imponía la presencia de Jesús en mi alma, primero de lejos, después delante de mí.

Por medio de una insinuación amorosa decíame: «He aquí que vengo presto» —se refería a la Comunión—. «Soy tu Padre, me preparo para enriquecerte inmensamente; de mis tesoros depositados en el seno del Padre he recogido muchas riquezas de inestimable valor, las cuales difundiré mañana en tu alma; cuento los momentos que faltan hasta la hora de la Comunión para testimoniarte mi cariño paternal».

[143] Mientras esto me significaba, me requería para la preparación, para que anhelase su visita sacramental y las

gracias que me ofrecía con más ardor y entusiasmo que esperaba a mi padre natural cuando volvía a casa de sus frecuentes excursiones a Tolosa. Advierto que en mi niñez, cuando vivía en S. Sebastián en compañía de mi madre y hermanos, y mi padre pasaba la mayor parte del tiempo en Tolosa, donde teníamos casa puesta, me costaba mucho la ausencia de mi padre. Muchas veces el día mismo que había salido de casa para ir a Tolosa preguntaba a mi madre cuándo pensaba venir mi padre y cómo tardaba tanto aquella vez, persuadida de que hacía mucho tiempo que faltaba en casa. ¡Tan larga se me hacía su ausencia! Acostumbraba visitarnos cada tercer día, por lo que mi madre me respondía: «Se marchó esta mañana y ¿ya quieres que vuelva?»

Todos los días repetía la pregunta, y el día que esperaba su visita, si llegaba de noche, me costaba trabajo acostarme sin haberle visto. Quisiera estar despierta para escuchar su voz, y lo procuraba, pero algunas veces me dormía. Cuando despertaba del primer sueño, llamaba al tabique o pared intermedia, y a voces le preguntaba a mi madre si había venido mi padre. Si me contestaba afirmativamente, despertaba a mis hermanos y no les dejaba dormir de puro contento. Esperaba con ansia suma la aurora para ir al cuarto de mis padres y gozar la compañía de mi padre, cuya ausencia tan larga y penosa me había parecido, repitiéndose el episodio en todas las excursiones de mi padre. A mi ardiente anhelo por la llegada de mi padre, a la felicidad que experimentaba en su compañía y a la estimación que hacía de los presentes que me traía se refería Jesús cuando me requería para repetir en su obsequio mis filiales homenajes. Después de la Comunión experimentaba el cumplimiento de la divina promesa. Laus Deo.

CAPITULO VIII

Jesús y María mis divinos Modelos

[144] La práctica de la imitación de las virtudes que practicó la Sma. Virgen en carne mortal —especialmente en el período anterior a la Encarnación— completé con la meditación de los misterios de Jesús y la imitación de sus virtudes. Fueron maravillosos los efectos que produjo en mi alma este ejercicio. Las virtudes que venía practicando hacía tiempo perfeccionáronse y eleváronse con el ejemplo del divino Modelo y con las comunicaciónes divinas que se dignó concederme.

Leí algunos capítulos del tomo 2.º de la *Mística Ciudad de Dios* y me interesaron vivamente los que se refieren a la santa infancia de Jesús, mejor dicho, al santo nacimiento, adoración de los Pastores y Circuncisión del Niño Dios, imponiéndose a mi alma sus divinas virtudes con soberana eficacia, singularmente su humildad, caridad, pobreza, penitencia y soledad.

[145] Me significó el D. Niño que no podía intimarme con El si no practicaba con perfección dichas virtudes, ni conseguir mi anhelo de estrechar más y más las relaciones que me unían a su Madre Sma., porque así como en la sociedad los pobres se acompañan con los pobres, así también Ellos se identifican con las almas pobres, humildes, etc., que comparten su espíritu y viven como vivieron durante su estancia en la tierra. Arrastrada con la fuerza de su ejemplo y mi vivo anhelo de intimarme más y más con mis soberanos Amores, me consagré a la práctica de las virtudes que leía en su vida con entusiasmo y fervor. Dormía lo preciso nada más, en cama pobre, y vestida.

En invierno y verano vestía la misma ropa y soportaba el calor y el frío sin procurarme alivios violentando la naturaleza, que derramaba lágrimas con la crudeza del frío, el cual me lastimaba tanto, que me parecía que alguien me

hería con la espada. Mi celda se parecía a la cueva de Belén por la pobreza y desabrigo. Me privaba del alimento necesario, me disciplinaba varias veces al día y me imponía otros sacrificios, los cuales me ayudaron para conocer por experiencia lo que padecieron en Belén mis divinos Modelos.

[146] Anhelaba la suerte de los pordioseros, y quisiera como ellos pedir limosna de puerta en puerta, recogiendo más desprecios que mendrugos para imitar la pobreza y humildad de Jesús, María y José y merecer la gracia de establecerme en su compañía, asociarme a su vida y ser como la cuarta persona de la sagrada familia, a la vez que su esclava.

La causa de no contentarme con la simple esclavitud era la imperiosa necesidad de intimarme con mis soberanos Amores y merecer sus confidencias, a cuya intimidad me invitaba Jesús continuamente con la condición de asimilarme primero sus virtudes y las de su divina Madre, o sea, de adquirir la perfecta conformidad necesaria para compartir sus relaciones.

Padecí mucho por las deferencias de que era objeto por parte de la Comunidad, no sólo porque me pareció que esto ponía diques a las soberanas efusiones de mis divinos Amores, porque me privaba de los desprecios y humillaciones que anhelaba padecer para imitar a Jesús y María y hallar gracia en sus divinos ojos, si que también porque lo atribuía a mi soberbia, que me hacía parecer buena habiendo sido perversísima.

[147] En mi deseo de desengañar a las religiosas y conseguir que éstas me tratasen con el sumo desprecio que merecía mi vileza y perversidad, quise hacer confesión general a presencia de la Comunidad, y lo hubiese hecho si el Confesor me hubiera permitido, con quien consulté mi deseo porque me pareció no debía hacerlo sin su permiso, no sea que perjudicase a las religiosas el conocimiento de mis maldades.

En los sufrimientos que me ocasionó el deseo de que las religiosas me tratasen como merecía, y el buen concepto que éstas tenían de mí, tuve un desahogo que consistió en verme despreciada de la religiosa en cuya compañía pasaba casi todo el día en el torno. Dicha religiosa padecía una enfermedad que la ponía a veces furiosa, y como no tenía quien la soportase, ensañaba en mí su furor y me decía cuanto se le antojaba. A sus injurias no respondía palabra ni me daba por entendida. Fuese por lo mucho que padecía de verme estimada del resto de la Comunidad y de mi anhelo de ser despreciada o porque Dios así lo disponía, cada vez que dicha religiosa me despreciaba, sentía el efecto que si colocasen mi alma en una carroza de gloria y me elevasen al cielo; es indecible lo que gozaba mi alma, y en alas del júbilo que me producían dichos desprecios, me elevaba a la presencia de mi Dios y de mi pura Madre para atestiguarles mi reconocimiento y amor por su infinita Bondad y Misericordia con mi alma pecadora, que conocía mejor que nunca, porque a pesar de conocer a fondo la malicia y vileza de mi alma, veía que me amaban, mientras que la religiosa de referencia, sin conocer mis maldades, me llenaba de oprobios y parecía que le molestaba hasta verme a su lado en el torno.

[148] Año y medio o dos años duraron estos desprecios, que estimé como preciosas joyas, pero después la mencionada religiosa cambió de tal manera que fue la más deferente con servidora, con serlo mucho todas [13].

En mi deseo de imitar a Jesús y María en sus dolores o penitencia, y tener siempre presente los tormentos de su Pasión, me disciplinaba muchas veces cada día, aunque por breve tiempo, golpeando el cuerpo con una cadena de suerte y manera que me impresionase. En cuanto a la soledad y abstracción de las cosas de la tierra, creo que imitaba a Jesús y María con bastante perfección, pues vivía más en el mundo sobrenatural que en el visible.

[13] Desde «En los sufrimientos que me ocasionó» hasta «con serlo mucho todas», sección omitida en la 1.ª edición.

Parecíame que vivía en una cumbre o habitación alta, en una región de luz situada en una altura sublime sin más trato ni conversación que la divinísima de Dios y de su Pma. Madre. En esta región de luz unas veces veía a Dios, como Dios, pero en confuso, sin distinguir ninguna perfección fuera de su Bondad, Misericordia y Afabilidad infinita.

[149] Cuando veía a Dios en esta forma, rogaba mucho por las almas, ora por los enfermos, agonizantes y atribulados, ora por los encarcelados, huérfanos, viudas y pobres, ora por la conversión de los pecadores y la perseverancia de los justos y por las necesidades de N. S. M. Iglesia, interesándome mucho por todos y por las almas del Purgatorio, como si fuese la encargada de remediar todas las necesidades del mundo y del Purgatorio con mis plegarias al Señor, quien parecía complacerse en mi celo y caridad por las almas.

Otras veces, parecíame ver al Verbo Encarnado en una altura sublime, especie de cielo, junto al Ser divino, pero como inferior a la Divinidad. Representaba unos 30 ó 33 años y parecía un ser luminoso o de fuego, y mostrábase a mi alma como abrasado en amor al sumo Bien increado, o sea, de la Divinidad, como mi Modelo en el ejercicio de la virtud de la caridad divina.

En forma parecida se me representaba la Virgen Sma. Laus Deo.

CAPITULO IX

La Comunión mariana. Ansias de poseer a Dios. La última prueba

[150] Hacia el mes de Agosto, año 1894 [14], acrecentáronse mis ansias de poseer a la Virgen Sma. como patrimonio o propiedad mía. Con estas ansias comulgaba espiritualmente a la Señora en forma parecida a las comuniones espirituales

[14] *Hacia el mes de Agosto, año 1894.* En el ms., por error sin duda, se lee 1984.

que se hacen por Jesús. Un día que me sentía más inflamada del amor de la Virgen y ansiaba con más ardor su posesión, me sentí favorecida con su presencia, y vi cómo la Señora poseía mi alma y también mi cuerpo, cuyos miembros y sentidos consagrados a su servicio estaban como santificados y le pertenecían.

Al mismo tiempo comencé a sentir visiblemente la presencia de la Virgen en el fondo de mi ser. Yo me consolé mucho, y por el momento me sentí completamente feliz, como quien lo posee todo. A los pocos días, como si la Virgen hubiese dilatado los senos de mi alma para hacer lugar a Dios, me sentí inflamada en divinos ardores y ansias de poseerle como cosa mía, mejor dicho, de conquistar o subyugar a Dios y hacerlo mío. A pesar del sentimiento de la propia bajeza e indignidad, ebria de amor buscaba a mi Dios de día y de noche, y preguntaba por El a la Virgen Sma., y le rogaba que le obligase a entregarse a mi alma.

[151] Desalada corría a besar las imágenes de la Virgen que había en el convento, singularmente las que representaban a la Señora con su Hijo en los brazos, y le pedía que me lo entregase, pues quería poseerle y que fuese todo mío como yo lo era de Dios. ¿Cuándo, Madre mía, le decía, cuándo triunfaré del corazón de mi Dios? ¿Cuándo lo conquistaré y, subyugado, vencido de mi amor, se me entregará sin reservas, todo, todo, para que lo posea? ¿Es que temes que lo voy a tratar mal y por eso no me lo entregas? ¿Es que Dios no me ama como yo le amo y por eso no quiere venir a mí ni otorga tu súplica? Porque yo creo que quieres y pides que venga a mí. Mándale por obediencia que se rinda y se entregue a mí, ya que dicen los Santos que como Madre tienes autoridad sobre El. Haz valer tus derechos, que ya verás cómo te obedece.

La Virgen me insinuaba que vería cumplidos mis anhelos mejor de lo que yo pensaba y pedía; pero que tuviera paciencia y no quisiera apresurar la hora, porque Dios merece ser deseado con infinito ardor e infinitos siglos: que lo ama-

ra y deseara mucho. Así lo hacía amando y buscando a mi Dios con ardor y estima crecientes.

[152] Con frecuencia experimentaba vuelos de espíritu a Dios y a la Virgen, y me gozaba unos momentos con cierta posesión de Dios.

Al cortarse la corriente, sentía un vacío inmenso, y con penoso anhelo buscaba a mi Dios en el cielo diciendo: *Allí está mi Querido, mi Amado, mi sumo Bien, allí está...*

Con frecuencia una voz, o sentimiento interior, me anunciaba los bienes que me reservaba Dios para cuando me elevase a su divina unión, y en el coro, mientras recitaba el Salmo 90, varias veces entendí que Dios N. S. cumpliría en mi alma los misterios que encierra, singularmente los últimos versos.

[153] Un día, en la celda, parecióme ver la esencia divina bajo la forma de una inmensa masa de aguas extendida a manera de firmamento sobre mí a cierta altura. Parecía la mar y vi surcar sus aguas a un animal de rara o desconocida especie, pues no pude distinguir si era pez; aprendí que era un Angel o Querubín y entendí que Dios N. S. me decía que pues ansiaba poseerle, vadease el mar, o imitase al animal de referencia y que le poseería tanto cuanto le conociera y amara, que esto significaba el movimiento continuo de éste flotando las místicas aguas.

Fijé mi mirada en el Ser divino para conocerle, y me quedé ciega en medio de una claridad misteriosa infinita sin poder distinguir nada fuera del resplandor que cegaba mi inteligencia.

Esto, con algunas variantes, se repitió varias veces. Otro día vi a Dios N. S. en forma bellísima como de luz a corta distancia, pero mediaba una barrera entre los dos, la que no pude salvar para ir adonde El estaba, a pesar de llamarme. Diríase que Dios se complacía en jugar con mis ansias, pues me invitaba y arrastraba y no me concedía poder salvar las distancias o los obstáculos que me impedían allegarme a El.

Pregunté qué significaba la barrera. No obteniendo respuesta, pensé que quizá significaba la vida mortal y que en este caso no se cumplirían mis anhelos de unión hasta la muerte.

[154] Otro día revelóse Dios a mi alma en una región mística o altura sublime en el atributo de su poder como Fuerza divina, Omnipotente, León invencible que ninguna criatura puede subyugar, muy alto, muy elevado, superior infinitamente a cuanto existe fuera de El. Mientras admiraba su infinita grandeza y poder, díjome (por medio de un sencillo y significativo gesto) que en manera alguna otorgaría mi petición porque no quería entregarse a mí —que le había sido infiel— y porque no debe el Criador rendirse a las súplicas de la creatura ni permitir que ésta triunfe de su poder infinito, y que nadie le podía obligar a hacer lo que no quiere ni rendirle a El, *Omnipotente.*

Mientras me significaba que no se entregaría ni le obligaría nadie a rendirse, en el fondo o corazón de Dios leía yo contrarios sentimientos a los que exteriorizaba, y vi claro que anhelaba con infinito ardor cumplir mis ansias de unión y que esperaba la intervención de la Virgen, quien tiene poder de rendirle. Entendí, pues, que Dios me mandaba que me fuese a implorar la protección de la Virgen, mientras me significaba que nadie puede obligarle a hacer lo que no quiere. Yo que me sentía amada de la Virgen y descansaba en la buena voluntad de la Señora —quien no dudaba deseaba para mí mayores bienes que yo misma— me llené de gozo con la noticia de su omnipotencia sobre Dios y corrí presurosa a postrarme a sus pies y la rogué que interviniese en mi asunto y obligase al Señor a entregarse a mi alma, pues no podía vivir sin poseerle en el alto grado que pedía el infinito vacío que experimentaba.

Por toda respuesta, la Señora me insinuó y aseguró que pronto conseguiría la gracia que solicitaba y que ésta era mayor de lo que pensaba y que debía merecerla de alguna

manera con el amor estimativo y ansias de poseerle. Por el momento me quedé resignada y con alientos para esperar, pero después volví a sentir el mismo impaciente anhelo, y aunque conocía que no era digna de la unión que anhelaba, lo procuraba o solicitaba con ardor creciente porque no podía resignarme a padecer aquel vacío.

[155] Los días me parecían años, y aunque hacía sólo semanas que vivía así, pensé que habían transcurrido años, y así se lo decía a mi Dios, querellándome por sus dilaciones. Todas las mañanas me iba al ventanario del dormitorio a contemplar el lucero, y en él saludaba a la Virgen y la decía: «¿Ves este lucero? Anuncia la aparición del sol: dentro de dos o tres horas se dejará ver en ese cielo. Tú, Madre mía, también viniste al mundo como lucero precursor del Sol de Justicia y ¡qué pronto apareció en la tierra después que naciste tú en ella! ¿Cómo es que tarda tanto en venir a mi alma, en entregarse a mí, pues hace tanto tiempo que luces en el firmamento de mi vida? ¿Dónde está mi Dios? ¿Cuándo vendrá?, rogadle que se entregue, que no puedo vivir sin El».

Entendí que, cuanto más tardase Dios en entregarse, con mayor plenitud se comunicaría a mi alma. Pero pasaba un día y otro día, y Dios no se entregaba, y mis anhelos crecían con la dilación.

[156] En el mes de Septiembre una mañana, al salir del coro besé una imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro que allí había, y mientras la besaba, dije a la Señora: «Dame este Niño: ¿qué te cuesta colocarlo en mi corazón?» Parecióme que el divino Niño llamaba mi atención para que viese su actitud, y que me decía: «Como ves, estoy a disposición de mi Madre, colocadas mis manos en las suyas, dispuesto a ir adonde me lleve [15]. De ella depende el que me entregue a ti». Sorprendióme que la Virgen difiriera

[15] Efectivamente, en el icono de la Virgen del Perpetuo Socorro el niño Jesús tiene sus manos cogidas en las de la Madre.

la gracia de la unión que solicitaba dependiendo de ella, como me insinuaba Jesús, y le dije: «¿Es posible que hagas esto conmigo que tanto te quiero y me gozo en tu felicidad más que en la mía?» Los Angeles que representa el cuadro a derecha e izquierda de la Virgen mostráronme las insignias de la Pasión que llevan en las manos y me dijeron que tenía que padecer una tribulación antes de entregarse Dios a mi alma. Sentí un amor grande al sufrimiento, y recibí alientos para padecer todo lo que Dios N. Señor quisiera.

[157] Me retiré alegre como pascua ansiosa de prepararme para la divina unión con la tribulación que se me había anunciado; a los dos o tres días se me olvidó la predicción, y me sobrevino la tribulación cuando menos la esperaba. Fue que, abriendo un devocionario que había en el coro para leer por donde se abriera, me salió el ejemplo de una joven que se había condenado por hacer malas confesiones. Yo confesaba mis pecados al P. Confesor, pero no le traducía mi vida íntima y pensé que estaba en pecado mortal y por esto me ponía Dios delante dicho ejemplo. Me metí en una tribulación terrible y avisé al Confesor, quien tardó cinco días en venir. Era víspera del apóstol S. Mateo, y como amaba mucho a los santos apóstoles, al verme en pecado mortal (así lo creía yo), me querellé a ellos uno a uno porque me habían abandonado hasta el extremo de dejarme vivir en pecado mortal a mí, que tanto me distinguía por mi fe y devoción al Colegio Apostólico, mientras vigilan y prodigan su protección al resto de la Iglesia como Padres y Fundadores.

Sufrí horrorosamente, y agravóse mi situación el día tercero, al ver que no venía el Confesor, porque pensé que Dios N. S., enojado conmigo por la resistencia que hiciera tantas veces a sus reiterados mandatos de traducirme al Confesor, le impedía venir a confesarme para que muriese en pecado y castigar así mis rebeldías. Imposible describir lo que padecí con esta aprensión y el temor de perder

a mi Dios para siempre, yo que tanto había suspirado su posesión.

[158] El 24 de Septiembre, en lo más recio de la tribulación, viéndome apurada de fuerzas para continuar en tan triste situación y temiendo que perdería la cabeza de puro sufrir, me fui a la Virgen Sma., y puesta de rodillas ante el cuadro del Perpetuo Socorro (que me había anunciado la terrible prueba, aunque no recordaba el anuncio) dije a la Señora: «Madre mía, ya no puedo sufrir más, haced venir al P. Confesor y sacadme de este miserable estado antes que pierda la vida o la razón». Inmediatamente aprendí la presencia de la Virgen Sma., y elevada a su intimitad entendí que la Señora me decía que el día siguiente se cumplirían mis anhelos de divina unión y otorgaría Dios mis peticiones en condiciones ventajosas. Esto lo entendí claramente y me comunicó tanta fuerza y virtud, que quisiera padecer más, y que se difiriese la gracia que se me anunciaba tan próxima para merecerla con mis sufrimientos y adaptarme para ella. No pedí el plazo, porque entendí que había llegado la hora de Dios y porque el día siguiente celebrábamos la fiesta de N. S. de las Mercedes y me consolaba que dicho día consagrado a la Virgen en la Orden Franciscana se cumpliesen mis anhelos y que interviniese la Señora como había intervenido en todas mis relaciones divinas en el período de prueba y de expectación.

Era el mediodía cuando se me comunicó el anuncio, y toda la tarde la empleé en prepararme para recibir la gracia prometida imitando las virtudes de la Sma. Virgen, en lo cual y en el culto que tributé a la Señora consistió mi preparación especial. Laus Deo.

CAPITULO X

Cómo Dios N. Señor se entregó a mi alma

[159] El 25 de Septiembre de 1894, a las cuatro de la mañana, me levanté para practicar mis devociones. Como de costumbre, en el momento que dejé el lecho, me puse de rodillas para adorar a la Sma. Virgen, y en ella y con ella a Dios, y en el mismo momento DIOS UNO Y TRINO se reveló a mi alma en el esplendor de su bondad y majestad soberana en forma bellísima, o de algún parecido con la belleza humana, pero que no lo es, pues es belleza divina [16].

Comprendía la santa Humanidad del Verbo, pero la claridad tenebrosa que rodeaba al Señor no me permitía fijarme en ella ni en ninguna de las divinas Personas, sino que miraba a todo Dios con una noticia general que comprende su Divinidad y Humanidad. A pesar de la tiniebla divina que envolvía su existencia, vi a mi Dios radiante de gloria, majestad, belleza y bondad divinas.

[160] No se presentó en regiones místicas (como solía), sino en la celda, como a mi lado. Al presentarse, con una leve y amorosísima insinuación, me dijo o significó que El es mi Padre, mi Madre, mi Esposo, el ser más íntimo y familiar y amante de mi alma. Que son tan íntimos los lazos que nos unen, que, en su comparación, las relaciones que en el mundo se conocen, los lazos que unen a los esposos y a los padres con los hijos son verdaderas divisiones. Que no hay entre las criaturas parentesco ni afinidad que exprese y pueda compararse con el parentesco que existía entre él y mi pobre alma. Así lo experimenté, y con la evidencia de la unión divina, al ver que Dios era todo mío, y yo toda de Dios, quedé estupefacta. Mas no se contentó

[16] En la 1.ª edición, por omisión —sin duda, involuntaria—, falta la frase «o de algún parecido con la belleza humana, pero que no lo es, pues es» belleza divina.

con honrarme con la excelsa dignidad y felicidad que me concedió o me reportó el parentesco (aunque sería éste sobrado motivo para que mi alma se perpetuara en el silencio y admiración que me produjo), sino que después de haberme revelado lo que es en sí, esto es, la suma Grandeza, el sumo Bien y lo que era para mí, y que estaba más unido a mí que mi propia alma y la vida que gozo, inclinóse benignísimamente, y dejóse caer en mí como agua que se derrama, al mismo tiempo que parecía que se arrojaba en mis brazos a la manera que un padre se arroja en los de su hija, un esposo en los de su esposa y el niño en el regazo de su madre. Se entregó a mi alma incondicionalmente para que dispusiera de El y lo gozara como quisiera. Inmediatamente entré en posesión de Dios y quedé poseída de él con efectos maravillosos.

[161] Con favor tan inaudito me quedé como espantada, y en medio del asombro exclamé: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me revelaste tu designio de entregarte a mi bajeza en esta forma cuando empecé a usar de mis facultades?, porque estoy segura de que toda mi vida te hubiera sido fiel y jamás te hubiera ofendido».

Dios N. S., con delicadeza y bondad admirables, me impuso silencio diciendo que no le hablara de pecados de mi vida pasada, que ya perdonó y olvidó para siempre, los cuales no existen. Añadió y dijo: «Es tanta la gloria que me ha procurado tu resignación en mi divino querer, tu fidelidad y puro amor en el período de purgación y por ello has merecido tanta gracia en mi divina estimación, que no solamente perdoné tus pecados y no veo en ti mancha ni imperfección, sino que apareces a mis ojos llena de méritos y virtudes y te estimo *justa, santa*».

Imposible describir lo que yo sentí al ver que mi Dios querido no consentía que le recordara mi pasado vergonzoso y su complacencia, pues vi en todo ello el infinito amor que me profesa y que su divino beneplácito se cumplía en mí perfectamente, pues no tenía nada que reprocharme.

Luego, mostrándose ansioso de testimoniarme su amor otorgándome nuevos favores, díjome que le pidiera alguna gracia, y me aseguró que haciéndolo le proporcionaría grande contento, porque sentía necesidad de favorecerme.

[162] Yo estaba tan perfectamente resignada en la voluntad de Dios y le amaba tan pura y desinteresadamente, que no era capaz de pedir ni desear nada fuera del cumplimiento de su divino beneplácito y el acrecentamiento de su gloria. Por esto, teniendo en cuenta mi debilidad y la posibilidad de cometer nuevos pecados y ofenderle después de los favores que acababa de recibir, roguéle que, si prevía *(sic)* [17] que le sería infiel algún día, aunque fuese cometiendo una sola falta venial, me sacase de esta vida, pues sería injuriosísimo a su Bondad y dolorosísimo para mí si, después de tan grandes favores, tuviese la desgracia de cometer la más leve culpa o imperfección.

Con agrado acogió Dios mi súplica, pero sólo en parte la otorgó. Díjome que no convenía sacarme del mundo por entonces ni a su gloria ni a mi felicidad, porque tenía designios especiales que cumplir en mi alma, relacionados con su gloria, con la salvación de las almas y la propia santificación. Que me concedería abundantísima gracia para no caer en pecado, pero si a pesar de los auxilios que me prestaría y de su vigilancia paternal singularísima me extraviaba, El me perseguiría con su amor hasta subyugarme nuevamente y resarcir yo misma los agravios que le infiriese y las pérdidas habidas durante el extravío, y que no permitirá a la muerte quitarme la vida mientras no llegue al grado de santidad a que me destina.

«¿Ves la intimidad que gozas conmigo? (díjome el Señor) ¿Ves las condiciones favorables de tu alma? Pues bien, cualquiera que sea el año y día de tu muerte, cuando llegue el trance supremo, estarás en las mismas o mejores condicio-

[17] Prevía *(sic)*, por *preveía.*

nes: *te lo prometo.*» Esto entendí, y lo creí, y vivo en esta creencia.

[163] No recuerdo el tiempo que duró la divina comunicación, la cual dejó huellas imborrables, divinísimas en mi pobre alma, que la recuerda con infinita gratitud y propósito de fidelidad a mi Dios, que tanto me favoreció. Mi alma quedó elevada a mística y divina región rebosando felicidad.

Así y todo, como había aprendido los días anteriores la necesidad de una confesión general, pasé nuevo aviso al Confesor (que se estaba en su casa tan tranquilo porque no le habían dado el primer recado), el cual vino por la tarde. Hice la proyectada confesión, y al recibir la santa absolución sentí la presencia de Jesús en la persona del Confesor, quien confirmó el perdón general de mis pecados y cuanto me había revelado por la mañana con relación al buen estado de mi conciencia. Enterado de lo que me pedía el Señor acerca de la dirección, el Confesor se ofreció a dirigirme, pero no cumplió su palabra, al menos en la forma que reclamaba mi alma y me insinuaba mi Dios, lo cual motivó el descenso que diré en su lugar. Laus Deo.

CAPITULO XI

Estado de mi alma después de la entrega de Dios

[164] Mi estado habitual después de la entrega de Dios parecía celestial, participación de la bienaventuranza de los Santos. Lo que gozaba mi alma era tan divino, que, a no experimentarlo, no pudiera imaginar dicha tan grande. Mis sentimientos y aspiraciones eran tan altos y divinos, tan diferentes de los que poseen las almas en estado de gracia común, que para hablar a las religiosas, aun las más santas de la Comunidad, tenía que descender multitud de

grados de la mística y sublime región que habitaba y franquear un abismo inmenso que me separaba de ellas.

Tenía que hacerme cargo de la manera de ser de las criaturas de la tierra, cuyas costumbres parece que desconocía, como si me hubiese criado en el cielo. Mas no por esto me creía mejor que ellas, sino que me consideraba inferior a todas, aun a los mayores pecadores, porque producía en mí humildad y desprecio propio y amor y estima de los demás la divina unión.

Además poseía un candor infantil que no me permitía pensar mal de nadie, aunque viera estragadas las conciencias de las almas que trataba. Cuanto mayores miserias veía en un alma era mayor el amor y estima que sentía por ella.

Parecíame que vivía en una habitación próxima al cielo, en un atrio o ante sala del lugar do habita Dios en el cielo, cuya presencia sentía cerca y dentro de mí.

[165] Vía *(sic)* [18] que la santísima voluntad de Dios se cumplía en mí perfectamente, que había respondido a todos sus requerimientos, y que *nada me reclamaba,* porque al presente poseía toda la cantidad de gracia que era capaz, y que ni un solo sentimiento había en mí contrario al querer de Dios.

Me veía perfectamente conforme con Dios en mi ser, vida, operaciones y sentimientos, y esta conformidad y el cumplimiento perfecto de su divino beneplácito en mi alma, me producía una paz y bienaventuranza tan celestial, inefable, divina, que me parecía gozar el paraíso anticipado.

Me sentía muy amada de Dios y favorecida hasta el extremo de hacerme participante (en la forma posible) de todas las gracias que comunicaba a los Angeles y Bienaventurados en el cielo y a las criaturas de la tierra. Parecíame que ni una sola de sus divinas, exteriores comunicaciones dejaba de participar de alguna manera.

[18] Vía (*sic*), en el ms., por *veía.*

[166] La creación entera me hablaba de Dios, como a Adán en el paraíso, y de sólo escuchar el piar de un pajarillo, u observar el movimiento de las hojas de un árbol me liquidaba de amor divino. El mundo se presentaba a mi vista visiblemente transformado, impregnado todo de Dios, y hacía o repercutía su armonía en mi alma como notas inefables que me transportaban a regiones sobrenaturales desconocidas. Veía todas las cosas bajo el punto de vista divino. Sentía un amor grande hacia los pecadores que viven alejados de Dios, y un ardiente celo de su salvación.

Sentía la imperiosa necesidad de compartir con ellos mi felicidad y quisiera ir a buscarlos dondequiera que estuvieran, hasta en las tabernas, para convertirlos y elevarlos a la divina unión, para que fueran felices como yo. Esto me parecía fácil porque los creía más dignos que yo de las predilecciones de Dios. Muchas veces decía: «Si a mí que soy tan pecadora hace Dios estas mercedes, me ama con tales extremos, ¿cuánto más a ellos, mucho mejores que yo?»

[167] Tenía un corazón de hermana, de madre para con los pecadores, y para todos los hijos de Adán, a quienes miraba como otro yo, porque los miraba y amaba en mi Dios, donde todos somos como una sola cosa. Así lo veía y experimentaba yo. Por esto, y porque acostumbraba tratar con Dios de corazón a corazón, sin reservas de ningún género, no sabía poner límites al amor y confianza en mis relaciones con las criaturas. Llamaba la atención con mi simpleza, caridad y candor divinos o sobrehumanos. Sin darme cuenta y sin poder contenerme, penetraba en el santuario de la conciencia de las personas que trataba para remediar sus necesidades y remover los obstáculos que impedían a Dios comunicarse a ellas, y lo hacía sin que lo advirtiesen las almas favorecidas.

Me conservaba en inviolable pureza de alma. No cometía ninguna falta, y practicaba las virtudes en grado heroico

merced a la divina unión. Hacía en todo lo más perfecto y agradable a Dios, como naturalmente, si bien esto hacía tiempo que lo practicaba, como igualmente la pureza de alma, pues no recuerdo haber cometido ninguna falta notable desde que me vi sometida al imperio de la gracia purificadora o de la purgación pasiva.

[168] No recuerdo si en este período o en el que sigue, un día, estando en el patio del torno, en una elevación del espíritu, recibí cierta noticia referente a la vida de sufrimiento y de gozo que vivieran simultáneamente Jesús y María en carne mortal. Comprendí su estado excepcional, las divinas relaciones que los unían a la Divinidad, los goces purísimos, inefables que experimentaron, y la intensidad de los sufrimientos que padecieron, y entendí que me requerían para participar de su estado excepcional y doble vida de sufrimiento y beatitud.

Otro día, estando en el mismo patio —frecuentaba mucho porque era tornera—, Dios N. S. me reveló la pobreza de virtudes o falta de jugo divino que padecía la inmensa mayoría de las almas que constituyen el vulgo devoto secular y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por mi medio. Al efecto, por impulso suyo, que uno de mis Directores que dirigiría mi conciencia, me mandaría relatar por escrito mi vida íntima, o mis relaciones divinas con el mismo Dios.

Como me sentía la peor de los nacidos, dije al Señor que el Director —que me decía— no creería en la realidad de sus soberanas comunicaciones a mi alma al ver mis muchos y graves pecados, cuya noticia quería darle ante todo y consignarlos, si me permitía, en la relación de mi vida. Contestóme el Señor diciendo que los favores y comunicaciones divinas concedidas a mi alma son visiblemente buenas y no cabe dudar de su bondad. En cuanto a consignar mis pecados en la relación, que hiciera lo que me mandasen sus Ministros Directores de mi conciencia, pero que los consignara o no, en la relación aparecería su acción divina

y la historia de su amor infinito y eterno más que mi personalidad, pues mi vida era y sería siempre la encarnación de su vida y espíritu divino. Laus Deo.

CAPITULO XII

Cómo descendí del grado de unión divina que dije en el capítulo precedente

[169] Sintiendo la dulce y profunda sensación de la posesión de Dios habitualmente, vivía yo abandonada a la voluntad divina que dirigía mi alma, cuyo perfecto cumplimiento era mi suprema aspiración. Mas a los tres meses, próximamente, después de haber sido elevada a este grado de unión, empecé a temer el camino por donde Dios me llevaba, aquella vida de unión con Dios tan elevada y sobrenatural.

El motivo de este temor fue que la voluntad de Dios absorbía por completo mi espíritu y me elevaba a regiones deconocidas, donde parece que con el dominio propio, perdía la razón y prudencia humana, y como ya hacía tiempo que las religiosas me miraban con cierta veneración, temí que en mis relaciones con ellas haría desatinos impulsada de la vehemencia del amor que ardía en mi alma y de mi celo de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo.

[170] El temor de que se exteriorizase mi vida interior me había obligado a permanecer en la celda el tiempo libre de los actos de comunidad, y viendo que mi vida sobrenatural tomaba proporciones inmensas, y que apenas me daba cuenta de lo que me hacía y pasaba en torno mío, acrecentóse mi temor, y antes de llamar la atención de la Comunidad con exterioridades y de hacer locuras (según la prudencia humana) con las personas que trataba en el locutorio cuando la obediencia me llamaba allí, resolví resistir al espíritu que me dirigía, «no sea, decía yo, que las exterioridades que ahora me asustan y causan rubor y ver-

güenza, después me produzcan vanidad, llegue a ser soberbia y me condene para siempre, como se condenaron otros muchos».

[171] Advierto que siendo recién profesa, me había impresionado mucho el ejemplo que leí en las crónicas de la Orden de un religioso que había sido muy favorecido de Dios, el cual apostató y murió ahorcado, siendo la causa de su caída la soberbia, o sea, el haberse envanecido con el afecto y veneración que le profesaba el Romano Pontífice, y la viva impresión que conservaba de este ejemplo me hacía temer las exterioridades como un peligro para mi humildad que, aunque entonces no me envanecía con las deferencias de que era objeto por parte de la Comunidad, sino que sufría y me anonadaba, temía la posibilidad de un cambio en mi flaqueza y la consiguiente caída en una soberbia luciferina [19].

Empecé, pues, a resistir al espíritu que me dirigía, poniendo límites a la gracia, y en el momento que comencé a poner obstáculos a la acción de Dios, reservándome parte de la voluntad, empecé a descender gradualmente de aquella vida de unión. Confieso que tuve que violentarme mucho para resistir a la gracia, pues anhelaba vivamente el perfecto cumplimiento de la santísima voluntad de mi Dios, a quien prometí que me abandonaría a su divino beneplácito, incondicionalmente, tan pronto como tuviera un Director espiritual que me dirija con acierto y tenga cuidado de conservarme en el sentimiento de mi propia bajeza y

[19] El ejemplo o suceso al que aquí alude Sor Angeles se refiere, efectivamente, en la *Chronica Seraphica,* iniciada por el R. P. Fr. Damián Cornejo en 1682 y continuada por el R. P. Fr. Eusebio González. El relato en cuestión se halla en la Parte IV, Libro IV, Capítulo XXIX, p. 567. En este capítulo presenta el cronista dos ejemplos contrapuestos: el del húngaro Lanceslao, dechado de toda virtud, y el de su antípoda Fr. Justino, también húngaro y coetáneo del anterior, que fue favorecido con dones extraordinarios del cielo y por ello distinguido del Papa Eugenio IV. Como consecuencia de tales honores, a la postre, ensoberbecido, se extravió, salió de la Orden y acabó mal.

pecado en medio de las alabanzas humanas si le place someterme a esta prueba.

[172] Además, necesitaba también el Director para regular mis acciones externas, o las relaciones con las criaturas, porque en aquel estado de simplicidad y candor y ardiente caridad fraterna, parecíame que haría desatinos y cometería visibles imprudencias sin el consejo de un buen Director, y éste no le tenía, aunque lo había procurado.

Cuando empecé a descender de la altura de la unión divina, mostróseme Dios N. Señor como apenado por mi separación, y continué viendo en El la misma pena hasta que me establecí en el estado de vida casi ordinaria que viví después de mi descenso. Al modo que una madre, cuando ve al hijo de sus entrañas precipitarse en un abismo, lanza continuos gritos de dolor, repitiendo ay, ay, así Dios nuestro Señor, parecía que gemía al verme descender gradualmente, repitiendo en cada gemido: ¡ME DEJAS! ¡ME DEJAS!, a cuyo gemido contestaba mi alma enamorada de su infinita Bondad, y reconocida a su infinito amor y ternura con idéntica pena de verme precisada a soltarle del íntimo abrazo que me unía a El, por las razones que he dicho, pero con propósito de abandonarme a su voluntad cuando tuviera Director espiritual. Así sea [20]. Laus Deo.

[20] Cuando, años más tarde, la M. Sorazu se confió a la dirección del dominico P. Alfonso y puso a éste al corriente de las gracias recibidas, el episodio de esta unión truncada por iniciativa del alma pareció al nuevo Director imposible y señal inequívoca de que las presuntas gracias no eran de buena ley, originándose así un cierto forcejeo que acabó con el fallo favorable del Director. Ella cuenta este incidente, omitiendo nombres y circunstancias individuantes, en el Apéndice sobre la dirección, cap. 3.°, que figura al fin de *La Vida Espiritual* (2.ª ed., pág. 351).

CAPITULO XIII

Mis relaciones con Dios después del descenso. La imitación de Cristo

[173] Cuando suelta del abrazo divino que me uniera a mi Dios me vi en estado más ordinario, en medio del vacío, soledad y desamparo que padecía, me consagré a la imitación de mis soberanos Amores Jesús y María. Me veía como sola en el mundo, en absoluto desamparo.

Desamparo de Dios, quien parecía se había quedado en la mística y divina región —de la cual descendí— y que al soltarme de su divino abrazo me había dejado sola, abandonada a mis propias fuerzas y despojada, en parte, de las riquezas de su vida divina que no se manifestaba en mí como antes.

Soledad de criaturas, porque éstas eran para mí como extrañas y desconocidas por sus sentimientos completamente distintos de los que animaban mi corazón y porque nada, fuera de Dios, era capaz de llenar el vacío que experimentaba, ni de procurarme consuelo, pues a quien ha gozado de Dios no puede consolar nadie fuera del mismo Dios.

[174] Vivía como peregrina en el mundo, sola en medio de las religiosas que me acompañaban y de la creación entera. En este desamparo, sentía como nunca la ausencia de mis soberanos Amores Jesús y María, objeto único de mi amor y la necesidad de hacerlos bajar del cielo a la tierra para acompañarme con ellos en mi destierro. La triste y horrorosa soledad que me producía el pensamiento de su ausencia me obligaba a buscarlos con penoso anhelo en las profundidades del cielo y hasta con mis ojos, como si quisiera atraerlos con mi mirada amorosa y suplicante.

En el momento que despertaba del primer sueño, por la noche, en la ventana de la celda, fijos en el cielo mis ojos, decía: «Allí están mis Amores, ¡qué lejos!, ¿quién me

los traerá?, ¿quién los hará bajar del cielo para que me acompañen en mi triste destierro, en mi angustiosa soledad? Y si no pueden bajar a la tierra o no conviene a su gloria y felicidad, ¿no podría yo subir adonde ellos están? Sólo Ellos pueden llenar el inmenso vacío que experimento y hacerme feliz, porque Ellos son mi vida, mi herencia, mi único amor, mi única aspiración, y fuera de Ellos todo es vacío y soledad para mi corazón, todo me fatiga, me cansa y aflige el ánimo, ninguno me entiende ni es capaz de consolarme, como si los mortales fuesen de otra raza distinta de la mía».

[175] Hacía mis ejercicios, y al irme al coro me ponía en otra ventana y fijos en el cielo mis ojos repetía: «Allí están mis Amores...» Cuando salía del coro, a las tres o cuatro de la mañana, volvía a fijar mis ojos en el cielo y repetía: «Allí están...» Me acostaba, y cuando me levantaba a prima, antes de ir al coro, me ponía otra vez en la ventana para contemplar las distancias que me separaban de mis divinos Amores y repetía con creciente pena: «Allí están...»

Alguna que otra vez, respondiendo a mis amorosos reclamos, mis soberanos Amores se revelaban a mi pobre alma en el cielo o en horizontes de luz que de repente se abrían ante mí y me consolaban y alentaban a proseguir mi marcha en la senda de la perfección e imitación de sus divinas virtudes.

[176] Un día estando en la ventana de la primera celda, situada en el dormitorio antiguo, junto al ventanario que mira a S. Miguel [21] contemplando el cielo, como acostumbraba, reveláronse a mi alma Jesús y María a la altura que vuelan las nubes y a corta distancia. Un reguero de luz candente llenaba el espacio que de ellos me separaba y entendí que significaba los misterios o la historia de Jesús

[21] S. Miguel. Se refiere a la iglesia parroquial de este nombre, que se halla contigua al convento de la Concepción.

y María, quienes me animaron para continuar mi marcha hacia la santidad por la imitación de los misterios y virtudes que practicaron en carne mortal significados en el reguero, y me prometieron su protección y especial asistencia durante la penosa travesía a cuyo término me esperaban para compartir conmigo su felicidad.

Conocí algo de la gloria inefable que gozan en el cielo y cuán nada les parecen los trabajos que padecieron en la vida mortal en comparación de la infinita y eterna recompensa, y cuán breve el tiempo que vivieron en la tierra comparado con la eternidad, y que lo propio me parecería a mí, pues el destierro que me parecía tan largo y penoso era cortísimo, más que el reguero de luz que llenaba el espacio que los separaba de mí. También me prometieron su predilección y comunicaciones divinas para que pudiera soportar la soledad y pena que me causaba su ausencia.

Yo me consolé mucho, y me animé para apretar el paso en seguimiento de mis soberanos Amores hasta llegar al término señalado por la Providencia en la imitación de sus virtudes.

[177] Cuando descendí de la unión divina o de la actual experiencia del don de Sabiduría que me adhería a mi Dios y me retenía unida a El, empecé a gozar o gustar con viveza el sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todo tiempo y lugar, aunque no siempre en el mismo grado. Esta presencia o imposición de su Bondad a mi alma como viva realidad presente, acompañaba Dios a veces con ilustraciones y regalos especiales de carácter extraordinario, y mientras gozaba estos favores, como igualmente las visitas de Jesús y María, me sentía feliz como quien lo posee todo. Mas en el momento que se cortaba la corriente divina o dejaba de sentir su influencia, se reproducía el desamparo y soledad que dije.

[178] En la meditación de los misterios de la vida de N. S. Jesucristo aproveché mucho, y a tiempos gozaba muchísimo. Tuve una temporada tan feliz y dichosa que

empleaba parte de la noche en cantar las partes principales de la liturgia de la Misa en alabanza del Niño Dios, especialmente el Gloria. Es que gozaba el misterio de su santo Nacimiento que contemplaba, y la celda se presentaba a mi vista visiblemente transformada e iluminada como lo estuvo la cueva de Belén cuando nació el Salvador.

Me sentía como presente al cumplimiento de dicho misterio en compañía de la Virgen y de S. José, y vivía como fuera de mí rebosando felicidad. Mientras gozaba, imitaba las virtudes del Niño Dios, y participaba sus sentimientos y vida íntima en altísimo grado.

Cosa parecida experimenté en la meditación de los demás misterios de la vida privada de Jesús, aunque no los gocé con la misma intensidad.

Estas delicias se alternaban con los sufrimientos que me ocasionaban las faltas que cometía, y me creaba yo misma con el sentimiento de haber ofendido a mi Dios y la aprensión de que se habían roto las relaciones íntimas que me unían a El cada vez que cometía alguna falta, aunque fuera una simple imperfección involuntaria.

[179] En este período no vivía tan abstraída como antes de las criaturas ni me separaba de ellas el abismo que dije, aunque sí algunas distancias. Me sentía sola, segregada de ellas, pero con vías de comunicación, para comerciar [22] cuando se ofrecía ocasión y lo hacía sin las dificultades que anteriormente. Por esta razón, en el comercio humano o comunicación con las religiosas cometía algunas faltas leves por complacerlas o por hacerlas un bien, y estas faltas y el no poder practicar las virtudes en grado heroico, *habitualmente,* como lo hacía en el estado anterior, me producía grandes inquietudes. Era porque creía que estaba en mi mano sustraerme al pecado absolutamente, y rea-

[22] *Comerciar, comercio.* La M. Sorazu usa con bastante frecuencia estas voces en el sentido de trato, relación, tener comunicación unas personas con otras. La acepción está registrada en la 20.ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, de 1984.

lizar todo lo que deseaba en el servicio de Dios, y practicar las virtudes en estado ordinario con la perfección que solía cuando me concedía auxilios extraordinarios.

Cuando cometía alguna falta o me persuadía que la había cometido, v. g. si no me levantaba de noche por haberme dormido, me ponía de rodillas en la presencia de Dios, y arrepentida como si hubiera cometido un pecado grave, le decía: «Perdonadme, Dios mío, y reanudad las relaciones establecidas entre los dos —que se habían roto, sin duda—; perdonadme sólo por esta vez, pues prometo fidelidad absoluta en lo sucesivo. Jamás volveré a ofenderos; y si (lo que no espero) os ofendiere, condenadme al infierno, *os conjuro,* no me perdonéis».

Creía que no volvería a cometer ninguna falta más, por eso le conjuraba que me condenase si caía, lo cual repetía todas las veces que reincidía, siempre con el mismo arrepentimiento.

[180] Por el tiempo que refiero, una o varias veces me visitó Jesús en la celda bajo la forma de un sol divino, o de una faz divina hermosísima que fulgura rayos de luz clarísimos que no permiten contemplar sus facciones. Al verle me sentía bañada de gozo. Un día vi la divina Verdad o a Dios N. S. identificado con la Verdad de un modo que no puedo explicar, pues fue una visión muy espiritual. Otro día revelóse el Señor a mi alma como amante enamorado y ansioso de favorecerme con sus dones. Quise sustraerme a su divino querer temiendo que le iban a despreciar las personas a cuyo conocimiento llegaren las mercedes que quería concederme, y le rogué se lo concediese a otras almas inocentes en quien serían estimados sus dones y mirados con veneración por los sabios y nobles del mundo.

Díjome el Señor que a los que favorece con su predilección sabe hacerles dignos de recibir sus dones y que así lo haría conmigo y que no temiese que los sabios le despreciaran porque se comunica a mi alma y me favorece con prodigalidad.

[181] Otro día me requirió para el apostolado de la oración, significándome el valor que prestaba a mis súplicas mi estado excepcional o los íntimos lazos que a El me unían.

Otro día, estando yo ansiosa de glorificar a la Virgen sometiendo a su imperio todos los reinos del mundo, entendí que sería elegida abadesa de esta Comunidad, a pesar de mi deseo de sustraerme a dicho cargo, y que la Señora me pedía que renunciase a su favor los honores y título de abadesa cuando se cumpliese la predicción, ya que deseaba someter a su imperio todas las naciones.

[182] Otro día, cuando tocaban a Misa en la Iglesia de S. Pablo [23], vi el cielo abierto y a Jesús que se preparaba para bajar a la Iglesia de referencia, donde vi después reproducidos los misterios de la Encarnación, Nacimiento, vida, pasión y muerte del Salvador por misterioso modo con dulcísimos y soberanos efectos en mi alma. A partir de este momento me sentí favorecida con una noticia sustancial soberana del Verbo Encarnado Sacramentado, cuya presencia gocé con viveza varios meses, y después me duró su influencia dos o tres años. Por esto cuando oía tocar a Misa me bañaba de gozo. Laus Deo.

[23] Iglesia de S. Pablo, regentada por los PP. Dominicos. Se halla bastante próxima a la Concepción.

LIBRO TERCERO

Comprende la historia de mi vida desde la edad de 22 años a los 31

CAPITULO I

Nuestra Comunidad en el convento de Jesús María

[183] Nuestro Excmo. Prelado Don Antonio María de Cascajares, enterado de que amenazaba ruina parte del edificio, de acuerdo con la R. M. Abadesa, dispuso que esta santa Comunidad fuese trasladada al convento de nuestras muy amadas hermanas de Jesús María [1].

En cumplimiento de este acuerdo el día 11 de septiembre del año 1895, después de celebrar el santo sacrificio de la Misa y distribuir el Pan de los Angeles a la Comunidad, nuestro Excmo. Prelado por sí y su Provisor empezó a conducir a las religiosas al citado Convento en su mismo Coche.

Las primeras que salieron del Convento fuimos mi M. Maestra y servidora, que no pudo llevar el coche más de dos religiosas por llevar con nosotras la santa Imagen de la Purísima, conocida entre nosotras con el nombre de «Napolitana».

[1] Convento de Jesús María. Trátase de otro convento de la misma Orden Concepcionista que en los días de M. Sorazu estaba ubicado en Valladolid, c/. Sanz y Forest, 5. Posteriormente se ha trasladado al barrio de S. Pedro Regalado, en las afueras de la ciudad.

[184] Tres días antes del traslado me había preparado el Señor para este acontecimiento triste para la Comunidad, pues se trataba de abandonar la propia casa, aunque temporalmente. Prevenida como estaba para este lance, la noche que precedió a nuestra salida del convento la empleé (en su mayor parte) en arreglar los muebles y rendir gracias a Dios y a la Sma. Virgen de los muchos y singulares favores que me prodigaran en este sagrado Claustro desde el día y hora que penetré en él y a la vez solicitar el auxilio y protección divina para continuar mi vida de fervor en el convento de Jesús María, donde entendía que me esperaba el Señor y su Sma. Madre para colmarme de nuevas gracias.

Las religiosas, especialmente las ancianas, lloraban amargamente, pero servidora no podía sentir abandonar una casa donde tantos prodigios había obrado el Señor a favor de mi pobre alma, porque entendía que era ésta la voluntad de Dios, en cuyo cumplimiento cifraba mi felicidad y porque esperaba que el Señor y la Sma. Virgen en el convento de Jesús María serían para mí los mismos que fueron en esta santa casa, y que allí continuarían derramando sus gracias sobre mi alma pecadora.

[185] Antes de salir, besé muchas veces el pavimento y paredes de la celda que presenciara mis relaciones con Dios y con la Santísima Virgen, a quien expuse mis ansias de hacer grandes cosas por su amor en Jesús María.

Besé igualmente el pavimento y paredes de todos aquellos lugares donde había recibido algún favor singular de Dios nuestro Señor, repitiendo las mismas súplicas y acciones de gracias. Y por último, al salir del convento, en la portería, besé el suelo, y de rodillas oré un momento, rendí gracias al Señor y a nuestra Madre Pma. por los beneficios recibidos en esta santa casa, púseme en sus manos dispuesta a morir en Jesús María si fuese ésta su voluntad, y caso que no, les pedí que cuando volviese a fijar mis plantas en el umbral de la puerta de este sagrado recinto, pudiese contar con muchos y grandes servicios prestados a los mismos

en el convento de Jesús María, donde quería procurarles mucha gloria.

Durante el trayecto continué orando y suplicando a María (cuya imagen sostenía en el coche) que se dignase protegerme y se dejase hallar de mi alma en Jesús María como lo había hecho en esta santa casa, porque sin Ella no podía vivir, etc., etc.

[186] Las hermanas de Jesús María nos recibieron muy bien, como era de esperar de su notoria bondad. Cuando entré en la portería, besé el suelo y pedí la bendición a la R. M. Abadesa de nuestras queridas hermanas, quienes me condujeron al coro.

Las primeras impresiones que recibí cuando penetré en aquel bendito claustro fueron gratísimas por el grande amor y entusiasmo que las hermanas sentían por nuestra Madre Pma., pues mi mayor felicidad consistía en que la Virgen fuese amada y honrada cual se merece.

Al entrar en el coro, recibí o tuve cierta comunicación con la Virgen Sma., que me produjo gran contento. La noche del mismo día, al tiempo de recitar la Antífona *Conceptio tua* en la ordenación [2], tuve otra comunicación con la Sma. Virgen en la que entendí que la divina Señora una vez más en aquella santa casa me recibía bajo sus Auspicios y que continuaría prodigándome sus cuidados maternales, con lo que quedé muy consolada y con vivos deseos de prestar grandes servicios a mi Dios y a mi Pma. Madre en aquella santa casa y adquirir un alto grado de santidad.

[187] La Comunidad de Jesús María me gustó mucho por

[2] *Ordenación.* En algunas Comunidades religiosas, estancia o recinto situado a la entrada del comedor o refectorio, en el que se hacían ciertas oraciones y plegarias. La antífona «Conceptio tua» ha sido muy cantada en las Comunidades religiosas de la familia franciscana: «Tu Concepción, Virgen Madre de Dios, anunció la alegría a todo el mundo, pues de ti nació el sol de justicia, Cristo, nuestro Dios, el cual, borrando la maldición, nos trajo la bendición y triunfando de la muerte nos dio la vida eterna» (Cf. la fiesta del 8 de Septiembre, oficio de Laudes).

la paz y armonía que reinaba en ella. La M. Abadesa era bondadosísima, un alma angelical, prudente y caritativa, y todas las hermanas muy afables, sencillas y cariñosas. Se portaron con nosotras admirablemente: no sabían qué hacer por complacernos y consolar a las Ancianas, que lloraban mucho al verse fuera de su convento. En cambio yo estaba contenta y alegre, hecha una pascua, porque allí como aquí, todo me hablaba de Dios, a quien encontraba doquiera le buscaba.

Todo lo que veía me elevaba y enfervorizaba porque me parecía que sentía la presencia de Dios y de la Sma. Virgen en todo el convento.

Estas fueron mis primeras impresiones en el convento de nuestras queridas hermanas de Jesús María. Pero después, empecé a exteriorizarme y a dejar los ejercicios de penitencia y oración que practicara en esta santa casa, y con este motivo me extravié una vez más del camino de la perfección y me metí en nuevo período de sufrimiento. Descendí del elevado camino por donde me llevaba el Señor por conformar mi vida con los deseos y sentimientos de mis queridas hermanas de Jesús María, a las que me aficioné mucho y quería complacerlas en todo, pero como no eran éstos los designios de Dios relacionados con mi alma, me llené de remordimientos y ansiedades, y reducida a un estado de gracia casi común y ordinaria, quedé como si me hubiesen quitado a Dios y con El el espíritu seráfico, la pobreza, la humildad y demás virtudes, excepto la devoción a la Virgen Sma.

[188] Con el vacío inmenso que sentía en mi alma, y los remordimientos de conciencia que me devoraban en este nuevo género de vida, me metí en un abismo de confusiones, dudas e incertidumbre de mi salvación, y empecé a sufrir horrores por haberme extraviado nuevamente del camino de la perfección, y en cierto modo alejado de Dios, único y sumo Bien mío.

Comparaba el fastidio y aburrimiento presente (porque

fuera de Dios no me satisfacía nada) con el elevado estado que antes tenía y la felicidad que gozaba en él, y me moría de pena, de sentimiento y dolor de mi extravío, y suplicaba al Señor que perdonase mi deslealtad y me colocase nuevamente en el camino de la santidad porque no podía vivir sin El habiendo gustado su infinita bondad y suavidad.

[189] En este período de sufrimiento, se reprodujo la necesidad de traducir mi alma toda a un Ministro de Dios, que había sentido de recién profesa, pensando que cualquiera de los Ministros de Dios que, enterado de mi vocación a la santidad y de los singulares favores que había recibido de Dios N. S. los dos años que precedieron a mi traslado a Jesús María, y me viese vivir como una de tantas religiosas por no tener quien me sostuviese en el camino emprendido, se lastimaría de mi alma y me ayudaría a elevarme nuevamente a Dios N. Señor y a responder a sus designios.

El Confesor ordinario ignoraba en absoluto los favores que había recibido de Dios y mi vocación a la santidad, y por esto me aconsejaba que me conformase en todo con la vida que hacían las hermanas de Jesús María, y esto precisamente era lo que me perjudicaba, no porque fuese reprensible, ni mucho menos, la vida de las hermanas, sino por mi especial vocación a la santidad. Quería traducir al Confesor el estado de mi alma, mis sufrimientos y ansiedades, dudas, temores, etc., pero no podía hacerlo, y es por esto que pedía al Señor me concediese la gracia de un buen Director que me ayudase a salir de mi triste situación.

[190] Padecí mucho en este sentido, porque acostumbrada como estaba a vivir unida a Dios íntima y habitualmente en completa soledad y abstracción de criaturas, no podía vivir exteriorizada sin padecer indecibles angustias, pues no parecía sino que me habían bajado del cielo a la tierra.

En este estado de sufrimiento muchas veces me querellé de que Dios N. Señor no me hubiese quitado la vida el 25 de Septiembre de 1894, cuando le pedí me la quitase si prevía *(sic)* que volvería a ofenderle aunque fuese con un peca-

do venial, porque sería insoportable mi pena si me sucediese tal desgracia. Y como desgraciadamente me acontenció lo que me temía, no me faltaba razón para quejarme, si bien la culpa era mía, no de Dios N. Señor.

Pero no todo fue padecer, porque tuve también períodos de consolación, aunque éstos no fueron tan largos ni tan divinos como los que experimenté en esta santa casa antes de ir a Jesús María. Laus Deo.

CAPITULO II

Elevación de mi alma a Dios en el período de vida que refiero y mis tratos de unión con Jesús

[191] En el capítulo precedente dije que no todo era padecer en mi nuevo período de sufrimiento. Dios N. Señor me había prometido en momentos solemnes —el 25 de Septiembre de 1894— que si me extraviase nuevamente vendría en pos de mí y no dejaría de perseguirme con su gracia hasta subyugarme. En cumplimiento de esa promesa, y en virtud de las divinas huellas que el mismo Dios dejara en mi alma en las divinas comunicaciones que recibí de su Bondad poco antes de ir a Jesús María, no dejaba nuestro Señor de atraerme hacia El, ni podía mi alma permanecer mucho tiempo exteriorizada lejos o ausente de Dios en el convento de Jesús María cuando me extravié del camino de la virtud.

La naturaleza entera parecía que me hablaba al alma y me elevaba a Dios tan pronto como me retiraba de las criaturas y quedaba sola en la celda, huerta u otra parte cualquiera del convento, a no ser que hubiese cometido alguna falta notable, y los remordimientos de conciencia no me dejasen acercarme a mi Dios.

[192] Sólo el canto de las ranas [3] era suficiente para ele-

[3] El canto de las ranas. En aquel entonces el río Esqueva discurría por las proximidades del convento. Nada tiene, pues, de extraño que Sor Angeles escuchara el canto de las ranas.

var mi espíritu a Dios, pues todo, todo parecía que me convidaba a una vida sobrenatural y divina, a un acto de alabanza y amor constante con Dios.

Cuando me vi exteriorizada y reconocí mi nuevo extravío, atribuyendo éste a mi falta de firmeza en el bien, y esta falta de consistencia a mis pocos años y menos formalidad, entré en nuevos tratos de unión con Jesús, pero con la condición de no entregarme a El definitivamente en concepto de esposa hasta cumplidos 25 años (tenía 22, cerca de 23) ni permitir que Su Majestad se entregase a mi alma, se entiende en concepto de Esposo, pues como Dios ansiaba poseerle y quisiera se me e[n]tregase continuamente. Puse esta condición porque me temía de mi flaqueza y poca formalidad un cuarto extravío, si antes del tiempo prefijado se entregaba el Señor a mi alma —como lo había hecho dos años antes— y me elevaba a estado de unión habitual con El, pues ya estaba harta de extravíos y escarmentada de mi inconstancia.

[193] Estos tratos de unión con Jesús, los tenía especialmente con el mismo divino Jesús Sacramentado y gozaba mucho en mis relaciones de purísimo y acendrado amor con El. Penetrando el secreto de mis goces, en el trato y comunicación con Jesús, un día, una de las Madres de Jesús María me dijo que cuando fuese vieja no me regalaría Jesús como me regalaba entonces.

—¿Cómo? (la contesté) espero que cada día me amará y regalará más, porque será más íntima nuestra unión.

—No por cierto (repuso la Madre), Jesús a las viejas nos deja a un lado, y lo mismo hará con Vd., ya lo verá...

—No lo creo (dije), eso sí que no, pero ya que lo afirma Vd. procuraré asegurar su cariño y amistad antes que me entregue al Señor definitivamente en concepto de esposa.

—Pues qué (dijo la Madre), ¿no es Vd. esposa de Jesús?

—No (contesté), lo seré cuando sea mayor de edad, por eso estoy a tiempo todavía para admitir o rechazar el místico desposorio que quiero sea eterno, y nuestra unión in-

disoluble, y que Jesús mire bien si le conviene recibirme por esposa mientras yo me preparo.

[194] Me retiré a la celda, adoré al Señor como de costumbre, y le conté lo que me había dicho la religiosa de referencia, y le expuse mis cuidados sobre mi porvenir si su Bondad divina me abandonaba cuando llegase a la ancianidad después de haberme tenido entretenida con El sin más amistad ni relaciones que las suyas divinas en mi juventud. Entendí que Nuestro Señor, siempre, toda mi vida, sería el mismo para mi alma, como yo esperaba, no lo que me había dicho la precitada Madre, pues Jesús abandona en la vejez en el sentido que me había dicho la religiosa de referencia, esto es, que no las prodiga sus divinas caricias, a aquellas religiosas que le sirven con reservas y que después de haber empleado su juventud en pasatiempos y placeres terrenales se dedican a su amor y servicio cuando, agotadas sus energías, no están más que para cuidarse y buscan siempre sus intereses personales, de cuyo número no era mi alma, aunque pecadora, porque vivía sólo para El. Me quedé contenta como una pascua, anhelando la unión perfecta de mi alma con Jesús, y con vehementes deseos de prestarle nuevos y grandes servicios para procurarle mucha gloria y asegurar su misericordiosa benevolencia a mi favor para siempre jamás. Laus Deo.

CAPITULO III

La noche buena. Mis relaciones con la Virgen y con Dios

[195] En el mes de Diciembre de 1895, sintiéndome llamada a mayor perfección y para esto a celebrar con especial devoción el misterio del Nacimiento de N. S. Jesucristo, pedí permiso al Confesor y Superiora para practicar un triduo de retiro en compañía de tres religiosas jóvenes.

Obtenido el permiso, practicamos el retiro con mucho

fervor los días inmediatos a la Natividad. Las hermanas de Jesús María cerraban las puertas del dormitorio por la noche, y como no podíamos ir al coro, acordamos cantar los maitines en la celda de una de las tres mencionadas religiosas, quien tenía un Niño Jesús en una especie de altar.

El 24 de Diciembre, por la mañana inmediatamente después de recibir la sagrada Comunión, fui a la celda de referencia y supliqué a Jesús —que poseía en mi pecho— que se dignase santificar con su presencia dicha celda y consagrarla en oratorio, y por la noche presenciar y aceptar los homenajes que pensábamos tributarle para conmemorar su santo Nacimiento.

[196] A las diez de la noche nos reunimos para cantar los Maitines. Yo llevé conmigo el cuadro de la Inmaculada que tenía en la celda para hacer extensivos a la Señora las alabanzas que tributaríamos a Jesús y porque no podía prescindir de la Virgen, que era mi vida y mi alimento. Me puse delante del altarcito del Niño Dios y a mi lado sobre una silla el cuadro de la Inmaculada. Dos religiosas cantaban los salmos y otras dos alternábamos los versos repitiendo al final de cada uno el Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto et Maria Virgine *(sic)*.

Así cantamos todos los Maitines, Te Deum y Laudes, que resultaron muy largos para mis compañeras, pero brevísimos para mí, que rebosaba fervor y felicidad. No sabía si estaba en el cielo o en la tierra ni qué fiesta celebraba, pues me veía favorecida con la presencia de la gloriosa Trinidad y de la Virgen Sma. en una región mística que parecía el cielo.

[197] Imposible describir lo que gocé y la actividad que desplegué en obsequio de mi Dios Uno y Trino, y de su Unigénito Humanado Niño y singularmente en obsequio de la Sma. Virgen objeto especial de mi culto y de mi amor. Ella se llevaba mis atenciones y afectos debido a la influencia mariana que trabajaba mi alma.

Terminados los Maitines, antes de cantar los Laudes, una de las religiosas representó a la Virgen fajando al divino

Infante y servidora le ayudaba como sustituta de S. José. Terminados los Laudes, sorteamos cuatro papeletas, que contenían cuatro virtudes, una para cada religiosa. A mí me tocó «*Amar y glorificar* a la Madre de Dios en nombre de todo el género humano».

[198] ¿Cómo explicar lo que pasó por mí cuando me vi favorecida por la suerte con el cargo de amar y glorificar a la Madre y Reina de mi corazón, en cuyo amor ardía? Me chiflé por completo, y me retiré a la celda ebria de gratitud y entusiasmo. No sabía qué hacer para manifestar a Dios mi reconocimiento, porque con la suerte o por medio de la suerte (le había rogado que nos diese a cada una la virtud que le agradaba) venía a confirmar y perpetuaba mi vida mariana y cumplía mis anhelos de que la Virgen fuese toda mía.

Mis relaciones con la Señora se estrecharon, y no puedo expresar los misterios de amor mariano que se cumplieron en ellas a partir de este momento.

Como dije en el libro segundo, mi alma vivía del amor e imitación de la Sma. Virgen, de su vida y virtudes, y en Ella y con Ella amaba a mi Dios. Para todo me inspiraba en la Señora y singularmente en mis relaciones con Dios.

[199] Las formas en que me figuraba ver a la Virgen o aprendía su presencia fueron éstas: 1.ª Como bellísima Niña de diez a doce años que me representaba el período de vida anterior a la Encarnación, o sea, desde su Concepción hasta la Anunciación. Parecíame ver a Dios Uno y Trino representado en la divina persona del Padre, fija su mirada en la Virgen y que la decía: «La que habitas en los huertos los amigos te escuchan, hazme oír tu voz» [4]. Por los huertos entendía los atributos de Dios que contemplaba la Virgen. Los amigos sus Angeles custodios que extáticos contemplaban las relaciones establecidas entre Dios y la Virgen.

En el mismo período, contemplaba a la Señora, de unos

[4] *Cant* 8, 13.

quince años, en el templo consagrada al culto divino y abstraída del comercio humano. En esta forma me representaba a la Señora cuando hacía mis confesiones y desahogaba con ella las inquietudes que me ocasionaba la comunicación de las religiosas, a la que no podía sustraerme como antes cuando vivía en mi convento. 2.ª En el misterio de la Anunciación, y como Madre de Dios en el período de expectación. 3.ª Gloriosa, radiante de majestad y beatitud en el cielo. En su obsequio en forma de jaculatorias, diariamente y con frecuencia recitaba, o recordaba con la mente, las partes que componen el oficio de la Asunción de nuestra Señora, y el salterio de S. Buenaventura [5], que fueron mis devociones favoritas después del santo Rosario.

[200] En este período continuaba experimentando el favor que dije en otro lugar del vivo sentimiento de la presencia real de la Divinidad en todas partes. Lo gustaba con tanta viveza, que aunque la fe no me lo enseñara, lo creyera y diera mi vida en testimonio de esta verdad que experimentaba visiblemente. La presencia divina me producía maravillosos efectos siempre, pero singularmente en el retiro de mi celdita, a no ser que estuviera preocupada con las ansiedades que padecía con frecuencia y me retraían de Dios.

Nuestro Señor no me favorecía ni me regalaba como antes, pero *sí* me procuraba deleite y descanso cuando me actuaba en su presencia. Una de mis devociones consistía en derramar mi alma en la presencia de Dios con mis cuidados, necesidades y deseos, y resignarme enteramente en su divino querer. Otra, atender o escuchar la dulce armonía de la creación, que me hablaba de mi Dios y al unísono con ella tributarle alabanzas. Otra, contemplar a Dios en la forma

[5] *Salterio de San Buenaventura.* En 1875 se publicó en Barcelona *Salterio Mariano de San Buenaventura*; traducción de Fr. Ramón Buldú, Menor Observante; 211 páginas (texto latino y castellano). Probablemente es la edición que conoció Sor Angeles. Este opúsculo no figura en la edición crítica de las obras de San Buenaventura (Quaracchi, 1882-1902). Con toda seguridad se trata de un apócrifo, o sea, de una obra supuestamente atribuida al Seráfico Doctor.

que me inspiraban los divinos misterios que contienen el Credo y los artículos de la Fe e inculcaba en mí la oración Dominical o las alabanzas que recitaba N. P. S. Francisco antes del oficio divino y están al principio de nuestros breviarios. Otra, practicar los actos de religión y virtud que la Virgen Santísima aconsejó a la Vble. M. Agreda y contiene la doctrina que sigue y pertenece al capítulo 21, libro 1.° de la *Mística Ciudad de Dios.*

[201] En cada una de estas devociones experimentaba cierta elevación de espíritu y unión con Dios y gozaba mucho ordinariamente, aunque no me correspondiera con manifestaciones visibles de su infinito amor, porque era Dios mi centro: fuera de El vivía muriendo como el pez fuera del agua.

Todos, o casi todos los días, meditaba unos momentos en el trance supremo y también en esta meditación gozaba mucho y me unía a mi Dios. Una fuerza secreta me impulsaba hacia Dios constantemente y me arrastraba al completo abandono a su voluntad santísima, y cuando resistía a ella, padecía horrible violencia.

Me consideraba en estado de gracia común y ordinaria, y a pesar de eso notaba las distancias que me separaban de las religiosas con quien vivía, y que estaba más cerca de Dios que de éstas, más unida a El que a las criaturas. Deseaba la muerte para mis padres y hermanos —si convenía a la gloria de Dios— para tenerlos cerca de mí, o unidos a mi alma en Dios en quien lo poseía todo, porque me daba pena verlos en el mundo lejos de mí. Es que vivía en la eternidad más que en el tiempo, en Dios más que en mí misma, y miraba como lejos de mí a los mortales.

[202] Rogaba mucho por el mundo, y continuamente encomendaba a Dios todas las necesidades de las cuales tenía noticia, pero me inspiraban especial interés los agonizantes, los encarcelados, y la juventud que corre en pos de las vanidades del mundo.

Profesaba singular devoción al Sagrado Corazón de Jesús,

y practicaba varias devociones en su obsequio, y casi todas las horas del día me dirigía a El para rendirle mis homenajes o hacer algún coloquio, entrega, etc.

[203] Un día en el claustro, junto a la portería, Dios N. S. se dignó favorecerme con cierta noticia general confusa de su infinita bondad y caridad. No puedo explicar lo que aquello fue, pero yo experimenté una cosa muy divina y comprendí el infinito amor de Dios Padre al género humano que le moviera a entregarnos su divino Hijo en el misterio de la Encarnación. La noticia dejó huellas imborrables en mi alma, de las cuales una fue profundo reconocimiento por el beneficio de la Encarnación, que empecé a agradecer a mi Dios en nombre de todos los hijos de Adán. Por esto, y por un *no sé qué* inefable que gocé, la recuerdo con amor y respeto, y humilde gratitud al Señor que se dignó favorecerme con ella.

Las cuatro religiosas que la noche de Navidad nos reunimos para cantar los Maitines, acordamos saludarnos siempre que nos encontrábamos con una jaculatoria al objeto de nuestra contemplación que nos tocó en suerte. Servidora, por ejemplo —que me tocó la Virgen Santísima—, alababa a la Señora diciendo: «Amada y glorificada sea la excelsa Madre de Dios en el cielo y en la tierra, especialmente de todos los hijos de Adán». Las demás alababan a Nuestro Señor en el misterio que les tocó en suerte. Esta devoción la practicamos mucho tiempo, sin llamar la atención a las religiosas que no participaban de nuestra vida y sentimientos. Después lo dejamos, no sé por qué motivo. Laus Deo.

CAPITULO IV

Contemplación de Jesús en su vida pública

[204] Si mal no recuerdo, el año 1894 ó 95 antes de ir a Jesús María, varias veces, asistiendo al santo Sacrificio de la Misa, cuando se leía el Evangelio, sentí cierto llamamien-

to por parte de Jesús que me atraía hacia Sí, a cuyo llamamiento procuraba responder exponiendo al Salvador mis ansias de ir a El.

Fuera de la santa Misa experimenté alguna vez este mismo llamamiento con alguna variante en la forma del llamamiento, pero con el mismo fin de inflamarme en su divino amor e inspirarme el deseo de seguirle.

Por el mismo tiempo sentí como deseos de saber todo lo que había hecho Jesús durante su vida mortal en el mundo y de leer la sagrada escritura, especialmente las profecías de Isaías y Jeremías. Ignoraba que en el santo Evangelio estuviesen consignados los hechos de Jesús, ni sabía que hubiese libro de evangelios en lengua vulgar [6].

[205] Como medio año después que fui a Jesús María, un día, ayudando a la H.ª Librera a colocar unos libros, me llamó la atención uno en rústica. Pregunté qué libro era aquél, y me contestó que los santos Evangelios. No es posible explicar el gozo que recibí con esta noticia. Parecióme que había hallado un tesoro de inestimable valor, y con él todo lo que podía anhelar en este mundo. Pregunté a la Hermana si tenía inconveniente en dejarme dicho libro para leer, y habiéndome contestado que no, se lo pedí, y cuando hube terminado mi labor, me retiré a la celda con mis santos Evangelios rebosando gozo por el feliz hallazgo.

[206] Lo mismo fue empezar a leer los santos Evangelios que quedar mi entendimiento como poseído de una idea divina, cuya idea no era otra que Dios Humanado bajo forma bellísima. Parecíame ver a Jesús de edad de unos treinta años, como un Ser luminoso de belleza sobrehumana, hermosísimo, afabilísimo, de color de hierro candente, como si su cuerpo estuviese informado del elemento del fuego. Esta idea divina quedó como impresa en mi

[6] Puede causar extrañeza esta ignorancia, pero hay que tener en cuenta que en aquel tiempo no estaba generalizada, como más tarde, la sensibilidad o afición por la lectura de los evangelios ni abundaban las ediciones de éstos en lengua vulgar.

entendimiento, por lo cual en adelante en el coro, en la celda, dondequiera que estuviese, parecíame ver a Jesús, pero vivo, no como una imagen inanimada.

Con esta visión de Dios Humanado leí los santos Evangelios, y ¿cómo explicar los efectos que produjo en mí su lectura? Parecíame ver a Jesús hablar y obrar todo lo que leía en los santos Evangelios referente al mismo Salvador, y verle conversar con los hombres en la tierra con tanta afabilidad y ternura, tanta llaneza y bondad, yo que le estimaba tanto y tenía de su infinita bondad y excelencia una idea tan elevada (aunque inferiorísima respecto de lo que es en realidad) quedaba como estupefacta y no cesaba de repetir con asombro creciente: *Jamás hubiera creído ni llegado a pensar siquiera* que todo un Dios se portase de esta manera con los hijos de los hombres, si no lo viera en vuestro santo Evangelio. ¿Cómo había de creer yo que un Dios infinito, inefable, se dignase conversar familiarmente con los hombres y acompañarse con éstos si tenía por un acto de condescendencia infinita el que se ocupase de nosotros en concepto de Criador y Salvador, pero de lejos, sin salvar el infinito abismo que le separa de sus criaturas? Y este Dios infinito, no contento con tomar carne humana para redimir al hombre y atestiguarle su amor, portarse en el mundo como uno de nosotros con tanta llaneza y afabilidad, ¡qué prodigio de bondad!, ¡qué caridad la vuestra tan divina, Dios mío!, ¡qué extremo de condescendencia y humildad!

[207] Como unos diez años me duró la estupefacción que me produjo el conocimiento de la infinita bondad y afabilidad del Verbo Encarnado y de su misericordiosa benevolencia que adquirí mediante la lectura de los santos Evangelios, y a medida de la grandeza de mi asombro era también mi entusiasmo y el afecto con que le amaba. Sentía un ansia grande de reproducir en mi alma la vida de Dios Humanado, de hacer todo lo que entendía y veía en los evangelios que había hecho Jesús en su vida mortal, ayunar

como El, velar, dormir, vestir, orar y amar como Jesús, y padecer lo que El padeció, y de tal manera anhelaba esto que el no poder hacerlo me producía una violencia y desconsuelo muy grande.

No imitando a Jesús estaba violenta, como fuera de mi centro, y como desgraciadamente no podía imitarle en muchas cosas, padecía lo indecible, tanto que si estuviese en mi mano elegir entre vivir en el mundo rebosando delicias espirituales, pero sin imitar a Jesús, o en el infierno penando, pero cumplimentada[7] mi ardiente ansia de imitar a Cristo, eligiera esto y dejara aquello, aunque ganase viviendo en delicias el mismo mérito y recompensa que padeciendo en el infierno: ¡tan grande era mi ansia de imitar a Jesús y la necesidad que sentía de esto!

[208] Quería vestir como Jesús una sola túnica, procuraba vestir la menos ropa posible, pero como no siempre podía usar poca ropa por el disgusto que mi desnudez ocasionaba a las religiosas, que miraban las cosas bajo otro aspecto e ignoraban los sentimientos que animaban mi alma, vivía violenta. Quería velar las noches en oración como Jesús. y dormir como El, sin cama, en el duro suelo o sentada; ensayaba a hacerlo un día y otro, pero me ponía mala al día siguiente o el segundo o tercer día, y me veía precisada a dormir en la cama, lo que me producía grande desconsuelo, y remordimiento de conciencia, y me levantaba por la mañana llena de confusión pidiendo perdón a mi Dios Humanado porque no le había imitado en su manera de dormir.

[209] Lo mismo me acontecía en todo lo demás por la imperiosa necesidad que sentía de reproducir la vida de Jesús en mi alma. Pero en lo que padecía más, era en comer. Quería ayunar como Jesús, y mi cargo de cantora me imponía el deber de alimentarme bien, pues de lo contrario no podía emitir la voz ni cumplir mis deberes de cargo.

[7] *Cumplimentada. Sic* por cumplida, satisfecha.

Rogaba a nuestro Señor fervientemente me concediese la gracia de cantar sin necesidad de cuidarme, y no otorgaba mi petición, y al verme obligada a comer como las demás religiosas, y en los días de especial trabajo mejor que ellas, aunque veía que era necesario y que Dios no se daba por ofendido de mis cuidados corporales, padecía lo indecible, y esto no padecí solamente en el período de vida que refiero, sino casi todo el tiempo que ejercí el cargo de cantora, que fue como doce años. La naturaleza de estos sufrimientos y su intensidad no lo pueden comprender sino las almas llamadas con fuerza irresistible a la imitación más perfecta posible de Jesucristo, como lo fue la mía en el período de vida que refiero. Laus Deo.

CAPITULO V

El período de sufrimiento. La despedida

[210] Como todas las religiosas Concepcionistas celebraba la fiesta de la Inmaculada con singularísima devoción. Todo el año suspiraba por que llegase pronto la solemnidad de la Inmaculada Concepción, mi Madre y Patrona, y cuando comenzaba el santo novenario que esta Comunidad celebra en su honor todos los años del 30 de Noviembre al 8 de Diciembre, me abismaba en la contemplación del inefable misterio y de los privilegios y virtudes de la Señora, y permanecía así hasta su fiesta, y a veces hasta pasar la octava, rebosando felicidad.

Una pequeña nube interceptaba la corriente mariana jubilosa que regaba mi espíritu. Era que el cargo de cantora me imponía el sacrificio de alimentarme contra mi inclinación o la imperiosa necesidad que sentía de imitar a mi Dios Humanado en sus ayunos y vigilias. La necesidad era tan apremiante que prefería el infierno al cielo si allí se me concedía el cumplimiento de mi ardiente anhelo de imitar a Jesucristo.

[211] Padecía, pues, mucho al verme precisada a cuidarme para poder desempeñar mi cargo, por cuyo motivo a ratos deseaba se pasaran cuanto antes los días del santo novenario, prefiriendo la imitación de Cristo a los consuelos que experimentaba en ellos. La violencia y pena que me producía obrar en contrario de mi inclinación a reproducir la vida de Jesús fue más intensa en los días del novenario de nuestra Madre Pma. del año 1897, sin duda porque estaba más unida al Señor, por manera que anhelaba con ardor se deslizaran cuanto antes, y contaba hasta las horas que faltaban para terminar el santo novenario, y descuidando del cuerpo y de cuanto al tiempo pertenece, abandonarme a la acción divina que me arrastraba a la perfecta conformidad con mi Dios Humanado.

Así lo hice el 8 de Diciembre en el momento que se terminó la función de la tarde, y con tanta mayor impetuosidad me abismé en Jesús, cuanto habían sido más intensos mis sufrimientos y la violencia que padecí mientras estuve fuera de mi centro. Deseando resarcir los ayunos omitidos por cumplir con mi cargo, debí excederme en ellos, aunque yo no lo notaba, porque vivía más en Jesús que en el cuerpo, pero mi salud sufrió quebranto, y el 25 por la noche, estando con la comunidad en el refectorio, me dio una especie de ataque, y asustadas las religiosas me llevaron a la cama.

[212] Yo me sentía muy favorecida de Dios desde el momento que, abandonándome a la acción divina, ésta me conducía a la identificación con mi Dios Humanado, y singularmente desde la noche anterior, o sea, la noche de Navidad, en la que fui favorecida con una comunicación divina: me pareció verme elevada a la intimidad que gozara con Dios el 25 de Septiembre de 1894. Por esta y otras razones sentí mucho el inesperado accidente, y mucho más cuando vi la preocupación de las religiosas y su resolución de quitarme los ayunos y penitencias voluntarias y también las comunes o regulares. Así lo hicieron de acuerdo con el

Confesor y Médico, y me recriminaron por mis excesos, atribuyendo a éstos el ataque y la enfermedad que según ellas padecía hacía mucho tiempo, lo cual no creí, porque no sentía achaque ninguno, fuera de una pequeña alteración en el sistema nervioso.

[213] Me persuadí una de dos, o que el diablo envidioso de mi bienestar espiritual, con el perverso fin de exteriorizarme y privarme de la intimidad que gozaba con Dios hacía ver a las religiosas que servidora estaba enferma para que me vigilasen y estorbasen la práctica de las virtudes, o que yo era una ilusa, y creyendo seguir la voluntad de Dios en mis ayunos y penitencias, había obedecido al diablo, como me lo aseguraron las religiosas. En el último caso quería yo que me permitiesen observar los ayunos y penitencias regulares para contrariar la perversa voluntad del demonio, que según el criterio de las religiosas había querido por este medio impedirme la regular disciplina.

No quisieron acceder a mis ruegos, sino que todas repetían que jamás me dejarían observar la regla, y me afligían con sus razonamientos porque estaban orgullosas porque me había humillado Dios N. S., poniéndome mala delante de todas por no haber cumplido yo con el deber de manifestar mi enfermedad. ¡Cómo iba a manifestar la enfermedad que no sentía ni creía padecer! Me metí en un laberinto de confusiones, y poco después en una terrible tribulación.

[214] Agravóse mi situación con la reprimenda que me dio el P. Confesor porque le decía que estaba bien de salud y no enferma como él y las religiosas pensaban, quien me aseguró que era el demonio el que me inspiraba los ayunos, etc., para inutilizarme. Aprendí que estaba en pecado mortal y poseída del demonio no solamente en el espíritu si que también mi cuerpo, porque sintiéndome con salud no podía rezar ni cantar en el coro y a ratos me veía morir o en términos de perder la cabeza sin entender la causa de tan extraño fenómeno.

A este sufrimiento y a las continuas y graves inquietudes

que me ocasionaba la prohibición de los ayunos regulares y el trato de las religiosas, se agregó el retiro de la devoción sensible. Seis meses duró la tribulación y padecí mucho en ella, siendo mi pena tanto más intensa cuanto fue mayor la intimidad que gozaba con Dios en el período anterior a la prueba. Parecíame que me habían bajado del cielo a la tierra, de la divina contemplación al comercio humano, pues casi todo el día vivía en compañía de las religiosas y en conversación con ellas, sin hacer otra cosa que hablar, comer y dormir, lo contrario de lo que antes hiciera y me sentía llamada.

Al verme exteriorizada, tan lejos de la perfección a que me sentía llamada, me retraje de Dios N. S., dejé la oración o el trato familiar con Dios, y me quedé como muerta. Imposible describir lo que sufrí.

[215] La Virgen Sma. era mi único apoyo y consuelo, y aun ésta pareció retirarse de mí, pues no me correspondía como antes, excepto los días consagrados a Ella, en los cuales se cambiaba mi situación, y disipadas las negras tinieblas que llenaban mi alma, me sentía iluminada y favorecida de Dios, y así pasaba todo el día gozando. El siguiente, mejor dicho, el mismo día por la noche, me sorprendió nuevamente la tribulación y todo lo veía negro, como el infierno, y así vivía sufriendo horrorosamente hasta otra festividad de la Sma. Virgen, a no ser que la Señora me elevase a su intimidad, como lo hacía, benignísima, alguna que otra vez.

Un día singulamente experimenté el feliz cambio y fue de esta manera. Aprendí que si conseguía rezar y cantar en el coro como lo hacía antes, las religiosas no se preocuparían de mí y me permitirían cumplir los ayunos y demás austeridades de la santa regla y practicar el retiro y devociones que acostumbraba antes. Me esforzaba en hacerlo y no lo conseguía. Pensé que sería el demonio quien me impedía rezar —toda vez que me habían asegurado que él me había dirigido por el camino de la penitencia— y con mucho

fervor le pedí a Dios N. S. y a la Virgen Sma. que me libraran de su tiránico poder y me concediesen poder rezar y cantar para que me dejasen observar la santa regla y vivir retirada y consagrada a la oración como antes.

No conseguía la gracia demandada en la oración, y a pesar de esto mi fe y confianza crecía cada día y repetía la súplica con doblado fervor y resignación a la divina voluntad. *[216]* Un día que me encontraba en una situación especial y había pedido mucho a nuestro Señor y a su bendita Madre que cuanto antes otorgasen mi súplica, al ver que no había sido atendida sino que cuanto más rogaba peor rezaba y mayores preocupaciones ocasionaba a la Comunidad, me di por resentida del proceder de Dios y de la Virgen conmigo. Cuando recibí la sagrada Comunión, adoré a Jesús, y luego manifestándole mi resentimiento, le dije: «Quédate ahí, Señor, que yo nunca jamás volveré a pedirte ninguna gracia porque te has burlado de mi fe y confianza. ¡Vamos!, ¡hay que ver lo que estás haciendo conmigo después de tantas protestas de mi fe y confianza en tu bondad, de mi buena voluntad y de tantas súplicas como te he dirigido!»

[217] Me fui a la celda a ofrecer la sagrada Comunión a la Virgen Sma. y depositar en su corazón a Jesús que poseía en mi pecho (así lo hacía todos los días de Comunión) y después de cumplir con las devociones de costumbre. Me acerqué al cuadro de la Inmaculada, y como estaba sufriendo, sin darme cuenta moví la mano en ademán de amenazar a la Señora porque no había otorgado mis súplicas relativas al rezo y canto deseándolo para el santo fin de observar la regla. En lugar de besar a la Virgen como acostumbraba, besé la estampa de la Vble. M. Agreda que tenía colocada en dicho cuadro, a los pies de la Señora, a quien dije: «En adelante a ésta besaré y amaré en lugar tuyo, pues te has burlado de mi fe y confianza». ¡Cosa maravillosa! No había acabado de formular la amenaza cuando me sentí bañada de gozo y favorecida con el sentimiento

de la presencia de la Señora, quien cambió mi situación *. Diríase que temía perder alguna cosa si me retiraba de ella, y para retenerme a su lado que se hacía presente y me favorecía de la manera dicha. La amenaza no me había salido del corazón ni mucho menos estaba en ánimo de sustituir la devoción de la Vble. Madre al amor que profesaba a la Señora, pero mi actitud resentida o impaciente era, sin duda, el medio ordenado por la Providencia para consolarme en la ocasión que refiero y manifestar así hasta dónde llega la infinita bondad y condescendencia de Dios y de la Virgen Sma. [8]

Este fue el último período de mi vida en Jesús María. *[218]* Verificadas las reparaciones necesarias, cuando estuvo la casa en condiciones, el Emmo. Prelado permitió a la Comunidad que volviese a ella. Vinimos el 22 de Junio de 1898. La despedida fue emocionante porque nos queríamos mucho las dos Comunidades; especialmente sentimos la separación las que habíamos estado más unidas y nos habíamos tratado más por razón de los cargos que desempeñamos.

Al despedirme no derramé ninguna lágrima, pero después lloré la ausencia de mis queridas hermanas de Jesús María muchas veces por espacio de dos o tres semanas. No porque estuviera a disgusto en mi casa, sino porque el amor que sentía por ellas me hacía desear su compañía.

* *Nota adicional de la propia M. Sorazu*: Recuerdo este episodio cuando recito en el oficio divino estas palabras: *Ego dixi in excessu mentis meae: Proyectus sum a facie oculorum tuorum. Ideo exaudisti vocem orationis meae dum clamaren ad te.* Desde que empecé a leer la *Mística Ciudad de Dios* profesaba afecto v devoción especialísimas a N. V. M. Mar:a de Jesús de Agreda. La elegí por protectora y modelo en mis relaciones marianas. Por eso tenía su retrato colocado en el cuadro de la Inmaculada a los pies de mi Madre y Señora.

[8] Desde «Un día que me encontraba» hasta «condescendencia de Dios y de la Virgen Ssma.» más la nota que en el ms. se halla en un papelito adicional, se omitió en la 1.ª edición. La cita de la nota se refiere al Salmo 30, 23 («Yo decía en mi inquietud: Estoy dejado de tus ojos. Mas tú oías la voz de mis plegarias, cuando clamaba a ti»).

Era la naturaleza que pagaba el tributo debido a la buena amistad. Jamás olvidaré los beneficios que nos dispensaron nuestras hermanas de Jesús María mientras estuvimos a su lado y sus deferencias con esta pobre pecadora. Dios se lo pague, y me las haga a todas santas.

La noche que vinimos, el rato que estuve en el coro recordé los muchos y singulares favores que había recibido de la infinita liberalidad de Dios y de la Virgen Sma. en este bendito claustro, y deseando corresponder a ellos y secundar los designios divinos propuse comenzar de nuevo mi vida espiritual o renovarla redoblando el fervor, y resarcir las pérdidas habidas —o que creía había habido durante la ausencia— mediante la abstracción completa de las criaturas, de todo trato y comunicación innecesaria de las religiosas, ya que el excesivo trato de criaturas había motivado mi disipación en el convento de Jesús María.

[219] Encontramos la casa arreglada, pero muy sucia, y las jóvenes tuvimos bastante que hacer los tres meses primeros, que empleamos en la limpieza del convento y cultivo de la huerta y del jardín. Todo estaba abandonado, y tan sucio, que de nuestra celda solamente saqué un cesto grande de escombros la mañana siguiente de nuestra venida de Jesús María.

Eramos catorce religiosas, una más de las que salimos para ir a Jesús María. He aquí los nombres: R. M. Rosario (Abadesa), R. M. Antonia, Sor Toribia, Sor Victoriana, Sor Atilana, Sor Concepción, Sor Mercedes, Sor Encarnación, Sor Asunción, Sor Margarita, Sor María, Sor Micaela, Sor Visitación y servidora. Las hermanas de Jesús María, cuando fuimos, eran once, y cuando nos despedimos, dieciséis. He aquí sus nombres: R. M. Carmen (Abadesa), R. M. Soledad, R. M. Valeriana, Sor María, Sor Josefa, Sor Nicolasa, Sor Cristeta, Sor Pascuala, Sor Francisca, Sor Clara, Sor Ceferina, Sor Julia, Sor Jesusa, Sor Petra, Sor Victoriana y Sor Teresa.

La religiosa que tomó el hábito y profesó en Jesús Ma-

ría falleció el 5 de Mayo de 1907. Fue mi coadjutora en mis faenas jardineras y otra yo. Dios la tenga en gloria [9]. Laus Deo.

CAPITULO VI

Mi vida interior: reflexiones sobre las flores; ansias de poseer a mi Dios Humanado

[220] El día 23 de Junio de 1898, a las tres de la mañana, me despertó el canto o graznido de una codorniz. Lo mismo fue oír este canto o graznido que elevarse mi espíritu a Dios por la contemplación de las obras de la creación, a cuyo himno de alabanza me asocié para alabar y bendecir al Creador. Hacía tiempo que la creación no me hablaba ni elevaba a Dios, y al verme nuevamente favorecida del Señor con este lenguaje de amor que las criaturas me hablaban, me sentí dichosa, y debía serlo, pues en adelante todo me hablaba de Dios y me elevaba a El, y de sólo oír el mugido de una vaca o el ladrido de un perro, me transportaba al mundo de los espíritus, a una región divina donde todo era orden y armonía y sólo existía Dios como Creador y Conservador, vivificando la creación y recibiendo el tributo de alabanza y gratitud de sus criaturas.

En gracia a este favor, me dediqué a contemplar la naturaleza para mejor escuchar las alabanzas que tributa a Dios la creación y asociarme al himno universal de las cria-

[9] La religiosa a quien Sor Angeles llama «otra yo» fue Sor María Alonso, leonesa, que ingresó cuando la Comunidad se hallaba en el convento de Jesús María. Por lo demás, entre las que componían la Comunidad en esta fecha, hay dos, Sor Mercedes y Sor Toribia —sobre todo la primera— que hicieron bastante guerra a la Madre cuando ésta fue Abadesa. Sor Mercedes se empeñó por medio de intrigas en arrebatar a la Madre el Director espiritual (primero el Sr. Deán y luego el P. Mariano), y lo logró. Luego reconoció su error y en su última enfermedad no quería que la Madre se apartase de su lado y murió en sus brazos. Sor María Alonso, según el libro de difuntas de la Comunidad, no murió el 5 de Mayo, sino el 5 de Abril. Falleció a los 36 años de edad; su enfermedad, meningitis.

turas, pero sin dejar por esto la meditación de la vida, pasión y muerte de mi Dios Humanado y mis relaciones con Jesús Sacramentado y nuestra inmaculada Madre.

[221] Por la misma razón, me aficioné a la floricultura y me dediqué a ella en las horas libres de mis deberes de cargo. Señalé un trozo de tierra en el jardín para cultivarlo con intención de inspirarme en las flores para alabar y bendecir a mi Dios. Antes de cultivarlo lo dediqué y ofrecí al Señor, y con el trozo de tierra le consagré mi alma toda rogándole que la aceptase. Derramé sobre ella bastante cantidad de agua bendita y la bendije a mi manera, y hecho esto, puse manos a la obra cavando mi trozo de tierra y plantando en ella flores con la ayuda y cooperación de la religiosa que cité en el capítulo precedente.

Di principio al plantío plantando en ella violetas, rosales, lirios y azucenas sin reparar que no era tiempo, pues estábamos en Junio. Estaba impaciente por ver floreciente mi jardín para inspirarme en él y no podía esperar ni un mes siquiera. Llena de fe y confianza en Dios, bendije las plantas antes de meterlas en tierra para que no se secasen, y así sucedió. Planté en el jardín violetas, rosales, azucenas, lirios, jazmines, espuelas, claveles, pensamientos, siempreviva, pasionaria, girasol, allelíes *(sic)*, margaritas y yerbas olorosas, y a un lado del jardín, separada a cierta distancia, planté una higuera y al otro lado estaba plantada una vid. En la vid contemplaba a Jesús, a quien procuraba adherirme como sarmiento para vivir de su vida y producir frutos de santidad. En la higuera contemplaba mi alma débil, inconsistente y expuesta siempre a las inclemencias, pero verde y lozana, prometiendo al Señor dulces y sabrosos frutos de virtud.

[222] En las violetas miraba la santa virtud de la humildad, la que procuraba cultivar en mi alma con esmero, pero la humildad verdad, hija del conocimiento de la infinita grandeza de Dios y de mi propia vileza, e hija también del puro amor y celo de la gloria divina.

En las rosas contemplaba la virtud de la caridad divina y fraterna, y procuraba cultivarla realizando muchos actos de amor a favor de Dios y ejercitando la caridad con mis hermanas y con todo el mundo, interesándome por todas las almas justas y pecadoras en la presencia de Dios.

En las azucenas contemplaba la virtud de la santa pureza, y procuraba cultivarla procurando ser pura de cuerpo y alma, de conciencia y de corazón. Como soy tan pecadora y débil, y no he sabido nunca el arte de vivir sin pecar, para conservarme pura y limpia de conciencia, me confesaba muchas veces cada día con Dios N. Señor con grande horror y aborrecimiento de mis faltas, suplicando al mismo Dios me perdonase y purificase y me alejase del pecado a distancias inmensas, prefiriendo morir antes que volver a pecar.

[223] En los lirios consideraba la soledad y el retiro. En las hojas que le cercan veía figurada mi celda, y en el tallo y la flor mi cuerpo y alma, mi ser físico y moral velado a las miradas humanas, merced a las paredes de la celda, pero elevada hacia lo celestial y divino y en comunicación con Dios, sin que pudiesen los mortales penetrar en el santuario de nuestras relaciones.

En los jazmines miraba la virtud de la simplicidad, tan grata a los ojos de Dios y de los que de cerca la contemplan, y procuraba cultivar esta amable virtud siendo ingenua, humilde, sencilla y llana en mis relaciones con las criaturas, alegre con las alegres, y con las tristes triste, santa con las santas, y con las pecadoras como una de tantas, con el fin de conquistarlas para Dios.

En las espuelas consideraba la diligencia en el bien obrar, en los claveles la mortificación interna y externa, y en los pensamientos la presencia de Dios, y procuraba cultivar todas estas virtudes siendo mortificada y penitente, diligente en las cosas del servicio de Dios, y teniendo mi pensamiento ocupado siempre en el mismo Dios y en las cosas que tocan a su servicio.

[224] En las siemprevivas contemplaba la divina Gracia y procuraba por todos los medios posibles conservar y acrecentar este don divino y recuperarlo cuando creía haberlo perdido. ¡Con cuánto ardor anhelaba poseer la divina Gracia y solicitaba este don divino! «La Gracia, Dios mío, vuestra Gracia; quiero (le decía) esa divina Gracia que endiosa el alma: dádmela, Dios mío, que sin ella me muero de pena, y si es que la poseo, acrecentádmela, que tengo sed insaciable de ella.»

Ansiando poseer la divina Gracia repetía los actos de contrición y detestación de mis culpas y mis confesiones con Dios. Quisiera, si pudiese, confesarme muchas veces cada día en el tribunal de la Penitencia para recibir la gracia sacramental, y padecía lo indecible de no poder hacerlo sino una sola vez cada ocho días. Y para suplir esta falta multiplicaba mis confesiones con Dios y con la Virgen Santísima pidiendo todas aquellas gracias que reciben las almas en el santo tribunal de la Penitencia, pero de modo singular el don de la gracia santificante. De este modo procuraba ser una hermosa flor SIEMPREVIVA, nunca muerta por la culpa.

[225] En los allelíes (*sic*) contemplaba la virtud de la mansedumbre y generosidad con otras muchas virtudes. En las primeras flores abiertas en el tallo que inclinan su corola para hacer lugar a los brotes que están para abrirse, me figuraba verme a mí propia, flor abierta antes que ninguna de las religiosas jóvenes (a quienes precedía en antigüedad de hábito) en este sagrado claustro, y como la flor de referencia llamada a inclinar mi corola para hacer lugar a mis hermanas y ocultarme por decirlo así para que brillen ellas elevadas a los cargos de honor renunciando éstos a favor de las mismas, contenta yo con servirlas de cerca o vallado a la vez que de peana y enseñar de este modo a todas a ser mansas y humildes y generosas para que a su tiempo hagan lo propio.

En la pasionaria contemplaba la verdadera devoción a la santísima Pasión de Cristo, y procuraba cultivar esta piadosa y fructuosísima devoción recordando diariamente todos los padecimientos de Dios Humanado en su dolorosa Pasión.

[226] El girasol parecíame un retrato de mi alma, la cual fija su mirada en el Sol de Justicia, le seguía paso a paso en la carrera de su vida mortal desde la Encarnación hasta su triunfante Ascensión a los cielos, y cuando el Salvador se ocultaba a mi mirada con el impenetrable velo de su inefable gloria a la diestra del Padre, me quedaba como suspensa mirando al cielo (como el girasol queda suspenso vuelto hacia el occidente cuando pierde de vista al rey de los astros) hasta que pasado un rato volvía a buscarlo en el misterio de la Encarnación.

Por último, de las variadas y preciosas margaritas que poblaban mi jardín aprendía a amar y estimar a Dios mi sumo Bien, no porque no le amase y estimase ya, sino porque en la contemplación de las margaritas encontraba mi alma nuevos alicientes para estimar y amar al Señor, a la vez que consuelo de las penas que padecía por su ausencia.

[227] Dos o tres veces por lo menos visitaba diariamente el jardín. Cuando iba por la mañana, antes de salir el sol, parecíame que veía a mis margaritas sonrientes, llenas de dicha y ventura, de vida y de fragancia, y buscando la causa de su sonrisa y lozanía, hallaba que era la próxima visita del sol, que estaba como a punto de aparecer en el horizonte para bañarlas de luz y fecundarlas con sus rayos. Por el contrario, por la tarde, al anochecer, las veía mustias y marchitas, próximas a fenecer, y la causa de su decadencia entendía no ser otra que la ausencia del sol, vida y hermosura de las plantas.

Como había padecido tanto en materia de desamparos y privaciones divinas en mi vida religiosa, y continuaba padeciendo, me lastimaba ver a mis margaritas mustias y marchitas y me ponía a razonar con ellas como si quisiera

alentarlas y desahogar mis penas contándolas mis amores y ansias de poseer a mi Dios.

[228] «¿Qué os pasa, queridas mías (las decía) que tan tristes os encuentro? ¿Quién robó vuestra hermosura y lozanía?» «Se alejó nuestra vida —parecíame que contestaban—, ocultóse a nuestra mirada, y quedamos como nos ves». Decíales: «¡Pobrecitas! con razón lamentáis vuestra soledad, pero animaos, porque pronto volveréis a verle. Si esperase yo mañana la visita de mi Sol divino, mi vida, mi hermosura, mi felicidad rebosaría contento, no estaría lánguida como vosotras, sino que rebosaría vida y entusiasmo. Mas no soy tan afortunada que merezca su aparición diaria en el firmamento de mi alma. Hace 20, 40, 60 y más horas que le recibí en mi pecho la última vez y no espero recibirle hasta que pasen muchas más. ¡Cuánto me cuesta su ausencia!, ¡qué largos me parecen los días que no comulgo, las noches y los días que separan el jueves del domingo y éste del jueves! ¿Por qué no me haría N. Señor margarita para que gozara la presencia del ser que constituye mi vida y sustraerme al vacío inmenso que experimento en su ausencia y tanto me lastima? Consolaos conmigo, hermanitas mías, porque sois más afortunadas que yo; dad gracias al Creador porque os sustrae a mi pena haciendo nacer al sol sobre vosotras todos los días. Si supierais lo triste que es vivir ausente de la vida, del sumo Bien ardorosamente amado, vivamente anhelado y rara vez poseído, os sentiríais dichosas con vuestra suerte. Qué felices sois: yo, en cambio, ¡QUÉ DESGRACIADA!»

[229] Cada día me costaba más la ausencia de mi Dios. Gozaba mucho cuando me favorecía con sus divinas comunicaciones, pero dilatándose la capacidad de mi alma acrecentaba mi hambre y sed de Dios, mi ardiente anhelo de estrechar las relaciones que a El me unían, y poseerle con mayor evidencia y en grado más alto.

Era Jesús mi objetivo, el blanco de mis pensamientos y el centro de mi amor juntamente con su Madre bendita, de quien no prescindía en mis relaciones con N. Señor.

Cuando despertaba por la noche, fijo mi pensamiento en el cielo, buscaba en él a mi Dios Humanado para asirme de El y traerlo a la tierra, para vivir en su compañía. Pedíaselo al Padre eterno, en cuyo acatamiento presentaba los méritos de la Sma. Virgen, el vivo anhelo que tuvo por el cumplimiento de la Encarnación, y practicaba infinitos actos en unión de la Señora para obligarle a que reprodujese a mi favor el inefable misterio. Imposible describir la actividad que desplegaba para merecer la gracia que solicitaba y obligar al Padre a vivir actuado en el cumplimiento del inefable Misterio, reproduciéndolo a mi favor perpetuamente.

Obligado de mi importunidad, Dios otorgaba mi petición concediéndome cierta presencia espiritual de su Verbo Encarnado. Utilizaba el favor en el servicio de mi Dios Humanado, recordando su historia y procurando copiar las virtudes que en ella resplandecen.

[230] Mientras gozaba el sentimiento de la presencia de Jesús, se aquietaba mi corazón, poseía una felicidad envidiable y provechosa, porque me parecía que le acompañaba en la carrera de su vida mortal. Mas esto no lo gozaba continuamente, y cuando me veía privada de la noticia experimental de los divinos misterios, reproducíanse el vacío y vivo anhelo de nuevas efusiones de la vida de N. Señor.

Impulsada de la apremiante necesidad de presenciar los misterios de mi Dios Humanado, de contemplarlos y trasladarlos a mi alma, lo buscaba, y no hallándole en el destierro, levantaba la vista al cielo y me querellaba amorosamente porque no me llamó a la vida el día que se cumplió el inefable misterio de la Encarnación para acompañarme con El en la tierra, cumplir mis anhelos de conformidad, y subirme al cielo en su compañía el día de la Ascensión.

[231] Pues es Omnipotente para hacer lo que quiere, rogábale que salvase la dificultad que me impedía el cumplimiento de mi ardiente anhelo haciendo desaparecer los 19, casi 20 siglos que me separaban del día de la Encarnación, porque no podía vivir en la tierra estando El en el cielo.

Jesús me significaba que continuaba viviendo en la tierra: sacramentalmente en la Eucaristía y espiritualmente en su Evangelio escrito. Lo buscaba en los citados lugares y me aquietaba un rato, pero, trabajada por secreto impulso que me arrastraba a la imitación y participación de los misterios de su vida mortal, repetía de nuevo mis diligencias para atraerle del seno del Padre, y mis correrías en su dulce compañía.

Mi vida en este período era una comunión perpetua porque aspiraba continuamente la presencia de Jesús, las soberanas efusiones de su vida divina, repitiendo con el apóstol S. Juan: VENI, DOMINE IESU, VENI. Ven, Señor Jesús, ven [10]. Laus Deo.

CAPITULO VII

Contemplación de Jesús en el desierto

[232] El año 1897 [11], poseída de la idea que absorbía mi inteligencia, el retiro de Jesús en el desierto, compartí con una religiosa mis anhelos de reproducir este episodio. Para hacrlo con perfección, nos reunimos el miércoles de ceniza para abrazarnos mutuamente y conmemorar la despedida de Jesús de su Sma. Madre para ir al desierto. La religiosa de referencia cumplía en dicho día 29 años. Por esto, y porque la llamaba Jesús más que María, quiso sustituir al Salvador, y me dejó a mí el oficio de la Virgen, en cuyo nombre la abracé como si ella fuera Jesús.

Nos despedidos *(sic* por despedimos) para pasar en retiro la santa cuaresma, acompañando ella a Jesús en el desierto y servidora a la Sma. Virgen en su casita de Nazaret. Mas así como la Virgen en ausencia de su D. Hijo continuó las relaciones que los unían, y vivió la vida de

[10] *Ap* 22, 20.

[11] Parece que debería decir 1899. Véase nota de la 1.ª edición al lugar.

Jesús, así también servidora vivió la vida del D. Solitario en María, por María y con María, consiguiendo por este medio en condiciones ventajosas la presencia y comunicaciones de N. Señor. En adelante, me llamaba mucho este episodio de la vida de mis soberanos Amores.

Con frecuencia hacía de él asunto de mi contemplación, y en mis relaciones con Jesús Sacramentado lo vi reproducido muchas veces.

[233] Cuando buscaba a Jesús en el Sagrario, me sentía transportada a una vasta soledad situada en el fondo del sagrario, cuyo desierto extendíase en dirección opuesta al coro donde yo estaba, o sea, detrás del altar, desapareciendo la pared de la Iglesia a mi vista intelectual, pues lo veía transformado en desierto solitario.

Me acontecía esto todo el año, pero con mayor evidencia desde el 6 de Enero hasta mediados de Febrero, en cuyo período la religión seráfica celebra la cuaresma de los benditos [12], que instituyó N. S. Padre. El 6 de Enero conmemoraba la triple manifestación de Jesús con singular fervor, consagrando las primeras horas al culto del D. Infante, adorado de los Magos, luego la inauguración de la vida pública de Jesús en las bodas de Caná y, finalmente, su bautismo.

[234] Cuando contemplaba a Jesús en las orillas del Jordán compartía el amor infinito que le profesan la primera y tercera Persona de la Trinidad y la Sma. Virgen, y le hacía infinitos obsequios con prodigiosa actividad. Repetía muchas veces, ora en nombre del Padre, ora en nombre del Espíritu Santo, *Hic est Filius meus dilectus* [13], etc., saboreando el misterio de divinas complacencias que encierra con amor y gratitud, porque amaba la gloria y felici-

[12] *Cuaresma de los benditos.* Se llama así en la Orden Franciscana a la que practican los religiosos que lo deseen, y dura 40 días a partir de la fiesta de la Epifanía. S. Francisco no la impone, pero bendice a los que la practican: de ahí su nombre. Véase la Regla, cap. 3.

[13] «Este es mi Hijo amado» (*Mt* 3, 17).

dad de Jesús más que la propia vida. Recibía luces soberanas sobre cada uno de los misterios de la triple manifestación, singularmente sobre el Bautismo, la caridad y humildad divinas de Jesús, y el amor y complacencias de que es objeto por parte de la primera y tercera Persona de la Trinidad. Merced a estas noticias, la fiesta de la Epifanía resultaba solemnísima para mi alma. Al terminarse la fiesta, sentía necesidad de acompañar a mi Jesús al desierto, para contemplar su vida de retiro, imitarle y conversar con El. Lo hacía así, retirándome a la soledad de mi celdita y pasaba 40 días abstraída del comercio inecesario (*sic*) de las criaturas y de todo consuelo humano.

En unión de la Sma. Virgen hacía compañía a Jesús, contemplaba sus relaciones con el Padre celestial y procuraba repetir su historia, lo mismo que su ayuno, vigilia y penitencia relativamente.

[235] En este período me sentía poseída de la presencia de Jesús, quien se imponía a mi alma con realidad soberana difundiendo en torno mío una atmósfera de santidad. Todo me invitaba a la oración y penitencia. Me imponía sacrificios costosos por imitarle en su absoluta pobreza y desamparo, y Jesús coronaba mis esfuerzos y recompensaba mis sacrificios con noticias divinas relacionadas con la unión hipostática, o sea, con las relaciones establecidas en su vida íntima y con los sentimientos de caridad que abrigaba su corazón hacia los hombres mientras se cumplió el misterio que contemplaba.

Muchas veces se me representaba en la soledad del desierto con su mirada fija en mi alma contemplándome a través de los siglos, anhelando el momento presente para depositar en mi corazón las penas que en silencio devoró el suyo divino por la prevista ingratitud de las almas que rechazarían su palabra y frustrarían sus designios salvadores. Le vi también preparándose para colmarme de sus gracias en este santo retiro, do me contemplaba su ciencia prevista, consagrada a su amor, y por su amor privada de todo

consuelo terrenal. Cuando oraba, cuando padecía o gozaba, o se preparaba para prodigarse a los hombres en la vida pública, lo veía siempre con su pensamiento y amor fijos en mi alma, lo cual me consolaba mucho y acrecentaba mi amor y el celo que ardía en mi corazón por su gloria. Laus Deo.

CAPITULO VIII

Contemplación de Jesús subiendo a Jerusalén y en su Sma. Pasión. Mis relaciones con la Sma. Virgen

[236] Otro de los episodios de la vida de Jesús que más llamó mi atención después de venir del convento de Jesús María fue la subida a Jerusalén para padecer y morir. Merced a cierta noticia divina de este episodio aprendía a Jesús presente bajo la forma bellísima caminando de Nazaret a Jericó y de aquí a Jerusalén como un sol divino próximo a hundirse en el ocaso derramando con bondad y profusión soberana sus calcinantes rayos.

Penetraba en el santuario de su divino corazón, que latía más fuerte que nunca de amor y celo por la salvación de las almas, y de dolor al verse rechazado en sus amorosas solicitaciones y obligado a alejarse de la tierra cuando quisiera perpetuarse en ella para continuar favoreciéndolas, y hacer la felicidad de las mismas y de las que después de ellas habitarían nuestro planeta y lo buscarían habidas [14] de su dulce trato y compañía. Una de éstas era la mía pecadora, pero amante de Jesús hasta la divina pasión. Los suspiros que exhalaba el Corazón de Jesús conmovían profundamente a la Virgen Madre y a los santos Apóstoles, y muchos pecadores al sentirse iluminados y abrasados por los últimos destellos que despidiera como sol divino, despertaban del profundo sopor del pecado y abandonando su

[14] Habidas. *Sic,* por ávidas.

mala vida se adherían a los discípulos que seguían al Señor. *[237]* Asociada a la Sma. Virgen contemplaba las últimas obras exteriores de Jesús y sus sufrimientos interiores, y con amargura de alma lloraba la malicia y ceguera de los judíos, y del mundo en general, que se negaban a reconocer en Jesús su Mesías y su Dios y se gozaban en la esperanza de arrojarlo del mundo.

Deploraba la irreparable pérdida del tesoro infinito, del Bien supremo, de mi Dios Humanado, cuya ausencia costaría infinitas lágrimas a las almas amantes que, como la mía, reclaman su presencia porque no saben vivir sin El, las cuales se verán sometidas a la dura pena de buscarlo perpetuamente sin esperanza de hallarlo nunca, *en carne mortal.* Sentía en el alma la indiferencia y frialdad de los que alcanzaron a ver a Jesús en su vida mortal y lo dejaron partir de su lado como si fuera uno de tantos, y doblemente la malicia de los que le quitaron la vida cuando debieron retenerle a costa de la suya y de infinitas vidas si las tuvieran, pues viviendo Jesús en la tierra seríamos todos felices con su dulce compañía y riquísima bondad y poder taumaturgo.

[238] El mundo, más que destierro, sería deleitable paraíso. Entre las preocupaciones que absorbían a Jesús en este período entendí que era una el temor del escándalo que su Pasión y Muerte divinas ocasionarían a los Apóstoles y fieles que le seguían y le reconocían por Mesías Redentor o Restaurador de la Nación Judía. Parecíame ver al Señor ansioso de iniciar a los Apóstoles y a las muchedumbres en el misterio de su santísima Pasión y de asociarlos a sus sentimientos. Lo veía aprovechar todas las ocasiones favorables para inculcar en ellos su amor a la cruz, y al chocar con los sentimientos que abrigaban contrarios a los suyos divinos, replegarse en sí mismo, apenado de verlos tan lejos de su criterio y voluntad, para devorar en silencio los duros tormentos que le ocasionara la humana ingratitud y ceguera.

Esta noticia me inspiraba un amor y estima grande de la Pasión de Jesús, a quien veneraba más cuanto más abatido había sido y menos atendido y correspondido en carne mortal y le protestaba una y mil veces que no me escandalizaría de su cruz y le rogaba que se dignase confiarme el secreto de sus penas interiores y asociarme a su cruz y pasión divina. Con este deseo, todos los días consagraba dos o tres horas a la meditación de la Pasión, y recordaba toda la historia de sus sufrimientos, los que procuraba participar, los interiores con el sentimiento de verle padecer, y los exteriores acompañando gran parte de la meditación con la disciplina o llevando la cruz a cuestas con las rodillas desnudas por el suelo por espacio de media hora.

Otro rato me ponía en la cruz que tenía la Comunidad para hacer el Calvario. Era de tamaño grande, como las que usamos ahora y tiene cada religiosa en su celda.

[239] La Pasión y Muerte de Jesús me impresionó siempre mucho. Una especie de estupefacción se apoderaba de mí todas las veces que contemplaba sus afrentas y dolores y lo veía rechazado de los hombres que buscara para compartir con ellos su felicidad. Asombrada repetía muchas veces: ¿Es posible que el mundo no ha querido recibir ni menos reconocer por su Dios a Jesús que venía a salvarlo? ¿Es posible que lo haya rechazado y arrojado fuera de sus dominios por medio de una muerte cruel en infamante patíbulo? ¡Qué ceguedad e ingratitud! ¡Qué malicia! ¡Desechar a Dios que lo crió y vino a salvarlo! ¡Qué sacrilegio! ¡Qué triste mundo desposeído de Dios!

Si veía a las religiosas reír y charlar en tiempo de Pasión me escandalizaba y afligía, pues quisiera que todas participaran de mi pena por la Pasión de Jesús. Aun la luz del día y el canto de las aves me ofendía en dicho tiempo consagrado a la memoria de la Pasión del Señor. Las tres horas que hay desde las 12 del mediodía hasta las 3 de la tarde miraba siempre como un tiempo sagrado por haber padecido Jesús en la Cruz en dicho período. En reverencia de

lo que padeció me imponía sacrificios internos y externos, y si estaba dominada de ideas alegres —aunque fuese de las perfecciones de Dios— me sustraía a ellas para acompañar a Jesús meditando sus penas. Esto me costaba violencia algunas veces, pero con gusto hacía este y otros sacrificios en obsequio de mi Dios Humanado Paciente, cuyas penas y afrentas sentía más que las propias.

[240] Recordaba lo mucho que sufría en casa de mis padres cuando veía enfermo a alguno, y considerando luego los títulos por los cuales es Jesús acreedor a mi cariño y compasión, lloraba amargamente sus penas y no podía admitir ningún alivio ni consuelo mientras lo veía padecer, como tampoco admitía consuelo cuando veía enfermo a mi padre o madre.

Jesús deseando asociarme a su vida paciente e identificarme con sus sufrimientos cada vez mejor, se complacía en imponerse a mi alma como el ser más allegado en concepto ora de padre y madre, ora de hermano, de esposo y de amante eternal y reclamaba mi compasión, amor y gratitud.

A este y otros favores que me prodigaba Jesús con frecuencia correspondía con mi afecto compasivo y reconocido y procurando reproducir su vida paciente en la forma dicha. Apenada de verle padecer, y *padecer tanto,* me querellaba de la infinita caridad de Dios Padre que lo entregó a la muerte por redimir a nosotros miserables pecadores, a quien le decía que había extremado su bondad y que no le agradecía este exceso de caridad porque prefería el bienestar de Jesús a la salvación propia y del género humano y que sentía mucho que le haya sometido al sufrimiento, pues debió atender a su gloria y felicidad más que a la nuestra.

Idénticas quejas daba al Espíritu Santo y a la Virgen Sma., a quienes procuraba interesar en la gloria de Jesús para resarcir sus penas procurándole infinitos grados de gloria y felicidad accidental.

[241] Cuando vivía en el convento de Jesús María, un día la M. Abadesa de las hermanas, señalando un cuadro que había en el coro y representaba un santo pensativo ante una imagen de la Virgen, me preguntó: ¿Qué estaba pensando el santo de referencia? Si es S. Buenaventura, como dicen (la contesté), me figuro que está consultando con nuestra Madre Pma. el Salterio que escribió en su alabanza. No, repuso la R. Madre, sino que piensa que la Virgen no le quiere y la está diciendo estas palabras: «¡Si me amaras como yo te amo!» ¡Pobrecito!, dije, ¡cuánto sufriría para decir eso a nuestra Madre, que nos ama casi infinitamente! A fe que bien contento estará ahora en el cielo gozando el amor de la Señora en su plenitud.

Poco tiempo después de este coloquio me sobrevino la tribulación que dije en el capítulo V, y al ver que la Virgen no correspondía a mi afecto como antes, me querellaba también como S. Buenaventura, y puesta de rodillas delante del cuadro de referencia, le decía: ¡Si me amases como yo te amo! ¿Dónde está o qué habéis hecho del amor inmenso que vi arder en vuestro corazón hacia las almas y a mí pecadora, cuando os contemplé la primera vez en este cuadro? Nada me respondía la Virgen, pero en su silencio aprendía yo que cuando viniera a esta santa casa gozaría su amor y sus predilecciones como antes o mejor. No me equivocaba.

[242] En el momento que penetré en este sagrado Claustro me vi libre de la terrible tribulación que padecía y hallé a mi Dios y a mi Madre bendita, a quienes parecía que había perdido hacía medio año. No es extraño que me sucediera esto, porque la simple memoria de los muchos y singulares favores que había recibido en esta santa casa me elevaba a Dios durante el trienio que viví en Jesús María. ¡Cuánto más el verme de nuevo entre las paredes que habían presenciado mis relaciones divinas!

Fui favorecida con una noticia general altísima de la Sma. Virgen y en su virtud aprendía la presencia de la Señora en una región de luz clarísima y elevada, especie de cielo, como

Madre de Dios y Soberana de cielos y tierra. Con mi inteligencia la veía o comprendía muy excelsa, inefable, santa, casi divina, incomprensible a los ángeles y a los hombres, pero no podía distinguir ninguna perfección ni privilegio particular, fuera de su belleza y majestad soberana, y aun esto lo aprendía confusamente por la eximia claridad del lugar do se revelaba y la nube divina que la envolvía. Como a su lado aprendía la presencia de la Sma. Trinidad, a quien tampoco podía distinguir porque se mostraba a través de una luz caliginosa.

Asimismo aprendía la presencia de los santos Angeles que circundan el trono de la Virgen como luces soberanas revestidos de virtud y majestad, maravillosamente afables, amorosos y humildes. Su número, incontable, y todos como absortos en Dios y en la Señora, observando sus divinas relaciones con asombro.

[243] Esta noticia gozaba habitualmente y con ella contemplaba a la Virgen en la forma dicha habitualmente también, y tributaba a la Señora mis obsequios cada vez con más perfección. Con frecuencia, transitoriamente, gozaba la presencia de la Virgen como en el seno de Dios, o no sé cómo diga, cuando adoraba a la Divinidad o ésta se imponía a mi alma, como viva realidad presente en mi habitación.

Otras veces gozaba de la presencia de Dios en la Sma. Virgen como si ésta comprendiera al Señor en su seno. En este caso aprendía a la Señora como una luz inmensa extendida por toda la Creación especie de mundo espiritual o paraíso celeste. Ardía mi alma en el amor de la Sma. Virgen y en el celo de su gloria y como chiflada recorría el convento muchas noches invitando a las alabanzas marianas a toda la creación, y con ella buscaba a la Señora entre los mortales como los Reyes Magos al Niño Dios, diciendo: ¿Dónde está la Madre y Reina de mi corazón? Mirad que viene al mundo para repartir entre los mortales los tesoros divinos que Dios ha depositado en sus manos. Vámonos, salgamos a su encuentro cantando y brincando, pues Ella es nuestra Vida,

nuestro consuelo, nuestra esperanza, nuestro *todo,* porque por Ella será Dios todo nuestro. Cuando así buscaba a la Virgen, parecíame que los Angeles me acompañaban con instrumentos musicales, violines, etc., y me ayudaban con sus inefables notas a ensalzar a la divina Señora. Laus Deo.

CAPITULO IX

Mis diligencias para obtener la gracia del santo temor. Comunicación del 24 de Marzo y la del domingo de Pasión. El fallecimiento de mi padre

[244] No obstante el trato casi continuo que tenía con Dios y con la Sma. Virgen, en mis relaciones con las criaturas cometía muchas faltas y padecía mucho por esto. El amor que sentía por Dios y por la virtud me hacía mirar las faltas con horror, las que me parecían graves por la agravante circunstancia de los favores recibidos y que recibía de Dios, y por esto, y porque no me atrevía a comunicar con Dios directamente con la conciencia inquieta o manchada, padecía mucho cada vez que cometía alguna falta.

Deseando sustraerme enteramente al pecado, para evitar ofensas a mi Dios y sufrimientos a mi alma, le pedía que inculcase en mí el santo temor, mostrándome su severidad, o llamándome a juicio como lo ha hecho con algunas almas, a quien mostraba en carne mortal el lugar que las esperaba en el infierno si continuaban en su vida imperfecta, etc.

Pedía esto porque pensaba que la causa de cometer faltas era mi excesiva confianza en la Bondad y Misericordia divinas, únicos atributos que había visto en Dios, y que si me mostraba su Justicia sustituiría el temor a la confianza y evitaría el pecado.

[245] Viendo que Dios no otorgaba mi súplica, me iba de noche a los lugares más imponentes y allí pensaba en las cosas más terribles para excitarme a sentimientos de respe-

to y temor, pero en vano, porque cuanto más quería intimidarme con el pensamiento del juicio, del infierno y del poder de los demonios sobre las almas pecadoras como la mía, mayor seguridad y confianza me inspiraba nuestro Señor, quien se imponía a mi alma como Providencia paternal, amorosa, divina, que me rodea, comprende y vela sobre mí para sustraerme a la influencia del diablo y de cuantos quisieran ofenderme.

Meditaba en los novísimos y leía los ejemplos de los castigos impuestos por Dios a muchos pecadores, pero en vano, nada de esto me inspiraba temor ni me ayudaba a ver a mi Dios en su aspecto severo. Pensé que quizá conseguiría mi pretensión tomando nota de las reflexiones temibles que viera esparcidas en los libros de meditaciones que más severamente tratan de los novísimos, y leyéndolo todas las horas hasta asimilarme los pensamientos terroríficos que sugieren.

[246] Con este fin, el 24 de Marzo de 1900 me puse a tomar nota por el primer tomo de las Meditaciones del P. La Puente, mas he aquí que, de repente, abrióse a mi vista un horizonte divino donde vi a Dios Padre abrasado de amor por el género humano en el momento que precedió a la Encarnación del Verbo. Lo vi inculcar en su divino Hijo los sentimientos de amor paternal que abrigaba hacia la humanidad pecadora, a quien encomendó todas las almas con sumo interés para que las redimiera y elevara a la felicidad eterna.

Todo esto lo vi sin perder los sentidos, y mientras lo veía, en lugar de las reflexiones terroríficas del libro abierto sobre la mesa que había empezado a anotar o copiar, describí los sentimientos de amorosa y filial confianza que me inspiró la visión o noticia —lo que fuera—. Cuando me di cuenta de lo que hacía, levanté la mano con propósito de abandonarme enteramente a la infinita bondad y caridad de mi Dios para que me condujera por el camino del amor, de la gratitud y confianza para la cual me requería. Así lo hice,

profundamente emocionada al ver tales extremos de bondad en Dios.

[247] Mi alma quedó trabajada por la influencia amorosa que me comunicó el Señor, y merced a ello, y a las huellas divinas que dejó la divina revelación, empecé a practicar un ejercicio en agradecimiento del beneficio de la Encarnación, el cual en adelante ocupó el primer lugar en mis prácticas piadosas.

La visión referida fue una manifestación de la noticia general de la caridad de Dios que se me comunicó en el convento de Jesús María y consigné en el capítulo 3.°

El año 1900, el Domingo de Pasión, estando con la Comunidad en el refectorio, mientras escuchaba la lectura del evangelio del día, recibí cierta noticia sustancial de la infinita bondad y caridad de nuestro Señor Jesucristo hacia la humanidad. Fue una noticia visión, y en su virtud aprendí a nuestro Señor presente y conocí los sentimientos que animaban su divino Corazón en los quince días últimos de su vida mortal.

[248] Me produjo efectos muy divinos, y trabajada por esta noticia, pasé todo el tiempo de Pasión hasta el Domingo de Resurrección penetrada y rodeada de la presencia de mi Dios Humanado Paciente e identificada con sus sufrimientos en una especie de estupefacción, repitiendo: « ¡Oh prodigio de bondad, caridad, humildad y condescendencia infinita de mi Dios Humanado!» Yo me abrasaba en el amor de Jesús y en el celo de su gloria y quisiera haber vivido cuando se cumplió el misterio de la Redención para defender sus derechos contra los Judíos que lo ultrajaron y iniciar a éstos en el conocimiento de su doble naturaleza y perfecciones divinas.

Mi alma entró en nueva fase de vida de relaciones más íntimas con Jesucristo.

[249] El año 1897 tuve cierto presentimiento de la próxima muerte de mi padre, a quien encomendé mucho a nuestro Señor con este motivo para que le concediera una muerte

preciosa a sus divinos ojos. Ya dije que siendo de igual gloria para Dios deseaba la muerte para mi familia porque los veía como lejos de mí a pesar de su religiosa piedad y los quería ver a todos abismados en Dios.

Por esto el presentimiento me halagaba lejos de entristecerme, aunque naturalmente sentía el desenlace. El mismo presentimiento tuve del fallecimiento de mi hermano por quien dirigí a mi Dios idénticas plegarias y con igual ansia de verlo abismado en Dios, en quien me parecía que poseía todas las almas que pertenecen a la eternidad dichosa.

[250] Como manifestase mis deseos a las religiosas, éstas se extrañaban y varias veces me calificaron extravagente y rara, pero ello fue cosa de Dios, que quiso prevenirme con el deseo de lo que determinaba hacer para que no sufriera cuando se cumpliese y porque quería obligarse de mis pobres oraciones para prodigar sus auxilios a los interesados. De otra manera, indudablemente que hubiera sentido la muerte de dos seres tan queridos como lo fueron mi padre y hermano, quienes hacían mucha falta en la familia.

A principios de Mayo de 1900 recibí aviso de la enfermedad de mi padre y que pensaban administrarle los SS. Sacramentos el día que me escribieron. Con sencillez infantil, en el momento que recibí la noticia me dirigí a Dios N. S. y le manifesté extrañeza porque estando mi padre grave no me lo había significado de alguna manera para que le hubiera demandado varias peticiones que deseaba antes que recibiera los SS. Sacramentos. Y que pues no me significó, «haced ahora el imposible (le dije) de que los Sacramentos que pensaban administrarle ayer, se los administren hoy, después de esta entrevista nuestra, para que tenga yo el consuelo de saber que habéis otorgado las peticiones que os demando a favor de mi querido padre».

[251] Rogué también al Señor que, si determinaba llevarse consigo a mi padre, lo hiciera el día 8, fiesta de la aparición de S. Miguel Arcángel, de quien mi padre era muy devoto, y lo era también servidora y confiaba que el Sto.

Arcángel le prodigaría su protección en dicho día mejor que otro.

El 8 de Mayo celebraba además el descenso de la Virgen Sma., quien según la doctrina de nuestra Vble. M. Agreda, acompañó a su divino Hijo al cielo en su gloriosa Ascensión y descendió a la tierra después de tres días, lo que, según mis cálculos, ocurrió el día citado, y ésta fue otra de las razones que me movieron a pedir que llevase Dios a mi padre en dicho día, el cual celebraba yo todos los años con especiales obsequios a la Madre y Reina de mi corazón y confiaba que no me negaría ninguna gracia que le pidiese.

Cuando hacía a Dios mis peticiones vi en él tesoros de ternura y bondad inagotables. Mostróme como en el fondo de su ser el amor que sentía por mi padre y los sentimientos que lo animaban hacia él, y cuánto mayores bienes quería para él, que yo sabía pedir ni desear. Con esta noticia, y la acogida paternalísima que me hacía todas las veces que me dirigía a su Majestad para repetir mis súplicas, gozaba yo lo indecible, porque Dios N. S. se portó conmigo como si toda mi vida la hubiese empleado en su servicio y se los hubiera prestado extraordinarios y nunca le hubiera ofendido. Revelábase a mi alma en una región mística como a tres o cuatro metros de altura, como Padre afabilísimo y providentísimo, y me prodigaba su amor y caricias divinas con bondad encantadora, tanto que me maravillaba, porque no me explicaba que acogiese con tanto amor y otorgase con tanto gusto las súplicas de esta ingrata.

[252] Todo sucedió como lo pedí. Mi padre falleció el día 8 a las seis y media de la mañana, habiendo recibido los Sacramentos el día y hora que yo deseaba y se lo pedí al Señor. Cuando murió estaba en el coro rezando Prima y tuve cierta noticia del trance supremo. Después dos fenómenos completamente contrarios se manifestaron en mí. Uno de gozo y otro de sufrimiento. Este consistía en un peso que me oprimía espiritualmente y me hacía sufrir, acompañado de cierta evidencia del purgatorio que padecía mi difunto

padre más el sentimiento natural del desenlace que me hacía derramar muchas y ardientes lágrimas.

El otro fenómeno consistía en cierta aprensión de la presencia de mi padre o del espíritu de mi padre, a quien aprendía y poseía en Dios con júbilo grande; tanto gozo me causaba esta presencia que, enajenada, cantaba alabanzas a mi Dios en acción de gracias porque había muerto mi padre y por medio de la muerte lo había puesto en condiciones de vivir unido a mi alma en el mismo Dios.

[253] Así pasé varios días, no recuerdo si ocho o quince. El día que la Comunidad celebró el funeral por su eterno descanso, me sentí poseída de un fervor extraño, y siguiendo el impulso interior o espíritu de oración que me poseía, hice a mi Dios infinitas peticiones y reclamaciones a favor de mi querido padre para que lo sacase del purgatorio. No era yo, sino el Espíritu de Dios, quien en mí y por mi medio oraba. Al terminarse la Misa entendí que mi difunto padre me decía «Adiós», y se retiró del templo donde sentía su presencia invisible durante el funeral, y no lo volví a sentir más ni como peso ni como influencia jubilosa. Laus Deo.

CAPITULO X

Una visión o comunicación que tuve en la fiesta de la Ascensión de nuestro divino Salvador

[254] Los cuarenta días primeros después de la Resurrección del Señor todos los años pasaba llena de gozo, por mejor decir, desde el primer Domingo de Adviento hasta la Ascensión del Salvador, en cuyo período de tiempo conmemora la Iglesia los misterios de la vida mortal de nuestro S. Jesucristo y su Resurrección, pues ocupada toda en contemplar y acompañar a mi Dios Humanado en la carrera de su vida mortal, gozaba de cierta presencia y posesión del mismo divino Señor, por lo cual me consideraba dichosa.

Cuando llegaba al monte Olivete para contemplar y acompañar a Jesús en su gloriosa Ascensión a los cielos, tropezaba con la dificultad de no poder penetrar los misterios de su inefable vida de gloria y beatitud, y por esto me veía precisada a despedirme de N. Señor en el monte Olivete como en otro tiempo los Apóstoles, y como éstos quedaba huérfana y triste y en una especie de soledad y desamparo. Por esta razón, todos los años, el día de la Ascensión, venía a ser para mi alma un día de luto y tristeza porque me quedaba sin saber qué hacer, sin ocupación interior, y como privada de todo bien y consuelo, ausente de mi único y sumo Bien.

[255] Un día, fiesta de la Ascensión (no recuerdo el año que fue), atribulada con el pensamiento de que al mediodía, hora de Nona, me vería privada de la amable vista y compañía de mi Dios Humanado, a quien había seguido paso a paso en la carrera de su vida mortal desde la primera Dominica de Adviento, fui al claustro bajo para entretener mi pena y sustraerme si pudiese al vacío inmenso que experimentaría en breve y que ya se dejaba sentir, recordando los episodios de la vida mortal del Salvador que habían sido el objeto de mi contemplación por espacio de seis meses.

En la ocasión que refiero, agravaba mi situación la aprensión de que no estaba en gracia de Dios, y que era un alma extraviada por falta de dirección espiritual. Estando afligida con esta aprensión, y la de que me vería pronto sola, ausente de mi Señor, padeciendo indecibles penas, repetía la antífona «O Rex gloriae Domine virtutum qui triumphator hodie super omnes caelos ascendisti NE DERELINQUAS NOS ORPHANOS, sed mitte promissum Patris in nos Spiritum veritatis» [15].

[15] Oh rey de la gloria, Señor de los ejércitos, que hoy asciendes triunfante al cielo, no nos dejes huérfanos, envíanos la promesa del Padre, el Espíritu de verdad (Antífona del *Magnificat* de la fiesta de la Ascensión).

[256] Estando repitiendo esto, y suplicando a Jesús que no me abandonase, recordé o me trajeron a la memoria, no lo sé, las siguientes palabras de la Escritura con cierta presencia del apóstol S. Juan y especial luz o conocimiento de Jesús como Abogado y Medianero entre Dios y los hombres, y de cómo desempeña este oficio en su vida gloriosa en el cielo.

Las palabras son éstas: «Filioli mei, haec scribo vobis ut non peccetis. Sed et si quis peccaverit, *advocatum habemus apud Patrem, Iesum Christum justum*» [16].

Parecióme que veía a Jesús en el cielo en el acatamiento del Padre en actitud suplicante rogando por nosotros miserables pecadores. Su corazón ardía en amor y celo de la salvación de los hombres por quien se interesaba en la presencia del Padre de mil maneras anhelando la salvación de todos, por mejor decir, empeñado en que se salvasen todas las almas capaces de participar de su gloria y felicidad infinita.

Con este fin dirigía al Padre fervientes plegarias y le presentaba sus méritos infinitos y el amor que ardía en su Corazón hacia los hijos de Adán, cuya salvación procuraba y cuya eterna desventura parecía temer y sentir como propia suya.

[257] Representóse a mi vista la conducta que observa Jesús con los hombres bajo la forma de un niño Príncipe, hijo de un poderoso Monarca, que llevado del amor que siente por unos rapazuelos mal criados abandona las delicias del palacio para entretenerse con ellos, sabiendo que su estupidez sólo puede procurarle malos ratos, muchos pesares y colmarle de injurias como le procuraron en su vida mortal, y a pesar de todo, no contento con excusarlos ante su Padre, procura interesar a Este en su favor, e impulsado de la vehemencia del amor que siente por los mismos,

[16] *1 Jo* 2, 1. (Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo el justo.)

ruega al Padre que los lleve a todos al Paraíso, o si esto no puede ser, que le permita bajar una vez más al mundo para tener el placer de acompañarse con ellos y colmarlos de bienes, cifrando su felicidad en la nuestra.

Conocí el ansia infinita con que procura Jesús la salvación de las almas en el acatamiento del Padre, el interés especial que le inspiran los hijos de su santa Iglesia, y lo mucho que siente la condenación de los Cristianos en razón de ser miembros de su Cuerpo místico, y del carácter especial que los distingue del resto de las almas, y de los tormentos mayores que su Justicia les reserva en el infierno, cuyas penas siente como propias mientras viven en el mundo y pueden admitir o rechazar la salvación que el mismo divino Señor les ofrece.

[258] Entendí que Jesús, refiriéndose a mi aprensión de que estaba en pecado y a la desconfianza o incertumbre de mi salvación, me decía que, si no bastaran los méritos infinitos de su santísima Vida, Pasión y Muerte para rehabilitar y salvar mi alma, bajaría al mundo segunda vez, y haría y padecería sólo por la salvación de mi alma lo que hizo y padeció por todo el género humano, ¡tanto me amaba!

Esta noticia disipó mis tinieblas, dudas y ansiedades, tranquilizó mi alma, y me consoló en las penas que padecía por la próxima supuesta ausencia del Salvador, y no padecí ni experimenté el vacío inmenso que sentía otros años en la infraoctava de la Ascensión del Señor.

Mas no desapareció de mi alma la necesidad que sentía de la dirección de un Ministro de Dios, que me asegurase o confirmase con su fallo lo que entendía en mis comunicaciones con Dios en orden al espíritu que me guiaba, y que a la vez me ayudase a corregirme de mis defectos. Digo esto porque aprendí que la dirección sería el medio de corregirme, porque ella regularía mis relaciones externas, fuente de mis faltas.

CAPITULO XI

Mis relaciones con Jesús en el dictado de el Buen Pastor

[259] El año 1897 [17] empecé a conocer y a amar a Dios en el dictado de el Buen Pastor, cuyo atributo o cualidad contemplaba con mucho consuelo y fruto de mi alma, ora en Dios Uno y Trino, a quien miraba en el cielo, ora en Jesús Sacramentado en mis relaciones con El en la Eucaristía, pero aunque me consolaba y aprovechaba mucho esta consideración, no pasaba de una devoción ordinaria.

El año 1899, primero o el siguiente después de venir de Jesús María, el viernes santo por la tarde, rezando el oficio del sábado santo con la Comunidad, a tiempo de recitar el responsorio que empieza: «Recessit Pastor noster fons aquae vivae» [18], parecióme ver a Jesús Dios y Hombre verdadero bajo humilde aspecto en su dictado o cualidad de el Buen Pastor, y Pastor universal de las almas, que fue echado del mundo por la malicia de sus mismas ovejas que le quitaron la vida, pero resucitó al tercer día y vive glorioso en el cielo y en la tierra en la Eucaristía, donde apacienta sus ovejas.

Entendí que pronto me visitaría bajo la misma forma o cualidad de divino Pastor, y me quedé como enamorada de Jesús en este epíteto, y deseosa de que llegase el domingo de el Buen Pastor, el que propuse celebrar y santificar con especiales obsequios al divino Pastor de las almas, cuyo aspecto humilde me quedó como impreso.

[260] Después de quince días de preparación celebré la fiesta de el Buen Pastor con mucha devoción y fruto de mi alma en unión de otra religiosa a quien participé mis sentimientos y afectos. Gocé mucho, pero no recuerdo haber recibido ninguna comunicación especial, pero sí que

[17] En la 1.ª edición se lee 1899, pero en el manuscrito dice 1897.

[18] Se alejó nuestro pastor, fuente de agua viva (Del oficio de Sábado Santo; responsorio del oficio de lectura).

en adelante todo el año me vi como asediada del divino Pastor, como si Jesús bajo este aspecto me hubiese puesto cerco y me rodease y siguiese a mi alma a cierta distancia algo lejana.

Este modo de ver o sentir a Jesús bajo el aspecto de el Buen Pastor me producía mucho gozo, cierto recogimiento y anhelos de conversión a vida más perfecta. No recuerdo qué mes del año 1900, en mi trato con Jesús Sacramentado, Este, empezó a presentarse a mi alma en la Eucaristía en el dictado de divino Pastor con efectos divinos en mi alma.

Enamorada de mi Dios Humanado en este dictado, no acertaba a alejarme del sagrario, donde me retenía la belleza y bondad del divino Prisionero, que parecía sesteaba sin dormir, rodeado de ovejitas, siendo de éstas una mi alma, que permanecía a sus pies con su pensamiento y amor fijos en El todo el día y parte de la noche, y aun durante el sueño procuraba acompañarle tomando éste colocada en espíritu a los pies de Jesús en el fondo del Sagrario. En este trato y comunicación con Jesús por el tiempo que refiero, veía de una manera clara la historia íntima de mi alma con todos los acontecimientos que la constituyen. La historia tenía como a mi vista continuamente, y en ella veía los amores y finezas, las infinitas misericordias de Dios Humanado a mi alma, y mi correspondencia en su mayor parte ingrata.

[261] Parecíame ver a Jesús en íntimas relaciones con mi alma en el día y hora que recibí el santo Bautismo, prodigándome sus divinas caricias y gracias de predilección en concepto de Padre y Esposo. A este conocimiento respondía con profundo sentimiento y amargo pesar de haber perdido la gracia Bautismal y abusado de los dones y gracias que entendía me había comunicado el Señor en mi creación y regeneración a la vida de gracia.

Desde la pila Bautismal hasta mi primera conversión veía a mi alma bajo la vigilancia de Jesús fugándose de

su Bondad a cada paso (con los pecados que cometí), pero siempre bajo la mirada paternal de Jesús, quien me seguía a todas partes cuando huía de El.

[262] En el período de tibieza o extravío que tuvo lugar el último año de mi vida seglar y los dos primeros de mi vida religiosa, veía a Jesús apenado por mi ausencia y que me llamaba y atraía hacia sí con potentes y delicadísimos silbidos que daba desde el fondo del Sagrario. Los silbidos entendí fueron aquellos llamamientos fuertes irresistibles con que se imponía Dios a mi alma con frecuencia durante mi extravío en su afán de elevarme a la altísima perfección a que me destinara su providencia. Y por el tiempo que refiero (a partir desde que fui a Jesús María) veía a Jesús en íntimas relaciones con mi alma, pero no estaba satisfecho porque anhelaba verme a su lado en la cima de un altísimo monte de luz o región sublime donde se hacía presente a mi alma a la vez que en el sagrario.

[263] Ansiaba yo responder a los designios de Jesús subiendo a aquella cumbre donde parecía que me esperaba con ardientes anhelos, pero no podía. Lloraba con amargura mis extravíos a los pies de Jesús sacramentado, constituido Pastor de mi alma, y le pedía perdón con propósito firme en la enmienda, pensando que eran mis culpas lo que me impedía elevarme al sublime lugar donde se me mostraba el mismo divino Señor, y tampoco conseguía elevarme. En vista de que no podía salvar el abismo que me separaba de la altísima cumbre en que yacía Jesús y me llamaba, rogué a Su Majestad que viniese en busca mía y me condujese por sí mismo a aquella altísima perfección, a cuya súplica contestóme el Señor con una leve insinuación, indicándome que no podía descender adonde estaba mi alma ni yo subir a El, porque era necesario que mediase la dirección espiritual para salvar el abismo que me separaba de su Bondad.

La razón de esta necesidad entendí que era el poco aprecio que hacía de sus dones y gracias de predilección, las

que derrochaba por el mero hecho de haberlos depositado el Señor en mi alma pecadora, y que era necesario que un Ministro suyo me enseñase a estimar sus dones y a corresponder a ellos, obligándome a vivir en conformidad con sus designios de amor en mi alma.

[264] Una vez, estando en período de sufrimiento, parecióme ver a Jesús bajo el aspecto de vigilante Pastor enamorado de su rebaño, conduciendo sus ovejas al redil por una senda espaciosa. Una de las ovejas empezó a detenerse entretenida con las flores que yacían plantadas a las orillas del sendero y, perdiendo de vista al rebaño que seguía al Pastor, se extravió. Al verse desorientada, empezó a angustiarse sobremanera, y a llamar a su Pastor con fuertes y continuos balidos, pero sin efecto, porque el pastor y rebaño se habían alejado de ella a distancias inmensas.

El Pastor, a su vez, llamaba a la oveja, apenado de su extravío, y subía a las cumbres para ver si veía venir a la descarriada, pero en vano, porque la infeliz yacía enredada en un matorral padeciendo angustias mil sola y desamparada, esperando el momento en que el pastor oyese sus balidos y viniese a recogerla.

[265] Mientras la infortunada padecía sin consuelo, el resto del rebaño rebosaba dicha y consuelo al abrigo de las miradas de su tierno y cariñoso Pastor, el cual cada vez sentía más la ausencia de la extraviada, cuyas penas no ignoraba y sentía como propias.

Tanto más hondamente le herían, cuanto era mayor la dicha y felicidad de las que permanecían a su lado. Comprendí que era yo la descarriada oveja que yacía enredada en los matorrales por mi descuido en seguir al Pastor por la senda de la perfección, de cuya senda me extravié en el convento de Jesús María por entretenerme en conversaciones inútiles y otras faltas que cometí, especialmente de omisión, por complacer a las criaturas, y aunque el estado presente de mi alma no era de pecado mortal, comprendí que estaba muy lejos de la altísima perfección a que me llama-

ba N. Señor, y por esto y por las muchas faltas que cometía, que estaba figurada en la descarriada oveja enredada en el zarzal, sola y desamparada, padeciendo indecibles penas, lo que era realidad.

[266] Rogué a Jesús que me sacase del matorral de faltas e imperfecciones en que yacía, o aprendí, y me condujese al redil colocándome en el grado de perfección a que estaba llamada, pero entendí que contestaba a mi súplica con la misma indicación que referí, esto es, que necesitaba un coadjutor, un Ministro suyo que le ayudase a librarme del espinoso zarzal, y que a la vez fuese testigo de nuestras relaciones, para que enterado de los dones y gracias que recibiera de su infinita liberalidad, y de la capacidad de mi alma, me obligase a responder a sus designios de amor a la vez que a corregir mis defectos.

Pero en mis relaciones con el Divino Pastor no todo fue padecer, sino que gocé más que padecí, mucho más. Prueba de esto que cuando más atribulada estaba, contaba al Señor mis penas, *cantando* ante el Sagrario en el silencio de la noche. Estas penas obedecían a la idea de mi ingrata correspondencia a las finezas del mismo divino Salvador, y al arrepentimiento de mis culpas, especialmente de mi extravío en el convento de Jesús María, a que atribuía mis faltas y sufrimientos, pues cualquier cosa que me ocurría en contra, lo atribuía al predicho extravío, cuyo recuerdo me lastimaba mucho.

Estas relaciones con Jesús en el dictado de Buen Pastor duraron unos diez años, y todavía alguna que otra vez busco al Señor bajo el mismo aspecto, sobre todo cuando me veo en período de sufrimiento, que parece tiene gracia especial para consolar mis penas en su cualidad de Buen Pastor.

CAPITULO XII

Fin del siglo diecinueve y principio del veinte en esta santa Casa y Comunidad

[267] Estaba para terminarse el siglo diecinueve, y como servidora viviese engolfada en los amores de la Virgen Inmaculada, al propio tiempo que en los de Dios —especialmente del Verbo Encarnado, blanco de mis afectos y aspiraciones—, y por otra parte Dios Nuestro Señor, a veces, se complacía en tomarme por instrumento para realizar sus designios de amor relacionados especialmente con la gloria de María, hacia fines de Diciembre del año 1900, apoderóse de mi alma cierto espíritu de oración y amor mariano que me identificó con la Santísima Virgen, por mejor decir, con la gloria y felicidad, dones y privilegios de la divina Señora.

En virtud de este espíritu que me identificara con la Virgen, parecíame que era el alma más allegada íntima y familiar de la divina Señora, y como tal, que debía coronar todo el culto, amor, servicios y alabanzas que tributaron a la misma todos los hijos de la santa Iglesia en el siglo diecinueve que iba a expirar, e inaugurar los que le tributarían en el siglo veinte los fieles cristianos que pertenecerían a la misma Iglesia en esta centuria, con mi reconocimiento y amor, culto y veneración, realizando a favor de la Virgen todo lo que me inspirase el agente divino que obraba en mí, que no dudaba era el Espíritu Santo.

Y no sólo esto, sino que me consideraba además como la encargada de gratificar o remunerar los servicios prestados a la Virgen por los Cristianos del siglo diecinueve, y en general a todos los Angeles y bienaventurados del cielo procurando muchos grados de gloria accidental a los que pertenecían a la Iglesia triunfante, y nuevos dones y gracias para los que estaban todavía en el mundo.
[268] En una palabra, parecíame —y no se escandali-

cen de lo que digo— que era como el eco de los sentimientos y aspiraciones que abrigaron los justos que vivieron en el siglo diecinueve hacia Dios y su Pma. Madre, y de los que abrigarían los que nacerían en el veinte, más de los sentimientos y aspiraciones relacionados con la gloria del mismo Dios y Reina soberana que abrigan en el cielo todos los Angeles y Bienaventurados para en nombre de todos amar y glorificar a Dios y a la Santísima Virgen, y al propio tiempo la encargada de remunerar el amor y servicios de los mismos en nombre de la Beatísima Trinidad y de la Virgen inmaculada y todo esto debido al espíritu divino que obraba en mí y por mi medio.

Como el efecto más sensible y eficaz de la presencia de este espíritu en el fondo del alma fuese un ardiente amor a la Virgen Santísima y celo de su gloria —que era como la razón de las plegarias que formulaba en el acatamiento de Dios Uno y Trino y de la misma divina Señora— llamábale espíritu de amor a la Virgen, en cuyo amor ardía.

No recuerdo la fecha del día que este espíritu se apoderó de mi alma, pero debió ser el 27 ó 28 de Diciembre, cuyo espíritu me identificaba con Dios, al propio tiempo que me unía a la Virgen Santísima.

[269] A Dios y a la Virgen parecíame ver en una altura sublime especie de cielo. Impulsada de la vehemencia del amor que sentía por la Virgen, el día 29 de Diciembre (si mal no recuerdo) hablé a las Madres diciendo: «Hace días que deseo revelarles mis proyectos relacionados con la gloria de nuestra Madre Purísima». *Hable,* me dijo la Madre Superiora, y continué y dije: «Nadie en este mundo está tan obligado a nuestra Madre Pma. como nosotras, hijas primogénitas de la Señora, consagradas a la misma en el más hermoso de sus privilegios. En virtud de nuestra consagración somos herencia y propiedad de la Virgen Inmaculada y la Virgen es nuestro patrimonio, es toda nuestra, y toda para nosotras con todos los dones y gracias que atesora, y en Ella y con Ella lo es Dios N. Señor. Pues

siendo como es la Virgen Inmaculada toda nuestra y nosotras todo suyas, debemos velar sus intereses como propios nuestros, cifrando nuestra felicidad en su gloria. Por esta razón, las religiosas de esta santa casa deberíamos procurar santificar con especiales obsequios a nuestra inmaculada Madre la noche última de este siglo, que tuvo la suerte de ser elegido por la Providencia para la definición dogmática del inefable misterio de su Concepción purísima.

[270] El siglo 19, al expirar y dar a la tierra su último adiós, y el 20 a su entrada y primer saludo, debe sorprendernos a los pies de nuestra Madre Purísima, ocupadas de lleno en el amor, culto y veneración de esta divina Señora, y en María y por María, entregadas por completo al amor y servicio de Dios N. Señor Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¡Quién sabe lo que harían nuestras hermanas difuntas cuando expiró el siglo 18 e inauguraron el presente! y ¡lo que harán las que *conocerán el fin del siglo 20 que tenemos la dicha de inaugurar*!

Vergüenza sería que nosotras, que nos preciamos de amantes apasionadas de la Virgen, hiciésemos menos que éstas y aquéllas, habiendo tenido el honor de pertenecer al siglo que vio proclamar dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción».

«¿Qué quiere que hagamos?», me preguntaron las MM.

A la pregunta contesté que si les parecía bien, de diez a once, reunida la Comunidad en el coro, recitaríamos los Maitines y Laudes cantando sólo el invitatorio y el Te Deum, y a continuación haríamos un acto de consagración de la Comunidad a Dios N. Señor y a la Sma. Virgen, y recitaríamos un rosario de alabanzas y acciones de gracias al Señor por los privilegios y dones que concedió a nuestra Madre Pma. con letanía y Salve cantada y a las doce Misa cantada con exposición según el privilegio de León XIII, y que quedase expuesto el Santísimo hasta las 12 del siguiente mediodía. Así se hizo.

[271] El 31 de Diciembre por la tarde se llevó y colocó

en el coro la imagen de la Inmaculada que llamamos «Napolitana», y puesta de rodillas en su presencia inauguré los obsequios y cultos de aquella noche sin saber si estaba en el cielo o en la tierra, porque aprendía a la Trinidad Beatísima y a la Sma. Virgen presentes en un horizonte divino abierto a mi derecha a bastante altura, el cual se parecía al cielo. Aprendí que todo lo que pidiese aquella noche, impulsada por el espíritu de oración que me trabajaba, me sería concedido, y excuso decir que pedí por todas y para todas las criaturas del cielo y de la tierra cuanto me inspiró el amor y celo que me abrasaba, y que era el mismo espíritu sin duda alguna.

A las diez de la noche, reunida la Comunidad en el coro, rezamos los Maitines en la forma acordada, y a continuación, de rodillas ante el Sagrario y a los pies de la referida imagen, nos consagramos todas a Jesús Sacramentado por medio y en unión de nuestra inmaculada Madre, proponiendo servirle con la mayor perfección posible a nuestra flaqueza imitando las virtudes de la Señora y por su medio buscarlo y adherirnos a El siempre como almas singularmente marianas llamadas a glorificar a Dios en María, por María y con María. Terminado el acto de consagración, rezamos el santo rosario intercalando una alabanza o acción de gracias en cada ave María, Pater y Gloria.

[272] Las alabanzas son éstas.

En el Pater: Bendito sea Dios nuestro Padre con su Hijo Unigénito, nuestro Esposo y el Espíritu Santo nuestro Amor, y bendita mil y mil veces nuestra inmaculada Madre por cuyo medio Dios Uno y Trino se dio a nosotros —al género humano— en la persona del Verbo.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Padre eterno, por los privilegios y gracias que otorgaste a nuestra Madre Pma., especialmente por su pureza original y por su adopción divina como hija primogénita.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo divino, por los privilegios y gracias que otorgaste a nuestra Madre Pma.,

especialmente por su divina Maternidad, y por los honores que como a Madre le tributas.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Espíritu Divino, por los privilegios y gracias que otorgaste a nuestra Madre Pma., especialmente por haberla recibido a vuestro abrazo y desposorio místico y consagrado con vuestra sombra.

Ave. Bendita y glorificada seáis vos, Trinidad Beatísima, por los privilegios y gracias que concediste a nuestra Madre Pma., especialmente porque inculcaste en ella tu vida y perfecciones divinas y por los honores que la tributas y complacencias que la procuras como a hija, madre y esposa y reina de la creación.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo Encarnado, por los favores que dispensaste a vuestra inmaculada Madre y nuestra, los nueve meses que te albergaste en su casto seno, especialmente por la participación de tu santidad.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo Encarnado, por los beneficios que dispensaste a vuestra inmaculada Madre y nuestra en los 33 años que viviste en su compañía, especialmente por haberla íntimamente asociado a tu vida humano-divina y gloriosos destinos.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo Encarnado, por todos los favores que dispensaste a tu inmaculada Madre y nuestra en el período comprendido desde tu Resurrección hasta la Ascensión, especialmente por la gloria y felicidad que en ella proyectaste.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo Encarnado, por todos los favores que dispensaste a tu inmaculada Madre y nuestra las veces que te recibió Sacramentado en su pecho, especialmente por el gusto y complacencia con que morabas en ella perpetuamente.

Ave. Bendito y glorificado seáis vos, Verbo Encarnado, por todos los beneficios que dispensaste a tu inmaculada Madre y nuestra en el período comprendido desde tu Ascensión hasta su tránsito, especialmente por la protección

y amor que la prodigaste en el trance supremo y por su gloriosa Asunción y coronación.

Ave. Bendita y glorificada seáis vos, oh Madre querida, de todas las naciones y generaciones, en los cielos y en la tierra, en el tiempo y en la eternidad, por la generosidad con que invertiste en provecho nuestro los dones y gracias que recibiste de Dios, por la protección, amor y favores que nos has dispensado y continúas dispensándonos a los miserables hijos de Eva, y por el ardiente anhelo con que procuras nuestro bienestar temporal y felicidad eterna.

Gloria. Dios mío, Madre mía, pues tanto nos amáis y anheláis nuestro bien, concedednos que cuando se termine el siglo 20 que religiosamente inauguramos, todas las religiosas concurrentes nos veamos en el cielo asociadas a vuestra beatitud contemplando con cariño desde el trono inaccesible de vuestra divina gloria a las religiosas que nos reemplazarán en este sagrado claustro, y en los obsequios que con tanto fervor os tributamos, a cuyo favor hacemos votos deseándolas un alto grado de santidad. Amén.

[273] Una infinidad de actos practicaba mi alma con prodigiosa actividad mientras mis labios recitaban estas alabanzas y acciones de gracias impulsada por el amor que sentía por la Virgen, merced al Espíritu divino, que parecía haberse apoderado del mío para en mí y por mi medio honrar a la divina Señora.

Terminado el rosario, cantamos la Letanía y a continuación la Salve, y cantando «Ea, pues, Señora, Abogada nuestra», etc., dieron las doce, y dando el último adiós al siglo 19, inauguramos el 20 implorando la protección de la Virgen Santísima a favor de los hijos de Adán y Eva, desterrados en este valle de lágrimas.

A las doce se expuso al Santísimo, y cantamos la Misa, y terminada ésta, varias religiosas se retiraron a descansar, y las demás quedamos en el coro haciendo la guardia de honor a Jesús Sacramentado hasta las doce del siguiente mediodía, que se hizo la reserva. Pasamos una noche feliz,

unos ratos orando y otros cantando a nuestro Amor Sacramentado. En cuanto a mí, no sabía qué fiesta celebraba, pues a un mismo tiempo parecíame asistir presente ante el trono de la Virgen Inmaculada en el cielo, donde la contemplaba, y en el Tabernáculo con Jesús Sacramentado, más a la misma Soberana Virgen en su santa Imagen Napolitana, a cuyos pies permanecí de rodillas toda la noche porque no acertaba a separarme de su lado, toda vez que desde allí veía el Tabernáculo y podía acompañar a mi divino Prisionero expuesto a la adoración de los fieles.

[274] En gracia a cierto espíritu de oración de súplica e intercesión que se apoderó de mi alma, la noche de referencia hice muchas y fervorosas súplicas a Dios y a la Sma. Virgen a favor del género humano, de la santa Iglesia, de mi Comunidad, de las almas del Purgatorio y también de los Angeles y Bienaventurados del cielo solicitando para éstos muchos grados de gloria accidental, especialmente para los que fueron en el mundo devotos de la Sma. Virgen y prestaron a la Señora servicios especiales, v. g., Vble. Escoto, Pío IX y nuestra Vble. M. María de Jesús de Agreda.

Si algún día experimenté la verdad de que el Espíritu Santo ora en nosotros y por nosotros con gemidos inefables, creo que fue la noche del último día del siglo 19, y primeras horas del siglo 20, pues no fui yo, sino Dios quien formulaba las súplicas que dirigí al mismo Dios aquella noche de imperecederos recuerdos, a favor de la creación entera, sin que hubiese nadie en el cielo ni en la tierra por quien no me interesase, ora pidiendo el remedio de sus necesidades o solicitando especiales gracias o grados de gloria accidental.

Los primeros días del siglo 20 los pasé en una especie de fiesta de la Inmaculada Concepción, como si fuese el 8 de Diciembre, debido, sin duda, a lo penetrada que estaba mi alma de la idea de honrar a la Virgen en nombre de todos los Cristianos que habían pertenecido al siglo

19 y pertenecerían al 20, haciéndome eco de sus sentimientos y afectos, más del entusiasmo y amor que los Angeles y Bienaventurados y el mismo Dios Uno y Trino sienten por la divina Señora, a quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos amén. Laus Deo.

CAPITULO XIII

Mis relaciones con Jesús paciente. El fallecimiento de mi hermano

[275] Al acercarse el tiempo de Pasión, todos los años me sentía favorecida con un recogimiento y elevación de espíritu extraordinarios, una influencia divina me adhería a mi Dios Humanado Paciente y pasaba dos, tres y a veces siete semanas enjesusada, abstraída de las criaturas y de mí misma. Este recogimiento e identificación con Jesús Paciente era más perfecta cada año, y la influencia divina me trabajaba un período más largo.

Llegó el Domingo de Pasión del año 1901, y merced a la influencia divina que me trabajaba, me abismé en mi Dios Paciente y hasta el Domingo siguiente permanecí unida a El participando sus penas en el grado que reclamaba el amor que le profesaba. El Domingo de Ramos, Jesús, que hasta este día se había mostrado semivelado, revelóse a mi alma como Dios fuego, Dios amor abrasado en divinos incendios hacia las almas, pero *paciente,* y merced a esta visión, estrecháronse las relaciones que a El me unían y empecé a participar sus penas en grado más alto correspondiente a la unión.

Trabajada por el afecto de compasión, pasé la semana santa profundamente emocionada, y cuando llegó el Domingo de Resurrección no podía cambiar de impresiones. Estaba abismada en la contemplación de la Pasión, y no pude participar los goces de la resurrección, a pesar de la

violencia que me hice en mi deseo de conformarme con el espíritu y sentimientos de la S. M. Iglesia, expresados en la sagrada liturgia.

[276] Continué, pues, con los misterios de la Pasión con propósito de celebrar la Resurrección en la Dominica in Albis [19], después de haber consagrado a mi Dios Paciente la semana de Pascua. Estando con esta intención, el Domingo de Resurrección, a las diez de la mañana, recibí la noticia de la enfermedad de mi hermano. Temiendo que esta noticia perturbase mi recogimiento y me distrajera de mi propósito —por la triste situación de mi madre y hermana, pues hacía once meses que habían perdido a mi padre y no tenían más amparo que mi hermano— corrí presurosa al coro, y llena de fe y confianza, arrojé en Jesús todos mis cuidados relacionados con la preciosa muerte que deseaba para mi hermano, y con el consuelo y porvenir de mi madre y hermana.

Hecho esto, continué mi contemplación como si nada ocurriera en mi casa, y pasé la semana de Pascua como había pasado el tiempo de Pasión, identificada con mi Dios Paciente.

El viernes 12 de Abril, a las diez y media de la mañana, tuve cierto presentimiento del período agónico de mi hermano, y como estaba en oración contemplando la crucifixión y muerte de mi Dios Humanado, procuré interesarle en su favor en el acatamiento del Padre, a quien ofrecí la santísima Pasión y méritos del mismo divino Jesús muchas veces en nombre y a favor del paciente con el fervor que puede suponerse.

[277] Por carta que recibí el día 14 supe que mi hermano había entregado su alma a Dios, *cantando* como un ángel en la misma hora que yo lo aprendí y en su nombre acompañaba a Jesús moribundo en la cruz, después de haber

[19] *Dominica in Albis.* Se llamaba así al domingo siguiente al de Pascua de Resurrección.

recibido los Sacramentos con edificación de todo el vecindario y exhortado a mi madre y hermana a gozarse en su felicidad porque se iba al cielo.

Imposible describir lo que pasó por mi alma cuando vi lo bien que Jesús había cumplido mis deseos y peticiones relativas a la preciosa muerte de mi hermano y consuelo de mi familia. Esta nueva prueba de amor por parte de Jesús me obligó a redoblar mi fervor en su amor y servicio y mis relaciones divinas fueron perfeccionándose con asombrosa rapidez. La memoria de mi hermano, en lugar de oprimir mi espíritu —como mi difunto padre—, me elevaba a Dios, a la eternidad dichosa, como si estuviera gozando en la gloria. Así y todo, yo ofrecí sufragios por él en lo que faltaba del período pascual hasta la Ascensión. Este día, confiando en que ya estaría en el cielo, le escribí una carta felicitándole por la dicha que gozaba, y le manifesté mis necesidades y las de la familia y de otras almas para que se interesase por nosotros en la presencia de Dios. *[278]* La carta la puse en las manos de la Virgen «Napolitana», suplicando a nuestra Madre que se la leyera a mi hermano en el cielo aquel mismo día, y le saludase en mi nombre, etc., etc.

Nuestra Madre Pma. debió cumplir bien el encargo, porque el 12 de Abril del siguiente año, primer aniversario del fallecimiento de mi hermano, Dios N. S. me proporcionó la dote para librarme del cargo de cantora, que no podía desempeñar sin mucho trabajo y sufrimientos morales [20]. Fue ésta una de las peticiones que encomendé a mi difunto hermano, y por esto dije que nuestra Madre Pma. le leyó la carta que le dirigí. Laus Deo.

[20] La dote se la dio, sin haberla pedido, una señora de Valladolid, que luego ingresó religiosa en el mismo convento. Dicha dote consistió en 5.000 pesetas. Sor Angeles, con sus penitencias y ayunos, perdió la voz —que la había tenido hermosísima—, y ya no podía desempeñar el cargo de cantora.

CAPITULO XIV

Mis relaciones con Jesús Sacramentado y con los santos Angeles

[279] Desde mi infancia profesé devoción cordialísima a mi Angel custodio, a quien invocaba muchas veces todos los días y con mucha fe y devoción. Más tarde aprendí de mis queridos padres a conocer, amar y encomendarme al Arcángel S. Miguel, y cuando me consagré a la vida espiritual me sentí inspirada a encomendarme a los nueve coros de los Angeles, en cuyo obsequio rezaba nueve glorias, más a los SS. Arcángeles Gabriel y Rafael.

El último año que viví en el siglo me sentí llamada a cierta intimidad con los espíritus angélicos, pero sin comprender la naturaleza y fin del llamamiento, solamente sentía mucho amor y entusiasmo por ellos. Concebí la idea de emparentarme con los Angeles llamándome en la religión Sor María de los Angeles, como lo hice el día que me impusieron el santo hábito. Los amaba mucho y me entusiasmaba su memoria, pero no recuerdo que viviera en intimidad con ellos por vía de comunicación sobrenatural hasta el tercero o cuarto año después de mi entrada en la religión, cuando empezaron a revelarse a mi alma los Espíritus Angélicos en mis relaciones con la Sma. Virgen.

[280] Los veía extáticos de amor y admiración contemplando ora las perfecciones de la Señora, ora su correspondencia a la gracia y sus relaciones divinas con Dios y su Unigénito Humanado. Luego, acercándose más a mi alma, mostrábanse como modelos para que me inspirase en ellos en mis relaciones con Dios y con la Virgen, abrasados en divinos incendios, revelando en su actitud la profunda veneración y estimación infinita que sienten por Dios y por su divina Madre. Después, como compañeros de mi destierro y coadjutores en la alta empresa de amar y glorificar a mis

soberanos Amores Jesús y María en el cielo, en los misterios de su vida mortal y en la sagrada Eucaristía.

Doquiera que contemplase a Jesús y María, los veía siempre rodeados de una multitud prodigiosa de Angeles, incluso en el Calvario, el que se presentaba a mi vista poblado de espíritus celestes como de átomos el aire. Una vez vi al Arcángel S. Miguel revestido de belleza y majestad tanta, que parecía un segundo Jesucristo, lo cual me maravilló mucho. Varias veces vi o experimenté —no sé cómo diga— la presencia de mi Angel custodio y de otros Angeles en mi celda, quienes se imponían a mi alma como participación de la santidad y poder de Dios con tanta grandeza y majestad que parecían dioses, pero al mismo tiempo humildes y afabilísimos.

[281] Las revelaciones angélicas me elevaban a Dios y lo propio digo de su trato y comunicación, en cuya comunicación progresé mucho en el conocimiento y amor de Dios, del Verbo Encarnado y de la Virgen Santísima. Presentábanse a mi alma como Modelos propuestos por Dios a mi imitación para que me inspirase en ellos, regulando mi conducta por la suya, como Maestros para enseñarme las leyes del amor divino, y para educarme según su vida y costumbres angélicas y elevarme a la categoría de ángel, más como Ayos y Tutores míos y Protectores especiales.

Era tanto el respeto y veneración que sentía por Ellos, que en su presencia quisiera permanecer postrada en tierra en actitud de adoración, y los efectos que producía en mi alma el sentimiento de su presencia eran maravillosos, pues sentir la presencia de un Angel, y caer de rodillas como abrasada en amor divino era todo uno, y sentía tales ansias de ser santa, muy santa y de glorificar a Dios, que no parece sino que por su medio se revelaba el mismo Dios a mi pobre alma y me comunicaba su divino amor. Anhelaba yo ser como ellos santa, angélica, divina, como divino es el objeto en cuya contemplación los veía como absortos y extáticos de amor.

[282] ¿Qué será Dios?, me preguntaba muchas veces, cuando se revelaba a mi alma algún Angel, en vista de los efectos que su presencia me producía, y me persuadía que si dichos Angeles se dejasen ver de los infieles y pecadores que viven en el mundo, todos se sentirían abrasados en amor de Dios, y la tierra se transformaría en cielo.

Es porque veía en los Angeles tanta humildad y santidad, tan profundo respeto y veneración hacia Dios, y tan abrasado y acendrado amor y celo por su gloria, y caridad para con los hombres, por ser criaturas de Dios, que revelan la infinita bondad y excelencia del Creador a quien sirven y adoran.

[283] Cuando me veía favorecida con visiones angélicas, me preguntaba: ¿Quién no ama a Dios, a un Dios tan amado de los Angeles?, imposible que haya en el mundo criatura que no le ame y se abrase en divinos ardores, y trabaje por santificarse si llega a su conocimiento los sentimientos que abrigan estos bienaventurados Espíritus. Considérese cuán grande será la excelencia de los Angeles, que un día que se reveló a mi alma un Angel en un lugar distante de España, como muy lejos de mí, parecióme que como yo, le podían ver todos los moradores de la tierra, pues tenía cierta especie de inmensidad, y parecía que llenaba todo el mundo y se elevaba sobre los mismos cielos sin dejar de estar en la tierra.

Y si tan grande es la excelencia y majestad del Angel, no es menor su bondad. Por esto repito que su presencia producía en mi alma maravillosos efectos. Con gusto relataría la naturaleza de mis relaciones con los Angeles, pero no puedo expresarlo, por ser una comunicación intelectual, muy espiritual y elevada, los cuales no se revelaban a mi alma en forma humana, sino como reflejos de Dios y de su Unigénito Humanado, como Espíritus llenos de gracia y santidad, purísimos, invisibles, pura inteligencia y amor, que sólo pueden verse con el ápice de la mente, o sea, intelectualmente si se revelan como son sin formas extrañas,

y mi comunicación con ellos era también muy espiritual y elevada, no verbal como se cuenta que la tuvieron algunas almas santas.

Mis relaciones con Jesús Sacramentado

[284] Desde mi primera conversión tuve devoción especial al Santísimo, como ya dije en el libro primero, cuya devoción se fue acentuando y siendo cada vez más cordial. Empero, como Jesús se revelaba a mi alma, y dejaba poseer más perfectamente cuando meditaba, o le buscaba en la meditación de los misterios de su vida mortal, que cuando le adoraba en el Sagrario, los primeros años de mi vida religiosa no vivía vida de sacramento (así me parece) ni comunicaba con Jesús en la Eucaristía con la frecuencia que en otros episodios de su vida, excepto en los períodos de prueba o de sufrimiento, en los cuales, no estando la mente ocupada en la meditación de dichos misterios, tenía alguna facilidad para hallarle en el Sagrario, y allí le buscaba y le rendía mis homenajes.

[285] Después, el año 1900, cuando empezó Jesús a llamarme desde el fondo del Sagrario, en concepto del Buen Pastor con amorosos silbidos, entró mi alma en nueva fase de vida, me establecí en el Sagrario, y empecé a vivir de la vida de Jesús Sacramentada, o no sé cómo diga, en concepto de fiel y amante ovejita. Y Jesús, con misericordiosa benevolencia, empezó a su vez a dejarse poseer de mí con la evidencia y perfección que le poseía antes en la contemplación de los misterios de su vida mortal.

Decíame que el Sagrario era el aprisco, El mi Pastor, pero Pastor divinamente apasionado y celoso de su rebaño, y yo su ovejita privilegiada y singularmente amada de su divino Corazón. Desde entonces mis relaciones con Jesús Sacramentado estrecháronse, y fueron tan íntimas y continuas que ni de día ni de noche podía separarme de su lado, excepto el tiempo preciso del sueño, y el que empleaba en el cum-

plimiento de mis deberes comunes o particulares, para los cuales era necesario abandonar el Santuario.

En Jesús Sacramentado poseía todos los bienes, y para mi felicidad, que consiste en poseer a Jesús, no necesitaba salir del coro, como antes que como otra esposa le buscaba por calles y plazas, o sea, por claustros y jardines.

[286] Seis meses próximamente pasé mi vida a los pies de Jesús, en concepto de ovejita en el místico redil del Sagrario, cantando mi dicha, y abrasada en sus amores como dije en el capítulo 11. Mi meditación principal por el tiempo que refiero consistía en contemplar las finezas de Jesús Sacramentado, y su Amor paciente en los misterios de su santísima pasión. En el mes de Diciembre del año 1900, si mal no recuerdo, estrecháronse los lazos que me unían a mi Dios Humanado Sacramentado, el cual, sin ocultarse a mis miradas bajo la forma del Buen Pastor, empezó a revelarse a mi alma en su doble naturaleza como *Hombre Dios de Majestad y Belleza divinas o como una Hermosura* divina humana, fascinadora en alto grado, cual nunca se había *revelado hasta entonces.*

Merced a esta revelación y a los efectos que me produjo, estrecháronse mis relaciones con Jesús Sacramentado, a quien me uní con nuevos lazos de amor más ferviente, y mi alma entró en desconocidas regiones de familiaridad con Dios y en una fase de vida deliciosísima.

[287] Vivía con el cuerpo en el convento, o en el coro, pero mi alma yacía con Jesús en el fondo del Sagrario, empleada toda en contemplar su divina Belleza, y en amar su infinita Bondad, que conocía por experiencia, pues gozaba los efectos de su bondad y ternura divinas. ¡Qué belleza la suya tan divina! ¡Qué bondad, qué ternura, qué afabilidad tan fascinadoras!

Tan divinamente hermoso se revelaba a mi alma Dios Humanado, el Hombre Dios —que reside encerrado en el Sagrario, oculto bajo los velos de la Hostia— y tantas caricias me prodigaba, que no sabía qué hacerme para corresponder

a su ternura y amor, ni podía separarme de su lado un momento.

[288] Deseando corresponder a sus finezas, me ofrecía y entregaba a Jesús Sacramentado en concepto, ora de preciosa Flor trasplantada al místico vergel del Sagrario por el mismo divino Señor para recrear su vista y olfato con la belleza y aroma de las virtudes que practicaba en su obsequio, ora en concepto de amante paloma y tórtola solitaria para hacerle compañía, consolarle en sus penas y hacer su felicidad en la sagrada Eucaristía.

Entregábame también a su santo amor y servicio, en concepto de Angel tutelar para custodiarle en el Sagrario, y hacerle la guardia de honor en unión de los Espíritus Angélicos que le hacen la corte en todos los Sagrarios del mundo cristiano y especialmente en nuestra Iglesia.

Varias veces, mientras oraba ante el Sagrario, parecióme que vía (*sic*)[21] a Jesús en un campo desierto nunca hollado por humano pie, lejos, muy lejos de poblado.

[289] El suelo hallábase alfombrado de variedad de flores muy bellas que con su aroma embalsamaban el ambiente. Complacido sobremanera, las contemplaba el Señor, el cual cuidaba de su cultivo y las colmaba de caricias. Entre ellas, una atraía las miradas de Jesús, y era objeto de sus predilecciones, a cuya flor le prodigaba su amor y sus cuidados más singulares, como si sola ella hiciera su felicidad en aquel florido desierto santificado con su divina presencia, y cultivado por su providencia. En dicha flor, objeto de las predilecciones del Dios Creador personificado en el Verbo —cuya presencia parecíame sentir en aquella soledad— leía mi historia, y la historia de las finezas de Jesús a mi alma pecadora, pues en mis relaciones con el Verbo Encarnado veía reproducida su dicha y sus destinos.

Como ella, era yo criatura de Dios increado y creador, cuya inmensidad llena todo el mundo, que conserva su pro-

[21] *Vía, sic* por *veía.*

videncia. Apenas nací al mundo, cuando fui regenerada en las aguas bautismales y trasplantada por Dios al místico vergel de su santa Iglesia, y colocada en la misteriosa región de la gracia, y objeto de su amor y de sus cuidados paternales. Dios, autor de mi existencia, a quien debía mi conservación, y mi justificación y los demás bienes que poseía en el orden temporal y espiritual, era el único que me conocía, pues, mi vida, se había desarrollado en el silencio y en la soledad del hogar paterno, y de este bendito claustro a cubierto de humanos ojos.

[290] Mis padres naturales no sabían más que mi historia externa; mis interioridades les eran completamente desconocidas. Mis hermanas de religión me conocían un poquito más, pero jamás penetraron en el santuario de mi alma y de mis relaciones con Dios. Ni tampoco los Ministros de Dios, con los cuales no había tratado sino lo preciso y lo indispensable para informarlos del estado de mi conciencia cuando confesaba mis faltas en el tribunal de la Penitencia.

Sólo Dios había sido hasta entonces mi Consejero y Guía, mi Padre, mi Madre, mi Providencia y Protección, Testigo de mis ocupaciones internas, mi único Amigo y Confidente, mi Bienhechor y Angel tutelar. Así, pues, mi vida entera se había pasado en el más completo olvido y abandono de las criaturas, pues casi todas ignoraban mi existencia, y las poquitas que me habían tratado no conocían de mí más que mis acciones exteriores.

[291] Y a pesar de no contar con apoyos y ayudas humanas, me veía elevada a una unión divina relativamente satisfactoria y objeto de las predilecciones de Dios. Era yo aquella flor del desierto ignorada del mundo, abandonada a la divina Providencia, cuya existencia sólo Dios conoce, cultivada y acariciada por Jesús y objeto de sus predilecciones. Y para que el retrato fuese perfecto, como a ella me arrancó Jesús de aquel suelo desierto al parecer tan fértil y tomándome en sus divinas manos, me colmó de caricias y me trasplantó a otro campo más fértil todavía y más de-

sierto y solitario, cual es la sagrada Eucaristía, el Sagrario, asociándome a su Vida Eucarística, en cuyas nuevas relaciones con Jesús Sacramentado fue mi alma elevada a más alto grado de unión divina, y penetré en misteriosas regiones que ignoraba.

Considerándome preciosa flor del campo (pues valgo nada menos que la vida y sangre divinas de Jesús) y lirio de los valles, decíale a Jesús Sacramentado: Soy la desconocida flor del desierto, Amado mío, y el ignorado lirio que nace y crece en lejano valle nunca pisado por humano pie, pues mi vida, como la suya, se desarrolla en el silencio y en la soledad, en el más profundo olvido y abandono de los mortales, y como ellos, sólo cuento con vuestra dirección y cuidados paternales, y no tengo otro testigo que vuestra mirada, ni espero otras caricias que las que me prodiga vuestro amor infinito.

[292] Y, pues soy extraña a los mortales, y sois Vos mi *Todo* en esta misteriosa y solitaria región de la vida sobrenatural, me entrego a Vos sin reservas para amaros y procuraros toda la gloria y complacencias posibles en el tiempo y en la eternidad.

Soy (le decía otras veces) la enamorada y amante tortolita que (un día), respondiendo a vuestros amorosos reclamos, vine presurosa a este solitario monte y místico palomar, donde tantos misterios de amor habéis realizado a mi favor. Retenedme a vuestro lado, Amado mío, no me dejéis salir de aquí, que quiero hacer vuestra felicidad en este místico palomar como Vos hacéis la mía.

No solamente de la presencia del Verbo Humanado gozaba mi alma en el Sagrario, si que también la asistencia y compañía de los Espíritus Angélicos que rodean el sagrado Copón, cuya presencia aprendía y gustaba con viveza. Vivía en intimidad con ellos, y los trataba con una confianza llena de respeto como a hermanos y confidentes. Cuando penetraba en el coro, adoraba a Jesús y su divina Madre con viva fe. Luego saludaba a los Santos Angeles, les agradecía el

culto que habían tributado al Señor en mi ausencia, y como recompensa pedía para ellos muchos grados de gloria accidental. Exponíales mi situación, mis proyectos, mis ansias de amar y glorificar a mi Dios Sacramentado y Reina soberana y mi nulidad e indignidad, y les rogaba que me adaptasen para comunicar directamente con el Hijo divino y la Madre Virgen y me ayudasen a obsequiarlos como se merecen. *[293]* Con su sabiduría, que supliesen mi ignorancia, con su poder mi nulidad y con su bondad y virtudes mi desnudez y pobreza espiritual. Que se interesasen por mí y fuesen ellos los intermediarios en mis relaciones con Jesús y María y los tuviesen siempre propicios a favorecerme, y que me alcanzasen tal cúmulo de gracias que al salir del coro me viera o sintiera visiblemente transformada, enjesusada y que Jesús y María quedasen rodeados de muchos y nuevos grados de gloria procurados con los servicios que les prestaría mientras permanecía en el coro.

Luego, identificada con los Angeles o asociada a Ellos, me presentaba a Jesús Sacramentado, le tributaba mis homenajes de amor y respeto, contemplaba los misterios que me inspiraba y le hacía la guardia de honor, o comunicaba con El familiarmente si me elevaba a su intimidad.

En mis relaciones con Jesús y María tenía presente siempre a los santos Angeles, y en unión suya practicaba todos los actos de virtud y religión.

[294] Cuando llegaba la hora de salir del coro me ponía en comunicación directa con ellos para darles las gracias por la protección y socorros que me habían prestado, manifestábales mi sentimiento por tener que alejarme de la presencia de su Dios y mío y les rogaba lo cuidasen muy bien y que en mi nombre lo amasen e hi[ci]eran la corte, y que desde allí, o sea, desde el fondo del Sagrario, me siguiesen y asistiesen con su amor y protección durante las horas que consagraba al cumplimiento de mis deberes y remedio de mis necesidades, que de su lado me arrancaban y que no permitieran que un alma tan familiar suya cometiera

faltas, sino que me asistieran con socorros especiales para proceder siempre y en todo según Dios, como se conduciría cualquiera de ellos si me sustituyese en el cumplimiento de mis deberes o en mis relaciones externas.

Animada de estos sentimientos salía del coro, dejando mi corazón en el Sagrario a los pies de Jesús, a quien suplicaba retuviese mi espíritu a su lado. Así lo hacía el Señor, pues dondequiera que estaba sentía la influencia de mi Dios Sacramentado y comunicaba con El a través de las paredes que nos separaban. Había una corriente invisible y misteriosa del Sagrario a mi alma en cuya virtud comunicaba con Jesús y María y con los santos Angeles que dejara en el templo.

[295] Cada diez o quince minutos les enviaba recados con mi Angel custodio, a quien le suplicaba que fuese al Sagrario a visitar en su nombre y mío y rendir homenajes a mis Soberanos Amores y me trajese nuevas de ellos y de nuestros hermanos —los Angeles—. Que les dijese de mi parte que suspiraba con ardor por que llegase el momento de irme a su lado y que entre tanto todos me diesen la bendición, etc., etc. Cuando contemplaba a Jesús en el Calvario, en el cielo, o en los misterios de su vida mortal, lo mismo que en el Sagrario, lo aprendía circundado de multitud prodigiosa de Angeles, y en unión de éstos le adoraba y tributaba mis obsequios cada vez más perfectos merced a los socorros que me prestaban los soberanos espíritus.

Además, como vivía vida de sacramento, todos los obsequios que hacía a mi Dios Humanado en los misterios de su vida mortal o en el cielo, hacía extensivos al mismo Jesús Sacramentado en nuestra Iglesia y en todos los Sagrarios del mundo católico, a quien me dirigía en unión de los Angeles que le hacen la corte en cada templo.

Amaba mucho a todos los Angeles, pero con predilección a los que sirven a Jesús y le acompañan en la sagrada Eucaristía, a quien parecía que me unían lazos íntimos.

[296] Cuando estaba en el coro, me figuraba ver a mi

Angel custodio confundido en los del Sagrario, y no lo distinguía entre éstos. Al salir del coro me despedía de todos, menos de mi Angel tutelar, que me figuraba venía conmigo para acompañarme y ayudarme a cumplir mis deberes. Lo aprendía a mi lado y dentro de mí, muy contento y afable, y hacía tanto aprecio de su ministerio, que me maravillaba. Entendía que me decía que Jesús le había encomendado y recomendado mi alma con especial y sumo interés, y por esto y porque veía al diablo interesado en mi perdición y ocupado en tender lazos en mi camino, desplegaba su solicitud en mi asistencia y me vigilaba y cuidaba con el esmero que veía. Esta noticia y evidencia del amor y solicitud de mi Angel me entusiasmaba, mejor dicho, acrecentaba el amor que por él sentía, y como enamorada de mi Santo Angel, exclamaba: ¡qué santo, santísimo es mi Angel!, ¡qué hermoso, qué bello, qué excelente, qué amable, cuán bueno! Díceme que Jesús, el Amado de mi alma, le encarga que me vigile, que me prodigue sus cuidados especiales, que no me pierda de vista un punto, que se esmere mucho en custodiarme, instruirme, protegerme, en mi educación, y que haga de mí un Angel del cielo, y que por esta razón me vigila tanto, y me prodiga cuidados tan especiales. Mucho debo a Jesús por tan singular favor, pero ¿no le soy deudora a mi Angel de la complacencia y puntualidad con que ejecuta las órdenes de mi Amado? ¡Oh!, sí, le soy deudora no sólo de los servicios que me presta, de su asiduo cuidado en guardarme, defenderme y ayudarme en todo lo que se relaciona con la gloria de Jesús y mi propia santificación, si que también del amor que me profesa, testimoniado en la complacencia que experimenta en las funciones de su ministerio, por esto no cesaré de repetir que mi Angel es excepcional, gran valido de Dios por su mérito y muy acreedor a mi reconocido amor y veneración: es uno de los Angeles más santos, más afables y caritativos de las tropas angélicas, y que me perdonen sus hermanos y míos, los Angeles del cielo, si se dan por agra-

viados del afecto singular que le profeso y del lugar de preferencia que ocupa en mi estimación [22].

[297] En el coro, en la celda, en los claustros y jardines, en todo tiempo y lugar, ora estuviese sola, ora en compañía de las religiosas, casi siempre me veía favorecida con el sentimiento de la presencia de mi Angel custodio, de quien recibía interesantes avisos y enseñanzas para regular mi conducta.

Decíame que me figurase que era yo uno de tantos Angeles custodios que Dios Nuestro Señor ha designado para guardar las almas, defender la Iglesia católica, proteger los reinos y provincias, etc., etc., y para hacer la guardia de honor a Jesús Sacramentado, y en esta idea, que procurase vivir como ellos, en el cielo y en la tierra simultáneamente, con mi pensamiento y corazón fijos en Dios, absorta en su contemplación, en cuanto sufre la humana flaqueza, al tiempo mismo que me dedico al servicio del prójimo y cumplo mis obligaciones externas o materiales, mirando todas las cosas en Dios como las miran los Angeles. Que procurase reproducir en mi vida su vida angélica y celestial, sus virtudes y perfecciones, sentimientos y aspiraciones, su modestia, pureza, humildad, caridad, invisibilidad (mediante la abstracción y retiro) todas aquellas virtudes que veía y entendía de los mismos en sus frecuentes apariciones.

[298] En mis relaciones con Dios, con los prójimos y conmigo misma, que procurase conducirme como una criatura humana a quien Dios concediera el privilegio de nacer en el cielo, o ser elevada a él en el momento que empieza a usar de la razón, y de pasar allí su vida confiada al magisterio de los Angeles, pues en cierto sentido gozaba de este privilegio. Y verdaderamente que gozaba de un privilegio parecido, porque me había concedido Dios el singular favor de una espiritualidad poco común, en mis facul-

[22] Desde «por esto no cesaré de repetir» hasta «ocupa en mi estimación», trozo omitido en la 1.ª edición.

tades, y la familiaridad y magisterio de los Angeles que hacían conmigo el oficio de Maestros, como si quisieran educarme según sus leyes angélicas. Decíame también que tuviese cuidado de evitar todo aquello que entendiese ser contrario a la nobleza y dignidad de los Angeles, a los cuales me había asociado el Señor, para no desacreditarlos con mis imperfectos procederes, sino lo contrario, pues un alma confiada al Magisterio y dirección de los Angeles, y que vivía en tanta intimidad con ellos, no podía conducirse mal sin agraviar a los mismos, que tanto se habían esmerado en mi educación y que tan singulares favores me habían prodigado.

[299] En la celda, en el refectorio y en el jardín, lo propio que cuando por razón de mis obligaciones estaba en compañía de mis hermanas, mi Angel custodio me enseñaba la manera de conducirme en mis relaciones con Dios, con las religiosas y conmigo misma.

Cumplidos los deberes que motivaron mi salida del coro, o de la celda, inmediatamente, con fuertes impulsos, me obligaba a retirarme a la soledad del Santuario o de la celda, produciéndome fuerte inquietud cuando por respeto humano u otro motivo cualquiera demoraba la fuga, o me entretenía con las religiosas sin verdadera necesidad.

Cumplidos mis deberes para los cuales había salido del coro, cuando volvía a él parecíame que los Angeles que hacen la corte a Jesús en nuestro Sagrario, radiantes de júbilo venían a mi encuentro, y cogiendo mi alma, que me introducían en el Sagrario con inefable caricia y contento de verme nuevamente en su compañía.

[300] En el fondo del Sagrario, postrada a los pies de Jesús, le adoraba, y poniendo por testigo a mi Angel custodio, a presencia de los Angeles del Sagrario, y de María Inmaculada, mi excelsa Madre, a quienes constituía Abogados e intermediarios con el Señor, daba cuenta a Jesús de todo lo que había ejecutado y omitido fuera del coro, agradeciendo los favores y socorros divinos que me había

prodigado el mismo Señor, y pidiendo perdón de mis faltas presentes y de todos los pecados de mi vida con verdadero dolor y propósito de la enmienda.

Habiendo preparado mi alma con dicha confesión y con muchos actos de amor y peticiones que hacía, comulgaba espiritualmente y me ponía en comunicación tan respetuosa como familiar con el Dios de la Eucaristía, en cuyo obsequio me empleaba todo el tiempo que permanecía en el templo, mejor dicho, en el centro del Sagrario, donde yacía mi alma postrada a los pies de Jesús, ocupada en amarle y en procurarle toda la gloria y complacencias posibles en unión de María, de mi Angel custodio y de los Angeles del Sagrario. Laus Deo.

CAPITULO XV

Cómo me preparaba para la oración y para recibir en mi pecho a Jesús en la sagrada Comunión

[301] Entre otros beneficios, dos muy singulares me ha hecho Dios Nuestro Señor. Llamo singulares, por los bienes que me han reportado y peligros de que me han librado, peligros de pecado y condenación, se entiende.

Uno de estos beneficios es un *no poder pertenecer* a Dios a medias, sino que necesariamente tengo que ser toda de Dios, o nada de Dios, pues entregarme a Dios con reservas, y quedarme sola, sin pertenecer a Dios ni al mundo, ni a mí propia, padeciendo indecibles penas en mi completa soledad, es todo uno, y toda mi vida he experimentado esto mismo, merced a cuyo favor, siento la feliz necesidad de entregarme a Dios sin reservas, y abstraerme de todo lo que no es El siquiera para evitar las amargas torturas que experimenta el alma en su completo alejamiento de Dios, y privación de todo consuelo divino y humano.

El segundo beneficio es el trato familiar con Dios, o sea, cierta imposibilidad de tratar con Dios de lejos, o como ex-

traña, sino que es necesario que me acerque y comunique directamente con El familiarmente, con una confianza enteramente filial, y un amor jubiloso y acendrado, a la vez que respetuoso. Este don o beneficio del Señor ha sido para mí fuente de bien y de inefables consuelos, pero también de sufrimientos, y de sufrimientos muy vivos.

[302] Ha sido una fuente de gracias y de consuelos, pues aparte de las divinas revelaciones y favores que he gozado en mis relaciones con Dios merced a este trato familiar, la feliz necesidad de alejarme del mundo, de pertenecer a Dios sin reservas y de comunicar con El familiar y directamente, me ha sustraído a los abismos de pecado abiertos a mis pies por el mundo y el demonio, en los cuales me hubiese precipitado indudablemente mi extremada docilidad y condescendencia con las criaturas que me tratan.

Jamás me he puesto en oración y comunicación con Dios con la conciencia manchada o turbada con alguna desordenada pasión, o con el corazón atado a alguna criatura, sin experimentar un cambio radical, y convertirme a Dios de todo corazón, pues ponerme en oración y ver a Dios, o imponerse su Voluntad divina a mi alma y conformarme perfectamente con ella, era todo uno, de tal manera que me era imposible abrigar en mi corazón sentimiento contrario a los que entendía que abriga nuestro Señor, ni dejar de aborrecer la más ligera falta e imperfección, todo lo que se opone a la infinita santidad de Dios y es contrario a su divino querer y al grado de perfección que me sentía llamada.

[303] Si sentía algún afecto puramente natural hacia alguna criatura, era necesario desligar mi corazón y desprenderme de todo lo que no es Dios, y que amaba por otra razón que el mismo Dios, antes de ponerme en oración; de lo contrario no hacía la oración por no presentarme a Dios, mejor dicho, porque no podía ponerme en comunicación con Dios con el corazón atado u ocupado por alguna criatura.

Cuando alguna o varias religiosas, abusando de mi docilidad y natural condescendiente, inclinado a complacer a todas y no disgustar a ninguna, me habían hecho cometer alguna falta de caridad hablándome de esta o de aquella religiosa en sentido poco favorable, y cerrando mis labios con sus razonamientos para que no pudiese exteriorizar mis sentimientos internos, contrarios a los suyos (lo cual me remordía muchísimo aunque no tomase parte en la murmuración, y mucho más si tenía la debilidad de cometer la misma falta tomando parte en la murmuración), antes de ponerme en oración tenía que retractarme de lo dicho si había criticado, y si sólo había escuchado y con mi silencio había dado lugar para juzgar que participaba de su criterio y sentimientos de aversión, tenía que volver a las religiosas de referencia para expresarles los sentimientos de caridad que abrigaba mi corazón, y lo que pensaba con respecto a las religiosas de quien me habían hablado y desentenderme de ellas con las mejores maneras posibles, haciéndolas ver que no quería tener parte en sus designios contra dichas religiosas, y romper los lazos de amistad que me parecía me unían a las murmuradoras para todo lo que fuese ofender a Dios y al prójimo.

[304] Si no hacía esto no podía ponerme en oración, porque me parecía que estaba en peligro próximo o remoto de pecar y disgustar a mi Dios y Padre celestial, o cuando menos atada a las criaturas, y presentarme a nuestro Señor con intención de cometer pecado, por leve que fuese, o en peligro de caer en él, aunque estuviese remoto, no podía en manera alguna.

(Advierto que, en el tiempo que refiero, la Comunidad estaba dividida en dos bandos, y como servidora pertenecía a los dos, o sea, que trataba indistintamente a las religiosas de ambos bandos, eran frecuentes las ocasiones de oír criticar a las religiosas que formaban el bando de la Superiora, de las que vivían de la oposición —que constituían mayoría— y a éstas de aquéllas, y vivía en inminente peli-

gro de cometer las mismas faltas de caridad por las razones que al parecer asistían a unas y otras para defender sus derechos, y porque era servidora el paño de lágrimas de las más infortunadas, y no podía declararme a favor de ninguna en particular, mejor dicho, en contra de ninguno de los dos bandos sin ocasionar graves inquietudes y sufrimientos.)

[305] Asimismo, antes de ponerme en oración, tenía necesariamente que purificar mi alma con repetidos actos de contrición de mis culpas y confesión de las mismas a Dios N. Señor (y al Confesor si podía) y propósito de la enmienda, porque me era imposible presentarme en el acatamiento de Dios, pureza y santidad infinita, con mi conciencia manchada con culpas aunque fuesen leves, y si aprendía que había ofendido al Señor gravemente, huía de su presencia y no me ponía en comunicación directa con El hasta que, desvanecidas mis aprensiones, me persuadía que estaba en gracia y amistad del mismo divino Señor, prefiriendo padecer las penas y horrorosa soledad que experimentaba en su ausencia a comparecer en su divino acatamiento con pecados. Porque no podía allegarme a Dios con mi alma inquieta o manchada con faltas, aunque sólo fuesen veniales; dicho favor fue siempre para mí una fuente de sufrimientos a la vez que de consuelo, pues si hubiera podido comunicar con Dios de lejos sin intimarme ciertamente que no me impidieran su trato divino los pequeños apegos de criaturas y otras faltas e imperfecciones que cometía y no impidiéndome comunicar con Dios no padeciera ausencias y privaciones divinas y los duros tormentos y ansiedades que acompañaban las mismas.

[306] Como Dios N. S. me alejaba de las criaturas y de su modo de pensar a distancias inmensas cuando me recibía en su intimidad (y esto lo hacía todas las veces que oraba mentalmente), terminados mis quehaceres, antes de ir al coro, todas las tardes acostumbraba retirarme y recogerme un rato para prepararme para la oración. La preparación consistía en el ejercicio siguiente: daba un adiós eterno al

mundo y cuanto en él se contiene, al convento, a todo humano y temporal comercio, y recogía o procuraba recoger mis potencias y abstraerlas de las especies adquiridas en el trato con las religiosas leyendo alguno o varios versículos en el libro de los Evangelios que llamase más mi atención y me fijara en Dios hasta las ocho o nueve de la mañana siguiente, hora en que por razón de mis deberes tenía que ocuparme nuevamente de las cosas temporales y comerciar con las religiosas.

[307] Una tarde, leyendo el santo Evangelio con este fin, mejor dicho, abriendo el libro de los Evangelios para leer en él por donde se abriera, abrióse por el capítulo 12 de S. Mateo, y leí estas palabras: «La reina del Austro se levantará en juicio con esta nación y la condenará porque vino de los fines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y HE AQUÍ MÁS QUE SALOMÓN» [23].

Parecíame oír a Jesús, que repetía desde el fondo del Sagrario: «*He aquí más que Salomón*», mientras me revelaba su infinita excelencia y perfecciones divinas, y me requería para tributarle obsequios especiales. «Es verdad que sois más que Salomón, y tanto», dije a Jesús, y añadí: «¿Qué queréis que haga en vuestro obsequio?, ¿cómo os atestiguaré mi amor y la estimación y respeto que por Vos siento?»

Interiormente me sentí impulsada a visitar a Jesucristo una vez cada día en el seno de la Divinidad y muchas veces en el Smo. Sacramento, pero aquí y allí presentarme en su divino acatamiento con la veneración y sentimientos que Moisés cuando lo llamó de la zarza y de la cumbre del Sinaí, y se presentaban los Sacerdotes del testamento viejo cuando penetraban en el Sancta Sanctorum, porque uno mismo es el Dios que ellos adoraron y el que mora en el seno del Padre y en el Sagrario.

[308] Obedeciendo al mismo impulso, propuse practicar en sentido espiritual las diligencias que practicaba el

[23] *Mt* 12, 42.

sumo Pontífice de la ley antigua para entrar en el Santuario a hablar con Dios, y empecé a hacer lo que sigue.

Todos los días a las cinco de la tarde recogía la labor, y retirada donde nadie me viera, como primera disposición para penetrar en el Sancta Sanctorum del cielo y de la Divinidad, a comunicar con Dios, me descalzaba espiritualmente negando todos los pensamientos relacionados con las criaturas, su afecto, correspondencia, compasión y apoyo, y todos los gustos, comodidades y consuelos espirituales sensibles que no me condujeran a mi Dios o me ayudaran a amarle y servirle. Renunciándolo todo, me quedaba en absoluta desnudez, soledad y desamparo de las criaturas, en condiciones de ver, escuchar y comunicar con Dios en el santuario del cielo, de la Divinidad y de la sagrada Eucaristía. Y para que la envoltura terrena participara los sentimientos del alma y contribuyera a mi pobreza y desnudez espiritual, me quitaba las medias, ya que otra cosa no podía sin llamar la atención, y me quedaba con las alpargatas solas hasta la mañana siguiente, y así reproducía la descalcez del sumo Sacerdote cuando comunicaba con Dios en el Sancta Sanctorum.

[309] Luego, con el arrepentimiento, dolor, propósito y humilde confesión general con Jesús de todos los pecados de mi vida pasada, y particular de las faltas que había contraído desde la última confesión sacramental, purificaba mi alma, y procuraba aquilatar mi pureza, y sustituía este espiritual lavatorio y purificación de mi alma a las purificaciones del testamento viejo y suplicaba a N. Señor me adornase con la túnica de la inocencia simbolizada en la violada que se imponía el sumo Sacerdote para penetrar en el Santuario.

Asimismo le suplicaba que me concediese la más alta participación posible de su divino amor, simbolizado en el efod, cualidad necesaria para la contemplación, confiando que N. Señor había otorgado mi súplica, me imponía, espiritualmente, la lámina de oro con la inscripción: *Sanctum*

Domini [24], fomentando mi celo por la gloria de Dios con la memoria de los beneficios recibidos y utilizándolos en su servicio.

Preparada en esta forma, penetraba en el Sancta Sanctorum del cielo y de la Divinidad, con el incensario en las manos, esto es, invocando a los Angeles y Santos para interesarlos en mi favor en el divino acatamiento y por su medio obligar a N. Señor a mostrárseme propicio.

[310] Postrada de hinojos en la presencia de Dios, reiteraba mi consagración a la Santísima Virgen, y por su medio y en unión de la Señora, me ofrecía a la Bma. Trinidad como agradable perfume, no dudando que aceptaría la ofrenda con mayor complacencia que el incienso que se quemara en su obsequio en el altar de los perfumes en la antigua ley. Este ofrecimiento lo hacía con vivas ansias de procurar a Dios N. S. la gloria y complacencias infinitas que le procuró la Virgen durante su estancia en la tierra, y le procura en el cielo.

Habiendo puesto a la Señora al servicio de la gloria de Dios, y con ella mi alma, ofrecíale los méritos de los santos Apóstoles —figurados en los doce panes de proposición— y con ellos los méritos de los bienaventurados que nacieron en el mundo después de la Encarnación, y en su virtud le requería para que prodigase su gracia y misericordia a la Iglesia militante, en cuyo favor los interesaba a todos.

Solicitaba la renovación del espíritu cristiano, que reviviese la vida de fervor y unión con la Sma. Virgen y por su medio con Jesucristo, que vivieron los Apóstoles, los primeros cristianos y los Santos de todos los siglos de la Iglesia católica, y suplicaba a cada uno de los Apóstoles me alcanzase esta gracia para las respectivas naciones que evangelizaron, v. g., a Santiago para la católica España.

[311] Formulaba cordialmente infinitas plegarias a favor de los hijos de la Santa Iglesia, y también por los paganos

[24] Cf. *Ex* 28, 36 («Consagrado a Yahweh»).

para que entrasen todos en el reino del Evangelio, consigan la salvación y sea Jesús glorificado y destruido el imperio de satanás. Era tan activo el amor y celo que ardía en mi pecho, que no es posible que exprese las peticiones que hacía y los actos que practicaba a favor del género humano, sin excluir a los Bienaventurados que pertenecieron a la religión judía, a quienes obsequiaba con cariño y les pedía los sentimientos que abrigaron en la tierra y las peticiones que formularon en el acatamiento del Eterno para repetirlas en obsequio de la Iglesia católica, y así lo hacía.

En las 7 lámparas que ardían en el Santuario me figuraba los 7 Sacramentos, los 7 dones del Espíritu Santo y los 7 Angeles que asisten ante el trono de Dios. Tributaba a Jesús humildes y fervientes gracias y alabanzas por la institución de los 7 Sacramentos, ponía al servicio de su gloria las virtudes y méritos de los Bienaventurados del cielo y Justos de la tierra que deben su rehabilitación a los SS. Sacramentos, y por su intercesión le suplicaba que inspirase en los mortales la necesidad de utilizar este medio de salvación y les conceda los socorros necesarios para recibirlos con las disposiciones requeridas.

Agradecía a la primera y segunda Persona de la Trinidad la soberana difusión de su D. Espíritu, y a esta Persona divina los dones que ha prodigado a las almas y continúa prodigándonos, y procuraba interesarle en favor de la Iglesia militante, especialmente del Padre Santo, Prelados y Ministros de la misma, cuyo ministerio reclama especial asistencia del Espíritu Santo y sus dones.

[312] Asimismo, interesaba a favor de la Iglesia católica a los SS. Angeles, singularmente los 7 que asisten ante el trono de Dios. Veíalos a todos identificados con el Verbo y el D. Espíritu, y asociados a su misión redentora y santificadora, ocupados en beneficio de los mortales, sin perjuicio de los homenajes de amor y respeto que le tributan al Padre, o sea, a la Divinidad representada en la primera Persona de la Trinidad.

Al verlos tan solícitos en la salvación de las almas, les encomendaba la difusión del Evangelio, extirpación de las herejías y las demás gracias que pedía por mi S. M. Iglesia, lo que hacía con mucha confianza. Identificada por modo misterioso a los Angeles, a los Bienaventurados, a la Sma. Virgen, al Verbo Humanado, al Espíritu Santo y sus 7 dones, a la Iglesia católica y a los Sacramentos y leyes en ella instituidos glorificaba a Dios Padre y procuraba la salvación de las almas, y en unión del Padre amaba y glorificaba al Verbo Encarnado y al D. Espíritu en nombre de todas las almas que con mis súplicas conquistaba para los mismos.

Hecho esto, me abandonaba a la acción divina, o sea, a la divina inspiración para ejecutar lo que me insinuaba, cuya divina inspiración me conducía a la divina Persona del Verbo Humanado, en quien me abismaba durante la oración de la tarde.

Así me preparaba todas las tardes para la oración o contemplación. La preparación venía a constituir una elevadísima contemplación y comunicación divina, y fuente de gracias y bendiciones celestiales para mi pobre alma.

[313] Los días de Comunión, para recibir en mi pecho a nuestro Señor Sacramentado, preparábame de diversas maneras, según me inspirase mi devoción o requerían la sagrada Liturgia propia del tiempo, y los misterios divinos que contemplaba. Pero dejando en silencio las diferentes maneras de preparación con que disponía mi alma para la sagrada Comunión, en ciertas solemnidades de la santa Iglesia y épocas del año, consignaré sólo la que practicaba los días que no me ocurría o no me inspiraba formas adaptadas al misterio, la liturgia sagrada, y es como sigue.

[314] Impulsada del vivo anhelo que sentía de ser para Jesús un sagrario viviente, digno o el menos indigno posible de la Majestad, Bondad y Belleza infinita de un Dios e Hijo Unigénito de Dios, Soberano del cielo y de la tierra, especialmente los días de la sagrada Comunión, cuando me

levantaba de la cama por la mañana, después de practicar mis devociones de costumbre, procuraba construir en mi alma el anhelado sagrario viviente en esta forma. Puesta de rodillas en la presencia de Dios Uno y Trino y de la Santísima Virgen, mi Madre, recordaba, y confesaba con verdadero dolor y propósito de la enmienda todos los pecados de mi vida o que conocía había cometido desde que nací hasta aquel momento, de modo singular las imperfecciones o faltas que pesaban sobre mi conciencia desde mi última Confesión sacramental, y rogaba a nuestro Señor por intercesión de la Virgen Santísima que me perdonase y absolviese de todo a culpa y pena, y que una vez más restituyese mi alma al estado de gracia y justicia original o bautismal.
[315] Adornada mi alma con la túnica de la inocencia y gracia bautismal —que no dudaba me concedía nuestro Señor esta gracia por los infinitos méritos de su divino Hijo y la intercesión todopoderosa de María—, me figuraba mi alma convertida en animado y precioso sagrario no de madera, sino de zafiro azul celeste impregnado de átomos de oro refulgente, cuya piedra me gustaba mucho, ya desde mi niñez porque se parece al cielo estrellado. En su color azul celeste me figuraba ver la gracia santificante, que hace del alma un cielo animado más estimable para Dios que el empíreo do revela su gloria a los Bienaventurados. Y los innumerables átomos de oro de que está dotada dicha piedra me representaban el divino amor y celo, o por mejor decir, la rectitud de intención con que procuraba recobrar y acrecentar la gracia santificante para procurar a mi Dios sacramentado el precioso Sagrario o habitación que le preparaba en mi alma, y en verdad que el deseo de hospedarle en mi corazón de una manera digna o menos indigna de su infinita Bondad y Grandeza, era lo que me movía a convertir mi alma en sagrario viviente del mismo divino Jesús.
[316] Procurando, pues, recobrar y acrecentar en mi alma la gracia santificante mediante los actos de justificación que realizaba al efecto, y practicando dichos actos con

el único fin de agradar a Jesús sacramentado preparándole una habitación digna de su Majestad y Realeza divinas, construía en el fondo de mi ser un bellísimo Sagrario de piedra zafiro azul celeste impregnado de átomos de oro.

La puerta de dicho sagrario la construía practicando la modestia y recogimiento de los sentidos y la abstracción del corazón y de la mente, en cuyas virtudes me figuraba ver la piedra topacio transparente de color violado. Al construir esta puerta transparente tan modesta como preciosa, me proponía revelar al mundo, y especialmente a mis hermanas religiosas, la infinita Bondad y Belleza de Dios Humanado, Sacramentado, que iba a recibir en mi pecho y que esperaba se establecería para siempre en el místico sagrario de mi alma, y atraer a su conocimiento y amor a todas las almas que trataría en adelante y rodeaban mi existencia, por medio de la modestia y recogimiento de mis sentidos externos, y abstracción de mi mente y corazón, o sea, del buen ejemplo, por cuyo medio las religiosas y demás personas que me trataban llegarían a comprender la belleza y majestad divinas del divino Huésped que moraba en el fondo de mi ser, y lograría mi deseo de hacerlo amar de las mismas sin necesidad de abrir o franquear la puerta del místico sagrario ni de violar mi secreto y comprometer la santa virtud de la humildad.

[317] ¡Oh!, y ¡cómo la modestia y composición exterior y recogimiento interior de la religiosa abstraída en Jesucristo transparentan y revelan al mundo no sólo la belleza del divino Huésped, si que también las virtudes que atesora en el santuario de su alma!

Construido el sagrario, tachonaba el techo o bóveda del mismo de piedras preciosas, practicando las virtudes de la Fe, Esperanza, Caridad, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y el pavimento lo adornaba con flores, practicando las virtudes simbolizadas en ellas.

Especialmente hacía repetidos actos de humildad, pureza, caridad fraterna, silencio, sencillez, soledad, presencia

de Dios, estima de su Bondad, de amor al Verbo Encarnado, celo de su gloria, aprecio de sus infinitos méritos y misterios de su santísima Pasión, mortificación y obediencia, y mientras practicaba estas virtudes, me figuraba que en el pavimento del sagrario colocaba violetas, azucenas, rosas, lirios, claveles, margaritas, allelíes *(sic)*, jazmines, pasionaria, girasol y demás flores que cultivaba en mi pequeño jardín material.

[318] Recordando con reconocido amor los siete dones del Espíritu Santo que este divino Señor infundiera en mi alma en el Bautismo y Confirmación, y procurando actuarme en ellos, encendía siete lámparas para que ardiesen en el fondo del sagrario perpetuamente en obsequio de mi Dios y Huésped divino.

Con ardientes afectos de amor a Jesús y aprecio de su divina Persona Humanada construía un trono o sitial de finísimo oro y lo adornaba con preciosos diamantes. Esto lo hacía amando a más amar a la santísima Virgen y procurando asimilármela con todas sus virtudes, dones y privilegios. Suplicaba a la Señora que se anticipase a su divino Hijo viniendo a visitarme mientras hacía esta preparación. Que tomase posesión del Sagrario que acababa de construir en su honor y me ayudase a adornar el trono inculcando en mi espíritu su vida y virtudes, especialmente la humildad, pureza, el amor y estima infinita que siente por el mismo Jesucristo. Que se adhiriese a mi alma, y fuese Ella el sitial y trono do se sentase Jesús cuando penetrase en el fondo de mi ser, porque así le sería grato y cómodo, y no viendo en mí nada extraño a su Bondad —pues la vería a Ella— perpetuaría su morada en mí.

[319] Construido el Sagrario, rogaba a Jesús que viniera a visitarme. Me haría pesada si quisiera referir las fervientes plegarias que formulaba, las ansias de mi corazón, y las diligencias que practicaba como preparación remota y próxima para recibirle, y las peticiones que hacía a los Ángeles y Santos. Llegado el momento, una vez más mani-

festaba a Jesús mi ardiente anhelo de poseerle, el sentimiento de mi indignidad para merecer tan singular o grande beneficio. Ofrecíale las admirables y santas disposiciones con que le recibiera su Madre en el día de la Encarnación, y después todas las veces que lo recibió sacramentado, más las divinas disposiciones con que se recibió a sí mismo el mismo Jesús cuando instituyó la sagrada Eucaristía la noche de la Cena, y le rogaba que viniera y se entregara a mi alma y cumpliera en mí los altos fines que se propuso al quedarse Sacramentado en su Iglesia.

No obstante haber procurado asimilarme la vida y virtudes de la Santísima Virgen, recordando con amor y anhelo de poseerla su historia entera, al bajar al coro bajo corría presurosa a los pies de una santa Imagen de la Señora, y tirándola del manto: «Ven, Madre mía —le decía—, vámonos, y sé tú quien en mí le reciba, para que le sea grata la habitación».

[320] Bajaba la escalera diciendo: «Ecce venit ad templum sanctum suum Dominator Dominus, gaude et laetare Sion occurrens Deo tuo. Dominus veniet, occurrite illi dicentes: Magnum principium et regni ejus non erit finis. Deus fortis, dominator, Princeps pacis. Alleluia» [25].

En el coro bajo, previos muchos actos de humildad, amor, etcétera, me acercaba al comulgatorio haciendo cuatro genuflexiones. En la primera adoraba a Jesús, reconocía mi indignidad para hospedarle con el honor que se merece, y además de la existencia de la Virgen, le ofrecía el seno de su eterno Padre y el amor que le profesa el Espíritu Santo, suplicándole que con ellos recibiese mi alma, vida y corazón y se posesionase de mí. En la segunda adoraba a Dios

[25] He aquí que viene a su santo templo el Señor Dominador, gózate y alégrate, Sión, saliendo a recibir a tu Dios. El Señor viene, salidle al encuentro, diciendo: El Gran Principio, y su reino no tendrá fin. El Dios fuerte, Dominador, Príncipe de la paz, Aleluya. (Agregado de textos tomados de la Liturgia, especialmente de la fiesta del 2 de Febrero).

Padre, y le ofrecía la divina Persona de su Hijo con el Espíritu Santo y la Sma. Virgen, y en unión suya mi alma para el fin indicado. En la tercera adoraba al Espíritu Santo, y para suplir mi indignidad le ofrecía la primera y segunda Persona de la Trinidad. En la cuarta veneraba a la Santísima Virgen, a quien esperaba recibir —en cierto sentido— en la Comunión, y para los mismos fines le ofrecía la doble naturaleza de su Hijo Unigénito.

[321] Al tiempo de recibir la sagrada Forma, entre otros horizontes divinos dos principalmente se abrían a mi vista intelectual: en una veía reproducido el misterio del Nacimiento del Salvador y en otro el Bautismo. En éste veía a Jesús en la plenitud de su edad, honrado por el eterno Padre, que le proclama su Hijo y como tal lo presenta a las generaciones diciendo: «Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui» [26], y predicado a los Judíos por San Juan con la palabras: «Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccatum mundi» [27]. Estas palabras que pronuncia el Sacerdote al administrar la sagrada Comunión parecíame que las recogía de los labios del Eterno Padre y de S. Juan simultáneamente, y que añadían: «No lo equivoquéis con otro».

En el otro horizonte veía el establo de Belén, y en él a Dios Nuestro Señor representado en el Padre conteniendo en su seno o en sus brazos, no sé cómo diga, al Verbo Encarnado Niño y preparándose para entregarlo a la Virgen Santísima, quien a su vez se preparaba para recibir el infinito don con que le iba a obsequiar Dios Padre.

[322] En la Señora aprendía la fe viva, veneración profunda, humildad verdadera, el reconocimiento y amor con que debía recibir en mi pecho el Eterno Verbo Humanado y Sacramentado de mano de Dios Padre velado en la persona

[26] «Este es mi Hijo amado, en quien bien me complazco» (cf. *Mt* 3, 17).

[27] «He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo» (cf. *Jn* 1, 29).

del Sacerdote que me daba la sagrada Comunión, y así lo practicaba. Habiendo recibido la sagrada Comunión, me retiraba a mi sitio practicando cuatro genuflexiones adorando en la primera a mi Dios Humanado, en la segunda a Dios Padre, en la tercera a Dios Espíritu Santo y en la cuarta a la Sma. Virgen, no ya en el copón, sino en mi pecho.

Puesta de rodillas en mi sitio, saludaba a Jesucristo, a quien recibía llena de amor y reconocimiento como a las puertas de mi alma, y le introducía triunfalmente en el Sagrario que le erigiera mi afecto y anhelo de poseerle. Rendíale gracias por su inefable condescendencia en visitarme, y le rogaba que se sentase en el trono que le había construido y tomase posesión de él en unión del Padre y del Espíritu Santo, a cuyas divinas Personas miraba en el Verbo Encarnado, y hacía extensivos todos los actos que realizaba a favor de Jesús, como igualmente a la Virgen Sma.

[323] En el fondo del alma, puesta de rodillas como a los pies de Jesús, de Dios Padre y Espíritu Santo y de mi Pma. Madre, hacía un acto de entrega al Verbo Encarnado en unión de su Madre y en unión del Verbo me entregaba a Dios Padre a cuyo servicio me ponía con la divina Persona del Hijo con sus infinitos merecimientos y riquezas que atesora para los altísimos fines que este divino Hijo se ofrecía a su Bondad en el cielo, en la Eucaristía y en mi pecho, y se propuso la Virgen Sma. en los ofrecimientos que le hiciera del mismo divino Señor en su vida mortal y se proponía en aquel entonces en su vida gloriosa en el cielo.

Hacía muchas súplicas al Padre a favor de las almas, pero sobre todo relacionadas con la gloria y exaltación de su Verbo Encarnado.

Habiendo derramado mi espíritu en la presencia del Padre y realizado varios actos a favor de Dios Espíritu Santo y de la Virgen Sma., me dirigía de nuevo a Jesús, y puesta en comunicación con El hacía lo que me inspiraba mi afecto y el mismo divino Señor, recogida con él en el fondo del

alma, constituida en Sagrario y Trono de Jesús Sacramentado.

A la puerta ponía de centinela a mi Angel Custodio para que no dejase entrar a nadie en el sagrario de mi alma mientras descansaba el Señor en su trono, ni después durante el día, cuyo día procuraba santificar con especiales servicios y obsequios al Salvador en agradecimiento de su inefable Bondad en visitarme. Laus Deo.

CAPITULO XVI

Las comunicaciones divinas en la liturgia sagrada propia de Adviento

[324] Desde el noviciado reconocí el inapreciable don de penetrar los misterios que encierra la sagrada liturgia y grande afición a ésta. No sabía la lengua latina ni entendía el sentido literal, y a pesar de esto comprendía sus misterios, aunque no todos, ni siempre en el mismo grado de luz. No había leído en lengua vulgar los salmos ni ninguna parte del antiguo ni nuevo testamento, ni sabía que los hubiera siquiera. Sólo aquello entendía que Dios N. S. se dignaba revelarme de lo que leía en el breviario, y lo que entendía me quedaba como impreso en el alma.

Lo primero que entendí fueron los responsorios que se dicen a continuación de las lecciones en el oficio de los santos Confesores y en las horas, luego los textos del santo Evangelio que escuchaba durante los Maitines y en la santa Misa, después una o varias partes que componen la santa liturgia de las solemnidades de nuestro Señor, de la Virgen, y de los Angeles y Santos, con creciente luz y efectos cada vez más divinos.

Ultimamente, el propio de Adviento.

[325] Cuando vivía en el convento de nuestras queridas hermanas de Jesús María, un sábado víspera del primer

Domingo de Adviento, rezando maitines, y en ellos el responsorio primero que empieza: «Aspiciens a longe ecce video Dei potentiam venientem» [28], aprendí a mi Dios Humanado presente en el mundo, de aspecto humilde ocultando como en su seno la Divinidad, requerido por la humanidad —representada en los discípulos de S. Juan— para que se manifieste. La visión me produjo cierta abstracción de las criaturas y elevación de alma y me quedó fija en la mente y en el corazón como si conservara la huella del paso de Jesucristo por mi alma.

El año siguiente, víspera de la Purificación de Nuestra Señora y Presentación del Niño Dios en el Templo, mientras recitaba los maitines recibí muchas luces o noticias relativas a la solemnidad del día, las cuales penetraron en mi alma acompañadas de un amor ardiente. Toda la noche y parte del día siguiente gocé el misterio de la Presentación del Niño Dios, y los elevados sentimientos que al cumplirse abrigara el corazón de la Virgen de un modo que no puedo expresar. Aprendí la presencia de la Virgen con el divino Niño en su regazo extática de gozo, amor y gratitud por el privilegio de la divina Maternidad, con tanta viveza que sus especies las conservo todavía.

Yo me consolé mucho, compartí con la Señora su gratitud y felicidad, pues la amaba más que la propia vida, y sus privilegios agradecía como si fueran míos. Lo que me impresionó singularmente fue ver a la Virgen como asombrada contemplando los misterios divinos que se habían cumplido en ella, los cuales había contemplado tantas veces durante su permanencia en el templo y cuyo cumplimiento anhelara y siguiera con ardor. La vi como realidad viva de lo figurado en la esposa de los Cantares cuando dice: «¿Quién te me dará a ti, hermano mío, mamando los pechos de mi madre, que te halle fuera y te bese y ya nadie

[28] «Mirando a lo lejos veo venir el poder de Dios» (Responsorio del primer domingo de Adviento, oficio de lectura).

me desprecie? Asiré de ti, y te llevaré a la casa de mi madre» [29], etc., etc.

[326] Mil y mil veces felicité a la Señora por la elección que de ella hiciera el Señor para Madre suya, y agradecí a Dios sus privilegios con un entusiasmo que no puedo expresar. Uniéndome a los sentimientos y aspiraciones que abrigaba la Virgen cuando se presentó con el Niño Dios en el Templo, muchas veces invité a los hijos de Adán para que salieran al encuentro de su Dios Niño y le tributaran los honores que se merece. Desde entonces cogí la costumbre de recitar el invitatorio, y el responsorio que empieza: «Adorna thalamum tuum» [30], del oficio de esta festividad como preparación para la sagrada Comunión.

A principios de Enero de 1900, la estrella de la mañana empezó a hablarme al corazón un lenguaje divino que comprendía o inculcaba en mí noticias sabrosas sustanciales del Verbo Encarnado, contenidos especialmente en las profecías de Isaías. El citado año, la primera Dominica de Adviento, mientras recitaba el responsorio breve de la hora de Tercia que dice: «Ostende faciem tuam et salvi erimus» [31], en un horizonte divino que se abrió a mi vista, especie de cielo, como si éste se rasgara o hubiera penetrado yo en él, vi a Dios N. S. representado en el Padre como un Señor incógnito, velado, cuya naturaleza nadie conoce ni puede conocer. Lo aprendí como conjunto de infinitas perfecciones y suma Bondad, pero sin poder penetrar el arcano de la naturaleza de esta bondad y perfecciones porque le faltaba la cara, mejor dicho, porque ocultaba su semblante en el fondo o seno de su Divinidad.

[327] El misterio de la Trinidad y Unidad, así como las perfecciones divinas, se cumplía y consumaba en la vida íntima de Dios y quedaba todo oculto en su divino Ser sin

[29] *Cant* 8, 1.

[30] «Adorna tu morada» (Del oficio de lectura de la fiesta de la Presentación del Señor, 2 de Febrero).

[31] Muestra tu faz y seremos salvos.

que pudiera nadie participar el secreto. Yo buscaba la cara de Dios para penetrar el misterio de su divina naturaleza y entendí —no sé cómo— que el rostro divino que buscaba anhelante en Dios N. S. era el Verbo Encarnado, Figura de su Substancia e Imagen de su Bondad, el cual entraña todas sus divinas Perfecciones, y parecióme ver al Verbo Humanado a manera de un brillante sol y una Faz, conjunto de bellezas divinas.

Otro día, estando en la celda recordando o recitando, no recuerdo, «Super te Jerusalem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur» [32], abrióse a mi vista un horizonte divino en el cual vi o parecióme ver a Dios Humanado bajo la forma de un Astro esplendente, o un hermoso Sol con grande gloria y majestad, y al propio tiempo, y con la misma majestad y gloria, le vi en el fondo del alma, lo que me produjo júbilo y satisfacción muy grande.

En otra ocasión parecióme ver en Jesucristo la divina Misericordia encarnada, y en él vi la realidad de las palabras «Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam» [33].

[328] El día 23 de Diciembre del año 1900 ó 1901 (no recuerdo), rezando el oficio de la vigilia de la Natividad en el coro, recibí especiales luces en orden al Verbo divino, a quien me pareció que veía en una altura sublime y región de luz bajo diversas formas. Lo propio me aconteció la mañana siguiente mientras recitaba las horas menores en el coro.

No recuerdo si el mismo año u otro, el día 24 de Diciembre, durante las vísperas, cuando entoné la Antífona del Magníficat, que empieza: «Cum ortus fuerit sol de caelo» [34], parecióme que veía el Ser divino en una altura especie de cielo, pero velado cual si mediase una niebla entre Dios y mi alma. Contemplábalo yo, por mejor decir, procuraba

[32] Sobre ti, Jerusalén, amanecerá el Señor, y su gloria será vista en ti.
[33] Muéstranos, Señor, tu misericordia.
[34] Cuando se haya levantado del cielo el sol.

ver al Señor que yacía velado, pero cuanto más le miraba y procuraba verle, menos le veía, porque se retiraba o alejaba de mí como si huyese. Como a la diestra del Ser divino velado y que fugaba [35], apareció el Verbo Encarnado como Belleza infinita, afabilísimo y con grande gloria y majestad, y en concepto de Esposo de las almas que salía de su tálamo, esto es, del seno del Padre para unirse con su esposa. Parecióme que sin dejar la diestra del incógnito Ser divino a quien estaba como unido, extendió hacia mí su mano derecha, y asiéndome con ella me elevó a la celeste región en que yacía, y en El y con El, me uní o adherí a la Divinidad personificada en el Padre, el cual parecía inaccesible antes que el Verbo extendiera su diestra hacia mi alma. De este modo, en Jesucristo, que estaba como abrazado al Padre con su izquierda y a mi alma con su derecha, quedó mi alma como unida a Dios y Dios unido y enlazado a mi alma.

[329] El año 1901 o 1902, no recuerdo, desde las vísperas de la primera Dominica de Adviento, hasta el oficio de la vigilia de la Natividad del Señor inclusive, rezando en el coro el oficio divino, recibí muchas luces e inteligencias en orden al Verbo divino Encarnado y su divina Misión en virtud de cuyas noticias vi a Jesucristo descender al mundo del seno del Padre y en la carrera de su vida mortal bajo muchas, diversas y bellísimas formas y conceptos, y siempre como Dios, como Redentor y Soberano de los hombres todo bondad y misericordia, un Ser de fuego humanado divino y una Deidad soberana potente cuya majestad parecía llenar la creación.

En gracia a estas luces y de la facultad que me concediera el Señor para penetrar los divinos misterios que contienen las antífonas, responsorios y demás partes de los oficios de Adviento, cogí la costumbre de recordar en mi mente dichas antífonas y responsorios en todo o en parte, todos los

[35] Fugaba *(sic)* por *se fugaba.*

días, lo que hice por espacio de unos ocho años con mucho fruto y aprovechamiento de mi espíritu, pues el recuerdo o recitación de dichos responsorios y antífonas equivalía a ver a Jesucristo en el concepto, actitud y forma que le vieron y trataron de revelarlo al mundo los Profetas, de cuyas profecías están tomadas.

Sabía de memoria todas las antífonas, capítulos y responsorios de los oficios de Adviento, de la vigilia y Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, a fuerza, sin duda, de repetir su lectura y meditación, que fue una de las devociones que más y mejor practiqué y me reportaron mayores frutos de virtud y consolación espiritual. Laus Deo.

CAPITULO XVII

Devoción al dulcísimo nombre de Jesús

[330] Toda mi vida religiosa he profesado devoción cordial al dulce nombre de Jesús, pero subió de punto esta devoción el año 1889 [36] *(sic)* o 1900 (no recuerdo), cuyo año me comunicó el Señor especiales luces en orden a la excelencia y divinos misterios que entraña este augusto Nombre. Desde entonces empecé a celebrar la fiesta del dulce nombre de Jesús con inusitado fervor y entusiasmo religioso y con especiales obsequios al divino Salvador de los hombres.

Empezaba a prepararme para esta fiesta (que nuestra Orden celebra el 14 de Enero) [37] el día 7 de Enero; desde este día, durante el oficio divino parecíame que todo lo que rezaba o leía en el breviario se refería al dulcísimo y divino Nombre de Jesús, objeto de mi amor y adoración, cuyas ex-

[36] En el manuscrito dice 1889, pero es probable que hubiera querido decir 1899, tal como se lee en la 1.ª edición.

[37] Actualmente la familia franciscana celebra el Santísimo Nombre de Jesús el día 3 de Enero.

celencias conocía en las antífonas, salmos y responsorios breves del oficio de la Epifanía.

[331] Cuando llegaba la mañana del día 13, no sabía lo que me pasaba de puro contenta de verme en vísperas de la fiesta (ONOMÁSTICA le llamaba yo) de mi divino Esposo, única aspiración de mi alma, a la vez que Unigénito de Dios. Pareciéndome pobre y demasiado breve el oficio que nuestra S. M. Iglesia dedica al nombre de Jesús, me iba a los salmos del salterio a buscar nuevas alabanzas que tributar al Salvador en su augusto Nombre, y tenía hecha una como lista de todos los versículos de los salmos que directa o indirectamente mencionan el Santo *Nombre de Dios*, los que cantaba en alabanza de Jesús con incomparable afecto y veneración, adorando, estimando y agradeciendo los divinos misterios que entendía estaban comprendidos en los mismos.

Gran parte de la noche que divide los días 13 y 14 de Enero lo pasaba en el coro a presencia de mi Dios Sacramentado, contemplando las divinas excelencias de su santo Nombre, que adoraba con profundo respeto postrándome en tierra a cada momento en señal de respeto y de mi profunda veneración.

En vano intentaría describir las ideas divinas que absorbían mi entendimiento en esta contemplación, porque era un océano infinito de misterios divinos, de excelencia, majestad, belleza y bondad infinita lo que aparecía a mi vista intelectual, en cuyo océano, abismada mi alma, participaba de la gloria y grandezas que contemplaba en mi Dios Salvador.

[332] Y no sólo los días 13 y 14 de Enero y noche entremedia [38], sino todos los días del año, especialmente en el silencio de la noche, contemplaba los misterios y excelencias del santo nombre de Jesús y le tributaba alabanzas por su augusta cualidad de Salvador de los hombres y Soberano de los Angeles, lo que hacía con el rostro pegado en tierra a presencia del mismo divino Jesús Sacramentado. Del cono-

[38] *Noche entremedia (sic)*, por *noche intermedia.*

cimiento de las grandezas que encierra este Nombre nacía que no pudiera recitar ni oír decir «Jesús», «Nomen Domini», «Nomen Dei», «Salutare Dei» u otras semejantes sin transportarme y elevarme al mundo sobrenatural y en él ver a Dios Humanado con inefable gloria y majestad como Dios, como Salvador del género humano, como único Soberano de los ángeles y de los hombres y Esposo de las almas, a la vez que mi Amante y Amado, centro de mi descanso y mi *todo.*

No puedo expresar lo que sentía mi alma, los ratos de cielo que postrada a los pies de Jesús Sacramentado contemplaba los misterios divinos encerrados en su Nombre, y con el rostro pegado en tierra, en unión de la Virgen y de los Angeles del Sagrario, le rendía vasallaje como a mi Rey, y le tributaba alabanzas y acciones de gracias como a Salvador del género humano, pero sí diré que mi alma ardía en los amores de su Dios Humanado, y abrasada en el celo de la gloria de su santo Nombre invitaba a la creación entera a rendirle homenaje, especialmente a los Angeles y a los hombres, en cuyo nombre repetía muchas veces y con grande afecto parte del oficio del dulce nombre de Jesús, sobre todo esto: «Admirabile nomen *Jesu,* quod est super omne nomen, venite adoremus» [39], «Cantate Deo, psalmum dicite nomini ejus, iter facite ei qui ascendit super occasum, Dominus nomen ejus» [40], «Afferte Domino gloriam et honorem: afferte Domino gloriam nomini ejus» [41], «Omnes gentes quascumque fecisti venient et adorabunt coram te, Domine, et glorificabunt nomen tuum» [42], «Adorate Deum, omnes Angeli ejus» [43], «Magnificate Dominum mecum et exaltemus nomen

[39] Al admirable nombre de Jesús, que es sobre todo nombre, venid, adorémosle.

[40] Cantad a Dios, entonad un salmo a su nombre: abrid camino al que sube sobre el ocaso, el Señor es su nombre (*Ps* 67, 5).

[41] Traed al Señor gloria y honor, traed al Señor gloria a su nombre (*Ps* 82, 2).

[42] Todas cuantas gentes hiciste vendrán y adorarán ante ti, Señor, y glorificarán tu nombre (*Ps* 85, 9).

[43] Adórenle todos sus ángeles (*Heb* 1, 6).

ejus in idipsum» [44], «Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in *Deo Jesu meo*» [45].

Bendito sea el Nombre del Señor ahora y en los siglos de los siglos. Amén.

CAPITULO XVIII

Mis sufrimientos interiores. Tres visiones que tuve en sueños y cómo se realizó una de ellas

[333] A pesar de las relaciones que me unían con Dios N. Señor, y de los favores que recibía de su infinita liberalidad, mi alma padecía a tiempos grandes trabajos en materia de desamparos o ausencia de Dios o privación del sentimiento íntimo de su divina presencia en el fondo del alma, lo que atribuía a mis deficiencias en el amor y servicio del mismo Dios.

Acrecentábase mi pena por las faltas que cometía en el trato con las religiosas y mi horror a las mismas, y también porque atribuía dichas faltas a mi falta de correspondencia a los singulares favores que recibiera de la infinita bondad y misericordia de Dios, especialmente los años tercero y cuarto de mi vida religiosa, y a no haber respondido a los designios de Dios en mi alma, que conocí perfectamente en el período de vida que cito, lo que recordaba con amargura todas las veces que cometía alguna falta, y a consecuencia de los remordimientos que experimentaba, huía de Dios y padecía desamparos o privación del sentimiento de la presencia sensible del mismo divino Señor.

Para evitar estos sufrimientos hice las diligencias que referí en el capítulo IX, pensando que si alcanzaba la gracia

[44] Engrandeced al Señor conmigo y ensalcemos su nombre (*Ps* 33, 4).

[45] Y yo me alegraré en el Señor y me alborozaré en Dios, mi Jesús (*Habac* 3, 18).

de temer a Dios no le ofendería más con ningún pecado, y no cometiendo ninguna falta, no huiría de su presencia, como me obligaba a hacerlo mi propia conciencia, que fue siempre el Fiscal más severo de mis acciones, y que si no huía de Dios, tampoco padecería ausencias y desamparos, cosa que me lastimaba más que todos los trabajos del mundo poseyendo a Dios. A estos sufrimientos se agregó una terrible tribulación que me ocasionó un Padre de la Orden que estimaba mucho.

[334] Fue el caso que esta Santa Comunidad estaba dividida en bandos, por mejor decir, la Superiora no estaba unida a la Comunidad, ni la Comunidad unida a la Superiora, a pesar de ser ésta virtuosísima, un alma toda de Dios, y cada religiosa se iba por su lado o se unía a aquéllas por quien sentía alguna simpatía.

Trataban de confiarme el cargo de abadesa mirándome como a lazo de unión y único medio (a su parecer) de establecer la paz y concordia en la Comunidad, pero servidora era joven y no querían los Superiores acceder a los ruegos de las electoras eligiendo o nombrando abadesa contra lo ordenado en el Concilio de Trento acerca de la edad de las religiosas que han de ser Superioras.

[335] Hallándose la Comunidad en este estado, el citado Padre, en unos Ejercicios que dirigió a la Comunidad en Junio del año 1900, innovó algunas costumbres confiando en el celo y autoridad de servidora, sabedor de que las religiosas se inspiraban en mi conducta y harían todo lo que yo les aconsejase. Empecé a seguir las costumbres que introdujo, pero viendo que las ancianas no estaban conformes con las innovaciones y que el seguir adelante con ellas era como imposibilitar la reforma general, por mejor decir, la transformación a que estaba llamada la Comunidad y que ésta aceptaba para cuando se restableciese la paz, que era lo esencial, abandoné las indicadas reformas, y con este motivo el Padre, enterado de mi conducta, me reprendió con alguna

severidad y me dijo ciertas inexactitudes que me lastimaron mucho [46].

Esta reprensión del Padre tuvo lugar (si mal no recuerdo) en Septiembre u Octubre de 1901, y lo atribuí a especial disposición de Dios N. S., que quería por ese medio darme a conocer el mal estado de mi conciencia, los sentimientos de indignación que abrigaba hacia mi alma, y que le había disgustado en lugar de complacerle con las privaciones y sacrificios que me impusiera por el bien de la Comunidad y paz y concordia de las religiosas en el decurso de mi vida religiosa.

[336] Con esta aprensión y otras cavilaciones e ideas tétricas que se agregaron a ella, me metí en una tribulación muy grande, en la que fui sumiéndome cada vez más, por haber aprendido que estaba en pecado mortal desde hacía muchos años, o sea, desde que salí de esta santa casa para ir a Jesús María, pensando que todos los trabajos y ansiedades que padeciera desde la citada fecha había sido efecto del mal estado de mi conciencia, y castigo de mi extravío y del abuso de las gracias recibidas.

Poco tiempo después de meterme en esta tribulación, llegó el santo tiempo de Adviento, y sea por mi entusiasmo con el divino Verbo Encarnado y el afecto especial con que celebraba su santo advenimiento todos los años, o por las luces especiales que recibía en el oficio divino en este santo tiempo, el sábado víspera del primer Domingo de Adviento desaparecieron mis sufrimientos interiores y entré en período de consolación y de favores divinos, y en gracia a este favor el Adviento, las Pascuas y todas las solemnidades de los mis-

[46] Alude al P. Andrés de Ocerin-Jáuregui O. F. M., que falleció en Portugalete en 1943 a la edad de 79 años. En el tiempo a que se refiere la M. Sorazu, este Padre residía en el convento de la Aguilera (Burgos), donde era profesor, pero se dedicaba bastante al apostolado de las monjas (amén de otros apostolados). Como veremos poco después, y pese a este incidente, él fue el primer director espiritual que tuvo la M. Sorazu. El P. Ocerin era natural de Ceánuri (Vizcaya).

terios de la santa infancia de Jesús, incluso la Purificación, así como el 8 de Diciembre, fiesta de nuestra inmaculada Madre, los pasé llena de gozo y en íntimas relaciones con mi Dios Humanado y su divina Madre.

[337] Dentro del período de consolación, a mediados de Enero de 1902, tuve una visión en sueños en la cual vi a Dios Humanado descender del cielo a la tierra para visitar su santa Iglesia, cuya visita duró tres días. Parte de este tiempo empleó el Salvador en examinar y explicar a los fieles hijos de la santa Iglesia los misterios que contiene el catecismo; otra parte en recrearse con los niños, enseñar a cantar a éstos y procurarse el grato placer de escucharlos.

Viendo el aprecio y estimación que hacía Jesús del catecismo, y temiendo que los fieles olvidasen sus divinas enseñanzas, rogué al Señor que antes de su partida para el cielo instituyese Sacerdotes Catequistas para que continuasen en el mundo su divina misión de iniciar a los fieles en los divinos misterios contenidos en el catecismo, y entendí que otorgaba mi petición.

El día tercero, último de su estancia en la tierra, citó a todas las religiosas del mundo a un lugar solitario donde a vista de todas sus Esposas pensaba reproducir su santísima Pasión y Muerte. Enterada de que Jesús quería padecer y morir nuevamente, no pudiendo consentir que su Bondad padeciese y muriese, pues toda mi vida religiosa había padecido muchas penas a causa de la Pasión y Muerte del Salvador, me ofrecí a padecer y morir por El, y habiendo pedido esta gracia a la Virgen Santísima, fue otorgada mi petición.

[338] Cuando se preparaba Jesús para ir a la soledad para padecer y morir, me sentí trabajada por el ardiente deseo de aprovechar la oportunidad de su presencia para honrar a la Sma. Virgen como se merece. Postrada a sus pies le requerí para un homenaje mariano universal, que consistía en conducir las muchedumbres que seguían a Jesús a los pies de su Madre, para que todas las almas proclamasen su imperio y los demás atributos que expresa la «Salve Regina».

Nuestro Señor probó mi fe y confianza negándose por el momento, mas pasado un segundo, se inclinó hacia mí y otorgó mi súplica. Requirió a las naciones para tributar a María el homenaje indicado. Pensé observar el efecto que produciría en Jesús el acto conmovedor que se iba a realizar, mas no lo conseguí. Cuando vi las naciones o generaciones humanas prosternadas a los pies de la Virgen, y honrada ésta en la tierra como se merece merced al valor que su Hijo prestaba al homenaje mariano, me enajené de gozo, me abismé en la contemplación de la excelencia y soberanía de la Señora y me perdí en su gloria. No pude, pues, atender a Jesús para ver los sentimientos que lo animaban hacia su D. Madre y compartirlos, que era mi deseo. Cuando me di cuenta del enajenamiento, la concurrencia se retiraba, y Jesús se dirigía al campo solitario [47].

[339] Acudimos las almas religiosas al lugar de la cita, y a presencia de todas Jesús empezó a padecer, o apareció paciente, con la cruz a cuestas y en actitud de caminar hacia el Calvario para morir una vez más por los pecados del mundo. De la inmensa muchedumbre de religiosas que asistían al espectáculo, sólo cuatro o seis, animadas de los mismos sentimientos que servidora, se acercaron a Jesús con ánimo de descargarle del peso de la Cruz e impedir que muriese. Todas cuatro o seis trataron de coger la Cruz, pero el Salvador no quiso soltarla ni descargarse de ella.

Yo, a pesar de mis deseos y del ofrecimiento que hiciera a padecer y morir por Jesús, cuando vi que las mencionadas religiosas se dirigían al Señor con el mismo fin, me quedé en mi lugar, creyéndome indigna de padecer y morir por mi Dios Humanado, y que no podía solicitar esta gracia sin agraviar a las religiosas de referencia, que consideraba muy superiores a servidora por su virtud y mérito. Pero viendo que todas ellas no podían quitar a Jesús la cruz ni detener

[47] El trozo comprendido entre «Cuando se preparaba Jesús»... y «Jesús se dirigía al campo solitario», incluido ya en la 1.ª edición, en el original se halla en un papel adicional.

su paso en el camino del Calvario, me acerqué al Salvador con ánimo de ayudar a las mencionadas religiosas, y cuando consiguiese despojar al Señor de su cruz dejarlas a ellas el honor de llevarla al Calvario y de morir por Jesucristo.
[340] Apenas me acerqué a Jesús, Este, desprendiendo su cruz de las manos de las mencionadas religiosas que tiraban de ella, dirigió hacia mí, inclinó la cabeza en señal de benevolencia, y con demostraciones de singular afecto me entregó la cruz antes de que se lo pidiese, y al tiempo que Jesús me entregaba la cruz y la colocaba en mis hombros para que en su nombre la llevase, desapareció la visión y desperté del sueño, si es que no estaba ya despierta, que creo que sí.

La Faz divina de Jesús, como la vi en esta visión, me quedó impresa para toda mi vida, y los sentimientos y afectos que experimenté en ella dejaron en mi alma recuerdos imperecederos, pero todavía no he podido comprender su significado.

Después de esta visión continué algún tiempo en período de consolación, identificada con Jesús, cuyas penas procuraba participar en el ejercicio de la Pasión, que practicaba todos los días.

No recuerdo si a mediados de Febrero o hacia fines del citado mes, se reprodujeron los sufrimientos y ansiedades que había padecido antes de comenzar el Adviento de 1901, pero con mayor intensidad, tanto que jamás hasta entonces me había visto en tribulación tan grande, pues hasta los favores que recibiera poco antes en el período de consolación contribuían a agravar mi situación, persuadida de que era un alma ilusa, pues no me explicaba cómo hubiese podido tranquilizar mi conciencia tan turbada antes de comenzar el Adviento sin traducirlo al Confesor, y gozado tantos consuelos en mi trato con Jesús en el referido período de consolación.
[341] Turbada mi conciencia con esas cavilaciones, aprendí que necesitaba hacer confesión general de toda mi vida para salir del mal estado de conciencia en que me creía, pero

una confesión en la cual el Confesor viese mi alma como yo la veía, y sintiese de mí lo que yo sentía, cuya confesión propuse hacerla con un Padre de la Compañía, que ayudaba mucho a nuestra Comunidad en concepto de Extraordinario y Director de Ejercicios Espirituales.

El día 15 de Marzo me presenté en el confesonario al mencionado Padre, a quien expuse mis proyectos y necesidad de hacer confesión general, pensando que estaba en pecado mortal desde hacía muchos años, ¡tan embrollada tenía la conciencia! El Confesor no accedió a mi deseo, sino que me despidió diciendo que era escrupulosa. No puedo expresar el sentimiento que me produjo la conducta del P. Confesor, pues veía frustradas mis esperanzas de recobrar la gracia que creía haberla perdido después de haberme fatigado lo indecible en prepararme para la confesión general por espacio de ocho días. Parecióme que me habían cerrado la puerta de salida del abismo de confusiones en que yacía, y de entrada en la región de la gracia y que quedaba como imposibilitada para el cielo y perpetuada en el pacado. En el exceso de mi aflicción me dirigí al Señor y le dije»: «¡Dios mío! ¿Cómo hacéis esto conmigo? ¡Qué desdichada soy!, pues estando el mundo lleno de Sacerdotes vuestros Ministros no hay uno siquiera para mí, para que me absuelva de mis pecados y me ayude a salir de este miserable estado». Eran las seis o siete de la tarde. Aquella noche, dormida, tuve esta visión. Sentía un amor y entusiasmo por Jesús muy grande, a quien anhelaba ver a la edad de 30 a 33 años y con quien ansiaba estrecharme, unirme, identificarme y al efecto salir del miserable estado de pecado en que creía hallarme. Entendí que alguien me avisaba que Jesús, a quien anhelaba ver con ardor, estaba en el mundo.

[342] «¿Jesús en el mundo?», pregunté, a cuya pregunta me contestaron afirmativamente, infundiéndome certeza de la verdad que afirmaban. Lo creí, pero aprendí que el Señor estaba en tierra santa y me dirigí allí en busca suya con ánimo de asirle fuertemente y no soltarle jamás para evitar los

extraordinarios trabajos que había padecido y continuaba padeciendo con motivo de las ausencias del mismo divino Señor y mi aprensión de que estaba en pecado.

Después de asirle, postrada a sus pies sin soltarle de las manos, pensaba hacer confesión general con Jesús y pedirle la absolución, toda vez que el Confesor no había querido absolverme aquella tarde ni tenía quien quisiera hacerlo.

Con esta intención caminaba hacia donde me habían indicado que estaba Jesús, que repito pensé que era la tierra de Palestina, y me confirmé en esta idea en vista de los efectos que experimentaba durante el trayecto, pues los montes y collados, todo lo que veía, me hablaba de Jesús y de los prodigios que obraba a favor de los hombres, y cómo estaban santificados con sus plantas.

«Jesús, ¿dónde está?», pregunté a un varón que se ofreció a conducirme a la presencia del Salvador, el cual me contestó señalando con el dedo el lugar donde estaba, diciendo «Helo allí». Jesús se dirigía a una aldea situada al oriente del monte en cuya cumbre me hallaba. Corrí presurosa a su encuentro, pero tan pronto como me acerqué a Jesús, Este se ocultó o veló a mi vista antes de asirle, y desperté desconsolada porque no había podido hacer la proyectada confesión con el Señor.

[343] Me levanté de la cama, y puesta de rodillas adoré al Señor presente en la celda, a quien expuse mi sentimiento de que no me hubiese dado lugar de hacer la Confesión general, aunque fuera en sueños, pues no dudaba que me hubiese quedado tranquila a juzgar por los efectos que me produjo su divina presencia y de la buena disposición de mi alma.

Entendí que Dios Nuestro Señor me mandaba que hiciese la Confesión general con el mismo divino Señor en la Eucaristía, donde reside con la realidad de verdad que vivió en el mundo en los días de su vida mortal y tiene la misma potestad para perdonar los pecados (ya confesados en el tribunal de la Penitencia) y absolverme de ellos. Me infundió tan-

ta fe y evidencia en su real presencia en el santísimo Sacramento, que me pareció había hallado el paraíso en la tierra. Resolví hacer la confesión general con Jesús Sacramentado, pero la diferí para el día 18 del citado mes, eligiendo este día por la singular devoción con que la celebraba todos los años en obsequio de la Virgen Sma. por razones especiales, pues quería ante todo hacer la confesión en un día en que pudiese contar seguramente con la asistencia y protección de la divina Señora, quien no dudaba se mostraría propicia a mi alma el citado día.

Entre tanto, y con la asistencia de la Virgen Sma., me preparé lo mejor que pude para la confesión general, y la noche que media del 17 al 18 de Marzo, cerca de la medianoche, me levanté y fui al coro.

[344] Postrada ante el Sagrario, hice un acto de fe vivísima en la presencia real de mi Dios Humanado Sacramentado, en su Poder, Sabiduría y Bondad y buena voluntad para conmigo, y con su permiso di principio a la Confesión implorando antes la protección de la Virgen Sma., a quien constituí Abogada especial para este acto, rogándole que dejase el cielo, si era necesario, para que asistiese presente en el Sagrario y para interesarse en mi favor en el acatamiento de su divino Hijo Sacramentado.

Y puse por testigos de mi confesión, de mi arrepentimiento, propósito, peticiones, etc., etc., a los Angeles que hacen la guardia de honor al Santísimo en nuestro Sagrario. Con mucho reconocimiento a las finezas del Señor y contrición de mis pecados, llena de amor y respeto de fe y confianza, hice a Jesús Sacramentado un relato histórico de mi vida desde que nací hasta aquel momento y le traduje mi alma toda tal como yo la veía, poseída del sentimiento íntimo de su divina y real presencia en la Eucaristía, cuya presencia era para mí una evidencia por la especialidad con que se mostraba el Señor y hacía presente a mi alma.

Parecióme que veía a Jesús como le vieron los Apóstoles en su vida mortal, y que Jesús me atendía y escuchaba mi

confesión como escuchaba lo que hablaban con El los Apóstoles.

[345] Terminada la Confesión con verdadero arrepentimiento y detestación de mis culpas y propósito de la enmienda, rogué a mi Dios Sacramentado que me perdonase todos mis malos procederes, abuso de las gracias, deficiencias en su servicio, todo, todo lo que había faltado y era reprensible a sus divinos ojos, y me absolviese de ellos a culpa y pena por sus amorosas y paternales entrañas, por su santísima Encarnación, vida, pasión, muerte, etc., etc., y por los méritos e intervención de su inmaculada Madre, de los Angeles y de los Santos.

Le pedí además que me restituyese la túnica de la inocencia y me adornase con sus virtudes y perfecciones divinas. No vi que Jesús me absolviese visiblemente —sin duda porque lo había hecho ya por medio de sus Ministros—, pero sí experimenté visiblemente los efectos de su infinita misericordia y divina mediación en el acatamiento del Padre. No puedo decir lo que sentí la noche de referencia y en la mañana siguiente durante la Comunión y Misa, pero gocé de tanta intimidad con mi Dios Humanado Sacramentado y me sentí tan favorecida de su Bondad, que me pareció no lo había sido nunca tanto.

[346] Recobré la paz del alma y me quedé tan tranquila de conciencia como si acabara de recibir el santo Bautismo. El mismo día por la tarde, estando con la Comunidad en el coro rezando el oficio divino, parecióme ver a Jesús descender de cierta altura, y cuando fijó sus plantas sobre el pavimento del coro, se acercó a mí con amigable bondad y condescendencia infinita y me dio un abrazo y ósculo misterioso divino. Imposible expresar lo que sentí en aquel momento.

El abrazo significaba la mutua unión y posesión y el ósculo entrañaba el infinito amor que me profesa mi Dios Humanado y el entusiasmo y estima divina que sentía por mi alma en concepto de Padre y de Esposo.

Aprendí en él la naturaleza de la bondad de Jesús, inclinado con infinito peso a comunicarse a las almas, y se mostraba complacido y hasta agradecido viendo la mía en condiciones de comunicarse a ella.

Entendí que me recibía bajo su tutela y dirección como yo se lo había pedido, y que me daba su real palabra de que cuidaría de mí, velaría sobre mi conducta y haría conmigo los oficios de Director espiritual mientras viviese sola o no tuviese un Ministro suyo que conociera mis obligaciones y destinos y se interesara por mí.

[347] Vi lo mucho que le había complacido la confesión general y peticiones que hice la noche anterior, el gusto con que había otorgado mis súplicas y cumplido mis ansias de unión, y el lugar de preferencia que ocupaba en su divina estimación. ¡Qué abrazo y ósculo tan divinos! Tantas caricias me prodigó mientras me abrazaba, y tan inefables y misteriosas, que, maravillada de verme objeto de tanta predilección por parte de Jesús, y más aún en vista del entusiasmo y gratitud que me traducía por las complacencias que le procurara en el período de sufrimientos, y especialmente la noche anterior, no sabía qué decir ni qué pensar. Permanecí muda en una especie de asombro y estupefacción. ¡Oh!, ¡cuánto amas las almas que criaste y rescataste con tu sangre, Dios mío, y con qué ternura y delicadeza las tratas!, pues siendo yo la agraciada te mostrabas agradecido como si tu gloria estuviera vinculada a mi felicidad.

Para no exponerme a nuevas privaciones o retiros de tu divina presencia, te pedí que te dignaras recibirme bajo tus auspicios y paternal y divina dirección, esperando con ella sustraerme a las faltas que motivaron dichos retiros y con ellos mis sufrimientos, y tú, benignísimo Salvador mío, con inefable dignación otorgaste mi petición, y siendo yo la favorecida con la protección y dirección que me prometías, te mostrabas reconocido como si te hubiera prestado singulares servicios.

¡Qué bondad la tuya tan amable y divina, Dios mío!

[348] Imposible expresar lo que siente el alma que la goza. Refiriéndose a la petición de referencia, mientras me abrazaba me dijo Jesús: «*Quiero y seré para ti lo que me pediste anoche* —por mi vida, por mi sangre, por mi nombre, etc., etc.—: *un Dios Padre, y un Padre Dios, como tal seré Padre tierno cariñoso, infinitamente benigno, te trataré con la caridad, ternura y delicadeza propias de mi bondad y condescendencia divinas. Yo seré tu Padre* —a la vez que Esposo—, *tu Consejero y tu Guía, y tú serás mi hija, la reproducción de mi vida, y fiel retrato de mi bondad*».

Confirmó Jesús todo lo que la noche anterior me había insinuado acerca del perdón de mis pecados, del buen estado de mi conciencia, de las relaciones que nos unen, del vivo interés que le inspiro o siente por mí y de su interpelación o mediación divina y perpetua a mi favor en el acatamiento del Padre y de la conducta que observaría conmigo en la Eucaristía, haciéndose presente a mi alma, con la evidencia que cuando hice la confesión general todas las veces que buscase al mismo divino Señor en el sagrario, que El me enseñaría lo que debía hacer, perdonaría mis faltas, me alentaría en mis desmayos, me consolaría en mis penas y haría conmigo los oficios de un vigilante y celoso Director y Padre cariñoso sin cansarse con mis simplezas ni darse por disgustado de mis descuidos y debilidades, y que cumpliría también su palabra de darme a conocer mis defectos para que me arrepintiese y no abandonarme ni permitir que yo me alejase de su lado como le había suplicado.

[349] Entendí que me decía el Señor: «Mucho has padecido en mis ausencias, pero consuélate porque no te dejaré jamás ni volverás a padecer ausencias mías: dondequiera que me busques, me hallarás, propicio siempre a favorecerte aun el tiempo mismo que por debilidad o descuido caes en alguna falta como me has pedido tantas veces».

Referíase el Señor a mis reiteradas súplicas por espacio

de muchos años rogándole que cuando tuviese la desgracia de caer en alguna falta (cosa que lo sentía en el alma) me castigase si era menester, que en ello me daría mucho gusto porque deseaba satisfacer a su Justicia y resarcir el detrimento causado a su gloria con mis pecados, pero ausentarse de mí, dejarme sola y abandonarme, eso *jamás por jamás* lo hiciese por muchas y graves que fuesen mis culpas, porque prefería el infierno (si cabiera [48] poseer a Dios en él) a vivir ausente del mismo divino Señor.

[350] En lo que me resta escribir de este relato histórico de mi vida, se verá cómo cumplió Jesús su palabra de no abandonarme, aunque cometiese alguna falta. En cuanto a dejarse hallar en mi alma doquiera le busque, y hacer conmigo los oficios de cariñoso Padre y celoso Director, corrigiendo mis defectos, perdonando mis pecados, consolándome en mis penas y aconsejándome lo mejor y enseñándome lo que debo hacer, digo que Jesús ha cumplido su palabra admirablemente y que continúa cumpliendo aun después de haberme dado Ministros suyos que en su nombre me dirijan por el camino de la perfección, siendo así que cuando se encargó de mi dirección entendí que el Señor haría dichos oficios conmigo mientras no tuviese un Director que se interesase por mi alma y a quien pudiese traducirme enteramente como a El mismo.

Cuando hice la confesión general con Jesús era semana de Pasión, y si todos los años por este santo tiempo recibía favores especiales de mi Dios Salvador en correspondencia a los singulares servicios que le prestaba, puede inferirse lo que pasaría por mi alma el año que cito, pues estaba unida e identificada con Jesús cual nunca lo había estado hasta entonces.

[351] Después de la confesión general, en virtud, sin duda, de las gracias de predilección que me prodigó N. Señor, mi alma había salvado un abismo, pues era grande la

[48] *Cabiera (sic),* por *cupiera.*

distancia que me separaba del estado que antes tenía y del lugar que ocupaba en la estimación de Dios antes de hacer la confesión de referencia. Este estado de alma hacía muchas ventajas al mejor que tuve antes de ir a Jesús María, no obstante ser aquél tan divino y elevado como dije y he entendido siempre, que por esto deseaba volver a dicho estado o grado de divina unión y conformidad con el divino beneplácito.

Tres meses poco más o menos viví como absorta e identificada con mi Dios Humanado y con su divina gloria, que era mi alimento y mi vida. Prueba de esto es que habiendo deseado y pedido yo misma la dote a Dios N. S. por intercesión de la Virgen y de mi difunto hermano, el día que me lo proporcionó por medio de una señora —que actualmente es religiosa en este convento— no pude tomar parte en el gozo que experimentaron las religiosas, sino que maravillada de ver que se gozaban en un bien temporal, estrechaba fuertemente el santo Cristo contra mi seno repitiendo «Tu gloria quiero, Jesús mío, tu gloria busco y procuro y en ella solamente me gozo».

[352] Gozaba la evidencia de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, y por esto no padecí el vacío y desamparo que otras veces en la Semana Santa, aunque sí participé sus penas quizá en grado más alto. Y si el año anterior estaba tan identificada con la vida paciente de Jesús, que no pude contemplarlo resucitado, ni dejar el curso de mis meditaciones, para pensar en la terrible tribulación que padecían mi madre y hermana [49] —por la enfermedad de mi hermano—, puede inferirse cuánto más lo estaría en el período que relato después de las distancias salvadas en la identificación con el mismo divino Jesús. Estas distancias eran grandes, y visiblemente experimentaba los progresos que

[49] Tribulación que padecían mi madre y hermanos, dice la 1.ª edición. En el texto original no se aprecia claro si dice hermana o hermano, pero lo que cabría esperar es que dijera *hermana,* refiriéndose a María, única que quedaba en la familia, al faltar Joaquín-Luis.

había hecho y hacía cada día en la unión con Jesús, en la conformidad con su vida humano divina. Me sentía muy favorecida de Jesús, muy amada de su divino Corazón, pero no distinguía la naturaleza de las comunicaciones divinas que recibía en lo secreto del alma, solamente que gozaba un bien inefable y que Dios me estimaba mucho y me amaba con predilección. Esto lo veía muy claro, aunque yo estaba tan identificada con Jesús que no era capaz de desear nada sino su gloria y el perfecto cumplimiento de su santísima voluntad.

[353] Los favores mirados bajo el punto de vista del propio interés los rechazaba instintivamente merced a la humildad que gravitaba mi inclinación a ocupar el último lugar entre las criaturas de la tierra y del cielo en el tiempo y en la eternidad. Como prueba de esta inclinación referiré un sueño que tuve por aquel tiempo, que fue de esta manera: Vi a Jesús —de unos 30 años— rodeado de gentío inmenso que lo contemplaba y escuchaba con avidez. Ansiaba acercarme a Jesús, pero no lo hice temiendo que el Señor me distinguiría entre la multitud con especiales demostraciones del amor que me profesaba, que conocía era infinito y de predilección, y me daba vergüenza llamar la atención de la concurrencia. Contemplábalo como de lejos y escondida detrás de las muchedumbres, y el Salvador que me vio que trataba de confundirme con aquellas gentes y ocultarme, de sustraerme a sus predilecciones, señalándome con el dedo y con su mirada amorosa y expresiva dijo a la concurrencia: «*He ahí mi escogida, mi amada, mi hija y esposa predilecta*», y les reveló el amor que sentía por mí y la estimación que le merecía.

[354] Corrida y avergonzada procuraba ocultarme, pero cuanto más me empeñaba en esto, más claro se revelaba Jesús como amante apasionado de mi alma. Quería retirarme, pero el amor y el deseo de contemplar la faz divina de Jesús no me permitían separarme del lugar o de la concurrencia. Por fin, viendo que el Señor se prodigaba en

amor y alabanzas de su humilde esclava, y que la concurrencia empezaba a fijarse en mí, me retiré, y desde cierta distancia me puse a mirar a Jesús —no podía perderle de vista— pensando que éste no me vería ni llamaría más la atención de la concurrencia con sus prodigalidades, pero no fue así. Vino corriendo adonde yo estaba, y sentado a mi lado empezó a pulsar un instrumento músico que había en aquel lugar. Arrancó de él notas tan inefables que, embelesada con su armonía, perdí la vergüenza y ebria de amor y de entusiasmo por Jesucristo empecé a cantar al son de las notas que producía el Señor, y cantando publicaba las perfecciones del mismo divino Jesús y sus finezas al género humano, cuyo conocimiento inculcaba en mi alma la misteriosa música, y invité a la concurrencia a asociarse a mi cántico de alabanza.

CAPITULO XIX

Período de sufrimiento

[355] En el período descrito en el capítulo anterior no recuerdo haber cometido ninguna falta fuera de alguna distracción insignificante e involuntaria en las prácticas piadosas. Ratifiqué el voto de imitar a la Virgen Sma. que hice los primeros años de mi vida religiosa, y deseando corregirme para siempre de las faltas que cometiera en mis relaciones con las criaturas, hice voto de guardar silencio no hablando más que lo preciso y de salir al locutorio cubierta con el velo de rostro *(sic)*, más voto de ayunar todos los días. Los tres votos subordiné a la voluntad del Confesor para que éste pudiera modificarlos o anularlos si lo estimaba conveniente.

El motivo de estos votos fue especialmente la terrible tribulación que padecí por las faltas que había cometido desde que fuimos a Jesús María, las cuales eran hijas de

mi carácter blando e inclinado a complacer a las personas que trato por cuyo respeto había incurrido en ellas.

La observancia de estos votos contribuyó, sin duda, a conservarme en la pureza de conciencia que he dicho.

[356] A los tres meses próximamente después de mi confesión general con Jesús Sacramentado, una mañana que salía del coro rebosando júbilo y fervor, una respetable religiosa me requirió para una obra de caridad y prometí complacerla. Tenía que intervenir una tercera y fui a pedir su intervención con la mayor sencillez y las mejores maneras, pero la religiosa estaba prevenida contra la interesada, y en lugar de acceder a mis súplicas me recriminó el haberme ofrecido a la obra de referencia.

Por más que hice para aplacarla e inculcar en ella los sentimientos de caridad que me animaban, fue inútil, y me retiré disgustada de ver tanto egoísmo y frialdad. Hice propósito de no repetir a la interesada lo que había oído a la religiosa de referencia, y lo cumplí, pero imperfectamente, porque la signifiqué que no había sido atendida.

Esta falta que cometí me turbó. Un momento más tarde llamaron al confesonario y me consolé con la esperanza de rehacerme confesando mi defecto en el tribunal de la Penitencia. Con esta confianza me fui al confesonario, pero entendí que la religiosa de referencia había contado al confesor mis diligencias bajo el punto de vista que ella lo veía e inculcado en él sus prevenciones contra la interesada, y como la obra era buena, al ver prevenido al confesor, me desconcerté y hablé de la querellante en sentido desfavorable porque enredaba la cosa de aquella manera.

[357] Nunca lo hubiera hecho. Salí del confesonario como si hubiera cometido un crimen sacrílego, y en medio de la turbación que en mí reinaba, cometí un sinnúmero de faltas de caridad contra la misma religiosa. Cuando me hice cargo de mi situación, bajé al claustro bajo, y allí, en la soledad, sumida en la amargura, lloré mi infortunio y decía: «Desdichada de mí, ¡dónde he caído! ¡Dónde estaba y dón-

de estoy! He caído en un abismo de miseria tan profundo cuanto fue elevado y divino el estado que precedió a mi caída y ¡por practicar una obra de caridad!, ¡qué desgraciada soy! ¡Qué bien ha sabido el demonio cogerme en el lazo! ¡Cuánto me costó ponerme en condiciones de recibir las comunicaciones y abrazos divinos de mi Dios Humanado, que he perdido en un momento sin darme cuenta y con la mejor intención! »

Cumpliendo la palabra que me había dado el 18 de Marzo, Jesús, desde el fondo del Sagrario, me requirió para que me fuese a El, prometiéndome el perdón y la tranquilidad, pero yo me sentía oprimida bajo el peso de su bondad y favores divinos, cuya memoria agravaba mis faltas y con ellas mi situación, y como entendía que me llamaba para concederme nuevas gracias, no quise responder al llamamiento temiendo que abusaría de ellas, como había abusado de las que me prodigó desde la fecha citada, y no podía soportar tales abusos de la divina Bondad.

[358] Prefería el infierno antes que abusar de la bondad de Jesús una sola vez más, y vivir siempre en el abismo de penas donde me había sumergido a verme elevada a nuevas uniones divinas para caer de nuevo en otro abismo más profundo, dando al traste con todas las gracias que el Señor me prometía. Y no esperaba de mí otra cosa que caer cada vez más bajo, porque después de tanta intimidad como había gozado con mi Dios Humanado me veía en tan triste situación.

Persuadida de que le sería infiel a Jesús si respondía a su llamamiento y admitía sus favores, propuse no comunicar con El directamente, sino por medio de los santos Angeles y de la Virgen Sma., más de aquéllos que de ésta, y consagrar el resto de mi vida a su culto y trato familiar.

No puedo expresar lo que padecía en esta tribulación porque fue un descorazonamiento completo. Jamás padecí tanto en materia de desaliento, no porque Dios se mostrase

indignado, sino por la experiencia de mi debilidad y poca suerte, pues caía donde esperaba practicar la virtud.

[359] Dios N. S. no sólo no se daba por agraviado, sino que se mostraba más amoroso que nunca y ansioso de favorecerme, y me requería fuertemente para que me fuese a El. Un día, viendo que me resistía en responder a su llamamiento, Jesús pareció correr en pos de mí para subyugarme. Yo huía, pero me alcanzó en el dormitorio antiguo y se impuso a mi alma soberanamente. Al imponérseme el Señor me quedé como sin voluntad, y resignada en su divino querer, me metí en el coro y me puse en comunicación directa con el mismo divino Jesús Sacramentado.

Me rehice, pero no se alejó por completo la tribulación, sino que continué padeciendo el desaliento e inquietudes referidas por espacio de seis meses, aunque no de continuo, porque los sufrimientos se alternaban con los consuelos que recibía en mis relaciones con Dios, con la Virgen y con los Stos. Angeles.

Cuando revivían las inquietudes en mi alma y con ellas mis sufrimientos, pedía a Jesús que me llevase al infierno hasta purgar completamente las faltas cuya memoria me oprimía, y que la religiosa que motivó mis faltas y ofendí yo reprochando sus procederes me persiguiera sin contraer pecado para procurarme la tranquilidad de haber sufrido persecución y agravios por parte de la misma que había agraviado.

[360] Nuestro Señor me concedió esto último permitiendo que la religiosa de referencia ejercitara mi paciencia por sí y por otras por mucho tiempo y de varios modos, y esto me consoló mucho y me procuró mucha tranquilidad, porque me rehice ventajosamente por ser mayores los agravios que recibí que los que inferí. Dios sea bendito.

Pero me afligía ver que dicha religiosa me suponía enemiga y contraria a sus intereses, porque la quería mucho, y rogaba a mi Dios que la diera a conocer los sentimientos que me animaban hacia ella.

Un día, cuando iba al coro, recibí un agravio de una religiosa que vivía en intimidad con la mencionada y que era eco de los sentimientos que abrigaba hacia servidora. Apenada, no por el agravio, sino por el juicio que hacía de mí la mencionada religiosa, penetré en el coro. Al ponerme de rodillas ante el Sagrario, Jesús me preguntó: «¿Qué tienes?» Contestéle exponiéndole los sentimientos que me animaban hacia la religiosa de referencia y la torcida interpretación de ésta con estas solas palabras: «Ya veis». Repuso el Señor: «¿No dices que me amas más que a ti?» «Así es, Señor —contesté—; precisamente por eso amo a esta religiosa, porque es buena para Vos, aunque desfavorable a mí, que de inspirarme en mi propio interés a otras amaría más que a ella porque son mejores para mí y lo fueron siempre».

[361] Jesús me mostró confusamente la Iglesia triunfante y con distinción la unión que reina entre los escogidos, y díjome que, pues no podía haber en el cielo dos corazones desunidos, tendría que dejar fuera del cielo a la religiosa de referencia para recibirme a mí en su gloria.

Esto me dijo en forma de pregunta o proposición mientras inculcaba en mi corazón el amor que sentía el suyo divino hacia dicha religiosa. Abrasada en el deseo de la felicidad de ésta, le contesté que de ninguna manera. Que yo era indigna de pertenecer a la eternidad dichosa, y más indigna de ser preferida a una santa como lo era la mencionada religiosa, pero aunque fuera digna de tales preferencias, no lo consentiría, sino que procuraría por todos los medios posibles unirme a ella para que fuéramos las dos recibidas en el cielo, toda vez que una y otra deseamos pertenecerle entera y eternamente.

Complacido, Jesús me dijo que sufriera la persecución y malas interpretaciones como una prueba del amor que me profesa, y que en el tiempo oportuno El cambiaría el corazón de dicha religiosa y lo uniría al mío.

[362] En el período que refiero estrecháronse mis rela-

ciones con los santos Angeles, y todo el verano lo pasé en comunicación íntima con ellos. Revelábanse a mi alma ora en el cielo, ora en la tierra, como compañeros de mi destierro, afabilísimos, revestidos de grandeza y majestad soberanas.

Imposible describir los efectos que su presencia y trato me producía, porque su misma vida y sentimientos y revelaciones divinas con Jesús, con la Virgen y entre sí mismos proyectaban en mi alma por modo maravilloso.

Varias veces vi a Jesús glorioso en el cielo en íntimas relaciones con los santos Angeles, como en medio de ellos, tratándolos con infinito amor y ternura, como a hijos, y me requirió para formar parte de la naturaleza angélica y participar el amor y ternura que los prodiga como participaba sus virtudes y sentimientos.

[363] Al trato de los Angeles agregáronse las comunicaciones divinas de Jesús Sacramentado, quien se revelaba a mi alma bajo diversas formas, bellísimas todas, y siempre como Esposo amantísimo. No puedo expresar lo que sentía y gozaba en mis relaciones con Jesús en este período, porque era una comunicación íntima y constante, y había reciprocidad de empeño en los favores. Vivía con Jesús en el Sagrario, custodiada por la Virgen, a quien constituí Guardiana y Portera. Laus Deo.

CAPITULO XX

Mis relaciones divinas desde Diciembre de 1902 hasta Mayo de 1903

[364] Como ocho días antes de terminarse el Adviento del año 1902 revivieron las inquietudes y sufrimientos que a tiempos padecía desde Junio y me sumí en una penosa tribulación. La aprensión de que estaba en desgracia de Dios constituyó mi mayor suplicio, y agravaba mi situación

la imposibilidad que aprendía de salir del supuesto mal estado de conciencia.

En lo más recio de mi tribulación, día 23 de Diciembre, recibí cierto aviso de que el día siguiente pondría Dios fin a mis sufrimientos. Duro se me hizo creer el anuncio, porque no veía el medio de salir de mi triste situación; ningún rayo de esperanza y de luz; todo era oscuridad y pena. La mañana siguiente, sintiéndome triste, hablando sola, dije: «Acaba de anunciarse en el coro la solemnidad de la Natividad de N. S. Jesucristo, mi gran fiesta, y yo triste. ¿La celebraré llorando?»

En el momento que dije esto aprendí a Dios Uno y Trino presente a mi derecha, elevado como a dos metros de altura, y como si extendiera el brazo y me atrajera a sí, me elevó y cambió mi situación completamente. Me quedé tan lejos del sufrimiento que ni memoria me quedó de lo que había padecido. Poseída de alegría empecé a prepararme para la solemnidad de la Natividad del Señor.

[365] Hacia las doce de la noche me favoreció Dios N. S. con otra comunicación divina, en la cual parecióme que Dios Padre me entregaba su divino Hijo como la extensión de su bondad, y que el Verbo descendía a mi alma del horizonte divino do se revelaba el Padre. Yo quedé muy consolada y hasta el 7 de Febrero lo pasé muy bien, rebosando vida y felicidad en compañía de mi Dios Humanado Niño, de la Virgen y de S. José.

Como me iba tan bien en la contemplación de los misterios de la santa infancia de Jesús, temía que llegase la Septuagésima [50], porque hubiera querido perpetuarme en el portal de Belén. Llegó este tiempo que tanto había temido; y para conformarme con el espíritu de la Iglesia, y haciendo un supremo esfuerzo, me despedí del Niño Dios con infinitas caricias, que le prodigué en reconocimiento a sus fine-

[50] Septuagésima. Tiempo litúrgico que en la época anterior a la reforma posconciliar servía de antesala o preparación al tiempo de Cuaresma.

zas, y me preparé para acompañar al mismo Jesús en los misterios de la vida pública.

La preparación consistía en el ejercicio de la Cruz, que comprende la memoria de la historia de la Pasión, acompañada de la disciplina.

[366] Cuando iba a practicar este ejercicio a la habitación que acostumbraba, revelóse Jesús a mi alma. Representaba la edad de 30 a 33 años, y lo vi en una especie de camino abierto ante mí en compañía de sus discípulos, en actitud de emprender la marcha o sus excursiones apostólicas. Ansiaba yo seguirle, pero reconociéndome indigna no me atrevía ni podía resignarme a quedarme sola y sufrir la ausencia de mi Dios Humanado, ausencia que había temido mucho en el período de consolación y por ello la Septuagésima, porque pensaba que en el momento que perdiera de vista al Niño Dios me quedaría desolada.

[367] La posibilidad solamente de la ausencia o privación divina por espacio de un día me hacía temblar. ¡Tanto había sufrido y tan caro me habían costado las que padecí en los diversos períodos de sufrimiento que referí en los capítulos anteriores!

Jesús, haciéndose del ignorante [51] de lo que por mí pasaba, volvióse a mí y con bondad y afabilidad divinas me preguntó si quería seguirle. «Sí, Señor mío —le contesté—, porque me muero de pena en vuestra ausencia».

Con su amorosa insinuación, Jesús me significó el hambre, frío, vigilias, vejaciones y demás trabajos que costaron a los Apóstoles su amable compañía, y que si quería seguirle y gozar como ellos su presencia, tendría que padecer idénticos trabajos.

Yo, que prefería mil infiernos a sufrir una breve privación de Dios, acepté gustosa los trabajos y me asocié al grupo apostólico para seguirle. Jesús me recibió con inefa-

[51] *Jesús, haciéndose el ignorante,* se lee en la 1.ª edición. En el original dice *haciéndose del ignorante.*

ble complacencia, y con visibles progresos en la virtud, le seguí paso a paso en los misterios de su vida pública y pasión santísima mediante la oración e imitación.

Como primer paso en la imitación de Jesús, me despojé de la basquiña que usaba para abrigo, al parecer por necesidad, pues me perjudicaba el frío desde un catarro que padecí en el intestino. Es porque entendí que Jesús me exigía ese sacrificio entre otros para conformarme con su pobreza y desnudez, y con gusto lo hice.

[368] Imposible relatar lo que hice y gocé mientras acompañaba al Señor en su vida pública por la contemplación. El sábado, víspera del Domingo de Pasión, como los años anteriores, y con más perfección, me negué a todo pensamiento alegre, y abstraída de todo humano comercio y consuelo, e identificada con el espíritu y sentimientos de la S. Iglesia, viví la vida paciente de Cristo.

La víspera del Domingo de Ramos me hice eco de los sentimientos que abrigaron los Justos del viejo testamento en orden al Mesías para cumplirlos. Reflexioné el estado de Jerusalén cuando entró Jesús con ramos. Me figuré que era yo la Jerusalén mística que debía recibir al Salvador con la estimación que se merece, me examiné para ver los escribas y fariseos que anidaban en mi conciencia y comprometían su reinado amoroso para destruirlos. Así lo hice, procurando matar en mí todo aquello que pudiera disputar a Jesús su dominio soberano y amargar su existencia.

[369] Inspeccioné también el estado general de la Iglesia y de mi Comunidad, y por medio de la oración propuse exterminar a los enemigos de Jesús que vi en ellos. Hecho esto, me preparé para la sagrada Comunión del día siguiente con el entusiasmo que si en realidad de verdad fuera a cumplirse en mí el misterio de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén.

Con prodigiosa actividad practiqué una infinidad de actos en obsequio del divino Triunfador, confundida ora con los Angeles, ora con los Apóstoles y santas Mujeres, ora con los

Hebreos y Justos del Limbo (al presente glorificados en el cielo), ora con la Virgen Sma.

Como si éstos fueran insuficientes, me identifiqué con la primera y tercera Persona de la Trinidad para obsequiarle y glorificarle infinitamente, como se merece. Imposible describir las energías que poseía mi alma y la actividad que desplegué en obsequio de mi Dios Humanado desde la tarde del sábado hasta las nueve o diez de la mañana del Domingo de Ramos, antes y después de la Sagrada Comunión, porque haciéndome eco hasta de los sentimientos que abrigaría el jumentillo que le condujera —si fuera racional— le prodigué infinitas alabanzas.

[370] No sabía dónde estaba, porque el convento se presentaba a mi vista transformado en la Jerusalén terrestre y celeste por los innumerables Angeles que aprendía presentes al misterio que celebraba y que parecía cumplirse en mi alma.

Con éstos especialmente cantaba el «Hosanna Filio David» [52], y las demás partes que componen la sagrada liturgia de esta solemnidad con elevados conceptos de las perfecciones que en su doble naturaleza posee mi Dios Humanado.

Ocupada en repetir los mismos actos, pasé el resto del día y gran parte del lunes y martes, en los que no pude desentenderme del misterio que me ocupaba.

El miércoles santo me consagré enteramente a la contemplación de los misterios de la Cena y Pasión santísima por el orden que la santa liturgia presenta a los fieles en los cuatro días últimos de la semana mayor, y abismada en esta contemplación estuve hasta el Domingo Pascua de Resurrección. Fui muy favorecida de Dios. No detallo las comunicaciones divinas ni lo que hice en ellas y en la contemplación de los divinos misterios que conmemoraba porque me haría pesada.

[52] Hosanna al hijo de David (*Mt* 29, 9).

[371] Como prueba de mi actividad baste saber que acompañé a Jesús por lo menos en tres lugares simultáneamente, en el cielo, en la Eucaristía y en el episodio de su vida paciente que contemplaba. El sábado santo, o sea, desde las tres de la tarde del viernes hasta la mañana del domingo, acompañé e hice la guardia de honor a Jesús en los lugares siguientes: a su difunto cuerpo en la cruz primero, y después en el sepulcro. A su alma santísima en el Limbo en compañía de los Justos que lo habitaran cuando a él descendió, a todo Jesús en el Corazón de la Sma. Virgen, en el cielo, en la Eucaristía y en el fondo de mi ser. En todos y cada uno de los dichos lugares aprendía a Jesús presente como viva realidad e hice en su obsequio lo que no puedo expresar. No puedo expresar lo que hice por ser tantos los actos que realicé y tan elevados como los horizontes abiertos a mi vista.

Después de pasar en oración la mayor parte de la noche, el domingo al amanecer celebré contemplando y cantando la gloriosa resurrección del Salvador. Sólo breves momentos se me concedió la dicha de gozar este misterio y participar la bienaventuranza del Hijo divino y el bienestar de la Madre Virgen.

Después, sintiéndome más aficionada a la vida paciente de Jesús que a la gloriosa, requerida para la participación de la Pasión más que de su vida gloriosa, volví a la contemplación de los misterios que la semana de Pasión había contemplado —sin perder de vista la resurrección y apariciones que la Iglesia pone a nuestra consideración en el tiempo pascual—.

[372] Así pasé dos o tres semanas abismada en Jesús y abstraída del comercio humano. Luego una pequeña nube interceptó los rayos de las divinas comunicaciones. Fue que la M. Abadesa me hizo presentar al señor Médico pensando que estaba enferma porque comía poco, y éste me sometió a régimen. Con este motivo me sobrevino una tribulación, hija de mi ansia de conformar mi vida con la de Jesús,

pero pronto se disipó la nube gracias a un Padre que se interesó por mi alma y consiguió que la Madre me dejase ir a Dios por el camino que me llamaba.

CAPITULO XXI

Mi vida íntima desde Mayo hasta Noviembre año 1903

[373] Disipada la nube que dije se había interpuesto entre Jesús y mi alma con motivo de las preocupaciones que me ocasionó el verme sometida a las órdenes del Médico cuando me sentía llamada a mayores privaciones, me consagré de lleno a la oración y penitencia, y a medida que progresaba en la imitación e identificación con mi Dios Humanado, me prodigaba éste sus finezas y me elevaba a regiones desconocidas.

He aquí en qué forma consagraba a la oración los días de la semana, ya que no podía contemplar todos los misterios divinos simultáneamente como anhelaba para acompañar a Jesús en cada uno y rendirle los honores que se merece.

El domingo al anochecer contemplaba el Ser divino y sus perfecciones y obras *ad extra.* Hallaba mucho provecho y consuelo y quisiera perpetuarme en esta contemplación, pero la imperiosa necesidad que sentía de acompañar a Jesús un poco en todos los episodios de su vida me arrancaba del místico reposo para contemplar a la Sma. Virgen en el período anterior a la Encarnación, a quien dedicaba todo el día del lunes. En esta contemplación hallaba idéntico reposo y aprovechamiento y también quisiera perpetuarme, pero haciendo un esfuerzo supremo salía de él para contemplar la Encarnación y demás misterios de la vida oculta de Jesucristo, a quien dedicaba el martes. Sin perder de vista a la Señora, en quien me inspiraba para mis contemplaciones. Todo lo hacía con la Virgen.

[374] El miércoles por la mañana, a grandes rasgos, me-

ditaba la vida pública de Jesús, y la tarde la consagraba a la memoria de su entrada triunfal en Jerusalén, en cuya contemplación repetía los obsequios y alabanzas que consigné en el capítulo anterior. Recibía espiritualmente a Jesús en la Jerusalén de mi alma, y me sentía poseída toda del sentimiento de su divina presencia y rebosaba júbilo y vida. Quisiera tener mil almas para obsequiarle en este misterio, y otras mil para distribuirlas en los demás episodios de su vida mortal. Salía, pues, de esta contemplación con doblada pena o sentimiento de abandonarlo por no poseer más que una sola alma, lo que hacía el jueves por la mañana.

Este día lo consagraba a la contemplación de la última Cena del Salvador con la institución de la Eucaristía, sermón y demás misterios que en ella se cumplieron. A las 9 de la noche, haciendo un esfuerzo mayor que los anteriores, dejaba esta contemplación para acompañar a Jesús en su santísima Pasión y sepultura, en lo que empleaba el viernes y sábado, con idéntico aprovechamiento y consuelo.

[375] El sábado por la noche, a imitación de las santas Mujeres hacía provisión de los aromas para ungir al Salvador, lo que hacía practicando varias virtudes. Celebraba a mi modo la gran vigilia de Pascua, cantando el cántico «Angelica», ante el Sagrario a la media noche.

Contemplaba lo que hizo Jesús en el limbo, cómo su alma bendita subió de él al lugar do estaba sepultado su Cuerpo y se unió a éste y a continuación celebraba su gloriosa resurrección con el entusiasmo y fervor que si fuera el Domingo de Pascua. Esto lo hacía a las tres o cuatro de la mañana, y el resto del tiempo hasta el mediodía lo consagraba a la memoria de sus diversas apariciones al colegio apostólico y a las santas Mujeres.

La tarde del domingo, recordaba la Ascensión del Señor, la venida del Espíritu Santo y la Asunción de la Sma. Virgen para no dejar pasar una semana sin recordar, aunque fuera brevemente, todos los divinos misterios, objeto especial de mi devoción y del culto de la S. Iglesia, y en ellos

testimoniar mi afecto a mis Soberanos Amores Jesús y María, obsequiándolos cuanto podía.

Esto repetía todas las semanas con creciente fervor y avidez, recogiendo frutos de santidad copiosísimos, y coronaba mis correrías semanales con un acto de entrega a Jesús Sacramentado.

[376] Mas pasado algún tiempo, hacia el mes de Agosto, empecé a perderme en la vida gloriosa de Jesucristo. La enajenación no me privaba del uso de los sentidos, pero me inutilizaba para toda obra externa, incluso la penitencia, y me dificultaba la meditación de la Pasión.

El cielo se presentaba abierto a mi vista y me llevaba hacia sí. Todo me arrastraba a la identificación con la Beatitud divina, y liquidábase mi alma al escuchar la palabra cielo, gloria, etc., y singularmente cuando escuchaba notas musicales. Hasta los Angeles y Santos parecía que reclamaban mi compañía.

Al verme inútil para las prácticas externas penitenciales y el ejercicio de la Pasión, temí continuar en aquel género de vida y empecé a sentir la necesidad de la dirección espiritual para que me guiase por otro camino en mi concepto más seguro que el referido, cuyo estado lo conceptuaba más propio de los bienaventurados que de la criatura mortal.

[377] Dios mismo confirmaba mi necesidad significándome que en adelante no tendría imperio sobre mis potencias y que necesitaba muy mucho el consejo y autoridad de un Ministro de la Iglesia para volver en mí de las enajenaciones que padecía, no solamente en período de consolación, si que también en mis tribulaciones. Deseaba yo, pero difería confiarme a la dirección de los Ministros de Dios por la dificultad que encontraba en traducirme a éstos enteramente como me pedía el Señor.

Mientras esperaba ver facilitados los medios de comunicación con los Ministros del Señor, haciendo esfuerzos supremos me desentendí como pude de la contemplación y participación de la vida gloriosa de mi Dios Humanado y de

sus Angeles y Santos, y me establecí a los pies del mismo Jesús Sacramentado para hacerle la corte, ya que no podía por entonces contemplar los misterios de su vida mortal, y continuar en el cielo temía por lo mucho que gozaba. Me perdí en Jesús Sacramentado, como antes en su vida gloriosa.

[378] Abriéronse a mi vista horizontes mil de divinas perfecciones, desconocidas hasta entonces, y en lugar de la santa Humanidad se imponía a mi alma la naturaleza divina de Jesús en sus relaciones divinas con la primera y tercera Persona de la Trinidad. Me perdía en aquellos abismos de luz divina, y al verme cada vez más inútil para las obras externas y más lejos del sufrimiento, padecía porque no padecía, y porque temía continuar por aquel camino de eximia claridad sin un Director prudente que me guiara. Y éste no lo buscaba por el motivo que he dicho, y porque entendía que en el momento que me sometiera a la dirección sería elegida abadesa, y pensaba que debía hacer los posibles para sustraerme a dicho cargo, y ningún medio mejor para esto que vivir sola sin dirección.

Un día al salir del refectorio del acto del desayuno, a larga distancia hacia el oriente, abrióse un horizonte de luz a mi vista intelectual, donde vi a mi Dios Espíritu Santo misteriosamente velado en una especie de niebla transparente.

[379] En el momento que me hice cargo de la divina aparición, el Señor empezó a venir hacia mí con vertiginosa carrera. Entendí que quería imponerme su voluntad relacionada con la dirección espiritual, que yo rehusaba por las razones dichas, y empecé a correr huyendo de El por los insuperables obstáculos que encontraba en traducirme a los Ministros de Dios con la claridad y precisión que me requería, y doblemente al sujeto que me indicó. Corriendo a más correr, me fui a la celda, y al penetrar en ella Dios Espíritu Santo, que corría más que yo —aunque venía de lejos—, me alcanzó y se impuso a mi alma soberanamente.

Al imponerse Dios, caí de rodillas en su presencia dicien-

do: *Haré lo que me ordenas, Dios mío, pero ten compasión de mí.* Ayuda mi flaqueza para que venza las dificultades que encuentro en traducirme al Director, le quería decir.

Me resigné toda en la voluntad del Señor, pero como no me metió prisa para ejecutar su mandato, pensé esperar oportunidad para hablar del asunto al sujeto que entendí eligiera el mismo Dios. Laus Deo.

CAPITULO XXII

Período de sufrimiento

[380] En los capítulos anteriores no he referido mis relaciones con la Virgen Sma. ni mencionado apenas a la divina Señora, mas no por esto se crea que se entibiaran nuestras relaciones. Todo lo contrario. La amaba hasta la divina locura y comunicaba con Ella tanto como con Dios y más. La visitaba con tanta frecuencia que la prevenía con la imperiosa necesidad que sentía de pasar mi vida a su lado para que no se molestase de tanta importunidad.

En Ella me refugiaba cuando me amenazaba el peligro, y a Ella confiaba mis penas y mis consuelos y consultaba mis dudas. Era mi Madre, mi Maestra, mi Guía, mi Amparo, mi Vida, mi todo.

A mediados de Noviembre aprendí que estaba próxima a sumirme en la tribulación, y *tribulación terrible.*

Como no conocía ni temía otra prueba ni tribulación que los retiros de Dios y de la devoción sensible, y pensaba que esto sólo acontecía a las almas pecadoras como la mía, que cuando más seguras se creen caen en el pecado, temí de mi mucha flaqueza si caería en nuevas infidelidades y Dios N. S. en castigo se retiraría de mí y me dejaría sufriendo horrorosamente como en anteriores períodos de sufrimiento.

Para evitar la presunta caída y sufrimientos consiguientes consagré un novenario a la Sma. Virgen, a quien rogué con todas las veras de mi corazón me sustrajera al pecado. Y si la tribulación que me amenazaba obedecía a otra causa y no convenía a la gloria de Dios sustraerme a ella, la detuviera o retuviera lejos de mí hasta que se terminara el próximo novenario —el de la Purísima—, en el cual tenía que dirigir la escola cantorum, lo que no podría hacerlo si estaba padeciendo la tribulación.

[381] La Virgen Sma. otorgó mi petición concediéndome la gracia de celebrar el santo novenario que la Comunidad consagró al misterio de su Concepción Inmaculada con el entusiasmo que otros años o mayor quizá. Todo el novenario lo pasé fervorosísima, engolfada en el amor de la Virgen y con Ella de Dios, rebosando felicidad sin acordarme de la tribulación que aprendiera como cierta.

En el momento que el novenario se terminó, empecé a temer la tribulación que me amenazaba, pero sin comprender su naturaleza. Pensando que me castigaría Dios con la pena de su ausencia, frecuentaba los pies de la Virgen, a quien contaba o repetía la historia de mis sufrimientos, los horrores que padeciera en los períodos de prueba ausente de mi Sumo Bien. Confiábale mis aprensiones con infantil candor, y la requería para que me amparase en la tribulación que estaba como a punto de imponerse a mi alma, ya que lo esperaba todo de su maternal amor y protección.

Temblaba donde no había por qué temblar, y andaba con cien pies o con paso firme para no cometer ninguna falta ni imperfección, como si Dios N. S. esperase un descuido mío para abandonarme.

Esto lo temía yo más que el infierno —si cabiera *(sic)* en éste poseerle— y más en este período después de vivir en intimidad con El todo el año y con la esperanza de que ya no sufriría ningún desamparo. Pero Dios tenía dispuesto que mi alma padeciera nuevas torturas.

[382] El 10 de Diciembre, al tiempo de acostarme por la

noche, Dios N. S., que desde hacía muchos años y singularmente uno, se mostraba afabilísimo, amoroso y complacido, como si nada tuviera que reprocharme, revelóse a mi alma con semblante serio, severo y disgustado conmigo, y significándome la causa de su disgusto, que era mi tardanza en cumplir la orden relativa a la dirección, díjome que *si no lo ponía en ejecución me abandonaría para siempre* [53]. Entendí que por mis dilaciones en cumplir el mandato de referencia padecía la Comunidad, porque no quería su Majestad confiarme el cargo de abadesa mientras no tuviera Director, y que si no le obedecía tendría que responder en su divino tribunal de las faltas que cometían las religiosas de los diversos bandos en que estaba dividida la Comunidad.

[383] Imposible describir la dolorosa impresión que me produjo esta noticia y la amenaza del abandono eterno de Dios. Tanto mayor fue mi sorpresa al ver disgustado a mi Dios y dolorosa la impresión cuanto más complacido le viera todo el año y más propicio a favorecerme. Verle disgustado y que me atribuía los sufrimientos y las faltas de la Comunidad cuando le creía complacido y que nada tenía

[53] Esta especie de ultimátum por el que Dios le intima que se someta a la dirección, so pena de abandonarla para siempre, pondrá fin a la larga etapa de la vida de la sierva de Dios, en que ésta vivió sin director (14 años, desde 1890 hasta 1904). Durante este tiempo Sor Angeles no dejaba de conocer que esto era casi lo único que Dios le reclamaba y que el no cumplirlo era la causa de todos sus extravíos; a pesar de ello, el traducir su alma —las gracias recibidas, su vocación, aspiraciónes, etc.— a un ministro de Dios se le representaba como un obstáculo o valla infranqueable, dado su carácter un tanto retraído y tímido. Cuál era la razón por la que necesitaba director, ella misma nos lo ha dicho ya (cf. supra libro 3.°, cap. XI), a saber: para que le enseñara a apreciar las gracias de Dios. El bajo concepto que de sí tenía la llevaba, por lo visto, a minusvalorar las gracias extraordinarias que recibía («cuando a mí se me dan, no deben de valer mucho», parece que pensaba). Otra razón será para hacerle saber que esas gracias no se le dan para ella sola; en consecuencia, los directores le mandarán escribir. Muchos de los detalles que M. Sorazu apunta en el Apéndice sobre la dirección que figura al fin de su tratado *La Vida Espiritual,* etc., son, sin duda, eco de su dolorosa experiencia en esta materia de dirección.

que reprocharme, me desconcertó por completo, y aturdida y temerosa quisiera huir de la presencia de Dios.

Ansiaba aniquilarme, morir en cuerpo y alma porque me era insoportable existir habiendo visto a mi Dios disgustado, y si el Señor me concediera volver a la nada, lo hubiera mirado como un beneficio grande, el mayor que me podía hacer en aquella ocasión.

Desmoronóse el edificio espiritual erigido en mi alma —al menos en mi concepto—, yo misma lo cogí por sus cimientos y lo derribé teniéndolo por fantástico y por ilusoria mi espiritualidad en vista de las quejas o resentimiento que de mí tenía el Señor.

Me bajé al abismo sin fondo de mi nada criminal, y no contenta con esto, hacía esfuerzos por bajarme al infierno, donde quisiera establecerme para siempre y en el lugar ínfimo. Con tantas veras ansiaba esto, que padecía horrible violencia porque no lo conseguía. Verme a los pies de los demonios expiando mis pecados era todo mi anhelo.

[384] En el momento que me vio aniquilada en el propio conocimiento y rendida a su querer, Dios N. S. cambió de aspecto y empezó a mostrarse complacido y propicio a mi alma; pero yo no me fiaba de las apariencias, sino que pensaba que como me había ocultado el disgusto que le ocasionara mi dilación en el período de consolación e intimidad que precedió a la revelación de su severidad, me ocultaría ahora otros resentimientos y disgustos que me revelaría en lo porvenir.

Para no exponerme a sufrir otro desengaño o dolorosa sorpresa, no quería, pues, fiarme de la visible complacencia que mostraba el Señor ni menos abandonarme a su amor misericordioso, sino que pedía castigos, y buscaba su faz severa en la que quería inspirarme para todo en lo sucesivo. Quería conocer lo que Dios pensaba y sentía en contra mía, todas sus quejas y disgustos que le había ocasionado, y al efecto, ya que El no me lo revelaba, examinaba los senos de mi alma para ver lo que había en mí contrario a su Bondad.

A fuerza de revolver los senos de mi conciencia revivieron todos los pecados de mi vida pasada, desde el más grave hasta la más pequeña imperfección, más todas las gracias que recibiera de Dios y todas las obras buenas que había practicado o se habían practicado por iniciativa mía, pero con la especialidad de que todo se presentaba a mi vista bajo el mismo aspecto pecaminoso: todo me parecía pecado.

Parecíame que no había hecho otra cosa en mi vida que estragos y atraer las iras de Dios sobre las personas con quien había vivido y vivía, y sobre el mundo entero. Parecíame que había ocasionado graves perjuicios a todos y quisiera huir adonde no me viera nadie para no perjudicar más.

[385] A todo esto se agregó la aprensión de que Dios N. S. quería confiarme el cargo de Abadesa para manifestar al mundo mi nulidad y el odio que me tenía, pues en el momento que estuviera al frente de la Comunidad llovería sobre ésta calamidades sin cuento y castigaría mis culpas de la manera más sensible para mi corazón, cual era infligir penas a las religiosas inocentes y vengar en ellas mis pecados.

Dos meses próximamente padecí esta terrible tribulación, que fue la más dolorosa de todas las que había padecido en el decurso de mi vida. Para colmo de mi desgracia, el Padre que Dios N. S. me señaló para Director se negó a recibirme bajo su dirección. Insistí segunda vez y no me contestó, y esta conducta del Padre agravó mi situación y me hubiera metido en mayores confusiones a no revelarme la Virgen Sma. los fines que se proponía el Señor en mi terrible prueba. La Señora me sostuvo en ella, y como siempre, fue mi paño de lagrimas en esta tribulación.

CAPITULO XXIII

La elección de Abadesa

[386] En lo más recio de la tribulación, orando en el coro bajo a los pies de una Imagen de María, la Señora, contestando a mis temores y vacilaciones acerca del espíritu que me guiara y de si fue Dios o el diablo quien me intimó el mandato relativo a la dirección, díjome que sí, *fue Dios* quien permitió que el sujeto señalado se negara a dirigirme o que difiriera el hacerlo para mayor mérito mío y para probar mi fe y obediencia, como en otro tiempo (1894) permitido había que el Confesor no viniera a confesarme hasta que salí del abismo de penas donde me metió la aprensión de que estaba en pecado.

Díjome también que el fin que se proponía el Señor al confiarme al sujeto de referencia era la santificación y consuelo de un alma penitente suya que padecía cierta necesidad y quería remediarla por este medio [54], más el bien de muchas almas que Dios había tenido presente al prodigarme sus gracias de predilección e inculcar en mi vida su divino Espíritu.

Esta revelación cambió mi situación, disipó mis dudas y temores y salí del abismo de penas en que yacía. Mientras imploraba el socorro divino para desempeñar debidamente el cargo de Abadesa —si Dios no estimaba conveniente librarme o sustraerme a él— me vi rodeada de una atmósfera angélica, como metida en una región mística poblada de Angeles y puesta al cuidado de éstos.

[387] En este estado no comunicaba con Dios y con la

[54] Esta penitenta del P. Andrés de Ocerin-Jáuregui no es otra que la M. M.ª Esperanza de S. Rafael, que fue abadesa de las Clarisas de Lerma (Burgos). Dicha M. Esperanza era de Caspe (Zaragoza) y allí la conoció la M. Angeles cuando fue a esta ciudad acompañando a una amiga que ingresó religiosa en las Capuchinas de Caspe. La M. Esperanza murió en Octubre de 1936. El P. Ocerin, por su parte, después de una primera negativa, accedió a la petición de la M. Angeles y fue su primer director.

Virgen directamente, sino por medio de los santos Angeles, quienes se revelaban como la extensión de las virtudes y perfecciones de Dios. Y por su medio recibía todas las divinas comunicaciones. Luego fui elevada a mayor intimidad con la Virgen Sma. sin perjuicio del comercio angélico, y últimamente por medio de la Virgen fui elevada a más alto grado de unión con Dios Uno y Trino y a trato más íntimo y familiar con El.

En este estado me encontraba el 21 de Febrero de 1904 cuando la Comunidad, de acuerdo con el Rvmo. Prelado, me confió el cargo de Abadesa. Yo había pedido mucho a las tres Personas divinas y a la Virgen Sma. que me sustrajeran a dicho cargo, y el mismo día que fui nombrada les rogué que me sacasen de esta vida y me llevasen aunque fuera al purgatorio si previan *(sic)* que por razón del cargo cometería alguna falta o daría motivo de sufrimiento a alguna religiosa. Y en vista de que no otorgaban mi petición, los requerí para que fuesen ellos los Superiores de esta santa Comunidad y que quedaran con el título y los honores del cargo y también con las responsabilidades y con los cuidados, que yo sería una simple coadjutora para ayudarles en el cumplimiento de sus deberes.

Entendí que Dios N. S. y la Virgen aceptaban el cargo de Superiores, y cuando me nombraron Abadesa, en presencia del Sr. Visitador y Testigos dije que no aceptaría el cargo si antes la Comunidad no reconocía por su Abadesa y Prelada a la Virgen Sma., porque hacía muchos años que prevenida y avisada para la elección que se cumplía, había renunciado el cargo a favor de la Señora [55]. Me refería al año

[55] Este gesto de poner como condición para asumir el cargo la previa aceptación por parte de las monjas de la Sma. Virgen como Abadesa perpetua de la Comunidad parece estar inspirado en la Vble. M. Agreda, que en idénticas circunstancias hizo lo mismo. Más de una vez, en elecciones anteriores, las electoras habían votado a Sor Angeles para Abadesa, pero la autoridad eclesiástica no confirmó la elección por no tener la votada la edad requerida por los cánones (30 años).

1895, cuando me requirió la Señora para dicha renuncia. *[388]* No dije nada de la elección que hice de Dios N. S. para superior por no creerlo necesario, pues siendo la Virgen lo es Dios. La Comunidad aceptó mi proposición, y acto seguido el Visitador confirmó la elección y fue celebrada por todos como un acontecimiento. Yo experimenté no sólo la protección, si que también el sentimiento de la presencia de la Sma. Virgen en esta santa casa y Comunidad como si realmente bajara del cielo para tomar posesión de nosotras.

Y para que nadie dispute los derechos que tiene la Señora al dominio de esta su casa y familia, el 7 de Diciembre del citado año, quinquagésimo aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada, por voto unánime de la Comunidad fue elegida o nombrada la Virgen *Abadesa perpetua,* como consta en las cédulas que contiene la santa Imagen de la silla prioral del coro. Laus Deo.

LIBRO CUARTO

Contiene la historia de mi vida en el período de tiempo comprendido desde Febrero de 1904 hasta Julio de 1910: desde los 31 hasta los 37 de mi nacimiento

CAPITULO I

Mis ocupaciones interiores el año inmediato de la elección para Abadesa

[389] Toda mi vida religiosa amé singularmente la soledad, el retiro y la completa abstracción de las criaturas, de todo lo que se relaciona con la vida temporal, y el temor de verme privada del bien que poseía en mi retiro y soledad fue uno de los motivos que tuve para procurar sustraerme al cargo de abadesa. Pero Dios, que me había dado el cargo, me ayudó con su gracia a conducirme en el cargo de abadesa de suerte y manera que no me perjudicase a mí propia por atender a mis obligaciones.

En el libro 3.°, capítulo 13 [1], dije la costumbre que tomé de agradecer el beneficio de la Encarnación con motivo de una comunicación divina.

Sentía yo la imperiosa necesidad de agradecer a Dios Padre el beneficio de la Encarnación, al Verbo su venida al mundo y todo lo que hizo y padeció por nuestro amor, y de interesar en su favor al Padre y al Espíritu Santo y a la Virgen Sma. y para esto de retirarme a la soledad para

[1] La cita parece estar equivocada. La comunicación a que alude se refiere en el Libro III, capítulo 9.°

vacar a la oración, a cuya oración llamaba RECREACIÓN porque lo era para mi alma, que encontraba su descanso en comunicar con las tres divinas Personas y con la Virgen Sma. *[390]* Efecto, sin duda, de esta imperiosa necesidad, era la opresión que sentía cuando me ocupaba en las cosas materiales y comunicación con las criaturas, y para aliviarme de este peso o carga que me oprimía cuando me empleaba en los deberes de cargo, cumplidos éstos, todos los ratos libres me fugaba del mundo y del comercio humano, retirándome a la soledad del claustro bajo, que era el más retirado y solitario.

La primera de estas fugas tenía lugar a las cuatro o cinco de la mañana, hora en que el coro empezaba a ser frecuentado por las religiosas y transitaban éstas los dormitorios, y servidora anhelaba continuar conversando con Dios con el reposo que en el silencio de la media noche.

La segunda fuga tenía lugar de diez y media a once de la mañana, después de haber dado audiencia a las religiosas y despachado los asuntos relacionados con la tierra (excepto los días de lavar y otros, que por ocupaciones no podía practicar esta devoción).

La tercera a las cuatro y media de la tarde.

[391] El motivo de estas fugas era muy divino y muy conforme con mis aspiraciones relacionadas con la gloria del Verbo Encarnado, y por esta razón me retiraba a la soledad rebosando gozo, repitiendo: «Voy a la recreación, voy a descansar en Dios».

Que estas fugas y retiros de mi alma fuesen del agrado de Dios, lo demostró el mismo divino Señor, el cual varias veces me salió como al encuentro al zaguán del claustro (hoy sacristía exterior) velado en una especie de niebla, aire o no sé qué, pero tan amoroso y complacido de verme fugar del comercio humano para vacar a su trato divino, que me hacía experimentar el efecto que si, envuelta en la niebla que velaba su Grandeza, me condujese por sí mismo al claustro y lugar que acostumbraba hacer la oración.

Es indecible el amor y caricias que me prodigaba el Señor, y lo que gozaba mi alma.

[392] Puesta en el lugar designado para la oración, mirando al cielo, me ponía en comunicación con Dios Padre, a quien hallaba en el momento mismo que me dirigía a El, si bien ya le tenía hallado. Le rendía mis homenajes de amor y respeto, le felicitaba por sus infinitas perfecciones y me complacía en ellas, especialmente en el atributo de su Bondad y Caridad divina hacia la humanidad pecadora. Con un sentimiento de profundo reconocimiento, le tributaba gracias cordialísimas por el beneficio de la Encarnación y donación de su Hijo Unigénito al mundo en nombre mío y de todo el género humano en unión de la Virgen Sma. y de todos los Bienaventurados, ofreciendo en retorno del movimiento de amor eterno que le obligara a entregarnos su Unigénito, mi vida y mis servicios unidos a los de la Virgen y de los Santos y Bienaventurados del cielo y justos de la tierra.

Luego, impulsada de la vehemencia del amor que sentía por Jesucristo y de mi celo por su gloria, hacía innumerables peticiones al Padre en mi afán de interesarle en la gloria y felicidad de su Verbo Encarnado.

[395] Presentábale la obediencia y buena voluntad con que el Verbo, respondiendo a los requerimientos amorosos de su Bondad y Caridad hacia los hombres, vino al mundo, tomó carne humana pasible y mortal y redimió al género humano, y las grandes obras que realizó en el mundo por amor y gloria del mismo divino Padre y salvación de los hombres, y la obligación que tenía de compensar todas estas obras, trabajos y sufrimientos de su Unigénito con infinitas ventajas de gloria y felicidad.

Me empeñaba todo cuanto podía en obligar al Padre a favor de su divino Hijo a que le hiciese olvidar los trabajos de su vida mortal, prodigándole infinitas caricias, llamando a todos los hijos de Adán a su conocimiento y amor, pues no era justo se frustrasen los designios de amor que en sus

obras y trabajos se propuso el Verbo Encarnado y con ardiente anhelo de glorificarle y compensarle sus sufrimientos y obras grandes que realizó en el mundo, suplicaba al Padre, por mejor decir, le pedía con insistencia y le hacía fuerza para que me comunicase su Sabiduría, Omnipotencia y Bondad para premiar al Verbo sus infinitos merecimientos, según mi deseo, y glorificar su santo nombre atrayendo a su conocimiento y amor a todas las almas capaces de conocerle y amarle y participar del fruto de la Redención.

[396] Es indecible el empeño con que procuraba interesar al Padre en la gloria y felicidad de su divino Hijo, ni es posible numerar los actos que realizaba a favor del mismo y las peticiones que hacía en este trato o comunicación con Dios Padre, cuyo trato o comunicación tenía por blanco la gloria y felicidad de Jesucristo, excepto el afecto de complacencia con que amaba al Padre y me gozaba en su divino Ser y perfecciones infinitas al principio de la oración.

Dirigíame luego al Espíritu Santo, y con el mismo empeño y anhelo de glorificar a Jesús y compensarle sus trabajos y méritos procuraba interesarle en su favor. A este fin le dirigía las súplicas más tiernas y conmovedoras, y le presentaba todo aquello que entendía había hablado y obrado Jesús en el mundo en obsequio y por la gloria de la divina Persona del Espíritu Santo, y el amor infinito que le profesó en carne mortal y continúa profesándole en su vida gloriosa, por todo lo cual le hacía fuerza para que glorificase y compensase los trabajos y méritos del Verbo Encarnado y le resarciese de las humillaciones que sufrió con infinitas ventajas de gloria y felicidad y para que trajese a todas las almas a su conocimiento y amor, y a mí me comunicase el atributo de su Bondad y Caridad divina con la ciencia y poder infinito para glorificar, amar y prestar grandes servicios al mismo divino Verbo.

[397] Dirigíame luego a la Virgen Sma., y habiéndole rendido gracias por habernos merecido con sus virtudes y méritos (en cierto modo) el beneficio de la Encarnación del

Verbo, habiéndole felicitado por su divina Maternidad y todos sus privilegios, procuraba interesarle en la gloria y felicidad de su divino Hijo, haciéndole presente la obligación que tiene de hacerle olvidar los trabajos que padeció en carne mortal obteniendo del Padre muchos grados de gloria y felicidad accidental y procurando traer a su conocimiento y amor a todos los mortales.

Después de muchas peticiones parecidas a las que dirigiera al Padre y al Espíritu Santo, solicitaba su ayuda y protección, poder, ciencia, caridad y demás virtudes para prestar grandes servicios al mismo Dios Humanado, indicándole la obligación que tenía de otorgar mis peticiones por haber sido Ella quien removió en el mundo los obstáculos que impedían al Verbo tomar carne humana y redimirnos, y que era necesario que mi alma le procurase toda la gloria y complacencias posibles, infinitas si ser pudiese, en unión de la misma Señora como encargada de amarle y glorificarle en nombre de todos los hijos de Adán, etc., etc.

Por último, dirigíame al Verbo Humanado, e impulsada del amor que sentía por El, de mi profundo reconocimiento y sentimiento de los trabajos que padeció por nuestro amor en su vida mortal y de mi ansia y sed insaciable de glorificar su santo Nombre en el mundo y de premiar en el cielo sus infinitos merecimientos, realizaba a su favor tantos actos y tan divinos todos, que no me es posible expresarlos.

[398] Me moría de amor por Jesucristo y de celo por su gloria, y haciéndome eco de las aspiraciones y sentimientos de la Virgen Sma., de los Angeles y de los Santos y de los del mismo Dios Padre y Espíritu Santo, le prodigaba toda suerte de caricias, y le tributaba honor, gracias y alabanzas en nombre de todo el género humano por todo lo que hizo y padeció por nuestra Redención, y me ofrecía a su servicio con todos los entusiasmos de mi alma abrasada en sus amores, anhelando servirle y amarle en todos y por todos los hijos de Adán en unión de su Madre Sma. a cuyo fin le su-

plicaba me adornase con sus virtudes y perfecciones y me comunicase su divino Espíritu Santo.

He aquí indicado en parte el ejercicio que practiqué por espacio de muchos años en agradecimiento al Padre del beneficio de la Encarnación, y al Verbo de su venida al mundo y de todo lo que hizo y padeció por nuestro amor. Este fue el ejercicio en que me ocupaba el día y hora que la Comunidad me eligió para el cargo de abadesa, y el que después todo el año inmediato a la elección ocupó el primer lugar entre mis prácticas piadosas, por cuya razón lo anoto en este período de vida.

Practicando este ejercicio recibí favores de Dios muy singulares en varias ocasiones, y siempre fui muy favorecida de Dios, y por ello, después, en el decurso de los años hasta el presente, se muestra Dios muy complacido y hasta obligado (en cierto modo) a favorecerme. Así agradece Dios los pequeños servicios que le prestan sus criaturas. Este ejercicio me inspiró la comunicación que consigné en el libro 3.°, capítulo 9.

[399] El año primero del cargo de abadesa continué los ejercicios de la Pasión del Señor que referí en el libro 3.°, capítulo 11, que practicaba todos los días, y también mis relaciones con Jesús Sacramentado y con los santos Angeles. Las primeras horas del día, o sea, por la noche de doce a dos y media, lo pasaba en el coro en compañía de Jesús Sacramentado, a quien rendía mis homenajes de amor y respeto en unión de la Virgen Sma. y de los Espíritus celestes, y en Jesús Sacramentado amaba y rendía mis respetos a Dios Padre y Dios Espíritu Santo, a cuyas divinas Personas tenía siempre presente en Jesucristo doquiera le acompañase.

Al mediodía, de doce a dos, acompañaba a Jesús paciente recordando los misterios de su santísima Pasión, participando de sus penas interiores y procurando reproducir en mi cuerpo los dolores de su Cuerpo sacratísimo.

En este ejercicio recibí singulares favores de la infinita Bondad de mi Dios Salvador, quien se dejaba hallar y po-

seer de mi alma con más plenitud y de modo más satisfactorio que en los demás ejercicios de piedad.

[400] En el período de vida que refiero, me favoreció Jesús con una especie de visitas a mi alma, o apariciones repentinas, no sé cómo llamar, sorprendiéndome con su divina presencia, ora en el coro, ora en el refectorio o cuando andaba por los dormitorios, y muchas veces cuando bajaba con la Comunidad al refectorio, y terminado el acto de Comunidad subía al coro, parecióme ver a Dios Humanado bajar y subir del refectorio delante de mí, careado conmigo, y en actitud de bendecirme, por mejor decir, derramando bendiciones sobre mi alma con su mano divina, lo que me producía mucho gozo, mucho amor y ansias de identificarme con el mismo divino Señor por imitación la más perfecta posible.

Verdad es que yo me imponía varios sacrificios por amor a Jesús y movida del deseo de copiar su vida divina en mi alma reproduciendo sus privaciones y dolores en la forma posible a mi flaqueza, especialmente sus ayunos, vigilias, pobreza y desnudez. Recordando (no sé de qué manera) las siguientes palabras del Evangelio: «Omne quod dat mihi Pater ad me veniet, et eum qui venit ad me non ejiciam foras» [2]. Parecíame oír dichas palabras al mismo divino Jesús hablando conmigo, y encendida en deseos de que me condujese a El Dios Padre le rogaba que lo hiciese y que obligase a Jesús a recibirme nuevamente bajo su tutela y magisterio divino.

[401] Dirigíame a Jesús en concepto de hija y discípula recomendada de su divino Padre con singular amor, y habiendo hallado satisfactorio recibimiento, me veía como actuada en el conocimiento de los misterios divinos, especialmente la Encarnación del mismo divino Verbo.

En este misterio parecíame que veía a Dios bajar del cielo

[2] «Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no le echaré fuera» (*Jn* 6, 37).

a la tierra en el atributo del amor a manera de infinito volcán de fuego para difundirse en las almas que creen en Jesucristo.

En el mismo inefable misterio veía como establecida la paz entre Dios y los hombres, unido el cielo con la tierra y puestos en comunicación los Angeles y los hombres.

En Dios Humanado veía realizado el misterio encerrado en la escala de Jacob, pues en la santa Humanidad de Cristo parecíame ver una escala o senda divina que partiendo de la tierra se eleva hasta lo más alto del cielo, hasta la divinidad, por cuya senda o escala bajaban los Angeles al mundo y todo un Dios a la bajeza del hombre para conversar con los desterrados hijos de Adán, y subían éstos al cielo, hasta el mismo Dios, para establecer en El su vida, constituidos hijos adoptivos y hermanos del Verbo Encarnado sin más trabajo que adherirse a este Verbo Encarnado, en quien se unen el cielo con la tierra y la tierra con el cielo, Dios con el hombre y el hombre con Dios [3].

[402] Cuando recordaba la vida pública de Jesús, o dirigía mi mirada a Jesús en el período de su vida pública (que lo hacía muchas veces cada día para rendirle mis homenajes) en Jesucristo, veía a Dios Uno y Trino en su cualidad de Salvador del género humano, ambulante por el mundo y ocupado todo en la obra de la Redención, y veía el misterio que contiene el sexto artículo de la fe, que dice «creer que es Salvador» de un modo evidente, siendo la santa Humanidad de Cristo como el instrumento o brazo de que se valió Dios Uno y Trino Criador y Salvador de los hombres para realizar la obra de la Redención del género humano.

Fijando mi mirada en Jesucristo, con una simple vista veía o parecíame ver todos los misterios y episodios de la vida mortal del mismo divino Señor sin necesidad de discurrir o pasar de un misterio a otro, y en Jesucristo veía hablar y obrar a todo Dios, y recibía luz especial para conocer la

[3] Alusión a la escala de Jacob. Cf. *Gn* 28, 12ss.

infinita bondad y misericordia de Dios Padre y la parte que tomara esta divina Persona en las obras de misericordia que realizó Jesús a favor de los hombres.

[403] En Jesús, doquiera le buscara, me salía como al encuentro Dios Padre lleno de bondad y misericordia hacia los hombres, como diciendo: «Yo, Dios Caridad; todo bondad y misericordia para con el género humano, soy la razón, el motivo y móvil de estos discursos, de estas obras que realiza mi Unigénito Humanado a favor de los hombres, ¡qué lejos están las almas del conocimiento, del reconocimiento y amor que me deben por mi Bondad y Caridad hacia ellas!, ámame tú por todas». Sentía un ardiente anhelo de dar a conocer a las almas lo que entendía de la infinita Bondad y Caridad de Dios Padre, y el mismo Dios me requería para que manifestara lo que sabía de su bondad.

En el período de vida que refiero, en el coro, cuando recitaba el oficio divino, recibía luz y noticias especiales referentes a los misterios de nuestra santa fe, especialmente cuando recitaba el cántico «Benedictus Dominus Deus Israel» [4], y el Salmo 2, en éste la vida divina del Verbo en el seno del Padre, y en aquél parecíame ver a Dios Uno y Trino en el cielo primero, y después ambulante por el mundo velado en la santa Humanidad del Verbo, y a este divino Verbo bajo distintas formas ora saliendo del seno de Dios Padre que se mostraba en el atributo de la divina Misericordia, ora en el mundo evangelizando los pueblos ocupado en su obra maestra de la Redención.

Estas noticias, la primera vez las recibía como en confuso, pero después, a medida que pasaba el tiempo, eran más claras e individuales y entendía los misterios divinos que se representaban a mi vista intelectual no en general, sino distintamente.

Sea Dios bendito por todo.

[4] «Bendito el Señor Dios de Israel» (*Lc* 1, 68).

[404] Si mal no recuerdo, en este período de mi vida, un día, mientras practicaba el ejercicio de acción de gracias por el beneficio de la Encarnación en el claustro, Dios Padre pronunció a mi favor un *«Hija mía»* con acento tan divino y penetró en mi alma acompañada de gracia tanta y tan inefable, que me pareció que me había comunicado un influjo de su divina gloria. Parecióme que en las palabras recibía todo el amor infinito que Dios me profesa. ¡Qué cosa tan grande sentí! ¡Qué efectos tan divinos me produjo!

CAPITULO II

Mis relaciones con la Santísima Virgen

[405] Otra de mis ocupaciones interiores el año 1904, primero del cargo de abadesa, fue el trato y comunicación continua con la Sma. Virgen. ¡Oh!, sí, el trato y comunicación continua con la SANTÍSIMA VIRGEN, mi Madre, mi Maestra, mi Reina, mi Señora, mi alma y mi corazón, mi Corazón, sí, y porque lo era, todas las noches, cuando me retiraba del coro y en la celda me entregaba al sueño, repetía hablando con Jesús: «Ego dormio et cor meum vigilat». Yo duermo, Jesús mío, pero vuestra Madre y mía, que es mi vida, mi alma, el centro de mi amor, *mi Corazón, vela, vela* en el cielo, donde impera en unión vuestra y en nombre mío y de todo el género humano os ama, bendice y alaba y hacé la corte, y en el sagrario donde acabo de dejarla ocupada en haceros la guardia de honor en unión de los santos Angeles, y vela también en esta humilde celdita dedicada a su honor y santificada con vuestra divina presencia, y en el fondo de mi alma donde mora por amor y gracia: puedo, pues, dormir tranquila porque nada malo os sucederá bajo la vigilancia de vuestra Madre y mía, que os prodigará sus cuidados y caricias y hará vuestra felicidad mien-

tras reposan mis sentidos y potencias. Ego dormio et cor meum vigilat» [5].

Así me dormía, identificada con los sentimientos y aspiraciones de la Sma. Virgen, con mi pensamiento fijo en Jesús suplicando a la Señora que en mi nombre le acompañase y prodigase sus cuidados y caricias en el cielo, en el sagrario, en la celda y en mi propia alma en unión de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, de los Angeles y Bienaventurados del cielo, que velan continuamente porque no tienen necesidad de dormir.

Me sorprendía el sueño repitiendo Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo y a la Madre de Dios y Reina de mi corazón, unida en espíritu a los Angeles y Bienaventurados. *[406]* Unos minutos antes de las doce despertaba (tenía despertador), y en el acto mismo clavaba en Dios y en la Virgen mi pensamiento y mi amor, o sea, mi entendimiento y voluntad, y habiendo rendido mis primeros homenajes a los mismos y vestido el santo Hábito, salía de la celda en dirección al coro.

Al pasar por delante del altar de la Virgen que está en el dormitorio, postrada en el suelo, adoraba a la Señora, y habiéndola expuesto mis deseos relacionados con la gloria de su divino Hijo y los fines para que iba al coro, la decía: «Vuestro divino Hijo, ¿quién es?, decídmelo, Madre mía, referidme su excelencia y divinas perfecciones, que quiero conocerle para tratarle como se merece mientras le hago compañía en el coro, donde yace Sacramentado con la realidad y verdad que en el cielo, y estuvo en la tierra en su vida mortal».

A mi pregunta contestaba la Virgen dándome a conocer el amor tiernísimo, acendradísimo, abrasado, de su Corazón hacia su divino Hijo y lo mucho que le estima, en cuya estimación y amor de la Madre para con su divino Hijo llegaba a comprender algo de la infinita excelencia y bon-

[5] «Yo duermo y mi corazón vela» (*Cant* 3, 2).

dad del Verbo Encarnado, y me inflamaba en su amor y en el celo de su divina gloria.

No contenta con esta revelación de su amor y estimación hacia Jesús, la Virgen me insinuaba que Dios Padre es quien únicamente conoce a su Unigénito Humanado *totaliter* [6] y que me fuese a El para que me enseñase a tratarle como se merece, o yo debía.

[407] Me arrimaba a una de las ventanas del dormitorio, y fija mi mirada en el cielo, decía a Dios Padre: «Padre santo, Jesús, en su santo evangelio, dice: "Ninguno puede venir a Mí si mi Padre no le trajere" [7], en cuyas palabras entiendo que no puede ir a El, como es debido, ni tratarle como se merece, ni hallar satisfactorio recibimiento, ninguno que no ha sido iniciado por Vos en su conocimiento y amor, porque sólo Vos le conocéis, amáis y estimáis como se merece, y ninguno fuera de Vos puede enseñarnos a hacerlo.

Ya pues que Jesús me asegura que soy del número de las almas que Vos habéis confiado a su cuidado e instruido en las cosas que se relacionan con su santo amor y servicio, decidme una vez más: Vuestro Hijo Unigénito, ¿quién es?, reveladme su excelencia, su bondad, su belleza, sus divinas perfecciones y las obras y heroicas virtudes de su santísima Humanidad; quiero conocerle para amarle y servirle como se merece y aprender de Vos cómo deba conducirme en mis relaciones con El».

Unos momentos me ponía a escuchar a Dios Padre en el amor infinito, de cuyo Padre y de Dios Espíritu Santo hacia el Verbo Encarnado aprendía cómo debía amar y estimar a Este, y conducirme en mis relaciones con el mismo divino Señor.

[408] Dirigíame luego al coro, donde permanecía dos horas y media en compañía de Jesús Sacramentado haciéndole

[6] *Totaliter* = totalmente (adverbio latino).
[7] Cf. *Jn* 6, 44.

la guardia de honor en unión de la Virgen y de los santos Angeles. En dicho período de tiempo procuraba poner en práctica las sublimes lecciones de amor y estima de Jesucristo, que recibiera de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, y de la Virgen Sma.

Cuando hablando con Dios Padre le decía que Jesús me aseguraba que era del número de las almas, etc., lo decía porque Jesús presente a mi alma me decía que la razón de sus predilecciones conmigo y del satisfactorio recibimiento que hallaba en El no era otra que la recomendación especial que llevaba de su Madre y Padre, los cuales me habían instruido en todo lo tocante a su amor y servicio, y así lo entendía yo.

En el coro, mientras hacía la guardia de honor a Jesús, todos los actos que realizaba a favor de este divino Señor procuraba hacer extensivos a la Virgen Sma. Con todo, no satisfecha con esto, a las dos y media, cuando salía del coro, bajaba al refectorio, donde visitaba a la Señora en la Imagen de la misma, colocada en la silla de presidencia. Allí, la rendía mis filiales homenajes, la decía cuanto se me ocurría, y cantaba sus alabanzas en voz alta (está situado en la planta baja), pero con tal entusiasmo que parecía que iba volviéndome loca de amor a la Sma. Virgen, si no lo estaba ya.

[409] A las tres me despedía de la Virgen con mucho sentimiento de verme precisada a interrumpir mis coloquios y cánticos para retirarme a la celda a descansar unos momentos. A las cuatro hacía el ejercicio de acción de gracias por la Encarnación, en cuyo ejercicio no perdía de vista a la Virgen, y terminado éste me iba al coro, adoraba a Jesús Sacramentado e inmediatamente me engolfaba en los amores de la divina Señora, haciéndome eco de los sentimientos y aspiraciones de los fieles cristianos que durante todo aquel día la visitarían en todos los templos y santuarios del mundo dedicados a la misma soberana Virgen para venerarla y amarla en todos, especialmente en el Pilar de Zaragoza, que visité el año 1890 y con todos y cada uno de sus devotos.

Anhelaba obsequiar a la Virgen y rendirle los homenajes que en todo el día le rendirían todos los hijos de la Santa Iglesia —pero en el breve tiempo que empleaba la Comunidad en reunirse en el coro para cantar las divinas alabanzas— y al efecto me unía en espíritu a todos los Angeles y Santos del cielo y al mismo Dios omnipotente y en unión de mi Dios, de los Angeles y Santos le amaba y tributaba alabanzas y hacía en su obsequio cuanto me inspiraba mi corazón abrasado en amor de la Señora.

[410] Como un cuarto de hora antes de terminar la oración mental de Comunidad —que duraba una hora—, dirigíame a la Virgen, a quien suplicaba que me preparase para recibir en mi pecho a su divino Hijo Sacramentado (si era día de Comunión) o espiritualmente, y habiéndome preparado lo mejor que podía reproduciendo o procurando reproducir en mi alma los sentimientos que abrigara la Señora en el momento solemne de la Encarnación y las veces que recibió en su pecho al mismo divino Señor Sacramentado, al tiempo de bajar al comulgatorio, corría presurosa a un altar de la Virgen, y postrada a sus pies la rogaba con insistencia que por amor de Dios se adhiriese a mi alma y viniese conmigo al Comulgatorio para que fuese Ella y no yo quien recibiese a Jesús Sacramentado y el tálamo o lecho donde descansase este divino Señor.

En el momento preciso de recibir la sagrada Comunión repetía la misma súplica, y después de recibir al Señor Sacramentado en mi pecho, le tributaba gracias en unión de la Señora, en cuya conducta con su divino Hijo cuando le concibió en su seno virginal, le recibió en sus brazos cuando nació al mundo, y le ofreció a Dios Padre en el templo, etcétera, me inspiraba en mis relaciones con Jesús después de la sagrada Comunión, o sea, en la próxima acción de gracias.

[411] Terminada la acción de gracias, antes de salir del coro bajo, me postraba a los pies de la Virgen (en el altar de la «Napolitana») y le entregaba la divina persona del

Verbo Encarnado Sacramentado que había recibido en la Comunión y me figuraba poseer todavía en mi pecho, diciéndole que, si poseyese otro tesoro más rico que el Verbo Encarnado (que no le hay), se lo donaría con igual gusto y entusiasmo para que ella lo poseyese, pues le amaba más que a mí propia, etc., etc. Mas después, haciendo presente a la Señora la imperiosa necesidad que sentía de poseer a Jesús, le rogaba que estableciese en mí su morada para que en Ella y con Ella poseyese a Jesús.

En el santo sacrificio de la Misa me unía a las intenciones de la Sma. Virgen cuando asistió a los misterios de la vida, pasión y muerte de su divino Hijo, y me inspiraba en Ella para todos los actos que deseaba realizar a favor de Jesús Víctima en el altar. Durante el acto del desayuno permanecía en coloquio con la Virgen Sma. en la santa Imagen que preside en el refectorio, a quien encomendaba los asuntos y necesidades temporales de mi querida Comunidad.

[412] Terminados los actos de Comunidad, hacía oración breves momentos y asistía a una religiosa enferma, ínterin recitaba los Himnos del oficio de la Virgen y desahogaba mi afecto en alabanzas de la Señora, a cuyas alabanzas ponía fin con los elogios que formuló la Vble. M. Agreda en alabanza de la Virgen, los que recitaba o recordaba con mucha devoción y júbilo de mi espíritu a los pies de la Virgen de la Asunción, que yace en el claustro alto después que terminaba los quehaceres de mi Enfermita [8].

El resto de la mañana lo dedicaba a los deberes de cargo o trabajo manual, exceptuando los días de fiesta y algunos de poco trabajo, que vacaba a la oración de diez y media a

[8] Mi Enfermita: así, con mayúscula. La nueva Abadesa se va a distinguir por su solicitud en asistir material y espiritualmente a las religiosas enfermas. Es éste uno de los capítulos que más se recalcan en los testimonios escritos por las monjas que tuvieron la dicha de tenerla por Abadesa. En los largos años que estuvo en el cargo (17) le tocó asistir a muchas religiosas que murieron en sus brazos. Las monjas decían que querían morir antes que ella para poder disfrutar de esta dicha.

once en la forma que indiqué en el capítulo precedente.

Al mediodía, antes de practicar el ejercicio de la Pasión, visitaba nuevamente a la Sma. Virgen, en cuya presencia derramaba mi espíritu y confesaba mis defectos, y habiendo implorado su auxilio, me retiraba a la celda u otro lugar solitario para practicar el indicado ejercicio.

Por la tarde, de dos a tres, asistía a los actos de Comunidad que se practican en el coro, y en ellos me unía a los sentimientos que abrigaba la Virgen Sma. cuando asistió al pie de la Cruz de su divino Hijo, clavado en ella, y cuando no hacía esto, tributaba alabanzas a la divina Señora gloriosa en el cielo en unión de la Beatísima Trinidad, de los Angeles y de los Santos, especialmente mientras recitaba la corona seráfica.

Antes de acostarme, por la noche visitaba por última vez a la Virgen para confesar mis defectos en presencia de la Señora, implorar su protección, etc., etc.

[413] Estas visitas y relaciones con la Sma. Virgen llamaba yo ordinarias, porque en las vísperas de las solemnidades del Señor y de la Virgen, y otros días de mi especial devoción hacía a la Virgen tantas visitas cuantos simulacros, cuadros y estampas de la Señora había en el convento, sin dejar de visitarla ni en una estampa o imagen pintada o pegada en las paredes o bóvedas de que yo tenía noticia. Y lo hacía con un fervor y entusiasmo extraordinarios, sin reparar en el rendimiento y postración de fuerzas físicas que me producían las continuas genuflexiones y postraciones en tierra.

Es porque veía a Dios como extasiado de amor por la Virgen, y a los Angeles y Santos del Cielo absortos en la contemplación de su Bondad y Belleza, y haciendo propios los sentimientos y aspiraciones de todos en orden al culto de la Señora, quisiera visitarla en todas sus Imágenes que hay en el mundo y en cada uno de estos simulacros o imágenes rendirla el culto que le rindieran los Angeles y Santos si estuviesen en mi lugar y prodigarle todas las caricias que le prodiga la Beatísima Trinidad en el cielo. Laus Deo.

CAPITULO III

Cambio de dirección espiritual

[414] A fines del año 1904, una noche, estando orando ante el Sagrario, entendí que estaba muy atribulada, padeciendo extraordinarios trabajos interiores, la religiosa por cuyo motivo me había el Señor ordenado que me dirigiese con el Padre que me dirigía hacía nueve meses [9]. Me inspiró mucha compasión, y persuadida de que yo no había hecho más que gozar en toda mi vida (con las presentes consolaciones se me había borrado por completo la memoria de los trabajos padecidos) y que ya era tiempo de empezar a padecer algo, me ofrecí a padecer por la religiosa de referencia, suplicando a mi Dios Sacramentado que la librase del abismo de penas en que yacía.

Entendí que Jesús otorgaba mi súplica, pero que difería para más adelante los trabajos que le pedí, porque no quería por entonces verme padecer, sino que me quería gozando y disfrutando las delicias que encierra su divino trato, sin más penas que las que me producía mi afecto compasivo cuando veía padecer a su Majestad en el ejercicio de su santísima Pasión.

[415] Poco después de este suceso empecé a sentir cierta inquietud y necesidad de cambiar de director, y a padecer algunas penas con motivo de la dirección espiritual, cuyas penas fueron elevándose a grado más intenso a medida que pasaba el tiempo. A su vez, mi Director participaba de la misma inquietud y se mostraba indeciso en el asunto de mi dirección por entender que no era voluntad de Dios que continuase dirigiendo mi alma [10].

[9] Excusado decir que este Padre que la dirigía hacía nueve meses es el ya citado P. Ocerin, y la religiosa a cuyo favor se ofreció M. Sorazu a padecer es la M. Esperanza, su antigua amiga de Caspe.

[10] La dirección espiritual del P. Ocerin respecto a la M. Sorazu cesa ahora, y no por iniciativa de ella, sino por renuncia de él. Le sucederá el canónigo, deán de Valladolid, D. José Hospital Frago, que era catalán.

A principios de Abril de 1905 sentía un ardiente anhelo de prestar a Dios y a la Sma. Virgen grandes servicios. Ejecutaba cuanto se me ocurría, pero no quedaba satisfecha y mi anhelo de prestarles un servicio extraordinario crecía de día en día.

Estando un día pidiendo al Señor que se dignase darme a conocer cuáles eran los grandes servicios que me exigía y anhelaba mi alma con tanto ardor, entendí que el servicio más grato que podía prestar a su Bondad y a la Virgen Sma., el más grande, y el único que me pedían, era una vida de obediencia completa a un Ministro suyo. Pregunté al Señor cómo y de qué medio me valdría para vivir la vida de obediencia que me pedía, y entendí que me contestaba que lo consultase con un respetable Sacerdote que trataba mucho a mi Comunidad y que hiciese lo que me aconsejase.

[416] Consulté el asunto con el citado Sr. Sacerdote, quien después de haberlo encomendado a Dios, me dijo que Dios N. Señor le había encomendado mi alma para que me dirigiese y por su medio respondiese al divino llamamiento viviendo una vida de completa obediencia.

Lo mismo había entendido yo en una comunicación que recibí de Jesús Sacramentado la mañana del mismo día que el mencionado Sacerdote solucionó el asunto de mi dirección. Enterada de la voluntad divina, inmediatamente me confié a su dirección.

Por conducto de este Director me favoreció mucho el Señor por espacio de cinco años (poco más) que me dirigí con él. Los dos años primeros gocé mucho, por el contrario los tres últimos padecí muchísimo, en cuyo período de tiempo creo que me concedió el Señor los trabajos que solicité de su Bondad a fines del año 1904, pues veo muchos rasgos de semejanza entre mis trabajos interiores y contrariedad de criaturas, y los que vi padecer a la religiosa de referencia. Sea Dios bendito por todo.

CAPITULO IV

Los ss. ejercicios que hice el año 1905, el pacto que hice con la Virgen Santísima: mis relaciones divinas

[417] En el mes de Junio de 1905 experimenté notable mejoría en mi espíritu y entré en nuevo período de vida de relaciones más íntimas con Dios y su divino Hijo Humanado.

Me sentía rodeada o acompañada del sagrado Corazón de Jesús de día y de noche y en todo lugar.

Ora lo sentía junto a mí, ora me parecía verle venir a mi encuentro cuando transitaba por los dormitorios, espiritual o invisible, no era visión corpórea. En mis pensamientos, palabras y obras me sentía igualmente visitada de Jesús, quien se revelaba con el corazón exteriorizado sumamente afable y amoroso, como Dios amor. «¿Qué es esto?, preguntaba yo maravillada, ¿qué he hecho yo para que así me favorezcas? ¿dónde estoy?» Jesús me contestaba diciendo: «Has hecho lo que decías que te costaba tanto —traducir mi vida íntima al nuevo Director—, ¿ves cómo no te ha costado? Estás en mi...» «Gracias, Dios mío, decíale yo, gracias mil por vuestras misericordias, me resigno enteramente en vuestra voluntad, haced de mí lo que queráis [11].

[418] El primero de Julio sentí un ansia suma de poseer a la Virgen Sma. y que al efecto me visitase la Señora. Deseaba empezar de nuevo mi vida espiritual bajo el magisterio de la Virgen, a quien hice muchas súplicas en este sentido. Entendí que la Señora otorgaba mi petición y que me concedería la renovación de mi vida en los ejercicios espirituales que me insinuó quería que practicara por espacio de diez días.

Hice los ejercicios, y en ellos recibí luz y gracia abundan-

[11] Es ahora, con el segundo Director, cuando M. Sorazu consigue franquear su alma a un Ministro de Dios. Le sirvió de gran ayuda para ello el cariño paternal y divino con que la trató el nuevo Director.

tísima para conocer los muchos y singulares favores que mi Dios y mi Madre Purísima me prodigaran en el decurso de mi vida, sus requerimientos y designios manifestados muchas veces a mi alma para que los secunde. Para las meditaciones que hice durante mi retiro, el Director me dio una breve nota tomada de los libros de meditaciones del P. Garzón, v. g., «Las criaturas cantan la gloria de Dios», «De qué manera se comunica Dios a las criaturas».

Ponerme a meditar en la breve nota que debía fijar mi oración y sentirme iluminada para ver los dones y gracias que Dios había depositado en mi alma e inflamada en el divino amor, todo era uno. Según iba conociendo las riquezas divinas que la Bondad divina acumulara en mi alma, sentía renovarse mi espíritu o vida espiritual y estrecharse los lazos que me unían a mi Dios y a su Sma. Madre.

Cuando terminé los ejercicios, noté que había salvado grandes distancias en la senda de la perfección y que me habían como segregado de las criaturas.

[419] En este estado practicaba los mismos ejercicios que en los anteriores, pero con más perfección. Contemplaba a Jesús en los misterios de su vida, pero de diferente manera. Parecíame que le seguía en la carrera de su vida por un sendero de luz muy ancho cercado con dos murallas celestes que lo hacen infranqueable para las almas que no están animadas de los mismos sentimientos.

El sendero lo veía poblado de Angeles que rodeaban a Jesús como ministros y espectadores y de almas santas que le seguían, a las cuales precedía la Virgen Sma., a quien procuraba unirme cada vez más —por amor e imitación— para seguir a su divino Hijo en primera fila en aquel glorioso ejército y para merecer el título de dama de honor de la Señora.

Otras veces parecíame que vivía en una soledad mística y sublime rodeada de cuatro paredes. A cierta distancia veía el cielo rasgado, y en él a mis divinos Amores Jesús y María, bellísimos, radiantes de gloria. Una fuerza secreta me arras-

traba hacia ellos, quienes a su vez me llamaban ansiosos de compartir su felicidad con mi alma pecadora. Mas no veía el medio de salvar el abismo que de ellos me separaba, y buscaba y pedía un puente que, colocado en el espacio, me lo franquease y condujera a mis soberanos Amores. Mientras pedía esta gracia, un día vi dilatarse la soledad que me servía de habitación en dirección opuesta al lugar donde estaban Jesús y María. Entendí que la soledad era la voluntad de Dios y que ésta me conduciría a mis divinos Amores por caminos que yo ignoraba y el mismo Dios abriría delante de mí por medio de mis directores espirituales, a quienes me propuse obedecer en todo.

[420] Repetidas veces parecióme ver a Dios N. S. fijos en mí sus divinos ojos, y entendí que su mirada divina, fatigada de ver el horroroso cuadro de pecado que el mundo le presenta, buscaba en mí un oasis para descansar. Procuraba desagraviarle, y secundar sus requerimientos, purificando mi alma y adornándola con las virtudes de la Virgen Sma., que procuraba asimilarme.

Una cosa me llamaba la atención en este período: era que todas las veces que iba a la Señora para rendirle mis homenajes o gozar su presencia, me acogía con bondad, pero me requería para que me fuera con su divino Hijo y me abismase en El. Pensé que la Virgen Sma. quería retirarse de mí, y dejarme sola con N. Señor para que le amase con más ardor. Gozaba una seguridad completa en mis relaciones marianas, como igualmente en las comunicaciones divinas que recibía por medio de la Señora, que lo fueron todas hasta la fecha, pues todos los beneficios divinos los atribuía a Ella, y realmente se consumaron en mi vida mariana. Los caminos de Dios, en los cuales no interviene la Virgen, me eran completamente desconocidos y se me representaban temibles, llenos de simas, y temía precipitarme en uno —las comunicaciones de satanás transformado en ángel de luz—, aparte de que no podía mi corazón prescindir de la Señora.

Era necesario que Dios me aniquilase para romper los la-

zos que me unían a la Virgen y retenerme fuera de sus dominios, de la total dependencia de la Señora.

[421] Hacía pocos días que, respondiendo a la extrañeza de una religiosa por mi envidiable adhesión a la Virgen, le había dicho que quizá la causa de llevarme N. Señor por este camino era la mayor necesidad que tenía de protección y misericordia mariano-divina, porque estaba persuadida que el Buen Pastor confía a su Madre las ovejas más débiles y que más lejos se encuentran del redil. Mas de todos modos, que yo estaba muy satisfecha con mi suerte, muy agradecida a N. Señor, porque me confió a su D. Madre, y quería perpetuarme a su lado, aun en el caso que mi camino fuese menos frecuentado por Jesús que el que ella seguía. Que yo encontraba a Dios en María, y lo encontraba y poseía en el grado que reclama mi corazón, y no había para qué sustituir unas relaciones por otras.

Esto pensaba y sentía, por lo que me quedé maravillada ante el extraño fenómeno que apareció en mis relaciones marianas.

[422] Expuse a la Virgen la imperiosa necesidad que sentía de perpetuarme a su lado confirmando mi vida mariana, mi total dependencia de la Señora, sin detrimento de la gloria de Dios: mis temores de sustituirlo con las relaciones directas de N. Señor si en éstas no intervenía Ella, y la imposibilidad moral en que me hallaba para responder a su requerimiento.

Pensando que el fin de la Virgen en este requerimiento sería estrechar mis relaciones con su D. Hijo por una caridad más ardiente, la prometí que lo amaría con más ardor, y le tributaría obsequios más perfectos si se dignaba retenerme a su lado.

La Señora se sonrió con visible complacencia, y me significó que se sentía obligadísima a favorecerme.

La misma complacencia me mostró N. Señor por mi fidelidad a la práctica de la vida mariana. Repitióse esto muchas veces por espacio de una semana próximamente,

siempre con la misma benévola acogida y complacencia de N. Señor y de la Virgen, requerimiento de ésta y mi insistencia, resignándome finalmente en la voluntad de la Señora para atestiguarle mi cariño, obedeciendo su mandato.

[423] Mas, impulsada por secreta fuerza —que no dudo fue impulso del D. Espíritu por la imperiosa necesidad que sentía de perpetuar mis relaciones marianas—, hice un pacto [12] con la Señora, y fijé las condiciones en que cumpliría su mandato.

He aquí lo que pacté:

1.° Que yo estaba firme en la resolución tomada el 8 de Octubre del año 1892, fecha de mi perfecta consagración a María, de emplearme toda en el amor y servicio de la Señora, de ocuparme siempre en las cosas que se relacionan con su gloria y depender de su voluntad para todo, incluso mis relaciones con N. Señor, las que regularía por su conducta como lo había practicado desde la citada fecha, y que constase al cielo y a la tierra, a los mortales y a los bienaventurados y al mismo Dios, que yo soy *toda, toda* de la Virgen, que la pertenezco absolutamente, y que quería pertenecerla no sólo en el tiempo, sino que también en la eternidad.

2.° Que yo emplearía en Ella todas mis energías amándola con toda mi alma, con todo mi corazón, y que le dejaba el honor de pronunciar la última palabra de mi vocación, cual es la glorificación de Jesús, y a Este, la glorificación del Padre, o sea, de la Divinidad. Al efecto, antes de abismarme en Jesús, reiteraría mi consagración y entrega total a la Señora, como si no existiese el mandato que se me imponía, y confiaría a su inviolable fidelidad, como lo había hecho

[12] Pacto. Un nuevo hecho aparece por estas fechas en las relaciones marianas de la sierva de Dios: la misma Virgen la invita a ir directamente a Jesús y aun a abismarse en Dios Uno y Trino. Ella, sorprendida en cierto modo, reafirma por este pacto su voluntad de querer pertenecer siempre a la Señora y de no prescindir de Ella, si bien acepta lo que Dios quiera disponer. El hecho le sirve de ocasión para encarecer una vez más cuánto importa que los llamados a recorrer las «vías» sobrenaturales» adquieran una previa fundamentación mariana.

siempre, el cuidado de hacer extensivos a Dios los obsequios que le tributaba y quería tributarle en el tiempo y en la eternidad.

3.° Hecho esto, que me abismaría en mi Dios Humanado, y por su medio en la 1.ª y 3.ª Persona de la Trinidad, pero con la condición que N. Señor extendiera a la Virgen el amor que le profesaba y los servicios que le prestaría, por manera que si algún día, lo que no quisiera, N. Señor absorbía completamente mis facultades, y no podía cumplir mi anhelo relacionado con la práctica de la vida mariana, quedase obligado a extender a mi Madre y Señora todos los actos que realizaré en su obsequio, internos y externos, todos, absolutamente todos, y que los extendiera en condiciones ventajosas, así como la Virgen extendiera a Dios en condiciones ventajosas los obsequios que le tributé mientras dependí de Ella solamente y traté con N. Señor por su medio.

4.° Que todos los días cuando despertase del primer sueño, antes de fijarme en Dios, renovaría este pacto, y lo repetiría en fórmula breve durante el día, al comenzar los ejercicios de mayor importancia, y que asimismo practicaría los actos de adhesión a la Señora al principio de la oración y todas las veces que N. Señor me favorecía con sus divinas comunicaciones al iniciarse éstas, si N. Señor no me lo impedía.

5.° Que requería a su Omnipotencia suplicante para que me alcanzase de N. Señor que todas sus divinas comunicaciones las perciba por medio de la Señora, o, al menos, intervenga Ella directa o indirectamente, y me conceda las mismas saturadas de su espíritu y con participación de las relaciones establecidas entre Dios y la Señora, por manera que participe la vida de la Virgen enjesusada, endiosada en las comunicaciones divinas que Dios N. Señor quisiera concederme en lo sucesivo. Le rogué que confirmase el pacto, y a N. Señor que lo perpetuase con su benévola aprobación. *[424]* Fue otorgada mi petición. Cumplióse lo pactado por ambas partes. Las soberanas efusiones del divino Amor doliente y glorioso que han tenido lugar en mi historia des-

pués del pacto las miro como el feliz coronamiento de mi fidelidad a la práctica de la vida mariana que tanto le agrada a Dios N. Señor y obliga a la Señora a utilizar su Omnipotencia suplicante en beneficio de las almas que lo practican.

Esto lo veo tan claro, tan convencida estoy que la vida mariana es el camino más seguro para arribar a las playas de los diversos grados de divina unión y el medio de merecer las predilecciones de N. Señor, que, en las crisis dolorosas que he padecido en tiempos posteriores, la sugestión maligna que más hondamente ha lastimado mi corazón es la aprensión de que desagradé a Dios cuando me abismé en El en la forma dicha, porque no fue la Virgen, sino el demonio quien me requirió a esto, etc.

Si yo —que por obedecer a la Virgen me puse en relaciones directas con Dios N. Señor en las condiciones que se ha dicho, y después continué practicando la vida mariana con mayor perfección, si cabe, que en períodos anteriores— he sufrido tanto con la viva aprensión de que padezco ilusiones en mis relaciones inmediatas con N. Señor, y que la causa de esto es la obediencia de referencia, puede inferirse las torturas que padecerán las almas que se colocan en las vías sobrenaturales sin previa fundamentación mariana.

[425] He aquí la fórmula con que renuevo el pacto todos los días:

«Soberana Reina de cielos y tierra, Madre de Dios y Señora mía. Yo Sor María de los Angeles, la más párvula de la Iglesia católica, con el más profundo respeto, os adoro, y adoro en Vos a vuestro D. Hijo, mi Dios, en unidad del Padre y del Espíritu Sto., en nombre mío y de todas las almas. Doy infinitas gracias a mi Dios por vuestra Concepción inmaculada, por todos los dones y privilegios que os prodigó durante vuestra estancia en la tierra, y por la gloria y complacencias que os procura en el cielo, singularmente por la D. Maternidad. Y a Vos, Madre mía, os felicito por todo cordialísimamente, y os tributo gracias porque inver-

tiste vuestros dones en beneficio del género humano. Gracias mil también por los beneficios particulares que os habéis dignado dispensarme, singularmente por la vocación religiosa y por las relaciones marianas, fuente de todas las gracias que poseo. Confieso que no he correspondido a vuestros favores, que he inutilizado la mayor parte de las gracias que me habéis prodigado, y que mis procederes no responden a mi vocación y obligaciones para con mi dulce Soberana. Perdón, Madre mía, perdón, que os prometo fidelidad en lo sucesivo y resarciré el detrimento causado a vuestra gloria con mi reconocido amor. Yo, con todo mi corazón, haciendo uso de la libertad que se me concede, me consagro a Vos, Madre mía, mejor dicho, reitero mi consagración entregándome en vuestras manos, una vez más, con todo cuanto tengo y soy en el orden espiritual y temporal, para que dispongáis de mí y de mis cosas como os plazca. Mi intención y voluntad irrevocable es vivir en completa dependencia de vuestra voluntad en el tiempo y en la eternidad. En la vida, en la muerte y en la eternidad, serviros, y amaros con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis energías, y ocuparme eternamente en las cosas que se relacionan con vuestros intereses, y dejaros el honor de glorificar a Jesús en mi nombre, y con Jesús al Padre y al Espíritu Sto., extendiendo a las tres Personas divinas los obsequios que os tributo.

[426] Esta es mi voluntad irrevocable, acéptala, Señora mía, y perpetuad vuestras relaciones porque quiero vivir y morir en tu seno, ocupada toda en amaros y serviros, y en Vos y con Vos servir y amar a vuestro D. Hijo, mi Dios, a Dios Padre, y Dios Espíritu Sto. Mas ya que me obligáis a entrar en relaciones directas con mi Dios, os dedico y consagro éstas, con todos los servicios que le prestaré, los cuales desde ahora para siempre los extiendo a Vos, y los pongo al servicio de vuestra gloria y felicidad.

Recibid como vuestros los obsequios que tributaré a mi Dios, porque mi intención irrevocable es hacerlo todo en

Vos, por Vos, con Vos, y para vuestra gloria, y por vuestro medio glorificar a mi Dios. Esto procuraré siempre, mas si algún día es servido N. Señor cumplir vuestro deseo, comunicándose directamente a mi alma, y absorbiere mis facultades hasta el punto de impedirme el cumplimiento de mi vivo anhelo, encomiendo a vuestra Omnipotencia suplicante la obligación de requerir a Dios para que extienda a Vos mis servicios, avalorados con su excelencia y caridad infinitas, y consiga yo por su medio amaros infinitamente, y procuraros gloria y complacencias infinitas.

Asimismo, requeridle para que pase por vuestro corazón las gracias que quiere prodigarme, para que las perciba a través de vuestras relaciones sobrenaturales, y en ellas participe vuestra vida fundida en Jesucristo, vuestro enjesusamiento elevado a la altura de la vida de Dios.

Confirmad el pacto, Madre mía, y perpetuadlo en unión de mi Dios querido, y ebria de gratitud, entusiasmo y amor, protesto y protestaré eternamente que *soy toda vuestra,* y en Vos y con Vos *toda de mi Dios: que soy toda de mi Dios,* y en Dios y con Dios *toda, toda, toda vuestra.* Amén». *[427]* En la segunda quincena de Septiembre, un día, después de haber dedicado un rato a tomar nota de los sentimientos que me animaban hacia mi Dios Humanado, me fui al coro para asistir a un acto de Comunidad.

En el momento que me arrodillé en el lugar que me corresponde, se me apareció Jesús a mi lado afabilísimo y agradecido, como si le hubiese prestado un servicio singular.

La gratitud de N. Señor y la estimación que hacía de lo que El tenía por servicio pusieron en juego mi amor desinteresado, y no pudiendo soportar el peso de su bondad y condescendencia divinas, luché con Jesús, mejor dicho, luchamos mutuamente. El servicio a que se refería era que en la nota de referencia había exteriorizado la estimación que por El sentía. Díjele que no había tal servicio, y si se daba por servido de lo que había escrito en su honor, le

debía infinitamente más, y no pensara en recompensas.

Ocultóse Jesús a tiempo que ante mí se abría un horizonte divino donde vi a Dios Uno y Trino en Jesucristo, o la vida o historia eterna de Jesucristo en Dios como océano infinito de caridad, región mística de amores divinos, o una vida misteriosa y eterna de infinitos amores. La vida de Jesús presentóse a mi vista en el atributo de la divina Caridad, como una suma infinita de amores divinos, y una historia de amor y finezas que arrancando del principio sin principio de la eternidad, del seno de Dios eterno, parecía no tener fin.

[428] Vi a Jesucristo Dios y Hombre verdadero amando al género humano infinita y eternamente, y entendí que me requería para que describiese su historia de amores como la aprendía en aquellos momentos.

Yo me sentía abrasar de amor y gratitud a Dios Humanado, a quien dije que, con gusto le obedecería si pudiera imprimir en el papel lo que mi inteligencia comprendía, pero que ya sabía su Majestad que no sabía hablar, ¿dónde, pues, buscaré los términos para expresar misterios tan divinos? Jesús insistió en que los describiese. Sentíame abrasar en el celo de su gloria, y ansiando honrarle más con mis virtudes que con el trabajo escriturario que me pedía, le rogué que me concediera unos años para prepararme practicando las virtudes para que al describir su historia de amor infinito y eterno hacia la humanidad, le procurase tanta o mayor gloria con mis virtudes que con mis escritos.

Además, le pedí un coadjutor —que podía ser el Director actual u otro— que me diese los términos para expresar los misterios que me mandaba describir, no sea que escribiese herejías por no saber expresarme.

Entendí que Jesús otorgaba mi petición, y desapareció la visión, dejándome maravillada y abrasada [13].

[13] En esta comunicación y subsiguiente noticia parece tener su origen el propósito o proyecto que Sor Angeles acarició durante muchos años —y que no abandonó jamás— de escribir lo que ella lla-

De los misterios divinos que aprendí me quedó una noticia general, algo confusa, pero útil y provechosa a mi alma, como huella divina del paso de Dios Caridad que se dignó favorecerme con su presencia.

[429] El día 16 de Octubre, al tiempo de acostarme, de repente, me vi favorecida con la presencia de mi Dios Humanado en la celda, quien se mostró con tanta majestad y grandeza que parecía llenaba toda la tierra y se elevaba sobre los cielos. No le había visto nunca tan grande y rico en bondad y amor.

En Jesús —ignoro de qué manera— aprendí a la B. Margarita Alacoque como presente, cuya historia leí o vi, no sé qué.

En la historia de las relaciones establecidas entre Jesús y la Beata, leí mi vida íntima, muchas de las gracias [14] que me había dispensado el Señor desde mi nacimiento, y mi ingrata correspondencia, la que formaba verdadero contraste con la fidelidad de la Beata Margarita.

Jesús se mostraba afabilísimo, amorosísimo y propicio a favorecerme, pero cuanto era mayor su bondad, más me afligía y lloraba mis ingratitudes, de las que tuve un dolor intensísimo.

Después de haberme mostrado los dones que me había concedido y los rasgos de semejanza que en virtud de los mismos tenía con la Beata (la semejanza consistía especial-

maba Vida divina de Jesús o Historia del amor eterno, es decir, una especie de Vida de Jesús, pero bajo este aspecto de manifestación del amor divino. De hecho, no llegó a realizar este proyecto; mejor dicho, lo empezaba y destruía, volvía a empezar y volvía a destruir lo escrito, etc. El segundo director, o sea, el deán, le impuso el mandato de escribir esta obra.

[14] *Muchas de las gracias.* En el original se leía *todas las gracias,* pero está corregido de mano del P. Nazario Pérez, y al fin del capítulo, como justificante de la corrección, figura pegado un papelito o billete, de mano de la sierva de Dios, en que le pide que introduzca esa corrección, que ella quiso hacer, pero a última hora se olvidó. Sta. Margarita M.ª de Alacoque fue canonizada en 1920. Esta obra está escrita antes de esta fecha; por eso en ella aparece designada como Beata.

mente en el magisterio de N. Señor constituido Director mío), Jesús me requirió para que continuara su obra en el mundo manifestando a los hombres las riquezas de bondad y misericordia que atesora su divina Persona Humanada por medio de la pluma, o sea, relatando por escrito su historia de amores divinos.

Desapareció la visión, y el día siguiente, cuando supe que era la fiesta de la Beata —por una religiosa que lleva su nombre—, me quedé maravillada de ver cómo honra Jesús a sus esposas en su fiesta, o el día que la Iglesia militante celebra su fiesta. Con motivo de esta visión se acentuó el afecto y devoción que profesaba a la B. Margarita. Laus Deo.

CAPITULO V

Nueva fase de vida y lo que hice y padecí desde Noviembre de 1905 hasta fines de Enero de 1906

[430] A mediados de Noviembre de 1905 Dios N. Señor, o sea, el Ser Divino, cuya presencia sentía de un modo evidente en todo lugar y que se mostraba como Dios de Bondad infinita, glorioso, anegado en su propia gloria y felicidad, empezó a presentarse a mi alma en forma paciente, como quien está triste y penando.

No dejaba de comprender que Dios es impasible, la gloria y felicidad por esencia y que en El no cabe pena ni sufrimiento, pero aparecía triste y apenado a causa de la indiferencia y frialdad de los mortales y de la ingrata correspondencia de los pecadores a su infinito y eterno amor, sufriendo una especie de privación de gloria y felicidad accidental.

Mostrábase Dios tan apenado, que, a no estar habituada a la presencia y contemplación de la Divinidad, hubiese creído que estaba en presencia de la santa Humanidad de Cristo clavado en la cruz.

Como viviese mi alma de la gloria y felicidad infinita de Dios, más que de mi propia vida, y estaba acostumbrada a verle rebosando júbilo, gloria y bienaventuranza, verle triste y apenado me produjo un efecto dolorosísimo, y entré en un período de sufrimiento muy grande, aunque divino.

[431] Veía a Dios N. Señor enamorado de los hombres y amante hasta lo infinito, ansioso de que le correspondiesen con su afecto reconocido, y frustrados sus designios y burlado en sus solicitaciones y esperanzas.

Veíale mendigar el cariño de sus criaturas como Amante enamorado y apenado de ver que le negaban su afecto y frustraban sus designios de amor en ellas.

Impulsado de la vehemencia del amor que sentía por las almas y de su ansia infinita de favorecerlas, Dios N. Señor iba como en pos de ellas, solicitando su amor, pero en lugar de amor y reconocimiento, recibía agravios.

Tenía sus delicias en tratar y acompañarse con los hijos de los hombres, y éstos huían de su Bondad paciente y misericordiosa y parecían alejarse cada vez más.

Quería recrearse contemplando su obra, sus divinas creaciones, especialmente las almas capaces de participar de su gloria y felicidad, fin para que las creó, y se veía precisado a retirar de ellas su mirada divina como de objetos abominables a causa de su malicia y de los gravísimos pecados que cometían, y andaba el Señor como buscando alguien en quien fijar su mirada y complacido descansar en él.

[432] Veía al Amor ingratamente correspondido y gravemente ultrajado de sus queridos hijos los hombres, a quien buscaba para colmarlos de bienes, cuyos ultrajes e ingrata correspondencia sentía por los males que se acarreaban y bienes de que se privaban, porque el amor que sentía por ellos producía en Dios un ardiente anhelo de hacerles partícipes de su gloria y felicidad.

Al mismo tiempo que el Ser divino, empezó a mostrarse en forma paciente Dios Humanado por idénticos motivos.

En Dios Humanado no veía más que agonías de cora-

zón, penas y sufrimientos, lo que me producía efectos dolorosísimos.

Sentía un amor intenso hacia Dios y su Unigénito, que veía profundamente apenado a causa de la indiferencia y frialdad e ingrata correspondencia de las almas a su amor, y compadecida de su Bondad, lastimada de ver ultrajado su amor (que pusiera en las criaturas por un acto de infinita condescendencia) procuraba desagraviarle amándole por todas, con tanto más ardor cuanto menos le amaban las demás y más agraviado le veía.

Rendíale gracias por su amor y sus finezas con los hijos de los hombres, y en unión de la Virgen Sma. me ofrecía a su Majestad como objeto de complacencia para que fijase y descansase su divina mirada cuando se veía obligado a retirarla de la inmensa mayoría de las almas que viven en el mundo.

[433] Aceptaba mis ofrecimientos, amor y desagravios el Señor, pero no quedaba satisfecho [15], porque su anhelo de favorecer a las almas y que éstas le correspondiesen con su afecto, le hacía exclamar: «*¡Mis queridos hijos (los hombres) no me quieren!, mis amados, muy amados, tierna, infinita y eternamente amados, ¡no responden a mis solicitaciones!, ¡no corresponden a mi amor, a mi ansia infinita de favorecerles! Acepto tus obsequios, y me complazco en ellos, pero no basta, mi amor infinito quiere ser correspondido de todos los seres que amo, y éstos en su inmensa mayoría viven lejos de mí, no me aman ni me conocen, y en lugar de reconocimiento me infieren agravios, ¿cómo quieres que me consuele?*»

En cualesquiera de los misterios y episodios de su vida en que buscaba al Salvador, o contemplaba, le veía siempre padeciendo, angustiado el Corazón a causa de la ingrata correspondencia de los hombres. En El no veía más que amor

[15] *Satisfecho* se lee en el manuscrito. En la 1.ª edición aparece *satisfecha.*

y sufrimientos, un amor infinito hacia los hombres, una sed insaciable de su felicidad, y para esto, de salvarlos a todos, y un deseo ardiente de fidelidad y correspondencia por parte del género humano, en cuyo amor se abrasaba, y un sentimiento de dolor intenso por no hallar en los hombres la correspondencia que anhelaba.

En la celda, en el coro, en todo lugar, se mostraba a mi alma como Amante infinito de los hombres mendigando su cariño, sin efecto, soportando la ingrata correspondencia de los mismos con paciente y misericordiosa bondad, pero triste y apenado, muy apenado.

[434] En vista de lo que veía padecer al Señor, yo, atribulada, como quien está de duelo, me negué a todo placer y consuelo, si bien era como incapaz de gozar viendo padecer al Dios de la gloria en cuyo gozo y felicidad cifraba la mía. Mientras duró esta visión de Dios paciente, mi empleo principal fue amar y desagraviar a la divina Bondad, en nombre de todo el género humano, y rogar por los pecadores.

Como veía al Señor sufriendo y gravemente ofendido de la inmensa mayoría de las almas, me costaba trabajo acostarme por las noches, y no lo hiciera si no me obligase la necesidad, porque gozaba de un sentimiento íntimo de la presencia de Dios Humanado en nuestra celda, quien se hacía presente bajo forma bellísima, pero paciente.

Tomé la costumbre, cuando despertaba a media noche, abrir de par en par las puertas de mi corazón al Amor divino ultrajado, personificado en el Verbo Encarnado a quien me figuraba oír las palabras del esposo de los Cánticos: «Aperi mihi, soror mea, amica mea» [16], etc., etc., y rogábale que viniese a descansar en mi alma todas las veces que los pecadores le arrojaban de su corazón cometiendo nuevos pecados, ora de día, ora de noche, seguro de que hallaría satisfactorio recibimiento, y que mi correspondencia y amor le

[16] *Cant* 5, 2 («Abreme, hermana mía, amiga mía»).

harían olvidar los ultrajes y malos tratamientos a que le sometiera su infinito amor a los hombres y el deseo de subyugarlos.

Dos meses poco más duró esta visión de Dios paciente, en cuyo período de tiempo viví como enajenada, mejor dicho, dormida con místico sueño, y penetrada por completo de la idea del amor infinito de Dios al género humano y de la ingrata correspondencia de las almas a su Bondad, transida de pena, pero muy unida al Señor en cuyo amor ardía.

[435] En el tiempo de Adviento, y después por las pascuas de Navidad, parecíame oír repetir al Salvador con acento de tristeza: «*¡Tú, fiel amante, anhelas reproducir mi santo Advenimiento y te preparas para recibirme y celebrar los misterios de mi infinito amor al género humano, pero los hijos de Adán, mis muy amados,* NO ME QUIEREN, *son insensibles a mis intereses y a su felicidad eterna, no quieren responder a mis designios de amor en su creación y redención, y se preparan para reproducir mi Pasión y Muerte, vendré pues al mundo no a gozar, sino a padecer místicamente los desprecios, las humillaciones, penas y agonías que padecí en carne mortal*».

Así lo veía yo, y que la inmensa mayoría de las almas que viven en el mundo, con sus malos procederes e ingrata correspondencia, reproducen continuamente la santísima Pasión de Dios Humanado, cuyo corazón de fuego choca de continuo con el frío glacial que reina en el mundo, a quien nada interesa menos que la gloria de nuestro Amantísimo Dios Salvador.

El día 24 de Diciembre, visitando las santas Imágenes de la Virgen con el fin de implorar el auxilio y protección de la Señora para celebrar dignamente el nacimiento del Salvador y después seguirle paso a paso en la carrera de su vida mortal, y a la vez, ofrecer a la sagrada familia mi pobre alma para su hospicio (toda vez que los Belemitas se negaron a recibirle en sus casas), parecióme que la Virgen Sma.

me entregaba la divina Persona del Verbo Encarnado, Paciente, en la forma que tenía su Cuerpo difunto cuando bajado de la Cruz lo colocaron en los brazos de la misma Señora.

Entendí que me hacía donación de su divino Hijo para que le acompañase y consolase en sus penas, y procurase indemnizarle de los agravios que le infieren los pecadores con mi reconocimiento, amor y caricias, haciendo con él los oficios de hija, madre, hermana y esposa a imitación de la misma Virgen Santísima cuando vivió en el mundo en compañía de Jesús. Laus Deo.

CAPITULO VI

Comunicaciones divinas que tuvieron lugar desde fines de Enero hasta Junio, año de 1906

[436] A fines de Enero de 1906 Dios Nuestro Señor empezó a comunicarse a mi alma de un modo para mí desconocido.

De repente, abríase [17] a mi vista un horizonte divino, en una altura especie de cielo, o región de luz clarísima y candente, o de fuego, en cuyo horizonte aparecía Dios Humanado como un Ser infinito, y Bellísimo, Soberanísimo, de infinita Majestad y Grandeza, que entraña todos los tesoros y riquezas de la Divinidad con las tres divinas personas de la Beatísima Trinidad y el conjunto de virtudes y perfecciones creadas que constituye su sacrosanta Humanidad.

Presentábase a mi alma como Dios Amor, Dios fuego y Amante divino del género humano actuado en amar a los hombres (y a mi alma pecadora) desde la eternidad con amor infinito, tiernísimo, *paternal.*

Ver a Dios Humanado y empezar a llorar con gemidos

[17] *Abríase* dice el manuscrito; en la 1.ª ed. aparece *abrióse.*

profundos y a veces bramidos fuertes y tristes AYES, como si me matasen, era todo uno.

En el momento mismo que Dios se presentaba a mi vista sentía una pena y un gozo insoportables y una como herida en lo más profundo del alma, como si alguien me atravesase una espada y me traspasase de parte a parte [18].

[437] Mientras duraba esta comunicación me veía actuada en el amor del divino Amante que tenía a mi vista, a quien amaba con amor purísimo, acendradísimo, muy intenso, porque conocía su infinita Bondad y le miraba como otro yo, esto es, un Ser más íntimo y allegado a mí que yo misma, o que me interesaba más que mi propia alma. Me veía muy cerca de Dios en un alto grado de gracia y amistad divina y muy familiar y allegada a su divina Bondad, en un estado de alma tan satisfactorio que entendía o veía claro que si muriese en aquellos momentos mi alma se abismaría en Dios, en la gloria de su visión beatífica inmediatamente.

La causa del dolor y pena que sentía (que repito era insoportable) era la ingrata correspondencia del género humano al amor infinito y eterno de Dios N. Señor, ver que el Amor no era amado, no era correspondido de los hijos de Adán tan amados del mismo divino Señor, y no sólo no era correspondido, sino ultrajado de la inmensa mayoría de las almas.

Este sentimiento y dolor no se fijaba en el conocimiento de pecados particulares propios ni ajenos, sino en la evidencia del amor infinito de Dios a mi alma y a todo el género humano, y ver que este amor no había sido correspondido de mí ni del resto de las almas, ni lo era, y lo mismo me dolía de la falta de correspondencia de las almas desconocidas o que vivían lejos de mí, como de mis infidelidades propias, pues todos los pecados de los hombres lloraba como

[18] Como si alguien me atravesase una espada... Se trata, sin duda, del fenómeno místico de las heridas de amor. Cf. HERNÁNDEZ (Eusebio), *Guiones para un cursillo práctico de dirección espiritual*, 4.ª ed., 1960; pág. 196.

propios por ser contrarios a la Bondad divina, en cuyo amor estaba actuada, y agravios del divino Amante que nos honrara con su amor desde toda eternidad.

[438] Este sentimiento y dolor era tan intenso, que parecía que iba a morir de pena, si bien era una pena que entrañaba un gozo inefable, un deleite divino, y una como perfecta felicidad que vivificaba mi alma y saciaba mi hambre y sed de Dios, a quien poseía y estaba unida y abrazada con estrechos vínculos de amistad y caridad divina.

Cuando cesaba la comunicación divina, me sentía rendida de fuerzas, sin duda de tanto gemir y bramar; pues eran unos gemidos que salían del fondo del alma, y unos ayes tan fuertes que podían oírse en todo el convento, y tan tristes que parecía me estaban matando.

Solía quedar por varias horas penetrada por completo de la idea del divino Amante de las almas, y en su divina presencia empleada toda en amarle y en llorar la ingratitud humana, y de cuando en cuando, prorrumpía en nuevos ayes y gemidos, aunque no tan fuertes, porque no era tan intenso el amor y sentimiento de mi alma después de cortada la corriente de la divina comunicación.

Estas divinas comunicaciones fueron muy frecuentes desde fines de Enero hasta Agosto inclusive, y muchas de ellas las recibí asistiendo a los actos de Comunidad en el refectorio y coro, y alguna que otra vez en el locutorio.

[439] Al principio, después de dichas comunicaciones, parecía que quedaba el alma como llena de gracia, de caridad, de Dios; por el contrario, luego, cuando se cortaba la corriente de dicha comunicación y cesaba el divino influjo, me quedaba actuada en el amor de Dios, sí, sentía un amor intensísimo a Dios, pero un amor que entrañaba un hambre insaciable del mismo divino amor, como si no amara a Dios; una sed ardiente de su gloria, y un vacío grande en el alma, especie de desamparo o privación de Dios, a manera de un alma que teniendo capacidad para amar y poseer a Dios como veinte, no le poseyese ni amase sino como una, o como quien

habiéndose visto poseída de Dios, informada en la caridad divina amando y obrando en Dios y con Dios, se viese como suelta, y fuera de aquella unión divina y vida de fuego que informara sus actos y vida propia.

Padecía mucho en estos desamparos y privación de Dios, y en ellos procuraba consolarme pensando en la gloria y perfecciones infinitas de Dios, especialmente del Verbo Encarnado, considerando el amor de que es objeto por parte de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, de la Virgen Sma., de los Angeles y Santos, pues como sentía sed inasaciable de amor y de gloria de este divino Señor y padecía por su causa, me aliviaba mucho con esta consideración.

[440] Cuando oía hablar o leer alguna cosa referente a la gloria divina o al amor infinito de Dios al género humano, prorrumpía en gemidos y ayes como si alguien me hiriese, al modo del enfermo que chilla y se queja cuando le ponen el dedo en la llaga. Es porque me transportaba a una región de amores divinos siempre que oía hablar o leer de cosas referentes a Dios y a su Verbo Encarnado, en cuya región, unida estrechamente con este divino Señor, gozaba y penaba simultáneamente por los motivos arriba indicados. Muchas veces, con oír mencionar solamente el misterio de la Encarnación, me quedaba como suspensa unos momentos e inmediatamente empezaba a gemir como aconjogada de la vehemencia del amor que sentía por Dios Humanado, cual si este divino Señor fuese exclusivamente mío, y me hubiesen hablado del asunto que únicamente me interesa, o me hubiesen presentado el objeto de mis amores y la única aspiración de mi alma, mi vida, mi amor, mi gloria y mi todo.

En el período de vida que refiero, Dios Nuestro Señor tuvo a bien probar mi fe y obediencia.

Hacía tiempo que estaba delicada de salud, y efecto sin duda del padecimiento continuo del estómago, empecé a tener vómitos.

[441] Me levantaba de la cama bien, pero tan pronto como desayunaba empezaba a padecer intensos dolores, como si

tuviese un volcán en la boca del estómago y de él subiesen ascuas, por mejor decir, piedras encendidas a la garganta y volviesen a bajar a la misma hoguera, produciéndome intensos dolores de pecho. Hice algunos remedios para aliviarme, pero no conseguí el efecto, visto lo cual mi Director, atribuyendo a causa sobrenatural mi padecimiento, me privó del desayuno, ordenándome que no tomase nada hasta la hora de comer. Dos o tres semanas más tarde, en vista de que pasaba bien la mañana, y por la tarde, desde que comía al mediodía hasta que me acostaba por la noche, me sentía mal con vómitos continuos y dolores intensos, me privó de la comida, ordenándome que no tomase nada en todo el día hasta las siete de la tarde, hora en que cenaba la Comunidad.

Sentí que el Director me impusiese este ayuno, no tanto por el sacrificio que suponía en el estado de salud y padecimiento de estómago en que me encontraba, como por el sentimiento y disgusto de las religiosas, quienes no podían ver que ayunase, ni los días de riguroso precepto, pero me sometí a su voluntad por amor a la santa obediencia, a la penitencia y pobreza. Cuando me privó del desayuno, experimenté una especie de muerte mística, al modo de una persona que en el último momento de su agonía se ve privada de todos los bienes de la tierra que la abandonan como incapaces de acompañarla a la eternidad, y aun de aliviar sus penas y contribuir a su salud y existencia sobre la tierra.

[442] Así me pareció, y que todas las criaturas y placeres terrenales se despedían de mí como diciendo: «No somos para ti, no te podemos servir de hoy en adelante», y en vista de este desamparo, tuve mucho sentimiento de haber ofendido a mi Dios usando mal, o abusando de las criaturas, toda vez que no me podían servir en nada, y por el desordenado amor que había tenido a las mismas ofendí a mi único y sumo Bien, que sólo podía valerme en lo sucesivo.

Cuando me privó del desayuno el Director, Dios Huma-

nado empezó a favorecerme mucho en la sagrada Comunión, y después todo el día con su presencia sensible en el fondo del alma, donde se mostraba con grande majestad y se dejaba poseer hasta las cinco o seis de la tarde, hora en que se velaba, y cesaba el influjo divino que vivificaba mi espíritu, y hasta confortaba mi ser físico.

Pero este favor, aunque singular y muy estimado de mi alma, no quitó el que padeciese las consecuencias del ayuno, pues desde las diez próximamente de la mañana hasta que cenaba por la noche, padecía intensos dolores de estómago, sin que lo advirtiesen las religiosas. Todo lo sufrí en silencio, y con mucho gusto por amor a mi Dios Humanado, recordando que muchos años antes había deseado imitarle en sus ayunos y hasta le había pedido esta gracia, y que también le había ofrecido el desayuno muchas veces en cambio de la sagrada Comunión si me concedía la gracia de la Comunión diaria, y esta gracia la había obtenido unos ocho meses antes del referido ayuno.

Como vivía de la meditación de la vida, pasión y muerte de Dios Humanado, encontraba facilidad en soportar los dolores y quebrantos de fuerzas, aparte de que los consuelos del espíritu y comunicaciones divinas confortaban mi ser físico.

[443] Un día mi Director me prohibió comer hasta que él me lo ordenase, sin decirme lo que duraría este ayuno. Me sentía mal, muy mal, y persuadida de que moría, fui al coro a encomendarme a Dios N. Señor para dar con acierto el paso transcendental del tiempo a la eternidad. Estando ocupada en esto, ofreciendo mi vida al Señor por amor al mismo, pues moría víctima de la obediencia y de la santa pobreza (pues me faltaba todo, hasta el alimento necesario para conservar la vida, por haberme sometido a la obediencia del Director en absoluto), recibí un singular favor de Dios N. Señor, quien me visitó en concepto de Padre y me hizo caricias. Era el 28 de Marzo. Hubiese querido morir, pero el Señor no quiso llevarme consigo a la

eternidad. La misma tarde vino mi Director, quien me mandó comer, y continué comiendo una vez cada día por espacio de unos cuatro meses por lo menos. Laus Deo.

CAPITULO VII

SS. Ejercicios que hice en Junio de 1906; estado de mi alma después de mi santo retiro

[444] El día 21 de Junio de 1906, asistiendo al santo Sacrificio, tuve un sentimiento especial de la presencia real de N. Señor en el altar, y entendí que sería singularmente favorecida de su Majestad en los santos ejercicios que pensaba inaugurar el día siguiente para terminarlos el 2 de Julio, fiesta de la Visitación de la Virgen. Aunque me encontraba recogida, abstraída de las cosas de la tierra y favorecida de Dios, procuré prepararme lo mejor posible para mi santo retiro, al que di principio la tarde del 22, fiesta del sagrado Corazón.

Me dirigió los ejercicios mi Director espiritual, quien me hablaba una vez al día y después de la plática me indicaba la materia de las meditaciones del día siguiente.

En la plática de preparación para los santos ejercicios, que me dirigió el 22 por la tarde, mi Director me ordenó que los días primero y segundo de ejercicios meditase en el Ser de Dios.

[445] Como no me dio instrucciones para meditar en el Ser de Dios, ni me había señalado ningún punto que pudiese ayudarme o facilitarme la meditación, me retiré a la celda preocupada, pensando que perdería el tiempo los dos días primeros de mi retiro porque no sabía meditar en la Divinidad, ni el Director me había enseñado lo que debía hacer en esta meditación.

Por la noche, al tiempo de acostarme, de repente, no sé de qué manera, se me representó la última cena del Salva-

dor con sus Discípulos en el momento que Jesús dijo las siguientes palabras: «Felipe, el que me ve a mí ve también al Padre, ¿cómo, pues, tú dices: Muéstranos al Padre?, ¿no creéis que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que Yo os hablo no las hablo de mí mismo, mas el Padre que está en mí él hace las obras. Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, Yo lo haré, para que sea el Padre glorificado en el Hijo» [19].

Al propio tiempo que se me representó este episodio de la vida del Salvador, en Dios vi la realidad del misterio de la unión hipostática de la naturaleza divina y humana en la divina Persona del Verbo Encarnado, y en virtud de cierta luz o noticia que recibí, vi de un modo claro y evidente cómo Jesús vive en el Padre y en El acoge con misericordiosa benevolencia las súplicas que en su nombre dirigimos al Padre y las despacha favorablemente, y lo mucho que se interesa por nosotros en el acatamiento del mismo divino Padre y la eficacia de su oración cuando ruega por nosotros. *[446]* Cuando cesó la comunicación, entendí que Jesús, con su acostumbrada afabilidad y benevolencia, me decía que, en premio del afecto especial que sentía hacia su Humanidad Sma., y los misterios de su vida mortal (lo que me hacía sentir que el Director me hubiese ordenado meditar en la Divinidad), había querido enseñarme por sí mismo a contemplar los misterios de su infinita Divinidad y que quería que me sirviese de base para esta contemplación la noticia que me había dado del misterio de la unión hipostática de su doble naturaleza.

Quedé llena de gozo con esta instrucción y orden de mi divino Salvador, y me acosté con propósito de levantarme antes de la media noche para dar principio a la meditación de los misterios de la Divinidad desde las primeras horas del día siguiente. A media noche, después de los ejer-

[19] Cf. *Jo* 14, 9 ss.

cicios de costumbre, me puse en oración, pero no sé si se me había olvidado la lección que aprendí antes de acostarme, o que quiso Dios probar mi fe, me encontré con que no podía orar de ningún modo.

Parecíame que tenía las potencias embotadas, y una dificultad para comunicar con Dios tan grande como si nunca hubiese orado mentalmente ni tratado con su Majestad.

Sentía una sequedad, desolación y desamparo tan absoluto, que me persuadí de que jamás volvería a recobrar la gracia o el don de la oración que había perdido, ni experimentaría ninguna de las consolaciones acostumbradas.

[447] Buscando la causa de esta sequedad y desamparo inesperados, me persuadí de que no era voluntad de Dios que me dedicase a la contemplación de su Ser divino, ni era capaz de meditar en estos misterios, y empecé a sufrir de verme obligada por obediencia a hacer lo que no estaba en mi mano, y a ofender a Dios contrariando su voluntad que me quería ocupar en los misterios de su santa Humanidad, no de la Divinidad.

Así pasé el resto de la noche padeciendo, y aburrida, pensando que no sacaría fruto de los santos ejercicios por haberme mandado el Director meditar en los misterios de la Divinidad. Aburrida, se entiende sin perder la resignación. A las cuatro y media de la mañana me fui al claustro alto con intención de contemplar el cielo y prepararme para el oficio divino y la oración mental de Comunidad, que tendría lugar dentro de media hora.

Apenas puse los pies en el claustro, cuando me vi en presencia de un misterio. Vi a Dios Padre y Dios Verbo en la divinísima persona del Espíritu Santo que los unía en su infinita Personalidad, a la vez que era como el tálamo de descanso de las dos Personas primeras de la Beatísima Trinidad. Vi al Espíritu Santo bajo forma de la Belleza increada y creadora y el tesoro de todas las riquezas de la Divinidad en actitud de comunicarse a las almas y difundir en éstas sus dones, las infinitas riquezas que atesora, y esta-

blecer en ellas su morada en unión del Padre y del Verbo que entraña su divina Persona.

[448] Cuando parecía que iba a cesar esta visión o comunicación, presentóse Dios a mi alma en el atributo del Amor, no ya en una Persona, sino como Dios Uno y Trino, pero sin distinción de Personas.

Era un Dios fuego, caridad, amor, un Ser de fuego infinito que llenaba los abismos todos, fuera del cual parecía no existir nada, como si todavía no hubiese criado el mundo ni hubiera cielo.

Este Dios Fuego infinito apareció retirarse o como encogerse para hacer lugar a alguien que debiera ocupar el abismo del cual se retiraba o parecía retirarse, y el abismo del cual se retiró el Señor (u ocultó su presencia) apareció lleno de brasas de fuego, al modo de las brasas que quedan ardiendo en el lugar que ha estado ardiendo un volcán inmenso de fuego.

Entendí que el abismo poblado de brasas era el mundo con las almas que viven en él, y tuve inteligencia del misterio que contienen las palabras «Deus Caritas est, et qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo» [20], o sea, de cómo Dios es Caridad, y las almas simbolizadas en las brasas que usando bien de su libertad se actúan en el amor de Dios se refieren a su origen divino y se transforman en El para arder con Dios en perpetuas eternidades.

[449] Unos momentos después que cesó esta comunicación me fui al coro, y tuve muchos temores de perderme o de precipitarme en algún abismo si seguía adelante en el camino de estas comunicaciones, las que atribuí al mandato del Director, o sea, que por haberme mandado que meditase en el Ser divino sin tener capacidad para ello, se veía Dios como precisado a favorecerme con sus comunicaciones

[20] 1 *Jo* 4, 16 («Dios es Caridad, y el que permanece en la Caridad permanece en Dios y Dios en él»).

sobrenaturales, cosa que aborrecía mucho y temía mucho más.

En mi deseo de sustraerme a estas comunicaciones y a los precipicios que aprendí había en este camino, tuve tentación de abandonar la dirección espiritual.

Estando con esta tentación y temores, rogando a Jesús se dignase llevarme por el camino ordinario de la meditación de los misterios de su vida mortal que me satisfacía más que las visiones de la Divinidad, parecióme ver al Salvador y que me decía: «El Dios que rehúsas contemplar soy Yo, *no temas*».

Nada más ver a Jesús, disipáronse mis dudas, temores, penas y soledad que padecía. Recordé lo que había entendido la noche anterior en orden al misterio de la unión hipostática, cómo Jesús y el Padre son una misma cosa, etc., etc.

No me es posible expresar el efecto que me produjo esta noticia y visión de Dios Humanado en la ocasión que refiero.

[450] Es que me encontraba sola, solísima en una región completamente desconocida, donde creía no poder dar un paso sin precipitarme en un abismo, y en presencia del Ser Divino cuya naturaleza era para mí como extraña, y me infundía mucho temor por su infinita Grandeza y Majestad. No así en Jesucristo, en cuya divina Persona miraba a Dios como un Ser íntimo y allegado a mi alma, un Padre, un Esposo, un Amigo y Confidente de mis penas y secretos.

No sólo no me inspiraba temor, sino que me inspiraba una confianza sin límites y completa seguridad. Es por esto que, cuando se presentó a mi alma El, diciendo que era el Dios a quien quería sustraerme, experimenté el consuelo, seguridad y descanso que experimentaría uno que, viéndose en medio de una nación completamente desconocida, solo y desamparado, sin saber adónde dirigir su paso y temeroso de caer en manos del enemigo, se viese con un amigo íntimo con quien se hubiese acompañado toda la vida y de

cuyo amor y lealtad tuviese prendas seguras, el cual le asegurase que El y no otro es el Señor que manda y habita en aquella tierra donde no tiene que temer nada ni buscar nuevos amigos.

[451] Quedé libre de la tribulación que padecía, y muy consolada y tranquila, pero no recuerdo cómo me fue el resto del tiempo que dediqué a la meditación de los misterios de la Divinidad.

Por orden de mi Director, los ocho días últimos de los Ejercicios me dediqué a la contemplación de Dios Humanado y de la Virgen Sma., y los pasé llena de gozo, como quien estaba en su centro muy fervorosa y bien, pero padecí a ratos grandes desamparos, violencia y privación de Dios en el sentido que dije en el capítulo precedente, pues las comunicaciones divinas acrecentaban el hambre que sentía de Dios en lugar de saciarme.

El día 28 o 29 de Junio (no recuerdo) previas ciertas disposiciones de alma, recibí una comunicación divina.

Vi a Dios Humanado en actitud de bajar del cielo a la tierra y que se estaba como vistiendo o adornando con un vestido que le hiciese accesible y agraciado a los hijos de Adán, en cuyo amor ardía.

Descendió del cielo, y tan pronto como fijó sus plantas en la tierra, empezó a correr en pos de las almas pretendiendo subyugar a todos los hijos de Adán con su infinita afabilidad, bondad, ternura, paciencia y humildad.

Presentaba la edad de 30 a 33 años, y su aspecto era bellísimo.

[452] Viéndole correr con tanta impetuosidad en seguimiento de los hombres, repitiendo: «Fuego he venido a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que se encienda?» [21], quise como buscar la causa de aquella impetuosidad y ansia infinita de Jesús por conquistar almas, y hallé que la causa no era otra que el infinito volcán de fuego que cinco o seis

[21] *Lc* 12, 49.

días antes viera en el claustro alto como emblema de Dios Caridad, cuyo infinito volcán vi arder en el pecho de Dios Humanado abrasado en amor del género humano.

Apareció recorrer todo el mundo, y cuando creí que le vería subir nuevamente al cielo, se ocultó a mi mirada y al propio tiempo me llamó del fondo del Sagrario (estaba en el coro bajo), donde le vi animado de los sentimientos de amor y celo de la salvación de las almas que le viera antes, apenado porque los hombres no responden a sus designios de amor y viven como si no se hubiera hecho hombre por nosotros y realizado tantos prodigios para atestiguarnos su amor. Padecí mucho en vista del infinito amor de Jesús hacia el género humano y la ingrata correspondencia de los hombres a su amor, y estando acongojada con esta pena entendí que el Señor me mandaba que procurase atraer a su conocimiento y amor sus queridos hijos los hombres que, engañados, corren en pos de satanás, que los lleva al infierno con el cebo de los placeres terrenales, riquezas, honores, etc., etc.

[453] Hacia el final de mi santo retiro, padecí dos tentaciones. La primera consistió en la firme convicción de que estaba en pecado mortal por haber abandonado algún tanto el trato y comunicación directa con la Virgen (que antes era continuo) para atender a Jesús.

Duró poco esta tentación, porque recurriendo a la Virgen Santísima la encontré propicia a favorecerme, y en el agrado y complacencia de la Señora aprendí que no estaba en mal estado como me había persuadido, sino, al contrario, que Dios y la Virgen estaban contentos conmigo.

La otra tentación consistió en la presencia de cierto espíritu invisible que repetidas veces me indicó y aseguró que iba camino errado, que era un alma ilusa, hipócrita, embustera, que tenía engañados al Director, a las religiosas y a todo Valladolid, que me tenía en buena opinión, siendo la criatura más perversa, y que ya no había perdón ni remedio para mí.

[454] Esto último me lastimó mucho, y como había recibido singulares muestras de amor de Dios Humanado las horas que precedieron a la tentación, me querellé de su Majestad porque había permitido que cayera en el abismo de la hipocresía que había temido tanto toda mi vida religiosa y de que no remediase mi yerro, ya que tuve la desgracia de extraviarme.

Soy una criatura (dije al Salvador), y aunque es cierto que os amo con todo mi corazón, el amor que os profeso no puede ser infinito como el que Vos me profesáis; con todo, si os viese en la triste situación que me encuentro y tuviese poder para libraros, me faltaría tiempo para hacerlo, pues ¿cómo es que Vos no me libráis pudiendo hacerlo, y amándome infinitamente más que os amo?, ¿cómo os interesa tan poco mi alma que permitís que me condene y viva separada de Vos eternamente?

«Es una tentación (entendí que me decía el Salvador), estate tranquila y no le hagas caso».

[455] El espíritu invisible insistió en que era verdad lo que me decía, y que a quien no debía hacer caso era a aquel que yo tenía por Jesús, siendo un fantasma. Propuse ir al coro y consultar el asunto con Jesús Sacramentado, y el tentador me dijo que aquel que se hacía presente a mi alma en la Eucaristía tampoco era el Dios verdad.

En vista de esto me resolví a manifestar al Director la tentación con todas sus circunstancias, y en el momento que tomé esta resolución desapareció el tentador, y quedé completamente tranquila.

Terminados los santos ejercicios, quedó mi alma en un estado parecido al que tenía antes de entrar en ellos, o sea, como metida en un mundo de amores divinos, muy favorecida de Dios Humanado, que continuaba apareciendo a mi alma como Dios Caridad, abrasado en amor de los hombres.

Gozaba mucho, pero también padecía grandes penas en

vista de la ingrata correspondencia de las almas a las finezas del Salvador, y a consecuencia del desamparo, hambre de amor divino y privación de Dios que experimentaba el tiempo que vivía sin estos favores extraordinarios.

[456] Un día del mes de Julio, estando ocupada en agradecer a Dios Padre el beneficio de la Encarnación y rogarle que trajese a los hombres al conocimiento y amor de su Unigénito Humanado, y que extendiese su reinado de amor, etc., etc., oí tocar a Maitines y fui al coro.

Rezábamos el oficio de la Dedicación de la Iglesia, y cuando semitonó el coro el invitatorio que dice: «Domum Dei decet sanctitudo, Sponsum ejus Christum adoremus in ea» [22], parecióme ver a Jesús que, saliendo del fondo del Sagrario venía hacia mí con grande majestad y belleza, y cuando se hubo acercado al lugar donde estaba servidora, pareció sentarse o colocarse en la silla inmediata a mi derecha (que estaba libre) y allí permaneció todo el tiempo que duró el oficio de Maitines y Laudes, produciendo con su presencia y bondad efectos maravillosos en mi pobre alma, que se deshacía en su obsequio, alabanza y veneración.

Verdad es que cuando tocaron a Maitines estaba mi alma en trato y comunicación íntima con Dios Padre a presencia de su Unigénito Humanado y de la Virgen que se hacían presente [23] en una región celeste.

En el período de vida que refiero, continuaba los ejercicios de la Pasión que varias veces he indicado, sobre todo los tres días últimos de la semana.

[457] Una de mis ocupaciones principales consistía en presentar en el acatamiento del Padre los sentimientos, aspiraciones y súplicas que le dirigió Jesús a favor del género humano en su vida mortal y que continuaba diri-

[22] «A la casa de Dios conviene la santidad, adoremos en ella a su Esposo Cristo».

[23] ... *que se hacían presente,* se lee en el original; *que se hacían presentes,* dice la 1.ª edición.

giéndole en su vida gloriosa con sus méritos, trabajos y padecimientos, y las cinco llagas que recibió por nuestro amor y conserva su cuerpo glorioso con su augusto nombre de Jesús y cualidad de Salvador, por todo lo cual le pedía el remedio de todas las necesidades del mundo y del purgatorio, especialmente la propagación de la santa Fe, y el remedio de las necesidades de mi santa M. Iglesia y la salvación de los Cristianos, y todo en unión de la Virgen Sma. y del mismo Salvador y Mediador entre Dios y los hombres. Laus Deo.

CAPITULO VIII

Cómo empecé a escribir

[458] A fines de Julio o principio de Agosto de 1906 mi Director tuvo que hacer una larga ausencia, y antes de salir de Valladolid, con precepto formal de obediencia me mandó que empezase a escribir lo que había entendido en orden al amor infinito y eterno de Dios a los hombres en la visión que tuve en el mes de Septiembre de 1905 y consigné en el capítulo IV. De lo que entendí en la visión de referencia no conservaba más que una idea vaga o noticia general y confusa, por lo que no sabía cómo ni qué tenía que escribir.

Por esta razón, y porque había pedido al Señor que me diese tiempo para santificarme antes de comenzar a escribir, y estaba persuadida de que no estaba todavía en disposición de glorificarle con la virtud y santidad de mi alma más que con el trabajo escriturario, el mandato del Director me lastimó mucho y empecé a padecer extraordinariamente en materia de dudas, temores y tentaciones contra la dirección espiritual, pensando que mi Director quería precipitar los acontecimientos porque no era voluntad de Dios que por entonces comenzase a escribir, etc., etc.

[459] En la primera quincena de Agosto, un Padre de la

Compañía, R. P. Manuel M.ª Esmitt [24], dirigió los santos ejercicios a la Comunidad.

Viéndome turbada y en continua lucha contra el mandato de escribir, me franqueé con el citado Padre de la Compañía, resuelta a hacer lo que me aconsejase respecto del precepto impuesto por mi Director.

El Padre, después de haberme tratado diariamente por espacio de diez días, al terminar los santos ejercicios me aconsejó que hiciese lo que me había mandado mi Director, comenzando a escribir, aunque supiese que escribiría borrones nada más.

Así lo hice, y cuando empecé a escribir se me quitaron los temores, y desapareció la tentación y continué escribiendo por espacio de unos quince días que tardó en venir mi Director.

[460] El 13 de Agosto, practicando el ejercicio del viacrucis, cuando visité la estación XIII, fui favorecida con una comunicación de la Sma. Virgen, quien me dictó la fórmula del preámbulo o introducción del trabajo escriturario que se me imponía. El 14, antes de la aurora, mientras contemplaba el firmamento y practicaba mis ejercicios de piedad, se me apareció la Sma. Virgen en la región del aire. Venía de la parte del austro, descendiendo gradualmente como si bajase del cielo, por la parte que mira al mediodía, con una majestad y soberanía seductoras. No la había visto nunca tan grande y soberana. Detúvose en el espacio que separa nuestro convento de la torre de S. Miguel, y desde allí, como Reina soberana, sentada en su trono de nubes sostenido por seres invisibles, cuya presencia sentí, fijó en mí su amorosa y maternal mirada, y respondiendo a la pena que me afligía, esto es, que el trabajo escriturario para el cual era requerida, no perteneciera a la

[24] Esmitt: así se lee en el manuscrito. En la 1.ª edición, en nota, dice: Ymitk, 1922. El P. José Ramón Eguillor, archivero de Loyola, nos comunica: El P. Manuel M.ª Smith nació en Bilbao el año 1849 y murió en Loyola en 1922.

Señora, siendo yo su esclava, un alma toda, toda de la Virgen, me reveló el secreto de las relaciones que establece la D. Maternidad entre el Hijo y la Madre, su identificación con Jesús, y me dijo que no tuviese pena, porque el trabajo escriturario que se me imponía le pertenece enteramente merced a dichas relaciones, y que lo aceptaba como cosa consagrada a su honor. Díjome además que, después que escribiera lo que se me ordenaba referente a la naturaleza divina de Jesús, antes de describir la historia de la Encarnación, sería requerida para otro trabajo escriturario completamente mariano, el cual respondería a los sentimientos de glorificación mariana que abrigaba mi corazón en la ocasión que refiero, pero a pesar de responder a mis anhelos, que me costaría la misma o mayor violencia que describir la historia de Jesús [25].

[461] Lo que escribí se refería al infinito ser de Dios y sus divinos atributos y venía a ser como el preámbulo de la vida divina y eterna del Verbo Encarnado, que había visto en la visión de referencia en el conjunto de los misterios de amor que me fueron revelados por medio de una noticia general y confusa. Mientras escribía, recibí varias luces y conocimiento de los atributos divinos y del infinito amor de Dios al género humano, y de su celo por la salvación y santificación de las almas, y conocí el deseo que tiene de que las almas vaquen a la oración y trato con el mismo Dios y se dediquen al ejercicio de su divina presencia por ser éste el medio más eficaz para santificarlas y llevar a cabo sus designios de amor en ellas.

Y sobre esto, tuve inteligencia de las siguientes palabras de la Escritura: «Escuchadme con atención, y alimentaos del buen manjar, y vuestra alma se recreará en lo más sustancioso. Prestad oídos y venid a mí, escuchad, y vuestra

[25] El trozo o sección comprendida desde «El 13 de Agosto» hasta «describir la historia de Jesús», en el manuscrito viene en un papel adicional y fue ya incorporado en la 1.ª edición, donde, sin embargo, se lee *escribir* en lugar de describir.

alma hallará vida, y asentaré con vosotros alianza sempiterna en cumplimiento de las misericordias prometidas a David» [26].

[462] Lo que entendí es esto, que Dios N. Señor ansía con ardor que las almas, hechura de su mano, que sostiene con su omnipotencia, sabiduría y bondad para que no se precipiten en la nada de donde las sacó, «le escuchen con atención», pues continuamente les habla al corazón, de día y de noche, en casa y fuera de ella, en todo tiempo y lugar, y les revela su voluntad y sus designios de amor en ellas para que, respondiendo al alto fin de la gloria divina y su propia felicidad para que fueron llamadas a la existencia y las conserva, «se alimenten del buen manjar» asimilándose los sentimientos, aspiraciones y virtudes, perfecciones y cualidades divinas del mismo Dios, y «se recreen en lo más sustancioso» haciendo propia la gloria y felicidad del Creador por el afecto de complacencia con que se gozan en ella y en virtud de su identificación con el mismo Dios.

[463] «Prestad oídos y venid a mí», esto es, que dejen a un lado los pasatiempos y negocios terrenos, toda ocupación inútil y conversaciones no necesarias, y se dediquen al ejercicio de la divina presencia, puesto que Dios asiste presente a las almas cualesquiera que sean en todo tiempo y lugar, que respondan a este deseo y vayan a El por la oración, la Fe, la confianza y el amor, y escuchen lo que su divina Bondad les insinúa ora directamente en el secreto de su corazón, ora por medio de sus Ministros, y libros espirituales, y que su alma muerta por el pecado hallará la vida de la gracia, y asentará con ellos (los pecadores) alianza sempiterna en cumplimiento de las misericordias prometidas a David, elevándolas a su divina unión y concediéndolas la gracia de la perseverancia final.

Entendí que Dios N. Señor me mandaba que procurase traer muchas almas a su conocimiento y amor por medio del

[26] *Is* 55, 2-3.

ejercicio de su divina presencia enseñándoles a mirarle presente en todo tiempo y lugar no como si fuese un ser inanimado, sino como Dios vivo que las penetra con su mirada divina y las habla continuamente y espera su respuesta, que respondan a sus finezas, a su beso de amor constante, con su reconocimiento y amor y filiales homenajes.

Una noche, pasando por una capillita situada en el dormitorio, tuve una comunicación divina, en la cual pareció-me ver la gloria de Dios N. Señor.

[464] Vi o entendí (no lo sé) cómo Dios N. Señor es la gloria esencial, la felicidad y bienaventuranza por naturaleza, en quien todo es gozo, riqueza, beatitud, descanso, gloria y felicidad, pero lo que me maravilló y llamó la atención fue ver que un Dios anegado en un océano infinito de gloria, que no debiera acordarse siquiera de nosotros, miserables hijos de Adán, se ocupaba de todos los mortales, y de su misma riqueza y opulencia infinita tomaba ocasión para compadecerse de los miserables que no tenemos nada propio sino el pecado, y de su misma pureza, santidad y bondad infinita para usar de misericordia con los pobrecitos pecadores y procurar nuestro remedio y felicidad.

Conocí tanto la infinita Bondad de Dios y el deseo que tiene de perdonar y salvar a los pecadores, y hacernos a todos participantes de su gloria y felicidad infinita, que quedé como estupefacta por espacio de muchos días, en cuyo período de tiempo no cesaba de repetir ¡qué bueno sois, Dios mío!, ¡cuánto os amo, soberana Bondad! y ¡cuán diferente sois de los potentados de la tierra, que buscan su propio interés, no el de sus vasallos! Cuanto sois bueno en Vos y para Vos, lo sois para vuestras criaturas, ¡qué bueno sois, Dios mío!, ¡cómo me subyuga y embelesa vuestra Bondad!

CAPITULO IX

Indica la marcha de mi alma desde Septiembre de 1906 hasta Marzo de 1907

[465] En el mes de Septiembre de 1906 cesaron las apariciones de Dios N. Señor en el atributo de la Caridad que mencioné en los capítulos antecedentes y los efectos que me producían las mismas, y dejé de padecer el desamparo o privación de Dios que experimentaba después de las comunicaciones de referencia.

Pero continué en período de consolación, y gozaba mucho en mi trato con Dios Uno y Trino, presente en todo lugar como se deduce por la visión de la gloria de Dios que referí en el capítulo precedente, que tuvo lugar en el estado de alma que refiero.

Gozaba también mucho, y recibía especiales regalos en el ejercicio que practicaba en agradecimiento del beneficio de la Encarnación, en la contemplación de las divinas perfecciones, en la meditación de los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro divino Salvador y en mis relaciones con Jesús Sacramentado y con la Sma. Virgen, que fueron los empleos principales desde Septiembre hasta Diciembre del año 1906.

[466] A principios de Octubre, contraje una enfermedad de carácter grave.

Me sorprendió, porque dos días antes había recibido una comunicación divina muy regalada, y en ella había entendido que la Virgen Sma. me concedía la gracia de una notable mejoría en la salud, por mejor decir, me dijo que me pondría mejor de salud; hacía mucho tiempo que estaba enferma, aunque soportaba en pie la enfermedad. Viéndome enferma, postrada en cama, y a las puertas de la muerte, empecé a dudar de la bondad de la comunicación divina que había recibido en vísperas de postrarme en cama, pero Dios Uno y Trino, haciéndose presente a mi alma en com-

pañía de la Virgen en una altura sublime, especie de cielo, ratificaron lo que me habían insinuado en la comunicación de referencia.

En esta enfermedad padecí mucho físicamente, pero fui muy favorecida de Dios N. Señor y de nuestra Madre Purísima con frecuentes visitas, o apariciones, no sé cómo lo llame, quienes me aseguraron, contra el criterio del Médico, Director y Religiosas, que no moriría de aquella enfermedad.

[467] No podía dudar de la verdad del oráculo del cielo, porque yo estaba identificada con la voluntad de mi Dios y de mi Purísima Madre y dispuesta a salir del tiempo y abismarme en la eternidad, donde esperaba gozar de los estrechos abrazos de mis soberanos Amores que tan propicios se mostraban a favorecerme. Con todo, obedeciendo a mi Director, y siguiendo el consejo del Médico y Religiosas, me dispuse para morir, y cuando recibí el santo Viático, me dormí, tuve una visión del Niño Dios, mientras dormía, y enamorada de la infinita belleza del divino Infante, desperté cantando sus alabanzas, anhelando porque llegasen las pascuas de la Natividad y preparándome para celebrar con mayor entusiasmo que nunca el advenimiento del divino Señor.

Empecé a mejorar con rapidez asombrosa, y al tercero o cuarto día me levanté y empecé a ir al coro con pasmo de todos los que me vieron cadavérica.

Continuó adelante la mejoría, y también mi entusiasmo por el Niño Dios, cuyo advenimiento esperaba celebrar con los entusiasmos propios de un alma amante y divinamente apasionada y que quería resarcirme en cierto modo de las penas que padeciera el año anterior en las pascuas de Navidad con motivo de la visión de Dios paciente. Antes de restablecerme contraje una nueva enfermedad, no tan grave como la primera, pero bastante penosa.

[468] Obedeció al ofrecimiento que hice a padecer por

una religiosa que padecía la misma enfermedad, la que quedó libre tan pronto como enfermó servidora [27].

En esta enfermedad padecí mucho, no sólo físicamente, si que también en el espíritu, pues me olvidé del ofrecimiento que hice a padecer por la religiosa de referencia, y como estaba próximo el novenario de nuestra Inmaculada Madre, me persuadí de que la enfermedad que padecía era un castigo de la Virgen Sma., que quería privarme del gusto de cantar sus alabanzas y asistir a los cultos del novenario por haberme entibiado en sus amores, o sea, por haberla abandonado algún tanto para atender a Jesús por consejo del diablo, no de la Señora, como yo lo creí cuando me entregué por completo al trato con Jesús el año 1905.

Esta sugestión diabólica (que creí un aviso del cielo) me metió en una terrible tribulación, en la que padecí horrores por espacio de seis u ocho días, en cuyo período de tiempo todo lo veía negro, parecíame que estaba en pecado mortal, y que empezaba a experimentar la realidad de lo que me había indicado el espíritu maligno en la lucha que sostuve con él al final de los santos ejercicios cuando me aseguró que era una hipócrita, embustera, que ya no había remedio para mí, etc., etc. Mi Director estaba ocupado, y por esto, y porque me había persuadido de que le tenía engañado con mis ilusiones y embustes, no quise llamarle, y padecí sola la terrible tribulación, de la que salí en el momento que recibí la absolución que me dio el Confesor ordinario que entró en la clausura para confesarme después que terminó de confesar a la Comunidad, y con esto vi claramente que la tribulación me había procurado el diablo, que quiso aprovechar la ocasión de verme sola y enferma para

[27] Ofrecimiento que hice a padecer por una religiosa, etc. Parece referirse a Sor Natividad de la Puebla, que ingresó en 1904 y sucedió a M. Sorazu en el cargo de cantora. Padecía erisipela. La sierva de Dios se ofreció a padecer por ella esta enfermedad y efectivamente M. Angeles la contrajo, curando aquélla. La misma Sor Natividad cuenta el episodio en el testimonio que escribió sobre la sierva de Dios.

atribularme e inducirme a la desesperación, como lo hizo.

Libre de la tribulación, volví a mi estado de paz y consolación, y cuando mejoré de salud empecé a levantarme y asistir a los actos de Comunidad.

[469] Estando todavía en convalecencia, llegaron las pascuas de Navidad, para cuya solemnidad me había preparado con tanto entusiasmo por espacio de dos meses.

El día 23 de Diciembre, estando con la Comunidad en el coro, rezando el oficio de la vigilia de la Natividad del Señor, recibí una comunicación, en la cual se me dio inteligencia del inefable misterio de la eterna generación del Verbo para que lo redactase a continuación de lo que había escrito sobre el Ser divino y sus divinos atributos.

Hacía tiempo que mi Director me había mandado que continuase escribiendo, pero no había podido hacerlo por la sencilla razón de que no sabía lo que debía escribir, aunque comprendía que el asunto que tenía que tratar a continuación se refería al Verbo eterno por la idea o noticia confusa que conservaba de lo que había entendido el año 1905.

En la ocasión que refiero, viéndome en posesión de la luz que necesitaba para continuar mi trabajo escriturario, propuse tomar nota de lo que había entendido, pero no pude realizarlo por encontrarme bastante mal de salud y con necesidad de acostarme.

[470] Cuando cesó la comunicación, me quedé con una noticia algo confusa y general de lo que había entendido, pero con efectos maravillosos en mi alma.

Entré en nueva fase de vida de relaciones más íntimas con Dios, y con su Verbo Encarnado.

Reprodujéronse las comunicaciones de Dios Humanado en el atributo del Amor, y con ellas los efectos dolorosos y gozosos que consigné en los capítulos antecedentes, y en este estado de alma continué viviendo hasta Marzo del siguiente año 1907. Padecí mucho en materia de desamparos y privación de Dios, pero también gocé mucho.

No podía vivir sino de la gloria divina, por lo que era necesario que Dios N. Señor se mostrase a mi alma anegado en su inefable gloria, y alabado y glorificado de los Angeles y Santos, y de todas las criaturas, y que éstas me hablasen de Dios y de sus divinas perfecciones, pues de lo contrario me moría de pena.

Sentía una sed insaciable de gloria divina, y un hambre grande de Dios y de su divino amor como si no le amase ni poseyese, siendo así que vivía más en Dios que en mí, y que padecía lo indecible a causa del amor que sentía por El. Laus Deo.

CAPITULO X

Indica la marcha de mi alma desde Marzo hasta Julio del año 1907

[407] Los dos primeros meses del año 1907 estuve muy delicada de salud.

A mediados de Marzo, sintiéndome con notable mejoría, y impulsada por una fuerza interior a reanudar el trabajo escriturario, me puse a escribir lo que había entendido del misterio de la eterna generación del Verbo el 23 de Diciembre, y mientras escribía esto, recibí nuevas luces y noticias en orden a la vida divina del Hijo Unigénito de Dios en el seno del Padre, a los divinos decretos y el reinado eterno de Jesucristo, todo lo cual anoté en el escrito de referencia en el breve espacio de nueve días.

No es posible expresar los efectos que produjo en mi alma la noticia que recibí en orden a la vida divina del Verbo en el seno del Padre y lo que gocé viéndole amado y honrado infinitamente, como se merece, de Dios Padre y Dios Espíritu Santo.

Cuando terminaba de relatar los misterios de la vida divina del Verbo en el seno del Padre llegó el Domingo de Ramos, y tuve que hacerme mucha violencia para salir de las ideas divinas que me dominaban y pensar en los pade-

cimientos del mismo divino Verbo Encarnado, lo que hice por conformarme con el espíritu y sentimientos de mi santa M. Iglesia.

[472] Como había visto al Hijo Unigénito de Dios anegado en su inefable gloria, rebosando beatitud y felicidad, infinitamente amado y honrado en el seno de la Divinidad, y había conocido su infinita bondad y excelencia (en el grado posible) y el lugar que ocupa en la estimación divina de Dios Padre y Dios Espíritu Santo ab aeterno, y en el amor y veneración de los santos Angeles en el tiempo, me encontraba en una disposición de ánimo que no podía mirar sin sufrir los homenajes de mayor respeto y amor que los hijos de Adán pueden en su pobreza tributar al Verbo Encarnado, porque comparados estos homenajes con el amor y estimación de que es objeto por parte de Dios Padre y Dios Espíritu Santo, y con los obsequios que le tributan los Angeles desde su creación, parecíanme muy pobres y despreciables.

Estando en esta disposición, enamorada del Verbo Encarnado hasta la pasión divina, abrasada en el celo de su gloria, cuando me fijé en los misterios de la Pasión del mismo divino Señor, y vi los indignos tratamientos y oprobios que recibió de los hombres en la tierra, me hizo una impresión tan dolorosa, que me abismé en un mar de penas y quedé como incapacitada para todo lo que fuese gozar mientras no anulase todo lo que había padecido Jesucristo en su vida mortal, resarciendo el detrimento causado a su infinita Bondad y Soberanía con ventajas de gloria y felicidad.

[473] Me identifiqué por completo con Dios Humanado Paciente, y no quería sino sufrir y padecer todo lo que padeció en su vida mortal para de este modo hacer (el imposible de) que no hubiera padecido nada en su vida mortal, sino que hubiese sido amado y estimado de los hombres en la tierra cuanto lo era en el seno de la Divinidad desde toda eternidad y lo había sido en el cielo desde la creación de los santos Angeles.

Sentía un hambre y sed de la gloria y felicidad del Verbo Encarnado, tan insaciable, que no me satisfacía lo que entendía de la gloria y felicidad infinita que goza, ni los obsequios que le tributan los Angeles y Bienaventurados en unión de su Madre Sma., ni la gloria y complacencias infinitas que le procura Dios Padre, deseaba más, mucha mayor gloria, infinidad de infinitas bienaventuranzas para el Verbo Encarnado para de este modo resarcir el detrimento causado a su gloria con los trabajos y afrentas de su dolorosa pasión, y con esta sed insaciable me deshacía en su obsequio, y en procurarle toda la gloria y felicidades posibles interesando en su favor a Dios Padre y Dios Espíritu Santo, a la Virgen, Angeles y Santos.

Llegó el Domingo de resurrección, pero no pude salir de la meditación de los sufrimientos del Salvador en que yacía abismada y continué identificada con El en su vida paciente como tres semanas.

Mi Director, enterado de mi quebranto de fuerzas y salud, atribuyéndolo a mi asidua meditación de la pasión del Salvador, con mandato formal de obediencia me prohibió que volviera a pensar en los sufrimientos del Señor y me ordenó que meditase en los misterios de su vida gloriosa y de su Divinidad.

[474] Esta prohibición del Director fue como el suplicio de mi alma identificada por completo con Dios Humanado Paciente, pues me era más fácil prescindir de mi propia vida que perder de vista los sufrimientos del Salvador a cuya Humanidad pasible y mortal y vida paciente estaba unida con vínculos de amor indisolubles. Salí de la presencia de mi Director transida de pena, en un estado de alma violentísimo, como si me hubiese arrebatado o robado el centro de mi amor y todo mi tesoro.

Jamás hasta entonces había sufrido semejante dolor ni violencia tan grande. Dejar de amar a Dios Humanado Paciente: imposible de toda imposibilidad, porque tenía empleado en El todo mi amor, y vivía de su vida de sufrimien-

to y verme obligada a perder de vista este objeto único de mi amor y a contrariar mi inclinación que me llevaba toda a El y me impulsaba a prestarle todos los obsequios y servicios que me inspiraba el ansia infinita de glorificarle, era para mi alma mil veces más duro que el mismo infierno, cuyas penas hubiese preferido al dolor de verme obligada a perder de vista los sufrimientos del Salvador.

Como ocho días, anduve de aquí para allá vagueando por la huerta y claustros como viuda desolada sin poder sosegar en ninguna parte, buscando el Bien infinito que la obediencia arrebatara de mis brazos sin conseguir separarme de los suyos divinos. Mi alma estaba en Dios Humanado Paciente, cuya vida vivía, y no poder prodigarle mis cuidados y caricias, abrazarle ni pensar en El por habérmelo prohibido el Director, era un suplicio terrible, en alto grado doloroso, y no cesaba de rogar a Dios Padre y Dios Espíritu Santo, a la Virgen Sma., Angeles y Santos que cambiasen el corazón de mi Padre espiritual para que me permitiese emplearme como antes en el amor y servicio del objeto amado, especialmente insistía en demanda de este favor con los Santos y Santas que más se distinguieron en el amor de Dios Humanado, a los que exponía mi triste situación diciendo: «Mirad si hay dolor semejante al mío» [28].

[475] Procuraba interesar a toda la corte celestial en la gloria de Jesucristo para que procurasen en mi nombre indemnizarle de los agravios que recibió en su vida mortal del género humano y compensarle lo que hizo y padeció por nuestro amor con infinitas ventajas de gloria y felicidad.

Un día, estando en el claustro bajo, ocupada en prodigar al Verbo Humanado todas las caricias que Dios Padre y Dios Espíritu Santo le prodigan en el cielo dentro y fuera de la Divinidad en unión de estas dos Personas divinas con cuya Bondad, Omnipotencia y Sabiduría había procurado identificarme al efecto, parecióme ver el cielo abierto, y en

[28] *Lam* 1, 12.

él a mi divino Salvador anegado en un océano infinito de gloria y felicidad resarcido ventajosamente de los agravios que padeció en su vida mortal.

Mucho gocé con esto, pero una cruz de oro que apareció a la derecha del mismo divino Señor reprodujo en mi alma la sed insaciable de gloria del mismo Verbo Encarnado, por lo que procuré nuevamente interesar en su favor a Dios Padre y Dios Espíritu Santo, a la Virgen Sma. y a toda la corte celestial, e impulsada de la vehemencia del amor que sentía por la santa Humanidad paciente (cuyo amor se acrecentó con la vista de la Cruz) propuse vivir toda mi vida identificada con los sufrimientos del Salvador, acompañándole paso a paso en la carrera de su vida mortal, padeciendo en su lugar, para de este modo hacerle olvidar sus padecimientos, por mejor decir, anularlos, haciendo que no hubiese padecido ni la más leve injuria, sino que en su vida mortal hubiese gozado la gloria y felicidad y los honores debidos a su infinita Bondad y Soberanía, venciendo este imposible en virtud de la Omnipotencia del Padre, que procuraba apropiarme.

[476] Para realizar mi deseo, escribí a mi Director pidiendo permiso para meditar en la vida paciente de Dios Humanado y para conseguirlo, le comuniqué los sufrimientos que me había ocasionado su prohibición y la violencia que padecía. El Director contestó a mi carta verbalmente y en sentido negativo.

Y no sólo esto, sino que hizo grande desprecio de la Santa Humanidad del Salvador diciendo que era un vestido viejo, del cual Jesús se había despojado y que debería perderle de vista porque era más perfecto pensar en su vida gloriosa y en los misterios de la Divinidad, etc., etc. Si no conociera a fondo la manera de pensar de mi Director y su amor a Jesús hubiera creído que era un hereje, viéndole hablar de la Humanidad paciente del Salvador con tanto desprecio, lo que hizo por quitarme el afecto que sentía por El, creyendo que me perjudicaba a la salud.

Pero cuanto más despreciado veía a Dios Humanado en su vida paciente, mayor amor y entusiasmo sentía por él, pues fuera de Jesús paciente y crucificado no amaba ni estimaba nada absolutamente, ni su misma Divinidad infinita sin la santa Humanidad [29].

[477] Salí de la presencia de mi Director afligida, pero conforme, aunque con la condición de prodigar a Jesús todas las caricias y besos que me inspirase mi afecto en una santa imagen del mismo divino Señor que me regaló mi Director con orden de que lo llevase conmigo. «Esto sí que parece un contraste (decía para mí), me prohíbe pensar en Jesús, y me regala la imagen de este divino Señor y Amor de mi alma para que lo lleve siempre conmigo. Puedo, pues, tranquilamente continuar amándole con todo mi corazón y vivir sólo para El».

Una vez más insistí con mi Director para que me permitiese meditar en los padecimientos del Salvador, pero viendo que se negaba rotundamente y me mandaba meditar en los misterios de la Divinidad, propuse obedecer en cuanto era de mi parte. Sucedió esto la Dominica cuarta o quinta después de pascua de resurrección, dentro del novenario de Santa Catalina de Sena, a quien singularmente confié mis penas y anhelos por Jesús en esta tribulación.

[478] Cuando me retiré del Director y entré en el coro, aprendí a Dios Uno y Trino presente, quien me recibió con inefable agrado y me requirió para unión más íntima con su Trina Unidad y un trato más familiar con las tres divinas Personas.

Díjome el Señor que me apropiara los textos del «Cantar

[29] Desde «Y no sólo esto...» hasta «sin la santa Humanidad», pasaje omitido en la 1.ª edición. Nótese la firmeza y aplomo con que la sierva de Dios sostiene en él —y en el texto citado en la nota siguiente— la mediación única e irreemplazable de la Humanidad de Cristo en el plano de nuestras relaciones con Dios; incluso llega a decir que hubiera creído que el Director era un hereje, etc. El pasaje nos recuerda el famoso capítulo XXII de la *Vida de Santa Teresa,* con el que coincide plenamente.

de los Cantares» que se refieren a la esposa y los que al esposo se refieren los recogiera de sus divinos labios, pues El, Dios Uno y Trino, era mi Esposo y lo sería en grado más alto y divino si respondía a su llamamiento.

Al ver a las tres divinas Personas como a porfía solicitar mi amor, mejor dicho, mi correspondencia al infinito amor que cada una me mostraba, y que Dios Padre me mandaba que en mis relaciones con la Trinidad me dirigiese a El primero, temí si dejaría de pertenecer enteramente a Jesús si respondiendo al divino llamamiento repartía mi amor entre las tres divinas Personas, y que Dios Padre reemplazase al Verbo Encarnado en el ejercicio de su providencia paternal u oficios de Padre que hacía con mi alma, y el Espíritu Santo le sustituyese en calidad de Esposo.

[479] Con este temor y la necesidad de resignarme en el divino beneplácito, sostuve una amorosa y divina lucha por espacio de dos horas, en cuyo período realicé infinidad de actos de reconocimiento, amor, entrega, etc., en obsequio de las divinas Personas, singularmente del Verbo Encarnado que retenía fuertemente en mis brazos, rogando a la primera y tercera Persona de la Trinidad que nos dejasen continuar las relaciones divinas establecidas entre los dos hacía muchos años y no le reemplazasen, que por amor a Jesús no los amaría menos a Ellos.

Imposible describir la actividad que mi alma desplegó en obsequio de su Dios Humanado a quien honraba con los títulos de Padre, de Esposo, mi Amor y mi todo mientras lo retenía contra la fuerza divina y amorosa del Padre y del Espíritu que me requerían para que me abismase en su Divinidad Una y Trina [30].

Al fin tuve que resignarme en el divino beneplácito y

[30] Desde «Al ver a las tres divinas Personas...» hasta «que me abismase en su Divinidad Una y Trina», sección omitida en la 1.ª edición.

me entregué a las divinas Personas y me abismé en su seno en unión de la Virgen Sma.

[480] ¡Quién lo dijera! Pocos días después de esta entrega, cuando según los designios divinos manifestados en la visión de referencia parecía que Dios multiplicaría las manifestaciones de su amor a mi alma, retiró de mí la gracia sensible, me soltó de su íntimo abrazo y me dejó sola, como se dirá después. ¡Cuánta verdad es que los pensamientos de Dios distan infinito de los nuestros y nuestros caminos de los suyos, pues así conduce las almas a sus altos destinos por vías al parecer opuestas a sus designios!

Por ignorar este secreto de la infinita sabiduría de Dios, la comunicación de referencia fue un motivo más para que mi pobre alma se desorientara en la prueba que a ella se siguió, pues llegué a dudar de la bondad de la visión a pesar del testimonio de mi conciencia, que calificaba de buena por sus efectos o por el amor y entusiasmo divinos por Jesucristo que en mi alma inculcara. Las especies de la región mística en que vi transformarse el coro, y de las divinas Personas viniendo a mi encuentro y solicitando mi amor cada cual a porfía, todavía las conservo.

Lo que entendí de la unión con la Trinidad y relaciones familiares con las tres Personas divinas lo veo cumplido infinitamente mejor de lo que aprendí. Dios sea bendito por todo eternamente. Amén.

CAPITULO XI

Mis sufrimientos

[481] Habiendo vivido tres años, poco más, rebosando delicias espirituales, favorecida de Dios y de la Sma. Virgen, en el mes de Junio de 1907, de repente, sin entender la razón, me vi privada de los divinos favores, pobre, desolada y triste, en un estado de alma común y ordinario, suelta

de aquella unión y abrazo íntimo que me hacía vivir en Dios y de su vida divina.

Como ignorase que Dios se oculta de las almas para probar su amor, pensé que la privación de los bienes espirituales que había poseído obedecería a algún pecado que hubiese cometido sin darme cuenta o tal vez al mandato de mi Director de que me entregase a la contemplación de la Divinidad dejando la santa Humanidad pasible del mismo Dios Humanado. Cualquiera fuese la causa ocasional de mi infortunio, me abracé gustosa con la cruz de la desolación y desamparo de la gracia sensible porque anhelaba con ardor padecer trabajos a imitación de mi Dios Humanado paciente, cuya vida de sufrimiento quería reproducir en la mía pecadora.

Pocos días después de este cambio de alma hice ejercicios espirituales, en los cuales padecí mucho en materia de desolación y desamparos interiores. No me faltaba fervor ni entusiasmo por las cosas de Dios, ni el recogimiento y las luces necesarias para hacer bien la oración y descansar en el trato y comunicación con Dios y con su Unigénito Humanado y con la Virgen Sma., como había descansado siempre. Pero acostumbrada a ver a Dios propicio a favorecerme y salirme al encuentro en todos mis pasos rebosando amor y gracias, ver que se hacía el mudo, que no daba señales de vida, ni mostraba ningún deseo de que le acompañase, y menos de favorecerme, era muy sensible y doloroso para mi alma, era una especie de muerte y privación de todo bien.

[482] En este estado de pobreza, soledad y desamparo procuré identificarme con Dios Humanado paciente a quien me ofrecí para acompañarle en el período de su vida de soledad y ayuno en el desierto, en su vida pública, y, sobre todo, en su santísima Pasión y Muerte, y prodigarle mis cuidados en concepto no sólo de hija y esposa, si que también de madre en unión de la Sma. Virgen, y al propio tiempo participar de sus penas interiores y trabajos exteriores

y si posible fuese padecer en su lugar todos sus trabajos y afrentas indemnizándole de este modo de lo que padeció por nuestro amor en su vida mortal.

Me ofrecí a padecer sin alivio de ningún género el resto de mi vida, que miraba como un camino o senda que conduce al Calvario, abracé todos los trabajos que conviene a la gloria de Dios que padezca, y acepté la muerte más penosa que ha padecido y padecerá criatura mortal hasta el fin del mundo, si fuere ésta la voluntad de Dios por amor al mismo Dios Humanado y Crucificado cuya vida y muerte anhelaba reproducir en la mía.

El empleo principal de mi alma en estos ejercicios fue el trato con Jesús Sacramentado y con el mismo divino Señor paciente, y con la Virgen Sma., y algo con el Ser divino, aunque este trato se dirigía especialmente a la gloria del Verbo Encarnado a cuyo favor procuraba interesar a Dios Padre y Dios Espíritu Santo.

[483] Padecí también algo en materia de abandono por parte de mi Director, lo que me ayudó mucho a identificarme más y más con mi Dios Humanado viendo que en la mayor necesidad me faltaba el Padre espiritual, y que sólo contaba seguro con su amistad y providencia y cariño divino infinito y paternal en mi desolación y tribulaciones, pues las criaturas, aun las más allegadas (como era mi Padre espiritual) me habían abandonado cuando necesitaba su apoyo.

El día que terminé los santos ejercicios padecí una terrible tribulación que consistió en una firme convicción de que estaba en pecado mortal o en desgracia de Dios y de la Virgen Sma.

Estando sufriendo en este sentido fui con la Comunidad a cenar, y en el refectorio mientras dirigía una súplica a la Virgen Sma., de repente me vi introducida en una región de luz clarísima donde me apareció la Virgen Sma. muy afable y cariñosa, y en su bondad maternal y predilección por mi alma vi o entendí que estaba en gracia de Dios y de

la misma divina Señora, y no en pecado como había pensado.

[484] Una hora más tarde el convento se vio en inminente peligro de un incendio con motivo de las ascuas que caían en él a manera de copos de nieve procedentes de un edificio próximo que estaba ardiendo.

Recurrí a Jesús Sacramentado para implorar su protección, quien me recibió con mucho agrado, disipó mis temores y me aseguró no sólo de que no sufriría el convento los efectos de aquel fuego devorador, si que también del buen estado de mi alma y de sus predilecciones por mí.

En gracia a estos favores quedé tranquila por varios días, pero después volví a intranquilizarme con la incertidumbre de si estaba o no en gracia de Dios.

Esta incertidumbre fue el mayor de todos los trabajos que padecí en adelante por espacio de tres años, y el más habitual, y fue elevándose a grado más intenso a medida que pasaba el tiempo, se multiplicaban mis sufrimientos y avanzaba en el camino de la perfección.

[485] A los sufrimientos que me ocasionó la ausencia de Dios o la privación de su presencia sensible, y la incertidumbre acerca del estado de mi alma, se agregó el mandarme mi Director que continuase escribiendo lo que entendía de la vida divina de Jesús, cosa que no lo podía realizar en el estado en que me encontraba.

Este mandato abrió en mi alma una fuente de sufrimientos, temores e inquietudes, porque desobedecer al Director no podía, y escribir tampoco podía hacerlo (al menos con facilidad) ni me atrevía pensando que no era voluntad de Dios y que le ofendía con este acto de obeciencia.

A su vez el diablo no cesaba de amenazarme con el infierno y otras barbaridades si continuaba escribiendo, haciéndome sentir su presencia aunque invisible y algo retirado de mí.

Me atemoricé tanto con estas amenazas, que no me atrevía

a salir de la celda por la noche, que era cuando más sentía la presencia del diablo.

Comunicaba estos trabajos a mi Director y le rogaba para que me dejase libre del trabajo escriturario, pero no accedía a mis súplicas, y viéndome obligada por obediencia a un trabajo que rechazaba mi conciencia y calificaba de pecado, me metí en un laberinto de confusiones, temores y sufrimientos tales y tan grandes, que no sé que pueda haber mayores ni peores para un alma religiosa entregada por completo al amor y servicio de Dios.

[486] Otra serie de sufrimientos se agregaron a los indicados. Fue el caso que varias personas respetables y de todo mi aprecio y consideración me hablaron en sentido poco favorable de mi Director espiritual diciendo que era bueno sí, pero amigo de llevar las almas por caminos sobrenaturales, de cuyos sujetos uno me aconsejó que no hiciese ninguna cosa que mi Director me ordenase sin consultar primero con Dios N. S. porque tenía que tener yo la prudencia que a él le faltaba, etc., etc. Este consejo y observaciones que me hicieron acerca de mi Director agravó mi situación, perdí la fe y confianza que tenía en mi Padre espiritual y me desorienté por completo.

Bastaba que me mandase una cosa mi Director para creer que tenía que hacer otra, y como no podía desobedecerle, me llenaba de ansiedades pensando que pecaba y ofendía a Dios N. Señor en todo lo que hablaba con mi Director y ejecutaba por orden suya.

Todo era confusión, incertidumbre, temores y angustias en mi pobre alma, las que fueron elevándose a grado más intenso a medida que pasaba el tiempo. Como estaba persuadida de que pecaba en hablar con mi Director y en todo lo que hacía por su consejo y mandato, llamaba ya a un confesor, ya a otro para confesarme y comunicar mis inquietudes, pero en ninguno encontraba la paz y tranquilidad y salía del confesonario tan intranquila o más que estaba antes de la confesión.

[487] Así viví por espacio de tres años, en un estado de alma complicadísimo y cada vez peor, padeciendo horrores, aunque no continuamente, porque debo a la divina Misericordia el haberme asistido en esta terrible tribulación con providencia singularísima haciendo conmigo los oficios de madre cariñosa y padre lleno de bondad.

Mi remedio hubiese estado en cambiar de Director, o revelar a éste el origen de mis ansiedades, desconfianza y rebeldías, pero no pude hacer ni uno ni otro.

No pude cambiar de Director porque no hallaba a Dios en ninguno de los Confesores con quien me confesaba ni tranquilidad ni paz y ordinariamente me disipaba en mis confesiones con los extraordinarios y quedaba como fuera de mi centro cual si hubiese perdido a Dios en su trato y comunicación.

Tampoco podía revelar a mi Director la causa de mi desconfianza y rebeldías y de mis ansiedades y temores, porque vivía en relaciones íntimas con los sujetos que me hablaron de él y me aconsejaron que procediera de este modo, de cuyos sujetos uno me advirtió que guardase secreto.

[488] Sólo Dios sabe lo que padecí en este sentido por espacio de (casi) tres años, o sea, desde Octubre de 1907 hasta Julio de 1910. No sé cómo no perdí la vida o la razón de puro sufrir, a todo lo cual se añadía lo que me hacía padecer mi Director con sus reprimendas por mis rebeldías y resistencia a sus mandatos y con su modo de proceder.

[1. Los sufrimientos que me ocasionó el procedimiento del Director los signifiqué en el *Apéndice* del tratado que escribí sobre la Vida Espiritual, capítulo 3.°, en el párrafo que empieza: *Si este Director dirige un alma de las que van por la vía oculta y estiman las comunicaciones que se consuman en la región superior del espíritu con preferencia a las que se exteriorizan, la hace sufrir horriblemente con sus preguntas y consultas y con las obediencias que la impone.*]

En el período de vida que refiero padecí también mucho

con motivo de la persecución de una religiosa que toda su vida se había preciado de amiga íntima y la más deferente como servidora. Esta religiosa cambió de tal manera que no parecía sino que se había hecho eco del odio y furor de satanás contra mi alma.

Padecí mucho con ella por espacio de cuatro años, en cuyo período de tiempo hizo cuanto pudo para desacreditarme con los Confesores ordinarios y extraordinarios, el Prelado y Visitadores, aunque sin efecto, y procuró también por todos los medios posibles relajar la regular disciplina, sembrar discordia entre las religiosas, y echar por los suelos el principio de autoridad.

[489] Me dio muchos pesares y me ocasionó disgustos muy serios, y me hizo padecer lo indecible en algunas ocasiones, no tanto por sus procederes, como por las preocupaciones que me ocasionaba y me impedían descansar en Dios y me hacía vivir violenta fuera de mi centro padeciendo indecibles penas porque no podía vivir sino en Dios, y toda preocupación que me impedía descansar en El venía a ser el más terrible de los suplicios para mi alma enamorada de la divina Bondad.

Algunas molestias más padecí con motivo de esta persecución, pero no fueron de consideración, y todas me ayudaron a conocer la infinita Bondad y Misericordia de Dios N. Señor y la providencia singularísima con que me asiste y cuida de mí y de todo lo que me pertenece, tanto en lo espiritual como en lo temporal [31].

[31] Desde «Otra serie de sufrimientos se agregaron...» hasta «tanto en lo espiritual como en lo temporal», larga sección omitida en la 1.ª edición. Dentro de esta sección, en papelito adicional aparte, figura la nota, también original de la Madre, que ponemos entre corchetes y que asimismo se omitió en la 1.ª edición. De toda esta sección aparece claro cuál era el flaco del señor Deán: su credulidad y afición a fenómenos extraordinarios, concebidos además como exteriores o corpóreos. Entre los sujetos que advirtieron a la Madre sobre la falta de criterio de su Director, uno fue el mismo señor Arzobispo. Pero como éste le pidió que guardara secreto, ella no pudo decir nada al Deán, mas éste advirtió en seguida que algo había

A todos estos trabajos precedió una visión en virtud de la cual me ofrecí a Dios Humanado para padecer todos los trabajos que estimare conveniente por la salvación de las almas, y a ser el blanco del odio del diablo contra los redimidos para evitar que éstos ofendiesen a su Majestad seducidos por las sugestiones del maligno.

[490] La visión fue ésta: el día 21 (si mal no recuerdo) de Septiembre de 1907, a las nueve y media de la noche, en el coro, de repente, vi venir a mi Dios Humanado por la parte del Oriente, con grande majestad y absoluto poder y resuelto a castigar a los hijos de Adán (contra quien estaba sumamente indignado a causa de su ingrata correspondencia y gravísimos pecados), si no encontraba almas que aplacasen su cólera divina desagraviándole, etc., etc.

A pesar de ver que Jesús se mostraba propicio a mi alma y que estaba complacido de mis procederes, sobrecogida de espanto viendo su indignación contra los pecadores, quise como huir de su divina presencia porque no podía sufrir la vista de su semblante indignado, en el que se reflejaba la divina Justicia en su aspecto más terrible.

Detúvome el Señor insinuándome su agrado y predilección por mi alma y el deseo que tenía de que servidora detuviese su brazo armado contra los pecadores procurando resarcir sus agravios con mis súplicas, reconocimiento, amor y buenos procederes.

Aniquilada en el conocimiento de mi bajeza e insuficiencia para detener la justa cólera de un Dios Omnipotente, cuya grandeza y majestad se imponía a mi alma, dije al Señor que yo era una pobrecilla, y por añadidura, pecadora como su Majestad sabía, y que me consideraba incapaz de resarcir sus agravios y aplacar su indignación.

cambiado en la actitud de la Madre para con él, y al no atinar la causa, debió de reaccionar mal, hablando mal de ella, etc. *Vide* carta de M. Angeles al P. Mariano, de 5-IV-1911 en *Itinerario Místico*, I, pág. 264. Que fue el propio señor Arzobispo el que le dio el consejo de dejar la dirección del señor Deán: cf. nota a la pág. 350 de la 1.ª edición de la *Autobiografía*.

«Así es (contestóme el Señor) y que eres una pobrecilla, pero tienes a tu disposición los méritos y obras buenas de la Comunidad que confié a tu cuidado».

[491] Dije al Señor: «Mi Comunidad es otra pobrecilla como yo, quizá la menos numerosa y más inútil, pobre y desgraciada de las Comunidades religiosas de Valladolid», a lo cual me contestó el Señor diciendo que aun concediéndome que esta Comunidad fuese la más inútil e insuficiente para tan alta empresa, poseíamos dos grandes tesoros, la Virgen Santísima y nuestro P. S. Francisco, cuya vida y méritos quería que presentase en su divino acatamiento muchas veces cada día en desagravio de las ofensas que le infieren los pecadores, especialmente el reconociminto y amor de estos dos Seres tan amantes y amados de su Bondad para indemnizarle del detrimento causado a su gloria con la ingrata correspondencia de los hijos de Adán, especialmente de los malos cristianos. Y que ponía a mi disposición los méritos de su santísima vida, pasión y muerte para que los presentase en el acatamiento del Padre para resarcir sus injurias e inclinar su Misericordia a favor de los pecadores, lo que podía repetir tres veces cada día.

Propuse hacer lo que se me indicaba, y desapareció el Señor insinuándome que iba a buscar a otras almas para los mismos fines, porque era tanta la malicia del mundo, que no podía menos que anegarle en un diluvio de fuego si no encontraba almas víctimas y medianeras que aplacasen su cólera divina, irritada contra los pecadores.

[492] Me constituí víctima propiciatoria por los pecados del mundo en el acatamiento de Dios Humanado en unión de la Virgen Sma. y de nuestro P. S. Francisco, y en la presencia de Dios Padre en unión de Jesucristo, y empecé a desagraviar al Señor y a implorar su divina Misericordia a favor de los pobres pecadores al propio tiempo que velaba los intereses de su divina gloria y defendía su honor permaneciendo noche y día en su divino acatamiento a manera de centinela avanzada para defenderle de sus

enemigos, repitiendo «haz que recaigan en mí, Dios mío, los oprobios de los que te ultrajan, quiero padecer yo en tu lugar». Deseando evitar pecados y que las almas agraviasen a Dios N. Señor, contando con el auxilio divino, me ofrecí a padecer todas las sugestiones diabólicas con que el diablo pretendía inducir a pecar a las almas, y los malos tratamientos de las criaturas que ofenderían a Dios con su ingrata correspondencia y malos procederes, para de este modo hacer recaer en mí los ultrajes del divino Amor, y resarcir el detrimento causado a la gloria del mismo divino Amor Encarnado con la indiferencia y frialdad, ingrata correspondencia y malos tratamientos que recibió del género humano en su vida mortal.

[493] Hecho este ofrecimiento, mientras me ocupaba en desagraviar a Dios e implorar su Misericordia a favor de los pecadores, pidiendo que hiciese recaer en mí los agravios de los que le ultrajan, empecé a padecer los trabajos que indiqué con motivo de la dirección espiritual y de la persecución de referencia.

La ocupación principal de mi alma en este período de prueba y tribulación fue ofrecerme a Dios Humanado, muchas veces cada día, en concepto de asilo o casa de refugio, suplicándole que viniese a descansar en mi alma todas las veces que los pecadores le arrojasen de su corazón pecando, y procurar desagraviarle y consolarle en sus penas, y defender su honor velando los intereses de su gloria, dispuesta a padecer todas las injurias que le infieren los malos cristianos y almas paganas en el mundo, los religiosos en el claustro y los demonios y condenados en el infierno, cuyas injurias pedía al Señor que hiciese recaer en mí. Laus Deo.

CAPITULO XII

Mis ocupaciones interiores y la marcha de mi alma desde Octubre de 1907 hasta Julio de 1910

[494] Dentro del período de prueba y sufrimiento, que duró desde Octubre de 1907 hasta Julio de 1910, fue mi alma muy favorecida de Dios, casi habitualmente, aunque no por esto dejé de padecer indecibles amarguras a causa de la incertidumbre que me devoraba acerca del estado de mi alma, porque había perdido la fe y confianza que tenía en mi Director y no podía asegurarme ni conformarme con su criterio respecto de la malicia o bondad de mi espíritu, ni podía tampoco prestar asenso a lo que me decían los confesores extraordinarios porque estaba persuadida de que engañaba a todos los que trataba [32].

En virtud de los favores que había recibido de la infinita bondad y misericordia de Dios y de la elevación de los sentimientos y aspiraciones de mi alma, que vivía más en Dios que en mí misma aun el tiempo mismo que me consideraba en pecado mortal.

Me creía en pecado mortal y del número de los réprobos por la imposibilidad que aprendiera de salir del complicado estado de alma en que me ponía la dirección espiritual, y la necesidad que sentía de la dirección de los Ministros de Dios para sustraerme a los lazos que pudiera tender el diablo en mi camino y responder a los designios de Dios, cuya dirección buscaba en los confesores extraordinarios, pero no lo encontraba en ninguno a pesar de la buena voluntad de algunos para ayudarme a salir de mi terrible tribulación.

[495] Mi ocupación principal los tres meses últimos del año 1907 y los dos primeros de 1908 fue el trato y comu-

[32] ... *engañaba a todos los que trataba.* Como se advierte ya en la 1.ª edición, hay aquí un punto, pero queda en suspenso la cláusula siguiente.

nicación con la Virgen Sma., con Jesús Sacramentado y Paciente, y con Dios Uno y Trino, o sea, el Ser Divino de cuya Bondad recibí singulares mercedes, así como de Jesús y de la Sma. Virgen, especialmente en mis tribulaciones interiores y trabajos exteriores que padecí por parte de las criaturas.

En uno de estos favores o comunicaciones divinas prometí observar los siguientes propósitos que practiqué y constituyeron uno de mis principales empleos por espacio de tres años.

1.° Procuraré vivir íntimamente unida a la Madre de Dios con mi mirada fija en la Señora y inspirarme en Ella para todo. Al efecto, en el momento que despierto del primer sueño, fijaré mi mirada en la Virgen, reiteraré mi entrega total a la misma y me haré la siguiente pregunta: «Si fuese la Madre de Dios quien tuviese a su disposición este nuevo día para emplearlo en el servicio de Dios y en mi lugar debiese realizar las obras que ejecutaré en el presente día, ¿con qué intención, con qué fervor y en qué grado de perfección las ejecutaría? ¿Cómo emplearía el precioso tiempo que me concede el Señor en este día para que le atestigüe mi reconocimiento y amor y acreciente su gloria? Atenderé a lo que me insinúa la Virgen y todas las obras del día las ejecutaré con la perfección que entiendo lo haría la Señora si estuviese en mi lugar, y todo en unión suya.

2.° En unión de la Virgen Sma. procuraré vivir siempre en la dulce presencia y amable compañía de mi Dios Humanado, en el cielo, en el Sagrario (o Eucaristía), en el fondo del alma, y en alguno de los pasos o episodios de su vida mortal que me inspira más devoción, procurándole toda la gloria y complacencias posibles como si no contase con más servicios que los míos, ni tuviese en el mundo otra alma que le ame y acompañe.

[496] Procuraré hacerle compañía en todos los Sagrarios y Tabernáculos donde yace Sacramentado, en los corazo-

nes de los fieles que tienen la dicha de recibirle en la sagrada Comunión y en todos los altares donde se consagra su cuerpo y sangre, en cuyos altares y demás lugares me ofreceré a Dios Padre en unión del mismo divino Jesús para los altos fines de la gloria divina y felicidad de las almas que se ofrece su Majestad.

Cual hija y esposa fiel, velaré los intereses de la gloria de Jesucristo, procurando la salvación de las almas por todos los medios que están a mi alcance, procurando para los pecadores la conversión, la perseverancia para los justos, y para unos y otros todas las gracias que Dios Padre ha depositado en sus divinas manos y que no pudiendo contenerlas ansía comunicar a las almas, ofreciéndome al efecto a padecer por ellas.

Viviré en la presencia de Jesús a manera de centinela avanzada, constituida Guardiana suya para que nadie le ofenda, procurando que recaigan en mí los agravios que le infieren los pecadores en el mundo y los demonios y condenados en el infierno. Conservaré mi alma pura y limpia de pecado y adornada de virtudes, y las puertas de mi corazón de par en par abiertas para que venga a descansar en mí a cualquier hora del día o de la noche, que los pecadores le desprecian y arrojan de su alma pecando, como a su casa de refugio y de recreación, pues nadie en este mundo está más obligada a su Bondad que mi alma pecadora.

[497] 3.° Muerta místicamente a todo lo criado, en adelante no viviré en mí ni para mí, sino en Dios y para gloria de Dios Uno y Trino en unión de la Santa Humanidad del Verbo y de la Virgen Sma., en cuya gloria y felicidad cifro la mía.

No usaré de las criaturas sino en tanto en cuanto conviene a la gloria de Dios y es voluntad suya que las use, y aun esto por obediencia, regulándolo todo con el criterio y voluntad de mi Director espiritual.

Renuncio no sólo los bienes materiales, si que también espirituales y hasta el deseo de la santidad, no queriendo

ser más santa que lo que Dios N. Señor quiere y tiene determinado y conviene a su gloria. Por amor a la gloria divina renuncio el derecho que pudiera tener a la felicidad eterna en virtud de las buenas obras que he practicado y practicaré en lo sucesivo, cuya eterna felicidad renuncio a favor de la Virgen Sma., con la Virgen Sma. a favor de la santa Humanidad del Verbo, y con la santa Humanidad del Verbo a favor de Dios Uno y Trino, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Al servicio de esta divina gloria pongo todos mis bienes y mi ser entero, quedando yo con el único bien y felicidad que anhelo, cual es amarle y servirle y procurarle toda la gloria y complacencias posibles y no ofenderle nunca jamás ni con un solo pecado venial ni imperfección deliberada.

Me obligué a guardar estos propósitos bajo pena, no de pecado, pero sí de obligación de confesar todo lo que hiciere en contrario como imperfección o pecado de omisión, y así lo practiqué por espacio de tres años.

[498] En el período de vida que refiero repetidas veces cada día, identificada con la santa Humanidad del Verbo y con la Virgen Sma., procuraba amar y glorificar a la Divinidad, en unión del amor y gloria infinita con que Dios Padre en su divina Omnipotencia ama y glorifica al Verbo y al Espíritu Santo, y en unión del amor y gloria infinita con que Dios Hijo en su divina Sabiduría ama y glorifica al Padre y al Espíritu Santo y en unión del amor y gloria infinita con que Dios Espíritu Santo en su divina y eterna Caridad ama y glorifica al Padre y al Hijo, ansiando procurar a la divina Bondad la gloria y complacencias divinas que mutuamente se procuran las tres divinas Personas que lo constituyen.

Identificada con la Divinidad, procuraba luego amar y glorificar a la santa Humanidad del Verbo, a quien suplicaba recibiese en mi nombre, como regalo mío, los infinitos tesoros, gloria, alabanza y beatitud divina que fluye del Ser divino y se difunde y derrama en El constantemente sin

interrupción, y que al volverse de nuevo a su origen, o sea, el Ser divino (por su fiel correspondencia) llevase consigo mi alma pecadora, que anhelaba vivir muerta al mundo y a sí misma, y escondida con el mismo Jesucristo en Dios de su vida divina de amor y de gloria, y de sufrimiento en cuanto al cuerpo y parte inferior del alma.

[499] Y después, asociada a los Angeles, Santos y Bienaventurados del cielo, y a Dios Uno y Trino, procuraba amar y glorificar a la Sma. Virgen, a quien suplicaba que recibiese en mi nombre, o como regalo mío, la gloria y felicidad infinita que fluye de Dios y de la santa Humanidad del Verbo con dirección a la misma divina Señora con las infinitas complacencias que incesantemente le procuran las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad y las alabanzas que le tributa la creación entera, y que al elevarse o referirse a Dios con los dones, gracias, gloria y felicidad que recibiera de su Bondad, me llevase consigo porque anhelaba vivir con Ella en Jesucristo y con Jesucristo en Dios empleada toda en amarla y glorificarla en unión del mismo Dios, y glorificar y amar a Dios en unión suya.

Esta devoción practiqué por espacio de tres o cuatro años con mucho aprovechamiento de mi espíritu.

[500] No recuerdo si a fines del año 1907 (creo que sí) o el siguiente año 1908, empecé a recibir un favor singular de Dios N. Señor, que se repitió muchísimas veces por espacio de dos años poco más o menos.

El favor era éste. De cuando en cuando experimentaba el efecto que si Dios Uno y Trino (personificado en el Padre de modo singular) descendiese del cielo empíreo a la región del aire donde vuelan las nubes, y desde allí, encaminando la corriente de sus gracias hacia mi alma, me comunicase su vida divina.

Experimentaba en primer lugar los efectos del descenso de Dios, y de la afinidad, aproximación o cercanía del mismo, lo que me producía un gozo y júbilo muy grande. Después, veía a Dios como velado en las nubes, aire o niebla,

no sé cómo diga, pero con demostraciones de singular afecto hacia mi alma, como Padre cariñoso, lleno de bondad y ternura, muy propicio a favorecerme, y en el mismo momento se ponía en comunicación con mi alma pecadora, como si encaminase a mí la corriente de sus gracias, o pusiese mi alma en contacto con su infinito y divino Ser salvando el espacio que me separaba de El.

Esta comunicación duraba unos momentos nada más, pero quedaba como si hubiese bebido en Dios su vida divina y saciado mi hambre y sed del mismo Dios, henchida de júbilo, cumplidos mis anhelos, y como llena de Dios, rebosando vida, amor y entusiasmo.

Este favor o comunicación divina fue muy estimable y de los más singulares que recibí de la infinita liberalidad de Dios en el período de vida que refiero.

[501] El año 1908, desde 1.° de Enero hasta mediados de Marzo, padecí mucho con motivo del mandato relativo a escribir de mi Director espiritual, que fue una fuente de sufrimientos, temores y ansiedades para mi pobre alma, y de continua lucha con el diablo, en cuyas tentaciones y terrible tribulación me sostuvo el trato dulcísimo de mi Dios Sacramentado, a quien confiaba todas mis penas y quien hizo conmigo los oficios de verdadero Padre, pero de un Padre Dios. Sea por siempre bendito.

En la segunda quincena de Marzo del citado año 1908 entré en nueva fase de vida, de mayor consolación y especiales tratos de amor con Dios Humanado, quien se presentaba a mi alma a manera de Amante apasionado solicitando mi amor y mi consentimiento para celebrar conmigo sus desposorios místicos, a cuyas solicitaciones contesté primero negativamente diciendo que quería continuar siendo hija, y que no podía consentir que se rebajase hasta el extremo de recibir por esposa a un alma tan pecadora y vil como la mía, aunque sí procuraría amarle con los entusiasmos propios de una amante y fiel esposa a la vez que como hija cariñosa, llena de respeto hacia su Bondad paternal y divina.

Así lo hice, y empecé a amar a Jesús con tan ardiente anhelo, que, rendida de fuerzas, padecía a ratos una violencia grande.

Una noche, orando en el coro, parecióme ver el sagrario abierto y en su centro a Dios Humanado bajo forma bellísima adornado con una especie de túnica azul.

[502] El Sagrario estaba iluminado y como transformado en cielo, y a los pies de Jesús yacía una ave misteriosa, especie de águila real, enlazada al mismo divino Señor.

La ave [33] aparecía inquieta y desazonada y hacía mil esfuerzos por elevarse del suelo y de los pies de Jesús al seno de este divino Señor, donde anhelaba reposar y esperaba conseguir su pretensión de identificarse con su Bondad.

Buscando la causa de la inquietud y estado violento de la mencionada ave, la vi atravesada con una flecha y entendí que era figura de mi alma que en aquellos momentos se hallaba violenta a causa de su ardiente anhelo de identificarse con Dios Humanado y del amor que sentía por El.

Desde la segunda quincena de Marzo hasta Septiembre, viví en estado de consolación, aunque no exenta de ansiedades e incertidumbre sobre el estado de mi alma y la malicia o bondad de mi espíritu.

[503] En Mayo padecí una grave enfermedad, en la que fui muy favorecida de Dios N. Señor y de la Virgen Sma. Padecí mucho físicamente, y lo padecí todo en agradecimiento a la Beatísima Trinidad de los dones y privilegios que concedió a la Sma. Virgen, y en agradecimiento a esta divina Señora de los singulares beneficios dispensados a mi alma pecadora, más en agradecimiento a Dios Padre de los infinitos tesoros que desde toda eternidad [34] comunica al Verbo en su divina y eterna Generación, y los que comunicó a su santa Humanidad en la Encarnación.

Recibí grandes consolaciones en esta enfermedad de parte

[33] *La ave, sic* en el original. En la 1.ª edición se lee *El ave.*

[34] *... desde toda eternidad, sic* en el original. En la 1.ª edición se lee *desde toda la eternidad.*

de Dios N. Señor personificado en el Padre, quien se mostraba muy complacido y propicio a favorecerme, y por parte de mis soberanos Amores Jesús y María, quienes aparecían [35] venir de cuando en cuando a visitarme, como a alma singularmente amada y predilecta suya, mostrándose como obligados a consolarme y favorecerme por haberme entregado sin reserva a su santo amor y servicio desde jovencita. De mi consagración a su amor y servicio hacían tanta estimación, que quedé maravillada. Laus Deo.

CAPITULO XIII

Continúa indicando la marcha de mi alma y mis ocupaciones interiores

[504] Todo el verano del año 1908 gocé mucho espiritualmente, me constituí alcázar o casa de campo y de recreación de mis soberanos Amores Jesús y María, a quienes parecíame ver en el fondo del alma bajo forma bellísima y con grande majestad.

Deseando perpetuarme en su amable compañía, hice el siguiente propósito, que procuré cumplir con exactitud por espacio de medio año, cuando menos.

Mediante el silencio, la soledad y abstracción completa de criaturas, procuraré ser toda mi vida el alcázar viviente y casa de recreación de mis soberanos Amores JESÚS y MARÍA, que se han dignado establecerse en mi alma para pasar en ella la época del verano (de mi vida mortal) y agradecida por la elección que han hecho de mí para su alcázar, y a su infinita condescendencia admitiéndome a su trato familiar y audiencia perpetua, procuraré hacer su felicidad en la tierra amando y sirviendo a María en concepto de hija, y a Jesús en concepto de esposa, y como tal velaré los intereses de su gloria en la salvación de las almas.

[35] ... *aparecían venir, sic* en el original. En la 1.ª ed. *parecían.*

Para que este alcázar de Jesús y María no se convierta en Babilonia, no perderé de vista a los Soberanos Dueños que lo habitan, y al efecto, no comunicaré con ninguna criatura mortal sino obligada por una verdadera necesidad, y aun esto brevemente y con mi mirada fija en mis Soberanos Amores, con quien [36] lo consultaré todo y cuyo trato y comunicación no interrumpiré sino el tiempo preciso del sueño, y esto con pena, pues son la vida de mi alma, mi sustento, descanso y recreación, mi gloria y mi felicidad, todo mi tesoro.

[505] En el período de vida que refiero meditaba mucho en la vida pública del Salvador, por mejor decir, tenía presente a Dios Humanado en los episodios de su vida pública. Esta divina presencia y compañía gozaba en la sagrada Eucaristía, donde hallaba a Jesús animado de los mismos sentimientos de misericordia y amor que abrigó en su vida mortal.

Me figuraba que era M.ª Magdalena, y nuestra celda, Betania, y cuando salía de ella para ir al coro, me hacía cuenta de que iba a Jerusalén u otro pueblo cercano donde se hospedara Dios Humanado y esperaba a las muchedumbres para pronunciar sus sublimes discursos y prodigar sus gracias.

Haciendo propios el amor y entusiasmo de M.ª Magdalena, corría presurosa al coro, y postrada ante el sagrario rendía a Jesús mis homenajes de amor y respeto y derramaba en El mi alma toda entera con fe vivísima en su presencia real, en su Bondad, Sabiduría y Poder con efectos divinos, como si real y verdaderamente viese a Jesús en su vida mortal, o gloriosa, como le vieron los Apóstoles y le ven en el cielo los bienaventurados.

[506] Allí le contaba mis amores, mis penas, mis consuelos, mis proyectos y anhelos, todo, todo, todo como a mi

[36] *... mis Soberanos Amores, con quien..., sic* en el original. En la 1.ª ed. se puso *con quienes.*

Padre, mi Esposo, y mi Dios y mi único Confidente, y le pedía consejo e instrucciones.

Muchas veces quisiera hablar a las muchedumbres que asistieron a los sermones del Salvador y *(sic)* iniciar a todas las almas en el conocimiento de su Bondad y Sabiduría infinita para que le tratasen con respeto, le amasen y estimasen como se merece, y procuraba indemnizarle de la indiferencia y frialdad e ingrata correspondencia de los que le conocieron en carne mortal.

Otras veces preguntaba: ¿Dónde está el Hijo Unigénito de Dios? A la pregunta me contestaba yo misma recordando la historia de la Encarnación, vida, pasión, muerte, resurrección y Ascensión a los cielos del mismo divino Señor, y la institución de la sagrada Eucaristía, cuya Eucaristía miraba como un velo en el cual se hubiese velado Jesús para quedar con nosotros al tiempo mismo que sus enemigos le arrojaron del mundo con muerte afrentosa de cruz deseando borrar su nombre de la tierra de los vivientes.

[507] Preguntaba si en la Eucaristía estaba Jesús vivo, despierto, actuado en el conocimiento y amor de mi alma y animado de los mismos sentimientos de caridad y misericordia que abrigara en su vida mortal hacia el género humano, y obtenida la respuesta en sentido afirmativo, me iba al coro llena de amor y entusiasmo a postrarme a los pies de mi Dios Humanado Sacramentado, donde encontraba el cumplimiento de mis anhelos y mi verdadera felicidad.

No puedo expresar lo que gozaba mi alma con estas reflexiones y trato con Jesús Sacramentado, pues era tal el entusiasmo que sentía por su Majestad y mi anhelo de poseerle, que estaba pronta a recorrer todo el mundo y *(sic)* ir hasta el último extremo de la tierra por verle y gozar de su divina presencia, si el mismo Señor en su infinita misericordia no se hubiera quedado en todas las iglesias donde se consagra su Cuerpo y Sangre y estuviera reservado en nuestro Sagrario.

Hacia fines del año 1908 empecé a tener un trato más

íntimo y frecuente con Dios, o sea, con la Divinidad. En este trato me interesaba mucho por los pobres pecadores.

Antes de dirigirme a Dios procuraba identificarme con la Virgen Sma., reiterando mi entrega total a la misma y rogándole que me presentase en el divino acatamiento confundida con su Ser purísimo e inmaculado, única manera de hallar satisfactorio recibimiento en la presencia de Dios tres veces Santo.

Al empezar este trato, si estaba elevada a Dios, en el mismo Dios buscaba a la Virgen Sma. y me identificaba con la Señora impulsada del deseo de hallar gracia a los ojos de Dios.

[508] Identificada con la Virgen presentábame en el divino acatamiento, y dirigiéndome a Dios Padre, le entregaba mi memoria y con ella mi alma toda, rogándole que me absorbiese en su infinita Personalidad conjunto de infinitas perfecciones, y me abismaba en El con filial confianza y amor, a la vez que con respeto.

Dirigíame luego al Verbo, y le entregaba mi entendimiento y con él mi alma toda entera rogándole que me absorbiese en su divina Persona, como Sabiduría y Verdad que es y la personificación de la Razón divina, y me abismaba en su Bondad con no menor entusiasmo, confianza y amor que un momento antes me abismara en Dios Padre.

Dirigíame luego a Dios Espíritu Santo, y le entregaba mi voluntad, y con mi voluntad mi alma toda entera rogándole que me absorbiese en su infinita Personalidad todo bondad y amor, en cuya divina Persona me abismaba con igual amor y entusiasmo.

Mirando a todo Dios en su unidad simplicísima, le entregaba mi espíritu con súplica humilde de que lo aceptase y me absorbiese en su infinito y divino Ser. En el divino Ser abismada buscaba a la divina Misericordia, y habiéndola hallado en este divino Atributo me abrazaba con Dios y me regalaba con El en concepto de hija, al modo que una hija cariñosa se regala con su dulce, tierna y amorosa madre a

quien lo debe todo. Decíale muchos amores, y rogábale que jamás por jamás me soltase de sus brazos, pues en ellos había venido a la existencia y vivido toda mi vida y anhelaba morir y descansar eternamente, persuadida como estaba que sólo en su regazo maternal me vería libre de los dardos de la cólera divina irritada contra los pecadores y hallaría propicia a la divina Bondad.

[509] Con confianza filial le exponía todas mis necesidades y las de mis hermanos vivos y difuntos, o sea, todas las necesidades del mundo y del purgatorio con súplica humilde de que las remediase.

Con mayor interés le exponía la triste situación y peligro de condenación eterna en que se hallan los pobrecitos pecadores y le rogaba se apiadase de ellos y los salvase.

Decíale que era su deber favorecer a los desvalidos y miserables hijos de Adán que no sabemos más que pecar, y pues es nuestra *Madre,* mostrase que lo es remediando nuestras miserias y aplacando la cólera divina, al modo que una madre cariñosa aplaca el enojo del padre o jefe de la familia cuando le ve indignado contra sus hijos y a punto de descargar el azote del castigo.

[510] Después de muchas súplicas dirigidas a la divina Misericordia a favor de los pecadores y de todos los hijos de Adán, dirigíame a la divina Justicia, a quien amaba, alababa y bendecía por su infinita bondad, y le rogaba que fuese piadosa con los pobrecitos pecadores, *muy piadosa,* y no los tratase con el rigor que merecen sus culpas.

Decíale que, pues somos hijos de la divina Misericordia, no diese ningún paso sin acuerdo de esta cariñosa Madre nuestra con quien debe contar todo lo que hace o quiere hacer con relación a las almas y ejecutarlo todo a presencia y en unión suya, si no quiere arrepentirse de haberse excedido en la venganza tomada contra los hijos que abriga en su seno y cuya salvación procura y anhela con infinito ardor.

Ofrecíame a su Majestad en calidad de víctima propicia-

toria por los pecados del mundo en unión de la santa Humanidad del Verbo y de la Virgen Sma., cuya vida, méritos y virtudes ponía a su servicio deseando resarcir el detrimento causado a su gloria con los pecados del género humano y obtener el perdón, la gracia, la misericordia y la bendición a favor de los delincuentes.

Por el perdón que solicitaba para los culpables entendía la absolución a culpa y pena de todos sus pecados. Por la gracia, la reconciliación y beso de paz y unión íntima de los mismos con la divina Justicia.

Por la misericordia entendía la misericordiosa benevolencia de Dios, y que siempre se mostrase propicio a favorecer a las almas por quien me interesaba, que eran todos los hijos de Adán.

Y por bendición entendía la comunicación de Dios y de sus dones y gracias a las almas, pues como yo no pudiese vivir sin esta constante comunicación de Dios a mi alma, anhelaba que todos participasen de mi dicha y felicidad, y al efecto rogaba al Señor que encaminase a los pecadores la corriente de sus gracias y viviese actuado en comunicarse a todas las almas capaces de participar de su Bondad. *[511]* En el período de vida que refiero contemplaba a Jesús en concepto de Víctima y Mediador entre Dios y los hombres en el acatamiento del Padre, y en unión del mismo divino Jesús me ofrecía a Dios muchas veces cada día en concepto también de víctima propiciatoria.

Parecíame que oía a Dios Padre las palabras del profeta Malaquías referentes al sacrificio del Redentor: «Ab ortu solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo Oblatio munda, quia magnum est nomen meum in gentibus» [37], y con cierto sentimiento de presencia asistía en es-

[37] *Mal* 1, 11 («Pues desde donde sale el sol hasta donde se pone, grande es mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se ofrece incienso a mi Nombre y una oblación pura. Pues grande es mi Nombre entre las naciones»).

píritu a todas las misas que se celebraban en el orbe católico en las veinticuatro horas del día.

En todas las Misas o altares me ofrecía a Dios Padre en unión de su divino Hijo para los altísimos fines que este divino Señor se ofrece. Y no sólo en todas las Misas, si que también en todos los Sagrarios y Tabernáculos, donde yace Jesús Sacramentado reservado o expuesto a la veneración de los fieles, me ofrecía a Dios Padre en unión suya, y todos mis pensamientos, palabras, obras y deseos en unión de la gloria y complacencias infinitas que el mismo divino Jesús le procura cada instante en la sagrada Eucaristía.

[512] En unión de Jesús, y para los fines que este divino Señor se ofrece, me ofrecía también al Padre en el fondo del alma y en todos los corazones que recibían la sagrada Comunión el día presente, y hacía intención de recibir en mi pecho a Jesús, y anhelaba recibirle tantas veces cuantas eran las almas que pudiendo no le reciben sacramentado.

Todos los días (y algunos repetidas veces) ofrecía a Dios Padre los méritos y vida santísima de Jesús y María y en unión suya mi alma en esta forma:

1.° La gloria infinita que su Hijo Unigénito le procura en el seno de la Divinidad desde toda eternidad, y los méritos y virtudes de la Virgen Sma. en el período de su vida desde su Concepción hasta la Encarnación del Verbo, y en unión suya mi alma pecadora con mis ansias de purificarme y de hallar gracia en su divino acatamiento en concepto de hostia de alabanza y objeto de sus divinas complacencias para que en medio de tantos seres abominables a sus divinos ojos como había en la creación tuviese uno siquiera en quien fijar y hacer descansar su divina mirada.

2.° Todas las obras interiores y exteriores que realizó Jesús en el mundo desde su Encarnación hasta la última cena que celebró con sus discípulos, y todo lo que hizo y padeció la Virgen Sma. en el amor y servicio de su divino

Hijo en el mismo período de tiempo, y en unión suya mi alma pecadora con mis anhelos de honrar y glorificar al mismo Dios Padre, y todo en concepto de holocausto latréutico y en desagravio de los ultrajes que le infieren las criaturas que le niegan el tributo de adoración y homenajes debidos a su infinita Bondad y Soberanía como suplemento de todas las virtudes y obras buenas que yo y todos los hijos de Adán hemos dejado de practicar por pereza u otro motivo cualquiera.

[513] 3.° Los actos interiores y exteriores que realizó Jesús en la última cena que celebró con sus discípulos a gloria del mismo divino Padre y a favor del género humano, especialmente la institución de la sagrada Eucaristía, y las virtudes que practicó la Virgen Sma. en este episodio de la vida del Salvador y mi alma pecadora con un sentimiento de amor y reconocimiento profundo a sus bondades, y todo en concepto de oblación eucarística en agradecimiento de su mismo divino Ser e infinitas perfecciones, del beneficio de la Encarnación del Verbo y Concepción inmaculada de María, donación de la divina persona del Espíritu Santo y de todos los beneficios dispensados a las dos naturalezas angélica y humana y a mi alma pecadora.

4.° Los padecimientos de Jesús y María en su vida mortal y las virtudes que practicaron Madre e Hijo en su santísima Pasión y Muerte, y mi alma pecadora con todos los trabajos padecidos y que padeceré hasta la muerte por el amor del mismo Dios, y todo en concepto de víctima propiciatoria en satisfacción de mis pecados y de todos los pecados del mundo y en sufragio de las benditas almas del purgatorio.

5.° Los actos que realizó Jesús resucitado los cuarenta días que vivió en el mundo después de su gloriosa Resurrección a gloria del Padre y a favor del género humano, y la vida gloriosa del mismo divino Jesús a la diestra del Padre con todos los actos que realiza y realizará eternamente en

concepto especialmente de víctima propiciatoria y Mediador entre Dios y los hombres y de Soberano de los Angeles y de los hombres, y todas las obras que practicó la Virgen Sma. en el período de tiempo comprendido desde la resurrección del Salvador hasta su gloriosa Asunción a los cielos y en unión suya mi alma pecadora, dispuesta a hacer y padecer todo lo que fuere su divino beneplácito para gloria del mismo Dios y bien de mis hermanos vivos y difuntos.

[514] 6.° La vida sacramental de Jesús con todos los actos que ha realizado, realiza y realizará hasta el fin del mundo en la sagrada Eucaristía a gloria del mismo Padre y a favor del género humano y la vida gloriosa de la Virgen Sma. con todos los actos que ha realizado y realizará eternamente en el cielo a gloria de Dios y de su Unigénito Humanado y a favor de las dos naturalezas angélica y humana, y en unión de Hijo y Madre y de sus virtudes y méritos, mi alma pecadora con todos mis pensamientos, palabras, obras y deseos, anhelando procurarle con ellos toda la gloria y complacencias que le procuran Jesús y María en su vida gloriosa en el cielo, y en la sagrada Eucaristía, y todo en concepto de holocausto impetratorio, para imperar de su Bondad y Misericordia infinita todas las gracias que impetran los mismos Soberanos Jesús y María a favor del género humano y de mi alma pecadora.

Estos son los conceptos y fines para los cuales me ofrecía a Dios Padre en unión de mis soberanos Amores Jesús y María, cuyo ejercicio terminaba protestando que amo lo que Jesús y María amaron en su vida mortal y aman al presente en el cielo y en la Eucaristía, y aborrezco lo que Ellos aborrecen y aborrecieron siempre, que anhelo lo que anhelaron y anhelan con relación a la gloria divina y felicidad de las criaturas y que repito todas las súplicas que en su vida mortal dirigieron al Padre y dirigen al presente en el cielo y en la Eucaristía, y con una entrega de mi alma al mismo divino Padre en Jesús y María, en cuyos sobe-

ranos amores le rogaba me recibiese y reconociese por suya, pues anhelaba ser toda de Dios Padre en y con Jesús y María. Amén. Laus Deo.

CAPITULO XIV

Continúa indicando la marcha de mi alma y mis ocupaciones interiores

[515] A principios del año 1909, a pesar de encontrarme muy unida a Dios y en íntimas relaciones con su Bondad, empecé a padecer mucho a causa del mandato relativo a escribir de mi Director espiritual y la imposibilidad de realizarlo. Con este motivo mis sufrimientos, ansiedades y temores subieron a grado más intenso, y la incertidumbre que me devoraba acerca de la malicia o bondad de mi espíritu y del estado de mi alma llegó adonde no cabe más allá.

Llegué a ser la incertidumbre personificada, no hallaba paz y seguridad en ningún aserto propio ni ajeno, ni en lo que me insinuaba el mismo Dios.

Vivía muy unida a Dios, y favorecida de su Bondad, pero persuadida de que mi unión con Dios era por amor y no por gracia, porque estaba en pecado mortal y que si moría en este estado, en un momento perdería todos los bienes que poseía y gozaba en mi trato y unión con Dios, y la sola posibilidad de que me sucediese esto me hacía sufrir horrores.

[516] Además estaba enamorada de los atributos de la Justicia y Santidad divina y anhelaba con ardor identificarme con Dios en estos divinos atributos, asimilándome los mismos en la forma posible, y cuando quisiera transformarme en la pureza, justicia y santidad de Dios y sentía una sed insaciable de la divina Gracia, creerme en pecado mortal, en mal estado de alma, era el acabóse del sufrimiento, pues es indecible lo que padecía, a cuyo sufrimiento se

agregaba la imposibilidad (que aprendía) de salir del miserable estado en que me creía.

Me había persuadido de que era hipócrita y que tenía engañado al Director, a la Comunidad y a todo Valladolid, que me tenía en buen concepto, y para salir de mi mal estado de conciencia, que era necesario que un Ministro de Dios me conociese a fondo, viese mi alma como yo la veía, me absolviese del supuesto conjunto de pecados que creía haber cometido o contraído y que continuaba cometiendo, y me colocase en el verdadero camino de la perfección sacándome del en que estaba y que yo conceptuaba extraviado.

Con esta persuasión discurría por todo el clero regular y secular de Valladolid, y fijándome ya en un Sacerdote ya en otro, les llamaba y me confesaba con ellos, les comunicaba mis inquietudes y aprendidos [38] pecados, pero no encontraba la paz y tranquilidad que buscaba.

[517] Antes de salir del confesonario me fijaba en otro Ministro de Dios que pudiese ayudarme a salir del supuesto mal estado de alma, me preparaba para dar una nueva cuenta de conciencia, procuraba interesar en el asunto a Dios N. Señor y a la Sma. Virgen por todos los medios posibles, y llegado el día y hora de la confesión, salía de la celda dando gracias a Dios y diciendo: «Dios mío, cuando vuelva aquí a vuestra divina presencia ya estaré en vuestra gracia y amistad tranquila de conciencia, ¡qué dicha!, ayudadme para que así sea, y sed conmigo en esta confesión que voy a hacer». Iba al Confesonario, empezaba la confesión declarando mi supuesto mal estado de alma, comunicaba al Confesor mis remordimientos y ansiedades, y recibida la santa absolución salía del Confesonario tan mal o peor que estaba antes de la confesión, más intranquila y angustiada, y volvía a la celda y a la presencia de Dios transida de pena, para discurrir nuevos medios de salir de pecado y recobrar

[38] *Aprendidos, sic* por supuestos, presuntos.

la gracia de Dios que creía haber perdido hacía muchos años.

Sólo Dios sabe lo que padecí en este sentido.

[518] Varios Padres propios y extraños (de la Orden digo), compadecidos de verme padecer tanto, y en peligro de perder la vida y la razón de puro inquieta y angustiada, se ofrecieron a ayudarme a salir de la terrible tribulación que padecía, pero no pude aceptar su ofrecimiento, persuadida de que les había engañado, y que dirigirme con ellos equivalía a continuar engañándolos porque era una hipócrita, etc., etc., y así se lo decía a ellos y les pedía que me absolviesen del pecado que había cometido en la confesión que acababa de hacer, en cuya confesión no había hecho otra cosa que engañarles con la relación de mis interioridades.

Los Confesores procuraban tranquilizarme, pero sin efecto, porque no podía creer ninguna cosa que favoreciese mi ardiente anhelo de poseer la divina Gracia, ya por el estado de duda, incertidumbre y confusión en que me encontraba, ya también porque había perdido la fe que tenía en los Ministros de Dios desde que me aconsejaron que no hiciese nada de lo que me mandase mi Director sin haberlo consultado con Dios en la oración, porque tenía que tener yo la prudencia que le faltaba, etc., ¡qué situación tan penosa! [39]

[519] Todo el año 1909 y primeros meses de 1910, como vivía inquieta y llena de ansiedades y no encontraba la paz en mis confesiones con los Ministros de Dios, aunque lo procuraba, me confesaba con Dios N. Señor muchas veces cada día.

[39] Este consejo, que le dio el señor Arzobispo, aunque objetivamente bueno y dado con buena intención, dada la propensión al escrúpulo de la M. Sorazu, contribuyó a agravar su situación. Y paradójicamente, esta religiosa, a la que vemos aquí devorada por los escrúpulos y torturas de conciencia, reunía, según dicen las monjas que vivieron con ella, dotes singulares para consolar a las atribuladas y escrupulosas; sabía, sobre todo, infundir esperanza.

Cuando me levantaba e iba al coro, hacía confesión general con Jesús Sacramentado, a quien hacía un relato histórico de mi vida, tributándole gracias por sus beneficios y pidiendo perdón de mis pecados y que me restituyese al estado de inocencia y gracia bautismal por los motivos más divinos y eficaces para conmover su Corazón y obtener la gracia que solicitaba.

Ya antes había hecho otra Confesión con Dios Uno y Trino presente en nuestra celda en el momento mismo de levantarme de la cama, aunque esta primera confesión la hacía con brevedad y en términos generales, pero con mucha fe y fervor, y sobre todo muy arrepentida.

Hacia las cuatro de la mañana, en un lugar solitario, mirando al cielo, hacía una segunda confesión general con la Beatísima Trinidad, en la que empleaba una hora poco más o menos.

[520] No es posible que exprese las diligencias que hacía con todas y cada una de las divinas Personas para que, absuelta de mis culpas, me recibiesen a su abrazo divino restituyendo mi alma al estado de inocencia y gracia bautismal.

A las cinco, cuando iba al coro, hacía otra confesión con Jesús Sacramentado, en la que me acusaba de las faltas e imperfecciones que creía haber cometido desde mi última Confesión Sacramental, y en general de todos los pecados de mi vida, individualizando los que calificaba más graves con mucho dolor y firme propósito de la enmienda.

Al tiempo de salir del coro, volvía a confesarme de nuevo, y todo el día continuaba así, repitiendo la Confesión con dolor y ansia de recobrar la gracia (que creía perdida) crecientes, ora en la celda, ora en el coro, doquiera que estaba.

En estas confesiones encontraba alivio y descanso en mi profundo penar, y ordinariamente me consolaba y favorecía mucho Dios N. Señor, especialmente en la confesión general que hacía con la Beatísima Trinidad en el cielo, y con

Dios Uno y Trino presente en nuestra celda y en todo lugar.

[521] Pero en estas comunicaciones divinas, aunque gozaba mucho y no podía dudar de su bondad, no hallaba completo descanso y tranquilidad de espíritu por estar persuadida de que la tranquilidad debía comunicarme Dios por medio de sus Ministros, en cuyas manos puso las llaves del cielo, y no directamente por sí mismo, y si (como pensaba) no estaba en estado de gracia, perdería a Dios para siempre a pesar de los muchos y singulares favores que recibía continuamente de su infinita liberalidad.

En la segunda quincena de Mayo de 1909 padecí una tribulación muy grande, la que me ocasionaron tres religiosas [40], especialmente una, la misma que mencioné en otro lugar. La tribulación no consistió precisamente en las molestias que me ocasionaron las religiosas de referencia, sino en las serias preocupaciones que me motivaron y que me impidieron reposar en Dios.

Y como no podía vivir un momento fuera de Dios, mi vida, mi centro y mi descanso, sin padecer violencia y una especie de muerte, padecí lo indecible en esta tribulación, especialmente una noche en la que pensé desesperarme de puro violenta y aburrida de tanto padecer, y padecer *sola,* porque no podía desahogar mis penas con nadie fuera de Dios N. Señor.

[522] Pasados tres o cuatro días padeciendo horrorosamente, una mañana, cuando salió del coro la Comunidad con dirección al refectorio, me quedé un momento ante el Sagrario, y hablando con mi Dios Humanado Sacramentado, le dije: «Si cuando vivíais en el mundo os diesen noticia de un alma tan atribulada como la mía, estoy segura que a pie descalzo y a costa de grandes fatigas hubieseis salvado la distancia que os separara de ella, aunque se tratase de una extraña y desconocida, para consolarla y librar-

[40] *Tres religiosas* dice el original. En la 1.ª ed. se lee *las religiosas.*

la de su triste situación. ¿Cómo es que a mí, que os amo tanto, tan íntima y familiar, y que vivo con Vos bajo un mismo techo, no me consoláis ni libráis de esta terrible tribulación que padezco tan sola y sin alivio?»

Por toda respuesta, Jesús Sacramentado, comunicó a mi alma no sé qué gracia que cambió por completo mi triste situación, y salí del coro libre de mi terrible tribulación.

No recuerdo si el mismo día u otro, pero fue por entonces, Dios Uno y Trino, que hacía tiempo aparecía (*sic*) descender del cielo empíreo a la región del aire para comunicarse a mi alma salvando el espacio que me separaba de El, apareció (*sic*) aproximarse a mí, y empezo a dejarse hallar, y poseer de mi alma en una altura sublime que parecía estar fuera de mí, pero que debía ser mi propio espíritu, pues doquiera que iba le llevaba conmigo y le poseía.

Desde este momento mi comunicación con Dios fue más íntima, más elevada, espiritual y divina, y empecé a gozar una especie de bienaventuranza que parecía derivarse a mi espíritu de la divina Bondad, cuya presencia sentía.

[523] Todo lo veía lleno de Dios, las habitaciones, huerta, jardín, todo, hasta las tejas del tejado, en las que me parecía ver a Dios N. Señor.

Gozaba mucho con esta visión continua de la Divinidad, de su divina Bondad recibía soberanas mercedes y elevadísimas comunicaciones, y a pesar de esto continué padeciendo indecibles penas a causa de la incertidumbre que me devoraba en orden al buen o mal estado de mi conciencia, cuyas penas parecía se elevaban a grado más intenso a medida que se multiplicaban las divinas comunicaciones, debido sin duda a mis progresos en el conocimiento y amor de Dios y al temor de perderle si no estaba en gracia del mismo Dios, como yo me persuadía.

¡Qué felicidad tan perfecta gozaba, y qué delicias tan inefables experimentaba en mi trato y comunicación con Dios doquiera que le buscaba y me dirigía a El, y cuando le contemplaba inmaculado, infinitamente Justo, la Santi-

dad por esencia!, pero al propio tiempo ¡cuánto padecía pensando que estaba en pecado mortal porque no veía el medio de salir del supuesto mal estado de alma! ¡Qué bondad y ternura tan divina y paternal veía en Dios hacia mi pobre alma, qué cariño, qué afabilidad, cuánta providencia y misericordia!, y a pesar de esto, ¡qué penas tan amargas padecía pensando que estaba en desgracia de este Dios tan Padre mío, que no cesaba de prodigarme sus cuidados y gracias de predilección, y me hacía partícipe de su misma bienaventuranza en cierto sentido!

[524] En estas amargas penas que padecía al tiempo mismo que gozaba en mis relaciones con Dios, me sostuvo el conocimiento o recuerdo de la infinita Sabiduría, cuya providencia y bondad sabe sacar bien del mal y confiaba con cierta seguridad que me sacaría a puerto seguro del triste naufragio que padecía y mis presentes penas se convertirían en inefables consuelos, aunque ignoraba cómo se realizaría esto, y veía como cerradas todas las puertas de salida del estado de pecado mortal en que me creía.

El secreto del contraste que presenta el alma en este período es que Dios se comunica a ella como influencia gloriosa y dolorosa en tiniebla divina o claridad tenebrosa [41] que lo envuelve y penetra.

[525] En el mes de Septiembre de 1909 mi Director tuvo que hacer una larga ausencia, y al despedirse me entregó mis escritos, los que había tenido en su poder.

Me mandó que los guardase cuidadosamente, y lo hice hasta que tuve noticia de su vuelta de regreso, que me dio la gana de destruirlos.

Luché un día o dos con esta tentación, y cuando creí haberla vencido por la resolución que tomara de conservarlos en atención siquiera a mi Director, me entró la curiosidad de mirarlos (lo que no había hecho hasta entonces por estar

[41] ... *en tiniebla divina o claridad tenebrosa,* dice el original. En la 1.ª ed. se lee *en tiniebla divina o claridad.*

empaquetados), y cuando los miré y vi en ellos letra de mi Director —el cual hablaba de mí en sentido favorable—, no pude menos de disgustarme y destruirlos, y así lo hice, pensando que en ello prestaría un servicio a Dios N. Señor y me procuraría la tranquilidad, toda vez que me había dedicado a escribir contra mi voluntad.

Vino mi Diorector, y enterado de lo que había hecho, se disgustó terriblemente y me reprendió y afeó mi temeridad, y con precepto formal de obediencia me mandó que reprodujese los escritos que había destruido.

[526] En virtud de este mandato, me dediqué a escribir los meses de Enero, Febrero y primera quincena de Marzo del año 1910, en cuyo tiempo reproduje mis escritos, en parte nada más, los que también destruí más adelante cuando los vi en mi poder, por haber impreso en ellos su sello mi Director espiritual, y porque había consignado al principio el concepto que tenía de mi alma pecadora, cosa que no lo pude tolerar.

Pero cuando los destruí segunda vez, ya no me dirigía con el Director de referencia, por lo que no temí ocasionarle nuevo disgusto.

El año 1909 (o principios del siguiente), al ejercicio que practicaba para agradecer a Dios el beneficio de la Encarnación sustituí el afecto de complacencia con que amaba y me gozaba en Dios y en sus divinas perfecciones en la forma siguiente:

Contemplaba el Ser divino personificado en el Padre, a quien felicitaba por su existencia divina y eterna y perfecciones infinitas: gozábame en su felicidad más que si fuese propia, y decíale que si el Ser divino que tiene de sí mismo lo recibiera de otro, a éste tal me vendiera por esclava en retorno del beneficio que le dispensara comunicándole la existencia, y que si fuera yo Dios Padre, dejaría de serlo porque lo fuera El.

[527] Después de gozar y congratularme con El en su bondad y gloria infinita, le entregaba mi alma, la que ponía

al servicio de su gloria y felicidad infinita, dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase y fuese su divino beneplácito.

Contemplaba la generación eterna del Verbo, y con grande entusiasmo amaba y me gozaba en esta divina Persona, y dirigiéndome a Dios Padre, me entregaba a El toda, dispuesta a hacer y padecer cuanto le plazca en agradecimiento de la existencia e infinitos tesoros de gloria que le comunica en su eterna generación, cuya generación del Verbo me ofrecía a compensarle con especiales servicios y mayor reconocimiento que si fuese yo la interesada.

Entregaba luego al Verbo su divina y eterna existencia, diciendo que en adelante lo mirase como un presente o regalo mío, pues me lo había apropiado en virtud del ofrecimiento que hiciera al Padre, que lo gozase en buena hora, pues lo quería para El de tal manera, que si fuese yo el Hijo Unigénito de Dios dejaría de serlo para que lo fuera El, y si tuviese a mi servicio la divina Omnipotencia y fecundidad divina del Padre, como Este le comunicara la existencia con las infinitas riquezas que atesora su divina Persona constantemente sin interrupción, y después de gozarme y congratularme con El en su felicidad y gloria infinita, me ponía a su servicio dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase y conviene a su gloria.

[528] Contemplaba la divina procesión del Espíritu Santo, y llena de amor y entusiasmo hacia esta divina Persona, tomaba por mi cuenta agradecer a Dios Padre y Dios Hijo su divina existencia. A Dios Padre e Hijo me entregaba por esclava, dispuesta a hacer y padecer cuanto les plazca en justa correspondencia a los infinitos tesoros de gloria que comunican a la divinísima persona del Espíritu Santo, asegurándoles que no rehusaría ningún trabajo por doloroso que sea por amor a esta divina Persona, en cuya existencia me gozo más infinitamente que en mí propia. Dirigiéndome luego a Dios Espíritu Santo, me gozaba y congratulaba con El en su existencia y gloria infinita y le decía que en ade-

lante lo mirase como un regalo o presente que le hiciera mi alma enamorada de su Bondad, pues si yo fuese Dios Espíritu Santo dejaría de serlo porque El lo fuera y después de haberme regalado con esta divinísima Persona, le entregaba mi alma con todo cuanto tengo y soy para que se sirva de mí a su placer, anhelando acrecentar su gloria y felicidad accidental, ya que no la esencial por ser consumada e incapaz de aumento.

[529] A principios del año 1910, un día, estando en el locutorio oyendo una plática sobre la sagrada Comunión, recibí cierta luz o noticia en orden a las comunicaciones de Dios *ad intra,* en gracia a cuya noticia empecé a practicar un ejercicio de adherencia o identificación con las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad y con la Virgen Santísima en esta forma: Dirigiéndome a Dios Padre le exponía mi ardiente anhelo de poseerle, de identificarme con su Bondad y transformarme en El y mi indignidad, y no pudiendo consentir que se rebajase al abismo sin fondo de mi nada y pecado, ni pudiendo tampoco resistir al impulso de identificarme con El, le presentaba la divina Persona del Verbo Encarnado y con El mi alma pecadora, rogándole que me recibiese y absorbiese en su infinita Personalidad; puesto que lo podía hacer sin detrimento de su gloria y confundida mi existencia con la suya, reprodujese la eterna generación del Verbo y produjese en mi alma los portentosos efectos de santidad que su Bondad produce en la divina Persona del Verbo, con todos los tesoros que le comunica, para que devolviéndole gracia por gracia y don por don con la fidelidad que lo hace su Unigénito, le procure la gloria y complacencias infinitas que le procura el mismo divino Verbo, en cuanto Dios y en cuanto Hombre.

[530] Dirigiéndome al Verbo Encarnado, le exponía mi ardiente anhelo de identificarme con El y mi indignidad, y no pudiendo consentir que su Majestad divina se rebaje uniéndose a la nada y pecado, para salvar el infinito abismo que de El me separa, presentábale la divina Persona del

Padre, y con Dios Padre mi alma pecadora, con súplica humilde de que me absorbiese en su infinita personalidad, y que, confundida mi existencia con la suya, hiciese refluir en mi alma los portentosos efectos de santidad y gloria que su Bondad produce en la divina Persona del Padre para que, abrasada en infinitos incendios de amor por El, pudiese procurarle la gloria y complacencias infinitas que le procura su divino Padre, y como Este hacer su felicidad.

Dirigiéndome a Dios Espíritu Santo, le exponía mi ardiente anhelo de identificarme con El y mi indignidad y bajeza, y no pudiendo resistir a la imperiosa necesidad que sentía de adherirme a su Bondad, ni mi amor consentir que su Majestad altísima se rebajase uniéndose a mi nada y pecado, presentábale las divinas Personas del Padre y del Hijo como su principio eterno, y con las dos divinas Personas mi alma pecadora, con súplica humilde de que me absorbiese en su infinita Personalidad y confundida mi existencia con la suya, que hiciese refluir en mi alma los portentosos efectos de santidad y gloria que su divina Persona produce en Dios Padre y Dios Hijo, para que a imitación de estas dos divinas Personas arda en infinitos incendios de amor por El y le procure la gloria y complacencias divinas que le procuran, al propio tiempo que en unión suya amo y glorifico a su Principio eterno y procuro hacer su felicidad.

[531] Por último, dirigiéndome a la Virgen Sma., le exponía mi ardiente anhelo de poseerla e identificarme con Ella y mi indignidad, y para obtener la gracia que solicitaba sin detrimento de su gloria, presentaba a la Señora Dios Uno y Trino y la santa Humanidad del Verbo y en unión suya mi alma pecadora, rogándole que me recibiese y absorbiese en su ser purísimo e inmaculado y, confundida mi existencia con la suya, hiciese refluir en mi alma los efectos de complacencia, gloria y felicidad accidental que su alma inmaculada y santísima y bienaventurada produce en Dios y en su Unigénito Humanado, para que a imitación de las tres divinas Personas de la Beatísima Trinidad arda en sus amores,

viva absorta en la contemplación de su belleza y tenga mis complacencias en favorecerla, acrecentando su gloria y felicidad por todos los medios que están a mi alcance.

Así sea.

Estos dos ejercicios los practiqué por espacio de dos años con mucho consuelo y aprovechamiento de mi espíritu, y alguna que otra vez los practico todavía. Laus Deo.

CAPITULO XV

Nuevas tribulaciones y empleos de mi vida

[532] Habiendo pasado los meses de Enero, Febrero y parte de Marzo engolfada en las ideas divinas que consignaba en el escrito que reproduje por orden de mi Director, y en trato íntimo con Dios N. Señor, el día 22 de Marzo de 1910 me metí en una tribulación muy grande que me ocasionó cierto Confesor que vino a confesar a la Comunidad en concepto de extraordinario de témporas [42], cuyo Confesor me habló de mi Director con algún desprecio y me aconsejó que comunicase mis cosas con otro sujeto.

Y habiéndole contestado que ya lo había hecho y citado el sujeto con quien me había franqueado, díjome que este Padre sería todo lo bueno que quisiera, pero imprudente y amigo también de llevar las almas por caminos extraordinarios y que en cierta población donde habían vivido juntos (era de su Orden) había una religiosa ordinaria a quien había atribuido no sólo dones extraordinarios de gracia, si que también milagros, etc., etc.

Salí del confesonario mal impresionada de oír hablar con tanto desprecio no sólo de mi Director, si que también del Padre de referencia, quien vino a la Comunidad recomendado de su Superior, que le tenía en mucha estimación.

[42] Desde «de témporas...» hasta «el día 25 de marzo», sección omitida en la 1.ª edición.

[533] Comprendiendo que el Confesor extraordinario me tenía por alma ilusa y extraviada por la imprudencia de los Ministros que me habían dirigido y tratado, me metí en un laberinto de confusiones y me atribulé mucho, porque pensé que por medio del citado Confesor me había Dios avisado del mal estado de mi alma y que el espíritu que me dirigía era diabólico, no divino.

Pasados tres días padeciendo horrores (aunque muy favorecida de Dios, cuya acción divina sentía en mi alma de modo muy visible), el día 25 de Marzo, viernes santo, por la mañana, tuve una visión o comunicación divina en la cual vi a Dios Uno y Trino y a la Sma. Virgen muy afables y propicios a favorecerme, y respondiendo a mis anhelos y súplicas dirigidas a los mismos hacía tres días, me insinuó la Señora que Dios Nuestro Señor, por medio del primer Confesor extraordinario que vendría a la Comunidad, pondría fin a mis sufrimientos y tribulaciones padecidas con motivo de la dirección espiritual y de mi incertidumbre acerca de la malicia o bondad del espíritu que me guiaba.

Desapareció la visión, por mejor decir, cesó la divina comunicación, y quedé muy consolada y tranquila esperando con certeza el cumplimiento de la insinuación de la Virgen. *[534]* Pero como había padecido tanto en la idea de que tenía mal espíritu, yo, que tan ardientemente amaba a mi Dios y anhelaba poseer su divino Espíritu, me acerqué a una santa Imagen del Sagrado Corazón que había en la habitación con ánimo de pedir al Salvador me comunicase su espíritu, sentimientos y aspiraciones que ansiaba asimilarme, y mientras hacía esta petición y besaba respetuosamente la llaga del divino Corazón anhelando beber en él su vida divina, me quedé como enjesusada, y todo aquel día y cuatro semanas siguientes viví metida en una idea divina de Dios Humanado o del Amor divino Encarnado, abrasada en su amor y rebosando júbilo, felicidad y vida.

Todo el tiempo libre lo empleaba en visitar las Imágenes de Jesucristo llagado para besar tan amorosa como respe-

tuosa su costado abierto (a cuya llaga me aficioné mucho) y recrearme contemplando el infinito amor de su llagado Corazón y beber en él su vida divina, que anhelaba asimilarme con su espíritu, sentimientos y aspiraciones.

Cuando se aproximó la fiesta de la Ascensión, quise dedicarme a la meditación de los misterios de la Resurrección y Apariciones del Salvador, pensando que no le había obsequiado por estar ocupada toda en la idea del Amor del mismo divino Señor, que me dominaba.

[535] Previas las meditaciones indicadas, celebré la solemnidad de la Ascensión con el entusiasmo de costumbre, y en él, como igualmente en la Dominica precedente (o sea, la 5.ª después de Pascua), recibí especiales comunicaciones y pruebas de amor de la infinita liberalidad de Dios Humanado, y continué en estado de consolación, muy metida en Dios y favorecida de su Bondad hasta la tarde del Domingo de Pentecostés, que me sobrevino una tribulación terrible.

Pasé unos 14 días padeciendo indecibles amarguras, persuadida de que estaba en pecado mortal, que era un alma extraviada y que a pesar de mis esfuerzos y sacrificios por agradar a Dios, no había acertado a complacerle en ninguna cosa en todos los días de mi vida, sino que le tenía muy disgustado con mi manera de ser y proceder en todo. A esta tribulación se agregó un disgusto o desengaño que recibí de mi Director Espiritual que me dijo varias inexactitudes inspirado en el criterio y mala voluntad de una religiosa que trataba de perjudicar a la Comunidad, y como medio de conseguirlo le convino desacreditarme con el Confesor ordinario, que era mi Director [43].

[536] Estando sumida en esta terrible tribulación, un día orando ante el Sagrario, me sentí llamada a una unión más íntima con Dios Humanado, mediante una entrega total de mi ser físico y moral, muerto a sí propio para vivir la vida divina de Jesucristo.

[43] Desde «quien me dijo varias inexactitudes...» hasta «que era mi Director», pasaje omitido en la 1.ª edición.

Para que fuese grata a Jesús la oblación de mi ser y responder al propio tiempo a mi anhelo de pertenecer a la Virgen Sma. a la vez que a Jesús, diferí el acto de entrega para el siguiente domingo, 5 de Junio, fiesta del Purísimo Corazón de María, y entre tanto procuré prepararme realizando muchos actos de justificación y practicando varias virtudes.

El día 5 de Junio reiteré mi total entrega a la Virgen Santísima con súplica humilde de que recibiese mi alma en la suya, mi corazón, cuerpo, vida y existencia en su existencia, vida, cuerpo y corazón, y que en adelante fuese Ella quien viviese en mí y me diese parte en todos sus actos y movimientos, que anhelaba reproducir con exactitud desde la mirada de su entendimiento informado en la clara visión de Dios, hasta el movimiento del miembro más débil de su sagrado cuerpo en la forma posible a una criatura mortal.

Realizado este acto de entrega, en unión de la Virgen Santísima, me entregué a Jesús toda, muerta a mi propio querer y vida, dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase y conviene a su gloria, anhelando ser su fiel copia y una exacta reproducción de su vida divina humanada.

[537] Entendí que Jesús me exigía el sacrificio de cambiar de Director [44].

Llamo sacrificio porque amaba mucho a mi Director, por cuyo medio había recibido singulares favores de Dios N. Señor en los cinco años que hacía que me dirigía con él, aunque también padecí mucho los dos años últimos.

Además, sentía ocasionarle un disgusto, el que era inevitable por el afecto que me tenía, y como hija agradecida y cariñosa prefería padecer a disgustar a mi Director espiritual, por lo que tuve que sacrificar mi propio querer para responder al divino beneplácito.

Prometí que me confiaría a la dirección del primer Con-

[44] Desde «Llamo sacrificio...» hasta «por lo que» tuve que sacrificar, etc., sección omitida en la 1.ª edición.

fesor extraordinario que la divina providencia trajese a la Comunidad en conformidad con la voluntad santísima de Dios, que conocí era ésta, y hecho este sacrificio de mi querer, me favoreció la divina Bondad elevándome a cierta unión o identificación con el Verbo Encarnado.

Me vi como asociada a la vida misteriosa, divina y eterna del Verbo Encarnado, en cuya vida de unión realicé innumerables actos con actividad prodigiosa.

[538] Parecíame que presenciaba todos los misterios y episodios de la vida divina del Verbo, comenzando por su eterna generación en el seno del Padre, y terminando con su vida gloriosa a la diestra del Padre y su vida sacramental en la sagrada Eucaristía. En cada uno de estos misterios y episodios de la vida del Verbo Encarnado realizaba muchos actos de reconocimiento, amor y entrega, etc., etc., en unión del mismo divino Verbo a favor del Padre y en unión de Dios Padre a favor del Verbo Encarnado.

Pero lo que me maravilló y produjo divinísimos efectos en mi espíritu fue ver al Verbo divino en todos y cada uno de los episodios de su misteriosa y eterna vida puesto al servicio del divino beneplácito, de la voluntad santísima del Padre. Al cumplimiento de la voluntad del Padre yacía como consagrado desde toda la eternidad, repitiendo en cada uno de los misterios y episodios de su vida divina y eterna: «He aquí que vengo según está escrito de mí al principio del libro (cuyo Principio eres tú y cuyo Libro soy Yo) para cumplir, oh Dios mío y Padre mío, tu santa voluntad, ¿qué quieres que haga?» [45]

Todo el mes de Junio lo pasé muy bien, empleada en realizar, por mejor decir, en repetir los actos que realizara el Verbo Encarnado en su vida misteriosa y eterna a favor de Dios Padre, especialmente su acto de abandono perenne al divino beneplácito, y los actos de complacencia y amor de Dios Padre a favor del mismo Verbo Encarnado.

[45] Cf. *Hebr* 10, 6.

[539] Otra de mis ocupaciones principales por el tiempo que refiero fue asistir en espíritu a todas las misas que se celebraban en el mundo, y acompañar a Jesús en todos los Sagrarios y Tabernáculos donde yacía Sacramentado, y procurar recibirle en mi pecho, alma y corazón tantas veces cuantas eran las almas que dejaban la sagrada Comunión pudiendo recibirlo, y con tanto mayor amor y entusiasmo cuanto era mayor la indiferencia y frialdad de los hijos de Adán para con el mismo divino Salvador.

Y al tiempo mismo que me empleaba en estos actos procuraba prepararme para el cambio de dirección que me exigiera el Señor y para lo cual esperaba oportunidad. Laus Deo.

Fin del libro cuarto

LIBRO QUINTO [1]

Contiene la historia de mi vida desde Julio de 1910 hasta el día que terminé de describirla

CAPITULO I

Cambio de dirección: mis sufrimientos los seis meses primeros que me dirigí con el nuevo Director

[540] Habiendo entendido que era un P. Capuchino el Confesor extraordinario por cuyo medio me sacaría el Señor del estado de incertidumbre en que yacía y pondría fin a mis sufrimientos, pensé que este Confesor o Padre sería uno que había venido a Valladolid para predicar un novenario en el mes de Junio de 1910, y en esta idea obtuve permiso del Prelado para que el mencionado Padre confesase a la Comunidad en concepto de extraordinario, toda vez que las religiosas querían confesarse con un Padre de la Orden. El Padre se negó a desempeñar el cargo de Confesor extraordinario diciendo que no tenía licencias de su Superior, visto lo cual me puse en comunicación con el Provincial, quien se ofreció a confesar a la Comunidad como Confesor extraordinario a principios de Julio, siempre que fuese del agrado de nuestro Emmo. Prelado.

[1] Este libro V de la autobiografía de M. Sorazu no se publicó en la primera edición de esta obra, hecha por el P. Nazario Pérez en 1929. Vio la luz por vez primera en las páginas de *Scriptorium Victoriense* 30 (1983), 90-126 bajo el cuidado de Fr. Luis Villasante O. F. M.

El Provincial hacía tiempo que trataba a la Comunidad y era muy estimado de las religiosas, pero servidora había rehusado confesarse con él temiendo que me perjudicaría su trato por lo mucho que se interesaba por mi alma y el buen concepto que tenía de mí, lo que me disgustaba mucho, porque buscaba un Director que tuviese de mi alma una idea exacta, la misma que yo tenía, para que me absolviese de mis extravíos y sacase del extraviado camino en que yacía o me consideraba, lo que no esperaba que haría el mencionado Padre.

Pero la necesidad me obligó a cambiar de dictamen, y el deseo de responder al divino beneplácito, que entendí era que me confiase a la dirección del Padre de referencia, cuyo nombre es Mariano de Vega. Autorizado por el Prelado, vino el Padre a confesar a la Comunidad el día 1.° de Julio de 1910, y previas las diligencias de costumbre para implorar el auxilio y protección de Dios y de la Virgen Santísima, me presenté en el confesonario y dí principio a la confesión como de costumbre diciendo que me encontraba en muy mal estado de alma, en pecado mortal a mi pobre entender. El Padre me hizo varias preguntas, a las que contesté según mi conciencia sin hallar la paz que buscaba en mi cuenta de conciencia ni en los consejos y afirmaciones del Confesor.

Ya me iba a abandonar a la tristeza y desaliento cuando se le ocurrió al Padre decirme que ante Dios se hacía responsable de todos mis actos malos y buenos, pasados y futuros, y que si moría antes que él, en el divino tribunal, cuando me pidan cuenta de mi vida, conteste diciendo que el P. Mariano responderá a los cargos que me hacen, y que si él muere antes rendirá cuenta de mis procederes. Lo mismo fue decirme esto el Padre que quedarme completamente tranquila, como si me hubiese quitado de encima todas las responsabilidades, y salí del confesonario alegre como una pascua. Mientras cumplía la penitencia, entendí que debía confiarme a la dirección del mencionado Padre, y así lo hice, poniéndome a su disposición para que me condujese a Dios

por el camino que estimase conveniente, dispuesta a hacer y padecer cuanto me ordenase para obtener el perdón de mis extravíos, satisfacer a la divina Justicia y merecer la gracia y amistad de Dios.

[541] Cuando me confié a la dirección del P. Mariano era yo la incertidumbre y mutación personificadas, dudaba de todo menos de la existencia y bondad de Dios, y no permanecía en un mismo estado de alma veinticuatro horas seguidas. Mi alma parecía el cielo en días de primavera u otoño, que tan pronto está claro como nublado, y muchas veces parecíame que caminaba por una vía llena de túneles, pues cuando más descuidada estaba gozando de clarísima luz en mis relaciones familiares con Dios, me veía sumergida en un abismo de tinieblas que parecía no tener fondo, de donde salía a otra región de luz más clara y deleitable que la que le procedió, cuando menos lo pensaba y sin diligencias humanas.

Cuando me veía en estos estados de luz y consolación, mi alma quería desbordarse de puro contenta, amorosa y reconocida, y desahogar su gozo en alegres cánticos, pero procuraba contenerla, porque entendía y veía claro que aún no había arribado a la playa, que continuaba mi navegación y que no tardaría en desarrollarse una nueva tempestad en aquel cielo tan limpio de nubes y donde brillaba tan claro el Sol de Justicia, y no me equivocaba.

Cuando me veía en estado de consolación no me acordaba de los trabajos padecidos, parecíame que toda mi vida había vivido rebosando delicias de luz y vida porque tenía presente todos los favores que en el decurso de mi vida había recibido de Dios. En cambio, cuando me veía sumergida en abismo de tinieblas, o caminaba por bajo tierra, por túneles (como yo decía), lo veía todo negro, parecíame que era la criatura más infortunada y que toda mi vida no había hecho más que sufrir, que era el centro de las desgracias y calamidades humanas y el blanco de las iras de Dios, y varias veces me consideré un conjunto de demonios, más aborre-

cible a los ojos de Dios y de los hombres que todos los diablos del infierno.

Estos continuos cambios de alma fueron un medio para que mi nuevo Director conociese a fondo mi alma, pues como le daba cuenta de todo lo que pasaba por mi alma en pro y en contra, le puse al corriente de todos los favores y gracias que había recibido de Dios en el decurso de mi vida y de mi correspondencia e infidelidades, como igualmente de mis extravíos y trabajos que había padecido, y después de haberme franqueado enteramente, hice una confesión general de todos mis pecados por escrito, porque estaba ausente el Director y me urgía hacerlo por ser éste el único medio de tranquilizar mi espíritu inquieto con la aprensión de que engañaba al Director.

[542] Desde un principio, había manifestado al Padre la necesidad de que me humillase y tratase con el desprecio que merece mi vileza y perversidad, para que convencida de que me conocía y tenía de mí idea exacta pudiese descansar en su criterio y tener fe y confianza en la dirección espiritual, cosa que me hacía muchísima falta en el estado de incertidumbre que me encontraba. A esta necesidad respondió mi Director tratándome como a quien había sido y era la más perversa de las hijas de Adán y digna de todo desprecio, si no mediase la vida y sangre del divino Redentor.

Este procedimiento del Director estimaba yo mucho por el hambre que tenía de humillaciones, y por ser el único medio de tranquilizar mi espíritu turbado desde hacía mucho tiempo con la firme convicción de que era hipócrita y tenía engañados a los confesores, religiosas y a todo Valladolid, y le rogaba encarecidamente que continuase tratándome con el mismo desprecio, para lo cual le daba sobrada materia en mis cuentas de conciencia y confesión de mis pasados extravíos, pero sin dejar por esto de interesarse por mi alma pecadora, que cifraba su quietud y descanso en su acertada dirección.

Fuese por responder a mi ardiente anhelo de ser abatida y despreciada, o porque le sorprendiera ver tanta malicia en un alma singularmente favorecida de Dios, cuando hice confesión general, mi Director apareció escandalizado de mis pecados, lo que me impresionó mucho, aunque no lo sentí, porque anhelaba con ardor verme abatida y despreciada de todo el mundo, y mucho más de un Padre que tanto amaba y veneraba en Dios.

Viendo que el Director se mostraba escandalizado de mis extravíos, deseando participar de los sentimientos de desprecio que abrigaba respecto de mi alma pecadora, le supliqué tuviese a bien escribirme una carta epistolar relacionada con mi confesión general y que en ella me diese a conocer la malicia y gravedad de mis culpas, y los castigos merecidos por ellos, haber *(sic)* si de este modo conseguía el propio conocimiento y me fundamentaba en la santa virtud de la humildad, toda vez que yo no podía persuadirme (por entonces) que estaba en mal estado de alma y era objeto de desprecio a los ojos de Dios, debido a la paz y tranquilidad que gozaba y a los favores que me prodigaba la divina Bondad. Accedió a mi súplica el Director, y me escribió una carta contestación a mi confesión general *terribilísima* con fecha 4 ó 5 de Diciembre de 1910 [2].

[543] En la carta, después de afear la malicia de mi alma pecadora y consignar los castigos temporales y eternos merecidos por mis muchos y graves pecados, me aseguró de la manera más solemne que *no vería la cara de Dios* porque no había perdón ni misericordia para mis extravíos [3]. Esto

[2] En la obra *Itinerario místico de la M. Angeles Sorazu,* vol. I, páginas 177-178, puede verse una nota del P. Pobladura, donde se detalla cómo era esta «carta epistolar» que el P. Mariano escribió a la M. Sorazu: su extensión (130 págs.), plan, contenido, etc. Esta carta la destruyó la misma M. Sorazu en Julio de 1914 en ocasión en que se hallaba gravemente enferma y temía morir.

[3] Según advierte el P. Pobladura, *Itinerario,* vol. I, pág. 189, en nota, parece que la M. Angeles sacaba esta y otras frases un poco de su contexto, atribuyéndoles un sentido exagerado. El P. Mariano quería decir «que el alma humana no verá la cara de Dios en esta

último me ocasionó una tribulación de las más terribles, ya por el daño que supone la pérdida de Dios para un alma enamorada de la Bondad divina y que ni un momento puede prescindir de su trato y comunicación, ya también porque veía en Dios lo contrario que me aseguraba mi Director. Dios se mostraba propicio a favorecerme, muy inclinado a perdonarme, y me aseguraba del buen estado de mi conciencia.

Cuando recibí la carta de referencia, hacía más de un mes que mi alma era muy favorecida de Dios, con quien vivía en relaciones familiares muy íntimas, y al ver que mi Director me aseguraba que no vería la cara de Dios, ni obtendría el perdón de mis extravíos, y que me trataba como a quien estaba en pecado mortal, pensé una de dos cosas: que el Dios que conocía y trataba no era el Dios de los cristianos, el Dios Verdad, o que si lo era, me castigaba de la manera más terrible y sensible, cual era mostrarse propicio a favorecerme y complacido de mis procederes estando indignado contra mí y con ánimo de condenarme al infierno.

Empecé a huir de Dios N. Señor, para buscar otro que me dijese la verdad y se mostrase a mi alma bajo el aspecto de severo Juez, resuelto a condenarme como me decía mi Director, con el fin de aplacarle e inclinarle a usar de misericordia con mi alma pecadora: pero cuanto más huía del Dios Bondad y me empeñaba en buscarle enojado, más amoroso, misericordioso y bueno se mostraba el Señor, y más Padre y propicio a favorecerme, insinuándome que no había otro Dios fuera de El, y que no lo buscase, y que lo que me decía mi Director respecto de su cólera irritada contra mí y del estado de mi alma era una prueba.

[544] Viendo que no podía salir de los dominios de la

vida mediante la unión transformativa mientras no se vea libre de todo pecado habitual, aun el más mínimo y de cualquier apetito desordenado; ni la verá inmediatamente en la otra después de la muerte, si en aquel trance decisivo no se hallare libre a culpa y a pena de todo pecado».

divina Misericordia, quise morirme para caer en las manos de la divina Justicia y ver las cosas claras, pensando que Dios N. Señor me engañaba aparentando quererme y estar complacido de mí, cuando mi Director me aseguraba lo contrario. Padecí lo indecible en esta tribulación, y en el exceso de mi dolor llegué a decir a Dios N. Señor que amaba más un perro que mi alma, pues habiéndole rogado tantas veces desde los primeros años de mi vida religiosa que me mostrase su Justicia y se hiciese temer de mi alma para que no le ofendiese, no había querido otorgar mi súplica, se había mostrado siempre propicio y misericordioso, y después de tantos años de trato íntimo con El, me encontraba con que su misericordiosa benevolencia era mera apariencia, toda vez que me aseguraba mi Director que no vería su Faz divina porque no había perdón para mis extravíos.

Cogí un aborrecimiento tan grande a mi propia vida, que me hubiese suicidado si no mediara la prohibición divina y temiera morir en pecado. Quería huir de la compañía de las religiosas y vivir en un desierto confundida con las fieras, pensando que allí estaría más tranquila; y persuadida que en todo pecaba y que el cargo de abadesa, lo mismo que la dirección espiritual, y todos los demás medios de santificación, en lugar de santificarme, contribuían a labrar mi desdicha y eterna desventura, quise abandonar la dirección espiritual y renunciar el cargo de abadesa, y en vista de que no podía realizarlo, me aburría y desesperaba pensando que Dios N. Señor, mi Director, las religiosas y el mundo entero se empeñaban en llevarme al infierno a viva fuerza y contra mi voluntad, que era de hacer penitencia de mis pasados extravíos, evitar toda falta mortal y venial en lo sucesivo y conseguir la salvación para amar y glorificar a Dios eternamente en el cielo.

[545] Pasados unos diez días padeciendo horrores en esta terrible tribulación, mandé a una religiosa que me leyese los Salmos de David para distraer mi ánimo abatido (estaba enferma en cama), y estando oyendo la lectura de los sal-

mos, mientras la religiosa lectora leía el salmo 73, tuve una visión o comunicación en la que vi de una manera clara el estado de mi alma y la predilección de que era objeto por parte de Dios N. Señor, y recordé, entre otros beneficios, uno singular y de mucho consuelo que me dispensó Dios Humanado en el mes de Marzo de 1907, comunicándome la inteligencia del misterio de su reinado eterno contenido en el versículo 13 del citado salmo 73, que dice así: «*Deus autem Rex noster ante saecula operatus est salutem in medio terrae*» [4].

En virtud de esta comunicación, y de lo que entendí después mientras la religiosa de referencia leía el salmo 75, se cambió mi situación, y entré en nueva fase de vida, y en período de consolación, aunque era un estado como transitorio, o de paso para otro más perfecto. De este modo, se terminaron mis sufrimientos y agonías de corazón que padecí los seis meses primeros que me dirigí con el P. Mariano de Vega. Laus Deo.

CAPITULO II

Mis ocupaciones interiores y la marcha de mi alma desde Julio hasta Diciembre inclusive del año 1910

[546] Después que me confié a la dirección del P. Mariano continué practicando los ejercicios de piedad que venía practicando desde hacía dos o tres años, especialmente el afecto de complacencia con que amaba y me gozaba en la existencia de Dios y sus divinas perfecciones, los actos de identificación con las divinas Personas, repetir los actos del Verbo Encarnado en su vida divina en el seno del Padre, en carne mortal, en su vida gloriosa en el cielo y en la Eucaristía, asistir en espíritu a todas las Misas que se celebran en el mundo, acompañar a Jesús en todos los

[4] Cf. *Ps* 73, 12. «Oh Dios, mi rey desde el principio, autor de salvación en medio de la tierra».

Sagrarios y Tabernáculos donde yace Sacramentado, las Comuniones espirituales y actos de desagravio, y el ejercicio de la Pasión.

A estos ejercicios piadosos agregué otros que me inspiró mi Director por medio de sus consejos, pues de todo lo que me aconsejaba o insinuaba, ora verbalmente, ora por escrito, me servía para orar y comunicar con Dios, incluso de los desprecios y humillaciones; v. g., cuando apareció escandalizado de mis pecados me fui a Jesús Sacramentado y postrada a sus pies, llena de amor y respeto, besé su divina mano aceptando aquella humillación y ofreciéndome a ser el blanco de los desprecios, no sólo de mi Director, si que también de todo el mundo por amor del mismo divino Señor, y cogí la costumbre de besar la mano divina de Jesús en todos mis trabajos y tribulaciones con más cariño (si cabe) que cuando me favorece y regala, no queriendo otra felicidad que cumplir siempre y en todo su divino beneplácito.

Pero la dirección del P. Mariano no se limitó a humillar y aniquilar mi alma, sino que al propio tiempo me elevaba a Dios, y así me ayudó mucho a identificarme más y más con la divina Bondad, a cuyo favor me obligaba a realizar muchos actos de reconocimiento, amor y entrega y de todas las virtudes.

[547] El día 6 de Agosto de 1910, a las seis de la tarde, estando en el coro en la oración mental de Comunidad ocupada en realizar a favor de Dios un acto de entrega que me aconsejara mi Director espiritual, tuve una visión o comunicación divina en la que vi a Dios Uno y Trino con grande majestad y gloria, el cual parecía llenar el coro, el templo y todo el orbe con su inmensidad, cuyo mundo, templo y coro desapareció a mi vista porque no veía más que Dios que lo llena y contiene todo lo que existe.

Mostróseme el Señor en actitud de buscar almas para una empresa relacionada con su gloria y la salvación del mundo, especialmente de la nación española, por mejor

decir, la iglesia católica española [5]. Maravillada de ver a Dios buscando almas para defender el honor de su Unigénito Humanado en su esposa la Iglesia, preguntéle si no tenía almas que velasen sus intereses, a cuya pregunta me contestó insinuando que *Sí tenía,* pero que necesitaba más, y sobre todo almas que se entregasen a su voluntad incondicionalmente. Recordé la visión de la gloria de Dios que tuvo el profeta Isaías y la respuesta del Profeta a la pregunta del Señor «Quem mittam? et quis ibit nobis?» [6]. Sentí un ardiente anhelo de hacer mía la causa de Dios, y entendí que el Señor, después de haberme dado a conocer el singular beneficio que me había dispensado en la dirección espiritual del P. Mariano, me decía que en lo sucesivo, dejando el cuidado de mi alma a cargo de su divina Providencia, me dedicase por completo a procurar la salvación de las almas y el remedio de las necesidades de mi santa M.ª Iglesia, especialmente de la Iglesia de España, combatida de sus enemigos los socialistas, masones y anarquistas.

[548] Sentí mucha pena de haber tenido abandonada la causa de Dios y de su santa Iglesia por atender a las necesidades de mi propia alma durante el período de prueba comprendido desde el año 1907 hasta el citado día, y me ofrecí a velar los intereses de la gloria divina con doblado fervor. Y abrasada en el celo de la gloria de Dios, bien de la Iglesia y salvación de las almas, y movida de un sentimiento de odio hacia el diablo, autor de las sectas enemigas de la Iglesia Católica, quise como entrar en batalla con Lucifer para confundirle y arrebatarle las almas que robara a Cristo en el transcurso de los siglos, confiada en la Omnipotencia divina que lograría vencerle, pero como no sabía dónde se hallaba, se lo pregunté a N. Señor, resuelta a buscarlo por todo el mundo y aun en el mismo infierno.

[5] El episodio puede tener relación con la situación política de entonces, cuando Canalejas estaba en el gobierno.

[6] Cf. *Is* 6, 8. «¿A quién enviaré? ¿y quién irá de parte nuestra?»

Por toda contestación, me insinuó el Señor que Satanás estaba entronizado en la inmensa mayoría de las almas que pueblan el mundo, y para destruir su imperio de maldad, me valiese de las armas de la oración y la confianza en su Bondad y Misericordia infinita, de la que tenía tanta experiencia, de mi cordial devoción a la Virgen Sma., y de la intercesión de los santos Angeles y Apóstoles, y que en su acatamiento me interesase singularmente por los católicos españoles *varones,* solicitando a su favor los dones del Espíritu Santo para que con su ejemplo y enseñanzas destruyan las sectas anticatólicas y defiendan el honor de Jesu-Cristo y de su esposa la santa Iglesia. Propuse hacer lo que entendí que quería de mí el Señor, y ser muy humilde para de este modo confundir a satanás *(sic),* a quien quería dar una buena paliza por medio de mi humillación, en castigo de los triunfos que obtuviera su malicia contra el Hijo Unigénito de Dios Dueño de las almas, y así procuré hacerlo. Desde este día, uno de los empleos principales de mi vida fue velar los intereses de la gloria de Dios, procurando el remedio de las necesidades de mi santa M. Iglesia y la salvación de las almas por medio de la oración, la fe y confianza en Dios, la poderosa intercesión de la Virgen Sma., de los Angeles y Santos y de mi propia humillación y aniquilamiento.

[549] Todos los años, hacia fines de Agosto, me sentía llamada a un trato más íntimo y frecuente con los santos Angeles, y con doble motivo el año que refiero, por la misión especial que me confiara la divina Providencia respecto de la salvación de las almas y destrucción del imperio de satanás, mediante la intercesión de la Virgen, Angeles y Santos. En la segunda quincena de Agosto, previos varios llamamientos a asociarme a los Espíritus Angélicos, me identifiqué con ellos y empecé a practicar un ejercicio de oración de súplica e intercesión en unión de los santos Angeles en esta forma. Una vez cada hora, en unión de la Virgen Sma., de S. Miguel y todos los coros angélicos, me

presentaba ante el trono de Dios Humanado, a quien rendía vasallaje y a cuyo favor realizaba muchos actos de virtud en nombre de todo el género humano y terminaba con un acto de abandono a su divina voluntad. Luego, en unión ora de S. Miguel, ora de S. Gabriel, de los siete Angeles que asisten a su trono, de los Angeles, de los Arcángeles u otro Coro que elegía para la hora presente, le hacía súplicas especiales a favor de la santa Iglesia. Tenía interesados a todos los Espíritus Angélicos en mi empresa de glorificar al Verbo Encarnado y salvar almas, y al efecto todas las horas del día y de la noche consagraba a la oración en unión de los santos Angeles.

La oración empezaba cada hora tributando gracias a Dios por la creación y dones concedidos al Angel o Angeles en unión de los cuales me presentaba en su acatamiento para pedir el remedio de las necesidades de la santa Iglesia y la salvación de las almas. Anhelaba destruir el imperio de satanás arrebatando de su tiránico poder todas las almas que posee para devolvérselas a Jesucristo, y en vista de que no lo podía conseguir, quisiera tener tantas almas cuantas posee el diablo para resarcir el detrimento causado a la gloria del mismo divino Verbo Encarnado con los triunfos obtenidos por satanás y ser para éste *un azote,* lo que procuraba practicando la humildad y sumisión a la voluntad santísima de Dios, en cuyas manos colocaba mi alma, rogándole que con ella diese una buena paliza al diablo que le doliese de veras, para que escarmentado desistiese de su empeño de pervertir almas.

Y a los santos Angeles encargados de la custodia de las almas rogaba que ahuyentasen de éstas al diablo y diablos que se preparaban para tentarlas y los mandasen a mí, que yo los vencería con el auxilio divino y la protección de los mismos Angeles para que las almas, libres de las asechanzas de los malignos espíritus, se conservasen en gracia de Dios y en condiciones de recibir y responder a sus santas inspiraciones, y, si estaban en pecado, saliesen de su mal estado.

[550] En el período de vida que refiero, sentía un ardiente anhelo de glorificar a Dios Humanado y compensarle todas las obras que realizara a gloria del Padre y del Espíritu Santo, a favor de la Virgen Sma., de los Angeles y de los hombres, y con este ardiente anhelo presentábame ante su trono en el cielo muchas veces cada día para ofrecerle los servicios, méritos y alabanzas que le tributan todos los Santos y Bienaventurados, S. Miguel con todos sus Angeles y la Virgen inmaculada, y el amor, la gloria y complacencias que le procura Dios Padre y Dios Espíritu Santo dentro y fuera de la Divinidad, rogándole que lo recibiese en su nombre y mío como humilde prueba de mi reconocimiento y amor a su Bondad por la gloria infinita que ha procurado y procura al Padre y al Espíritu Santo, y los beneficios que ha dispensado y continúa dispensando a su Madre Sma., a los Angeles y al género humano. Este ejercicio y la oración de súplica e intercesión en unión de los santos Angeles fueron el empleo principal de mi vida desde fines de Agosto hasta el mes de Noviembre.

[551] El día 9 ó 10 de Septiembre, en el coro, tuve un sentimiento íntimo, altísimo, inefable de la presencia de Dios, quien se mostró a mi alma actuado en el inefable misterio de su Trinidad Beatísima, o sea, en la eterna generación del Verbo y Procesión del Espíritu Santo, anegado en la gloria infinita que le resulta de sus divinas comunicaciones *ad intra,* rebosando bondad, bienaventuranza y felicidad, ansioso de comunicarse a las almas.

Desde este día tomé la costumbre de ofrecer a Dios mi alma para que descansase derramándose en ella y se procure la gloria que le resulta de su comunicación *ad extra,* previa la protesta de mi indignidad y la pregunta de si ¿esperaré a ser perfecta para entregarme a la Bondad divina que quiere comunicarse a las almas?, a cuya pregunta me respondía yo misma diciendo que diferir la entrega para cuando fuese perfecta y me viese limpia de toda mancha equivale a no entregarme nunca, pues muchas veces lo había pretendido

sin conseguirlo, y que por esto me entregaba a su Majestad limpia o sucia, como estuviese, buena o mala, lo que fuese, con súplica humilde de que me recibiese y adaptase el mismo Dios, purificando y adornando mi alma con sus divinas perfecciones, y se derramase en mí todo cuanto se siente inclinado a comunicarse fuera en virtud de la inefable gloria que le resulta de sus divinas Procesiones.

El día 14 de Octubre de 1910 fui reelegida abadesa para un tercer trienio, en cuyo día recibí especiales pruebas de amor y misericordiosa benevolencia de Dios N. Señor, y, sobre todo, de la Virgen Santísima, legítima Superiora de esta santa Comunidad.

El día 1.º de Noviembre, fiesta de todos los Santos, oyendo leer el punto de meditación (que se leía como preparación para la oración mental de Comunidad) y en él las palabras del Apocalipsis: «Salud a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero» [7], recibí un favor singular de Dios N. Señor, quien se hizo presente a mi alma en una altura sublime situada en mi propio espíritu con efectos divinísimos, y me elevó a un grado más alto de oración y contemplación y a una comunicación más íntima y familiar.

[552] Desde este día continuó Dios mostrándose a mi alma por medio de cierta noticia oscura, confusa y general de su divina Naturaleza, como velado entre nubes, pero en grado muy alto y con efectos muy divinos. Esta visión o noticia era habitual, y gozaba de ella doquiera que iba, en virtud de cuya noticia o visión vivía elevada a un trato muy íntimo y espiritualísimo con Dios Uno y Trino, con mucho consuelo y aprovechamiento de mi espíritu y complacencia del mismo Dios, a quien alababa en unión de los Angeles y Bienaventurados, repitiendo: «Salud a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero».

Todo el mes de Noviembre fue mi alma muy favorecida de Dios, *pero mucho*. No me dirigía una sola vez a Dios

[7] Cf. *Ap* 7, 10.

Padre, a Dios Hijo o a Dios Espíritu Santo sin que me prodigasen un nuevo favor, y lo mismo la Virgen Santísima. Ora se me mostraban en el fondo del alma llenos de gloria y majestad, ora en una región clarísima de luz, en cuya región o mundo sobrenatural me veía introducida y gozaba de un paraíso anticipado. En vista de lo mucho que me regalaba el Señor, llegué a comprender que su providencia me reservaba alguna tribulación terrible y que ésta no tardaría en imponerse a mi alma, y no me equivoqué.

[553] El día 30 de Noviembre, 1.° del novenario de nuestra inmaculada Madre, en el coro estando oyendo el sermón que predicaba un Padre de la Compañía, R. P. Miguel Díez, sobre la Concepción inmaculada, tuve una visión en la que vi a Dios N. Señor en el atributo de su inmaculada e infinita Pureza, el cual fijó su divina mirada en un abismo que distaba infinito de su divina existencia y sacó de él a la Virgen inmaculada, y trayéndola hacia Sí, la colocó junto a su divino e inmaculado Ser como si fuese una cuarta persona *(ad extra)* en su Trinidad Beatísima, salvando el espacio infinito que le separara de la Señora. No puedo expresar el gozo y entusiasmo que experimenté viendo a Dios en el atributo de su infinita Pureza, y la semejanza y afinidad con Dios de la Virgen inmaculada. Agradecí a la Bondad divina la creación de la Virgen y sus privilegios más que si fuesen propios, y me gocé en su felicidad y gloria, y en la que resulta a Dios del Ser inmaculado de María y de su propia infinita e inmaculada Pureza.

Con odio y aborrecimiento grande a la culpa me arrepentí de mis pecados y detesté todo lo que se opone a la pureza y santidad divina de Dios y de María inmaculada en mí y en todas las almas, con propósito firme de la enmienda y de imitar en lo sucesivo la inmaculada pureza de Dios y de la Virgen en el grado más alto posible. Inmediatamente parecióme que Dios N. Señor, fijando en mí su divina mirada, dividía en dos partes mi existencia, de cuyas partes una marchó fugitiva y se hundió en un abismo más remoto que

aquel del que sacara Dios a la Virgen Sma., mientras que la otra (entendí era la parte superior de mi alma) quedaba como a los pies del Señor y de la Sma. Virgen actuada en su amor y abrasada en el celo de su divina gloria anhelando identificarse con el ser inmaculado de Dios y de la Virgen por la imitación o asimilación del atributo de su Pureza.
[554] Cesó la visión o comunicación, y fijándome en el tabernáculo donde yacía expuesto N. Señor Sacramentado, realicé muchos actos de complacencia por su infinita Pureza, de reconocimiento y amor por la creación y privilegios concedidos a María inmaculada, detestación de mis culpas y propósito de conservar mi alma pura y limpia de pecado, prefiriendo el infierno a cometer un solo pecado venial. Contestando a mi sentimiento y pesar de haber perdido la gracia Bautismal, Dios Humanado Sacramentado me mostró los inagotables tesoros de caridad que encierra su divino Corazón, el amor infinito que siente hacia los pobrecitos pecadores, y cómo de su misma inocencia y pureza inmaculada se sirve para compadecerse y ser más indulgente y benigno con las almas pecadoras, y con la pobre mía, que, arrepentida de sus extravíos, anhelaba transformarse en el mismo divino Señor infinitamente puro y santo. No recuerdo si me absolvió o no de mis pecados, pero sí que después de esta visión quedé inundada de gozo, y como si nunca hubiese cometido ningún pecado, hecha un cielo de paz y felicidad, perdidas todas las ideas de la culpa y del remordimiento.

En este estado de alma me hallaba el día 6 ó 7 de Diciembre, cuando recibí la carta contestación de mi confesión general, que me escribió mi Director, y me sobrevino la terrible tribulación que consigné en el capítulo precedente. Puede inferirse el efecto que produciría la citada carta en un alma que se creía limpia de pecado, en gracia y amistad de Dios y singularmente favorecida de su Bondad y que yacía abrasada en el amor de la Pureza y Santidad divina de Dios y de la Virgen inmaculada.

[555] Libre ya de la terrible tribulación, me preparé para celebrar los santísimos y divinos misterios de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios, en lo que empleé varios días, especialmente el día y noche del 24 de Diciembre, en cuya tarde me confesé con mi Director espiritual con mucho consuelo y aprovechamiento de mi espíritu, porque todas las absoluciones que recibía por conducto de mi Director producían efectos muy divinos en mi alma, como igualmente sus consejos y exhortaciones, debido, sin duda, a la fe y confianza que tenía en él, que era muy grande.

El 24 de Diciembre por la noche, mi alma entró en nueva fase de vida. En virtud de cierta noticia o visión de Dios Humanado, me introduje en un mundo sobrenatural, donde no veía más que a Jesucristo, al Verbo Encarnado en el atributo del amor bajo forma bellísima, a quien llevaba conmigo doquiera que iba. No podía pronunciar, recordar, ni oír el nombre de «Jesucristo» o «Dios Humanado» sin ver a Jesús presente a mi alma en un horizonte divino abierto a mi vista, y en Jesús, todo el amor que encierra su divino Corazón hacia mi alma y para con todos los hijos de Adán. Parecíame ver al Hijo Unigénito de Dios unido a nuestra humana naturaleza en un momento solemne que se confundía con la eternidad, en todo el esplendor de su belleza y majestad infinita, cuya visión me producía efectos maravillosos, sobre todo de amor y entusiasmo por el mismo divino Señor.

El horizonte divino donde aparecía el Verbo Humanado no era otro que mi propia alma, la que parecía haberse transformado en una región de luz candente. Es por esto que me costaba mucho buscar a Jesús en el cielo o en el Sagrario, donde no podía comunicar ni poseerle sino a través del espacio que de El me separa, mientras que en el horizonte abierto a mi vista le poseía sin necesidad de salir fuera de mi propia alma. De esta visión de Dios Humanado (que califico *noticia* del misterio de la Encarnación) gocé desde la noche del 24 hasta el 29 de Diciembre habitual-

mente, y continué después por espacio de tres meses con intervalos o de un modo transitorio, aunque con frecuencia. Laus Deo.

CAPITULO III

Doble vida de goces y sufrimientos que simultáneamente viví desde fines de Diciembre de 1910 hasta Junio de 1911

[556] En el mes de Octubre o Noviembre del año 1910 mi Director me indicó la conveniencia o utilidad de que escribiese este relato histórico de mi vida, y su voluntad acerca de esto. Hacía muchos años que había entendido que era ésta la voluntad divina, pero creí que no llegaría a realizarse, por lo que vivía tranquila, hasta que entendí la resolución de mi Director, que empecé a preocuparme y a sufrir en este sentido, y fue éste el motivo principal de mi desesperación en la terrible tribulación que padecí la primera quincena de Diciembre, porque entendí de una manera clara que me obligaría a escribir mi vida el Director que me trataba como a la mujer más perniciosa que hubo en la Iglesia en la serie de los siglos, y me aseguraba de la manera más solemne que no vería la Cara de Dios.

Después de las pascuas de Navidad, al tiempo de despedirse para ir a León y a su residencia, mi Director, con precepto formal de obediencia, me mandó que comenzase a escribir mi vida inmediatamente después de la fiesta de la Epifanía. Me atribulé mucho con este mandato, y padecí un aborrecimiento y repugnancia grande hacia la dirección espiritual, que hubiese abandonado con gusto por sustraerme al trabajo de escribir mi vida, a los consiguientes temores y ansiedades de mi conciencia tímida, que se turbaba ante la posibilidad solamente de parecer buena a los ojos del mundo.

[557] El día 5 de Enero de 1911 tuve una visión o comunicación divina, en la cual vi o entendí el amor infinito

y eterno que Dios Padre profesa a su Unigénito Humanado y las complacencias divinas que le procura. Participando los sentimientos de amor y complacencia que Dios Padre abriga respecto de su Hijo Unigénito, sentí un ardiente anhelo de glorificar al Verbo Encarnado iniciando a las almas en el conocimiento de su infinita Bondad y Soberanía por medio de una como descripción de su vida divina y eterna. Vi la íntima relación que unía a la vida divina del Verbo Encarnado, todo amor y ternura para con los hombres, el relato histórico de mi vida, que debía escribir por orden de mi Director, y en vista de que en este relato histórico aparecía el Verbo Encarnado en el atributo de su infinito amor al género humano, disipáronse mis temores, desapareció mi repugnancia y tomé la resolución de cumplir el mandato relativo a escribir con el entusiasmo que si redactase los amores de Dios Humanado y la historia de sus finezas a la humanidad pecadora.

Como lo propuse lo practiqué o empecé a practicarlo, poniendo manos a la obra el día señalado por la santa obediencia. Pasé unos quince días tranquila, y favorecida de Dios, en estado de consolación, pero el día 20 de Enero me sobrevino una nueva tribulación, en la que padecí indecibles penas y inquietudes con motivo del libro manuscrito que mi segundo Director remitió al P. Mariano. Este libro era el que reproduje por orden de mi segundo Director a principios del año 1910, el cual pensaba destruirlo porque temía que el P. Mariano, enterado de su contenido, me obligaría a escribir sobre el mismo asunto, y también porque dicho libro, en todas sus páginas, lo había sellado con su sello mi segundo Director y añadido de su letra el buen concepto que tenía de mis cosas, lo cual me disgustaba mucho, y era causa de grande sufrimiento para mi pobre alma [8].

[8] Se refiere a la *Vida divina de Jesús,* obra que la M. Sorazu escribió y destruyó varias veces, y que hoy no se conserva. Véase POBLADURA, *Una flor siempreviva,* pág. 112.

[558] Con motivo de haberse enviado dicho libro manuscrito al P. Vega, reprodujéronse los temores y ansiedades que había padecido los dos años últimos que me dirigí con el Director de referencia, y me metí en un laberinto de confusiones y de sufrimientos horroroso, pensando que había ofendido a nuestro Señor gravemente en escribirlo, porque era pura ficción de mi fantasía todo lo que contenía dicho libro, y que ofendía también gravísimamente a Dios N. Señor obedeciendo al nuevo Director en lo relativo a escribir mi historia, cuya historia no era otra cosa (ni sería por más que me esforzase en decir la verdad) sino un conjunto de mentiras y que labraría mi eterna desventura a costa de los sacrificios inmensos que había hecho y continuaba haciendo por obedecer a mis Directores, pues me condenaría infaliblemente.

Es indecible lo que padecí en la ocasión que refiero, si bien debo a la infinita misericordia de Dios la gracia del sentimiento de su divina presencia y otros favores que me prodigó en mi terrible tribulación. Mi primer sufrimiento lo constituyó la aprensión de que había ofendido a Dios N. Señor obedeciendo a mi segundo Director en lo relativo a escribir el consabido libro, cuyo contenido era pura ficción. Hallándome en este estado de sufrimiento recibí varias comunicaciones o revelaciones de Dios N. Señor y del Verbo divino de mucho consuelo para mi alma, pues fueron una como confirmación de los misterios divinos y materias contenidas en dicho manuscrito, pero estaba yo en un estado de incertidumbre tal, que aunque por entonces, o sea, mientras recibía las indicadas comunicaciones, veía las cosas claras y gozaba de paz y consuelo, en el momento que cesaba aquel influjo, volvía a mis dudas, temores y sufrimientos. *[559]* Dudaba de todo, hasta de mi propia existencia, pues no me atrevía a asegurar nada, ni siquiera que vivo, porque todas las cosas me parecían dudosas, ¡tan grande era mi perturbación e incertidumbre! Sólo no dudaba de la existencia de Dios y de su Bondad infinita, que creía con

toda certeza y fe vivísima. Mi segundo sufrimiento constituyó la firme convicción de que ofendía a Dios N. Señor en relatar por escrito los favores que había recibido de su Bondad en el decurso de mi vida, y que si continuaba escribiendo mi historia me condenaría infaliblemente, porque no diría una verdad.

A esta aprensión se agregó el sentimiento de haberme procurado mi eterna condenación a costa de tantos sacrificios como había hecho por obedecer a mis Directores segundo y actual en lo relativo a escribir, que ciertamente fueron muchos, y muy grandes, y se agregó también una fuerte tentación de abandonar la dirección espiritual, la que me parecía que había sido una fuente de sufrimientos y desventuras para mi alma y sería como la causa de mi eterna condenación. El trabajo escriturario y la dirección espiritual los temía como el infierno, y más, porque al sentimiento de mi presumida condenación, que veía como cierta, se unía el intenso dolor que me producía la idea del agravio que creía infería y había inferido a Dios escribiendo lo que me habían ordenado mis Directores.

[560] ¡Qué desgraciada soy! (repetía muchas veces), no pudo Dios N. Señor castigar mis infidelidades de modo más terrible que sometiéndome a la dirección espiritual, que ha sido una fuente de sufrimientos y temores para mi alma, y obligándome a escribir por medio de mis Directores. Y ¡que me he de condenar por haber escrito, y porque escribo, habiéndome costado tanto! ¡qué desgraciada soy! Hay muchas almas en el mundo que padecen trabajos, y algunas los padecen extraordinarios, pero padecen con la esperanza de que Dios recompensará sus penas en la eternidad; se sacrifican, sí, pero en la confianza de que agradan a Dios con sus sacrificios; yo, miserable, por el contrario, padezco convencida de que ofendo a nuestro Señor hasta con mis sufrimientos y los sacrificios que me impongo por obedecer y por el bien del prójimo, y así he vivido siempre sufriendo sin esperanza

de galardón, persuadida de que recibiré castigos en lugar de premio por mis obras: ¡qué desgraciada soy!

Mi tercer sufrimiento consistió en la idea de que soy hipócrita, y que engañaba a mi Director actual, y que los había engañado a todos, y que si continuaba dirigiéndome con el P. Vega, no sólo ofendería a Dios con mis embustes y mentiras (pues no diría una verdad a mi Director), sino que acabaría mi vida en una hoguera como las beatas hipócritas de otros tiempos, que condenó la santa Inquisición, a la cual me delataría dicho P. Vega. Recordaba con viveza la terrible carta epistolar que mi Director me había escrito en Diciembre, y esta memoria me confirmaba en mis aprensiones relacionadas con mi condenación eterna.

[561] No podía pensar sino en cosas que me hacían sufrir, y sufrir horrores mil cada momento. En mis penas procuraba consolarme con el pensamiento de la presencia de Dios, de su existencia divina y eterna, de su gloria y felicidad infinita, que estimaba más que mi propia felicidad y me procuraba mucho consuelo, pero de esto mismo tomaba motivo para afligirme nuevamente, pensando que en el infierno (donde iría seguramente) no podría gozarme en Dios, porque en lugar de amarle me vería forzada a aborrecerle, y quejábame a nuestro Señor porque no había otorgado mis súplicas, cuando en los primeros años de mi vida religiosa, y después en los períodos de prueba, persuadida de lo mismo, le había pedido que, después de esta vida, me llevase a lugar donde pudiera continuar amando su Bondad y gozándome en sus divinas perfecciones, ya que no podía gozar de su clara visión en el cielo.

¡Ay de mí! (decía), he poseído un bien, y poseo, que estimo más que el premio futuro y que la misma gloria y beatitud que gozan los bienaventurados en el cielo fuera de la visión beatífica, cual es el sentimiento de la presencia de Dios Uno y Trino, la idea de su existencia divina y eterna, mejor dicho, la fe viva con que creo en mi Dios Uno y Trino y el gozo que me produce esta fe y el conocimiento de su

gloria y felicidad infinita e inmutable; pero este bien, único que he poseído en la tierra, esta felicidad mía, se acabará con mi vida mortal, porque iré al infierno infaliblemente, y en el infierno el recuerdo de Dios, el pensamiento de su gloria, que hace mi felicidad en la tierra, constituirá mi mayor suplicio, porque allí no le amaré, sino que me veré forzada a aborrecerle.

[562] ¡Oh Dios mío! y ¡que os he de perder para siempre yo que os amo y no poseo otro bien fuera de Vos! ¡Qué desgraciada soy! Revelábase el Señor a mi alma como Padre amoroso, propicio a favorecerme; en su misericordiosa benevolencia leía la historia de su infinito amor a mi alma pecadora, y entendía que no tenía motivos de temer mi condenación, porque es El el Juez que me ha de juzgar y sentenciar, con cuya revelación me aquietaba unos momentos, pero en seguida volvía a dudar de la bondad de estas revelaciones, y *si esto no podía, pensaba que Dios N. Señor se mostraba* propicio a favorecerme porque previa (*sic*) mi condenación eterna, y como Justo y Bueno quería premiar con estos favores los pequeños servicios que le había prestado, ya que en la eternidad se verá obligado a castigarme.

En el coro, en la celda y en todo lugar Dios N. Señor con bondad y majestad soberana hacíase presente a mi alma y me llamaba para que fuese a El, mejor dicho, para que me abismase en su Bondad, y participase de la gloria, felicidad, paz y descanso que El disfruta; empero, yo no podía responder a su amorosa invitación, unas veces porque me parecía que estaba en pecado, que era hipócrita, y que estaba identificada con la mentira y el pecado, que aborrezco con toda mi alma, lo cual me hacía sufrir lo indecible; y otras veces, porque dudaba de la realidad de aquella invitación, aunque no de la presencia de Dios, que se imponía a mi alma.

[563] Parecíame que no existía nada fuera de Dios que fuese cierto y verdadero; todo lo demás, me parecía dudoso, incluso mi propia existencia, mejor dicho, parecíanme sueño todas las cosas visibles, y mucho más mi vida y mis cosas.

Hasta que me confié a la dirección de los Ministros de Dios, o sea, el tiempo que viví sola sin comunicar a nadie mis interioridades, los favores divinos, los miraba como responsabilidades, obligaciones ante Dios, y motivo tal vez de mayores tormentos en el purgatorio o infierno, nunca los miré como un motivo de honor y gozo.

Es por esto que, en vista del aprecio que mis Directores hacían de dichos favores, temía yo que era hipócrita, que no decía las cosas como son, pues lo que yo miraba como responsabilidades y motivo de mayor castigo e ignominia, mis Directores lo estimaban como un bien para mi alma y para mis prójimos. Lo propio me aconteció cuando comencé a escribir mi historia, en cuya historia las cosas que yo había despreciado o mirado como estorbo hasta entonces, aparecían, o las veía yo de diferente manera, por lo que temía si escribiría mentiras.

[564] Un día, estando con estos temores, pensando que sin duda tenía habilidad para hacer de las piedras dioses, pues presentaban tan agradable aspecto las cosas que relataba por escrito en la historia que escribía por orden de mi Director —sin embargo de mirarlo como un peso inútil en mi alma—, tuve la siguiente visión, o lo que fuera.

Parecióme ver una mujer aldeana en su casita, la cual, recibiendo ciertos objetos o muebles que le remitió cierto Señor, los metió en su casa y colocó en una habitación retirada y oscura, donde los tuvo encerrados mucho tiempo con desprecio, o como si fueran trastos inútiles, que sólo sirven de estorbo, hasta que recibida la orden de sacarlos fuera de casa, vio que eran joyas de inestimable valor, las cuales recogían con verdadero furor las personas entre las cuales se distribuían, y a cuya disposición las había puesto el Dueño.

Me vi figurada en aquella pobre aldeana, y entendí que los objetos (especie de muebles) que ella guardara en su casa y miraba con desprecio, eran los dones y gracias que Dios N. Señor ha depositado en mi alma, y que, como ella, había mirado yo como un peso inútil y gravoso por el mero hecho

de verlos depositados en mi bajeza, y que el parecerme ahora preciosas joyas, esto es, misterios de amor divino lo que yo conceptuaba simples responsabilidades y motivo de mayores castigos, no consistía en mi habilidad para hacer de piedras dioses, sino en la providencia de Dios, que quiso ocultarme el valor de los mismos hasta el momento crítico de exhibirlos por medio del relato histórico de mi vida [9].

Esta visión aquietó mi alma por unos momentos, pero como no sabía con certeza que era Dios quien me revelaba este secreto, volví a mis temores y sufrimientos. A este modo, en todas las penas y dudas que surgían del concepto que tenía de mí, recibía luces y consolaciones dirigidas a tranquilizar mi conciencia alarmada, especialmente cuando recibía la sagrada Comunión. También mi Director me escribió varias cartas ordenadas al mismo fin, las cuales producían en mi alma idénticos efectos, pero pasados unos momentos volvía a mi estado de sufrimiento y de incertidumbre.

[565] Por el tiempo que refiero, recibí otro favor singular, cuyos efectos experimento todavía. Fue que leyendo una de las cartas que me dirigió mi Director por entonces, y en ella la pregunta ¿por qué no me entregaba al Verbo Encarnado para que éste me condujese al Padre?, Dios N. Señor tuvo la infinita bondad de revelarme lo mucho que estimaba mi agradecimiento por el beneficio de la Encarnación y las complacencias que le había procurado con mi reconocido amor y los actos que había realizado a su favor para testimoniarle mi afecto por este singular beneficio por espacio de muchos años.

Vi el valor que dicho reconocimiento tenía en su divina estimación, y entendí que con mi gratitud me había hecho como acreedora a sus predilecciones (por su infinita Condes-

[9] Esta visión de la aldeana que tenía los muebles preciosos en el cuarto oscuro conceptuándolos trastos viejos, se halla también contada en las cartas al P. Mariano: *Itinerario,* vol. I, pág. 210 (carta de 23-I-1911).

cendencia y Liberalidad se entiende) y que como recompensa se me concedía la gracia de ocupar un lugar de preferencia en su infinita y divina Caridad, y una como participación especial del infinito Don que Dios Padre hizo al mundo en su Verbo Encarnado, cuya donación repetiría muchas veces a favor de mi pobre alma. Inmediatamente empecé a experimentar los efectos de esta promesa y de la complacencia que había procurado a Dios con mi gratitud, y fue mi alma elevada a mayor intimidad con las tres divinas Personas.

Este favor, estimable en mi concepto, lo recibí como he dicho dentro del período de sufrimiento y continué gozándolo por espacio de unos cinco meses habitualmente (excepto los días y horas que huía de Dios con la aprensión de que era un alma ilusa, prescrita, etc., etc.) y después ha sido y es el beneficio que mayores bienes y consolaciones ha reportado a mi alma, de tal manera que no puedo pensar en el infinito amor de Dios Padre al mundo, testimoniado con la entrega y donación de su Hijo Unigénito, sin elevarme al mismo Dios en alas del amor y del reconocimiento y de las relaciones familiares que me unen a El.

[566] Parece mentira que un alma que recibía tales pruebas de amor por parte de Dios pudiese padecer al propio tiempo, y padecer tanto, pero ello es cierto, y que mi alma gozaba y padecía, era favorecida de Dios, y temía perderle simultáneamente unas veces, y otras alternando los goces con las penas, los favores divinos con los temores, dudas e incertidumbre.

Esta tribulación duró hasta principios de Febrero, que desapareció merced a las cartas que me escribió mi Director, asegurándome del buen estado de mi alma y prohibiéndome pensar en ninguna de las ideas tétricas que me atribulaban. En la segunda quincena de Febrero padecí un desamparo muy grande, con mucha resignación y tranquilidad de espíritu y pronta a vivir toda mi vida padeciendo el mismo trabajo y morir como Jesucristo en la cruz desamparado de su eterno Padre. Como estoy persuadida que en mi última enfer-

medad padeceré mucho espiritualmente, al verme desamparada de la gracia sensible, y enferma en el cuerpo, creí que me iba a morir pronto y me preparé para el trance supremo. *[567]* En la primera quincena de Marzo, un día, orando a los pies de una Santa Imagen de la Virgen, se apoderó de mí un sentimiento íntimo de mi propia vileza. Quise como abatirme de verme tan miserable y ruin, pero el amor que sentía por Dios y mi celo por su gloria me hizo gozar en el conocimiento propio que debiera afligirme, pensando que me convenía ser miserable y ruin para que Dios lo fuese todo como único y sumo Bien. Sentí tanto gozo, que, temiendo fuese tentación gozarme en mi pobreza y miseria, procuré afligirme, pensando en la malicia del pecado y lo mucho que lo aborrece Dios como Justo, Bueno y Santo por esencia; pero no pude, antes bien experimenté un gozo mucho mayor, hijo del amor que sentía por Dios y por la Virgen Sma. y de mi celo por su gloria.

Al servicio de su gloria puse toda la pureza y santidad increada y creada, con todos los bienes que puedo poseer en el orden sobrenatural y temporal, anhelando que sólo Dios y la Virgen lo sean todo en todas las almas en cuya santidad, gloria y felicidad cifraba la mía, estimando mi pobreza y ruindad como el más rico tesoro, en cuanto que lograba por este medio no ser nada en mí misma y serlo todo en Dios y la Virgen Sma., y que sólo Ellos sean Santos y el centro del amor de las criaturas.

Era tal la complacencia que experimentaba en que Dios N. Señor sea la Pureza y Santidad por esencia y la Bondad consumada, que si, lo que no es posible, se cambiasen las suertes y Dios fuese yo, y servidora fuese Dios, dejara de serlo para que Dios lo fuera, y me quedara pobre, ruin y miserable como lo soy, y lo que diera a Dios diera también a la Virgen [10]. Complació tanto al Señor mi afecto, que, re-

[10] Estos sentimientos y transportes de gozo se hallan largamente descritos en las cartas: *Itinerario,* vol. I, pág. 120 (carta de 11-III-1911).

velándome su infinito amor hacia mi alma, me insinuó que *no veía en mí ningún pecado, sino sus virtudes y perfecciones divinas,* que eran mías a la vez que suyas, y encaminando a mi alma la corriente de sus gracias, hizo caer sobre mí una especie de lluvia de oro, y al propio tiempo el Señor, que se hacía presente en una altura sublime, se aproximó o allegó a mi alma.

[568] Unos momentos más tarde, mientras recorría las estaciones del viacrucis con la Comunidad, de repente apareció junto a mí, a cierta altura, una Faz hermosísima, divina, que entendí era la divina persona del Espíritu Santo, quien me invitó a la contemplación de su bondad y belleza increada y creadora, insinuándome lo mucho que se complace en que mire y contemple las infinitas riquezas que atesora. Sentí un ardiente anhelo de perpetuarme en la contemplación del Ser divino y sus divinas Procesiones, y respondiendo a mi anhelo entendí que Dios Uno y Trino, incluso la santa Humanidad del Verbo, se ponía a mi disposición para que leyese en su divino Ser y en el inefable misterio de la Encarnación del Verbo todas las veces que quisiese como si fuese un libro abierto. Así empecé a hacerlo, leyendo en su divino Ser, Uno en esencia y Trino en personas y en el misterio de la unión hipostática, o sea, en Dios Humanado, cual si fuese un libro, con tanta avidez como satisfacción y hartura, y con saciedad y anhelo siempre crecientes, repitiendo: Ahora me explico que los Angeles y Bienaventurados sienten hambre y saciedad simultáneamente, anhelando ver y poseer lo mismo que poseen y ven, o sea, el sumo Bien. El libro místico comprendía la historia de la Sma. Virgen.

[569] Al principio de la segunda quincena de Marzo empecé a prepararme para la fiesta de la Encarnación, que acostumbro celebrar con especiales obsequios a Dios N. Señor y a su Unigénito Humanado y a la Sma. Virgen. Sobre todo me dediqué de lleno a esta preparación los cuatro días precedentes al 25 de Marzo, en cuyos cuatro días procuré identificarme con la Sma. Virgen, asimilándome sus sentimien-

tos, aspiraciones y virtudes, e hice cuanto pude para hacer de mi alma un tálamo viviente del Hijo Unigénito de Dios y obtener de Dios Padre la gracia de una nueva donación del mismo divino Hijo Humanado, que anhelaba poseer en grado más alto.

Previos muchos actos de reconocimiento y amor, petición e identificación y de otras virtudes, el 24 de Marzo por la tarde fijáronse en mi memoria las palabras del evangelio: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret* [11], en cuyas palabras, no sé de qué manera, vi muchos misterios de amor divino, de la infinita Caridad de Dios anegado en la gloria inefable que le resulta de la eterna generación del Verbo y Procesión del Espíritu Santo, rebosando felicidad y ansioso de comunicar a las almas los tesoros de gracia y gloria que rebosa y fluyen de su Ser. Sentí un ardiente anhelo de adherirme a Dios para recibir las gracias que ansía comunicar a las almas, y sobre todo para recibir las divinas personas del Verbo y del Espíritu Santo, tantas veces cuantas se reproduce la generación divina del Verbo y procesión del Espíritu Santo, esto es, constantemente, sin interrupción.

[570] Supliqué al Señor que me concediese esta gracia, especialmente que me donase su Unigénito, por quien sentía especial amor y entusiasmo, y habiendo repetido esta súplica muchas veces, parecióme que sorprendía: 1.°, a Dios Padre en la eternidad en el momento sin tiempo en que conociéndose engendra a su Verbo; 2.°, a Dios Verbo en su eterna y divina Generación; 3.°, a Dios Espíritu Santo en el acto de unir al Padre y al Verbo en su infinita Personalidad al propio tiempo que procede, y que asociada a la fiesta solemne y continua que en su eternidad celebran las tres divinas Personas participaba de su júbilo y bienaventuranza y de los bienes que la Divinidad rebosa en virtud de la gloria que le resulta de sus divinas comunicaciones, de cuyos bienes

[11] *Jo* 3, 16. «Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único».

el primero y pricipal, y que los contiene todos, es la Encarnación del Verbo.

Aprovechando la ocasión de la solemne fiesta que vi celebrar a Dios, a cada divina Persona en honor de su propia y divina existencia, y del entusiasmo y amor que reflejaban, repetí la súplica de la tarde, rogando a Dios Padre que me donase su Unigénito, y al Padre y al Hijo que me entregasen la divina persona del Espíritu Santo, y entendí que otorgaba Dios mi súplica, con la especialidad de que se entregaba a mi alma no sólo el Hijo, y el Espíritu Santo, si que también Dios Padre; pero todas tres divinas Personas se me entregaban en la santa Humanidad del Verbo, la que apareció a mi vista a manera de un océano infinito de amores divinos.

Desde este día las palabras *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret* empezaron a ser un maná divino para mi alma; pero un maná que contiene a Dios Humanado en unidad del Padre y del Espíritu Santo, pues nunca desde entonces las he pronunciado ni recordado sin experimentar los efectos de la presencia de Dios en mi alma, o de mi unión con Dios, y muchas veces me ha parecido ver al Verbo Encarnado descender a mi alma, ora en forma de antorcha ardiente procedente de una luz divina, ora como Belleza increada procedente de la divina Hermosura para elevarme al Padre, al simple recuerdo, lectura o pronunciación de las mencionadas palabras del santo evangelio [12].

[571] El día 25 por la mañana, vino mi Director a Valladolid, con quien me confesé varias veces. De las comunicaciones recibidas los cuatro días precedentes, y sobre todo la tarde y noche del 24, me provino un anhelo grande de humillaciones y desprecios, y pedí a mi Director tuviese a bien cumplimentar mis deseos. No quiso acceder a mis ruegos, pero el Señor me concedió por medio del mismo Director una muerte mística y un favor singular en una de las confesiones que hice con él, creo que el 27 de Marzo.

[12] También estos episodios están ampliamente relatados en las cartas: *Itinerario,* vol. I, pág. 304 y sigs.

En la muerte mística experimenté una dolorosa agonía, hija del profundo dolor, de un sentimiento de contrición íntima de haber ofendido a Dios en un pasado y de haber pertenecido o tenido parte en el pecado o pecados de la raza prevaricadora de Adán, pecando no sólo mortalmente, si que también venial. Era tal mi aborrecimiento al pecado, que el simple recuerdo de una falta venial me hacía padecer lo indecible. El favor consistió en una unión más íntima con Jesucristo, con quien me parecía vivir en un mundo de fuego o de amores divinos. Laus Deo.

CAPITULO IV

Continúa la relación de la doble vida de mi alma

[572] Desde la fiesta de la Encarnación sentía un ardiente anhelo de padecer humillaciones, y pedí al Señor que cumplimentase mis deseos suscitando alguna persecución contra mí entre las religiosas, ya que mi Director no quería acceder a mis ruegos. Entendí (el día 29 de Marzo) que estas ansias de padecer me inspiraba el Señor, porque no tardaría en levantarse contra mí la persecución que pedía, y como Padre amoroso me prevenía con estos deseos para que lo soportase con resignación y con gusto.

Efectivamente, el día 31 de Marzo, el P. Confesor (ex Director de servidora) dio motivo o inició la persecución que esperaba, revelando a varias religiosas el sentimiento que le produjera el cambio de la dirección de mi alma, cuyo cambio lo atribuyeron a veleidad mía. Esta persecución empezó a espaldas mías, pero Dios N. Señor quiso revelarme todo lo que se decía y pensaba de mí, y la indignación que las religiosas habían concebido contra servidora, todo lo cual lo sufrí en silencio y con mucho gusto, siendo de las más sensibles, por ser tan propia la mano que me hería.

El 2 de Abril, Domingo de Pasión, por la mañana en el

coro, sentí la presencia de un espíritu invisible, quien me insinuó que aquel día me visitaría Dios Humanado de modo singular, y que me preparase para recibirle. Hacía tres días que Jesús me regalaba mucho, y me inspiraba ardientes anhelos de padecer, revelándome, ora sus padecimientos y malos tratamientos que recibiera de los hombres en su vida mortal, ora el agrado y complacencia que le procura mi resignación en las pruebas y sufrimientos, ora la necesidad de asimilarme sus humillaciones y dolores para penetrar en el santuario de su divino Corazón y comprender la naturaleza de su Bondad y su infinita Caridad a los ingratos hijos de Adán.

[573] En virtud del aviso que se me había dado, me preparé para la próxima visita del Salvador, a las diez próximamente de la mañana, en una habitación retirada —la celda prioral—, a tiempo que oraba o recordaba el singular favor que me concedió el Señor en igual día del año 1900, me apareció el Señor, quien me preguntó si recordaba el beneficio que me había dispensado en la ocasión que cito, librándome de la terrible tribulación que padecía, etc., etc., a lo que contesté que *Sí* lo recordaba, y también la impresión que me produjo el conocimiento de los malos tratamientos que recibió su Bondad de los Escribas y Fariseos. Oída mi respuesta, Jesús me reveló una vez más y de modo más claro lo mucho que padeció en su vida mortal a causa de la ingrata correspondencia de los hombres a su amor, especialmente los quince días últimos de su vida, sus tristezas, penas y agonías de corazón, viendo frustrados (en parte) sus designios de amor en las almas [13].

El Salvador, apareció quedar consolado y descansado con este desahogo y revelación de sus sufrimientos interiores, y entendí que se gozaba y complacía mucho en mi alma pecadora, con quien podía desahogar sus penas, las grandes agonías y tristezas que devoró su Corazón en carne mortal

[13] Véase la *Autobiografía,* libro III, cap. 9, pág. 166 (1.ª ed.). En esta edición [247].

a causa de la indiferencia y frialdad de los hombres y por no tener un corazón amigo (o dispuesto) a quien confiar sus tribulaciones interiores.

Entendí que Jesús me conceptuaba su amiga y confidente, su asilo y tálamo de descanso, y que por esto era objeto de las predilecciones del mismo divino Señor, quien me insinuó que tenía muchas almas que protestan quererle y gustan hacerle compañía en el Tabor, pero pocas las que se entregan a su amor sin reserva, incondicionalmente, para seguirle hasta el calvario y participar de sus trabajos, dolores y afrentas, por lo cual eran pocas las que se hacían dignas de su predilección y de su confidencia, porque no puede confiar los secretos de su vida íntima sino a las almas que participan de sus penas y le imitan en sus trabajos y tribulaciones.

[574] En vista de la predilección de que era objeto por parte de Dios Humanado, y de la confianza y libertad que entendí me había tratado en el decurso de mi vida, ejercitando mi paciencia con los trabajos y tribulaciones, tuve un dolor y sentimiento grande de todos los pecados de mi vida pasada, cuyo sentimiento de dolor ahogó inmediatamente el Señor, revelándome una vez más su infinito amor hacia mi alma y lo mucho que se complacía en mi existencia y en comunicarme sus penas con la confianza propia de un Padre, un Esposo y de un Amigo, a su confidente, hija y esposa.

La tarde del citado día 2 de Abril, vino el Confesor ordinario (ex Director de mi alma) a dirigir una plática a la Comunidad, en cuya plática echó por los suelos el principio de autoridad y abrió puerta al diablo para que, introducido en la Comunidad, relajase la regular disciplina y fomentase bandos entre las religiosas. Esto me lastimó mucho, y aunque deseaba padecer en silencio la parte de afrenta y desprecio que me tocaba, como a Superiora, el celo del bien de la Comunidad me obligó a hablar al Confesor y ponerle al corriente del perjuicio que podía ocasionar su modo de ex-

presarse en la plática de referencia y el daño que estaba haciendo con los desahogos que había tenido con varias religiosas los días precedentes.

Con esta observación el Confesor cambió de criterio y me prometió que procuraría corregir su yerro, y así lo hizo, y se remedió el daño que ocasionó a la Comunidad. Con motivo de esta persecución, continué padeciendo toda la semana de Pasión, no sólo exteriormente, si que también —y mucho más— en mi espíritu, pero al propio tiempo gocé y experimenté inefables consolaciones porque fui muy regalada y favorecida de Dios Humanado, quien me consoló en mis penas al tiempo mismo que aparecía consolarse y procurarse descanso, comunicándome las muchas y amargas tribulaciones que padeció en su vida mortal. En este período de tribulación recibí luz especial para conocer los misterios de la pasión o sufrimientos interiores de Jesús que contiene el salmo 68.

[575] El día 11 de Abril (martes santo), oyendo leer las palabras del Evangelio: «¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros y no me habéis conocido? Felipe, el que me ve a mí, ve también al Padre» [14], que se leían en el refectorio, recibí cierta noticia relacionada con el inefable misterio de la Beatísima Trinidad y Unidad de Esencia y con las relaciones que existen entre Dios y la Santa Humanidad del Verbo, en virtud de cuya noticia quedé metida en una idea divina que parecía entrañar el misterio de la Encarnación, o sea, a Dios Humanado, manifestación visible de las divinas perfecciones. Toda la tarde y día siguiente pasé perdida en esta idea divina, actuada en el amor de Dios Humanado, a quien me parecía oír repetir: «Tanto tempore vobiscum sum et non cognovistis me?», dirigiéndose, ora a todas las almas en general, ora a las religiosas —piadosas a su manera— que le arrojan de sus respectivas Comunidades o no le dejan entrar en ellas para establecer su imperio de amor.

[14] *Jo* 14, 9.

Infieren a Jesús este agravio porque le desconocen, y desconocen sus caminos y adorables disposiciones con una culpable ignorancia o ceguera, hija del arrimo al propio criterio y parecer que las impide ver a Jesús y lo que quiere de ellas. Los tres días últimos de dicha semana consagré a la meditación de la Pasión, la que se presentó a mi vista diferente que otras veces. Parecíame ver a Jesús como hierro candente, identificado con la divina Caridad, y no veía en El los sufrimientos de la Pasión, sino el amor que lo abrasaba y le obligaba a padecer por nosotros, miserables pecadores, *divinizado, glorificado,* o no sé cómo diga.

Paréceme que lo que contemplaba en Jesús era la región superior de su inmaculada Alma, abrasada en infinitos incendios de caridad, gozándose en la Redención que obraba a favor de la humanidad por medio de los sufrimientos de su santísima Pasión y Muerte.

[576] El Jueves Santo, mientras contemplaba la Pasión en la forma que digo, vi como rasgarse los cielos (con los ojos del alma) y a Jesús, sentado a la derecha del Padre, anegado en infinito océano de gloria y beatitud, el cual me arrastraba o llevaba con fuerza creciente. Entendía que me invitaba a la participación de su gloria y felicidad, y después me requirió, y continuó requiriéndome para la contemplación de su Divinidad y asociación a su vida gloriosa por espacio de dos meses próximamente. Yo deseaba acompañar a Jesús en los misterios de su vida mortal, mejor dicho, perpetuarme en esta contemplación y participar los sufrimientos de su santísima Pasión, y al ser invitada a la participación de su vida gloriosa, supliquéle que me dejase continuar así toda la vida, o sea, perpetuarme en la contemplación de su Humanidad Paciente. Viendo que Jesús insistía y me requería cada vez con más fuerza para la contemplación y asociación a su vida gloriosa y que por este medio sería glorificado en mi alma, acepté la felicidad que me ofrecía y me resigné en su santísima voluntad, mas antes de responder al divino llamamiento o de participar su feli-

cidad, deseaba padecer, identificarme con su santísima Pasión y, para este y otros fines, acompañarle una vez más —despacio— en la carrera de su vida mortal.

Le pedí, pues, un plazo relativamente largo, y Jesús bendijo con agrado mi devoción, concediéndome tiempo indeterminado para meditar una vez más los misterios de su vida y tributarle los obsequios que anhelaba, pero que me diese prisa (me dijo) y apretase el paso, porque ansiaba asociarme a su vida gloriosa, etc. No acertaba a dejar la meditación de la vida mortal de mi Dios Humanado, ni menos a despedirme o soltar de los brazos del alma a su santa Humanidad paciente para responder al divino llamamiento. Es que entendí o veía claro que tardaría muchos años en volver a dicha meditación, y esto me causaba pena, aunque me resignaba en el divino querer.

[577] Pasaron cinco o seis semanas, y no podía dejar la meditación o contemplación comenzada ni apretar el paso, porque mi afición a ella era cada vez mayor y mi sentimiento de abandonarla. Parecíame además que había obsequiado poco a Jesús y prestado insignificantes servicios durante los 17 años que le había seguido en la carrera de su vida mortal, y deseaba completar los homenajes debidos a su Bondad y perfeccionar mi semejanza y unión con El para merecer de algún modo participar su vida gloriosa y adaptarme para el grado de divina unión a que me destinaba.

Quería pedir nuevo plazo, y no me atrevía, y sufría con el deseo de obedecer a Jesús, que me llamaba a la asociación de su vida gloriosa, y el sentimiento de abandonar o de perderle de vista en su vida paciente. ¡Con qué gusto hubiese renunciado la participación de su felicidad por repetir mis correrías contemplativas y testimoniarle mi afecto, acompañándole en todos y cada uno de los misterios de su vida mortal todos los días de mi vida!

En esta situación, un día, hallándome con la Comunidad en el refectorio, abrióse un horizonte divino a mi vista intelectual, como si se rasgasen los cielos, y en él vi a Jesús

como Unigénito de Dios, envuelto, vestido, o no sé qué, de una luz divina que fulguraba rayos de inefable claridad. En El leí la historia de sus misericordias y misterios de amor cumplidos en mi pobre alma y vi cómo me había preparado él mismo para el grado de unión divina que me prometiera, acumulando gracias sobre gracias. Cuando descorrió el velo que ocultaba los tesoros que había depositado en mi alma y vi lo mucho que me había favorecido, me aniquilé y, resignada enteramente en su voluntad, esperé la hora divina. Mientras esperaba, la Comunidad comenzó los santos ejercicios anuales, que aquel año dirigió mi Director, que lo era igualmente de la mayoría o de casi todas las religiosas. Los siete u ocho primeros días padecí horrorosamente, y con esta terrible tribulación me preparó Dios de próximo para sus soberanas comunicaciones, aunque yo me había olvidado de sus requerimientos hasta el extremo de persuadirme que era la más infortunada criatura y que no había remedio para mí.

[578] El día antes de terminarse los Ejercicios, 11 de Junio, sábado, víspera de la fiesta de la Sma. Trinidad, estando terminando de rezar la hora de Nona, tuve cierto aviso o presentimiento del soberano favor que pensaba concederme nuestro Señor en la misma mañana. No le di importancia, pero se rehalizó *(sic)* lo que entendí. Fue que a las 9 1/2 próximamente de la mañana, mientras el Director de los ejercicios formulaba las palabras que escogió como tema de la plática (las palabras eran éstas: «Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus es *(sic)* nobis» [15], de repente abrióse a mi vista espiritual una región mística sublime, divina y candente como el fuego, y en ella, vi a las tres divinas Personas de la Sma. Trinidad.

Al verlas sentí la propia nada, pecado e indignidad como nunca la había experimentado, pero lejos de rechazar la unión divina que mi Dios me prometió, se lo pedí y me dispuse

[15] *Rom* 5, 5. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado».

para ella practicando muchas virtudes con la prodigiosa actividad que me prestó el mismo Dios, especialmente procuré resarcir los agravios inferidos a su Bondad con mis pecados e ingrata correspondencia a sus favores.

En un momento realicé una infinidad de actos, pero lo que hice a maravilla, y me valió más, fue buscar a la Virgen Sma. en el horizonte divino do se revelaba el Señor. En el momento que me dirigí a ella, hallé a mi divina Protectora, a quien supliqué que, postrada en el divino acatamiento, pidiera a la Bma. Trinidad me perdonase todos mis pecados, el haberle arrojado de mi corazón tantas veces, y que se entregase a mi alma. Así lo hizo la Señora. ¡Cosa maravillosa!, lo mismo fue rogar la Virgen que entregarse Dios a mi alma. Del horizonte divino, do yacían las tres divinas Personas, una a una se dejaron como caer en mi alma y penetraron y se establecieron en mí.

[579] Un fuego divino se apoderó de mi alma, y la profunda herida que me produjo la divina presencia —herida de amor sabrosa y penosa sobre toda pena y deleite— arrancó de mí tristes ayes, profundos gemidos, en medio de los cuales recibí al triple y eternal amante. Quedé penetrada y rodeada de un fuego divino, como si me hubiesen metido en la región candente o fundida en fuego divino.

No veía ni sentía otra cosa que el divino amor, la infinita caridad de Dios hacia las almas, testimoniado al mundo en el misterio de la Encarnación, y de este modo estuve varias horas gimiendo, gozando y padeciendo como enajenada. Cuando se cortó la corriente divina o se atenuó la amorosa influencia, me hice cargo del soberano beneficio que me había concedido la Sma. Trinidad, entregándose y estableciéndose en mi alma, y que en mí se había cumplido el santo evangelio, que dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él, y haremos morada en él» [16]. Mi alma entró en nueva fase de vida,

[16] *Jo* 14, 23.

en una especie de fiesta o solemnidad perpetua de la Sma. Trinidad y participación de la eternidad dichosa y quedé como asociada a la vida de Dios Uno y Trino [17]. Laus Deo.

* * *

[580] Si alguno tiene interés en completar la presente relación, puede leer el tratado que escribí sobre la vida espiritual, desde el capítulo XV, hasta el fin, donde describí las diversas fases de mi vida íntima posteriores a la entrega de la santísima Trinidad.

El beso que recibí de Jesús en el misterio de la Encarnación, que refiere el capítulo 17, tuvo lugar en la celda prioral, y uno de los encuentros de la divina Misericordia, personificada en Jesucristo, que refiere el mismo capítulo, se verificó en la salita situada junto al confesonario. Y como huyese de la Misericordia para buscar la Justicia, me metí en el cuarto oscuro, adonde me siguió, y allí fue donde vi a la divina Misericordia identificada con la Justicia en el Verbo Encarnado [18]. El toque sustancial de Dios en el atributo de su Justicia, que refiere el capítulo 18, lo recibí en el mes de Julio de 1912, y tuvo lugar en medio del coro, adonde fui desde la celda grande o sala prioral, ebria de amor por la Justicia, diciendo: «¿Dónde estás, hermosa mía?», etc. [19].

La comunicación que refiere el mismo capítulo, relativa al puro amor con que le aman los Santos en el cielo, y que tan altamente participé, me concedió el Señor en el claustro bajo. Como vivía tan endiosada y protegida del Ser divino,

[17] También en otros lugares de sus escritos se encuentra la relación de esta entrega de la Sma. Trinidad. Véase VILLASANTE, *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu,* vol. II, *Apéndice Documental,* números 183, 184 y 185.

[18] Véase *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo,* cap. 17, pág. 188 y sigs. (1.ª ed.).

[19] *Op. cit.,* pág. 207.

que parecía cubrirme o que me servía de firmamento, al llegar al claustro bajo y ver el árbol membrillo que estaba en medio del jardín, recordé las palabras del libro de los Cánticos: «A la sombra de aquel a quien yo había deseado, me senté, y su fruto dulce a mi garganta» [20], y súbitamente aprendí la presencia real de Dios Padre, figurado en el árbol, y del Verbo y del Espíritu Santo como fruto del árbol de la Divinidad, y se cumplió en mi alma todo lo que el citado capítulo refiere. En el mismo claustro recibí la participación de la suma Verdad y el desengaño de la creación, que contiene el capítulo de referencia [21].

La noticia de las relaciones que a Dios nos unen, de la infinita bondad de su sabiduría y bondad, etc., que refiere el capítulo 19, la recibí el 29 de Julio de 1913, primero confusa y general, al mediodía, y habiendo pasado la tarde aniquilada y elevada en comunicación constante con Dios, en la celda, cuando me iba a acostar, aclaróse la noticia, y se cumplieron parte de los misterios que describe; otra parte se cumplieron la mañana siguiente en el coro, y otros hacia el 4 de Agosto del citado año [22]. Dicho período se inauguró a fines de Abril o principios de Mayo, y la visión o comunicación de Dios fuego que se siguió a los requerimientos de la voluntad divina y misteriosa atracción del Espíritu Santo, tuvo lugar en el locutorio, como diez o doce días antes de la noticia que recibí el 29 de Julio.

El período de la vida de Dios en el alma, descrito en el capítulo 20 [23], se inauguró en el mes de Septiembre del citado año, y continué en dicho estado hasta Julio de 1915, que Jesús me requirió para la contemplación mixta en la forma que refiere al capítulo 21 [24]. Este estado duró hasta Diciem-

[20] *Cant* 2, 3. Véase libro citado, cap. 18, pág. 217.
[21] *Ob. cit.*, cap. 18, pág. 214.
[22] *Ob. cit.*, cap. 19, pág. 247.
[23] *Ob. cit.*, cap. 20, pág. 263.
[24] *Ob. cit.*, cap. 21, pág. 295.

bre de 1917, que empezó a manifestarse la vida de Jesús en mi alma en la forma descrita en el capítulo 22 [25].

Sea todo a honra y gloria de mi Dios querido Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la inmaculada Virgen María, mi Señora y Madre. Amén.

[25] *Ob. cit.*, cap. 22, pág. 311.

PARTE II

[COMPLEMENTO [1]
preparado por el
P. Nazario Pérez, S. I.,
y que se publica ahora por primera vez]

[1] En la copia que nos sirve de original para preparar la edición no figura más título que Parte II; pero el P. Camilo M.ª Abad, biógrafo del P. Nazario, nos asegura que él llamaba a esta 2.ª Parte *Complemento,* y el propio P. Nazario la denomina así en el Prólogo que puso al frente de la 1.ª edición de la *Autobiografía.* Véase CAMILO M.ª ABAD, *El R. P. Nazario Pérez de la Compañía de Jesús. Una vida totalmente consagrada a Nuestra Señora,* Santander, 1954. Ed. Sal Terrae, pág. 330.

CAPITULO I

Nueva dirección. 1917

RESUMEN: *Datos perdidos.—Un favor de Nuestra Señora. Comienza a dirigirse la M. Angeles con el P. Alfonso Vega O. P.—Primeras entrevistas.—Impresiones de la lectura de Sta. Catalina de Sena.—Breve cuenta de conciencia.—Temores del Director.—Carta pidiendo dirección más frecuente, a la que le impulsa la Sma. Virgen.—Notas del Director a la carta del Cardenal Cos y explicación de ella.*

[581] Sin añadir ni mudar frase ni letra, y quitando sólo algunos párrafos, hemos comunicado a nuestros lectores la autobiografía que la M. Angeles nos envió. Todo lo que a mano tenemos publicamos, mas por desgracia no tenemos todo lo que escribió. Quien bien lo sabe nos asegura que tenía escritos algunos capítulos más, que sin duda condenó al fuego después de brevísimamente resumirlos en la última página, en que se remite a *La Vida Espiritual,* dándonos a entender que allí está la continuación. Así es, sin duda: allí están resumidos los altísimos favores que Dios la dispensó en los últimos años; pero queda no poco que decir, y algo supliremos con fragmentos de sus cartas y con relaciones de las personas que la conocieron.

[582] En carta de 21 de Noviembre de 1919 [2] nos relataba así la dichosa esclava de María los favores recibidos de su Señora, cerrando su relato con una breve observación muy interesante:

«El 8 de Octubre de 1917 tuve otra visión de mi Dios Humanado en el seno de María, altísima y soberana.

Algo referí en el capítulo 21 ó 22 del tratado [3] sobre esta visión, y la participación que gocé de las relaciones establecidas en la vida íntima de Jesús a través de la Virgen; pero todo no puede expresarse, porque son innumerables las relaciones y misterios que nuestra Señora me muestra en algunas comunicaciones, ora por orden con sucesión, ora simultáneamente. Así que es imposible referir tantas cosas, y, si las describiera, no podrían leerse sin confundir las ideas, porque en una simple noticia se unen a veces misterios y atributos diversos que, mirados fuera de la luz que los muestra, no podrían conciliarse.

[583] Este es otro de los motivos que me dificultan el trabajo escriturario. Durante los veinte días últimos de Octubre del año pasado fue mi alma muy favorecida de la Madre de Dios, gocé su presencia y juntamente [la] del Hijo que albergaba en su seno por modo inefable: primero, exterior o fuera de mí; después, en mi interior, donde se me reveló la Señora, y Jesús encerrado en su seno y en comunicación con la primera y tercera persona de la Trinidad, admirablemente.» «La Señora me requirió para que la describiera, pero lo hice imperfectamente en el cuaderno que titulé "A Jesús por María"» [4].

[2] La correspondencia epistolar de la sierva de Dios con el P. Nazario la publicamos en *Scriptorium Victoriense* (1984), págs. 121-181.

[3] Tratado. Con este nombre la sierva de Dios suele referirse a su obra principal *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo.* La 1.ª edición de esta obra se publicó en Valladolid en 1924, y la 2.ª en Madrid en 1956.

[4] *A Jesús por María.* Breve opúsculo de la sierva de Dios que fue incluido en la compilación que con el título de *Opúsculos Marianos* publicó el P. Nazario en Valladolid en 1928, págs. 33-61.

«Lo que me ha preocupado algunas veces es que estas y otras visiones y comunicaciones se me conceden muchas veces en el tiempo de la recreación o de ocupaciones: que, a pesar de ver infinitas cosas en brevísimo tiempo y experimentar la grandeza del bien que se me concede, no pierdo los sentidos, a lo sumo se paraliza el organismo unos momentos; pero, aun en este breve tiempo, alguna vez he oído lo que me decía el Confesor o Director. Otra cosa que me llama la atención es la actividad portentosa de mi espíritu cuando se me impone nuestro Señor. En un momento practico innumerables actos, muchos simultáneamente, como si participase la virtud o actividad infinita de Dios.»

[584] «No sé si será cierto, pero varias veces —pensando yo que no había llegado a la oración de contemplación porque no estoy ociosa cuando Dios me visita, como se cuenta de otras almas— he entendido que dicha actividad es participación de las relaciones sobrenaturales de la Stma. Virgen, y me he consolado. Con estas manifestaciones y las que he dicho en mi anterior creo, mi amado Padre, que podrá completar el tratado.»

[585] En 1917 [5], forzada muy a pesar suyo la M. Angeles a dejar la dirección del P. Mariano de Vega O. C., que tan fructuosa para ella había sido, por consejo del mismo Padre tomó por director de su espíritu al P. Alfonso Vega O. P.

[5] En 1917. En realidad fue en Octubre de 1913 cuando la sierva de Dios se vio privada, por mandato de la Curia Arzobispal, de la dirección del Capuchino P. Mariano de Vega, a quien ella llamaba su «Padre verdad». Por algún tiempo permaneció sin director, hasta que por los años de 1916-1917 se confió a la dirección del P. Narciso Nieto, Franciscano, capellán de las Clarisas de Calabazanos (Palencia); pero, sea porque vivía distante y/o porque no tuvo mayor comunicación con ella, no debió de ejercer gran influjo. En 1918, como veremos en estas páginas, se confió a la dirección del Dominico P. Alfonso Vega, que residía en Valladolid, muy cerca de la Concepción, en el convento de San Pablo. Por último, levantada la prohibición, volverá a dirigirse con el «Padre verdad» (1920-1921).

Con mucha sinceridad nos cuenta este Padre su primera entrevista con la M. Angeles.

«Tres años llevaba yo de residencia en nuestro convento de Valladolid y, en todo ese tiempo, ni había tratado a la M. Angeles ni la conocía, ni siquiera había oído hablar de ella. Cuando, cierto día, me llama el P. Prior —que entonces era el P. Fr. Antonino Saldaña— y me dijo que, habiendo pedido las religiosas del convento de la Concepción un Padre para que las diese los santos ejercicios, deseaba que me encargase de ello. Hablando uno de aquellos días con un Padre anciano que había en la Comunidad —el P. Nicomedes Delgado, ya muerto—, le di a conocer cómo el P. Prior me había ordenado que diera los ejercicios a las religiosas Concepcionistas; y él, que hacía muchos años que vivía en Valladolid, que había confesado muchas Comunidades de Religiosas, y entonces era el confesor ordinario de las dominicanas de Sta. Catalina, me dijo: "En esa Comunidad de la Concepción hay una religiosa, que es la Abadesa actual, que ha escrito mucho de cosas espirituales, y goza de gran fama de santidad."

Esta noticia no dejó de impresionarme y de preocuparme, por las razones que adivinará el lector, pero como la obediencia era la que me mandaba, y no yo el que me metía adonde mis fuerzas no alcanzaban, dije para mis adentros: "La obediencia me manda, y Dios dará las fuerzas que sean necesarias para el cumplimiento de la misión que se me ha confiado."

[586] Los ejercicios habían de comenzar el día siguiente de la fiesta de la Ascensión, para terminar el día de la fiesta de Pentecostés; y, antes, fui a enterarme del horario que tenían para sus meditaciones y para el rezo coral, con el fin de convenir en la hora en que había de ir a dar las pláticas. Entonces fue cuando conocí y comencé a tratar a la M. Angeles, sin sospechar que nuestro trato había de intimar como después intimó, y lo manifiesta la presente carta. Convenimos en lo que se había de hacer y en la hora en

que había de ir a dar las pláticas por la mañana y por la tarde, y además me suplicó que, si no me era molesto, desearía confesarse todos los días de los Ejercicios, a lo que accedí gustoso.

En virtud de este acuerdo, después de la plática preparatoria del primer día, entré en el confesonario, que está en el mismo locutorio donde les daba las pláticas. Se confesó como si siempre se hubiera confesado conmigo; se expansionó bastante, y me dio a conocer —cosa que yo ignoraba por completo— cómo se encontraba sin Director espiritual, sin descender a alegar las causas que para ello hubiera, ni yo pretender indagarlas. Continuó en los días siguientes de los ejercicios abriendo su alma y poniendo en claro su situación, sobre todo la necesidad en que se encontraba de un sacerdote que se encargara de dirigirla en las presentes circunstancias.

[587] Ante estas manifestaciones le aconsejé que no debía decidirse de momento, sino encomendarlo al Señor en la oración, suplicándole le iluminara para conocer el que había de encargarse de ayudarla y dirigirla, y que esperara hasta tener la seguridad de saber quién era el designado por Dios para este fin. Como extraordinario continué confesándola con alguna frecuencia, hasta el mes de Octubre, en que me suplicó me encargara de su dirección espiritual, cosa que nunca pensé, porque no me creía con fuerzas bastantes para empresa tan difícil, y porque, naturalmente, recordaba los fracasos de hombres grandes en ciencia y virtud, que en semejantes casos ha ocurrido, lo cual me hacía temer y temblar. Atendidas estas razones, la expresé con sencillez y claridad mi insuficiencia, y la supliqué viera si encontraba otro más apto para el caso. Como, a pesar de ello, insistiera en lo mismo, me decidí a hacer de cirineo, pidiendo la correspondiente autorización para que, en caso de duda, pudiera consultar con personas competentes, a lo que accedió gustosa.»

[588] Entre las cartas de la M. Angeles que el P. Alfon-

so conserva, la primera que hallamos es la de 13 de Abril de 1917 [6], y en ella le da cuenta de sus sentimientos con ocasión de la lectura de la vida de Santa Catalina de Sena, de la que nos dejó tan interesantes recuerdos en *La Vida Espiritual.*

«M. R. P. Fr. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre:

Dios nos dé su santa paz y amor y gracia. Le envío la vida de Santa Catalina suponiendo que la necesite para el próximo novenario de la Santa; es tan admirable como prodigiosa, y me alegro de haberla leído, porque —aun en el caso de que en mí todo sea y haya sido obra de la naturaleza, ignorancia y malicia mía— me consuela mucho e inspira mayor seguridad y confianza el ver canonizadas en una santa tan amante y amada de Dios algunas cosas que han pasado por mí. Encomiéndeme a la santa, ruéguela que me reciba bajo su protección; pues la quise siempre mucho y espero no me negará su amparo.»

[589] Y después de hablar de otro negocio, de que adelante trataremos, da esta breve cuenta de conciencia: «Mis disposiciones interiores son las mismas de ayer. Ahí le mando mi retrato: estoy como esa pobre alma de la barquilla. Siento que nuestra Madre Purísima (la Virgen) me llama y como que me atrae, me preparo para el llamamiento, y me quedo donde y como estaba y estoy, como acontece a quien, hallándose profundamente dormido, siente que le llaman, y, después de responder "Voy", vuelve a dormirse, y se queda donde y como estaba.

¿Qué será esto? Lo que más me apena es ver que las palabras de V. R. —que antes caían en mi alma como carbones encendidos, que me abrasaban y vivificaban— ahora

[6] La fecha de esta carta debe de estar equivocada, pues por todos los datos que se desprenden de la correspondencia, en dicha fecha no parece que la M. Sorazu conociera aún al P. Alfonso.

no me animan, lo cual atribuyo a mi mala disposición; y, siendo la dirección la tabla salvadora en la cual esperaba arribar a la playa divina, no puedo menos de afligirme en vista de lo que me ocurre. Y menos mal que ayer me alivié un poquito.

Las religiosas me dicen que he desmejorado mucho en esta temporada y quieren que me cuide. Ya el Domingo de Ramos me preguntaba una si hacía mucha oración, porque, según ella, me había desmejorado mucho en dos días, o sea, desde el Viernes de Dolores, y yo no me explico por qué estoy enferma, ni sé qué tengo, y a veces pienso si será todo obra del diablo, y, si realmente no me sintiera mal, creería que es imaginario mi padecimiento.»

[590] A 9 de Octubre de 1917 vuelve a escribir así al P. Alfonso:

«Mi muy amado y venerado Padre en Jesús:

Después de saludarle con filial afecto, le ruego que me bendiga.

Perdone, Padre mío, que le moleste, pues me interesa comunicarle lo que siento, para que V. R. lo piense delante de nuestro Señor y después obre como mejor le parezca. El viernes salí del confesonario muy conforme con llamar a V. R. una vez al mes. Por la tarde empecé a sentir cierta necesidad imperiosa de trato más frecuente con V. R., por lo menos ahora, o sea, los primeros meses. Procuraba ahogar este sentimiento o necesidad con mi resignación a la voluntad divina y el amor que siento por el santísimo querer de Dios, que quiero se cumpla en mí perfectamente, y también con alguna inclinación que sentía al aislamiento y soledad absoluta en que vivía los primeros años de mi vida religiosa. Así que pasé la tarde en lucha continua, pues apenas había resuelto llamarle una vez al mes, cuando me veía precisada a tratarle con más frecuencia por la necesidad que tenía de esto, siendo más intensa esta necesidad cuanto más unida estaba con Dios.

A las cinco o seis de la tarde, en el coro, en un momento de recogimiento, sentí grandes ansias de poseer a la Madre de Dios y mía, y cierto deseo o necesidad de humillarme y aniquilarme confesando mis muchos y grandes pecados a los pies de V. R., no en aquel momento, sino más adelante o cuando tuviera oportunidad de hacerlo, lo cual, más que un simple deseo, era exigencia de Dios, que entendí quería por este medio elevar mi alma pecadora a mayor intimidad con El; y continúo experimentando el mismo anhelo de humillación por parte mía y de exigencia por parte de Dios, que aprueba mi deseo. Excuso decirle que, al mismo tiempo, sentía con viveza la necesidad que dije, de trato más frecuente que el acordado con V. R.

[591] Me acosté con estos sentimientos, y continué en el estado de lucha que he dicho hasta la madrugada, pues aquella noche no dormí porque no estaba bien. A la una me levanté, y, deseando con todas veras poner fin a la lucha resignándome a llamarle una vez al mes, rechacé todas las ideas y sentimientos contrarios, reprendiéndome a mí misma por haber dado lugar a pensamientos y deseos contrarios a los que V. R. había dispuesto, cuyos deseos y pensamientos los detesté como si fueran pecado. Me fui al coro, y allí, puesta en comunicación con Jesús Sacramentado y con los Angeles del Sagrario, hice un acto de abandono; mejor dicho, propuse vivir en relativa soledad, y acercarme todo lo posible a la vida de absoluta soledad que viví en el pasado, de gratos recuerdos, cuando no tenía otra dirección que la de Jesús ni más testigos de nuestras relaciones familiares que los Angeles. Terminado que hube el ejercicio que acostumbro hacer ante el Sagrario, me fui a visitar a la Virgen, para encomendarla mi alma y mis asuntos, y reiterar las gracias y mi consagración a la Señora.

En cuanto me puse a los pies de María, sufrí un cambio radical en mis sentimientos. Se impuso a mi alma la imperiosa necesidad que dije, de un trato más frecuente con V. R., de una vida de obediencia completa, de identifica-

ción con mi director espiritual, etc., etc.; pero con un imperio tan soberano que no daba lugar a ningún sentimiento contrario, porque veía claro que esto me convenía, y que a esta vida estaba llamada, y que debía cerrar mi corazón a todo lo que se opone a esta vida de obediencia, de identificación y de confianza completa con V. R., porque todo otro sentimiento me sería perjudicial y daría ocasión al demonio para tentaciones. Sentí fuerte impulso de comunicar a V. R. lo que sentía y entendía, y, si hubiera estado bien de salud y dispusiera de más tiempo, creo que aquella misma noche hubiera escrito esta carta.

[592] Cumplidas mis devociones con la Virgen, volví a orar ante el Sagrario, completamente cambiada; y, en esta oración que hice segunda vez ante Jesús Sacramentado, reprodujéronse en mi alma el anhelo y sed admirable de sangre divina que experimentaba los primeros años de mi vida religiosa, y que me obligaba a procurar la confesión frecuente, mejor dicho a desearla, y entendí que en las confesiones que haré con V. R. recibiría mi alma gracias especiales, y que el no procurar —en cuanto esté de mi parte— un trato más frecuente con V. R. supone la privación de un bien divino, infinito, y de infinitos bienes: una especie de privación de Dios; lo cual se me hacía insoportable, a no ser que V. R., enterado de lo que me pasa, insista que no le llame más que una vez al mes, en cuyo caso me conformaba, y hasta sufriría gustosa dicha privación.

[593] Con estos sentimientos me retiré a la celda cerca de las tres de la mañana del día 6; y desde entonces continúo con los mismos deseos de trato más frecuente, si V. R. lo estima más conveniente después de haberlo consultado con Dios N. S., cuya voluntad conoceré en la de V. R. Sin embargo de ser ésta mi disposición casi habitual, he tenido y tengo algunos momentos de lucha entre la necesidad que experimento y el temor de molestar a V. R. con mis exigencias, y de si esta necesidad será capricho mío o tentación del diablo y no inspiración y llamamiento de Dios, en cuyos mo-

mentos de lucha me viene la idea de ocultar a V. R. lo que acabo de referir, y de no hacer nada para que V. R. venga con más frecuencia, y que de este modo viviría con más libertad, y tal vez me evitaría los sacrificios y profundas humillaciones que preveo me exigirá nuestro Señor en la vida de obediencia completa que reclama no sé si Dios o mi conciencia.

Pero recuerdo que V. R. me dijo que tenía que darle cuenta de todo lo que pasa por mi alma, y no me atrevo a ocultarle ninguna de estas cosas, porque temo que si empiezo a cerrarle mi corazón, aunque sea en cosas pequeñas, acabaré por no tener confianza ninguna, cuando necesito tener la misma confianza absoluta y filial que tengo con Dios N. Señor, a quien hablo y reconozco en la persona de V. R.

[594] El día 7, al anochecer —después de la lucha que tuve por la tarde, entre el deseo de avisarle para que viniese V. R. al día siguiente o cuando pudiera para comunicarle mis impresiones, y mi temor de molestarle, etc., etc.—, en unos momentos de recogimiento que tuve, experimenté cierta unión o identificación con V. R. en Dios o no sé cómo diga. El hecho es que desde aquel momento siento que mi alma está adherida a V. R., y que le miro y reconozco por el ser más allegado y próximo a mi alma después de mis Soberanos Amores Jesús y María, y entendí que en esta identificación intervenía la Virgen Santísima de modo singular, como si esta Señora fuera nuestro lazo de unión. Desde entonces, muchas veces me siento impulsada a pedir a Jesús y María por V. R., para que le hagan muy suyo, todo suyo, y que entreguen a V. R. mi alma pecadora, para que en su nombre, y animado de los mismos sentimientos de caridad y misericordia que abriga Jesús para conmigo —necesito mucha misericordia, porque soy muy pecadora—, me dirija, y cuide de mi alma, y haga con ella los oficios de Padre, Maestro, Angel tutelar y de Redentor, lavándome muchas veces en la sangre divina de Jesús —de la que es depositario— en el

sacramento de la Penitencia, y justificando mi alma con la aplicación de sus divinos méritos.

No le molesto más. Creo que he cumplido con mi deber comunicándole lo que me pasa, y, habiendo hecho lo que me toca, me someto gustosa y totalmente a lo que V. R. dispondrá.

No se dirija por lo que yo le digo, amadísimo Padre mío, ni haga caso de mis necesidades y exigencias si entiende que Dios quiere de mi alma otra cosa de lo que yo siento y entiendo; pues quiero cumplir la santísima voluntad de mi Dios, cuyo divino beneplácito prefiero a mi felicidad.

De V. R. humilde hija en Cristo, que mucho le ama y venera en Dios, b. s. m. y le pide la bendición.

Sor Angeles.»

[595] Sobre esta carta anota el Director: «Teniendo presente que un religioso no puede salir de casa cuando quiere, que confesaba como ordinario a dos Comunidades y que el Sr. Cardenal le había retirado el Director anterior, creí que no debía visitar con mucha frecuencia a las Concepcionistas, y que bastaría con ir una vez al mes, y así convenimos, como se desprende de la carta anterior; pero como, después que escribiera esta carta, en la que tan claramente manifiesta las impresiones sobrenaturales que en ella había habido, ya no fui cada mes, sino que iba una vez por semana, y a veces dos o más; desde este momento puede decirse que comencé a dirigirla con la correspondiente autorización; aunque, después, deseando que el Sr. Cardenal estuviera al corriente de lo que pasaba, le escribió una carta particular en el mes de Febrero del siguiente año de 1918.»

[596] El Eminentísimo Sr. Cardenal contestó:

«Valladolid, 16 de Febrero de 1918

R. M. Angeles Sorazu

Muy amada hija en Cristo: Por su carta de hoy me entero del estado en que se encuentra su espíritu, y de la necesidad que tiene de un director espiritual que le guíe en medio de

las tinieblas que frecuentemente le rodean. Me pide V. que, si no hay inconveniente, la conceda para dicha dirección al R. P. Dominico Fr. Alfonso A. Vega; y, suponiendo que tendrá los cuarenta años de derecho y que residirá en este convento de S. Pablo, con mucho gusto se lo concedo en la forma misma que V. me lo pide: es decir, como extraordinario para cuantas veces lo haya menester, y sin perjuicio de seguir confesándose con el ordinario cuando no necesita de aquél. Ya me pidió V. otra vez un director, pero no residía en esta diócesis, y por esto no se lo concedí.

Pidiendo a Dios que con el nuevo Director consiga V. la paz y tranquilidad de su espíritu que tanto necesita y anhela, consuélese pensando: 1.°, que Dios no le negará la guía que tanto ha menester, aunque para ello sea preciso enviarle un ángel del cielo; 2.°, que, mientras dure la presente vida, no hay alma, por más mala y pecadora que sea, que no pueda arrepentirse, cambiar de conducta y salvarse, de lo cual se sigue que la desesperación que a V. asalta algunas veces es clara y manifiestamente una tentación del demonio y no un acto de su voluntad.

La bendice su affmo.

El Cardenal Arzobispo.»

[597] Explicación de la misma. [Carta de la M. Sorazu al P. Alfonso.]

«Valladolid, 15 de Febrero de 1918

Mi amado P.: Acompaño la contestación del Sr. Cardenal, a quien escribí una carta reservada y le expuse las continuas alternativas de gozo y temores que constituyen mi vida presente. Como me conoce y me ha tratado, no le suele gustar que le pida confesor para mí por oficio y sin exponerle el motivo o motivos que me obligan a hacerlo; por esta razón le escribí en la forma que he dicho.

Lo que dice del Director que le pedí en otra ocasión, debe ser confusión; pues en la última carta de conciencia que le escribí hace más de cuatro años, cuando nos prohibió comu-

nicar con el P. Mariano, le decía que estaba conforme y que podía pasar sin director, porque había salido de los apuros que pasé los últimos años que me dirigí con el difunto Sr. [Deán], de cuyos apuros estaba él bien enterado. Lo que sí pedí autorización a favor de ciertas religiosas y de toda la Comunidad, para confesarnos con un P. de la Orden, y me contestó diciéndome que pidiese uno de la diócesis, y, aunque es cierto que hay franciscanos en Medina, no nos inspiran confianza, y por esto no los hemos llamado [7].

Dije al Prelado que, aunque pedía Director particular, no dejaré de confesarme con el ordinario, de quien estoy muy agradecida, por lo que me ayuda en el cumplimiento de mis deberes de cargo, fomentando la paz y unión de la Comunidad, etc.; y a esto contesta como verá V. R. A la verdad que me gusta mucho el confesor, y le estoy muy reconocida; pero como no está llamado a dirigir mi alma, aunque es sabio y santo, no encuentro en él lo que necesito, y ésta ha sido la razón de buscar director particular.

Antes de escribir al Prelado me tocó luchar bastante con el tentador, quien trató de apartarme de la dirección espiritual, pero gracias a Dios vencí la tentación, e hice lo que me mandó V. R.; pero no creo que deje por esto de darme un nuevo asalto cuando menos lo piense. Dios sea bendito.

Bendiga a su humilde hija.

Sor Angeles.»

[7] Aunque hay Franciscanos en Medina... En Medina del Campo, en la capellanía de las Clarisas de dicha ciudad, residían los Padres Leonardo Cardeñoso y Mariano Martínez, de la provincia de San Gregorio, de Filipinas. Estos Padres trataron ciertamente con la M. Sorazu y con su Comunidad; el P. M. Martínez incluso escribió muy elogiosamente de la sierva de Dios. El juicio un tanto desfavorable que aquí emite de ellos la sierva de Dios es, sin duda, porque los veía un tanto inclinados a hacer propaganda de la Mística entre las religiosas, cosa que no le parecía bien. Véase la nota que puso el P. Nazario en la 1.ª edición de la *Autobiografía* (libro I, capítulo V, pág. 55), donde se menciona al P. Mariano Martínez. Nació este Padre en Palencia, en 1850. Murió en Medina del Campo, en 1931. (Debo estos datos al P. Antolín Abad O. F. M.)

[598] [Nota del P. Alfonso] «Como ya antes he dicho, confesaba un servidor a esta sierva de Dios porque era confesor extraordinario de la Comunidad; pero, para mayor seguridad y para que en la Curia supieran lo que pasaba, la mandé pedir autorización especial. El confesor ordinario era el Sr. Maestrescuela».

Difícil era aprobar, sin mucha prueba y consideración, el espíritu de la abadesa concepcionista; pues, aunque eran tan eminentes sus virtudes y tan bien fundados sus principios de la vida espiritual, desconcertaba a quien no la conociera, por cierta aparente desemejanza con los autores clásicos de Mística.

Sin ánimo de que esto parezca censura para el nuevo Director, copiaremos un fragmento de una carta que nos dirigió la M. Angeles en 1919 (16-XI): «Hace dos años me confié a la dirección del Director actual, y por orden suya leí las obras de Sta. Teresa, a las que es muy aficionado. Cuando me puse bajo su dirección le hice la relación de mi vida, y nuestro Señor permitió que el buen Padre tropezase con una dificultad. Me dijo que es imposible que resista a la voluntad de Dios un alma que goza los efectos de la divina unión, o sea, en el estado que describí hacia el final del libro 2.° de la relación, no recuerdo la numeración del capítulo [8]. Me citó varios ejemplares; y acabó por significarme que —pues no cabe resistencia en el estado de referencia, porque dicen esto los místicos—, que había sido ilusión mía, que deseaba ir por caminos extraordinarios y soñé que Dios quería llevarme por ellos, etc., etc.; que dejase todas estas cosas y me dedicase a la práctica de la humildad. Me ordenó que leyera la vida y obras de Sta. Teresa, me mirase en éstas como en terso espejo, y le diese cuenta de mis impresiones, de lo que entendiese en pro y en contra. Acepté la humillación y el camino ordinario que me señaló; pero vi

[8] Se refiere a la entrega de Dios de 25-IX-1894 y subsiguiente estado de unión, descenso, etc., que se relatan en la *Autobiografía,* libro II, cap. X. Cf. n.° [159] y sigs. de la presente edición.

muy claro que sufría equivocación, porque nuestro Señor me aseguró lo contrario que el Padre decía.

[599] "Ignoro —le dije— lo que dicen los doctores; pero si no cabe resistencia a la voluntad de Dios en esos grados, seré yo una excepción, porque tengo evidencia: 1.°, que no deseaba los caminos extraordinarios, sino que los temía; 2.°, que las comunicaciones que recibía eran de Dios y muy de Dios, tanto que, siendo yo tan tímida y vacilante, jamás había dudado de su bondad y realidad, aun en los períodos de prueba, cuando dudaba de la realidad de los favores recibidos posteriormente; 3.°, que el estado de mi alma era muy elevado y mi voluntad estaba sometida a la de Dios, pero que, al indicarme nuestro Señor que quería llevarme por el camino de las exterioridades, temí dicho camino, y preferí privarme temporalmente de los abrazos de Dios a ofenderle y precipitarme en el abismo de la soberbia, y resistí, pero mi Dios no se había dado por ofendido de mi resistencia, ni yo quise ofenderle, sino que me pareció que era un decreto condicional, no absoluto, y que no comprometía la gloria divina. Que nuestro Señor mostróse apenadísimo cuando yo descendía gradualmente del estado de referencia, pero que su pena era la del Padre, Madre o Esposo que siente la separación temporal de su hija y esposa, pero consienten en ello por razón del peligro que le amenaza en el seno de la familia. Que idéntica pena padeció mi alma. En cuanto a leer las obras de Sta. Teresa para estudiarme en ellas, que lo sentía mucho, porque me perjudicaban, o cuando menos me hacen sufrir horrores esta clase de exámenes."

[600] «Insistió el Padre en que sí, y las leí. Para abreviar el Purgatorio, di orden para que la *Vida* y el *Camino de Perfección* se leyeran en el refectorio, y así se hizo. Yo leí *Las Moradas*. La doctrina de la santa la entendí perfectamente. Vi en ella bastante más de lo que escribió y lo vi en mi historia. En sus obras, lo mismo que en su vida, vi la aprobación de mis relaciones sobrenaturales, la confirmación de lo que me insinuaba nuestro Señor en mis comunicaciones di-

rectas. Me vi retratada en varios episodios de la vida de la Santa, y hasta en los defectos. Fue servido nuestro Señor de mostrarme la Santa en su doble aspecto: o sea, lo que Dios hizo en ella y lo que ella hizo por Dios; y también sus defectos, para que me animase y conociera mejor la naturaleza de la bondad de nuestro Señor, el misterio que encierran estas palabras: *En esto consiste la caridad de Dios, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El nos amó primero y envió su Hijo al mundo en propiciación por nuestros pecados* [9].

Ya antes de mi profesión religiosa me había significado nuestro Señor los rasgos de semejanza que tenía con su queridísima esposa Teresa, y por ésta y otras razones profesaba a la Santa singular afecto, y en la ocasión que refiero vi confirmado lo que había entendido muchas veces.

[601] Mas, a pesar de estas seguridades —que quizá a otra alma procurarían descanso—, mientras leí *Las Moradas* y escuché la relación de la vida de mi querida Santa Teresa, yo sufrí la violencia que dije refiriéndome a las obras de S. Juan de la Cruz —un verdadero purgatorio—, por las razones que indiqué. Comuniqué al Director mis impresiones, excepto lo que había entendido de la realidad de los defectos de la Santa y de muchos Santos y Santas comprendidos en la revelación, porque me interesaba ocultar este secreto para que me tratara con el desprecio que merezco. Además, porque, al cambiar de Director, siento la apremiante necesidad de experimentar la caridad que tiene, de ver en él la participación del amor misericordioso que mi Dios querido me profesa. Si no siente de mí que soy pecadora miserable, y compara este sentimiento o conocimiento de mi malicia y ruindad con la misericordia y caridad que nuestro Señor me trata y me ha tratado siempre, no me aprovecha, porque no veo a Dios en él, sino al hombre, y no puedo identificarme y tener confianza, fe, ni seguridad.

[9] 1 *Jo* 4, 10.

A pesar de las manifestaciones que le hice a mi Director, continuó observando la misma conducta, y cumplióse en mi pobre alma la crisis dolorosa que describe el apéndice [10] en el capítulo que refiere los trabajos que padecen las almas cuando cambian de Director y las califica éste de ilusas. Después se invirtieron los papeles y he luchado con él en sentido opuesto. Todo lo dispone o permite nuestro Señor para sus altos fines.»

CAPITULO II

Escribe «La Vida Espiritual». 1918

RESUMEN: *Recibe orden de escribir «La Vida Espiritual».—Nuestro Señor Jesucristo la previene y anima para tomar esta cruz.—Ilustración en que aprehende el plan de la obra.*

[602] Acierto grande del nuevo Director, una vez que se aseguró del buen espíritu que gobernaba a su dirigida, fue obligarla a escribir el admirable tratado sobre *La Vida Espiritual, coronada por la triple manifestación de Jesucristo.* Movióse a ello con ocasión de una cuenta de conciencia que le pidió por escrito en Marzo de 1918. Poco después y con esta ocasión recibió la Madre Angeles las ilustraciones de que nos dio cuenta en carta de 28 de Octubre de 1919, que dice así:

«Muy R. P. Nazario Pérez.

Muy amado Padre: A mayor gloria de Dios nuestro Señor y de su Madre bendita, y por si quieren nuestros Soberanos Amores valerse de mi pobreza para manifestarle uno o varios de los fines que pretenden con el adjunto escrito en cuaderno, referiré a V. R. lo que entendí. En la segunda quincena de Abril del año 1918, un día después de la confe-

[10] Se refiere al Apéndice sobre la dirección, que se halla en *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo,* capítulo 3.° de dicho Apéndice.

sión, mi director espiritual me dijo estas palabras: *"Encomienda a Dios un pensamiento que yo tengo, para que conozca si es su voluntad que se realice".*

Salí del confesonario y me dirigí al coro para asistir a un acto de Comunidad. No recuerdo bien si antes de entrar en el coro o inmediatamente después que penetré en él —creo que fue antes, cerca de la puerta del coro—, pero se prolongó la visión, y por esto continué en el coro viendo lo que veía. Vi a nuestro Señor Jesucristo a distancia de unos veinte metros, en un horizonte impregnado de fuego. No distinguía brazos ni piernas, aunque tenía forma humana, bellísima, candente. Sin embargo, a su izquierda, vi una cruz pesadísima, y en su derecha aprendí una infinidad de tesoros de gracia —o sobrenaturales—, cuya naturaleza no pude percibir; solamente entendí que pertenecían al orden de las soberanas efusiones de su vida, y sentí una misteriosa atracción, que me arrastraba con imperio soberano a aceptar la pesada cruz, para merecer dichos tesoros. Me significó nuestro Señor que la cruz era un trabajo escriturario que mi Director quería imponerme por obediencia, y que era éste el pensamiento que me había dicho que le encomendase, cuya respuesta me anticipaba.

[603] Ante la estimación infinita divina que me merecían los tesoros divinos que contenía Jesús en su derecha —no le vi los brazos, pero se distinguía en él derecho e izquierdo—, no pude rechazar la cruz que se me mostraba superior a mis fuerzas y pesadísima, en alto grado penosa. Me resigné, y le prometí a nuestro Señor que cargaría con ella, para procurarle la gloria que esperaba del cumplimiento de este designio y merecer los tesoros que me ofrecía. Mientras duró la visión y su influencia, aunque temblaba a la vista de la cruz que se me imponía, me sentía dispuesta a cargar con ella, por las energías de que disponía y me prestaba la participación experimental sabrosa de la caridad de Jesús. Mas después, cuando cesó la soberana influencia y me vi abandonada a mis propias fuerzas, sin perder la resignación en

la divina voluntad, sentí la rebelión de la parte inferior, y mil sugestiones que me impulsaron a protestar contra el trabajo escriturario que se me imponía en mis relaciones con Dios, agregándose a esto las dudas y desconfianzas, que me trabajaron varios días.

El 30 de Abril vino mi Director, quien, enterado de la visión y de mi repugnancia, me impuso por obediencia el trabajo escriturario que rechazaba, añadiendo que ciertamente era éste el pensamiento que quería se realizase. Le dije que no podía escribir tratados sobre la vida espiritual, porque desconocía esta clase de trabajos, que me sería más fácil escribir sobre el Santo Evangelio o la vida de Jesús, a cuyo estudio había consagrado mi vida entera, y es El mi centro, y mi vocación perderme en su vida divina humanada.

[604] El Director, sin hacer caso de mis protestas, me requirió para obedecerle. El primero o segundo día de Mayo, estando con la Comunidad en Maitines, vi delante de mí, en misteriosa región, un camino real espacioso, cuyo término no veía, pero entendí que se perdía en la infinita perfección de Dios. Comprendía infinitos senderos, uno para cada alma, los cuales, así como el camino, estaban sembrados de flores, cruces y espinas, y se diferenciaban por el mayor o menor número de cruces. A la izquierda del camino no existía nada, era un abismo interminable que inspiraba terror. A la derecha había varios senderos áridos, estrechos, especie de laberintos sin término ni finalidad, por manera que, si alguien entraba en ellos, después de recorrerlos enteramente veríase precisado a volver al camino y al mismo punto de su partida.

Entendí que el camino es nuestro Señor Jesucristo; los senderos en él comprendidos, las diferentes vocaciones de las almas llamadas al mismo fin, que es la participación de la infinita perfección de Dios mediante la imitación de Jesús. El abismo abierto a la izquierda del camino significaba el abuso de la libertad humana, que conduce al infierno. Los

senderos de la derecha me fue significado que es el extravío que padecen las almas que, descuidando la meditación y participación de los misterios de la vida de Jesús, consagran su vida o parte de ella a saborear los libros que tratan de teología mística, para estudiarse a sí mismas, conocer los fenómenos que acompañan sus relaciones sobrenaturales, los estados que pretenden, etc., etc.; cuyo número entendí que es mayor que el de las almas generosas, desinteresadas, que procuran la gloria divina en la propia santificación, como procuraron y buscaron Jesús y María durante su estancia en la tierra, y después de éstos los santos apóstoles y primitivos cristianos.

Entendí que dichas almas egoístas, desnudas de la virtud sólida, edifican su edificio místico sobre arena, pierden el tiempo y, para conseguir la unión divina que pretenden, tienen necesariamente que volverse al camino. Que a éstas se refiere la Sagrada Escritura, que prohíbe desviarse del camino hacia la derecha [11].

[605] Finalmente, mostróseme el Camino sin senderos, y en él leí mi historia, todos los episodios de unión con María, y por María con Jesús, mostrándoseme todos como figuras animadas. Nuestro Señor me requirió para que los describiese en la forma que se me mostraron, porque quería utilizar las gracias que me había concedido en bien de las almas, enseñando a éstas la verdadera espiritualidad, las riquezas escondidas en la vida cristiana, consagrada con la unión mariana, y aficionarlas a sus prácticas, que los amigos de medios peregrinos para llegar a la unión divina llaman *ordinarias;* prácticas que, aceptadas con espíritu de fe, reportan al alma la santidad más sublime, infinitas y peregrinas riquezas, que no sospechan siquiera las almas que buscan la santidad por otros medios. Que el tratado sobre la vida espiritual que me obligaba el Padre a escribir no sería otra cosa que la descripción de la acción de Dios

[11] *Prov* 4, 27.

en mi alma, y que el título que le convenía era éste: *La perfección cristiana coronada con la triple manifestación de Jesucristo.*

Esto mismo me fue significado muchas veces en momentos de intimidad con nuestro Señor y nuestra Madre Purísima, quienes, si no me equivoco, esperan gloria especial por medio del humilde escrito.

En diferentes ocasiones, una a una, las tres divinas Personas y la Sma. Virgen mostráronseme complacidos, y me significaron que uno de los fines de su regia prodigalidad en favorecerme fue éste para aficionar a las almas a los misterios de la vida de Jesús y María, etc., etc.

[606] La triple manifestación de Jesucristo es el cumplimiento de los siguientes textos del Santo Evangelio: 1.º *El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y me le manifestaré a Mí mismo.*—2.º *Si alguno me ama guardará mis palabras y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él.*—3.º *En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en mi Padre y vosotros en Mí y Yo en vosotros* [12].

Quisiera completar el título con algo que indique la influencia de la Virgen en las almas consagradas a la contemplación y favorecidas con la divina unión, pero mi ignorancia no lo encuentra. V. R. se encargará de completarlo, pues preferiría que lo sustituyese por otro a prescindir de la Sma. Virgen, cuyo amor consagra mi vida espiritual.

Sea todo para mayor honra y gloria de mi Dios Uno y Trino y de la Sma. Virgen, mi Señora y Madre. Amén.

Las meditaciones que siguen a la explicación de la santa Casa de Loreto no son para imprimir. Lo envío por no descoserlo del escrito que le antecede, y que escribí como introducción a dichas meditaciones.

Poseo otros escritos, pero por ahora no es necesario que se publiquen.»

[12] *Jo* 14, 21; 14, 23; 14, 20.

[607] Sobre el tiempo y modo en que escribió la M. Angeles su ya célebre libro hay preciosas noticias en sus cartas. Al P. Alfonso, a 10 de Junio de 1918, escribe:

«Mi amado Padre: Acompaño los dos capítulos que faltan para completar el apéndice. Lo que falta del tratado supongo que ocupará cuatro capítulos, porque tengo que describir:

1.° La vida del alma con Jesucristo en Dios fuera de sí mismo, o sea, que el alma, requerida por Jesús, se eleva a la contemplación de la Divinidad y vive con el mismo Jesucristo en Dios, pero enajenada o fuera de sí misma, mejor dicho, elevada sobre su propio ser.

2.° La vida del alma con Jesucristo en Dios en el fondo de su ser, o sea, que posee a la Sma. Trinidad y la contempla en sí misma.

3.° La vida del alma con Dios en Jesucristo, o sea, que, después de un período más o menos largo dedicado o empleado en la contemplación de la Divinidad, la requiere Jesús para que se vuelva a él, Dios y Hombre verdadero, en cuya doble naturaleza el alma contempla y posee a las tres divinas Personas de la Trinidad, pero fuera de sí misma.

4.° La vida del alma con Dios Trino y Uno en Jesucristo, pero en el fondo de su ser.

Estos cuatro capítulos pueden reducirse a dos, pero resultaría difuso o confuso, y me parece que sería mejor dividirlos en cuatro. En ellos se verá cumplida la promesa de Jesús a sus discípulos que dice: *En aquel día, vosotros conoceréis que estoy en mi Padre* (los dos primeros capítulos) *y vosotros en Mí* (tercer capítulo) *y yo en vosotros* (cuarto capítulo) [13].

[608] Uno de los días de la semana pasada entendí que el título apropiado del humilde y mal expresado tratado sería: *La perfección de la vida cristiana coronada* (en la tierra o en esta vida) *con el triple galardón de la predilec-*

[13] *Jo* 14, 20.

ción de Jesucristo, y su revelación al alma —y en El— de las tres divinas Personas de la Trinidad. Son los beneficios más singulares con que Dios nuestro Señor recompensa el mérito del alma sólidamente cristiana que procura conformar su vida con Jesús, por cuya razón creo no desdice el título; pero de esto es mejor que se encargue V. R., así como de añadir a la obra lo que falta en materia de pruebas, etc., porque yo no he descrito sino aquello que he sentido en mí y palpado o conocido claramente en otras almas.»

Por esta carta venimos en conocimiento de que la mayor parte de esta obra tan admirable se escribió en poco más de un mes y realmente a vuela pluma; pues el 30 de Abril, como antes vimos, se le impuso el precepto de escribirla y el 10 de Junio le faltaban sólo cuatro capítulos. Y nótese que a sus ordinarias tareas de religiosa de coro y de abadesa se añadía por este tiempo el trabajo de escribir también su diario, con la extensión que se verá en el capítulo siguiente.

[609] En una tarjeta sin fecha, anterior sin duda a esta carta, pero de este tiempo, le dice al P. Alfonso: «Ayer no escribí nada. Por eso sólo le remito el capítulo VII, pues el octavo no hice más que empezarle. Tal vez no pueda continuarle hasta la próxima semana, y eso violentándome mucho, porque ahora no puedo pensar más que en Dios.

De mi trabajo escriturario sólo dos estados restan: 1.° El alma vive con Jesucristo en Dios; 2.° El alma vive con Dios en Jesucristo y muere en El. Los describiré después de los santos ejercicios, si Dios quiere. He pasado la semana bastante mal del cuerpo y también de espíritu, aunque en el espíritu no he tenido sufrimiento alguno, fuera del desamparo o retiro de Dios.»

[610] A 10 de Julio de 1918, escribe:

«Mi venerado y amado Padre:

Escribiendo se me inflama la cara y duele la cabeza. No debo estar para este trabajo, y aunque es cierto que no merezco compasión, sino los peores tratamientos, agra-

deceré a V. R. si hace la caridad de levantarme la obediencia de reanudar el trabajo escriturario hasta dentro de ocho días, que espero estaré mejor de salud. Además mi espíritu sufre y paréceme que no puedo escribir lo que me falta mientras no se alivie mi situación. Si, después de esta manifestación, insiste en que escriba, estoy dispuesta a poner cuanto esté de mi parte para obedecerle, y lo hubiera hecho hoy a no creer lo más necesario la relación que acompaño, pues ayer ofrecí a mi Dios el penoso cumplimiento de la obediencia que me impone en satisfacción de mis muchos y grandes pecados, especialmente del que cometí a sus pies... Perdóneme, que ya quiero enmendarme, si es que está en mi mano la enmienda.

Bendiga a su rebelde hija y esposa infiel de Jesús q. b. s. m.

Sor Angeles»

[611] Otra carta o tarjeta sin fecha dice así:

«La relación que pedí a V. R. es la que empieza en Febrero. Creo que no la necesitaré, porque tengo a la vista el período que hará el asunto del capítulo 23; pero, por si acaso, puede mandármelo. Descritos los episodios de la vida de Jesús, que conozco por experiencia, quizá quede incompleto el capítulo citado porque no he llegado todavía a la Pasión.»

«La manifestación de la vida paciente pertenece al capítulo 24, último del tratado. Espero en mi Dios que me ayudará a describirle tal como lo entiendo, aunque no lo conozco por experiencia.»

Otra vez le dice: «Acompaño los papeles corregidos. En la primera semana tengo mucho que hacer y no escribiré, a no ser que me arrastren tanto que no me dejen en paz. No lo quiera Dios, pues tengo necesidad de tomarme unas vacaciones largas, de quince días por lo menos, después que cumpla los deberes de cargo, que ahora me llaman. No espere, pues, que le envíe nuevos papeles en una temporada.

Digo esto porque espero que Dios nuestro Señor bendecirá mi deseo y necesidad de descansar, que, si quiere otra cosa, *Fiat voluntas tua.*»

Con las enfermedades y tribulaciones y las vicisitudes del estado místico de la escritora, la redacción de los cuatro últimos capítulos le llevó más tiempo que todo el resto de la obra. Harto poco, sin embargo, pues estaba ya terminada a mediados de Noviembre.

CAPITULO III

Páginas de su Diario

RESUMEN: *Historia del Diario.—Páginas salvadas.—Recapitulación de los favores pasados con que Nuestro Señor prepara a la M. Angeles para escribir su obra.—Le significa que quiere servirse de ella para enseñar a las almas el verdadero camino, previniéndolas contra las ilusiones. Faltas.—Dios le consuela por el Director.—Efecto del don de sabiduría.—Especie de pena de daño, alternando con goces.—Padecimientos físicos y sufrimientos morales.—Faltas.—Temores.—Pentecostés.—Más alternativas.—Recibe el Espíritu Santo, que le inflama en amor de Jesús.—Ligera nube.—Nuevamente, poseída del divino Espíritu, se siente impulsada a escribir la explicación de las estampas de la Divina Pastora.—Nuevo desamparo interrumpido.—Ansia de justificarse más.—Descansa en Dios.—Gime por unirse con el Espíritu Santo.—Luces acerca de la Santísima Trinidad (Días 8 a 24 de Mayo de 1918).*

[612] Sabíamos que por mandato del P. Alfonso iba escribiendo la M. Angeles un diario que debía ser continuación de la *Autobiografía,* y esperábamos encontrar este precioso documento en manos de su antiguo Director. Mas éste nos dice: «Si bien yo tuve empeño en que hiciera el diario dándome cuenta de lo que en ella acontecía, y de hecho lo hizo, ese diario no quedó en mi poder, por la sencilla razón de que el tratado de *La Vida Espiritual* está fundamentado en ese mismo diario, y siempre me lo pedía para la continuación del tratado, y con él se quedaba... Al parecer,

debió de ser quemado con algún otro tratado, según me han dicho, por algún consejo no muy laudable que le dieron después de que yo salí de Valladolid» [14].

Unas pocas páginas se han salvado y están en mi poder, porque me las envió la misma autora con ocasión de ciertas preguntas que le hice. «Le envío —me dice— tres pliegos del diario que, por orden de mi Director, escribí el pasado año. Pertenecen al mes de Mayo: en él verá lo que me significó nuestro Señor respecto de las almas aficionadas a los libros místicos; en lo que resta verá los sufrimientos que me costó escribir el tratado de referencia y la cuenta de conciencia, más el primer llamamiento que tuve para escribir las Pastoras» [15].

En la misma carta me dice: «Desde Noviembre del pasado año interrumpí el diario, a pesar del vivo deseo que de esto tiene mi Director. Verdad es que estoy agobiada de ocupaciones y me falta tiempo aun para dormir lo necesario, pero quizá depende mucho de la repugnancia que siento».

[613] He aquí estas interesantes páginas:

«*Día 8.*—Ayer salí del confesonario muy aliviada, casi libre de la cruz que me oprimía, consolada, tranquila. La exhortación de mi Director produjo en mi alma el efecto que si fueran palabras sustanciales, pues inmediatamente se estableció una corriente misteriosa entre Dios nuestro Señor, o sea, Jesucristo glorioso, la Sma. Virgen y mi alma; y toda la noche, y parte del día, he gozado una comunicación divina tan elevada y oscura o secreta que no puedo explicar.

[14] Las páginas del Diario que se salvaron de la quema aparecieron en *Revista de Espiritualidad,* XI (1953), pág. 50 y sigs.

[15] *Las Pastoras.* Se refiere a unas estampas o grabados de la Divina Pastora, que sirvieron para escribir —a manera de comentario a las mismas— una especie de itinerario espiritual, en parte autobiográfico. Aparte de otras ediciones anteriores, esta obrita fue incluida en la compilación del P. Nazario, *Opúsculos Marianos,* con el título de *La Ovejita de María Inmaculada,* págs. 99-170.

En la oración de la mañana, como preparación para la solemnidad de la Ascensión, quise recordar brevemente todos los misterios de la vida de Jesús, y, cuando los recordaba, vi los diversos grados de oración y estados de alma que constituyen mi vida espiritual y mis relaciones con Jesús, los efectos producidos en mi alma por la meditación de su Vida santísima, sus favores, mi correspondencia, etc., etc. Todo lo vi detalladamente, y entendí que se me recordaba lo dicho para que a su tiempo me sirviera de mi historia para escribir el tratado que la obediencia me ha ordenado. Todo lo que sea mirar atrás, aunque vea cosas buenas, me fatiga mucho, y me hace padecer lo indecible. Por esta razón, la memoria de un pasado de gratos recuerdos —y que es como una historia de amores divinos, que a otra alma hubiera entusiasmado— a mí me produjo violencia, y empecé a padecer la misma opresión y tirantez que los días anteriores, aunque más tranquila, o [con] menor alboroto, y continúo padeciendo.

[614] Cuando recibí la sagrada Comunión, mi divino Salvador me procuró un descanso muy grande y sabroso, durante el cual me dio algunas instrucciones relacionadas con el tratado de referencia, pero, pasado un rato, cesó la comunicación divina, y volví a mi estado de sufrimiento. Varias veces se ha dignado Jesús revelarse a mi alma en forma que no puedo expresar —cada vez más amante y unido a mi alma, muy complacido y propicio a favorecerme—; y, en los breves momentos que duraba dicha presencia o visita de Jesús, gozaba y me ofrecía resignada a padecer la terrible prueba que constituye para mí el trabajo escriturario, porque se opone a mi suprema aspiración, que es perderme en Dios para siempre jamás, libre de toda preocupación interna y externa que me une a la tierra o me hace volver sobre mí misma. Así, pues, aunque padezco violencia y violencia grande, estoy perfectamente resignada en la santa obediencia y dispuesta a continuar escribiendo, cueste lo que cueste, si mi Director no me ordena otra cosa.

Las faltas que he cometido son: distracciones y algunas palabras ociosas.»

[615] «*Día 10.*—Ayer no pude escribir el diario. Por la mañana, mi Señor Jesucristo tuvo la bondad de revelarse a mi pobre alma como amante divinamente complacido, y agradecido en cierto sentido. Con una insinuación que revela su infinito amor y entusiasmo por su humilde esclava, y lo contento y satisfecho que está conmigo por mi inviolable adhesión a El, me dijo, o me significó, que quiere por mi medio enseñar a muchas almas a caminar a la perfección por el sendero y en la forma que más le agrada y mayor gloria y complacencia se le procura, cuyo sendero es el mismo que me ha conducido al grado de contemplación y unión divina que poseo por su infinita misericordia. Me confirmó lo que muchas veces me ha significado, esto es: que la inmensa mayoría de las almas piadosas que cultivan la vida interior y consagran tiempo notable a la oración pasan su vida saboreando tratados de teología mística, estudiándose a sí mismas para ver si van conformes con lo que ordenan y enseñan los mismos, mejor dicho, para ver si la oración produce en ellas los fenómenos que acompañan a la unión divina; y no se cuidan para nada —o se cuidan muy poco— de estudiar los misterios de su vida santísima, que la Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, pone a nuestra consideración en el santo Rosario, y el espíritu y enseñanza divinas del mismo Jesús consignadas en el Evangelio, que es lo sustancial y por lo que debemos regular nuestra conducta, y el medio breve y seguro que conduce a la unión con Dios. Vi lo mucho que desagradan a Jesús dichas almas tacañas y egoístas, y la gloria y complacencias que le procuran las que le buscan sin interés por la práctica de las virtudes que resplandecen en los misterios de su vida mortal y contiene el santo Evangelio, cuyas almas le son muy queridas, como copias vivientes que son de su divina Persona Humanada.

El resto del día estuve sufriendo por los motivos que el

día anterior, y hoy, todo el día, también he estado sufriendo.

Las faltas que he cometido son: distracciones en el oficio divino y demás ejercicios; y, con motivo del fallecimiento de la demandadera, he hablado bastante más que acostumbro, sin urgente necesidad, y también he hablado alguna palabra en tiempo y lugar de silencio papal o riguroso.»

[616] Día 11.—Nada de particular. He pasado el día sufriendo hasta la tarde, que vino mi Director y fue servido mi Dios de consolarme por su medio, repitiendo a mi favor el beneficio del día 7, o sea, que la exhortación de mi Padre espiritual me elevó a Dios, estableciendo una corriente de amor entre las personas de la Trinidad Santísima, la Santísima Virgen y mi alma, y en esta disposición me acuesto muy tranquila y gozosa, sintiendo vivamente el efecto —si no me equivoco— del don de Sabiduría, cual es la noticia sabrosa de Dios, que se goza con pasmo y admiración, o cierto acatamiento a Dios que eleva el alma y la une al mismo Dios. Pues esto es en sustancia la coriente de amor que se ha establecido entre Dios y mi alma. Sea bendito por siempre.»

[617] «Día 13.—Ayer no pude escribir la cuenta de conciencia. El 11 por la noche, al tiempo de acostarme, padecí una pena intensa. Estaba tranquila y bien en Dios, y, sin embargo, padecí lo que no puedo explicar. Parecióme que estaba pasando en vida el purgatorio, y especialmente la pena de daño [16], pues era una como privación de Dios dolorosísima, en gracia y amistad de Dios, a quien parecía me unían lazos íntimos.

Ayer, 12, por la mañana, durante la Misa, gocé mucho en mi trato con las tres Personas de la Trinidad, a quien vi me unían relaciones íntimas, cuyo conocimiento y efectos que me produjo me tuvieron un rato como fuera de mí. Hoy

[16] *Pena de daño.* Los teólogos denominan así al tormento que padecen las almas que están en el purgatorio o en el infierno y que es producido por la privación de la vista de Dios.

se ha repetido dicho favor, pero no con la intensidad que ayer, y con la variante de que ayer fue el Espíritu Santo la Persona que se distinguió en favorecerme, y hoy Dios Padre; y yo he andado como buscándole el corazón, y habiéndole hallado, le he pedido muchas veces que me lo entregue sin falta, porque lo necesito para amar a su divino Hijo, mi Señor y Esposo, como El le ama. Advierto que la corriente de amor, establecida entre Dios y mi alma desde la confesión del día 11, está consagrada a preparar mi alma para la solemnidad del Espíritu Santo; mejor dicho, para unirme más íntimamente a Jesús en las próximas pascuas del Espíritu Santo, mediante una participación más perfecta de la vida o del amor divino que constituye dicha divina Persona.

[618] Ayer por la tarde padecí una violencia grande, o sea, que la cruz del trabajo escriturario se dejó sentir en toda su pesadez, y mi pobre alma quería como desentenderse de carga tan pesada y que tanto le impide el cumplimiento de su anhelo de perderse en Dios. A la violencia se agregó la intensa pena de la noche anterior, y padecí una especie de purgatorio, especialmente la pena de daño. Unido este sufrimiento moral a la fiebre que padecía, me puso en términos que no sabía si dar voces o retirarme de los actos de Comunidad. Dos veces me despojé y vestí el manto, porque me abrasaba y me quedaba fría, y por fin me retiré a la celda sin rezar la estación que se acostumbra después de cenar, porque temí que me daría un ataque, pues empezaba a perder el sentido o la cabeza, no lo sé. Hoy también he padecido algo, pero, hasta ahora, la pena de daño que digo no ha sido tan intensa como ayer.

Las faltas que he cometido son: distracciones en el oficio y demás prácticas piadosas y algunas palabras ociosas o sin urgente necesidad.»

[619] «*Día 14.*—Nada de particular, fuera del amor más intenso que he sentido por Jesús Paciente en la oración de la noche, acompañada de la disciplina, en cuya oración me-

dité los padecimientos de mi Salvador, mejor dicho, los recordé.

Las faltas que he cometido: distracciones en el oficio y demás prácticas piadosas.»

«*Día 15.*—Todo el día padeciendo sin ningún consuelo, pero tranquila y resignada, aunque a ratos he sentido algún deseo de pedir a mi Padre espiritual que me libre del peso de esta cruz que tanto me oprime, no por lo material del trabajo, sino porque me impide perderme en mi Dios, cosa que ansío infinito y cada vez más; sin duda lo dispone así el Señor para castigar, con este anhelo creciente y nunca cumplido de perderme en El, las veces que le abandoné pecando, o con mis infidelidades le obligué a retirarse de mí.»

«*Día 16.*—Mucho consuelo en la sagrada Comunión por la acogida entusiasta o satisfactorio recibimiento que hallé en mi Dios Humanado, y todo el día cierta atracción amorosa que me lleva a Dios, el cual se muestra contento y propicio a favorecerme. Pero también he padecido, aunque no tanto como ayer.»

[620] «*Día 17.*—Todo el día padeciendo, a pesar de sentirme llamada o requerida por Dios, el cual se muestra propicio a mi alma. A los sufrimientos de otros días se agregó por la mañana la presión o persuasión de que pierdo el tiempo en escribir, porque mi trabajo escriturario no será útil para nadie, y no sólo no será útil, sino que aumentará la fatiga de muchas almas que aborrecen los libros, porque las causa hastío, como me ocurre a mí. Y es verdad que me fatiga leer y oír leer, y aun de sólo ver libros; y, en el momento que pensaba lo dicho, sentí un doble aborrecimiento tan *grande hacia los libros, que con gusto hubiese hecho una* grande hoguera con todos los libros que hay en el mundo, excepto la Sagrada Escritura, mejor dicho, el Nuevo Testamento y los breviarios, únicos que quería se conservasen. Esta tentación la he tenido varias veces. Además, me persuadí que escribiendo ofendo a mi Dios y perjudico mucho a mi alma; y padecer tanto para no sacar otro fruto que

ofender a mi Dios, se me hacía muy duro, más que el infierno; pero me he resignado, suplicando a mi Dios que reciba mi penitencia, que ya ve que es muy grande, y le haga servir a su gloria, puesto que me sacrifico por su amor y por cumplir su voluntad, manifestada por la santa obediencia. Esta tarde me he confesado con mi Director. Salí del confesonario muy bien y continué así un rato, invocando a mi Dios Espíritu Santo para que venga a informar mi alma, etc.

Mas, después, se me ha alborotado la conciencia y me he preocupado y disipado. El alboroto consiste en la incertidumbre. Aprendí que el estado de mi conciencia es dudoso, y que tenía necesidad de hacer confesión general para asegurar el perdón. Después me pareció que todos los pecados cometidos hasta la renovación de confesiones que hice en los ejercicios del año pasado, me los ha perdonado nuestro Señor, pero no los que he cometido después, ni están bien confesados. Para ponerme en gracia de Dios, que necesito renovar las confesiones del año; pero no con mi Director, porque los pecados que no se me han perdonado son el haber hablado y escrito lo que mi Director me ha mandado, y esta tentación me ha preocupado y apurado mucho.»

[621] «*Día 19. Pascua de Pentecostés.*—El día 17, al anochecer, mientras padecía el alboroto de conciencia que dije, entendí de una manera clara que aquello era la preparación para la solemnidad del Espíritu Santo. Yo lo creí, porque no lo podía negar; pero no quise abandonarme al sentimiento de paz y gozo que acompañaron la noticia. A las nueve y media, cuando escribía la cuenta del día, oí que me repetían lo mismo, añadiendo que las tres divinas Personas se preparaban para concederme gracias mayores que otros años en estos días, como premio de mi obediencia resignada, aunque dolorosa, y de mi adhesión al Verbo Encarnado, que es cada vez más perfecta. Creí lo que se me dijo, pero tampoco quise gozarme de ello.

Pasé la noche y la mañana, hasta la Comunión, recordando la exhortación que me hizo mi Director en la confesión de la tarde anterior, preparándome para la presente solemnidad. Como siempre, me sentí fuertemente impulsada hacia Dios, cuyas Personas divinas no sólo me llamaban, sino que me arrastraban a un abandono completo a su acción divina, y como a reposar en su seno. Mi inclinación a perderme en Dios, gravitada con la exhortación de mi Padre espiritual, me impulsaba al reposo en Dios con un completo olvido del mundo, criaturas y de quehaceres; pero comprendí que, si obedecía al impulso que sentía, no podría después dedicarme a escribir, lo cual me sería perjudicial, porque me costaría más —después de ocho días de descanso en Dios, y de una vida de puro presente— volver a mirar un pasado feliz, pero que parece sombrío comparado con el estado presente; y que me convenía sacrificarme un día más y terminar de escribir el período de purgación, que ya estaba casi terminado de relatar. Y así lo propuse, no sin violentarme muchísimo, pues sólo Dios y el alma que lo sufre saben lo que cuesta privarse de gozar de Dios, cuando el alma se siente arrastrada al reposo divino. Yo me he acordado mucho de Santa Catalina de Sena, cuando, después de haber visto a Dios *facie ad faciem* [17], volvió a la tierra y lloraba tanto de verse nuevamente ligada a las criaturas. Y la verdad, que esta memoria me ha ayudado algo a padecer mi trabajo.

[622] Pues bien, ayer 18, víspera de Pentecostés, cuando recibí la sagrada Comunión, abracéme con mi Dios Humanado, e, impulsada por una fuerza secreta, ofrecíle mi penitencia: *la penitencia grande,* que continuamente vengo practicando en esta temporada —o sea, mi estado violento—, añadiendo que sólo por su amor lo practico, por cumplir su divina voluntad, manifestada por la santa obediencia. Hecho esto, me dirigí a Dios Padre para rogarle que me

[17] Cf. 1 *Cor* 13, 12. Cara a cara.

ayudase a amar a mi Jesús —que poseía en mi pecho—; mejor dicho, que me diese su divino Espíritu, para que sustituya a mi corazón y ame a Jesús con su mismo infinito amor. Entendí que Dios Padre, con divina complacencia, acogía mi súplica y se preparaba para hacerme nueva y especial donación de su Espíritu Santo, y que esta divina Persona ansiaba derramarse en mi alma, y que me ama con predilección. No lo entendí, sino que lo vi, pues lo dicho fue una noticia-visión, porque se ve lo que se entiende.

En las dos confesiones últimas, con pena oí referir a mi Director cómo el Espíritu Santo, en un momento, había transformado a los Apóstoles que Jesús no había podido acabar de perfeccionar después de tres años de penoso trabajo. Recordando esto —y como si temiera, ¡tonta de mí!, que el Espíritu Santo me apartaría de mi Dios Humanado, elevándome a un grado de contemplación y unión más perfecta con la Divinidad—, cuando vi que Dios Padre acogía mi súplica, díjele que no quería se repitiese en mí lo que me había dicho mi Director de los apóstoles, pues yo siento de Jesús en excelencia y bondad tan altamente como del Espíritu Santo y del mismo Dios Padre, y no podía consentir que el Verbo Encarnado —que es Dios como la primera y tercera Persona de la Trinidad, y me ha redimido con el precio de su vida y sangre— se retire de mi alma o, sin retirarse, tenga que ceder su puesto al Espíritu Santo para que complete su obra, como si El no pudiera santificarme. "Te pido tu divino Espíritu —dije a Dios Padre— para que sustituya a mi pobre corazón, y con El, que es tu amor, amar a mi Dios Humanado, mi Esposo, mi Maestro, mi Justicia, mi Santidad, mi Vida, mi *todo,* como Tú le amas, y procurarle toda la gloria y complacencias que Tú le procuras. Te lo pido para esto, y para ver y contemplar su doble naturaleza —con sus perfecciones, privilegios y misterios de su vida misteriosa y eterna— con simple y amorosa vista, como Tú le contemplas".

[623] Y, mientras le decía esto al Padre, yo, impulsada

del amor y estimación crecientes que sentía por Jesucristo, le abrazaba y me estrechaba con El cuanto podía en el fondo de mi alma, y con actividad prodigiosa le tributaba adoración, alabanzas y mil obsequios. Ardía mi alma en el amor de Jesús, y estaba como fuera de mí. Pero no caía en cuenta de que aquello fuese la respuesta de mi súplica dirigida al Padre, y el cumplimiento de lo que se me había anunciado con relación a las gracias que quería Dios concederme en estas Pascuas; hasta que el mismo Dios Padre me lo advirtió, y vi que efectivamente era el Espíritu Santo quien amaba en mí a Jesús, y que la fiesta de Pentecostés había llegado para mí, y tan solemne y fecunda como se me había anunciado, y que la presencia del Espíritu Santo en mi alma —y lo mismo en todas las almas— lejos de entorpecer y entibiar las relaciones amorosas, y hasta cierto punto deferentes [18], que me unen al Salvador, las fomenta y perfecciona, pues es la personificación del infinito amor que el Padre le profesa al Hijo y el Hijo al Padre, y el lazo eterno que los une.

Vi a Jesús en el fondo de mi ser, o mi alma identificada con Jesús, el cual parecía se había constituido en el único ser viviente de esta pecadora. No era la primera vez que veía a Jesús convertido en alma y vida mía, pero nunca en tan alto grado. No puedo explicar la belleza soberana de Jesucristo unido a mi alma que vi, porque no hay palabras que lo expresen. Después, todo el día, sentí los efectos del favor recibido. Estuve muy ocupada, pero tranquila y gozosa, como quien posee a Jesús de modo tan visible, a quien di muchos abrazos de amor.

En la oración de la tarde, mientras recordaba los puntos de meditación que me dio mi Padre espiritual para estos días —mejor dicho, el recogimiento y abstracción de sentidos y potencias que me aconsejó—, una vez más mostróse Jesús a mi alma; mejor dicho, revelóseme en el fondo de

[18] Deferentes (*sic*). ¿Querría decir *preferentes*?

mi ser bajo forma tan divina y tan amante y propicio, que no lo puedo expresar. Me costó trabajo sufrir la fuerza divina o grandeza del bien que reportó a mi alma dicha presencia y visión de Jesucristo y la noticia de tanta bondad y amor. Sus efectos los experimento todavía, pues toda la noche y día presente me siento favorecida con la predilección, no solamente de Jesús, si que también de Dios Padre y Espíritu Santo. Pero el objeto principal de mi culto y la Persona divina que me absorbe, es especialmente el Verbo Encarnado, y en ello veo cumplido lo que se me había indicado, esto es, que, en virtud de la nueva comunicación del Espíritu Santo a mi alma, desde estas Pascuas amaré más a Jesús y mi unión con El será más perfecta.

[624] Gracias sean dadas a mi Dios querido, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y a la Virgen Inmaculada, a quien me he adherido fuertemente en estos días para que me prepare y alcance de Dios el don de su Espíritu Santo, en conformidad con los consejos y exhortaciones de mi Padre espiritual.

Las faltas que he cometido son algunas distracciones. No he tenido sufrimiento ni tentación ninguna.»

«*Día 20.*—Anoche, una ligera nube interceptó el fluido de las divinas comunicaciones. Nube ligera, porque no oscureció el firmamento del hermoso cielo de la presencia de Dios, pero que tardó varias horas en disiparse; en cuyo tiempo mi oración fue de súplica, porque no estaba para más. Fue que aprendí que había ofendido a mi Dios comunicando a mi Director los favores recibidos de su infinita Bondad el 18 y 19 de los corrientes. Además tuve cierta envidia. Me explicaré.

Ayer mi Director me dijo que la presente semana estaría ocupado con las confesiones de las religiosas que practican los santos ejercicios bajo su dirección, en cuyas confesiones me dijo que quería ir despacio, para mejor atender a las necesidades que muchas veces padecemos las religiosas; lo cual me pareció muy bien, y por ello he dado y doy

gracias a mi Dios, a quien he suplicado muchas veces, y con todo corazón, que conceda a mi Director todas las gracias que necesita, y sobre todo le revista de su divino Espíritu, para que dignamente le represente en el santo tribunal de la Penitencia y remedie las necesidades de las conciencias que trata, como las remediaría Jesucristo si las oyera en confesión directamente. Y le he encomendado también las religiosas, para que les inspire fe y confianza y se aprovechen bien del celo y caridad que ejercitará con ellas mi Padre espiritual; pues no siempre podemos las religiosas exponer nuestra situación a los ministros de Dios —con libertad, se entiende—, porque no todos tienen el mismo interés por la tranquilidad y aprovechamiento espiritual de las religiosas.

[625] Cuántas, después de una vida llena de sacrificios, habrán exhalado su último suspiro acongojadas por los remordimientos o ansiedades de su conciencia, por no tener suficiente libertad para traducirla al Confesor tal como ellas lo veían. Y cuántas habrán llevado al sepulcro las penas que torturaron su corazón sin haberlas comunicado a nadie, por no tener un Ministro de Dios que se interesa por ellas e hiciera los oficios de padre y confidente. La verdad, que las religiosas tenemos muchas necesidades, y no siempre encontramos quien las remedie.

Así discurría yo mientras encomendaba a mi Dios y a su Madre bendita las confesiones que oirá mi Director en esta semana. Pero también estaba yo intranquila, y, con motivo de dicha intranquilidad, recordé todo lo que mi pobre conciencia ha padecido desde que ingresé en el claustro, que me parece —y no dudo en afirmarlo— que he padecido mucho, *muchísimo,* y casi todo por no tener suficiente libertad para traducir mi alma al Confesor o Confesores; y me preguntaba: "¿Por qué yo no habré tenido la suerte de esas santas religiosas de dar con un ministro de Dios que se interesara por mí? Y ahora que lo tengo, ¿por qué mi Director, que tanta caridad tiene con las religiosas

que confiesa o dirige los santos ejercicios —lo cual yo probé el año pasado—, no busca mis pecados para absolverme de ellos, ni da importancia a mis frecuentes inquietudes o alborotos de conciencia? ¿Será porque no le inspire igual interés? Esto no lo puedo creer, porque veo que se sacrifica por mí bastante más que merezco. ¿Será porque Dios le oculta mis necesidades, o porque yo no tengo la fe que debiera, o porque no sé confesarme?"

No obteniendo respuesta a mis preguntas, le encomendaba mi conciencia a nuestra Madre Purísima, y conmigo a todas mis religiosas, para que Ella remedie nuestras necesidades, inspirando a mi Director y demás Ministros de Dios —que nos confiesan como ordinario y extraordinarios— la luz, caridad y celo que reclama de ellos nuestra necesidad. Así pasé toda la noche, y esta mañana se disipó la nube, y, dejando mi oración de súplica, volví al trato familiar o comunicación con Dios, interrumpido al presentarse la nube.

[626] A las nueve próximamente de la mañana me he sentido poseída del divino Espíritu, informado en una luz, e impulsada a escribir el significado de 31 estampas de la Divina Pastora, en las cuales he visto representada la vida íntima de muchas religiosas. He visto con claridad lo que debo escribir, y el bien que de ello se seguirá a las almas; pero la mía, que no necesita dicho escrito para sí y siente tanta inclinación a descansar en Dios, rehúsa el trabajo de transmitir al papel sus conceptos si la obediencia no le obliga a hacerlo. Continúo sintiendo el mismo impulso, pero no con la urgencia y fuerza que por la mañana; y para secundar de alguna manera la divina inspiración, ya que escribir no puedo, he explicado a mis religiosas el significado de dichas alegorías en una reunión especial que he tenido con este motivo, pero sin revelar el secreto de la inspiración.»

Día 22.—Todo el día de ayer, consolada hasta las seis y media de la tarde, que empecé a padecer cierto desamparo

y pena intensa, que no me explico: porque veía a Dios Padre y Espíritu Santo propicios a favorecerme, y que me llamaban a descansar en su contemplación y amor; cuya invitación no acepté, por testimoniar a mi Señor Jesucristo la especial simpatía que siento hacia su divina Persona Humanada, y a los divinos misterios de su vida mortal, meditando en las misteriosas palabras del Evangelio que la Santa Iglesia nos propone en el presente día —o sea en la feria cuarta de la semana de Pentecostés—, y que dice así: *Nadie puede venir a Mí si no le trajere el Padre que me envió, etc.* [19] Parecía que Jesús no me correspondía, se mostraba a mi alma como dormido; pero, cuanto menos correspondencia hallaba en El, mayor era mi amor y anhelo, y mi reconocimiento a su divina Persona Humanada, y rogaba al Padre y al Espíritu Santo que cogiesen mi alma y la entregaran a Jesús: que quiero ser toda suya, y buscar y hallar en El la vida, el descanso y bienestar que dichas divinas Personas me ofrecían en la contemplación de sus divinas perfecciones, y a Ellos mismos poseerlos y gozarlos también en Jesucristo.

[627] Sea por esta lucha amorosa que había en mi alma, o por otra causa secreta que yo no alcanzo, yo padecí una pena intensa, especie de desamparo, el cual, aunque no con la intensidad de anoche, continúo padeciendo; pero alguna que otra vez, por breves momentos, he gozado el fruto de las bendiciones que entiendo derraman sobre mí las tres divinas Personas de la Trinidad, por mi amor y adhesión a la Santa Humanidad del Verbo y por mi devoción al Santo Evangelio que la Santa Iglesia pone a nuestra consideración cada día, y mi afán por conformarme con él; todo lo cual veo claro que agrada mucho a nuestro Señor, tanto que le veo no solamente complacido de mi conducta, si que también agradecido en cierto sentido, cosa que me maravilla, porque Dios no debe nada a nadie, y el haberme inspirado dicha

[19] *Jo* 6, 44.

devoción y amor a la Santa Humanidad de Cristo lo tengo por beneficio singularísimo de su infinita Bondad y Misericordia, el cual estimo y agradezco muchísimo.

He sentido también ansia suma de justificarme más y más en el santo tribunal de la Penitencia, recibiendo la absolución de mis pecados con la mayor frecuencia posible; si pudiera ser, treinta veces cada día, y aun esto me parece poco, pues no serían suficientes treinta absoluciones para saciar mi hambre y sed de justicia y sangre divina del Redentor. ¡Tanta es la ansia (*sic*) que tengo! Y este deseo no cumplido también me hace sufrir, porque constituye cierta privación de Dios, y me produce un vacío y desamparo triste y doloroso, como si hubiera en mi alma capacidad para poseer a Dios en grado más alto.

Las faltas que he cometido son: distracciones en el oficio divino y demás ejercicios espirituales, algunos pensamientos y preocupaciones inútiles y palabras ociosas o sin verdadera necesidad, por no desairar a las religiosas que han venido a hablarme.

[628] Se me olvidaba decirle que la causa principal de mi contento y felicidad el 21, lunes de Pascua del Espíritu Santo, y ayer martes, consistió en la fe vivísima o luz que me hace ver y gozar el misterio del Evangelio del lunes de Pascua, que dice: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret* [20], cuyo misterio veo reproducido a mi favor constante o perpetuamente, merced a la infinita bondad de Dios Padre, y la predilección con que se digna favorecer a esta pobre pecadora. Así, pues, todo el día estuve como a los pies del infinito Ser de Dios representado en la divina Persona del Padre, con mi alma abierta de par en par para recibir el Hijo Unigénito que posee en su seno y se digna entregar a las almas que lo aman y se hacen dignas de compartir su felicidad. Pero yo, deseando honrar al Hijo Unigénito de Dios como se merece en el templo viviente de

[20] «Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unico» (*Jo* 3, 16).

mi alma, instaba a Dios Padre me donase también su divino Espíritu juntamente con el Hijo, para conocer a Este y amarle con su misma inteligencia y amor divino e infinito, y que no encuentre diferencia de un seno a otro, o sea, del seno infinito del Padre al mío limitado y miserable, pues le hospedaré, no en mí, sino en el Espíritu Santo, si esta divina Persona informa mi alma.

¡Qué dichosa me siento cuando recuerdo dicho santo Evangelio! Y ¡lo recuerdo tantas veces! ¡Qué divina es la caridad de Dios, y qué efectos tan portentosos produce en mi alma su simple recuerdo! Es tanta mi felicidad cuando me veo favorecida de Dios con la donación de su Hijo Unigénito —que entraña el infinito amor que me profesa—, que me parece que no tengo que envidiar ni a los Santos del cielo, pues en este Hijo Unigénito que me entrega el Padre como prueba del amor que me tiene, poseo la vida y beatitud divina de Dios, y gozo lo que no puedo explicar. Bendito sea por siempre jamás el Amante eternal que me favorece con su amor y me procura dicha tan grande.»

«*Día 23.*—Muy bien, ningún sufrimiento he tenido, fuera de la angustia amorosa. Me siento muy llamada a descansar en Dios, cuyas tres divinas Personas me atraen por igual y se me muestran propicias a favorecerme. Me siento muy feliz, pero no sé qué decir, fuera de que la felicidad que gozo me viene de Dios y me la procuran las tres divinas Personas de la Trinidad, de las que me siento tan favorecida como amada.»

[629] «*Día 25.*—Ayer y hoy muy bien, gracias a Dios, en continuo e íntimo trato con las tres divinas Personas; pero de un modo singular me regala Dios Espíritu Santo, el cual entiendo que me dice con acento misterioso, amoroso y paternal estas palabras: *Con caridad perpetua te amé, por eso te atraje a Mí, teniendo misericordia de ti*[21]. *Hija mía, dame tu corazón*[22]. "Sí, te doy mi corazón, Padre mío —le con-

[21] *Jer* 31, 3.
[22] *Prov* 23, 26.

testo—, y no sólo mi corazón: mi inteligencia también, y mi vida, todo lo que tengo y soy; recíbeme y fúndeme en tu vida divina, que quiero ser como Tú, pura potencialidad de amor al Padre y al Hijo."

Paréceme que el Espíritu Santo otorga mi súplica; pero yo, en lugar de quedarme satisfecha, siento un hambre de amor y de vida creciente, insaciable; y a ratos siento que mi alma, con esta ansia suma de poseer al Espíritu Santo absolutamente —o con la perfección que reclama, no sé si mi amor o mi capacidad— gime con una angustia amorosa, y con un gemido incesante ruega a dicha tercera Persona de la Trinidad que se entregue a ella, que se apodere de mí absolutamente, que me informe, etc., etc.; y así paso un largo rato. Me aquieto un poco y vuelvo a gemir con creciente anhelo, fija mi mirada en mi Dios Espíritu Santo, repitiendo: "Dios mío, Dios mío", al propio tiempo que le ruego que venga a recoger mi alma, que así suspira por su posesión.

Mientras dura este gemido, me veo muy favorecida de Dios, y después me quedo como quien ha salvado un espacio o avanzado mucho hacia Dios nuestro Señor, a quien me unen lazos más íntimos cada vez que esto me ocurre. Alguna cosa más siento, pero no lo puedo explicar; sólo, sí, que me produce un acatamiento grande hacia la Majestad de Dios, que se revela a mi alma, y una especie de aniquilamiento o destrucción total de mi ser, como si el Amor increado sustancial, recíproco y eterno del Padre y del Hijo —personificado en el Espíritu Santo— imperara en mí hasta el punto de hacer desaparecer mi vida. Siento un amor muy grande al Padre y al Hijo, pero un amor que me eleva y traspasa a Dios o establece en El, al mismo tiempo que me aniquila; y gozo y padezco simultáneamente: o sea, que el espíritu goza y la parte inferior del alma sufre, porque no tiene fuerzas bastantes para padecer la amorosa operación de la gracia.»

[630] «*Día 27.*—Ayer, fiesta de la Sma. Trinidad, mi Dios

querido me hizo pasar un día como suyo, comenzando desde la tarde del día anterior, o sea, el sábado. Son tantas las luces que me ha prodigado acerca del inefable misterio y de cada Persona divina, las comunicaciones, regalos y elevaciones del alma que he experimentado, que no sé qué decir, pues detallarlos sería trabajo pesado, ni creo que lo pueda hacer. Las luces recibidas acerca de la Trinidad, y de las propiedades de las Personas que la constituyen, casi todas tienen relación al oficio propio de la fiesta, que lo recité con devoción especial —como es natural—, y después, todo el día de ayer, en mi trato con Dios tuve presente lo que entendí. Y fue mayor mi consuelo, porque las noticias que recibí comprendían los misterios de la Trinidad y de la Encarnación juntamente, y se acrecentó el amor y entusiasmo que siento por Jesucristo.»

* * *

Hasta aquí el fragmento del diario que la M. Angeles nos envió. Como apéndice de él véanse ahora tres cartas del P. Alfonso que tratan de la obrita *La oveja de María Inmaculada,* a que hace referencia en estas páginas y de cuya publicación trataremos después.

[631] «Valladolid, 28 de Diciembre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Amadísimo Padre: Después de saludarle con el respeto y cariño filiales que le profeso, postrada a sus pies espero que me bendiga.

Recibí su grata, que agradecí. Dios se lo pague. Entiendo que perdería el mérito de la obediencia si practicara nuevas diligencias para asegurarme de la voluntad de Dios manifestada por medio de V. R., y mucho más para sustraerme a ella. Confieso mi incapacidad, y que no puedo cumplir el mandato sin socorro extraordinario de mi Dios y de mi Madre Purísima, y lamento mi indignidad para una obra tan santa, pero, confiando en la virtud santa de la obediencia,

he aceptado la cruz, y hoy, último sábado de 1918, en este mismo momento, cinco de la tarde, he escrito las primeras líneas en obsequio de mi Inmaculada Madre y singular Patrona, después de haber implorado su protección, y, por su medio, el concurso de las tres divinas Personas. Como la virtud que me tocó en suerte practicar en el presente año fue la obediencia —más agradecer a Dios Padre el beneficio de la Encarnación o la donación de su divino Hijo al mundo, en nombre de todo el género humano—, me ha parecido conveniente escribir hoy las primeras líneas de la obra para la cual soy requerida. Sea todo para gloria de mi Dios querido y de su Unigénito Hijo Humanado, honra de la Madre y Reina de mi corazón, y utilidad de las almas. Amén.

Perdóneme, Padre mío, todos los reparos y resistencias que he hecho, y ayúdeme con sus santas oraciones y bendiciones a cumplir el divino beneplácito y glorificar a mi Dios con la perfección que el mismo Dios y su Madre bendita esperan o quieren de su pobre hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[632] Las dos siguientes cartas no tienen fecha.

«Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado Padre: Dios nos dé su santa paz. Le envío la colección "Divinas Pastoras" para que a su vez las remita a la M. X., para que la Señora la acompñe en su retiro y se consuele con ella. Después se la devolverá a V. R., y puede disponer de ese humilde trabajo como le plazca. No sé si recordará cómo el día primero o segundo de Pentecostés se me impuso el deber de expresar el significado de dichas alegorías y adaptarlas a la vida religiosa. Procuré sustraerme a este trabajo, y al efecto busqué quien lo hiciera por mí, pero en vano. El requerimiento continuaba, y el día tres o cuatro de los corrientes se me impuso en forma tan apremiante, que tuve que poner manos a la obra, dictándolas a las religiosas que escogí para amanuenses, ya que escribir-

las por mí misma no podía. ¡Mire qué descanso he tenido los días que he estado en cama y levantada! No están completas; o sea, que faltan los números 8, 9, 10, 11, 20, 21, 22, 23 y 24, que los redactaré más adelante, cuando pueda o tenga oportunidad.

No le ocultaré que, al ser requerida para este trabajo en forma tan apremiante, entendí siempre que su lectura será muy útil a las comunidades religiosas, y que más de cuatro religiosas se verán retratadas y leerán su historia en la oveja extraviada. La primera de las Comunidades que se presentó a mi vista espiritual necesitada de su lectura y que no he perdido de vista en este trabajo es la de X. No sé por qué razón, pues no conozco esa Comunidad, o no la he tratado; pero es lo cierto que no la he perdido de vista, sino que se me representa delante sin yo procurarlo; y como ella, muchas, la mayoría de las Comunidades claustrales o de votos solemnes consagradas a la contemplación.

[633] Siento haberle dado ocasión de incomodarse con la carta que escribí a la M. X. Por eso no se la envié primero, porque me tiene dicho que quiere letra clara[23] y, como ando apurada de tiempo y más en aquel día, la escribí a vuela pluma. ¡Estimo tanto los minutos! Anoche, en la cama, escribí a la M. X. y a X., a quienes debía dos cartas. Estos son los reposos místicos y materiales que me procuro. ¿Qué extraño que el jumento se queje y el espíritu proteste contra la pluma? La tentación o inspiración, lo que sea, que me trabajaba contra la dirección, y el trabajo escriturario, me inhabilitó para orar, y, al ver que perdía tiempo en la cama y que el sueño no venía, me puse a escribir o contestar las cartas que debía, para ahorrarme el trabajo

[23] En una nota del P. Alfonso, que hallamos en el archivo, y que se refiere a este lugar, leemos: [que la carta iba escrita con letra tan menuda y metida que me costaba trabajo su lectura, y algunas palabras tenía que descifrarlas. Por ese motivo, al devolverle la carta para que la enviara a su destino, le dije que escribiera más claro y no me tentara la paciencia con lectura tan difícil.]

de hacerlo el día que esté bien. La influencia dolorosa continúa. Lo peor es que no rechazo las ideas que me trabajan contra la dirección, porque estoy persuadida de que me conviene libertarme y cruzarme de brazos.

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y b. s. m.

Sor Angeles.»

[634] Comenta el P. Alfonso:

«Lo de escribir a vuela pluma creo que era natural en ella, y me parece que, al escribir, volaba tanto la pluma como el pensamiento, que no era perezoso ni tardo; porque, sino, no se concibe cómo tenía tiempo para escribir tanto como escribió, y tan pronto, sin dejar de contestar a tantas cartas como recibía, y de atender a los deberes de abadesa, y, además, aconsejar y dirigir a muchas religiosas que le pedían luces para caminar a la perfección, y con ellas empleaba horas enteras. A esto hay que añadir que en algunas festividades les dirigía la palabra a sus religiosas, y estaba dos horas largas hablando sobre un punto de vida espiritual.»

«Viva Jesús.

Mi amado Padre: Dios con nosotros.

Ayer hice que me leyeran la copia de la lectura que acompaña las alegorías de la Divina Pastora. Hallé varias erratas, que corregí, y corregida le mando, para que se quede con ella y me devuelva la que le envié ayer, para corregirlas. Caso de habérselas enviado a la M. X., le mande la nota de las erratas, para que ella las corrija. Acompaño otra colección de alegorías con la letra de un P. Capuchino. Si prefiere la que yo he puesto, puede darle a la M. X. para que reproduzca el cuadernillo y disponga de él como le plazca. Me reservo las nueve estampas que están por animar, hasta que las escriba [24].

[24] El opúsculo *La Ovejita de María Inmaculada,* al que se refieren estas cartas y del que hemos hecho mención poco ha, tiene por base unas postales de la Divina Pastora comentadas por la sierva de Dios. Se publicó primeramente en la revista *La Basílica*

Ruegue por mí, que estoy mal. Me veo retratada en la oveja que yace en las garras del lobo, número 13.

De V. R. humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios,

Sor Angeles.»

CAPITULO IV

Dramática lucha entre la Justicia y la Misericordia [25]

RESUMEN: *Cartas que con motivo de la enfermedad de un religioso Dominico de San Pablo de Valladolid escribió la M. Angeles a su Director espiritual.*

[El texto que acompaña estas cartas fue escrito por el P. Alfonso A. Vega.]

[635] El año de 1918 es para España de triste memoria. En casi todas las provincias hizo estragos sin cuento la peste nefanda de la gripe, y hogares hubo en que no había quien asistiera a los enfermos por estar sus moradores atacados al mismo tiempo, y otros que se cerraron por la muerte de sus habitantes. Por aquellos días últimos de Septiembre y primeros de Octubre, veíamos apenados de tristeza y sobrecogidos de terror cómo menudeaba sus visitas el coche fúnebre al cementerio, conduciendo a las víctimas de la peste.

Había transcurrido el mes de Septiembre sin que hubiera franqueado las puertas de nuestro Convento de San Pablo, de Valladolid, tan terrible huésped. Se había celebrado con

Teresiana, con prólogo del P. Arintero, viviendo aún la autora; luego en *El Mensajero de María Reina de los Corazones;* como folleto suelto apareció en Vitoria (Montepío Diocesano) y, según dice el P. Nazario, se tradujo al portugués, francés e inglés. El P. Nazario Pérez lo incluyó en *Opúsculos Marianos* de la M. Angeles Sorazu, Valladolid, 1928; págs. 99-170.

[25] Las cartas referentes a este tema las hemos publicado en *Scriptorium Victoriense,* XXXV (1988), págs. 206-232, con el título «Duelo entre la Justicia y la Misericordia».

la solemnidad acostumbrada la novena del Smo. Rosario, y estábamos celebrando el día de la fiesta cuando nos vimos sorprendidos por su temida aparición. Serían las cuatro de la tarde cuando me avisaron que el P. Antonino Saldaña se encontraba enfermo, y ni quería acostarse ni que se avisara al médico. Subí inmediatamente a su habitación, y le hice ver la necesidad en que estaba de guardar cama y de avisar al médico, por lo que pudiera suceder. Se mandó recado al médico para que fuera lo más pronto posible, y, mientras tanto, fui a la iglesia para comenzar el ejercicio solemne de la tarde, ya que el señor Gobernador civil, atendiendo a lo desarrollada que estaba la gripe en la ciudad, había prohibido que saliera la procesión acostumbrada del Rosario por las calles de la misma.

[636] Terminados los cultos, se acerca a un servidor el portero y me da a conocer el diagnóstico que el Doctor había dado de la enfermedad, que era «Ataque gripal, acompañado de pulmonía doble»; y que convenía que hubiera consulta de médicos, porque el caso era verdaderamente grave. Como no había más Hermanos que los indispensables para las oficinas, y aun, de los tres que eran, se vieron atacados dos de la misma enfermedad, no tuve más remedio que consagrarme al cuidado del P. Saldaña mientras que los otros dos, que no corrían tanto peligro, eran asistidos por el Hermano que quedaba bueno. Por este motivo avisé a la M. Angeles para que no se extrañara de que no fuera a confesarla en aquellos días. Esta fue la causa de las cartas que a continuación trascribo, en las cuales se trasluce la crisis gravísima por que atravesó el enfermo, y la ayuda poderosísima que recibió de ella y de sus religiosas con sus oraciones. Dejemos hablar a la M. Angeles.

«4 de Octubre de 1918.

Amadísimo Padre: Sentimos muchísimo la gravedad del R. P. Saldaña. Todas las religiosas le encomiendan con sumo interés desde el miércoles, pero se conoce que nuestro Señor

lo requiere para sí. Ya me figuro los malos ratos que están pasando todos al verle padecer tanto, pero consuélense, porque es la prueba de predilección más visible de Jesús hacia él, pues así se mueren los santos, apurando el cáliz de su pasión hasta las heces. Hágale presente nuestro sentimiento y ofrézcale nuestras pobres oraciones, y dígale que ruegue por nosotras cuando se vea en la presencia de Dios, que espero llegará muy pronto a gozar su vista gloriosa. A todos los PP., que se animen, y tengan cuidado para que no se contagien.

P. D.: Le mando el *lignum Crucis* por si estima conveniente darle a besar al enfermo, y el santo Cristo que, por cada beso, se lucra una indulgencia plenaria» [26].

[637] «Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre:

Si le parece puede leer al enfermo la carta que acompaño. Anoche, en mis relaciones con la Sma. Virgen, lloré de pena, y me querellé de Dios y de la Señora porque no otorgan nuestras peticiones por la salud del enfermo. No sé si para probarme, o porque en realidad lo quiere Dios así, paréceme oír continuamente que me dicen: "No le conviene la salud que pides, sino padecer y morir." La misma voz me recuerda lo que vi el miércoles de diez a once de la mañana, y que no me acordé de decírselo a V. R. en la carta, ni después verbalmente.

Fue que, después de las fervientes súplicas que dirigí a mi Dios Uno y Trino, y a mi Madre Purísima, por la salud del enfermo, y con extraordinario recogimiento y fervor, acompañado de lágrimas —raro fenómeno en mí, que nunca lloro— vi reproducirse la visión de la tarde anterior, y la galería donde yo estaba se presentó a mi vista transformada en la región de luz, como en la tarde anterior en el sagrario;

[26] *Lignum Crucis*. Se refiere, sin duda, a alguna reliquia que les procuró Fr. Pedro, el hermano religioso de M. Angeles, que sirvió en los Santos Lugares.

pero todo invisible, pues, aunque tenía abiertos los ojos, nada vi con ellos. Dios nuestro Señor, por toda respuesta a las súplicas que le había hecho por la salud del Padre aquella mañana —y en la visión de la tarde anterior, cuando le pedía se posesionase de mi alma e hiciera de ella un volcán de amor divino y mariano, etc.— porque no podía verle retirado del enfermo y como fuera de éste, aunque cerca y careado con él, dejando la forma humana o de luz que tomara en la citada visión, envolvióse en una negra tiniebla, y fue a colocarse sobre la cabecera del enfermo para comunicarse a éste en una corriente dolorosa —en la misma forma que estuviera o se presentara a mi vista antes de tomar la forma de luz—, y retirarse del paciente el martes por la tarde, o en la visión que en dicho día tuvo lugar en el coro.

Entendí que la región de la luz significaba el sagrado ministerio; y las diferentes formas de luz y de tinieblas que tomó Dios, los diferentes grados de comunicación divina: o sea, el altísimo grado con que Dios se comunica al enfermo en la corriente dolorosa —significada en la tiniebla—, y el relativamente bajo en que se le comunicara en período anterior a la enfermedad, y se le comunicaría si se le devolviera la salud, significado esto último en forma de luz humana o de aspecto afable, pero retirado y fuera de su alma. Entendí que al enfermo le convenía padecer, pero teniendo en cuenta los deseos y encargos de V. R., insistí en mi petición por su salud, rogando a mi Dios que juntamente con la salud le conceda el don de la contemplación en alto grado para que no sufran detrimento las relaciones que a El le unen, sino que se le comunique cada vez con más plenitud.

Así se lo pido en todas mis pobres oraciones, y también para V. R. Mis religiosas continúan pidiendo con mucha fe y confianza. Yo, a pesar de lo que aprendo en contrario, pido con la misma fe y confianza, o mayor. Cada día busco un nuevo santo o santa para que me ayude a despertar la voluntad de Dios, que se presenta dormido. Veremos si con-

seguimos hacernos oír de ella, para que pronuncie el *fiat* y se opere el milagro. Dígame si el enfermo experimenta algún alivio en el pulmón lesionado. Temo que los remedios que le apliquen le perjudiquen más que otra cosa. ¡Pobrecito! Mis dos enfermitas están mejor. El médico dice que no ve los síntomas de la fiebre reinante. Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[639] «7 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi amado y venerado Padre: Dios nos dé su santa paz y gracia. Deseo saber cómo sigue el enfermo, si disminuye la tos y si está limpio de fiebre. Quiera Dios nuestro Señor darnos el consuelo de curarlo radicalmente, si conviene a su gloria. Así se lo pido en mis pobres oraciones.

Cada día siento más ver morir a los Ministros del Señor. Paréceme que sufriría menos si viera vaciar los conventos de religiosas que ver, en tantos sacerdotes regulares y seculares víctimas de la gripe, malogrados los penosos estudios que les costara su carrera. Si no tuviera presente la infinita sabiduría y bondad de la Providencia, y los amorosos designios que tiene sobre nosotros, me querellaría de su conducta. Pero beso su mano bienhechora, porque en las penas que al presente inflige al mundo presiento el bien que pretende, y nos prepara para después del dolor y de los males que nos afligen. Creo que desconozco el puro padecer, o, si alguna vez lo experimenté, que no tendré la dicha de padecerlo otra vez hasta que me vea en el purgatorio. Mas no por esto dejo de sentir los duros tormentos que sufren mis hermanos, y sobre todo la desgracia de tantas almas como se pierden diariamente, muchas de ellas por falta de instrucción religiosa y por la escasez de celosos Ministros de Dios. Así que no ceso de rogar a mi Dios que retire el terrible azote de privar al mundo de los sacerdotes llamados a santificarlo, que entiendo es uno de los mayores castigos.

A veces temo si seré yo la causa de que Dios nuestro Se-

ñor esté tan enojado con el mundo, por no haber cumplido bien el oficio de medianera que me confiara los años 1905, 1906 y 1907. Quiero enmendarme y secundar los designios de la divina Misericordia; pero no sé qué medio debo emplear, fuera de la propia aniquilación y obediencia perfecta a mi Director, única cosa que me exige Dios nuestro Señor. Dígale a nuestro Señor que le manifieste a V. R. lo que quiere o pide de mi alma, para resarcir sus agravios e interesarse a favor del mundo, y lo ejecutaré con gusto, cueste lo que cueste; ayúdeme V. R., sola no puedo hacer nada bueno.

Otras veces pienso que el no reclamar Dios mis oraciones ni pedirme sacrificios —como lo hiciera en otro tiempo— para perdonar al mundo, será porque estoy en pecado o en desgracia suya, y mi pena se acrecienta cuando me favorece con influencias gloriosas y me esconde la cruz, todo aquello que puede ayudarme a identificarme con su vida paciente; pues me oculta hasta los sufrimientos o privación de gloria que experimenta en sus relaciones externas con los mortales, y sólo se revela a mi alma en su vida íntima, y alguna que otra vez en sus relaciones con la Virgen y con los santos para sustraerme al sufrimiento.

[640] Otras veces pienso una de dos: o que soy tan odiosa a Dios que me niega el mérito del sufrimiento —que tanto estima—, o que está resuelto a vengar sus agravios castigando al mundo, y no reclama oraciones ni sacrificios para no verse obligado a retirar el azote. Debe ser verdad esto último: porque muchas veces he visto a Dios nuestro Señor en el atributo de la Misericordia retirarse lo más lejos posible del mundo, y como esconderse en las profundidades de su ser y llevarse consigo mi alma, para que contemple su vida íntima y le glorifique complaciéndose en su perfección y felicidad infinita y en sus relaciones esenciales, cuando yo rogaba por el mundo y me ofrecía a padecer por los pecadores. Y lo que más me maravilla es que Dios nuestro Señor me dijo en una ocasión (creo que fue en Febrero) que más se complacía, y mayor gloria recibía de mi alma, haciendo

lo que he dicho —o sea, contemplando agradecida y jubilosa sus relaciones internas— que le procuraban las almas que imploraban su misericordia a favor del mundo. Esto lo vi claramente en Dios, quien, en aquellos momentos, se revelaba a mi alma en una región mística, especie de llama ardiente, anegada en su divina e inefable gloria. En vista del valor que prestaba a mi afecto de complacencia [27], y el empeño con que me arrastraba a la contemplación de su gloria y relaciones internas, en el momento en que yo ratificaba mi ofrecimiento como víctima y rogaba por el mundo pronta a satisfacer sus crímenes, comprendí que Dios nuestro Señor estaba cansado de sufrir a los pecadores, y le costaba trabajo usar de misericordia con ellos.

[641] En mis últimas relaciones con Dios muchas veces se ha repetido esto con algunas variantes, pero pueda ser que me ocurran estas cosas porque no soy digna de padecer, o porque Dios nuestro Señor no estima la oración de esta miserable pecadora. Antes me resignaba a vivir gozando en Dios, como si no tuviera que ver con los mortales que la justicia divina persigue; pero hoy no puedo. Aunque Dios no me reclama oraciones ni sacrificios, me siento inclinada a padecer y hacer algo por la salvación del mundo y para aplacar la Justicia divina, que se me representó hace poco en aspecto terrible, furioso como una fiera, aunque no merezca la comparación. Antes tendré que convertirme; de lo contrario temo que, en lugar de aplacar, irritaré la cólera divina y atraeré mayores calamidades sobre el mundo, porque me reconozco culpable ante Dios de muchas cosas, especialmente de haber desatendido infinitos llamamientos a la perfección.

El señor capellán, muy contento con que predique V. R. todo el novenario. Ya ha puesto la solicitud. Es un ben-

[27] *Afecto de complacencia.* En la terminología familiar a la M. Sorazu significa el congratularse con Dios y felicitarle por sus atributos y bienandanza; este sentimiento sobresale de modo notable en las relaciones divinas de la sierva de Dios.

dito, y está animado de muy buen espíritu. Estoy muy contenta con él.

Un afectuoso saludo al enfermo: que se anime y me encomiende en sus santas oraciones. Anímese V. R. y no sufra. Ha puesto todos los medios humanos y divinos para conseguir la salud del enfermo, y ya no le toca sino resignarse en la santísima voluntad de Dios. Si conviene a su gloria, devolverá la salud al enfermo; si no lo hace, será que no conviene, o que le sirve mejor padeciendo que obrando. Ya suscitará otro que le reemplace en el apostolado y en la Orden; pues no es posible que desatienda las oraciones de tantas almas buenas como han pedido su salud para bien de la Iglesia y de la Orden y de esa V. Comunidad, siendo el mismo Dios quien nos ha inspirado el sumo interés que sentimos. En cuanto a mí, si hubiera rogado sola, temería haber negociado castigos en lugar de beneficios con mis oraciones; pero en esta ocasión no he sido yo sola quien oraba, sino que he sido impulsada por virtud superior, y no dudo que Dios nuestro Señor otorgará las súplicas que he hecho y le hago en un sentido o en otro, pero favorable al enfermo, a V. R. y a esa santa Comunidad.

[642] Esta mañana, orando por la salud del enfermo, se me ocurrieron dos ejemplos, aplicados uno al enfermo y otro a V. R. El cautiverio de San Pablo en Cesarea y Roma —tan contrario a su vocación y a los designios de Dios, que lo eligiera para convertir las naciones—, aplicado al enfermo, quien, según nuestro criterio, sería más útil a Dios obrando que padeciendo. El segundo ejemplo, aplicado a V. R., es la terrible tribulación que padeció San Bernardo, quien, habiendo predicado la cruzada contra los mahometanos, prometiendo grandes premios espirituales, se vio humillado y contrariado por Dios en la derrota que sufrió el ejército cristiano, a quien castigó Dios justísimamente por sus pecados, y, entre otros fines, para probar la fe y paciencia del santo, quien fue perseguido por este motivo.

Bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[643] «8 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Amadísimo y venerado Padre mío: Después de saludarle con el respeto y cariño que en Dios le profeso, postrada a sus pies, espero que me bendiga.

No puedo dejar pasar el día de hoy sin felicitarle cordialmente por la altísima dignidad y divina autoridad que le otorgó nuestro Señor para consagrar su santísimo Cuerpo y Sangre, ya que celebra el vigésimo quinto aniversario de su primera misa. ¡Qué dicha! ¡Y qué prueba de predilección por parte de Jesús y de confianza por parte de nuestra santa Madre Iglesia! Que Dios nuestro Señor le conceda todas las gracias que necesita para ejercitar el poder divino, que le ha delegado con la perfección que el mismo Dios quiere, y utilidad de las almas que reclaman las funciones de su sagrado ministerio. Por este fin, y por las intenciones de V. R., he ofrecido a nuestra Madre Santísima, y por su medio a mi Dios, todas mis pobres obras de este día, y aunque estoy a oscuras, no me falta el socorro divino para hacer con fervor las peticiones que demando a favor de mi Padre. Que mi Dios y mi Madre Santísima le prodiguen su amor y protección y bendiciones divinas, y me lo hagan muy santo, es lo menos que para V. R. pide y desea su menor hija q. b. s. m.

Sor Angeles Sorazu.»

[644] «Valladolid, 12 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Que *el reino de Dios* venga a nosotros. Nada más ventajoso para la criatura que el divino beneplácito del Criador, que, por un efecto de su buena voluntad para con nosotros, nos llamó a la vida y nos predestinó a la gloria de su divina visión.

Es doloroso ver que los justos desaparecen de la tierra; pero, si estuviéramos iniciados en los secretos de la divina Providencia, que rige los destinos de la creación, nos goza-

ríamos en sus justas y amorosas disposiciones, y alabaríamos a nuestro Señor por ellas, porque en todo busca y procura nuestro bien, próximo o remoto. Resígnese, pues, en la santísima voluntad de Dios, que nos ama infinitamente más que nosotros mismos, para que disponga del P. Saldaña como le plazca. Yo he rogado mucho por su salud a las tres divinas Personas y a nuestra Madre Purísima, a quienes he pedido con viva fe y sumo interés su completo restablecimiento, y todavía pido esta gracia, si conviene a la gloria divina y al bienestar espiritual del enfermo; pero no recibo ninguna respuesta favorable. En vista de esto desde ayer estoy pidiendo a nuestro Señor y a nuestra Madre Santísima que, si no es voluntad suya concederme la gracia de la vida y salud del enfermo, le prodiguen su amor, su protección y sus bendiciones divinas y le concedan la preciosa muerte del justo e inmediatamente le glorifiquen, y que esto sea hoy, por ser día doblemente consagrado a la Santísima Virgen, como sábado y como fiesta de nuestra Señora del Pilar. Ignoro si le concederá o no esta gracia Dios nuestro Señor, que tantas veces se lo he pedido desde ayer, si conviene a su gloria; pero cualquiera que sea el día y la hora de su muerte, tengo la seguridad de que será preciosa a los ojos de Dios, y que la Sma. Virgen recibirá su alma y la presentará a su divino Hijo con su maternal amor y adornada y enriquecida con sus virtudes y méritos.

[645] Varias religiosas se empeñan en pedir su vida y salud, y dicen que todavía no han perdido la esperanza de conseguirlo. Desde luego que Dios nuestro Señor puede hacer este milagro y mayores, si conviene a su gloria; pero me temo que quiere resarcirse de la gloria que le niegan los pecadores en el mundo, trasplantando a su reino los justos que florecen como lirios, para que no se marchiten al sentir la influencia de los espinosos zarzales de que está poblada la tierra. Por iniciativa de mis queridas religiosas le envío la Virgen Niña o la Niña María, bendecida e indulgenciada en el Santuario de la Natividad, donde nació la Santísima Vir-

gen. Nos la negociaron los PP. Franciscanos de Jerusalén. Lleva el encargo de curar al enfermo si conviene a la gloria de Dios, y, si no, que le conceda todas las peticiones que ha demandado a la Señora durante su vida, y singularmente en el período de su enfermedad, y a V. R. que le libre del contagio y le haga un santo.

Dígale al enfermo de mi parte que Dios nuestro Señor no necesita para su gloria nuestras virtudes, sino la humildad y resignación, y que, cuanto más pobre de méritos se reconozca y necesitado de la divina Misericordia, más debe confiar y esperar mayor recompensa de la infinita bondad de Dios. Tengo, no la confianza, sino la seguridad de que en el trance supremo verá cumplirse en él la escritura que dice: *Beati quorum remissae sunt iniquitates, et quorum tecta sunt peccata. Beatus vir cui non imputavit Dominus peccatum, nec est in spiritu ejus dolus* [28]. Que se arroje confiadamente en el regazo maternal de nuestra Madre Santísima, y por su medio en los brazos de Jesús, que le recibirá con amor de Padre y de Esposo, y, como Sabiduría y Providencia divina que es, le conducirá a la eternidad dichosa y le asociará a su divina beatitud. ¡Qué dicha! Que en la presencia de Dios y de la Santísima Virgen no se olvide de nosotros y que pida para mí la gracia de la perfecta conformidad con Jesús Crucificado.

Cuídese, mi amado Padre. Procure aspirar el aire libre algún rato, no sea que se enferme. Yo pido a mi Dios para que ninguno se contagie. Bendiga a su hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles Sorazu.»

[646] «Valladolid, 13 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Nuestros Soberanos Amores nos prodiguen su amor y protección soberana.

[28] *Ps* 31, 1-2.

Lamento muy de veras que el Padre se sienta otra vez recargado, y lo mismo todas estas buenas religiosas, que, al saber la mejoría, habían concebido esperanzas de su salud. Yo no me he ilusionado, sino que esperaba de un momento a otro la noticia del recargo. Es más, la confianza y alegría de las religiosas llegaban o penetraban en mi alma como vaticinios de la próxima muerte del paciente; mejor dicho, de la felicidad de su alma, a quien me pareció dirigía alguien las siguientes palabras de la Santa Escritura: *Hodie scietis quia veniet Dominus, et mane videbitis gloriam ejus*[29], y todas las demás partes de que se compone el oficio de la vigilia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo.

Las almas que corren por cuenta de la Virgen Santísima y están protegidas por el amor maternal de la Señora, como nuestro enfermo, rebosan júbilo y paz cuando se aproxima para ellas la eternidad dichosa, aunque este conocimiento no lo perciban distintamente; y el bienestar que experimentan, muchas veces refleja en el organismo, quien por unos momentos se asocia a la felicidad del espíritu o participa de ella. A esto atribuí la mejoría del Padre, y no ciertamente porque desconfíe del poder de Dios, si quisiera ejecutarlo a su favor, mejor dicho, a favor de V. R. y de esa santa Comunidad, que tanto le ama y estima su vida, que para el enfermo será mayor dicha morir que vivir.

[647] Me he interesado por su salud cuanto he podido con las tres divinas Personas y con nuestra Madre Santísima. No se puede figurar, mi amado Padre, cuánto he rogado por él a mi Dios y a mi Santísima Madre, y con qué fervor y confianza esta mañana, desde las cinco y media hasta las ocho. En la sagrada Comunión y Misa no he hecho otra cosa que presentarle a las divinas Personas, para que santifiquen más y más su alma y sanen su cuerpo, ya que les es tan fácil curarlo, aunque tuvieran que formar en él nuevos pul-

[29] «Hoy sabréis que vendrá el Señor y por la mañana veréis su gloria». Cf. *Ex* 16, 6-7.

mones. Como me sentía impulsada por extraña fuerza a pedir esta gracia, y al mismo tiempo gozaba de intimidad con Dios nuestro Señor, concebí esperanza de la salud del enfermo; pero después que cesó aquel influjo aprendí lo contrario de lo que había aprendido con relación a su vida y salud, y por eso le escribí a V. R. en la forma que lo hice.

Lo siento mucho, no por el enfermo, sino por VV. RR. y por el mundo, a quien Dios nuestro Señor castiga negándole la influencia bienhechora de un Ministro y ¡tan santo! Justo castigo, pero doloroso para las almas celosas de la gloria divina, que contemplan con los ojos arrasados en lágrimas la condenación de tantas almas que diariamente se afilian a la bandera de Satán, por ignorancia y escasez de Ministros celosos que las inicien en la fe y sólida piedad. El mundo ha abusado mucho de la misericordia y benignidad de Dios y Este no encuentra suficiente número de almas medianeras y reparadoras de sus agravios y ha descargado su azote y retirado su clemencia para que obre la Justicia. No nos toca, pues, sino besar su mano divina e implorar su misericordia, que, aunque tarde, sí escuchará nuestro ruegos y resarcirá las penas que al presente inflige a los mortales, quizá ventajosamente. Este será quizá uno de los fines por que la Justicia busca a los justos y los escoge para víctimas, pues ellas, cuando se vean en la presencia de Dios, le presentarán las necesidades del mundo que han palpado, y le inclinarán para que tenga misericordia de nosotros. Confío en Dios nuestro Señor que por ahora le dejará a V. R. en la tierra. Así se lo pido, y que ninguno más de esa santa Comunidad enferme ni muera, y que suscite alguien que reemplace al Padre en la religión y en esa Comunidad, ya que parece que no es voluntad suya concedernos su vida y salud.

[648] Salúdele en mi nombre y de todas mis queridas religiosas, que se interesan por él como si fuera familia o le hubieran tratado mucho. Si hubiera sido V. R. el enfermo, no creo se hubieran interesado más, y créame que sufrirán un disgusto si Dios nuestro Señor le lleva consigo. Ahora

que se encuentra en un estado tan meritorio, que haga alguna súplica por nosotras, para que Dios nuestro Señor y nuestra Madre Santísima nos concedan todas las gracias necesarias y eficaces para nuestra salvación. Me hago cargo perfectamente de sus sufrimientos físicos, y sé por experiencia lo mucho que cuesta a la naturaleza soportar con paciencia las molestias de la calentura y fenómenos que acompañan esas crisis dolorosas. En iguales circunstancias, una vez llegué a decir que no me extrañaba que blasfemen los enfermos que no han gustado las delicias de la piedad, pues yo, a pesar de sentirme favorecida de Dios y de la Santísima Virgen, me veía tan apurada de paciencia para soportar la calentura, que tenía que tener fijo mi pensamiento en Jesús Crucificado. ¡Pobrecitos enfermos! Me inspiran mucha compasión.

Bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[649] *«Viva Jesús. Viva María.*

Valladolid, 13 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Nuestros Soberanos Amores Jesús y María le asistan y le concedan la fuerza física y moral necesarias para soportar la cruz que pesa sobre V. R.

Supongo que estará rendido y necesitado de descanso, porque se fatiga y padece mucho cuando se asiste a los enfermos en crisis dolorosas; pero no dudo que Dios nuestro Señor le pagará muy bien esa obra de caridad, y el mismo Padre paciente, cuando se vaya al cielo, le recompensará cuanto ahora hace en su obsequio. Sé por experiencia lo mucho que protegen desde el cielo esa clase de enfermos a los que los asistieron en su última enfermedad en la forma que lo hace V. R. Anímele mucho para que pueda soportar la enfermedad, que es tanto más penosa cuanto más se acerca a su término, porque no tiene fuerza la naturaleza para sufrir martirio tan prolongado. Me inspira mucha compasión, ¡pobrecito!, pero al mismo tiempo bendigo a mi Dios y a mi

Santísima Madre por las virtudes y méritos que cada día y cada hora acumulan en su hermosa alma. ¡Cuántos méritos está ganando ahora! Cada día que pasa le valen por muchos años de penosos trabajos apostólicos delante de Dios. *[650]* Así quisiera morirme yo, después de larga y penosa enfermedad, sufrida con paciencia por amor de Dios [30], y después de haber suspirado su perfecta posesión cuanto se merece una Bondad infinita que es nuestro sumo bien. Dichoso él, que tan cerca está de ver y gozar la paz divina y gloriosa de Dios y de su Hijo Unigénito Humanado y de conocer por experiencia la ternura y amor maternales de la Virgen Santísima y su mediación poderosa ante Dios a favor de sus devotos y de las almas que tenemos la dicha de pertenecerle en concepto de hijos. Anímele mucho, Padre mío, y que espere con paciencia el feliz momento de la divina revelación, donde recibirá el premio superabundantemente de lo que ahora padece. Mucho cuesta a la naturaleza sufrir, máxime cuando la abandonan las energías y vigor; pero también vale mucho, infinitamente más, Dios Uno y Trino, que se entrega a él para que le goce eternamente como herencia y patrimonio, y la amabilísima vista de la Virgen Santísima, de los ángeles y santos. Anímese también V. R. con la confianza de que Dios nuestro Señor le concederá la gracia de morir como un santo cuando llegue la hora. Así se lo pido en mis pobres oraciones, y para el presente, un alto grado de gracia y santidad.

De V. R. amantísima hija, que mucho le ama y venera en Dios.

Sor Angeles.»

[651] «Valladolid, 14 de Octubre de 1918.

Amadísimo y venerado Padre:

Estamos enteradas de la mejoría del Padre. Es un verda-

[30] En este lugar hay una nota, puesta, sin duda, por el P. Alfonso, que dice: «Este deseo lo vio realizado, pues murió después de larga y penosa enfermedad, sufrida con paciencia por amor de Dios.»

dero milagro, porque a estas horas ya habría entrado su alma en la eternidad, si Dios nuestro Señor no atajara su curso a la enfermedad. Se conoce que Dios nuestro Señor quiere mucho a esa Comunidad, pues tan maravillosamente ha otorgado las peticiones que se le han demandado a favor de VV. RR., más que del enfermo, que, para éste, la muerte hubiera sido ventajosa en cierto sentido. Digo esto, porque hoy hace doce años [31] que por los instantes ruegos que mis religiosas dirigieron al Señor y a su Madre bendita fui como restituida a la vida del seno de la muerte, o por lo menos de los umbrales de la eternidad, porque estaba mi cuerpo hecho polvo. Esto que parece ser fue beneficio a la Comunidad, ignoro que lo fuera para mí, porque me siento cargada con nuevas deudas y bastante más mala que me parece lo era entonces.

Quiera Dios que no le pase otro tanto al P. Superior, pero, sea o no beneficiosa para él la salud que Dios nuestro Señor le concede, le doy infinitas gracias por este favor, y lo mismo todas mis queridas religiosas. Estas, anoche, al notificarles la gravedad y crisis dolorosa del enfermo, como asombradas, se preguntaban: ¿quién sería la culpable, o habrá flaqueado en la fe, pues Dios nuestro Señor y la Virgen Niña les negaban la salud del Padre, que contaban ya segura? No me confesé culpable, porque he tenido buen cuidado de no estorbar la obra de Dios, ni poner diques a su poder infinito con la desconfianza, aun en los momentos que he estado firmemente persuadida de que se moría, y no he dejado de rogarle que, si conviene a su gloria, le conceda la salud. Pero la verdad, que anoche me temí que sería la última de su vida, y me acosté a las once y media con sentimiento de no poder pasar en el coro toda la noche.

[652] Sea Dios bendito, que se ha contentado con el amago, y les concede a VV. RR. la gracia de disfrutar algún

[31] *Hoy hace doce años.* Esta curación, acaecida por Octubre de 1906, está narrada en la *Antobiografía,* libro IV, cap. IX, n.° [466] y sigs.

tiempo más de su benéfica influencia. Reciba, mi amadísimo Padre, la felicitación de mis queridas religiosas, extensiva a toda la V. Comunidad, quienes me encargan que no nos den otro susto. Tan pronto como se alivie el enfermo, V. R. procure resarcirse de las pérdidas de sueño y descanso habidas en estos días, y respirar el aire libre. Aquí hemos desinfectado todo el convento, incluso la iglesia, como remedio preventivo. Veremos lo que Dios nuestro Señor dispone. Una religiosa se ofreció a morir en lugar del P. Superior, pero espero que Dios nuestro Señor no la reclamará, sino que se contentará con las peticiones que se le han demandado, y los propósitos de enmienda.

Bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[653] *«Viva Jesús, Viva María.*

Valladolid, 15 de Octubre de 1918.

Mi amadísimo Padre: Dios nos dé su santa paz, amor y gracia.

Ayer leí a las religiosas su carta. Estas continúan rogando por el enfermo con la misma fe y confianza de conseguir su completo restablecimiento. Una de ellas me recordó esta mañana el encargo que me había dado para V. R. el día que le mandé a la Virgen Niña: o sea, que aplique la imagencita al pecho y corazón del paciente, pues dice que espera que la divina Infantita le curará por completo. Yo, mi amado Padre, no dejo de pedir a mi Dios y a mi Purísima Madre la vida y salud perfecta del enfermo, y, en momentos de intimidad, hasta les he recriminado en cierto sentido, diciendo que para cuándo se reservan el ejercicio de su poder infinito si no lo emplean en esta ocasión; que, miradas las cosas según el humano criterio, se presentan favorables para los intereses de su gloria, porque pueden hacer del enfermo un volcán de amor y celo divino y mariano, y por su medio salvar muchas almas.

Pero no he visto todavía que Dios y la Santísima Virgen se muestren favorables a mis deseos o voluntad humana,

sino al contrario; y esto, sin perjuicio de la fe y confianza vivísima que tengo en su poder y bondad divinas, y teniendo presente en todas mis peticiones que Dios nuestro Señor se complace muchas veces en sacar el bien del seno de las mayores dificultades y abismos de los imposibles, y que quizá la curación del Padre será uno de estos bienes.

[654] Cuando concebí esperanza de su vida y salud completa fue el domingo, de cinco y media a ocho de la mañana, que me sentí misteriosamente forzada e impulsada a luchar con las tres divinas Personas de la Trinidad y con la Santísima Virgen, para que nos concedan esta gracia, repitiendo muchas veces: "No puedo consentir que lo llevéis con Vos, etc." Y lo raro es que mientras así luchaba mi alma, estaba perfectamente resignada en la divina voluntad, y no deseaba sino la gloria divina, que esto lo veía y sentía visiblemente. Pero después aprendí lo contrario, como le dije a V. R., y no he visto que Dios retirara su mano de la víctima que escogiera, por lo que me temo que Dios nuestro Señor, en atención a las peticiones que se le han dirigido, se contente con levantar un poco su mano divina y prolongar dos o tres años la vigilia de la eterna pascua, que inauguró el enfermo el domingo inmediatamente después de la mejoría. Esto es lo que yo siento, y no sólo humanamente me parece imposible la perfecta curación del enfermo, si que también mirado bajo el punto de vista divino, porque veo que mi Dios reclama todavía al enfermo y que no retira su mano de él.

A pesar de esto, y teniendo presente —como ya he dicho— que Dios nuestro Señor se complace muchas veces en probar la fe de las almas sencillas haciendo ver lo contrario de lo que piden y quiere concederlas, y en el momento más desesperado pone en ejercicio su divino poder y obra el milagro completo, yo continuaré pidiendo con la misma o mayor fe y confianza que hasta aquí, y me ofreceré para lo que Dios quiera, para que me conceda la vida o salud del Padre. Si los médicos creen que se alejó el peli-

gro y que se salva, ya es motivo para esperar que Dios nuestro Señor completará su obra, porque es un verdadero milagro el que pudiera salvar la noche del 13 al 14, mejor dicho, la mejoría de ayer, pues me temí que, después de una noche toledana, se moriría ayer a media mañana. Aunque se quede delicado, pero con suficiente salud para ejercitar el cargo que desempeña, su vida sería beneficiosa para esa Comunidad, porque escasean los superiores humildes y morigerados. Ya veremos lo que Dios nuestro Señor dispone. ¿Quiere que me ofrezca a padecer su enfermedad, caso que se salve su vida y se quede enfermo? Con gusto lo haré.

Salúdele en mi nombre, y que ruegue por nosotras, pues ahora valen mucho sus oraciones, acompañadas de la resignación y paciencia en los sufrimientos que le aquejan.

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[655] «Valladolid, 17 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Después del respetuoso y filial saludo, espero que me bendiga.

Deseo saber el estado del enfermo, y si el órgano respiratorio ha mejorado de condiciones, el que ha sido mi caballo de batalla en la oración siempre, pero especialmente desde que desapareció el peligro.

El martes por la tarde, después de Completas, se acentuó el recogimiento extraordinario, que experimentaba hacía varias horas, y, puesta en comunicación con mi Dios Humanado Sacramentado, después de haber repetido las súplicas de costumbre por la salud del cuerpo y mayor perfección del alma del Padre, el lugar donde aprendía la presencia de Jesús debía de ser el sagrario, aunque no lo veía, porque estaba retirada y con los ojos cerrados; se presentó a mi vista interior transformado en un lugar espacioso de relativa claridad. En él —ignoro el modo— aprendí presente

a Dios Uno y Trino colocado sobre la cabeza del enfermo, a cierta altura, comunicándosele mediante influencia dolorosa, como ya le había visto otra vez. Pero es un ver a Dios *sin verle*, por la negra tiniebla que lo envuelve.

Después de haberle visto así por espacio de un segundo próximamente, retiróse nuestro Señor, dejando al enfermo como si lo soltara de su mano. Al verle suelto de la mano de Dios, y solo, aprendí que el enfermo sanaría, y, aunque me consolaba esta esperanza, me daba pena verle solo, y empecé a buscar a Dios. Lo vi transformado en luz y colocado a cierta distancia del enfermo, y careado con él. Aunque no era larga la distancia que los separaba, no pude resignarme con las relaciones divinas que dicha presencia significaba, y con mucho fervor repetí las súplicas que el domingo por la mañana hiciera a la Trinidad a favor del Padre para que se posesionase de su alma y lo eleve a su intimidad concediéndole un alto grado de contemplación y amor. Muchas cosas, además de lo dicho, pasaron por mi alma, pero no puedo expresarlas, como igualmente el domingo.

Desde entonces, en mis relaciones con Dios y con la Santísima Virgen, concibo esperanza —rayana en seguridad— de que se conseguirá lo que tanto deseamos, o sea, la perfecta salud del enfermo. Mas, fuera de las horas de la oración y de intimidad con Dios, a ratos temo se quede enfermo el Padre, porque tengo entendido que, así como no podía salvarse su vida sino por la vía milagrosa, tampoco puede restablecerse sin que Dios nuestro Señor haga otro milagro. Mucho y con vivísima fe y confianza, he pedido a mi Dios y a mi Purísima Madre que nos conceda esta gracia, porque ahora ya no puedo resignarme a que se quede enfermo, pero temo si seré yo el obstáculo, por lo que ahora diré.

[656] Todas las gracias que en el orden espiritual he pedido para el enfermo las he pedido igualmente para V. R., y no recuerdo haber hecho ninguna petición sin sentirme elevada y favorecida con la intimidad de Dios nuestro Señor. El domingo por la mañana, cuando pedía a las tres

divinas Personas que hagan de los PP. dos volcanes de amor y celo divino y mariano para que le procuren mucha gloria, y los favorezca con su intimidad, añadí que yo también quería ser santa y responder a sus designos. Mientras lo decía presentóse a mi vista la región tenebrosa que varias veces he dicho a V. R., símbolo de la vida de fe, y entendí que mi Dios Uno y Trino me requería para que entrase en ella, para vivir la vida sobrenatural de la fe divina habitualmente, no de paso como hasta aquí. Como otras veces, temí sumergirme en dicha tiniebla, por entender que en ella perdería el dominio de la razón y sería requerida para una vida sobrenatural extraordinaria. No me resistí, pero tampoco prometí secundar los designios de Dios, sino que me contenté con manifestarle que lo deseo con toda mi alma, pero que no le daba palabra de abandonarme a la influencia divina que me requería para dicha vida, porque temía de mi debilidad que faltaría a mi palabra. Ya no le digo a nuestro Señor si responderé o no a sus exigencias, sino que repito como San Pedro: *"Tú sabes, Señor, que lo deseo y si responderé o no a tus designios; por mí sola no puedo dar ese paso"* [32].

[657] Luego le pido que le meta a V. R. en la fe divina para que me arrastre al estado que me pide porque no veo otro medio para colocarme en él. Quiero cumplir la santísima voluntad de mi Dios y amar con ardor todas sus disposiciones, y las acepto y prefiero a todo, y primero renunciaría a la gloria del paraíso que resignarme en un estado o grado de santidad que no es conforme al divino beneplácito; y, a pesar de esto, no puedo por mí misma responder al divino llamamiento. No me explico cómo puede ser esto.

Salude en mi nombre al Padre, y que ruegue por mí, a ver si me alcanza de Dios nuestro Señor, por intercesión de la Virgen, la gracia o influencia divina que trabaja mi

[32] Alusión a *Jo* 21, 17.

alma y me requiere para el perfecto cumplimiento del divino beneplácito, que amo y adoro con todo mi corazón.

Ayer y hoy tengo dos religiosas en cama con fiebre. Como se las ha cogido con tiempo, están mejor. Espero que no será de cuidado. Con licencia de V. R. tengo que contestar a una carta que me escribe el P. Andrés [33]; a la M. Presentación [34] ya le escribí y pedí oraciones para nuestro enfermo.

Ruegue por mí, Padre mío, y bendígame muchas veces. De V. R. humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[658] «Valladolid, 18 de Octubre de 1918.

M. R. P. [Antonino Saldaña] [35].

Mi amado P. en Cristo: Dios nos dé su santa paz, amor y gracia.

Celebraré que al recibo de ésta se encuentre aliviado de sus padecimientos. Ya me figuro los dolores que sufre y la violencia que tiene que hacerse para soportarlos pacientemente; pero en medio del sufrimiento tiene el consuelo de saber que la mano que le hiere es la más amiga, pues es Dios que nos ama infinitamente más que nosotros mismos, y quiere para nosotros mayores bienes que sabemos pedir y desear. Si nos aflige y lastima es con el fin de recompensar nuestra paciencia con infinitos grados de gloria.

Para entretener el sufrimiento ayuda el ofrecerlo a Dios

[33] Se refiere al Franciscano P. Andrés de Ocerin-Jáuregui, que fue el primer Director de la sierva de Dios. Se conservan al menos tres cartas autógrafas escritas por la M. Angeles a dicho Padre. La M. Sorazu, no obstante ser Abadesa, pedía licencia o al menos *ponía al Director al corriente de las cartas que escribía.*

[34] M. Presentación. Al morir la M. Sorazu, esta religiosa le sucedió en el cargo de Abadesa. En la fecha en que está escrita la carta, la M. Presentación se hallaba en el convento «Madre de Dios», de Logroño, adonde había ido con otras dos monjas del convento de M. Sorazu a reforzar y reformar esta Comunidad, que es también de la Orden de la Concepción.

[35] Esta carta, a diferencia de las demás, tiene por destinatario al propio enfermo, P. Antonino Saldaña.

para diferentes fines. En mis padecimientos empleo este medio, que me sirve de consuelo, y espero que de mérito [36]. Ofrezco mis trabajos a la Virgen en agradecimiento de los favores que me ha dispensado y ha dispensado al género humano, y a la Santísima Trinidad en agradecimiento de los privilegios y dones que concediera a la Santísima Humanidad del Verbo y a la Virgen, deseando acrecentar su gloria y felicidad, y las riquezas que atesora con mis padecimientos. Otras veces pienso en la gloria y felicidad infinitas de Dios, y me gozo en ella deseando —si pudiera merecerlo con más sufrimientos— las perfecciones divinas que posee, y, ya que no puedo gozarme en mí misma, ni hallar reposo en el dolor —que la naturaleza rechaza—, procuro asimilarme el reposo y bienaventuranza infinita de mi Dios, de su Unigénito Humanado y de la Virgen, complaciéndome en ellos. Estos auxiliares —como igualmente la memoria de los padecimientos de Jesús— no aplacan el dolor, pero lo entretienen, y pueden merecernos muchos méritos, porque van siempre acompañados del amor de complacencia o de compasión y conformidad.

[659] Los Ministros de Dios, por regla general, son extremadamente desconfiados, y a duras penas creen las relaciones que les unen a su Dios, y la predilección de que son objeto por parte suya [37]. Consiste en que, ocupados en las obras de celo, rara vez —quizá nunca— han gustado la infinita bondad de Dios, que creen y adoran. Sin duda que V. R. participa de la desconfianza de estos sacerdotes, que viven más o menos exteriorizados, y que, a pesar de su vida laboriosa consagrada a las almas, no gozan de intimidad con Dios,

[36] La M. Angeles propone aquí al enfermo algunos medios para entretener el sufrimiento, medios de los que ella misma echó mano en gran medida en sus muchos padecimientos y enfermedades.

[37] Del modo de expresarse de la sierva de Dios se colige que a ésta no le faltaba perspicacia para intuir la psicología de los sacerdotes ministros de Dios. Pese a todo, estas cartas constituyen un testimonio conmovedor del valor que a sus ojos tenía la vida de los sacerdotes por razón de su ministerio.

pues no creen lo que he dicho. Si a mí no me quiere creer, debe por lo menos creer al apóstol San Pablo, quien nos dice: "que *aquellos a quienes Dios predestinó, los hizo conformes a su divino Hijo, y que, si participamos de los sufrimientos de Jesucristo, participaremos de su divina gloria*" [38]. Que Dios nuestro Señor le predestinó a la gloria —y que le ama con predilección— lo comprueba el misterio doloroso que se cumple en V. R.

[660] Mire cuántas peticiones hemos hecho a nuestro Señor y a nuestra Madre bendita para que lo libren de la muerte y lo curen, y, hasta el presente, lo único que hemos conseguido es prolongar su martirio. Desde un principio he visto que a Dios nuestro Señor y a la Virgen Santísima les agrada, y *agrada mucho,* que rueguen por V. R. Entiendo que todas las peticiones que hago las acogen con amor y con visibles señales de amor y estimación infinita que sienten por V. R. En el momento que me dirijo a Dios y a la Virgen para hacer mis súplicas, yo me siento recogida y favorecida con cierto sentimiento de la divina presencia, en un horizonte de luz que se abre a mi vista, y allí veo cuán fácil es a Dios hacer un milagro para curarle, y hasta concibo esperanza, en vista de que me presenta su poder infinito para realizarlo; pero todavía no me ha dicho que lo *quiere.* Al contrario, veo que la voluntad de Dios, que lo ha herido de muerte y consagrado su víctima, descansa tranquila; *se ha dormido profundamente* y no escucha nuestras plegarias, como si temiera verse obligada a hacer lo que no quiere. Ya ve, mi amado Padre, si tiene motivos para confiar en Dios, que tan visiblemente le prueba su afecto, pues hace mayor estimación del sufrimiento de V. R. que del consuelo de las almas que le aman y nos interesamos por su salud, y que del bien que pudiera hacer a la humanidad con el ejercicio del sagrado misterio.

Por ahora no puedo resignarme a que se quede enfermo,

[38] *Rom* 8, 29-30.

y pido mucho a nuestro Señor y a nuestra Madre Santísima que hagan un milagro a su favor —mejor dicho, para nuestro consuelo— y que le pongan bueno; pero no lo hacen, a pesar de mi fe y confianza crecientes, y del valimiento y poder de los santos y santas que invoco en mi auxilio, entre éstas Santa Catalina de Sena. Veremos si al fin conseguimos lo que tan vivamente anhelamos; pero temo que Dios nuestro Señor prefiera el bien de V. R. a nuestro consuelo y al bien de las almas que reclaman las funciones de su sagrado ministerio.

[661] Todavía no he visto que le convenga a su alma la salud. A la Comunidad y a la Iglesia sí, y el deseo de favorecer a éstas me obliga a solicitarla. La viva aprensión de que conviene a V. R. perpetuarse en su estado de víctima, y que el resto de su vida esté consagrado con su amor paciente, me mueve a pedir un alto grado de contemplación juntamente con la salud, como si temiese que Dios nuestro Señor se retire de V. R. en el momento que le vuelva la salud, y quede privada su alma de las divinas comunicaciones que, aunque oscuras y dolorosas, le son altamente provechosas. ¡Cuántas distancias ha salvado en la conformidad con la vida paciente de Jesús en estos días! Cuando vaya al cielo, y conozca por una gloriosa experiencia los grados de gloria y de identificación con Jesús que le ha merecido, alabará la Providencia y Voluntad divinas, que le sometieron a la dura prueba que padece para fines tan gloriosos a Dios y a V. R.

Anímese mucho, mi amado Padre, y viva tranquilo y contento, aceptando con amor los adorables designios de Dios nuestro Señor, cualesquiera que sean; El le ama infinita y eternamente, y le concederá lo que más le conviene. Ruegue por mí y bendígame. Suya en Cristo Jesús, que le ama.

Sor Angeles.»

[662] «Valladolid, 18 de Octubre de 1918.

Mi venerado y amado Padre: Dios nos dé su santa paz.

Mis religiosas comienzan hoy un novenario en honor de la Niña María por la salud del Padre. Todas esperan que se restablezca y tendrán el gusto de oírle por lo menos un sermón en el novenario de nuestra Inmaculada Madre. Dios lo quiera y algo más, pues es mucho pedir si no hubiera más medios que los humanos; invocando los divinos, podemos esperar algo más, si nuestra fe no vacila en la veracidad de Dios, que empeñara su palabra a favor de la oración confiada y perseverante, máxime si se unen varias almas para pedir la misma gracia.

Me llama mucho la atención lo que me pasa con relación al enfermo, pues nunca he experimentado cosa igual, ni parecida, en mis peticiones por los enfermos, aunque se tratase de almas santas, y necesarias y utilísimas a mi Comunidad, e identificadas con mi alma como lo fueron dos religiosas. Anhelaba su vida y salud, es verdad, pero era yo la que oraba. Con nuestro enfermo —además del interés habitual que me inspira, e interés sumo, mayor que otros enfermos bienhechores míos bajo todos conceptos— a ratos experimento una influencia divina, que me trabaja y actúa en Dios, y diviniza mi oración de un modo que no puedo explicar.

La influencia que me trabaja ora conmigo o en mí, sobrenaturalmente, y siempre a favor del enfermo, y al mismo tiempo me santifica y eleva. Unas veces pide su salud, y juntamente la mayor perfección de su alma y las gracias necesarias para que ejerza las funciones del sagrado ministerio con notable aprovechamiento de las almas; otras, ruega y pide por su alma como si estuviese de partida de este mundo a la eternidad, y hasta rechaza la salud y la vida. Me explicaré.

[663] En mi carta de ayer le dije que sentía una voz que me decía que al Padre no le conviene la salud, y que me recordaba la visión del miércoles por la mañana. Era la influencia que rechaza la salud y la vida del Padre, y ora por

su alma. Anoche, por espacio de una hora, de repente, se apoderó de mí la misma u otra influencia divina para pedir su salud, y me elevó a Dios y oró conmigo tan misteriosa y maravillosamente que no lo puedo explicar.

Solamente puedo decirle que mi oración fue acompañada de un anhelo o ansia por la salud del enfermo, tan ardiente e irresistible como las ansias de poseer a mi Dios que he experimentado varias veces en el decurso de mi vida en los momentos solemnes de recibir el soberano favor del toque sustancial. Así como, en este soberano favor, el alma aprende vivamente que conseguirá la perfecta posesión de Dios —que ansía con fuerza irresistible—, de la misma manera, mientras me trabaja la influencia que he dicho a favor del enfermo, aprendo la seguridad de conseguir la curación que solicito.

[664] Esto se ha repetido varias veces, pero anoche con mayor intensidad que el día 13 por la mañana, que fue cuando más visiblemente me sentí poseída de esta corriente divina. No sé si me explico. En vista de verme así, trabajada por la influencia divina como en sentido contrario, he llegado a pensar si habrá en Dios dos voluntades o dos disposiciones diferentes que luchan, o dos atributos: v. gr., la Justicia y la Misericordia, que no convienen entre sí o en sus adorables disposiciones; y, apoderándose de mi alma, ora la Misericordia, ora la Justicia, me trabaja cada una en el sentido que reclama su misión; o sea, que la Justicia reclama la víctima para vengarse por este medio de los agravios que la infiere el mundo, y la Misericordia, por el contrario quiere y pide que se le devuelva la salud, para salvar por su medio las almas que quiere favorecer con sus benéficas influencias.

Desde las nueve y media de la noche que cesó la comunicación que dije, hasta las cinco o seis de la mañana, conservé la esperanza —rayana en seguridad— de la salud del enfermo. Después he tenido momentos alarmantes, y he sufrido varias impresiones dolorosas y terroríficas. La más

intensa y larga ha tenido lugar en esta hora última, o sea, desde las doce y media hasta la una y media del mediodía. Ya empieza a desaparecer el nubarrón, que ha consistido en una amenaza de nuevas complicaciones en la enfermedad del Padre, y llevarle a la sepultura. Es un sentimiento de terror que se me impone como un peso.

Mire, mi amado Padre, si son raras las cosas que me pasan, todas relacionadas con el enfermo.

[665] Debe estar llamado a mucha santidad cuando tanto me preocupa, pues no soy de las que se alarman por los acontecimientos prósperos ni adversos de la vida, si no está interesada en ellos la gloria de Dios. Por ser hoy día consagrado a la Virgen, desde ayer por la tarde tengo de Patronos a San Joaquín y Santa Ana, padres de la Señora y mis queridos abuelos. Espero mucho de su protección, y los he interesado en nuestro favor en el acatamiento de la Santísima Trinidad, para que miren por el honor de la divina Infanta, concediendo la salud que pedimos para el enfermo. Les digo que no consientan que la Niña María vuelva a su casa sin curar al Padre, pues sería una deshonra para la Señora y también para ellos. También espero mucho de Santa Catalina de Sena, a quien reñí antes de ayer porque consentía en la enfermedad del Padre sabiendo que hacen falta operarios en la viña del Señor. Asimismo he interesado a los santos ángeles, especialmente a los que custodiaron a la Virgen Niña y a nuestros Patriarcas. Estos deben de estar muy ocupados, porque no responden como los primeros.

Una de las religiosas que quedaron en cama, ya se levantó. La otra continúa con fiebre, y, aunque no tiene tos ni dolores, creemos que es la epidemia reinante. Ya he prohibido a las religiosas que vayan a visitarla y se han tomado las precauciones para evitar el contagio.

Es una de las tres legas; las demás, todas buenas.

Ayer vi una Cruz preparada para mí. Por el amor y entusiasmo que me inspiró y las ansias que sentí de poseerla,

comprendía que es pesada, pero no conocí su naturaleza, ni si tardará mucho o poco en imponerse a mi alma. Mi alma rechaza el gozo y apetece el sufrimiento, y parece que ya no quiere vivir sino para participar la vida paciente de Jesús. Puede ser que, cuando llegue la cruz, busque el consuelo. Bendiga a su hija, que b. s. m.

Sor Angeles.»

P. D.: Un saludo al enfermo; que ruegue por mí.»

[666] «Valladolid, 20 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Después de saludarle con respeto y cariño filial que en mi Dios le profeso, postrada a sus pies espero que me bendiga.

Mucho celebraré que el Padre haya entrado en el período de convalecencia, y que ésta sea rápida. Ya me dirá en qué condiciones se encuentra el aparato respiratorio, y si desapareció la fiebre. Nuestra enferma está mejor. Como se ha cogido con tiempo, se presenta la epidemia en forma benigna. Mis religiosas me encargan le diga a V. R. que a la Niña María le han concedido ocho días para el perfecto restablecimiento del enfermo, y que tiene que venir a su casa para el día que se termine el novenario. Tenemos una fotografía de la Niña, de tamaño grande, y ante ella se hace la novena. Dios lo quiera.

Ayer se me olvidó decirle que en la comunicación de la noche anterior, en vista de las gracias espirituales que solicitaba para su alma el espíritu o influencia divina que me animaba, me persuadí que al enfermo le conviene la vida y la salud, lo contrario que aprendiera varias veces al sentirme trabajada por el espíritu que lo reclamaba como víctima. Este espíritu se impone a mi alma como un peso que me oprime, y sus comunicaciones se consuman en la oscuridad. Es una especie de tiniebla penosa que aflige; al contrario, la otra influencia es una luz benéfica, y sus comunicaciones se consuman en una claridad inmensa, especie de

paraíso o de cielo. Cuando se apodera de mí, me siento más poderosa que Dios, o no sé cómo decir, pues ya veo que estoy perfectísimamente subordinada a la voluntad de Dios, que estoy más unida que nunca con su divino querer, que nada quiero ni busco sino su gloria y el cumplimiento de su divino beneplácito, y que es Dios mismo quien ora en mí y por mi medio; a pesar de esto, lucho con Dios, o con algo que hay en Dios contrario a lo que quiero, anhelo y pido; pero lucho como quien tiene segura la victoria, porque me siento más fuerte que el ser incógnito que lucha contra mis peticiones, merced al espíritu de fe vivísima que viene en mi auxilio y me hace como omnipotente.

[667] Mientras dura la influencia, todas las cosas me parecen posibles, y tengo seguridad de conseguir lo que pido en el orden natural y sobrenatural. Después que cesa la corriente, la seguridad degenera en esperanza, porque se mira como ausente el bien o los bienes pedidos, que el alma aprendiera como presente en su unión con Dios. La esperanza perdura hasta que se me impone la tiniebla que he dicho, la cual pretende lo contrario. Cuán vivamente se impone en mí esta penumbra, y cuál sea el estado alarmante en que pone a mi alma, lo comprenderá V. R. con decirle que, a pesar de las noticias favorables que me comunican de la salud del Padre, espero el aviso de su muerte repentina mientras ella me trabaja. Desde ayer a mediodía, o una y media de la tarde, estoy más aliviada; pero del todo no se ha retirado esta penosa influencia, que me aplasta cuando se impone a mi alma.

Varias veces, mientras me posee y mora en mí y por mi medio la influencia favorable a nuestros deseos relacionados con la salud del enfermo, he visto a éste poseído de luz y amor, ocupado en traer almas a Dios mediante el ejercicio de la predicación, como uno de los misioneros santos que la Iglesia venera en los altares. Le he visto sumergido en un mundo espiritual, animado de un espíritu de fe y de caridad excepcionales, y en intimidad con Dios al mismo tiem-

po que se ocupa en las funciones del sagrado ministerio. La primera vez que se me representó en esta forma fue hoy hace ocho días, el 13 por la mañana.

[668] El día siguiente, después de recibir la sagrada Comunión, le vi también, pero no con tanta claridad y sólo un breve instante. No sé qué otro día, y últimamente antes de ayer, de ocho a nueve y media. No ha vuelto a repetirse. La primera vez lo vi en una especie de templo, que representaba la Iglesia. Vi en el mismo lugar a X. [39] Fue entonces cuando dije que yo también quería ser santa, y Dios nuestro Señor, como primera condición, me requirió para la vida de fe habitual, que me pide desde hace mucho tiempo. No sé si me explico; pero espero que me entenderá V. R. Quiera Dios que secundemos sus designios de amor, y que llegue a realizarse lo que entonces vi como futuro y solicité por mi medio la influencia que he dicho para X. y para muchas almas y entre éstas para mí, miserable pecadora, y que, al efecto, triunfe la misericordia de la justicia —que reclama su víctima—, concediendo perfecta salud al enfermo.

Yo estoy como en vísperas de meterme en una atmósfera cuya naturaleza ignoro. Me figuro que será para padecer, aunque no lo sé de cierto. Algo ya sufro. Mi alma más padece que goza, y en torno mío no veo nada que me alegre. Para gozar tengo que elevarme sobre mí y abrazarme con la gloria y felicidad infinita de mi Dios, de su Unigénito Humanado y de la Virgen Santísima, única cosa que me consuela y satisface.

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y besa su mano,

Sor Angeles.»

[39] Aquí, y un poco después, en lugar de la X. que hemos puesto nosotros, había puntos suspensivos en la copia. Parece que el P. Alfonso los puso en lugar de algún nombre o pronombre que se refería a él mismo.

[669] «Valladolid, 21 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Muy amadísimo Padre: Nuestros Soberanos Amores le asistan en la terrible prueba que padece.

Mucho, muchísimo sentimos el percance ocurrido a nuestro enfermo. Ya veo que no fueron vanos mis temores sobre las complicaciones que le amenazaban y el rápido desarrollo de nueva enfermedad. Dios sea bendito.

Sin embargo, continuaremos pidiendo a ver si logramos violentar la voluntad divina a nuestro favor. Hoy escribo dos letras a la M. Presentación, para que nos ayude a rogar. De todos modos, V. R. esté tranquilo, anímese y no sufra, pues Dios nuestro Señor, después de la prueba, nos enviará el consuelo.

Al enfermo, que se consuele, pues el azote nos lastima a los miserables desterrados que quedamos aquí, no a él, que le espera la infinita dicha si triunfa la justicia y le lleva consigo.

Tengo prisa y no puedo ser más extensa. Mis religiosas han quedado impresionadísimas, pero no desistirán de su empeño hasta lo último.

De V. R. humilde hija que le ama.

Sor Angeles.»

NOTA: En esta carta alude a una fuerte hemoptisis que le sobrevino al enfermo, después de la mejoría que había experimentado, y que a todos nos alarmó, creyendo que, dada la debilidad del enfermo, pudiera tener funestas consecuencias, aunque por dicha no fue así.

[670] «Viva Jesús.

Valladolid, 24 de Octubre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Nuestros Soberanos Amores sean siempre con nosotros.

De ningún modo deje al enfermo por venir a confesarme. Puedo esperar hasta el lunes.

No conviene que le deje hasta que se cicatrice la herida del pulmón. Para esto conviene que guarde quietud absoluta y que hable por señas.

La lucha entre la Justicia y la Misericordia no se ha terminado, y, mientras ésta dure, no debemos perder la confianza de la salvación y salud de nuestro querido enfermo. Con el imposible humano ya tropezábamos en el principio y medio de la enfermedad, y contábamos con el poder de Dios, esperando su salvación y restablecimiento por vía de milagro, contra toda esperanza. No debemos, pues, flaquear en la fe ahora que se presenta un nuevo obstáculo, sabiendo que Dios nuestro Señor extrema las dificultades para hacer su obra.

La dificultad mayor que he visto —y con que tropecé desde un principio— para conseguir nuestras pretensiones, fue y es la exigencia de la Justicia eterna, y los derechos con que reclama la víctima, y aquel continuo amenazarme con llevárselo consigo, a pesar de nuestras peticiones por su salud, y esto, casi siempre, en el momento mismo que recibía noticias favorables. Ratos ha habido de imponerse a mi alma dicha influencia o corriente de la divina Justicia, como enemigo formidable de la salud y vida temporal del enfermo, y decirme que Ella complicará el estado de su organismo y desarrollaría la enfermedad que lo llevaría al sepulcro y a su alma a la eternidad, contra todas nuestras esperanzas; o sea, contra las esperanzas que yo escribiera al sentirme trabajada por las benéficas influencias de la Misericordia y contra las que V. R. y las religiosas abrigaban, por las razones que les asistían. Pero, como después volvía a imperar la Misericordia sobre la Justicia y me trabajaba en forma tan soberana, no podía desesperar de la salvación del enfermo, ni desespero todavía, porque veo que el combate perdura.

Todo es misterio en mis relaciones con Dios cuando ruego por el Padre, pues es una continua contradicción lo que experimento, imponiéndose a mi alma ora un atributo,

ora otro: la Justicia cuando el enfermo experimenta mejoría, y la Misericordia cuando se agrava; y siempre, para interesarme en contrario de lo que ocurre en el orden temporal. Veremos quién triunfa. Yo no desconfiaré, ni dejaré de pedir su salud con la misma fe, mientras viva. V. R. haga lo mismo, porque somos hijos de la divina Misericordia y debemos defender sus derechos. Cuídese para que no enferme, que será otro milagro que se conserve bueno con tantas impresiones. Mis cariñosos recuerdos al enfermo, que se anime.

Bendiga a su hija, que mucho le ama.

Sor Angeles.»

NOTA: Aquí terminan las cartas que me escribió durante la enfermedad de este religioso, porque no podía ir a confesarla por atender al enfermo, quien, al fin, salvó su vida, y puede dedicarse al ministerio sagrado, aunque su salud está algún tanto resentida [40].

CAPITULO V

Cartas de dirección

RESUMEN: *La M. Angeles continúa escribiendo entre grandes tentaciones y angustias.—1918-1919.*

[671] De Agosto de 1918 a Octubre de 1919 la M. Angeles escribió muchas cartas de dirección, que conserva el Padre Alfonso A. Vega, y gracias a ellas podemos tener completa noticia de su espíritu.

[40] El P. Antonino Saldaña sanó, en efecto, e incluso pasó largos años trabajando en América. Murió en Valladolid, en 1958, o sea, 40 años después de estos sucesos. Un religioso que vivió con él, Fr. José Manuel Macías, testimonia la veneración que el P. Saldaña sentía hacia la sierva de Dios. Véase la hojita *Por la causa de la M. Angeles Sorazu,* n.° 31, de fecha Noviembre de 1988.

Recogeremos aquí, enteras o en fragmentos, todas las que sirven para nuestro fin y pueden publicarse. Omitimos algunas que tratan de asuntos relacionados con otras personas; y algunas, también, aprovecharemos en otro lugar de esta obra, por referirse a asuntos de gobierno más bien que a la vida espiritual. Iremos copiando las cartas o fragmentos por orden estrictamente cronológico, con las correspondientes notas del P. Alfonso, y así sabremos casi día por día lo que pasaba por el espíritu de la M. Angeles.

No sabemos con qué fecha —pero sin duda este año, después de unos ejercicios dados a la Comunidad por el mismo P. Alfonso— le escribe así la Madre:

«En los días de Pascua se dispensa parte de la lectura durante la comida. Como puede suponer, nuestra conversación fue sobre los santos ejercicios. Me han dicho que [en] todas las pláticas, cuando V. R. hablaba sobre los beneficios de Dios, etc., etc., vieron mi alma, y me han bautizado con el nombre de bienaventurada. Para sacarlas del error lamentable que padecen en el concepto que de mí tienen, he exteriorizado mis sentimientos: las he dicho que me he visto condenada en todas las pláticas, y que soy doblemente desgraciada, porque no me deja V. R. hacer los santos ejercicios que reclama mi conciencia. He luchado con tantas cabezas duras como religiosas había en refectorio, porque ninguna me creyó ni se compadeció de mí; y, al verme así contrariada, las he asegurado con solemnidad que, si hay en el mundo alguna infortunada que merezca la compasión de Dios nuestro Señor, lo es servidora, y si Dios derramase una sola lágrima en dirección a la creación, estoy segura que caería en mi alma, porque soy digna de compasión y nadie se compadece de mí. Estoy sufriendo mil desengaños de V. R., de las religiosas y del mundo entero. Dios haga a todos santos, y de mí tenga misericordia y me prodigue la compasión y el consuelo que me niegan las criaturas.

De V. R. humilde hija...

Sor Angeles.»

[672] «Valladolid, 2 de Agosto de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Después de saludarle con el amor y respeto filiales que en Dios le profeso, postrada a sus pies espero que me bendiga.

En el momento de ponerme a escribir la presente he recibido la estampa felicitación que V. R. me envía y que le agradezco infinito. No sé por qué, pero la esperaba. Dios se lo pague, Padre mío, esto y todo lo que hace por esta humilde sierva suya y pobre hija de V. R., cual sólo El sabe y puede hacerlo. A mi vez, le felicito cordialmente en mi Santísima Madre y para su gloria, y le envío la adjunta (estampa) como recuerdo de su santo Protector, a quien profeso especial devoción [1]. Mucho he rogado por V. R. a mi Dios y mi Santísima Madre desde ayer, y he procurado interesarlos a su favor, ofreciéndome muchas veces a su santo amor y servicio en agradecimiento de los beneficios concedidos a V. R., en satisfacción de las deudas que ha podido contraer en el decurso de su vida y para que le prodiguen todas las gracias que V. R. desea para sí y los suyos, y quiera concederle el mismo Dios, que nos ama infinitamente y quiere para nosotros mayores bienes que sabemos pedir y desear. Muchas veces le he dicho a nuestro Señor: "El Padre, en un principio, me decía: *En esto conoceré yo si tienes buen espíritu: si me haces santo, etc.* Dios mío, hazle santo, muy santo, si es verdad que es tu divino Espíritu quien gobierna mi alma. En todas las entregas que he hecho a nuestro Señor de mi alma, le he entregado también a V. R., para que le reciba en la forma y concepto que deseo y pido, para que sea todo de Dios y de su Unigénito Humanado, en María y por María Santísima. También le he dado parte en la Misa que se ha celebrado hoy por mis intenciones, por encargo de un señor que tiene la devoción de obsequiarme en la misma forma con frecuencia.

[1] Se refiere, sin duda, a San Alfonso de Ligorio.

Ya me figuro cuánto habrá pedido por mí V. R., especialmente en el Santo Sacrificio. Dios se lo pague.

[673] La tentación que me trabajaba hacía días ha desaparecido ayer en el confesonario. Desde aquel momento siento apremiante necesidad de estrechar los lazos sagrados que me unen a V. R. Es porque me confirmó en lo que había entendido varias veces en los días que me trabajaba la tentación o retraimiento; esto es, que la causa de haberse cortado la corriente de las comunicaciones divinas —que tanto abundaron en la época anterior— es que me he separado de V. R., o que no estoy tan identificada como antes; y que, si es cierto que, así como no padezco los pavorosos temores con que el demonio me aflige cuando vivo unida a V. R. —hasta el punto de no haber diferencia alguna entre mis relaciones inmediatas y mediatas con mi Dios— [2], también lo es que no me santificaré, ni se cumplirá en mí la voluntad de Dios perfecta o absolutamente, si no vuelvo a identificarme con V. R., para no ver más que a Dios en mi Padre espiritual. Esto entendí varias veces, y entiendo y quiero cumplir la voluntad de mi Dios; pero temo abandonarme a ella en este punto, por lo que le dije ayer a V. R.: que me mete en unas profundidades sobrenaturales o místicas a las cuales temo que no acompañará V. R.

Soy tan rara —o me veo animada de sentimientos y aspiraciones tan diferentes de las que poseen generalmente los mortales— que no es extraño que tema abandonarme a ellos, o por lo menos que me cueste trabajo. Pero mi resistencia no es formal, porque quiero cumplir en todo la voluntad de mi Dios, a quien pido que disponga de mí como le plazca por medio de V. R.; pues contrariar su querer o poner condiciones a la gracia me cuesta más que todas las cruces del mundo. Ruegue mucho por mí, Padre mío ama-

[2] En la terminología de la sierva de Dios, relaciones inmediatas —o directas— (con Dios se entiende) son las que mantiene directamente con El por medio de la oración; mediatas —o indirectas—, las que tiene por medio de su representante, o sea, el Director.

dísimo, para que sea y me porte como Dios quiere, especialmente en mis relaciones mediatas con el mismo Dios, que fue siempre y es en lo que resisto o dificulto la acción de la gracia.

Bendiga a su humilde y reconocida hija, que mucho le ama y venera en Dios —a pesar de las tentaciones que me trabajan con frecuencia—, y tiene la mejor idea de V. R., de las dotes que le adornan como Director, singularmente de mi alma.

Sor Angeles Sorazu.»

[674] «J. h. s.

Mi amado Padre: Dios nos dé su santa paz.

Si no ve inconveniente en ello, quisiera que me dejara tomar tres disciplinas —en la forma que acostumbraba hacerlo otros años— desde mañana hasta el domingo, aparte de la de la Comunidad. Me parece que no me perjudica; que, si me hiciera daño a la salud, no insistiría en pedir esto. A otra cosa no me ofrezco, porque sé que no lo puedo hacer sin notable perjuicio de la salud, especialmente el ayuno riguroso, que sé por experiencia que me perjudica mucho, pues me veo morir los días que, por un motivo o por otro, dejo de comer o de tomar parte del alimento que acostumbro, a causa de la dificultad con que funcionan los órganos respiratorios. Fuera de esto —y de estar con los brazos en cruz largo rato, que tampoco puedo—, no me hace daño nada; así que puede tranquilamente concederme el permiso que solicito.

De V. R. humilde hija que mucho le ama y venera en Dios y pide la bendición.

Sor Angeles.»

NOTA: Era en los días de Semana Santa, y la disciplina duraba cuarenta o sesenta minutos.

«J. h. s.

Mi amado Padre:

Estamos esperando al P. Confesor. Se lo digo por si piensa venir hoy. Mil gracias por la vida de Santa Catalina. Yo, ¿qué le regalaré? ¿la †? Buena cruz es esta pelma, y lo fue siempre para todos sus Directores; con que adelante con ella, que con alguien tiene que ejercitar su paciencia si quiere llegar a ser santo.

Bendiga a la última de sus hijas, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.

3 de Junio de 1918.»

[675] «Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Amado Padre: Celebraré que esté mejor de su padecimiento.

Me extraña muchísimo la conducta que conmigo observa. Estoy persuadida que ignora el daño gravísimo que ocasiona a mi alma esta forma de dirección, porque, de conocerle, se portaría de otro modo, a no ser que Dios nuestro Señor quiera, por medio de su abandono, retraerme de la dirección para que viva sola. Hace quince días que no tengo oración, ni he escrito una sola letra en lo que me tiene ordenado. Procedo en todo como independiente y libre, como si no existiera el voto de la obediencia. Cada día, al ver frustradas las esperanzas que tenía en V. R. o en su dirección, con el corazón triturado de dolor, me he alejado de V. R. a distancias infinitas, y con gran dolor veo el abismo que se ha abierto entre el Padre y la hija. Me encuentro en una situación violenta, imposible de expresar, presa de una angustia y preocupación que me inhabilita para la oración.

Se impone la necesidad de decidir mi situación, y la hubiera decidido a no temer un extravío, contrariando la voluntad de mi Dios, que, desde los principios de mi vida espiritual, me ha arrastrado a la dirección de sus Ministros. He

pensado exponer mi situación por escrito al P. Arintero o verbalmente al P. Castaño, lo que V. R. estime más conveniente; porque no puedo continuar así. Si fuera padecer solamente, lo sufriría, pero veo claro que este género de sufrimiento me aparta de Dios y me perjudica muchísimo.

No le digo esto para obligarle a venir; no, no quiero que venga; porque, si viniera V. R., creería o me inquietaría, pensando que le he hecho venir contra la voluntad de Dios. Venero los designios de Dios en el procedimiento o forma de dirección que emplea conmigo V. R.; pero quiero conocer el fin que en ello persigue para secundarlo; porque, si Dios nuestro Señor me quiere sola, y permite por esto el abandono que padezco, me conviene abandonar la dirección cuanto antes, y negar la confianza o esperanza de santificación que hasta aquí he tenido, para fijarme toda y sola en mi Dios.

Espero que hará la caridad de contestarme en dos renglones siquiera. Dios se lo pagará.

Bendiga a su humilde hija en Cristo q. b. s. m.

Sor Angeles.

[676] P. D.: Hace poco le dije a la M. Presentación que escribiera al P. Mariano de mi parte y le dijera que la obediencia me manda escribir lo que él me había mandado en Junio de 1913, y que rogara por mí. Más: que había sufrido uno de los mayores desengaños con su actitud indiferente para conmigo. Le avisé esto porque una penitenta suya me avisó varias veces que el P. Mariano se mostraba completamente cambiado en sus sentimientos hacia servidora, lo cual me costó trabajo creer; pero lo creí, en vista del silencio que guardaba, no sólo conmigo, si que también con la M. Presentación. A esto se refiere en su carta cuando dice me remita a Dios para ver lo que por mí se interesa. Le voy a mandar mi último trabajo escritura-

rio, ya que tiene tanta parte en los favores consumados en él desde el capítulo 4 hasta el 20» [3].

[677] «Viva Jesús.

Valladolid, 25 de Noviembre de 1918.

Amadísimo Padre mío: Dios nos dé su santa paz.

Mil gracias por la carta. La tentación desapareció. Bendito sea mi Dios, que me impulsó a escribir a V. R. en el momento que la tentación me arrastraba hacia el sendero contrario a la santa obediencia, o a su divina voluntad, tan claramente manifestada en la santa obediencia. Si viera, Padre mío, qué astuto es el demonio en sus relaciones con esta idiota, y cómo me trabaja con apariencias de bien, siempre contra la dirección. Gracias a la providencia paternal de mi Dios, que vela en mi favor y me sustrae a la perniciosa influencia cuando me veo en peligro de extraviarme del sendero por El trazado. Es verdad que hace tiempo que vi una Cruz que venía hacia mí, y al sufrimiento difundirse en torno mío; pero, como esta tentación me aparta de Dios —me produce el efecto que si me arrancara de su seno y me colocara en terreno lleno de simas—, no puedo menos de apurarme, y gracias a Dios que me obliga a comunicarlo a V. R.; pues lo primero que me inspira el tentador es el propósito de sufrirlo en silencio —indicándome que así ganaré méritos—, y un momento después me arrastra a comunicárselo al señor Obispo. ¡Mire si es astuto!

La disipación, desesperación y otros fenómenos que acompañan a la sugestión, me abren los ojos para ver sus perversos designios, y que lo que pretende es apartarme del sendero trazado por Dios. El desamparo continúa, pero es distinto que la tentación, y me parece que procede de Dios; mejor dicho, tengo seguridad que es Dios quien me inflige la pena del desamparo que padezco. Supone la pri-

[3] Se refiere a su obra *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo,* que terminó de escribir en Noviembre de 1918.

vación de un bien o de una mano divina; pero me resigno a sufrirlo hasta que Dios quiera, porque merezco mayores castigos. El fin que Dios nuestro Señor se propone en este desamparo paréceme que es identificarme con V. R. Para conseguirlo, entiendo que es necesario se exteriorice el sentimiento de la propia indignidad o de mi nada criminal, que acompaña mis relaciones directas con Dios.

[678] He aquí los motivos en que me fundo para creerlo. El 18 de los corrientes, cuando, impulsada por secreta y divina fuerza, pedía a nuestro Señor la recompensa de las privaciones y sacrificios que me había impuesto por cumplir la obediencia relativa al trabajo escriturario, entendí que Jesús otorgaba mi petición; y, en el mismo momento, me sentí requerida, arrastrada, o no sé qué, a una unión divina con V. R. en el mismo Jesús, e identificar las santas relaciones que a V. R. me unen con las divinas —establecidas entre Jesús y mi alma—, el amor y confianza que siento hacia V. R. con los que profeso a mi Dios, etc., etc.; y me sentí aniquilada en el conocimiento de mi profunda miseria y gran perversidad, a los pies de V. R., que me representa a Jesús Redentor y Juez, mi Padre, mi Madre, mi todo. Todo lo vi en un horizonte divino, que quedó grabado en mi mente.

La mañana siguiente el demonio me trabajó en sentido contrario, y vacilé en mi propósito, no en la realidad de la comunicación de la tarde anterior, que veía claro era de Dios, toda de Dios. En este estado vacilante fui al confesonario el 19; y no pude o no supe traducir mis sentimientos, la necesidad de exteriorizar mi anonadamiento profundo como lo hago en mis relaciones directas con Dios, toda vez que V. R. se imponía a mi alma como viva representación de Jesús y continuador de su divina misión y oficio de Padre, Redentor, etc., etc., que ejerce conmigo. No puedo afirmar que obedeció a esto el terrible desamparo y divina privación, que advertí en el momento mismo que me retiré de V. R.

[679] Al desamparo agregóse la tentación; ésta fue continuación de la sugestión de la mañana, y entré en un estado de lucha y sufrimiento horroroso. Contra los consejos del diablo, que me inducía a sufrir en silencio, un impulso superior me obligaba a escribir a V. R., y con sólo escribir me sentí aliviada, porque se retiró el tentador. El 21, cuando me confesé con V. R., a pesar de la cruz que me cargó V. R., mi situación se mejoró merced a mi Señor Jesucristo, que me ligó o adhirió a V. R. de un modo maravilloso, que no puedo explicar.

Se me olvidaba decirle que, tres o cuatro horas antes de la confesión, un negro nubarrón yacía ante mi vista intelectual, y a través de él vi un horizonte divino lleno de atractivos. Entendí que el nubarrón significaba el desamparo que padecía, y que se disiparía cuando exteriorice a los pies de V. R. el sentimiento o aniquilación que experimento en mis relaciones con Dios, y que penetraría en el horizonte divino, donde recibiría comunicaciones divinísimas por medio de V. R. Desde entonces vivo en alternativas de tentación y de calma, pero sintiendo siempre el desamparo con más o menos intensidad, a pesar de gozar muchos ratos de intimidad divina.

En mis relaciones con Dios muchas veces me he sentido transportada al confesonario, espiritualmente, se entiende, y me han pasado cosas que no puedo explicar. En estos momentos, y en otros, también me he visto a los pies de V. R. en un horizonte divino, en Dios y con Dios, o no sé cómo expresar; he sentido ansias divinas de identificarme con V. R., de apoderarme de su alma, y hasta he querido robarle el corazón y requerirle para que haga conmigo los oficios de mi Dios y Redentor y Santificador, y que me entregue los tesoros de gracia que éste ha depositado en sus manos para mi alma, que lo reclama. Es más, me he sentido arder en divinos incendios de caridad hacia Jesús y V. R. simultáneamente, y he entendido que así debo vivir, y amar a mi Padre en Dios, para que en mí se cumplan

sus designios relacionados con mi santificación. Ruegue, Padre mío, para que así sea, y bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

[680] «J. h. s.

Mi venerado y amado Padre:

Acompaño la fórmula del voto que pienso renovar. Varía de la que hice los años 1908 y 11, porque he recordado que hace dos o tres años, haciendo uso del privilegio de la Bula y de un Jubileo, pedí a dos Confesores que me absolvieran de todos los votos que había hecho en mi vida —menos los solemnes—, y entre ellos, el de obediencia al Director o Directores. En sustancia es el mismo; varía la fórmula, porque no recuerdo bien la anterior, y porque me siento inspirada a hacerle en la forma que verá. Ayer y hoy, a ratos, siento temores y repugnancias a renovar dicho voto, que la noche anterior entendí que aprobaba mi Dios con especial complacencia. No es repugnancia formal, pero se va acentuando cada vez más, y lo mismo el temor de obligarme a lo que más me cuesta —y lo único casi que me cuesta en la vida espiritual—, y que quizá, vencida de mi natural retraimiento, faltaré a su cumplimiento. Si tuviera tiempo mañana, agradecería a V. R. que viniera un momento a confesarme, haber *(sic)* si desaparece la tentación.

En este momento voy a escribir al P. Capuchino, cuya carta le envío, juntamente con la del señor que me obsequió con misas. Pienso decir a dicho Padre que, en las misas que celebrará por mis intenciones, pida a mi Dios que me conceda la gracia de responder con toda perfección a su divina voluntad relacionada con mi dirección espiritual, o con la conducta que quiere Dios que observe en mis relaciones con V. R., y que ruegue también por V. R.

Bendiga a su reconocida hija, que mucho le ama y venera en Dios.

Sor Angeles Sorazu.»

P. D.: Puede quitar o añadir de la fórmula del voto lo que crea V. R., pues no es más que un borrador, que he sacado para que lo examine V. R. y vea si está conforme con lo que Dios nuestro Señor quiere de mi pobre alma.

[681] NOTA [DEL P. ALFONSO]: «La fórmula se la devolví sin tacha ni enmienda de ninguna clase, porque las cosas que salían de la pluma de la M. Angeles, aunque fueran un borrador —como ella dice—, no necesitaban corrección.»

«Valladolid, 11 de Diciembre de 1918.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre:

Tengo un ansia de aniquilarme, de que me mate Dios por medio de V. R. —o no sé cómo decir—, acompañada de un entusiasmo creciente por las divinas Personas de la Trinidad, que me arrastran, atraen y favorecen, a través de luminosa nube. Pida a Dios nuestro Señor que le declare lo que quiere que haga conmigo; pues entiendo que algo quiere, pero tiene que ser V. R. quien cumpla en mí la voluntad de Dios.

Bendiga a su humilde hija en Cristo, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[682] «Viva Jesús.

Mi amado Padre:

Le devuelvo el cuadernillo. Está bien. Podía añadirle un capítulo con la tribulación que padezco. Estoy mal, cada día peor. No sé dónde voy a parar. Casi estoy decidida a dejar la dirección y abandonarme al sentimiento de desesperación que me domina. Desesperación en lo que se refiere a la esperanza que tenía en la dirección, y a los bienes espirituales que esperaba por su medio, y había aprendido que recibiría. Así me evitaría muchos sufrimientos, que parece me alejan de Dios y me perjudican; lo contrario que me acontece en las tribulaciones de otra índole,

vengan de donde vinieren. La prematura o anticipada felicitación de Pascuas de V. R. —cuando esperaba que por su medio me prepararía mi Dios para las próximas solemnidades— cayó en mi alma como una inmensa masa de hielo, y me trabaja a maravilla: mejor dicho, me tortura. Me he resignado a padecer el desamparo cada vez mayor que experimento, toda la vida, si es la voluntad de Dios; pero entiendo que me perjudica y aleja de mi centro cada vez más. Ruegue por mí, Padre mío, para que Dios nuestro Señor decida mi situación, o me manifieste lo que pretende en este período, o por medio de este desamparo tan perjudicial a mi alma; que así me parece, y que nunca me he visto tan mal como ahora.

[683] El día 15 *(Diciembre 1918)* me encargaron las religiosas que le dijera a V. R. que el tema del sermón no fue ilusión, sino inspiración, y que, aunque nos hubiera acompañado en el voto que hicimos dicho día en obsequio y honor de la Virgen, y leyera en nuestros corazones, no pudiera predicar un sermón más apropiado a la fiesta que celebrábamos. El voto que hicimos fue de confesar la mediación universal de la Santísima Virgen y defender esta piadosa creencia, etc.

Le esperaba a V. R. como extraordinario en las presentes témporas, pero no he querido proponerle para esta misión por haberme pedido Sor Natividad un Confesor desconocido. Supongo que ya no lo necesita, porque me ha dicho que la mayor carga se le quitó ayer en el confesonario, o se la quitó V. R.; pero ya propuse para extraordinario a un desconocido, y ya no puedo complacer a las demás.

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

NOTA [DEL P. ALFONSO]: Esta carta ha sido escrita cerca de las Pascuas de Navidad 1918, y el sermón a que se re-

fiere fue el día último de la novena, que ellas comienzan el día 8.

[684] «Valladolid, 26 de Diciembre 1918.

Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Muy venerado y amado Padre:

Estoy trabajada por dos espíritus en sentido contrario. Uno me requiere para el trabajo escriturario, el otro me retrae presentándome dicho trabajo como pecado desagradable a Dios y perjudicial a mi conciencia, y que puedo lícitamente resistir a V. R., y que debo hacerlo. En este conflicto se me ha ocurrido tener una conferencia con el R. P. Castaño, y exponerle con sinceridad lo que siento en pro y en contra de la obediencia, a ver si encuentro la luz que necesito para salir de este estado, ya que no me deja abandonarme ciegamente a la fe debida a la santa obediencia el espíritu que me retrae a escribir. Si le parece bien a V. R., dígaselo de mi parte al P. Raimundo, pero que venga despacio. Me alegraría que viniera pronto. Si quiere V. R. hablarle de mí y de cuanto me ha oído en confesión, puede hacerlo.

Bendiga a su humilde y reconocida hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[685] «Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso Vega.

Mi venerado y amado Padre:

Mil gracias por su atenta y puntual contestación. Con toda sinceridad le participo, Padre mío, que la noticia de la ausencia del Padre que le pedí esta mañana, lejos de apenarme, me ha consolado mucho y tranquilizado, porque veo la providencia de mi Dios querido, que vela por mí y quiere colocarme en mi centro, que es la dirección y obediencia ciega animada de la viva fe. Creo que, si de la consulta hubiera salido con sentimientos contrarios a los

que V. R. me inculca, me hubiera sumido en una amarga y terrible tribulación; porque encuentro descanso en lo que aprendo, que es Dios quien me guía por medio de V. R. Mas, a pesar de esto y otras cosas, no sé si tendré que buscar un nuevo medio o ayuda para secundar los designios del espíritu que me retrae de la obediencia, porque la lucha es terrible; y como el trabajo escriturario se presenta a mi vista no sólo irrealizable para mi capacidad y penoso en alto grado, sino que también perjudicial a mi conciencia, y motivo quizá de mi eterna desventura, y, lo que es más triste, contrario a la voluntad de Dios, de aquí el que mi alma procure sustraerse a él mientras no tenga seguridad de que es Dios quien la dirige por ese camino.

Hace doce o trece años que me siento llamada a escribir la historia divina de mi Dios Humanado; pero es tal el asombro y terror que experimento cuando pienso en esta vocación —que tanto excede a mi capacidad—, que no me atrevo nunca a hablar de él, ni a comunicar los requerimientos con que he sido arrastrada repetidas veces, por temor de que la obediencia me aplique la vara de la autoridad y no pueda ejecutar la obra para la cual he sido requerida, a pesar de mi deseo de glorificar a mi Dios Humanado, por quien y para quien vivo. Hace tres años escribí lo que V. R. vio sobre el misterio de la Encarnación; y desde entonces me siento llamada a contemplar a Jesús en el seno de María y describir su vida en dicho período, para después proseguir su historia con el nacimiento, etc. *[686]* Sea por esto o por lo que fuere, es lo cierto que yo, en todo este tiempo, no he podido contemplar con perfección ni hallar a Jesús en ningún misterio fuera del seno de María, y lo mismo me ocurre en estos días. Si quiero ver a Jesús o gozarle, tengo que buscarle en el seno de la Virgen Santísima, y soy requerida para describir el misterio divino que tengo a la vista. Si quiero pensar en el portal o pesebre, entiendo que el pesebre o portal —donde nació y fue colocado Jesús— significa las almas cristia-

nas, llamadas todas a recoger a Jesús, que se extiende y dilata en el seno de María, y quiere comunicarse a nosotros y establecerse en nuestro corazón por medio de la Señora. Pero, a pesar de esto, la lucha continúa, y la incertidumbre de si será vocación o tentación el requerimiento a escribir me atormenta, y hasta me preocupa y distrae. Ruegue, amadísimo Padre, para que mi situación se solucione y me coloque en el divino beneplácito.

Bendiga a su humilde hija. Sor Angeles.»

NOTA: Escrita en Diciembre de 1918.

[687] «Viva Jesús.

Amadísimo Padre:

Desde el momento que recibí su carta, me siento aliviada. Suspenderé la consulta hasta que se agrave mi situación o ver si desaparece la tormenta. Ruegue por mí.

Los ocho primeros días no me fue posible escribir, porque estuve con vómitos, bastante mal de estómago, y la cabeza tenía como un reloj; no podía ni hacer oración. Después, en vista del retiro y silencio de V. R., me desconcerté por completo; y, mientras no me coloque en mi centro, no puedo escribir, porque no estoy en condiciones ni mucho menos. Me he alejado mucho de la dirección y estoy desorientada. Ruegue para que Dios nuestro Señor me ilumine, y me dé a conocer su voluntad, y me vuelva a mi centro. El silencio y retiro del Director para mí fue siempre una fuente de tentaciones y horrorosos sufrimientos; y ahora que padezco una de las crisis más dolorosas que he padecido en mi vida —desde el 17 ó 19 de Noviembre— y estoy trabajada como nunca de la sugestión contra la dirección, figúrese, Padre mío, los estragos que en mi alma hará el abandono en que me tiene. Bien quisiera que V. R. conociera mi situación; pero tal vez me niegue Dios nuestro Señor este consuelo en castigo de mis rebeldías y tantos pecados como he tenido la desgracia de cometer.

Nuestra enferma está gravísima. Creímos que no saldría de hoy, pero va tirando. Es una de las mejores súbditas que he tenido, y por esto, y por su virtud y carácter, singularmente amada de todas, así ancianas como jóvenes. Ruegue por ella. Hace muchos años que está enferma, y, desde hace tres meses, supurando por una herida considerable cantidad de pus. Tiene careado todo el hueso, desde la cadera hasta los pies. ¡Pobrecita! [4]

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[688] «Valladolid, 21 de Enero de 1919.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi amadísimo Padre:

Dios nos dé su santa paz, amor y gracia. Le envío la carta de X., para que vea su situación y la ayude a vencer los obstáculos que la impiden traducir su alma a V. R., como lo desea, y Dios nuestro Señor le exige. Conozco perfectamente su penosa situación y quisiera facilitarle los medios para salir de su triste y abatido estado, y colocarla en Dios, que es su centro. El medio es V. R.; o sea, que V. R. deje a un lado la justicia y, revestido de las entrañas de misericordia y de los sentimientos de caridad que Dios nuestro Señor abriga hacia ella, salve el espacio que de la misma le separa, inculcando en ella la *confianza com-*

[4] La enferma a la que se refiere es Sor María Encarnación, que falleció el 29 de Enero de 1919. Véase «Cartas de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu a Sor Visitación Prendes y testimonio de la hermana de ésta sobre la misma sierva de Dios» (*Scriptorium Victoriense,* XXXIV [1987], págs. 187-209). Sor María Encarnación era hermana de Sor Felipa de Santa Teresa, Concepcionista en el convento de Avila, con quien la M. Sorazu mantuvo correspondencia epistolar. Véase «Correspondencia epistolar de la sierva de Dios M. Angeles Sorazu con Sor Felipa de Santa Teresa» (*Scriptorium Victoriense,* XXXIII [1986], págs. 184-218). Sor Felipa y Sor María Encarnación eran leonesas, hermanas entre sí; la primera era religiosa Concepcionista en Avila y la segunda en Valladolid.

pleta filial que necesita para exteriorizar su conciencia tal como ella la ve, y, con cariño paternal, requerirla para dicha manifestación. No a todas las almas conviene el trato severo o semisevero, ni el retraimiento, sino que hay que requerirlas para que se exterioricen, y revelarse a ellas como padre cariñoso, el ser más allegado a ellas después de Dios. Sólo así se las gana.

Ya lo sabe, Padre mío, porque tampoco se gana a esta alma por otro medio. Recuerde la historia del Pastor divino, que dejó las noventa y nueve ovejas para buscar a la extraviada, y no esperó a que ésta salvase el abismo que los separaba. Haga lo mismo, Padre mío, y salve esa hija que reclama la Providencia y Misericordia divina en la persona de V. R.; pero hágalo pronto, y de la manera que a ella menos le cueste. No repare en exteriorizar el celo y afecto que por ella siente, y asegúrele que, en adelante, la amará como si fuera ella sola, y cuidará de su alma como la niña de sus ojos. Esto, lejos de desagradar a Dios, le será gratísimo, porque se impone en las circunstancias actuales.

Hoy mismo la escribiré, y le diré que he escrito a V. R., y que me constituyo intermediaria para facilitarle la confesión que anhela y no puede, para que no le suceda lo que ayer. ¿No podría ir mañana V. R. a confesarla? Entiendo que ella se alegraría y animaría mucho si viera en V. R. esta prueba de amor y celo paternales. Hágalo por amor de Jesús, que le hizo su digno Ministro, y le requiere por mi medio para que le sustituya en el santo tribunal de la Penitencia, o en su misión redentora, a favor de esa alma querida, que vale tanto como su vida y sangre divinas. Siento por ella sumo interés y me inspira mucha compasión, porque conozco por experiencia su penosa situación.

Ya sabrá que nuestra enferma falleció el miércoles. Yo todavía no he empezado a escribir, por razones que le diré otro día, de las cuales la primera y principal es que no estoy en mi centro; lo que prueba que también soy de las ovejas

extraviadas, que esperan los brazos del Pastor para salir del zarzal y salvar el abismo. Bendígame y ruegue por mí. De V. R. humilde hija, que le ama mucho y b. s. m.

Sor Angeles.»

[689] «Valladolid, 22-2-19.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Muy venerado y amado Padre:

Después de saludarle con cariño y respeto filiales, postrada a sus pies espero que me bendiga.

Celebro la mejoría de X, y pido a mi Dios que le ponga bien pronto, si conviene a su gloria. Desde ayer sigo a la Comunidad en todo, pero a ratos me siento mal de la cabeza; hoy peor que ayer, la noche peor también. Tal vez sea efecto del tiempo, porque estoy reñida con la oscuridad, humedad y tierra; o sea, con el elemento del agua y tierra, singularmente con las tinieblas. Sólo me viene bien el aire y el fuego. Se conoce que el cuerpo participa las cualidades del alma, porque me ocurre lo propio con la suciedad, que la persigo de muerte, y más de una vez he rodeado todo el Convento por no pasar por sitios empolvados. Ni un solo día dejo de barrer la celda *a conciencia.* Lo mismo es mi alma. Tendré que esperar, pues, a que se aclare el tiempo, y vengan los días radiantes, para ponerme bien.

Ayer cumplí quince años en el cargo de Abadesa. Hoy a las diez y media de la noche cumpliré 46 de nacimiento, y mañana de bautismo. El triduo fue siempre colmado de bendiciones para mi alma, menos el presente año, que me encuentro *no muy mal con Dios,* pero sí atribulada. Ayer, al anochecer, tuve un momento desesperante, pero fue servido nuestro Señor aliviarme por medio de la resignación que me concede en su Santísima Voluntad; o sea, la reflexión —a la parte inferior— de mi resignación en el divino querer, sea cualquiera la suerte que me espera en la eternidad. La tribulación obedece a la firme convic-

ción de que he ofendido a mi Dios en la dirección que he tenido desde el año 1907 u 8, porque no es voluntad de Dios que tenga Director.

[690] Por esto —porque he vivido fuera de la voluntad de Dios— que ha permitido nuestro Señor los grandes sufrimientos que he tenido en todas las direcciones, y que los Directores me obliguen a escribir; lo cual me perjudica muchísimo para el cuerpo y el alma, y también perjudica a la Comunidad, porque sería más útil a las religiosas si no me dedicara a escribir. Que debí consagrar mi vida a la oración y al cumplimiento de los deberes de cargo, *nada más;* y que todo lo que hice y hago fuera de esto ofende a Dios, y me perjudica, y con ello he acumulado leña para el purgatorio. He aquí el fruto que he sacado de mis sacrificios obedienciales. Que las comunicaciones o favores sobrenaturales que pienso me ha concedido Dios por medio de los Directores son ilusiones diabólicas; y, en fin, que mi vida es un desorden completo. Por todo esto, y por el desamparo cada vez mayor que experimento en mis relaciones mediatas con Dios desde Noviembre, se impone la necesidad de dejar la dirección y quedarme sola con Dios. Que esto me conviene, y hasta estoy obligada en conciencia a ponerlo por obra, y que, si no lo hago, cada día me alejaré más de mi centro y de la santidad.

Estas ideas no son pasajeras, sino un convencimiento casi habitual, y puede figurarse lo desesperada que es mi situación. Y a la verdad que se necesita haber perdido el corazón, y poseer una resignación *extra, extra,* para soportar pacientemente tal pérdida de bienes y cúmulos de males. Si le parece bien, mándeme la dirección del P. Arintero y le consultaré el caso, aunque me cuesta mucho escribir. Y pida, Padre mío, a nuestro Señor que solucione mi situación, porque es triste y violento vivir así.

[691] No recuerdo si le dije —creo que sí— que le había mandado al P. Andrés [Ocerin Jáuregui] copias de varios capítulos de *La Acción de Dios* («La Vida Espi-

ritual»), con orden [de que] a su vez se los envíe al señor Obispo Cartujo. El P. Andrés visitó al Cartujo, aprovechando la oportunidad de los ejercicios que dirigió a las Franciscanas de Zaragoza en la primera quincena de los corrientes, y dio los papeles al interesado, que me acusa recibo en su adjunta [5]. Hoy mando a la M. X. una colección de «Divinas Pastoras» y «A Jesús por María», como contestación a las innumerables cartas que debo a las religiosas de su Comunidad, ya que no puedo contestar a ellas de otro modo, porque me falta tiempo aun para leerlas. La digo que puede dejarlo al P. Andrés para leerlo, quien se encuentra en Logroño y en dicha Comunidad actualmente, predicando los santos ejercicios.

La M. Vicaria tiene una hermana en las Concepcionistas de Avila, y nuestra última difunta otra hermana, alma muy de Dios y que me ama cordialísimamente. Con motivo de los recordatorios de la M. Vicaria y unos cuadernos del uso de la difunta, que tuve que enviar por correo a las dos hermanas, les mandé varias alegorías de la Divina Pastora y copias de varios capítulos de *La Acción de Dios* [6], en atención a las dos hermanas que aquí tienen, quienes me requirieron, etc., y para corresponder a las atenciones que dicha Comunidad tiene con servidora. Adjunto las cartas en las que me acusan recibo. Sor X. es la hermana de la M. Vicaria. Esta está leyendo con entusiasmo *La Acción de Dios.* Me dice que Dios nuestro Señor le da luz para conocer cuándo y dónde recibí las comunicaciones que contiene, y que en dicha obra me ve retratada, incluso el *apéndice,* que fue lo primero que leyó. No es

[5] Se refiere al Excmo. Sr. Obispo Juvencio —alias Agustín— Hospital O. S. A., que pasó a Cartujo y fue Prior de Zaragoza y de Burgos. También con él mantuvo correspondencia la sierva de Dios, pues en el convento de M. Sorazu tenía él una prima (Sor Natividad de la Puebla).

[6] *La Acción de Dios.* Es otro título de su libro *La Vida Espiritual,* etc.

extraño, porque ingresó poco después de mi profesión y nos conocemos mutuamente [7].

Bendiga a su humilde hija, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

NOTA [DEL P. ALFONSO]: Esta carta la recibí fuera de Valladolid por estar reponiéndome de mi salud.

Le contesté y di la autorización y la dirección del P. Arintero para que le consultara; pero no lo hizo, porque, como ella misma dice en una de sus cartas, aun cuando le dieran una solución favorable a que dejara la dirección, no se aquietaría.

[692] «Valladolid, 1-3-19.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre:

Después de saludarle con amor y respeto filiales, postrada a sus pies espero que me bendiga.

A su debido tiempo recibí la paternal de V. R., que agradecí; pero no me convirtió más que en parte. El argumento es fuerte, y ante él hube de rendirme y resignarme en la voluntad de Dios con relación a mi vocación o trabajo escriturario. Momentos antes de recibir su carta, parecíame ver en Dios dos personas idénticas, o que se confunden; de las cuales, una me atrae o lleva a sí para que participe su vida divina, y la otra, como a través de la primera, me llama y arrastra al trabajo escriturario, o sea, a imprimir en el papel lo que recibo, o la vida divina que participaré si respondo al primer llamamiento; y bebo la vida divina en la Primera Persona, o sea, en Dios, que en

[7] Se refiere a Sor Concepción —en el siglo Agueda— Prendes, asturiana, que ingresó en la Concepción de Valladolid poco después que Sor Angeles. Es autora de uno de los testimonios más hermosos acerca de la sierva de Dios. Véase el artículo antes citado de *Scriptorium Victoriense* (1987). Murió en 1939.

primer lugar me llama a su intimidad, cuyo llamamiento se presenta como primera fase o persona. No sé si me explico, pero creo que ya me entenderá. Veo claro que no podré librarme del trabajo escriturario, mas ignoro si es o no voluntad de Dios —que continúa dirigiéndome con sus Ministros—, porque estoy más inclinada a la soledad y aislamiento. Además, continúa el desamparo en mis relaciones mediatas con Dios; no le hallo en las palabras de V. R., como solía, lo cual me desespera, y esto gravita mi inclinación a la soledad. Estoy, pues, luchando sobre esto.

Escribí al P. Arintero después de una fuerte lucha que sostuve, porque pensaba que era inútil consultar lo que no quiero, y que me conviene dejar la dirección sin decir nada a nadie, y que no le creeré aunque me conteste; lo que deseo, porque no tengo fe en él, ni en ninguno, etc., etc. No me ha contestado todavía.

Ya ve, Padre mío, cómo estoy, y que se cumple lo que dije a V. R., o sea, que las ausencias del Director nunca fueron útiles a mi alma, sino perjudiciales siempre. ¡Si llegara para mí otra conversión, como llegó para la M. X.! Esta pasó un mes rebelde, aferrada en las ideas tétricas que la dominaban, sin querer ir a Dios, como yo le aconsejé, padeciendo y medio desesperada; pero, según la carta última que acompaño, se ha arrepentido. ¿No habrá para mí otra conversión? Bien quisiera, porque así no puedo vivir. Dígame, por favor, qué debo hacer para recogerme y responder al primer llamamiento de Dios, para después secundar los designios de la segunda Persona o vocación que experimento en mis relaciones con el mismo Dios, escribiendo lo que siento.

[693] Las religiosas de Santa Clara de esta Ciudad me pidieron informes acerca del voto que hicimos el 15 de Diciembre en honor de la Virgen, para hacer ellas lo mismo hoy. Junto con el Acta les envié las alegorías de la Divina Pastora, para que se enfervoricen con su lectura. No quería mandárselo, pero no pude resistir al impulso

de caridad que me obliga a esto. Así se confirmará V. R. en su criterio, y tiene un motivo más para taparme la boca diciendo que soy la primera en apoyar su modo de pensar. Yo siempre fatua, porque no hago más que dar contra mí misma. No soy más extensa porque estoy mal. Son las cuatro de la tarde y me voy a acostar en este momento.

Bendiga a su humilde y reconocida hija, que mucho le ama y venera en Dios.

Sor Angeles»

[694] NOTA [DEL P. ALFONSO]: No habiendo sido revisados sus escritos por la autoridad competente, y no olvidando la responsabilidad que sobre mí recaía [con] su divulgación, repetidas veces le manifesté el cuidado con que había que andar en dar a leer dichos escritos; pero el deseo de hacer que los demás fueran como ella, y sus corazones se caldearan en el amor de Dios y de la Virgen como el suyo estaba caldeado, no entendía de censuras, y, no pudiendo resistir el impulso de caridad que la abrasaba, cuando menos lo pensaba me decía que había dado alguno a algunas religiosas.

Dice que no puede ser más extensa porque está mal. Sin embargo, la carta no peca de laconismo. ¿Qué hubiera sido si su salud fuera robusta?

En los días en que me escribió esta carta me era imposible salir de casa por estar enfermo. Esta y no otra era la causa de mi alejamiento.

[695] «Mi amado Padre:

Se me olvidó decirle que tuve carta del señor Obispo de Cauna, quien manifiesta vivísimo interés por enterarse de mi vida íntima [8]. Yo siento un impulso fuerte y constante que me obliga imperiosamente a remitirle la relación de mi vida, y veo claramente que en ello será Jesús glori-

[8] *Sr. Obispo de Cauna.* Se refiere al Obispo Cartujo, de quien antes se ha hablado.

ficado, porque le aprovechará su lectura. ¿Quiere que se la envíe? No acompaño más que un pliego de la carta de dicho Señor, por guardar los secretos que me confía en lo que sigue a continuación.

También se me olvidó pedirle permiso para escribir varias cartas, una a un P. de la Orden, las demás a religiosas de distintos Conventos; pero no son como las dos que escribí al señor Obispo, quiero decir que no seré tan sincera o transparente con ellas.

Bendiga a su reconocida hija, que mucho le ama y venera en Dios y su m. b.

Sor Angeles.»

P. D.: Por la M. Abadesa de las Concepcionistas de Logroño puse en conocimiento del P. Mariano —mi antiguo Director— que me dirijo con V. R., para que me encomiende a Dios y [me] porte bien. Dios lo quiera. Del 15 al 25 de Marzo acostumbro emplear varias horas en la meditación de las virtudes de la Virgen, beneficio de la Encarnación, etc.; ¿me permite hacer lo mismo este año? Continúo con los temores. Caso que sea voluntad de Dios que yo escriba, le agradeceré que me deje libre por ahora hasta la Dominica in Albis. Después escribiré.»

[696] «Valladolid, 13-4-1919.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre en Cristo: Después de saludarle con respetuoso cariño, postrada a sus pies espero que me bendiga.

Me alegro de la mejoría, y celebraré que continúe el alivio y se restablezca pronto y bien. Yo estoy bien, gracias a Dios. Hoy he empezado a seguir el horario común, y espero en nuestro Señor que me concederá la salud para asistir a todos los actos de Comunidad en esta Semana Santa, y edificar y consolar a las religiosas, que lamentan la ausencia de la Superiora. ¿Ayunaré esta semana? ¿Tomaré disciplina durante el tiempo que empleo en recordar

la historia de la Pasión, cuarenta o sesenta minutos todos los días? Puedo hacerlo sin perjuicio de la salud. Por no molestar a V. R., he luchado con el deseo de seguir el horario que me señaló el año pasado y el temor de desagradar a nuestro Señor con mi penitencia, si la practico sin permiso de V. R.; por esto le escribo, y le agradeceré que me conteste aunque sea brevemente. Dios se lo pagará.

De V. R. humilde y reconocida hija, que le ama mucho en Dios y le recuerda con sufrimiento resignado,

Sor Angeles.»

[697] «Viva Jesús.

R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Dios nos dé su santa paz.

Acompaño las licencias para dar los ejercicios. Desde ayer estoy sufriendo un desamparo horroroso. A ratos me parece insoportable, desesperante. Parece que estoy en agonía. No sé cómo no he llamado la atención con un llanto superior. Lo advertí en el momento que salí del confesonario, pero debió comprenderme mientras asistía al Sto. Sacrificio, pues ya me sentía trabajada por la corriente dolorosa. Esta, aunque procede de Dios, no me aflige directamente, sino por medio de V. R. Creo que me afligiría menos si la recibiera de Dios directamente. De todos modos, estoy contenta con que se cumpla en mí la divina voluntad. La naturaleza rechaza la horrorosa soledad, y no hace más que repetir: "¡Horror, horror!", y hasta quiere buscar el medio de sustraerse a la dolorosa influencia; pero el espíritu lo acepta con resignación y hasta con gusto.

De V. R. humilde hija en Cristo, q. b. s. m. y pide la bendición.

Sor Angeles.»

[698] «Viva Jesús.

Mi venerado Padre:

Ya está dentro la postulante, y se encuentra tranquila. Puede venir mañana a inaugurar los santos ejercicios, como desea.

Esté tranquilo, que no volveré a dar los escritos a las religiosas para el copiador. Los originales quedaron estropeados, lo cual ha disgustado a las religiosas encargadas de sacar las copias, y creo que por esta sola razón desistirán de su empeño, aunque no hubiera otras más poderosas. Perdóneme, si es que le he disgustado, que no lo volveré a hacer.

Hace más de ocho días que volví a las andadas, y estoy dando coces contra la penosa obediencia que sobre mí pesa. Abrigo la esperanza de que Dios nuestro Señor me librará de esta carga, y que V. R. mismo me mandará dejarlo, porque se persuadirá de mi insuficiencia y de que no estoy llamada a escribir. Dios lo quiera, y que se cumpla cuanto antes.

Hace tres días que no sigo a la Comunidad más que algunas horas. Estoy peor de salud, pero quizá se me pasará pronto y podré asistir a todo durante los ejercicios.

Bendiga a su humilde y reconocida hija, que le ama mucho en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

P. D.: Hoy he contestado a las dos cartas que entregó V. R. a la demandadera. Brevemente, porque no me permitían mi salud y ocupaciones ser más extensa. Antes de comenzar los ejercicios quisiera contestar a la carta última que me escribió el P. Arintero a mediados de Abril, en la que me decía que dijera mi concepto sobre la hojita *Hora santa mariana,* que me mandó. Consultar mis luchas y sufrimientos relativos al trabajo escriturario no pienso hacerlo con ninguno, porque no tengo fe, y porque me quedaría en el mismo estado de lucha. Si es servido Dios nuestro Señor consolarme, lo hará por otro medio.»

[699] NOTA [DEL P. ALFONSO]: Creyendo algunas religiosas que me iban a dar una grata sorpresa, me enseñaron unas copias que habían hecho de ciertos escritos que habían hecho de la Madre, sin pensar que aquella obra me había

de desagradar, aun cuando ellas ponderaran —como ponderaron— la necesidad de hacer dichas copias para tener facsímiles de los escritos de la Madre. Disimulé cuanto me fue posible; pero, como los escritos eran acerca de materias trascendentales, no habían sido revisados por competente autoridad y sobre mí recaía no pequeña responsabilidad de su divulgación, callé y me fui al confesonario, que era a lo que había ido, y le hice ver a la Madre la necesidad que había de suspender aquella tarea, y prohibí se hicieran nuevas copias. Por esto dice en su carta que esté tranquilo, que no volverá a dar los escritos a las religiosas para el copiador.—*A. Vega.*

[700] «J. h. s.

Mi amado Padre:

Cuando venga a confesarme, haga la caridad de traer la nota o diario que le mandé últimamente. Tengo que rectificar una confusión en la fecha del día, y de paso anotaré en él lo de estos días. Esta tarde he empleado un rato largo con una religiosa, y ya no tengo ganas de escribir. Ya me dispensará, en reverencia de la Santísima Trinidad, ya que celebramos su fiesta, que lo es también mía. También me hace falta la última hoja del capítulo 4 ó 5 —no recuerdo—, el final del primer período de purgación creo que es, aunque no recuerdo bien; pero esto no corre prisa, porque es para añadir algo que se me olvidó, y puedo hacerlo después que se termine. Excuso decirle que me alegré mucho cuando supe que viene V. R. a confesarnos, de extraordinario. Yo no iré hasta que me llame V. R. Acostumbro ir la última, pero ahora, si tarda V. R. más de un día en confesar a la Comunidad, no podré esperar tanto..., sería un ayuno demasiado riguroso... Ya me comprende, Padre mío. Dios nuestro Señor y nuestra Madre Santísima le paguen todo lo que hace por esta pobre hija, que mucho le ama y venera en los mismos y le pide la bendición.

Sor Angeles.»

[701] «Valladolid, 13 de Julio de 1919

M. R. P. Alfonso A. Vega

Mi venerado y amado Padre: Después de saludarle afectuosamente, postrada a sus pies, espero que me bendiga.

El día que me confesé con V. R. la última vez, o el siguiente, alguien me dijo interiormente que V. R. se había retirado de mí para mucho tiempo. Como contraría a mi naturaleza y amor propio, me costó trabajo creerlo, tanto que le estuve esperando diariamente por espacio de cuatro semanas, hasta el viernes pasado, a pesar de entender que no vendría. Muchas veces quise procurarme el consuelo de escribirle, comunicándole mi situación; pero me contuve, por temor de contrariar la voluntad de nuestro Señor, pensando que sería ésta quien le retiró de mí, y me resigné y abracé con el desamparo por amor a la divina Justicia, porque merezco esto y mucho más. No quiero molestarle con la relación de los trabajos padecidos y pecados cometidos durante este tiempo. Solamente le diré que he corrido tanto en dirección opuesta al camino que seguía, que lo he perdido de vista, y hasta me cuesta trabajo recordar el estado o estados en que me vi. Mas no he perdido la esperanza de encontrar el Bien perdido y recobrar mi pasada felicidad, ventajosamente quizá, porque veo en Dios nuestro Señor mucha misericordia, y que me espera.

Para tranquilizar mi conciencia, he llamado a un confesor extraordinario, con quien me confesaré mañana, si Dios quiere, haciendo uso del privilegio de la Bula; y, si me acuerdo, le pediré que me absuelva o conmute el voto de la obediencia al Director, porque he resuelto vivir sin Director, sola con Dios, perdida toda esperanza de apoyo humano. No me despido de V. R., porque no veo claro lo que Dios quiere de mí, y porque no tengo confianza con los confesores nombrados para la Comunidad, para recurrir a ellos si me veo en apuros, y no quiero pedir extraordinarios particulares. Ruege por mí, para que no me engañe el diablo aprovechando la oportunidad de la soledad, que algo

temo esta desgracia. Perdóneme tantas molestias como le he ocasionado, y, si alguna vez se acuerda de mí, le agradeceré mucho que me bendiga y ruegue a la Virgen Santísima que me ampare y sea Ella mi norte y guía, especialmente en la crisis dolorosa que veo venir, mejor dicho, pesa sobre mi pobre alma.

Me alegraré que haya descansado de las pasadas fatigas y se encuentre bien de salud. Nuestra novicia continúa en cama. No se ha levantado ningún día. Las demás bien...

Bendiga a su humilde hija, que le ama y venera y b.s.m.,

Sor Angeles.»

[702] NOTA [DEL P. ALFONSO].—Quizá creerá el lector, al ver lo que dice la Madre, que había habido algún choque o diferencia en el modo de ver y apreciar las cosas. Nada de eso. Lo único que sucedió fue que, mandado por la obediencia, tuve que salir de Valladolid a predicar, y no le dije —como otras veces— que me ausentaba. De ahí que creyera que ya no iba a volver a confesarla. Ella misma confiesa que me ausenté por causa de la predicación, cuando dice: «Celebraré que haya descansado de las pasadas fatigas». Lo que había era que, por lo mismo que pasaban ya cuatro semanas de confesarse conmigo, tenía verdaderos deseos de ello, y yo no me apuraba mucho después de mi regreso. La novicia de que aquí habla es una novicia que enfermó de tal manera que allí murió, porque ni ella quiso salir ni la Madre se determinó a mandarla para su casa contra su voluntad.

[703] «Viva Jesús.

M. R. P. Alfonso Vega.

Mi venerado y amado Padre: Dios nos dé su santa paz.

Siento mucho molestarle, pero creo es necesidad. Desde el viernes por la tarde hasta hoy seis de la mañana, he estado muy aliviada del desamparo que padecía, y completamente libre de la astuta y quizá peligrosísima sugestión contra la dirección, que acompaña al desamparo. Este ha co-

menzado a acentuarse esta mañana con la aprensión de que no puede V. R. responder a la necesidad de mi alma, para que desaparezca este desierto, vacío o soledad que experimento y que entiendo me perjudica. No obstante la aprensión, me he resignado a sufrir el desamparo en mis relaciones mediatas con Dios *toda la vida*, si fuera ésta la voluntad de Dios, ya que nuestro Señor tanto me favorece con su intimidad divina en mis relaciones directas.

Pero hace una hora que al desamparo se ha agregado la tentación o sugestión contra la dirección. Esta consiste en llamar al Sr. Obispo y exponerle mi situación. Para colmo de mis sufrimientos, veo más claro que nunca las dotes que adornan a V. R. como Director, y lo competente y útil que es para mi alma, y que es perfectamente conforme a los designios de Dios. Me siento ligada a V. R. con un lazo divino; mejor dicho, veo a mi Señor Jesucristo colocado entre V. R. y mi alma, como lazo de unión que me adhiere a V. R. en virtud —especialmente— de la obediencia que me impuso el día 21; y que, si hablo con el Obispo y éste me aconsejara dirigirme con otro, me alejaría de mi Dios Humanado, le privaría de la gloria que espera de mí y me privaría de las gracias que mi Dios ha ligado al cumplimiento de su acertado mandato, que el Señor aprueba complacido y hasta con entusiasmo. Todo esto lo veo claro, y gozo de intimidad con las tres divinas personas de la Trinidad; pero la tentación insiste, hasta el punto de que me impide el trato familiar con mi Dios querido, cuya presencia gozo. Espero, Padre mío amadísimo, que me escribirá hoy, y con su carta —que espero con ansia— me ayudará a vencer la tentación. Dios nuestro Señor se lo pagará.

Ruegue mucho por mí, Padre mío, pues está visto que el demonio me trabaja para impedir el cumplimiento de los designios de Dios y privar a mi Jesús de la gloria que espera por el instrumento indignísimo de esta nada criminal. Yo ya ruego por mi querido Padre para que mi Dios lo haga santo.

Bendiga a su atribulada y combatida hijita, que mucho le ama y venera en Dios y b. s. m.

Sor Angeles.»

[704] «Viva Jesús.

Mi venerado y amado Padre:

Gracias a Dios, esta tarde, a las dos, he empezado a aliviarme en cuanto al horroroso desamparo. Yo creo que el alivio me ha procurado mi Dios por medio de la carta que V. R. ha escrito a Sor María. Me la leyó por alto, pero yo experimenté cierta gracia o visitación divina cuando escuchaba parte de la carta, que no la recuerdo ni la entendí sino confusamente, pero lo suficiente para ver a mi Dios en V. R., y sentir un no sé qué divino que me alivió gran parte del enorme peso que me aplastaba. Ya en la confesión de ayer me alivié por el momento, pero después volvió a nublarse mi alma y he sufrido mucho. No hay sufrimiento tan grande para mi alma que la aprensión de que es inútil para mí la dirección, porque siento una soledad horrorosa, insoportable.

En cuanto a la cruz que me impuso ayer, no puedo expresar lo que me pasó, pues, en medio del asombro y de la pena que sentía, mi espíritu jubilaba de gozo, parecía que brincaba de contento, y me hacía reír sin ganas. Por otra parte, cada vez que me dirigía a Jesús y a su Madre bendita, hallaba una aceptación, acogida y aprobación entusiastas, y un no sé qué inefable. Esto continúa. Jesús se presenta en forma bellísima, como rodeado, envuelto —o no sé qué— en llama de fuego divino. No me deja preocuparme, sino que me hace ver que la cruz que me ha impuesto V. R. es gloriosa para El, honrosa para mí y que está llena de atractivos, y que es perfectamente conforme con sus designios sobre mí y mi vocación, y me requiere para que me establezca en su divina Persona Humanada y, sin salir de El, que escriba...

Debo de confesar que estas manifestaciones, lejos de quitarme la idea de mi incapacidad, me la confirman, pues

veo claro que sólo por vía de milagro puedo cumplir la obediencia. He recordado que alguien me anunció el mandato cuando escribía el último capítulo del tratado, y, en él, la influencia dolorosa que padeció Jesús después de la Transfiguración. Mil gracias por las vacaciones. Dios se lo pague. Bendígame y ruegue por mí. Yo no le olvidaré en estos días.

De V. R. amantísima hija en Jesús.

Sor Angeles.»

NOTA [DEL P. ALFONSO]: La Cruz a que aquí se refiere, que la impuse, fue que escribiera —si mal no recuerdo— sobre los misterios del Santísimo Rosario. Estando yo en Valladolid, escribió sobre el primero y segundo misterio, y después creo que no escribió más [9].

[705] «Mi amado Padre. Jesús con nosotros.

Acompaño la carta que recibí ayer del señor Sacerdote de quien hablé a V. R. en la última confesión. La anterior la destruí. De las preguntas que me hizo cuando me visitó, solas cuatro recuerdo: 1.ª, si conozco a Sor N.; 2.ª, si la he visto y la veo; 3.ª, si comunico con ella por vía sobrenatural o por medio de los ángeles; 4.ª, si es verdad que, en una visión, nuestros santos Patriarcas Domingo y Francisco nos ofrecieron a Dios como víctimas, etc., y que ella se entregó inmediatamente, y servidora se entretuvo en actos de humildad, etc.

A la 1.ª contesté diciendo que de referencia. A la 2.ª, 3.ª y 4.ª di respuestas evasivas, añadiendo que no soy del número de las almas que él admira, y que mi camino es oculto y sencillo.

[706] Siento mucho que me pregunten sobre lo que entiendo o pudiera entender por vía sobrenatural con rela-

[9] Dos *Mensajes* sobre el Rosario figuran en la compilación titulada *Opúsculos Marianos,* pág. 184 y sigs.

ción a otras almas —santas o pecadoras— porque estoy persuadida que nada hay tan delicado como esto en materia de revelaciones, aparte de que yo no puedo hablar de estas cosas con persona extraña —y para mí lo son todos fuera de mi Padre espiritual—, ni quiere Dios que mi alma tenga las confidencias y expansiones que pide o permite que tengan otras. Esto lo he visto siempre muy claro, y, para franquearme con un extraño, sería necesario que V. R. me lo ordenase para su mayor seguridad u otro motivo razonable. El buen Señor piensa que mi actitud reservada obedeció a la presencia de la M. Vicaria; pero no es así, pues, si la llevé conmigo, fue porque presentí lo que me esperaba en el locutorio.

Sufro cuando veo a los Ministros de Dios tan crédulos y amigos de saber las cosas por camino sobrenatural, y que se conviertan en simples dirigidos, estando llamados a dirigir. Quisiera que ninguna alma tuviera tanta intimidad con nuestro Señor como los Sacerdotes, y, si para ello fuese menester que me quedase en perpetuas tinieblas y privada de la familiaridad con Dios, creo que consentiría en ello gustosa, en obsequio a los Ministros del Señor [10].

Hoy, a las diez de la mañana, esperamos a un Padre Franciscano, que supongo estará aquí todo el día. Es un Padre que aprecia mucho a la Comunidad, y, como a la menor y peor de todas aprecia singularmente a servidora, suele pasar un rato conmigo sola. Por esta razón, aunque yo nada tengo que hablar con él, si piensa V. R. venir esta tarde, me alegraría que lo dejase para mañana. Bendiga a su humilde hija.

Sor Angeles.»

[10] Otro bello testimonio de la estima en que tenía la sierva de Dios a los sacerdotes por razón de su ministerio sagrado.

[707] «Valladolid, 1 de Agosto de 1919.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amado Padre: Después de saludarle respetuosamente, postrada a sus pies, espero que me bendiga.

Celebraré que al recibo de la presente se encuentre mejor de salud. Ya supondrá que el principal objeto de ésta es felicitarle su fiesta onomástica, la que deseo lo pase felizmente al lado de esas fervorosas monjitas. Mis pobres oraciones están a su disposición. Aunque fría y extraviada, procuraré avalorar mis humildes plegarias con la intercesión todopoderosa de mi incomparable Madre y patrona, para que Dios nuestro Señor le prodigue sus gracias de predilección en el día de mañana, le hagan muy suyo y por añadidura le concedan la salud [11]. Como felicitación le envío una de mis concepciones, consagrada como todas al honor de la Reina y Madre de mi corazón. Por si quiere obsequiar con una a esas sus hijitas, les envío dos ejemplares, que, aunque son pobres, creo que gustarán a las religiosas, porque están sacadas para ellas. No las he dorado, para que no me tache de derrochadora. La celda está como la tiene servidora. El misterio que representa es mi vida, pues, en medio del extravío que padezco, amo a mi excelsa Madre, y en su seno contemplo a mi Dios Humanado, y le invoco [12].

Estoy como el día que me confesé con V. R. Verdad es que no he puesto de mi parte lo que me pide la gracia para volver a mi centro, a pesar de la influencia que ejercen en mi alma los consejos de V. R.; así que la culpa es mía, no de nuestro Señor, quien para mí es tan Padre como siempre. A las tres Personas divinas, a la Virgen, a los Angeles y Santos representados en la estampa, les enco-

[11] San Alfonso María de Ligorio y Santa María de los Angeles o Porciúncula —1 y 2 de Agosto— eran los onomásticos de director y dirigida.

[12] Se refiere, sin duda, a algún dibujo o pintura realizado por la misma sierva de Dios.

miendo mis necesidades, para que se lo cuenten a V. R. y le indiquen los medios que debe emplear para convertirme, pues no dudo que todos lo desean como íntimos y queridos míos que son, y Protectores.

Que todos le feliciten en mi nombre, y le concedan las gracias que pide y desea y necesita para su santificación y para el fructuoso desempeño de su sagrado ministerio.

Mi afectuoso saludo a esas queridas hermanas, y que todas rueguen mucho por esta oveja extraviada, para que vuelva cuanto antes al redil. V. R., Padre mío, no se olvide de la última de sus hijas, que en Dios le ama mucho y espera su bendición.

Sor Angeles.»

NOTA [DEL P. ALFONSO]: Esta carta la recibí en Medina del Campo, adonde había ido para reponerme algún tanto —pues andaba algo decaído— y para dar los ejercicios espirituales a las Dominicas de aquella población.

[708] «Valladolid, Agosto 16, 1919.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Hoy guardo cama, con el fin de sudar cuanto sea necesario para aliviar la fiebre y empezar mañana a tomar baños para cortar el sudor; de lo contrario, tendré que sufrirlo otro trimestre. Así se cortó el sudor en Junio, bañándome a las cuatro de la mañana durante dos semanas. Mientras no se corta el sudor, quiero saber si podré usar camisa de lienzo debajo de la túnica, que es de estameña basta, especie de sayal, igual que el santo Hábito. No tengo más que dos túnicas, y como cuesta lavarlas por ser piezas grandes y además se deterioran, pienso que será razón suficiente para usar la camisa mientras tengo que mudarme todos los días o con más frecuencia; pero no me atrevo a hacerlo sin permiso estando levantada. En la cama, hasta ayer, he dormido con la túnica y el hábito de dormir porque no sudaba. Anoche tuve que usar la

camisa porque me había mudado de túnica ayer al mediodía, y la tenía mojada. Mi cuerpo es un carbón encendido, todo lo contrario de la temporada anterior, que estaba fría como el mármol; tanto que, cuando alguna religiosa me aplicaba la mano a la espalda, etc., me producía el efecto que si me aplicasen una plancha ardiente.

Por lo demás me encuentro bien, resuelta a obedecerle, si nuestro Señor me ayuda. Digo esto porque me siento incapaz de escribir cosa de provecho, como si nunca hubiera escrito ni entendido nada relacionado con esto. Pero espero que Dios hará un milagro, si es voluntad suya que escriba...

Bendiga a su humilde hija, que le ama en Jesús.

Sor Angeles.»

[709] «*Viva Jesús, viva María.*

Valladolid, 17 de Agosto de 1919.

Mi venerado y amado Padre: El Señor nos conceda su gracia y paz divinas.

Estoy mejor, limpia de fiebre, y más fría que caliente desde las cuatro de la mañana. Sea Dios bendito.

Empecé el día como de costumbre, con una mirada amorosa a la Virgen, a quien me entregué toda, y, por su medio, a las tres divinas Personas. Cumplí mis obligaciones lo mejor que pude, y en la primera hora libre recordé cuanto escuché de sus labios la última vez que me confesé con V. R., deseando cumplir sus órdenes. Dirigiéndome a la Madre y Reina de mi corazón la decía:

"Madre mía Purísima, el Padre me requiere para que te imite en tu obediencia y perfecta resignación a la voluntad de Dios, para que repita como tú y contigo: 'He aquí la esclava del Señor, etc.' Me dijo que el alma que se adhiere a la voluntad de Dios es como un cristal que refleja los rayos de su omnipotencia, etc. Quiero ser esta alma y cumplir su doble mandato. Mas ayúdame, Madre mía; sé tú conmigo, porque me siento incapaz de hacer

lo que me ordena, y trabajada por mi inclinación al místico reposo y completa abstracción de ocupaciones exteriores. Verdad es que la doble obediencia preséntase a mi vista como doble horizonte de luz divina, rodeada de un no sé qué inefable que me subyuga, y su cumplimiento se impone a mi alma como medio requerido por la divina Misericordia para concederme el inestimable favor de mi perfecta transformación en tu divino Hijo, mi Dios Humanado; pero también me siento trabajada en sentido contrario, y hasta amenazada con la condenación eterna si consagro mi vida al trabajo escriturario, y, ante la posibilidad de tamaña desgracia, busca mi alma el medio de sustraerse a la obediencia. Ayúdame, Madre mía, que quiero saltar por encima de todo para asemejarme a ti en tu perfecta conformidad con el divino querer, que no dudo lo *sea la doble obediencia que pesa sobre mí."*

[710] En estos coloquios sentía algo inefable; pero sacrifiqué mi consuelo y reposo espiritual por atender a dos almas que reclamaban mis cuidados, y no pude disponer de tiempo para mis ejercicios hasta las tres de la tarde. Pensaba recordar la historia de los santos ejercicios del presente año —acostumbro hacerlo con frecuencia— como preparación para empezar a obedecer; pero se me ocurrió leer antes un capítulo o párrafo —lo que fuera— de la exposición de los Cantares del P. Arintero. Abrí el libro, y, a la primera o segunda página, me encontré con que el alma, en las palabras *Béseme con el beso de su boca* [13], pide la infusión del divino Espíritu, y que esta Persona divina la instruya, sea su Maestro, porque no le satisfacen intermediarios. Recordé que, animada de los sentimientos que el libro indica, el año 1913 le pedía a nuestro Señor lo contrario del pueblo hebreo, o sea: *Háblame tú, Señor; no me hable Moisés,* etc. [14]; repitióse la tentación de aban-

[13] *Cant* 1, 1.
[14] Cf. *Ex* 20, 19.

donar la dirección, creció la aversión al trabajo escriturario, y se acentuó la convicción de que fue inspiración de Dios el deseo de absoluta soledad, que me trabajó en 1913 [15], y que, por no secundar dicha inspiración, he perdido innumerables tesoros de gracia y comunicaciones divina. *[711]* Con esta tentación, a las 4 y 1/2 empecé a cumplir mi propósito de recordar mi historia íntima durante los ejercicios del presente año. Recordé los sentimientos que abrigaba cuando los comencé; cómo di principio a los mismos, fija mi amorosa mirada en Dios, suplicándole se comunicase a mi alma, etc. Iba a añadir: "A pesar de mis buenas disposiciones, ¡qué poco fruto saqué!, ¡qué mal me encuentro!" Mas no pude decirlo, porque se impuso a mi alma la memoria de las comunicaciones divinas que tuvieron lugar, y presentóse a mi vista intelectual Dios Padre en forma parecida a la descripción que hace San Juan de la Virgen cuando dice: *La mujer estaba preñada y daba voces,* etc. [16] Preséntase Dios Padre en un grito amoroso, ansioso y divinamente necesitado a exteriorizar la Generación y Procesión, comunicando a los mortales el Verbo y el Espíritu Santo que posee en su seno. Entendí que servidora está llamada, en primer lugar, a la participación de las divinas Personas, y en grado más alto que las demás; que el medio de corresponder al llamamiento es el trabajo escriturario que me impuso, porque, para cumplir mi misión, se verá Dios obligado a comunicarme noticias divinas, peregrinas, del Verbo y del Espíritu, noticias que entrañan su vida divina, etc., etc. Esto cambió mi situación; pero la tentación contraria no desaparece por completo, sino que

[15] «El deseo de absoluta soledad que me trabajó en 1913». En Octubre de 1913, por orden de la Curia Arzobispal, la M. Sorazu se ve obligada a dejar la dirección de su «Padre verdad», el P. Mariano de Vega, Capuchino. En el período inmediato se decidió a vivir sola, sin director, pero pocos años después vuelve a sentir la necesidad de confiarse a los representantes de la Iglesia, es decir, a los Ministros del Señor.

[16] *Ap* 12, 2.

me rodea como muro, y estoy persuadida que volverá a reproducirse cuando menos lo piense.

[712] Muchas cosas quisiera decirle, pero me falta tiempo. Creo que la presente suplirá la carta de conciencia, porque lo esencial ya se lo he dicho. Pienso que la obediencia que me impone es muy de Dios o muy del diablo, pues no se explica de otro modo esta lucha tan horrorosa y continua que padezco: la tentación de soledad se presenta como medio para conseguir la perfección más alta; la obediencia, como medio de identificación más perfecta con Jesús y María, y, por consiguiente, el *summum* de la perfección. Cada una me trabaja en sentido inverso, y se impone a mi alma como asunto de capital importancia, y me hace ver que, si desatiendo su requerimiento, perderé infinitos tesoros de gracia. Por eso, Padre mío, quisiera yo que V. R. se asegure bien cuál de los requerimientos procede de Dios, pues importa tanto a mi pobre alma, que no puedo hacer o desatender sin grave perjuicio.

Bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

CAPITULO VI

Prepara la M. Angeles la publicación de sus escritos. Nuestra correspondencia [1]

RESUMEN: *Primera carta de la M. Angeles al P. Nazario Pérez.—Razón de publicarla.—Texto íntegro de ella, en que le encomienda la publicación de* La Vida Espiritual, *y le refiere la ocasión de hacerlo y las dificultades que ha tenido.—Noticias de otras cartas.—Envía también al P. Nazario la* Autobiografía.*—Fragmentos de la gran carta del 16 de Noviembre sobre la profecía mariana del Beato Montfort, la influencia de la Virgen Santísima en la vida espiritual, alejamiento de los demonios por virtud de nuestra Señora, etc.—Orden de publicar los Mensajes.—Proyectos de pu-*

[1] La correspondencia de la sierva de Dios con el P. Nazario Pérez S. J. la publicamos en *Scriptorium Victoriense* (1984), 121-181.

blicación de La Vida Espiritual *y* La Ovejita.—*Termina la dirección del P. Alfonso.—Vive sin Director algún tiempo y destruye algunos escritos.—Testimonio del P. Alfonso sobre la vida espiritual de la M. Angeles en esta época (1918-20).*

[713] En Octubre de 1919 nos sorprendió la primera carta de la M. Angeles, a quien no teníamos el gusto de conocer ni habíamos tenido con ella relación alguna. Mucho hemos dudado si publicar o no esta carta íntegra, por temor de que parezca excesivamente honrosa para nosotros; mas, como ya el P. Arintero ha descubierto el secreto que con ella pudiéramos encubrir y que por otro camino ha llegado a su noticia, y, por otra parte, es necesario justificar la conducta de la Sierva de Dios en sus relaciones con nosotros —que algún día pudieran dar ocasión a que se sospechara en ella alguna falta de obediencia a sus directores y de pobreza religiosa—, tenemos por necesario publicar este y otros documentos, esperando que el discreto lector no se extrañará de que la Santísima Virgen eche mano para una empresa de su gloria de quien por oficio está dedicado a servirla, sin que esto suponga otro mérito alguno ni pruebe otra cosa que la gratitud de la Reina de los Angeles con cualquiera que se dedique a propagar sus glorias.

«Octubre, 29, 1919.

M. R. P. Nazario Pérez.

Mi venerado y amado Padre: Nuestros Soberanos Amores Jesús y María reinen en nuestros corazones.

Ya es tiempo que comunique a V. R. mis luchas, para que solucione el asunto que me preocupa.

Es el caso que el año pasado escribió servidora un tratado sobre la vida espiritual por orden de mi Director, el cual, más que tratado, creo es la historia de mis relaciones sobrenaturales. Empecé a escribirlo a principios de Mayo y lo terminé a mediados de Noviembre.

Posteriormente, en Enero y Febrero del presente año, es-

cribí otras cositas sobre la intervención de la Santísima Virgen en las almas. Varias veces mi Director me ha significado la utilidad que reportará la publicación de dichos escritos, y últimamente, el 7 de los corrientes, me ordenó que mande imprimir a los Padres Franciscanos de la Provincia que me inspiran más confianza [2]. Le dije que lo pensaría, y, pasados diez días, enterado de que no había dado ningún paso en este asunto, me apremió para que pusiera en ejecución su mandato sin demora. Quería obedecerle, y con esta resolución salí del confesonario; mas he aquí lo que me ocurre.

[714] El año 1913 ó 14 —no lo recuerdo bien— un Sacerdote de "María Reina de los Corazones" regaló a esta Comunidad la *Vida Mariana,* que escribió V. R., libro que responde perfectamente a nuestra vocación, cuyas enseñanzas practicábamos ya todas las religiosas de esta santa casa; tanto, que creyeron varias que era la historia de nuestras relaciones marianas escrita por servidora. Nunca hasta entonces habíamos oído hablar de la vida de unión con nuestra santa Madre, ni conocíamos al Bto. Grignion [3]. Así que nos consolamos mucho todas, y servidora tributó humildes y fervientes gracias a nuestro Señor y a nuestra Madre Purísima por el singularísimo don de la devoción sólida y la revelación del secreto de María, que se dignaron concederme el año 1892, pocos días después de mi profesión, sin intervención de humano consejo, y por los incalculables bienes que me ha reportado dicha merced, que estimé siempre el mayor de los dones y principio de todas las gracias que me ha prodigado la divina Misericordia, a pesar de mi profunda miseria.

Le cobré afecto a V. R., porque enseña a amar a la Vir-

[2] Se refiere, sin duda, a la provincia franciscana de Santiago, donde a la sazón residía su hermano Fr. Pedro, venido de Tierra Santa, adonde nuevamente regresaría después de muerta su hermana.

[3] El Beato Grignion de Montfort fue canonizado en 1947. Véase SAN LUIS M.ª GRIGNION DE MONTFORT, *Obras;* BAC n.º 451.

gen, y sentí fuerte impulso a enviarle la relación de mi vida, que escribí por orden de mi Director el año 1914[4]; impulso que continué sintiendo después cada vez más fuerte, hasta Julio del año pasado, que su intensidad parecía había llegado al colmo, porque luché a brazo partido con la fuerza secreta, soberana, que me impulsó a glorificar a la Santísima Virgen, mi Madre y Reina, por medio de V. R., entregándole dicha relación. Duró esta lucha intensa tres o cuatro meses; después le sustituyó un no sé qué, que me arrastraba hacia la Compañía de Jesús, acompañado de un sentimiento divino, un gozo y un deseo de glorificar a Dios y a la Virgen inexplicables. Cuando me sentía poseída de esta fuerza de atracción con mayor viveza, se me representaba V. R. como el tesoro[5] destinado a recoger mis humildes escritos y el instrumento elegido por nuestro Señor para procurar a la Virgen la gloria que de ellos espera, y se repetía la lucha...

[715] Así he pasado todo el año, procurando ahogar el impulso como si fuera tentación. En Septiembre nos visitó el señor Sacerdote de «María» que nos regaló *La Vida Mariana*. Trabajada por el amor que profeso a la Madre y Reina de mi corazón, preguntéle si había estado en el Congreso Mariano que se celebró en Barcelona, contestándome negativamente, pero que estaba enterado de sus conclusiones por las revistas y que me mandaría éstas para enterarme. Acepté el ofrecimiento, y me remitió por correo todos los números que se han publicado desde Octubre de 1918 hasta Sep-

[4] La fecha de 1914 que da aquí la sierva de Dios como año de la composición de la *Autobiografía* no parece ajustarse a los hechos, pues en esa fecha ya no se dirigía con el P. Mariano, que fue quien le ordenó escribir esta obra. Según el P. Pobladura, *Una flor siempreviva*, pág. 99, la obra, al menos en su primera redacción, se escribió entre 1911 y 1913.

[5] *Tesoro*. El P. Camilo M.ª Abad, en su biografía del P. Nazario, pág. 310, al reproducir este pasaje, trae *tesorero* en vez de *tesoro*. Aun reconociendo que este vocablo sería tal vez más acertado en este lugar, mantenemos la lectura que hallamos en las cartas originales escritas por la sierva de Dios al P. Nazario.

tiembre del corriente año inclusive, menos el de Agosto. Al revisar dichos números, lo primero que vi fue un artículo escrito por V. R., correspondiente al mes de Marzo. Inmediatamente apoderóse de mi voluntad la fuerza secreta que me impulsaba a entregar mis escritos a V. R., y me vi obligada a prometer que lo haría con la mayor brevedad posible, toda vez que la luz divina me apremiaba a glorificar a la Madre y Reina de mi corazón y me reprendía por mi tardanza. Las revistas fueron leídas en Comunidad con mucho consuelo de las religiosas, y, al escuchar su lectura, repetíanse los apremios para que cumpliese mi palabra. No podía reposar ni de día ni de noche, impulsada continuamente a comunicar a V. R. mis luchas; pero no me atrevía a hacerlo, temiendo que fuese tentación —o inclinación natural a honrar a la Santísima Virgen— el impulso soberano que me trabajaba desde el año 1914; más por la repugnancia que tenía a revelar mis secretos.

Me encontraba en esta situación el día 7, cuando mi Director, sin previo conocimiento de la fuerza secreta que me trabajaba, me significó la necesidad de que se impriman cuanto antes el tratado sobre la vida espiritual —que escribí el año pasado— y la colección de Divinas Pastoras, y me convencí de que era nuestro Señor quien me obligaba a escribir a V. R. Cuando me ordenó el Director que enviase los escritos a los Padres de la Orden, deseaba yo manifestarle la lucha que sostenía, etc.; pero comprendía que le desagradaría la noticia y diferí la manifestación para otra ocasión, confiando que nuestro Señor dispondría los medios con arreglo a sus fines soberanos, contestando a mi Director que lo pensaría.

[716] No tuve necesidad de orientaciones para conocer la voluntad de Dios nuestro Señor, que continuó manifestándose a mi alma cada vez más claro y con imperio más soberano durante los diez días que tardó en volver mi Director, quien me apremió nuevamente para enviar mis escritos a los Padres de la Orden con la brevedad posible. Le

expuse varias razones que me impedían cumplir su mandato, y le signifique mi deseo de entregarlos a un sujeto extraño a la Orden. No le pareció bien, y me requirió para el acto de obediencia, negando el propio criterio. Salí del confesonario animada a cumplir sus órdenes; mas no lo pude hacer, porque, al querer cumplir la obediencia, se apoderó de mi alma un sentimiento terrorífico, acompañado de una repugnancia y oscuridad inexplicables.

Al mismo tiempo, representóseme V. R. en medio de una claridad, a cierta distancia, como instrumento escogido por la Providencia para manifestar al mundo el cumplimiento de la misión santificadora de la Virgen Santísima por medio del humilde tratado de referencia, y sentí la presencia de la Señora en una altura misteriosa, quien confirmó lo que me había significado muchas veces: esto es, que se complace en recoger con ventajas de gloria los dones que he recibido por su intervención en el decurso de mi vida, manifestándolos al mundo por medio de V. R., y que se frustrarán sus designios si entrego mis escritos a otra persona, porque los publicarán bajo otro aspecto.

[717] Repitióse esto más de cinco veces, y, apremiada por esta y otras manifestaciones de la divina Voluntad, llamé a mi Director para comunicarle lo que me ocurría, y que no podía cumplir sus mandatos a pesar de mi sincero deseo de obedecerle. Mi Director mostró extrañeza de que la Virgen Santísima quisiera valerse de un sujeto extraño de la Orden para procurarse la gloria que espera de mis humildes escritos, siendo la Orden Seráfica acérrima defensora de sus glorias, y repitió el mandato de que los envíe a los Padres de la Orden.

Al querer cumplir la obediencia, fuerza secreta superior me lo impidió nuevamente, y al sentimiento terrorífico, oscuridad, etc., agregóse la imperiosa necesidad de abandonar la dirección, o sea, un apremio que pretendía apartarme del Director actual. Luché todo el día, y, prefiriendo la obediencia a las inspiraciones sobrenaturales, quise

orientarme en la elección del Padre o Padres a quien debía confiar mis escritos. Precisamente estaba de paso, hospedado en la vicaría de esta santa casa, un P. Capuchino muy espiritual, y consulté con él el asunto; mejor dicho, le dije que, obligada de mi Director a entregar a los Padres de la Orden un tratado sobre la vida espiritual, dudaba a quién dirigirme, que deseaba orientarme. El buen Padre se ofreció a encargarse del asunto, y añadió que hace varios años había escrito un tratado, y que no lo había publicado porque deseaba completarlo, etc. Mientras escuchaba al Padre, una voz interior contestaba negativamente a sus palabras y me confirmaba en lo que había entendido tantas veces de V. R. Sin embargo, prometí al Padre que le entregaría el tratado en caso que me lo devolviera el sujeto que lo tenía en su poder, a quien se lo pedí con urgencia. El Padre se marchó ayer y el tratado no me lo han devuelto todavía, por lo que no fue posible cumplir mi palabra.

[718] Además de esta imposibilidad material que me impidió cumplir la obediencia, multiplicáronse las dificultades en el orden sobrenatural, y veo cada vez mejor que no es ése el medio escogido por Dios para manifestar al mundo lo que contienen mis humildes escritos.

Al Padre consultor le entregué, al despedirse, una copia de la colección de las Divinas Pastoras, y le dije que más adelante le enviaría el tratado objeto de mi consulta, o una copia del mismo. Antes de cumplir mi ofrecimiento deseo, mi amado Padre, saber el parecer de V. R. en este asunto. En mi deseo de conciliar la voluntad de nuestro Señor y la obediencia del Director, me ha ocurrido si será medio para conseguirlo entregar mis escritos a un Padre de la Orden Capuchina o Franciscana —es igual para el caso— identificado con V. R., si es que tiene entre ellos otro amigo como el difunto P. Bañeras. En caso afirmativo, tenga la bondad de exponerle mi situación, y decirme adónde y cómo deberé remitirle los escritos de referencia. La relación de mi vida no es necesario que la entregue; sin embargo, pue-

de disponer de ella si estima conveniente su lectura [6]. Lo que sí le suplico, por amor de la Virgen Santísima, es que no revele mi nombre, porque sentiría en el alma que sepa el mundo quién es la autora de dichos escritos.

Encomiéndeme a nuestra Madre y Señora, y bendígame. Suya en Cristo.

Sor Angeles Sorazu.
Abadesa.»

[719] Con mucha razón, y muy desinteresadamente, quería el P. Alfonso que publicaran la obra de la M. Angeles los PP. Franciscanos; y, de no hacerlo ellos, bien pudiera haberse encargado él mismo, o su hermano en religión el P. Arintero, tan versado en estos estudios, y que conocía ya estos escritos y deseaba enriquecer con ellos su revista *La Vida Sobrenatural.* Pero la M. Angeles creía ser voluntad de Dios que la publicáramos nosotros. Y, convencido por sus razones, el Director espiritual le dio al fin su permiso para que nos enviara la obra. Y la M. Angeles creyó que con este permiso tenía bastante.

Con extrañeza, y alguna frialdad y temor, leímos la carta, y con admiración creciente examinamos la obra. Se la leímos también al P. Jerónimo Seisdedos —tan conocido por su competencia en los estudios místicos, como lo acreditan sus obras—, que, aunque ciego ya entonces, conservaba aún viva la luz de la inteligencia, que pronto había de extinguirse. La oyó con sumo interés, reconociendo que no había leído nada semejante, y nos aconsejó que, para mejor juzgar de su doctrina, la exigiéramos también noticia de su vida [7].

[6] Por esta carta se echa de ver que en su primer envío —por correo, al P. Nazario, que residía en Carrión de los Condes— la sierva de Dios le mandó solamente *La Vida Espiritual coronada,* etc., que ella escribiera en el año de 1918 por mandato de su quinto Director, el Dominico P. Alfonso.

[7] Según esto, el P. Jerónimo Seisdedos, al escuchar la lectura de *La Vida Espiritual* y saber que la autora tenía escrita también su

[720] Así lo hicimos, al mismo tiempo que la exponíamos algunas dificultades que se nos ofrecían. Contestónos el 28 de Octubre:

«La relación de mi vida no creo que sea necesaria enviarla para que se asegure que es nuestro Señor el inspirador de los escritos, que mi Director desea que se impriman; sin embargo, se la enviaré en la primera ocasión. No lo hago por correo porque abultaría demasiado. Mis relaciones sobrenaturales las verá detalladas en el tratado, que, aunque hablo en tercera persona, casi todo lo que en él se contiene ha pasado por mi alma. Algunas cosas hay que pertenecen a otras almas que he tratado íntimamente, dentro y fuera de la Comunidad: v. gr., las diferencias de carácter que existen entre las almas santas y sus diferentes vocaciones. Pero los grados de perfección que describe, las relaciones que la acompañan, etc., etc., todo ha pasado por mi alma por pura misericordia de nuestro Señor, que se dignó favorecerme en atención a los méritos e intercesión poderosa de su divina Madre, mi Señora, en quien y por cuyo medio busqué siempre a nuestro Señor.

Confieso ingenuamente que mi identificación con la Santísima Virgen es mayor de lo que revela el tratado; lo siento así, porque todo, absolutamente todo, se ha consumado en mi vida mariana, negándome muchas veces a las amorosas solicitaciones de nuestro Señor cuando quería favorecerme, para adherirme una vez más a la Señora y recibir por su medio —como premio de mi identificación con la misma— las soberanas efusiones de la divina Bondad, que quería entregarse a mi alma, quedando nuestro Señor complacido de mi amoroso empeño y obligado a entregárseme en condiciones ventajosas. Como estoy persuadida que no me he

vida, juzgó que había que pedírsela, con el fin de enjuiciar mejor aquélla. El P. Nazario la pidió y la M. Angeles se la mandó, como veremos después. El P. Seisdedos es autor de *Principios Fundamentales de la Mística,* 5 tomos, publicados entre 1913 y 1917, en Madrid y Barcelona.

sabido explicar al relatar mis relaciones marianas, pido a nuestro Señor que le inspire a V. R. lo que falta para completar mis escritos, y con esta esperanza me consuelo y tranquilizo.

[721] Le suplico que corrija con entera libertad todos los defectos que hallará en los escritos, especialmente en el estilo y forma, porque estoy persuadida que hablo la lengua castellana incorrectamente, como generalmente lo hacen todas las que hablaron primero el vascuence. No he recibido más instrucción que las primeras nociones que se dan en la escuela de párvulos. Los conocimientos que poseo los adquirí en esta santa casa, con mis relaciones con Dios y con la Santísima Virgen. Mas, como no se me comunican las noticias con términos formales, me expreso en los escritos como me sale en el momento. Así que corríjalo con entera libertad. Una vez más le requiero para que oculte mi nombre.»

En la serie de cartas que con esta ocasión se cruzaron entre la M. Angeles y el que esto escribe hay noticias interesantes, que hemos ido copiando en las páginas precedentes.

Quedan —aparte de otras que no es prudente aún publicar— algunas más, que vamos a recoger aquí.

[722] En carta de 16 de Noviembre nos decía: «El sentimiento mariano que, como nota musical, resuena en el fondo de mi ser con fuerza creciente es también la confirmación de la doctrina del Bto. Montfort. Más de una vez he pensado si mi ángel custodio será el mismo que guardó al Beato y por esto abrigo los mismos sentimientos en orden a la Virgen.

Una larga y constante experiencia me ha enseñado que la Santísima Virgen viene a ser para Dios como una cuarta relación: que Dios ama tanto a la Virgen, que la fuerza del amor que la profesa le produce un éxtasis perpetuo, la apremiante necesidad de comunicarse a la Señora absolutamente, del propio modo que en la Encarnación; como esto

no puede ser, ante la imposibilidad de comunicarle su naturaleza divina, busca en el propio seno el medio de honrarla; lo encuentra en la fuerza soberana de su divina Bondad, o, en otros términos, lo halla en el poder mágico, belleza y bondad fascinadora de su divina naturaleza, y lo extiende a la Virgen para que lo reemplace en sus relaciones con los hombres. Así se explica la soberana influencia, más eficaz que la del mismo Dios, si juzgamos por los efectos que palpamos todos los días. No porque Dios nuestro Señor sea menos poderoso que la Virgen, ni porque tenga menos atractivos —lejos de mí creer semejante absurdo—, sino porque ha confiado a la Señora el ejercicio de su virtud subyugadora, de aquella fuerza soberana, bondad poderosa que necesariamente subyuga el corazón humano cuando se le impone.

[723] En la Santísima Virgen hallé siempre una seguridad completa, mayor que en Dios nuestro Señor; no que Dios sea menos fuerte que la Señora para defenderme de los enemigos, sino por la eficacia especial que reviste su influencia. Muchas veces, en períodos de prueba, nuestro Señor me ha visitado; mas no siempre me he visto libre del sufrimiento o tentación. Pero jamás me he visto favorecida de la Señora sin experimentar un cambio radical en las crisis dolorosas: como si Dios se hubiese desarmado para revestir a la Virgen de su fuerza divina, y por esto fuese ella más poderosa que Dios para destruir las fuerzas enemigas que comprometen mi felicidad, sustraerme al peligro, subyugar mi rebelde corazón, someterme al imperio de la gracia, etc., etc. Muchas veces he luchado con Dios nuestro Señor cuando me ha requerido para nuevos grados de perfección, alguna empresa difícil o peligrosa; pero no recuerdo haber resistido una sola vez a la Santísima Virgen cuando se ha impuesto a mi alma. La neccsidad de obedecer a la Señora se impone a mi alma con fuerza tan suave como poderosa. Atribuyo a la protección de la Virgen el alejamiento de los demonios, que he experimentado fuera

de los casos aislados y períodos transitorios descritos en la relación y en el capítulo 23 del tratado.

[724] He aquí un caso. Nuestro Señor no me ha sometido a la dolorosa prueba de las tentaciones que comprometen la pureza. Hace diez u once años, un día, estando en el coro, percibí la presencia de varios demonios a mucha distancia. Era uno de los períodos de prueba en que más me combatieron los espíritus infernales con amenazas, etcétera, como puede ver en la relación. Pues bien, cuando se acercaron los demonios a distancia de doce metros, me sorprendió la visita de la Santísima Virgen. De repente, extendióse sobre mi cabeza una especie de firmamento, y en el centro apareció la Señora, quien se apoderó de mí con apresuramiento —como el águila de su polluelo—, y me elevó a la misteriosa región celeste do se me había aparecido. Allí me retuvo mucho tiempo, me alimentó con sus palabras de vida eterna y me procuró una felicidad grande. Me dijo que el fin de los demonios era sugerirme pensamientos deshonestos, y por esto se había apoderado de mí con tanta precipitación, para sustraerme a la perniciosa influencia. Mientras estuve con la Señora, concebí un plan de vida, que observé después; mejor dicho, una consagración de abandono a la Virgen, con la Virgen a Jesús y con Jesús a la divinidad, a cuyo servicio puse mi felicidad, todo en conformidad de la Señora.

[725] Idéntica protección me ha dispensado la Virgen en los sufrimientos que, por disposición de Dios, me han ocasionado las criaturas en casos aislados o períodos transitorios. La repentina claridad y consolaciones que gocé cuando pareció mi camino a los caminos de hierro llenos de túneles, obedecieron casi siempre a una entrevista de la Virgen, un gesto significativo de la misma, un recuerdo, una plegaria que cantaron las religiosas en obsequio de la Señora, o cosa semejante. En una palabra: todo mi bienestar se lo debo a la Santísima Virgen, por su medio me ha comunicado nuestro Señor todas las gracias. Verdad es que yo,

aunque miserable pecadora, he sido fiel a la práctica de la vida mariana, he procurado siempre revestirme del espíritu de mi Madre y Reina divina, y hacerlo todo en Ella, con Ella y por Ella, y para su gloria, procurando interesar a la Trinidad en su obsequio.

En una ocasión, mi segundo Director [8] me preguntó si no me estorbaba la Virgen cuando me comunicaba con nuestro Señor, y añadió que me hacía esta pregunta porque sabía de algunas que no podían pensar en la Señora, sino sólo en Dios. Como si me hubiere herido la fibra más delicada del corazón, le contesté:

—No, Padre, ni permita Dios tamaña desgracia. No sólo no me estorba mi divina Madre, sino que me une más estrechamente con Dios.

Me retiré de los pies del Confesor transida de pena. Me dirigí a las tres Divinas Personas, que se dejaron encontrar inmediatamente, y, puesta en comunicación con la Santísima Trinidad, me querellé amorosamente. Con penoso anhelo repetí en su divino acatamiento la historia de la Señora, sus virtudes, méritos, todo lo que entendía podría obligar a nuestro Señor para interesarle en su obsequio. Imposible describir la actividad que desplegué para poner al servicio de la gloria de mi Reina los divinos atributos. Mientras suplicaba a nuestro Señor que no me llevase por el camino que el Padre espiritual me había significado, ni permitiese que éste abrigara sentimientos contrarios a los míos en orden a la Señora, porque no quería reconocer por Padre a quien no ama a mi divina Madre. Dios nuestro Señor me dijo que la causa de no poder atender a la Virgen la religiosa de referencia era su limitada capacidad; pero que no creyera que la Señora no interviene en sus relaciones con las almas, incluso en las que creen éstas que reciben de Dios directamente, y que cumpliría con gusto

[8] *Mi segundo Director.* Como es sabido, fue éste, D. José Hospital Frago, Deán de la Catedral.

mis anhelos de glorificación mariana. Procedí así siempre, si bien reconozco que mi fidelidad a la práctica de la vida mariana es un don de Dios, el que más estimo, que agradezco a mi Dios querido.

[726] El 10 de Junio de 1911 [9], cuando rogué a la Virgen que, postrada en el acatamiento de la Santísima Trinidad, le pidiera perdón, y le rogara que se entregase a mi alma, no tuvo necesidad la Señora de postrarse: bastó una simple insinuación suya para que las tres divinas Personas descendieran de la mística región y se entregaran a mi alma. Cosa maravillosa. No he visto jamás una obediencia tan pronta, perfecta y amorosa como la que mostró nuestro Señor en la ocasión que refiero. Aquello fue el colmo de la dependencia de las Divinas Personas a la voluntad de la Virgen. Y después, en tiempos posteriores, ¡cuántas pruebas de amor hacia María, y de dependencia, he visto en mi Dios Uno y Trino en mis relaciones sobrenaturales! Confieso, amadísimo Padre, que he visto y veo cumplirse con perfección admirable lo que dice el Bto. Luis; esto es, que la Virgen siempre dice *Dios,* y que Dios dice siempre *María.* Esto es verdaderísimo, porque yo he visto siempre a la Virgen extasiada de amor, glorificando a su Dios, y a Dios extasiado de amor por María, ocupado en su alabanza y glorificación.

Especialmente son dos las formas en que se me representa la Virgen actualmente. Una, como templo de Dios, comprendiendo en su seno a Jesucristo, y en Jesús al Padre y al Espíritu Santo; o sea, las relaciones establecidas en el seno de la unión hipostática. Veo cumplidas en un sentido inefable las palabras *fecit mihi magna qui potens est et sanctum nomen ejus* [10], misterios que se refieren,

[9] *10 de Junio de 1911.* Es la fecha de la entrega de la Sma. Trinidad o elevación al grado de matrimonio espiritual. Véase *Autobiografía,* libro V, cap. IV, n.° [578] y [579].

[10] «El que es poderoso ha hecho cosas grandes en mí, y su nombre es santo» (*Lc* 1, 49).

unos a la Virgen y otros a la Encarnación; mejor dicho, se refieren todos al Hijo en la Madre y a la Madre en el Hijo, merced al admirable y mutuo comercio que existe entre los dos, y se extiende a la Primera y Tercera Persona de la Trinidad.

[727] La otra forma es la Virgen sola, o sin transparentarse el interior de la Señora. La inefabilidad que rodea la existencia de la Virgen es indescriptible. Diríase que nuestro Señor [está] interesado en el honor de la Virgen para que resalte más la excelencia y soberanía de la Señora. Mi alma cae anonadada a los pies de la Señora, como los cuatro animales del Apocalipsis, y no acierto a pronunciar otra palabra que *Amén,* completando con el afecto de complacencia los honores que le tributa la Trinidad, los obsequios que le hace y las complacencias que le procura. Es ésta una imposición soberana que aniquila mi alma y la enaltece divinamente.»

En otra carta —sin fecha, también de este tiempo— que acompañaba al original de esta biografía y en parte hemos copiado en el prólogo, nos daba esta interesante noticia: «Tengo orden de continuar un escrito mariano, que he titulado *Mensajes de la Reina del Cielo.* En ellos se dirige la Señora a todos los cristianos. Escribí tres, y los suspendí por atender a otras obligaciones que pesan sobre mí.» Desgraciadamente no pudo terminar esta obra, en la que pensaba explicar los quince misterios del Rosario y las Letanías. Sólo dejó dos capítulos enteros y uno incompleto, que son preámbulos grandiosos y originales.

[728] Entre tanto íbamos preparando la publicación de *La Vida Espiritual,* y discutíamos cuál había de ser el seudónimo con que se publicara, pues en ninguna manera quería la autora que se conociera su nombre. Le propusimos el de *Amante de María,* que ella aceptó con mucho gusto. Pensábamos publicar también en artículos sueltos la obra de *La Divina Pastora* en *El Mensajero de María,* y de hecho

comenzó a publicarse en Abril de 1920; pero el nuevo cambio de Director cortó nuestros planes.

«Hace unos días —nos decía en carta sin fecha, de fines de 1919— supe que mi Director marchará fuera dentro de poco. Yo conocía que había terminado su misión respecto de servidora, y que sería fácil que los Superiores le trasladasen... [11] Mientras no vea uno que me inspire confianza, pienso vivir sola, porque me perjudicaría la dirección sin la confianza absoluta que necesito. Ruegue a nuestro Señor que me ampare y asista con su luz y gracia, para que no me extravíe ni sea víctima de la ilusión y sugestiones del diablo.» Y, a 3 de Enero de 1920, añade: «Siendo la necesidad de otro Director desde Noviembre de 1918; me encuentro en una soledad, como esperando un enviado de Dios. Miro —o extiendo mi vista— en todas direcciones, y a ninguno he visto todavía que me inspire la confianza que necesito... fuera de V. R., en las ocasiones que le dije y algunas más. Mas, como no he visto claro la voluntad de Dios, ni la fuerza que en este sentido me arrastra hacia V. R. es tan imperiosa como los requerimientos para que le entregara los escritos, no me atrevo a solucionarlo, si V. R. no me lo asegura, o algún alma de toda mi confianza.»

[729] Temerario nos parecía ofrecernos a la dirección de alma tan elevada, sin el caudal de experiencia en la vida mística, que fuera conveniente, o de ciencia, que a lo menos pudiera suplir; y dificilísima por otra parte la dirección

[11] Así termina la dirección del P. Alfonso, que fue destinado por los Superiores a Santiago. La sierva de Dios escribió al P. Mariano: «Después de V. R. es el que más me hizo sufrir y mejor me entendió y respondió a mis necesidades» (25-IV-1920). El P. Alfonso Andrés Vega (1869-1945) nació en Castromocho (Palencia). Ingresó Dominico en Corias (Asturias). En 1902 fue destinado a Centroamérica, regresando en 1914 y pasando a residir en Valladolid. Murió en Salamanca. Sobre el M. R. P. Mariano de Vega de Espinareda (1871-1946), Capuchino, principal Director de M. Angeles, véanse los artículos del P. Melchor de Pobladura en *Estudios Franciscanos,* 58 (1957), págs. 183-206; (1958), 43-70, 187-220.

por escrito, con las ocupaciones que entonces nos obligaban. Sólo le dimos facilidad para que, mientras le faltaba dirección, se ayudara algo de nuestro consejo; y repetidas veces hubimos de intervenir en un espinoso asunto, que por entonces la ocasionó graves sinsabores [12].

Por indicación nuestra se entendió también algunas veces con el P. Francisco García S. J., que fue designado Confesor extraordinario de su Comunidad; pero tampoco él tuvo tiempo para atenderla; la ayudó, sin embargo, en algunas dificultades; y acerca de él, nos escribía: «Me gusta mucho, y me inspira confianza. Es a propósito para las religiosas, y hará mucho bien a las que se dirijan con él.» Algo intervino el P. García en el importante asunto de que hablaremos en el capítulo siguiente, pero poco después hubo de partir para Cuba. Por cierto que, al despedirse, le dijo la M. Angeles: «¿Para qué le llevará a V. R. nuestro Señor allá?» Palabras que se le quedaron muy grabadas, y las recordó luego en un caso providencial que le ocurrió con un alma durante su breve estancia en aquella isla.

Todavía en Marzo y Junio de 1920 escribió la M. Angeles al P. Alfonso las siguientes cartas:

[730] «Valladolid, 29 de Marzo de 1920.

Amadísimo Padre:

Aprovecho la ocasión para enviarle dos fotografías para que recree a sus hijitas, y con la explicación que también le mando. No he podido contestar a su grata. Lo haré tan pronto pueda. Estoy como el año pasado, con fiebre y sudores diarios, y sin poder alimentarme lo suficiente. Mi silencio le habrá hecho creer que le olvido, pero no es así. Le recuerdo cada día más, y echo mucho en falta sus visitas paternales. Dios sea bendito. Tenemos de Confesor extraordinario un P. Jesuita que, según dicen, no piensa venir

[12] *Graves sinsabores.* Se refiere al caso de Sor Anunciación, que originó serios disgustos a la Comunidad y hubo de ser trasladada al convento de Clarisas de Calabazanos (Palencia).

más que en las témporas. Así que no pensamos llamarle. Ahora podré hacer lo que quiera, ¿verdad? Como no tengo Director..., me daré a la buena vida.

Ruegue mucho por mí, y bendiga a su humilde hija q. b. s. m.

Sor Angeles.»

NOTA [DEL P. ALFONSO]: Esta carta la recibí a los tres meses de haber salido de Valladolid para ésta.

[731] «Valladolid, 5-6-20.

M. R. P. Alfonso A. Vega.

Mi venerado y amadísimo Padre: Después de saludarle con el respeto y cariño filial que le profeso, postrada a sus pies espero que me bendiga.

Muy largo le habrá parecido mi silencio. También a mí, pues le digo con sinceridad que le recuerdo muy mucho y he tenido vivos deseos de escribirle, pero no he podido. Todavía no asisto más que a los actos de Comunidad que se practican de día, y ni esto la mayor parte de los días. Unido al delicado estado de salud, a tantas cosas como han ocurrido y pesado sobre mí con motivo del traslado de Sor A., no he tenido gracia ni tiempo para escribirle. Nuestro Señor ha querido que le imite en el ejercicio de su paciencia y misericordia inagotables, y creo que he respondido a sus deseos colocando a Sor A. en un convento donde pueda responder a su vocación y no se repita el lado malo de su historia. Algo más me ha pedido nuestro Señor a favor de la delincuente, y también lo he hecho. Sea todo para su mayor gloria.

[732] No me extraña que mi silencio le haya sido penoso por los comentarios que le inspira su humildad. No, Padre mío, no me hizo ningún mal, sino mucho bien, y no olvidaré nunca —ni en el cielo creo— su sabia y paternal dirección, que tantos bienes reportó a mi pobre alma, aun el tiempo mismo que me probaba. Después que se ausentó,

he conocido mejor lo mucho que le debo y debo a mi Dios, aunque creo siempre tuve conocimiento de las gracias que me concedió nuestro Señor por medio de V. R. y del interés y cariño paternales con que me asistió "mi P. Alfonso". ¡Quién sabe si todavía tendremos que incoar nuestras santas relaciones verbales!

Estoy persuadida que nuestro Señor no quiere que conozca muchos Directores, y que esto es una de las razones de mi inviolable adhesión a los sujetos que ejercieron dicho cargo con mi pobre alma. V. R., por ejemplo, y el P. Mariano, que son los que más me han tratado y mejor han respondido a los designios de nuestro Señor; debido a mi identificación con el Director, me cuesta tanto el cambio, a pesar de la providencia singular con que permite nuestro Señor que el último año me trabaje el demonio contra la Dirección. Si, aun así, me cuesta tanto, ¡qué sería si no hubiera precedido dicha prueba!

Como el año pasado, en el período comprendido desde la Ascensión hasta Pentecostés hicimos los santos ejercicios. Nos los dirigió el P. Arintero, por no haber aceptado la invitación los Padres de San Pablo. Excuso decirle, amado Padre, cuánto le he recordado o echado de menos, y doblemente en el santo tribunal de la Penitencia, pues no me he confesado ningún día con el P. Arintero. Las religiosas han quedado contentas, pero no por eso se olvidan de V. R. Al mismo tiempo dirigió los ejercicios a las de San Felipe. Como estuve enferma, apenas asistí a los actos de Comunidad; así que puede decirse que no hice ejercicios, aunque oí casi todas las pláticas. De éstas sólo la primera me aprovechó. Las demás, aunque tan elevadas, me distrajeron y fatigaron más que otra cosa. Soy así de rara. No le extrañará, porque ya sabe V. R. que estoy llamada a perderme en Dios, y que me fatiga y disipa todo lo que se refiere a estudiar mi vida íntima, o toda vuelta sobre mí misma.

[733] Para reanudar el trabajo escriturario sobre el Ro-

sario necesito que me mande los originales sobre el primer Misterio, que creo es el único que escribí; pero no me acuerdo detalladamente, y me conviene para no repetir lo mismo. El extraordinario de témporas se llama P. Francisco García. Como no puede venir fuera de las témporas, le sustituye como *ad casum* el P. Agustín Zapatero, Agustino; supongo que lo conocerá, porque es Confesor ordinario de Porta Coeli.

De mi vida interior no sé qué decirle, porque no me entiendo. Sólo sé que he sufrido mucho y que sufro, y que mi sufrimiento es resignado, tanto que temo algunas veces si habré perdido la conciencia, el corazón y la sensibilidad. Nuestro Señor me inspira la misma confianza filial y absoluta de siempre, y mayor, si cabe; y mi adhesión a la Santísima Virgen no se ha disminuido, al contrario; y, sin embargo, creo que he retrocedido, que no estoy en mi centro, etc., etc., aunque no me apura ni esta convicción. Si acaso me perdí en algún desierto místico, búsqueme V. R., a ver si me encuentra. Pídale a la Santísima Virgen que le ayude a buscarme: la Señora sabe dónde estoy. Adiós, amadísimo Padre mío; bendiga todos los días a su pobre hija, que siente su ausencia y le recuerda y quiere cada vez más,

Sor Angeles.

P. D.: En la firma no cabía *a su Director;* pues por tal lo consideraré siempre. Si por cualquier motivo tuviese que acercarse a Valladolid, hará el favor de avisarme con tiempo, porque sentiría no aprovechar la oportunidad para confesarme, etc. Se me olvidaba decirle que recibí su carta.»

[734] Por unos cuantos meses vivió sin dirección, cuando más la echaba de menos, por ser muy grandes sus tribulaciones. En ese tiempo debieron de perderse algunos de sus preciosos escritos, pues nos dice el P. Alfonso, hablando del *Diario*: «Debió de ser quemado con algún otro

tratado, según me han dicho, por algún consejo no muy laudable que le dieron después que yo salí de Valladolid.»

Para completar las noticias de estos años, terminaremos con unas líneas que debemos agradecer también al mismo P. Alfonso: «En el tiempo que yo la confesé, como estaba tan enferma, creo que no se imponía más mortificaciones que la disciplina algún tanto prolongada y el levantarse por la noche, como ya ella lo dice: Tenía bastante mortificación con la enfermedad que padecía, que le impedía tomar alimentos, o muy escasos.»

CAPITULO VII

Ultimos años

RESUMEN: *Grandes tribulaciones.—Alivio con la nueva dirección del P. Mariano de Vega.—Se suspende la publicación de los escritos; cartas sobre este asunto.—Visión maravillosa.*

[735] Grandes fueron las tribulaciones de la M. Angeles en los últimos años de su vida, en que, según había predicho (en la conclusión de *La Vida Espiritual),* debía configurarse con Cristo paciente. Conservamos una serie de cartas sobre un gravísimo disgusto doméstico [1], de que no podemos dar noticia por ahora. Afligíanla por otra parte las enfermedades corporales, y afligíanla sus temores sobre la marcha de su espíritu, recrudecidos ahora con la falta de dirección. De éstos, y del alivio que en esta parte le concedió nuestro Señor, nos da idea la siguiente carta, que tenemos gusto en copiar íntegra, ya que contiene, además, doctrina preciosa.

[1] *Gravísimo disgusto doméstico.* Alude al caso ya citado de Sor Anunciación. El P. Nazario, a petición de la sierva de Dios, estuvo con la madre de dicha religiosa para ponerle al corriente de lo que pasaba y anunciarle la medida adoptada (su traslado a otro convento).

«20 de Mayo de 1920.

M. R. P. Nazario Pérez.

Muy venerado y amado Padre: Dios nos dé su santa paz, amor y gracia.

Hace unos días nos dejó para leer el R. P. Arintero su tratado *Cuestiones místicas*. No he escuchado más que parte del prólogo del citado libro; pero comprendí la necesidad de añadir un apéndice que trate de los falsos místicos para evitar que las almas piadosas se precipiten en el abismo de la espiritualidad falsificada, y así se lo dije al P. Arintero en la entrevista que tuve con él ayer. El Padre confirmó mi opinión y temores, y me citó varios casos verdaderamente curiosos, de los que deduce la razón con que protestan contra los místicos personas muy respetables; pero que deben distinguir los falsos místicos y no identificarlos con los verdaderos. Me dijo que él no puede comprometerse a escribir sobre un asunto determinado, que tiene que escribir lo que le viene. Que escriba servidora lo que siento o entiendo de los falsos místicos, y que él lo corregirá si es necesario, y lo publicará en una de sus obras, o donde convenga. Insistí en que lo hiciera él, pero repitió lo mismo.

Conozco que es de necesidad que se escriba algo sobre los falsos místicos, que tanto perjudican a las almas verdaderamente piadosas, por cuya culpa se hace temible y aborrecible la vida interior; pero no me considero competente para escribir sobre asunto tan delicado, porque es muy poca la experiencia que tengo y no he leído historias. Se me ocurre que ninguno mejor que V. R. escribirá sobre este asunto; así que le suplico muy de veras que se tome esa molestia por amor de nuestro Señor y de nuestra Inmaculada Madre.

[736] Me da pena —y me produce vacío horroroso— oír hablar de vida interior, de oración y trato íntimo con Dios sin que aparezca la intervención de nuestra Señora y Modelo. No concibo que los santos y santas que se citan

en los tratados de teología mística hayan prescindido de la Santísima Virgen en sus relaciones con Dios; y, si no consta esto por sus biógrafos, me parece que debemos presumir que sí y decir algo sobre esto, para que procuren todas las almas piadosas consagrar con la vida mariana su vida de oración, o, lo que es lo mismo, compartir el enjesusamiento de la Santísima Virgen, que es el mejor medio de conseguir la transformación en nuestro Señor Jesucristo y la identificación con la Santísima Trinidad. Hágalo V. R., amado Padre, que dará mucha gloria a nuestro Señor y nuestra Madre Purísima, y se lo pagarán muy bien; aunque no debe hacerlo por interés, sino por la gloria que les procurará su trabajo.

Se me olvidaba decirle que la causa de no querer escribir sobre el asunto indicado, además de mi falta de experiencia, es que temo algunas veces si seré también una de esas falsas místicas, que no tienen bueno más que la doctrina.

[737] Tenemos de Confesor extraordinario al R. P. Francisco García. Le expuse mi situación, pero no se prestó a venir fuera de las témporas, por estar muy ocupado; pues, además de las ocupaciones del Colegio, es Confesor extraordinario de cuatro Comunidades religiosas. Me quedé tranquila, y no pensaba dar ningún paso más en mi asunto; pero se conoce que nuestro Señor no estaba conforme. Hace cosa de un mes me escribió el señor Obispo preguntándome con mucho interés si deseaba alguna cosa, que me concedería con mucho gusto [2].

Comprendí que se refería al Director, y le expuse mi situación. Le dije que me parecía que tenía necesidad de un Director, pero que no [se] me ocurría ninguno que me inspire confianza y me fuera útil entre los que se prestaban a ayudarme. Si [se] le ocurría a S. I., le agradecería

[2] Fue D. Pedro Segura, más tarde Cardenal y a la sazón Vicario Capitular de Valladolid, el que escribió esta carta a la sierva de Dios.

que me lo indicase, y, caso que no, le autorizase al R. P. Custodio de los Capuchinos de Castilla —que fue mi Director desde 1910 a 1913— para dirigirme por escrito y confesarme las veces que pase por Valladolid. Hizo esto último y estoy contenta, pues, aunque me cuesta más dirigirme por escrito, tengo la ventaja de que ya me conoce y sabe mis necesidades espirituales, y se adapta perfectamente. Ruegue a nuestro Señor para que me aproveche de este beneficio. Mi afectuoso saludo al M. R. P. Maestro [3], y que ruegue por mí. V. R., amado Padre, encomiéndeme a nuestra Señora, y bendiga a quien mucho le ama en los Sagrados Corazones.

Sor Angeles Sorazu.»

[738] La nueva dirección, que había de ser de tanto alivio para la M. Angeles, le trajo una inesperada prueba, en la que había de quedar más acrisolada su obediencia y humildad. Temía —no sin razón— el P. Mariano que el seudónimo no bastaría para encubrir a la autora de obras tan admirables, y que la publicación, viviendo ella, podría traer dificultades que era prudente prevenir. No era sacrificio —para una escritora que tan distante estaba de anhelar la gloria humana— el renunciar a la publicación de sus obras; pero sí lo era el oponerse a la voluntad de Dios, que le parecía manifiesta. La siguiente carta muestra bien que sus sentimientos fueron en este caso los de un alma de virtudes heroicas; y creemos que no habrá dificultad en publicarla, pues el proceder del Director no merece censura alguna, sino alabanza.

[739] «Muy amado Padre: Nuestros Soberanos Amores reinen en nuestros corazones.

El día 19 vino mi Director espiritual. En la cuenta de

[3] *P. Maestro*: de Novicios, se entiende. A la sazón lo era —en Carrión de los Condes— el P. Isacio Morán S. J., que también intervino en el examen de las obras enviadas por la sierva de Dios al P. Nazario. El P. Isacio Morán falleció en Oña, en 1958.

conciencia que le di le hice una relación sincera del impulso continuo e imposiciones sobrenaturales —como manifestación de la voluntad divina— que había tenido respecto de enviar mis escritos a V. R. desde el año 1914, y cómo los tiene en su poder. Escuchó la relación con un silencio que parecía aprobar mi conducta sobre esto, y nada me dijo. Yo creí que dejaría las cosas según están; pero parece ser que no está conforme: que lo desea, pero que no puede, por razones que me indicó y de otras que ignoro. Ayer 20, en la primera conferencia que tuve con él en el santo tribunal de la Penitencia, me dijo:

— que lo siente mucho, porque conoce que me ha de costar, pero que se ve obligado a mandarme que reclame los escritos que enajené; que respeta la conducta de mi antiguo Director, y las razones que tendría para mandarme que enviase los escritos a los PP. de la Orden para publicarlos y, en vista de las manifestaciones que hubo en contra, que diese el permiso para enviarlos a V. R.;

— que no tiene dificultad en creer que fue voluntad de Dios que le enviara mis escritos a V. R., pero nuestro Señor no siempre quiere la ejecución de lo que pide al alma, y entiende que, por ahora, debe imponerme el precepto de recogerlos y guardarlos hasta que él los vea, y entienda que nuestro Señor quiere otra cosa;

— que es asunto grave, y él, como Director, tiene que responder de mi alma y de mis cosas, o de las consecuencias que pudieran seguirse a la publicación de mis escritos si se conociese la autora.

Le dije que estaba previsto lo que él se teme, y habíamos acordado el sinónimo [4] para que no se conozca la procedencia de los escritos; contestando a esto el Padre que es difícil el secreto, y vendrá la persecución de donde menos pienso.

[740] Me importa muy poco cuanto pueda decir y ha-

[4] Sinónimo. *Sic* por seudónimo.

cer el mundo contra mi honor, con tal que nuestro Señor sea más glorificado; no sólo esto, sino que ansío padecer persecución por la justicia, y que me retorne agravios el mundo por los beneficios que quiero hacerle. Por esto, las razones del Padre me parecen insuficientes para reclamar los escritos, y así se lo signifiqué; pero que cerraría los ojos y, sin buscar razones, que cumpliría su mandato, cueste lo que costare, para darle una prueba más de mi fe en la santa obediencia, a no ser que nuestro Señor me incapacite, como ocurrió la otra vez.

Entiendo que es voluntad de nuestro Señor que obedezca a mi Director, y que, aunque reclame los escritos y los guarde —por ahora—, que se cumplirá todo lo que me manifestó su Divina Majestad y nuestra Inmaculada Madre respecto del medio elegido por la Providencia para imprimir dichos escritos, y de procurarse la gloria que espera de los mismos. No he tenido el menor pesar de haberle enviado mis escritos a V. R.; al contrario, estoy tranquilísima y contenta sobre esto, y cada vez más segura que cumplí la voluntad de Dios. Sin embargo, en cumplimiento del mandato impuesto por mi Director, le suplico, amado Padre, que tenga la bondad de devolver los escritos que le envié a V. R., cuando tenga oportunidad, y que no dé ningún paso para la impresión de los mismos. Si le es fácil, le agradeceré que escriba al Director del *Mensajero de María* para que suspenda la publicación de la colección de *Pastoras,* porque no quiere el Padre que se publique nada.

Mi Director creyó que esta obediencia me costaría mucho —no porque no se publiquen los escritos, que ya me conoce, y sabe que me inclino más a destruirlos que a imprimirlos—; pero nuestro Señor ha endulzado esta primera cruz —que me sale al encuentro en la nueva dirección— con una felicidad tan divina, que mi alma goza lo indecible en lugar de padecer. Mucho debo a mi Dios por la providencia paternal con que me asiste en todas las contrariedades de la vida, sean grandes o pequeñas. Así que

todo me sabe a gloria, y parece que soy incapaz de padecer, fuera de los dominios del amor divino tan mal correspondido de la inmensa mayoría de las almas, y de mi tibio y rebelde corazón, único motivo capaz de afligirme. Supongo que recibiría mi última carta. Se encomienda a las santas oraciones de V. R., y b. s. m. su afectísima y humilde servidora,

Sor Angeles Sorazu.»

[741] Respetando la conducta del prudente Director cuanto a no publicar los escritos, creímos, sin embargo, que era derecho —y aun deber— nuestro conservarlos en nuestro poder, y así se lo escribimos a la Madre. Su contestación hace resaltar más las virtudes de la dirigida y da luz para entender los designios del Director. Dice así:

«Mi muy amado Padre: Nuestros Soberanos Amores reinen siempre en nuestros corazones, y nos hagan todo suyos.

El 28 de Junio hablé con nuestro amado P. García, y el 29 recibí la carta de V. R. Cuando me mandó recoger los escritos mi Director, no me metió prisa: por esto le decía en mi carta anterior que remita los papeles cuando tenga oportunidad, si no recuerdo mal. Me apresuré a escribirle a V. R. el mismo día que se marchó mi Director, para no dar lugar a los razonamientos que pudiera sugerirme el diablo en contra y dificultar la ejecución del mandato; porque en esta clase de obediencias —que a primera vista parecen contrarias a las manifestaciones directas de la voluntad de Dios nuestro Señor— conviene la prontitud y obedecer por la fe que se debe a la autoridad que manda. El día que recibí la apreciable de V. R. le escribí a mi Director manifestándole los deseos de V. R. y el mío —si valía para el caso—, pues era el mismo: esto es, que los escritos estén en poder de V. R. hasta que él tuviese interés en revisarlos, y, si podía ser siempre, mejor. No obstante este deseo y opinión mía, le decía que me dijese con libertad lo que quie-

re, porque estaba pronta para obedecerle, pues quiero ante todo ser obediente en lo que no entiendo y parece contrario a mis apreciaciones; y que tengo confianza con V. R. para escribirle en cualquier sentido, por la estimación que me merece, etc.

Ayer recibí la contestación de mi Director, que me encarga le diga a V. R. que quiere que los escritos estén en mi poder el 2 del próximo mes, entre tanto que pueden leerlos. No me dice el motivo de precisar la fecha: tal vez piensa mandar recogerlos dicho día, o pensará pedírmelos. Yo, amadísimo Padre, siento mucho tener que reclamar lo que le entregué con tanto gusto e incondicionalmente; pero se conoce que nuestro Señor quiere someterme a esta prueba por el momento. Bendito sea.

[742] Mucho me ha favorecido nuestro Señor por medio de este buen Padre, quien me conoce a fondo, pues es el que más me ha tratado. Nuestro Señor le ha concedido luz y gracias especiales para dirigir mi pobre alma, y experimento el grande bien que me reporta su dirección. Pero no todo va a ser gloria, recibir y no dar; por eso nuestro Señor quiere ejercitar mi paciencia, humildad y demás virtudes por el mismo medio que me favorece.

Para que vea V. R. la mano invisible que interviene en la conducta que observa con servidora, le manifestaré un secreto, con la confianza filial que me inspira. Este Padre ha sido uno de los Directores que tuvo mayor empeño en dedicarme a escribir, asegurándome de la manera más solemne que ésta era mi vocación, etc., etc. Temía yo que me obligaría a escribir; y el 18 de Junio, con la primera confesión que hice, me preguntó si estaba conforme con volverme otra vez a su dirección, y le contesté que sí: que estaba contenta, muy contenta, pero que temía que me mandaría escribir, porque aborrezco el trabajo escriturario, etc. Me dijo que había cambiado en esto: que no pensaba mandarme escribir, porque la religiosa de clausura debe vacar a Dios por la contemplación, etc., etc. En una pala-

bra, se expresó en términos tan distintos que solía antes, y con acento tan misterioso y, al parecer, despreciativo, que me impresionó. Me quedé contensísima al ver que no pensaba mandarme escribir, pero al mismo tiempo con un sufrimiento horroroso en mi alma.

Por el momento no pudo el dolor posesionarse de mi alma por la intimidad que gozaba de Dios nuestro Señor; pero el día 20, por la noche, el diablo aprovechó la oportunidad para sugerirme la idea de que estoy comprendida en el número de las almas a quien se refieren las siguientes palabras de la Santa Escritura: *Semper hi errant corde, ipsi vero non cognoverunt vias meas* [5].

[743] Que el cambio de mi Director, en lo que se refiere a mi vocación a escribir —o que él calificó de vocación—, obedece a que durante su larga ausencia ha conocido que me dirigió mal la otra vez; que los Directores que me han obligado a escribir lo han hecho sugestionados por las manifestaciones que yo les había hecho de mis interioridades; y que la responsabilidad del yerro pesaba sobre mí, porque no era voluntad de Dios que tuviera dirección, ni menos que manifieste a los Directores mi vida interior, porque soy capaz de engañar al más listo y prevenido; que toda la vida he andado errante, fuera de los caminos de Dios, y todos los sacrificios y privaciones que me impuse por obediencia son no sólo inútiles, si que también perjudiciales a mi alma.

Para mayor tormento, previ que mi Director, pasado algún tiempo, me obligará a escribir, y este conocimiento era pena insoportable para mi pobre corazón, por la posibilidad de verme comprendida en las palabras que siguen a las citadas anteriormente, que dicen: *Quibus juravi in ira mea si introibunt in requiem meam* [6]. Quería hacer voto de no es-

[5] «Siempre torcidos de corazón, ellos no conocen mis caminos» (*Ps* 94, 10-11).

[6] «Por eso en mi cólera juré: No han de entrar en mi reposo» (*Ps* 94, 11).

cribir nunca para que no me obligase el Director, y no me atrevía; dejar la dirección, y tampoco me atrevía; y este medio de santificación se presentaba a mi vista como causa de condenación, de perpetuo extravío de los caminos de Dios. Sufrí horriblemente por espacio de seis o siete días; pasé noches horrorosas, sufriendo una pena intensa insoportable, que entrañaba todos los sufrimientos espirituales de mi vida religiosa, excepto el alboroto, pavor y otras inquietudes; pues, en medio de la agonía y congojas que padecía, estaba perfectamente resignada y con una paz y tranquilidad en el fondo del alma inexplicable, repitiendo *Amén* a todas las desventuras que me parecía se habían cumplido en mi alma y las horrorosas perspectivas de mi porvenir.

[744] Tenía una confianza amorosa filial en Dios nuestro Señor, capaz de desconcertar a cualquiera que penetre el doloroso misterio que en mí se cumplía; sólo temía la posibilidad de mi condenación si el Director cambiaba de impresiones y me obliga a escribir, porque atribuía el cambio a las manifestaciones que le haré de lo que pasa en mi interior, a pesar de mi propósito de ocultar todo lo que se refiere al trabajo escriturario. No puedo, amadísimo Padre, manifestarle lo mucho que he sufrido en este sentido, si bien no todo ha sido sufrimiento, porque debo a mi Dios muchos y singulares favores y manifestaciones de la providencia paternal que tiene conmigo. Al sexto o séptimo día, fue servido nuestro Señor quitarme estos sufrimientos, y las continuas sugestiones que con este motivo he padecido contra la dirección también han desaparecido, y espero resignada las órdenes de Dios para cumplirlas.

Contestando a la cuenta de conciencia que le di de estas sugestiones el 29 de Junio y 5 de los corrientes, mi Director me contesta lo siguiente: "Ya te veo luchando a brazo partido con tus aprensiones y sugestiones contra la dirección, esto es, contra Dios. Estás obligada en conciencia —y yo te lo mando— a desechar toda idea, sugestión, etc.,

contra la dirección, por muy velada y razonada que se presente, y ten entendido que con darles entrada desagradas a Dios y le desprecias. Ni basta decir que la dirección te obliga a escribir y que el escribir mata tu espíritu." Después de un largo párrafo, que recuerda los progresos que hizo mi alma en la santidad mientras me ocupaba en escribir por obediencia, añade y dice: "Luego el escribir por obediencia no te ha detenido en la virtud; aparte de que ya te he dicho que te voy a dejar llevar una vida muy descansada en Dios, y no pienso ni quiero que escribas cosa de importancia hasta que hayas absorbido el Espíritu Santo y puedas decir con verdad: *Vivo yo, no yo, sino que el Espíritu Santo vive en mí*[7]. Y si entonces el Espíritu Santo quiere escribir, le dejaré que escriba, etc., etc."

[745] Ya se expresa de otro modo que cuando me habló aquí. Lo mismo le ocurrirá —creo— respecto de la voluntad de Dios acerca de los escritos que reclamó en su nombre. Mientras llega la hora, tendremos paciencia; porque entiendo que nuestro Señor se vale del medio de esta clase de divergencias para manifestarle al Director los sentimientos que imprime en el alma, máxime cuando el Director observa los movimientos del alma así contrariada en lo más vivo.

Escrito lo que antecede, he hablado con el R. Padre García, a quien llamé ayer para enterarle de la contestación de mi Director. Le he dado a leer la presente. Tal vez vaya por ahí la semana próxima y le enterará mejor de palabra. Mi cariñoso y respetuoso saludo al R. P. Maestro, y que me encomiende. V. R. no se olvide de rogar a nuestro Señor y a nuestra dulcísima Madre por su humilde hija, q. b. s. m. y le pide la bendición.»

Nuevas luces que recibió la M. Angeles la confirmaron en que era voluntad irrevocable de nuestro Señor que publicáramos sus escritos. Así nos lo comunica en carta del

[7] *Gal* 2, 20.

17 de Julio de 1920, y al mismo tiempo nos dice que el P. Mariano, en vista de nuestra negativa —y, sobre todo, no queriendo oponerse a la voluntad de Dios—, respeta los hechos consumados, es decir, la entrega de los escritos para que los publicáramos, y permite que continúen en nuestro poder. Insiste, sin embargo, en que aún no ha llegado la hora de la publicación, y así nos lo comunica la M. Angeles dos días después, en la siguiente carta:

[746] «Mi muy amado Padre: Nuestros Soberanos Amores reinen en nuestros corazones.

Recibí su carta y celebraré que los santos ejercicios le hayan reportado copiosos frutos de santidad. Ya le he encomendado a nuestro Señor en mis pobres oraciones.

Después de recibir su carta, le comuniqué a mi Director los deseos que me ha manifestado el R. P. Arintero por espacio de un año de publicar la obrita que tiene V. R. Mi Director no está conforme con que se publique dicha obra, ni parte de mis escritos. Dice que *no ha llegado mi hora* [8]; querrá decir, de publicar mis escritos. Tal vez fue ése el motivo de reclamarlos, como sospechó V. R. Si V. R. no tiene interés o apremios de parte de Dios nuestro Señor para la publicación de mis escritos por ahora, le agredeceré, amado Padre, que prefiera la voluntad de mi Director a la del P. Arintero, a quien di mi conformidad para hablar con V. R. —o manifestarle su deseo— con la condición de que no violente su voluntad, pues yo le había entregado los escritos incondicionalmente, para que disponga de ellos como le plazca o estime conveniente.

Lo que me mueve a desear que se respete por ahora —hasta que manifieste nuestro Señor su divino querer— la opinión de mi Director, es que intervino éste en las místicas ascensiones de mi pobre alma descritas en la obrita de referencia desde el capítulo 14 hasta el 19 inclusive [9],

[8] Cf. *Jo* 2, 4.
[9] Se refiere al tratado *La Vida Espiritual.*

y, ahora como entonces, su dirección me reporta muchísimos bienes. Es el Director que más me ha tratado y mejor ha respondido a las necesidades de mi alma y a los designios de Dios relacionados con mi santificación y mis destinos.

No dudo, pues, que nuestro Señor le manifestará su voluntad respecto de la publicación de mis escritos cuando llegue la hora, pues es alma de mucha oración y celoso de la gloria divina, y conoce perfectamente mi vocación, o sea, que nuestro Señor no me concede sus gracias para mí sola...

[747] Le agradeceré mucho que me conteste, para mi tranquilidad. Respecto de los *Mensajes* y la relación en forma de carta, puede mandármelos en la primera ocasión que se presente, de algún Padre o Hermano, etc., de confianza, que venga a Valladolid. Se lo devolveré en seguida que copie lo que necesito.

Mi cariñoso saludo al R. P. Maestro, y que me encomiende. V. R. no se olvide de su afectísima, q. b. s. m. y pide la bendición.»

Era, sin duda, más conveniente esperar a la próxima muerte de la M. Angeles para publicar sus obras con su propio nombre y con la noticia de sus virtudes; y la Providencia dispuso suavemente las cosas para que así sucediese.

Entre tanto —no sabemos con qué fecha—, nos dio cuenta la Esclava de María de una visión maravillosa que mucho nos interesaba.

«Desde Diciembre estoy un poco mal de salud, y no he escrito nada. Varias veces me he sentido fuertemente impulsada a escribir o dictar; pero he resistido y he procurado ahogar todo impulso que me arrastra a exteriorizar mis sentimientos espirituales. El ideal de dichos impulsos ha sido la gloria de la Santísima Virgen, la extensión de su reinado y, por su medio, el reinado de Jesucristo, desde

Noviembre o Diciembre, que me ocurrió lo que voy a decir, si no se lo he dicho ya.

Una tarde, durante la oración mental de Comunidad, sentí un germen divino, que bullía o se desarrollaba en el fondo de mi alma. Me sentí abrasar en el amor de la Santísima Virgen y en el celo de su gloria, y un impulso soberano me impulsaba a trabajar en este sentido. De repente, mientras luchaba con dicho impulso, abrióse un horizonte a mi vista intelectual. Vi inmensa pléyade de Santos en una especie de campo cuyo término no veía por la parte que miraba donde yo estaba. El campo o terreno estaba cercado por un muro, especie de vallado. El terreno estaba situado al lado izquierdo de servidora; mejor dicho, estaba delante de mí, pero extendíase inmensamente hacia la izquierda. Los Santos establecidos en él agitábanse unos más, otros menos; varios, como las ramas de frondoso árbol agitado por el viento, se inclinaban profundamente, y, al chocar con el muro o vallado, volvían a enderezarse, repitiendo esto cada momento. Unos cuantos parecía que corrían hacia el muro; mejor dicho, estaban inquietos, descontentos, en el espacio cercado, y, con impetuosidad radiante de luz —como llamas de fuego—, corrían hacia fuera; pero al chocar con el muro volvíanse a su sitio. Del seno de la asamblea salió un pobrecillo como un relámpago y con impetuosa agilidad escaló el muro y salióse fuera del cercado, y puesto de pie en el horizonte abierto hacia la derecha y extendidos ambos brazos, empezó a predicar y llamar a las generaciones a participar sus sentimientos marianos, a compartir su vida mariana.

[749] Mientras contemplaba el espectáculo fui requerida para romper o destruir el muro que impedía a los Santos salir de los límites de dicho campo y asociarme a la predicación del pobrecillo. El llamamiento procedía del misterioso Predicador y del espíritu que trabajaba mi corazón y me abrasaba en el amor de la Santísima Virgen, o sea, externo e interno simultáneamente. Entendí que en el campo

o asamblea de los Santos estaba representada la Iglesia triunfante y militante. La agitación de todos expresaba su devoción a la Señora; y los que se distinguían por la inclinación y movimiento hacia fuera son los Santos que han manifestado y exteriorizado su amor a la Santísima Virgen y se distinguieron por su devoción a la Señora: S. Bernardo, S. Buenaventura, etc. El pobrecillo que escaló el muro entendí que era el Bto. Montfort, y éste me arrastraba para secundar sus proyectos y, al efecto, destruir el muro y hacer que la Iglesia se extienda por el horizonte abierto a la derecha.

Sentí fuerte impulso a escribir un artículo sobre la esclavitud mariana y decirle a V. R. que lo pusiera en conocimiento de todos los religiosos y religiosas de España, para que empiece por nosotros —llamados a la perfección cristiana— el reinado universal de María. Pero España me pareció terreno limitado para el amor y celo que abrasaba mi corazón. Quería y sentía necesidad de imponer la esclavitud mariana al mundo entero, y como me pareció atrevimiento intentar esta empresa salvadora, resolví resistir tales impulsos y despreciarlos como verdaderas locuras, a pesar de la seguridad que me inspiró nuestro Señor, y de penetrar en aquellos momentos los misterios marianos encerrados en multitud de textos y acontecimientos escriturarios.»

Nada más dice la carta sobre tan interesante asunto.

Hoy podemos ya decir que la visión es realidad, porque los escritos de la M. Angeles la asocian a la predicación del misionero —en su tiempo tan despreciado y perseguido—, cuyas doctrinas —como la luz da resplandores—, descendiendo de la celestial Jerusalén, inundan hoy la Iglesia militante.

CAPITULO VIII

Reformadora y Superiora modelo

RESUMEN: *Reformas que introdujo en la Comunidad la M. Angeles, descritas por el P. Mariano de Vega: María Santísima, Abadesa perpetua; nueva distribución de tiempo; silencio; prácticas de oración y penitencia; instrucciones; pobreza; trabajo.—Mejoras en el convento.—Recursos providenciales.—El párroco Sr. Serrano.—Cartas a la Reina y a los ministros para eximir el convento de una contribución.*

[750] El P. Mariano de Vega resume en el siguiente informe las reformas que introdujo en su Comunidad y convento la M. Angeles en el largo período de su superiorato, que abarca desde 1904 a 1921, pues fue reelegida cuatro veces, por unanimidad.

La vida externa de la Madre Angeles, durante los seis años que comprende el libro cuarto de su *Autobiografía,* se desarrolla en el régimen de su Comunidad, reformándola y elevándola a tal altura de paz, observancia, caridad y unión, que dudo haya ninguna de su Orden que la aventaje. En la imposibilidad de poder anotar todo cuanto la Madre hizo en pro de su Comunidad, me limitaré a indicar los puntos más principales.

1.° *María Santísima, Abadesa perpetua.*—Lo primero que hizo la Madre Angeles al ser elegida Abadesa fue colocar a la Comunidad bajo la dirección de María Inmaculada, votándole toda la Comunidad y nombrándola Abadesa perpetua del convento y haciendo que la Santísima Virgen tomase posesión del cargo, colocando la imagen de la Inmaculada en la silla prioral del coro. Cuando ingresaba alguna religiosa, tenía que depositar su cédula electiva-mariana en un sobre colocado en los pliegues del manto de María, que contiene las cédulas de toda la Comunidad. A esta elección, consagración, filiación y esclavitud mariana de la Comunidad atribuía la Madre Angeles todas las prospe-

ridades espirituales y materiales que llovieron sobre tan afortunada Comunidad. Tenía gran empeño en estimular, más aún, obligar a las jóvenes a que se consagraran al amor de tan dulce Reina, comenzando por entregarse a su amor y servicio con el acto de entrega en que la reconocían por su única Madre, Maestra y Abadesa. Solía preparar a las religiosas con pláticas fervorosísimas, novenas, conferencias y, a veces, con ejercicios espirituales, para celebrar las fiestas de la Santísima Virgen, en cuyos días se desbordaba hasta en lo externo el entusiasmo y amor hacia su divina Madre, Maestra y Abadesa. Quería también que la lectura espiritual preferente la tuvieran en la *Mística Ciudad de Dios,* de la Venerable M. María [de Jesús] de Agreda, a fin de que conociesen a fondo la vida, virtudes, dones y privilegios de la Santísima Virgen [1]. En este sentido era incansable.

[751] 1.° *El horario.*—Lo segundo que hizo fue establecer un horario aprobado por el Excmo. Prelado. Con este medio atajó muchos abusos y encaminó a la Comunidad a una perfecta observancia regular.

3.° *El silencio y abstracción de criaturas.*—Fue una de las cosas en que puso más empeño para que se observara con exactitud. Quitó de las celdas todas las sillas que tenían las religiosas, dejando una sola para el uso de cada cual, evitando de este modo que las religiosas entrasen de visita

[1] *Mística Ciudad de Dios,* de la Venerable Madre María de Jesús de Agreda. Sor Angeles conoció este libro en el convento, como parte integrante que es de la tradición espiritual de su familia religiosa. La obra de la Venerable es, sin duda, una de las glorias más insignes de la Orden Concepcionista y aun de la espiritualidad franciscana. La *Mística Ciudad,* a pesar de su revestimiento barroco y de la fronda de anécdotas que la recubren, en su sustancia y meollo es una vida de la Virgen, una exposición de las virtudes y camino de santidad practicado por la Virgen, y como tal la estimaba y leía mucho Sor Angeles, sobre todo en los primeros años de su vida religiosa. Existe edición moderna de esta obra, hecha en Madrid en 1970, y la distribuyen las Concepcionistas de Agreda (Soria).

y pasasen el tiempo faltando al silencio y, tal vez, a la caridad. Ella misma era un ejemplo vivo de silencio, pues era religiosa de muy pocas palabras, salvo cuando el deber o la caridad pedían otra cosa. Para acostumbrar a las jóvenes a no decir palabra alguna en horas o lugares de silencio regular, les compró unas pizarritas, y cuando alguna religiosa tenía que preguntar a otra alguna cosa, lo hacía por escrito en su pizarra, contestando la otra en idéntica forma. En las conferencias espirituales inculcaba una y otra vez este punto de observancia, indicando al mismo tiempo las penitencias que habían de hacer en público refectorio las que lo quebrantasen. Con estos y otros medios logró que en su convento hubiese perfecto silencio y completa soledad y que sus monjas fueran en verdad almas solitarias. Otro de los abusos que más empeño puso en desterrar del convento fue el que las religiosas no entrasen en la cocina, pues era uno de los sitios donde más se faltaba al silencio y a la caridad.

Pero no contenta la Madre Angeles con establecer en su Comunidad el silencio interno, procuró, ilustrada por Dios, introducir también la soledad externa y abstracción de criaturas, contribuyendo grandemente para ello el alejamiento de los seglares del locutorio. Era costumbre, como en otras muchas Comunidades, tener refrescos en la grada los días de la novena de la Inmaculada; comenzó por reducirlos al último día, y, algún tiempo después, los quitó del todo. Lo mismo hizo con los refrescos que solían dar en las profesiones y tomas de hábito, logrando que desapareciesen. Y para que las religiosas en ningún tiempo se olvidasen de esta observancia, obtuvo del Ilmo. Señor Segura un Auto de Visita, en el que se establece que, sin permiso del Excmo. Prelado, nunca se puedan dar convites en el locutorio.

[752] Para llenar cumplidamente el fin que la Santa Iglesia se propone al bendecir y conceder el velo a la religiosa profesa, y para poner en práctica lo mandado en la Santa

Regla [2], estableció que todas las religiosas estuviesen en el locutorio con el velo echado, cubriendo completamente el rostro. Solía decir que esto le había costado oír muchas burlas, incluso de personas que, por su estado y carácter, debieran aprobarlo. Pero, mujer verdaderamente fuerte, no era alma que retrocediera ante el respeto humano, y, tratándose de un punto de observancia regular, no cedía por nada ni por nadie en su santo empeño.

4.° *Comunión diaria.*—La estableció a principios del año 1906, apenas tuvo conocimiento del Decreto dado por Pío X sobre la Comunión frecuente diaria.

5.° *El ejercicio de la Cruz.*—En su deseo de imitar a la Venerable M. María de Jesús de Agreda, comenzó la M. Angeles a practicar *el ejercicio de la Cruz,* y para ello se servía de una que había en la Comunidad; puesta en ella, meditaba en las siete palabras, agonía de nuestro Señor Jesucristo o en algún otro paso de la Pasión. En 1904, el Excmo. Sr. Arzobispo, después de terminar la visita del Convento, instó a las religiosas repetidas veces le pidieran alguna gracia. En vista de este empeño, suplicóle la M. Angeles regalase a cada religiosa una Cruz grande, de la altura respectiva de cada religiosa. Y, efectivamente, el Prelado se las envió con suma complacencia y agrado. Con este motivo comenzaron todas las religiosas a practicar en su celda *el ejercicio de la Cruz.* Más tarde, don Anastasio Serrano, párroco de S. Miguel, regaló a la M. Angeles otra Cruz,

[2] La Orden de la Inmaculada Concepción (O. I. C.) tiene Regla propia, aprobada por Julio II, en 1511. Se trata de una Orden fundada para honrar el misterio de la Concepción Inmaculada de María tres siglos antes de que este dogma fuera definido por la Iglesia. Su fundadora, Sta. Beatriz de Silva, ha sido canonizada en 1976. Véase IGNACIO OMAECHEVARRÍA O. F. M., *Las monjas Concepcionistas. Notas históricas sobre la Orden fundada por Beatriz de Silva;* Burgos, 1973. El detalle de que las monjas vayan al locutorio con el velo echado sobre el rostro, no se encuentra en la Regla ni en las Constituciones (de éstas hemos visto las de Merinero, en la edición hecha en Orihuela, en 1885). Con todo, la cosa ha estado más o menos en uso casi hasta nuestros días.

que, por no ser idéntica a la que usaban las demás religiosas, colocó en el cementerio. La última cruz que usó fue de Sor Angeles Bustamante, y mide 1,70 metros de alto por 1,05 metros de ancho y 5 centímetros de grueso; pues el tamaño de cada cruz se adapta a la estatura de la religiosa que la usa.

[753] 6.° *El Vía Crucis.*—Lo estableció en Octubre de 1907, a raíz de la visita que hizo el Excmo. Sr. Cos. Se practica en la Comunidad todos los días, antes de comer; cada religiosa recorre las estaciones cargada con su cruz y con una corona de espinas en la cabeza, a manera de Nazarena. Decía la Madre que este ejercicio era muy del agrado de Dios, como acto de propiciación e impetración a favor del mundo prevaricador y que había entendido le mandaba Dios lo estableciese de Comunidad.

7.° *Capítulo de culpas y penitencias en el refectorio.*—Con el fin de implantar y conservar en su Comunidad la disciplina regular, impedir las transgresiones de la Santa Regla y Constituciones, y corregir y castigar a las culpables y negligentes, estableció la observancia del capítulo de culpas, que tenía todos los viernes; lo cual produjo excelentes resultados. Introdujo también en la Comunidad el uso de penitencias públicas en el refectorio, pero voluntarias, las que practicaban las religiosas durante la comida.

Unas penitencias eran para todos los días de la semana y otras para los días de ejercicios espirituales y Semana Santa. Comenzó ella misma por dar ejemplo, haciendo varias penitencias particulares durante el año; y en los ejercicios, que solía hacer sola antes o después de la Comunidad, el primer día se postraba a la puerta del refectorio teniendo que pasar sobre ella las demás; el segundo día pedía de limosna a las demás religiosas la sopa, que comía en medio del refectorio, no tomando aquel día más alimento; los demás días hacía otras penitencias parecidas, siendo una de ellas hacer nueve postraciones en tierra, en reverencia de los nueve meses que el Verbo divino estuvo

en el seno de María. Cuando en estos días tomaba asiento, lo hacía en el último lugar del refectorio.

[754] 8.° *Instrucciones espirituales.*—En los capítulos de los viernes dirigía además a la Comunidad una instrucción o plática, muy fervorosa a la vez que instructiva. Comenzó por la explicación de la Santa Regla, Constituciones y significado espiritual y místico del santo hábito; después la vida de la Santísima Virgen y de nuestro Señor Jesucristo, basada su explicación en los santos Evangelios. Más tarde fue hablando de la Esencia de Dios, de los divinos Atributos y de las tres Divinas Personas; les exponía de un modo admirable y divino, a la par que sencillo, muchos textos de la Sagrada Escritura, etc., etc.

Preparaba a la Comunidad para las grandes solemnidades del año con pláticas o conferencias espirituales, basadas generalmente en la Liturgia sagrada de la festividad respectiva. Estableció el día de retiro mensual y solía tener en él su conferencia espiritual. Además, uno de los medios que mejor resultado le dio para la formación de las jóvenes fue dirigirles por sí misma los santos ejercicios para las tomas de hábito y profesiones; lo cual hacía con tanta formalidad y perfección como lo hubiera hecho el más perfecto orador sagrado. De ordinario, todas las demás religiosas querían tomar parte en estos santos retiros y asistir a sus admirables pláticas, y solía concederles esta gracia, y a las jóvenes les permitía que se adhiriesen a las ejercitantes e hicieran ejercicios formales con ellas, lo que les otorgaba como premio o recompensa de algún trabajo o labor extraordinaria que hubieran practicdo, v. g., limpieza general del convento, etc., etc.

Conocía tan a fondo los corazones, y veía tan claro lo que por ellos pasaba —bueno y malo—, que, al estar predicando a sus religiosas, tenía clarividencia de los efectos, generalmente admirables, que sus palabras producían en el fondo de sus almas.

No contento su celo con las instrucciones verbales que

daba a sus hijas, lo hacía también por escrito, en lo que tenía pasmosa facilidad, entregándoles varios documentos, v. gr., ejercicios de la buena cristiana y religiosa, coloquios, horarios adecuados a cada una, etc. Era incansable en lo tocante a la formación de la juventud.

[755] 9.° *Celadora de la santa pobreza.*—Arregló la ropería común y llevó a ella todos los baúles y prendas de las religiosas. Introdujo el uso de alpargatas y desterró toda otra clase de calzado. Igualmente introdujo para los lechos el uso de jergones y eliminó las demás comodidades. En el vestir aprobó exclusivamente lo que ordena la Santa Regla: hábito y túnica, a excepción de las enfermas, con las que fue siempre benignísima.

10.° *El trabajo material.*—Aunque deseaba y procuraba que sus religiosas fueran todas almas verdaderamente contemplativas, siendo como es muy dificultoso que estuvieran siempre y de continuo elevadas en Dios, y para evitar la ociosidad, raíz de todo mal, y por razones de economía y retiro de seglares, estableció que se lavase dentro del convento toda la ropa de Comunidad; que, además del extenso jardín, cultivasen por sí mismas, las religiosas, la pequeña huerta, blanqueasen el convento, enladrillasen el pavimento y hasta hicieran obras de carpintería, etc., etc.

[756] 11.° *Mejoras del convento.*—Cuanto trabajó por el bien espiritual de la Comunidad y de las religiosas en particular, otro tanto trabajó y se esmeró por su bien material. Llevó a cabo importantes obras, entre otras el entarimado del coro, iglesia y presbiterio, cerrando la sacristía subterránea que había debajo de éste y haciendo otras dos nuevas, la exterior para servicio de la iglesia y la interior para servicio del convento; adquirió las imágenes de la Inmaculada —que preside en el altar mayor— y las de S. Francisco y Sta. Clara, que están a sus lados, y las de los Sagrados Corazones que están en las credencias; arregló el lavadero y construyó un buen depósito de agua para el mismo; agrandó la cocina y puso una nueva pila de már-

mol para fregar; cerró con vidrieras la escalera principal —que antes estaba al aire libre—, así como la planta baja, y puso baldosín en toda ésta y en gran parte de las celdas y oficinas, que todavía tenían el piso, éstas de canto rodado y aquéllas de yeso. Más tarde compró un buen armónium para el coro; construyó casa para el señor capellán, entarimó la grada y colocó una buena serie de bancos en la iglesia; además de otras muchas obras de menor importancia.

Y no obstante estas y otras mejoras, la M. Angeles acrecentó considerablemente el capital de la Comunidad, el cual, cuando tomó posesión del cargo de Abadesa, era muy insignificante. Todo esto lo realizó con la ayuda de personas piadosas, quienes con gusto la favorecían con sus limosnas, por su extremada afabilidad y para merecer sus oraciones, como, entre otros, solía manifestarlo el anciano y virtuoso párraco de S. Miguel, D. Anastasio Serrano, uno de los mayores y mejores bienhechores que ha tenido la Comunidad, el cual no acertaba a explicar la satisfacción que encontraba su alma en hablar con la Madre, por el trato afable, fino y espiritual que tenía.

Para terminar este capítulo vamos a dar cuenta de un rasgo muy genial de la extática reformadora, que, a semejanza de Santa Teresa de Jesús, a pesar de tanto trato con el cielo, sabía muy bien vivir en la tierra.

Todo nos lo diría ella misma en su correspondencia con el P. Alfonso, de la que hemos reservado algunas cartas para este lugar.

Dícele así, el 18 de Abril de 1917:

«Ayer se me olvidó decirle lo que nos ha ocurrido con respecto a la contribución urbana. Vinieron con el recibo y me negué a pagarlo. Mandé una protesta al Sr. Jefe de la Recaudación, el cual me la devolvió diciendo: "Que no a él, al Delegado de Hacienda debía dirigirme para hacer las protestas que estime conveniente; pero que me avisaba para mi gobierno que el Sr. Cardenal —Cos— había

dado orden para pagar la contribución, y la habían pagado otras Comunidades."

A pesar de esta observación, que me la hizo con finura —se conoce que es bueno—, mandé la protesta al Delegado de Hacienda y escribí una carta al Ministro de Consejo —Presidente del Consejo de Ministros—, Sr. Maura, y otra al Ministro de Hacienda diciendo que me habían presentado un recibo, etc., y que no podemos aportar esas cantidades trimestrales al Tesoro público, y que me extraña mucho que en una nación tan católica como nuestra España se someta a la ley de la contribución a unas pobres religiosas de rigurosa clausura, que han consagrado su vida al culto y servicio de Dios y a rogar por las necesidades del mundo y de la Patria, y que espero de su bondad que solucionará este asunto favorablemente, interpretando los sentimientos de nuestros católicos Reyes, etc. El Ministro de Hacienda me contestó inmediatamente diciéndome que no es de su incumbencia trastornar el orden de la legislación, porque todo tiene que seguir sus trámites; pero que, cuando el expediente llegue a sus manos, lo instruirá animado del deseo de complacerme. El Sr. Maura no me ha contestado.

[759] Después de escribir al Ministro de referencia recibí una circular del Sr. Cardenal, de cuyo contenido le supongo enterado, pues habla con todas las Comunidades de religiosas, cuya circular revela el interés con que ha defendido nuestros derechos y que todavía piensa hacer algo por nosotras. Como no manda que se pague la contribución, y servidora había escrito ya a Madrid, esperé a ver en lo que paraba la cosa; cuando me presentan un papelucho que contiene el total de los débitos, y 25 pesetas de apremios, y la amenaza de que nos van a embargar los bienes si a las veinticuatro horas no pagamos la contribución. Inmediatamente escribí al Jefe de la Recaudación pidiendo treinta días de plazo para acordar lo que debo o me conviene hacer, y le mandé una copia de la contestación del Mi-

nistro de Hacienda. Escribí también a la Reina Madre, D.ª María Cristina, comunicándole lo que nos pasaba [3]. Acompañé la carta con el papelucho del embargo, y le dije que si no puede eximirnos de la ley de la contribución, que nos lleve a una de sus posesiones exentas de contribución, porque no podemos pagar las cantidades que reclama la recaudación cada tres meses, máxime por un edificio pequeño. Esto último se lo decía también a los Ministros.

Hoy ha venido el Jefe de la Recaudación a decirme que esté completamente tranquila porque no nos ocurrirá nada, pues él es el que lo maneja todo; que dentro de un mes pasará otro aviso, porque tiene que cumplir las leyes; pero que estemos quietas y completamente tranquilas, y que acuda a él con toda confianza en cualquier cosa que me ocurra. Gracias que no hice caso de algunas que querían que pagara la contribución; pues espero que Dios nuestro Señor moverá a la Reina, o a estos buenos señores, a defender nuestros derechos y nos dejarán en paz. Así sea.

De V. R. humilde hija, q. b. s. m. y le pide la bendición.

Sor Angeles.»

En otra esquela, sin fecha, comunica a su Director la M. Angeles que ha recibido contestación del Sr. Maura, que le dice ha escrito al Delegado de Hacienda de Valladolid para que le informe.

[3] *La Reina Madre D.ª María Cristina.* Es de notar que Florencia, cuando trabajaba en la fábrica de boinas Elósegui, de Tolosa, fue premiada por la reina D.ª María Cristina. Véase 1.ª edición de la *Autobiografía,* pág. 39, nota.

CAPITULO IX

La Abadesa, descrita por sus monjas

RESUMEN: *Retrato de su cuerpo y de su alma.—Su gobierno.—Formación ascética y mística que daba a sus religiosas.—Penetración de corazones.—Magisterio.—Vida común en lo exterior.—Trato con sus súbditas.—Paciencia y mansedumbre.—Caridad, en especial con las enfermas.—Entereza en exigir la caridad.—Aumento de personal y mejoras en el edificio.—Administración.—Recursos providenciales.*

[760] Vamos a concretar en este capítulo el retrato que de sí misma nos ha dejado la buena Madre con las pinceladas que añaden sus hijas.

Comencemos por el retrato de su cuerpo, supliendo con la palabra lo que no pudo decir la fotografía, porque nunca consintió la Madre Angeles en que la retrataran.

Sor Natividad de la Puebla la describe así:

«Su estatura era alta, elegante en su talle, hermosísima en su rostro y toda ella agraciada. En lo moral no hay que decir, pues en su rostro angelical se dibujaba con caracteres indelebles la inocencia y pureza de su hermosísima alma.»

La M. Presentación dice así:

«Cuando tuve la dicha de ingresar en esta santa casa y de conocer a su dignísima Superiora, quedé encantada y entusiasmada de su trato amable y cortés y delicado, a la vez que prudentísimo, con lo que dejaba traslucir un talento extraordinario, a la vez que era inocente y candorosa como una niña; y a poco que se la tratase se comprendía que era una de esas privilegiadas criaturas que si heredaron la naturaleza de Adán, no sus inclinaciones ni hábitos viciosos; su inocencia, pues, se retrataba en su bello rostro, que a pesar de lo demacrado que lo tenía por sus excesivas

[1] Este capítulo, en la copia mecanográfica que se guarda en el archivo de la Concepción de Valladolid (Carpeta XIV), figura como Capítulo V.

—aunque ordenadas— penitencias, conservaba rostro de belleza, que aun en este sentido había sido favorecida por el divino autor para que se cumpliese aun en lo vulgar, que dice "que la cara es el rostro del alma".

[761] Era, pues, morena; pero la palidez la hacía parecer blanca, ojos grandes, negros y muy vivos, a la vez que modestísimos, pues difícilmente los fijaba en las criaturas a no ser por necesidad para ver el estado de salud de sus hijas; la nariz recta y muy bonita; la boca, pequeña y los labios regulares y encarnados, el rostro largo, las cejas muy pobladas y muy unidas, el color negro como el cabello.

Era de alta estatura, muy proporcionada, graciosa y muy elegante, con una majestad respetable que se imponía y hacía venerar a la par que amar, pues se hallaba un no sé qué que atraía y cautivaba, pero con afición purísima y filial. Por entonces, es decir, cuando la conocí, que fue el año 1906, su aspecto ordinario era serio, pues para entonces había perdido su natural alegría y en ocasiones se transformaba de tal modo que parecía un cadáver, lo cual me hacía entender los grandes sufrimientos a que por entonces estaba sometida su alma, como era cierto.»

El retrato moral nos lo ha trazado admirablemente ella misma en este escrito, y no hay que añadir sino que los testimonios de las religiosas están de acuerdo con la *Autobiografía.*

[762] Su segundo Director, el M. I. Sr. D. José Hospital, cuando por vivir ella no podía hablar tan libremente como quisiera, escribía a la R. M. Presentación, hablando de ella:

«Es un alma muy de Dios, la que no conocerán VV. hasta que se vaya al cielo, Dios quiera que hable yo [2]. Amenla VV. y venérenla y sigan sus ejemplos y virtudes, pues VV. no

[2] El señor Deán, José Hospital, falleció antes que la sierva de Dios. En el archivo de la Concepción existe copia de una carta de pésame escrita con este motivo por la sierva de Dios (Carta a Pepita Hospital, de fecha 16 de Julio de 1916).

pueden comprender lo que tienen en casa en la persona de tan santa Madre.»

El R. P. Mariano Martínez O. S. F., que trató con ella, también íntimamente, nos escribe: «Nuestra amadísima sierva de Dios, en mi humilde parecer, era una gran santa, y no perdió nunca la gracia bautismal, según que yo pude intencionalmente investigar.»

El R. P. Alfonso Vega O. P. resume su juicio diciendo que «la M. Angeles Sorazu fue un alma enjesusada, de quien puede decirse, según mi humilde modo de entender, lo que el evangelista S. Lucas dice de nuestro adorable Salvador: *caepit facere et docere* [3]. Hizo y enseñó. Hizo o practicó todas las virtudes en sumo grado y enseñó a las gentes con sus admirables escritos el modo de practicarlas y de enjesusarse, salvando el abismo o la distancia inmensa que de Jesús nos separa, pasando por el grandioso y segurísimo puente de María Santísima».

El Rmo. P. Fr. Agustín M. Hospital, que sostuvo con ella muy íntima correspondencia, dice que «la tenía por un alma abrasada de amor de Dios, colmada de dones extraordinarios, sumamente solícita de la propia perfección y ansiosa de llegar a la santidad más encumbrada» [4].

[763] Son muchas las personas que han pedido por intercesión de esta sierva de Dios la curación de graves enfermedades y otros favores más o menos extraordinarios, y algunas aseguran haber sido escuchadas.

Cuanto a su gobierno, oigamos ante todo el autorizado parecer de la M. Rosario, su antigua Superiora:

[3] *Act* 1, 1.

[4] Como ya se dijo anteriormente, Juvencio Hospital (luego Agustín) había sido Agustino, misionero, Obispo titular de Cauna y posteriormente Cartujo, Prior de la Cartuja de Miraflores (Burgos), etc. Mantuvo correspondencia epistolar con la sierva de Dios. Véase reseña de esta correspondencia —hoy en ignorado paradero y que tuvo en su poder el P. Nazario— en nuestro libro *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida.* Bilbao, 1950; vol. I, pág. 14.

«Empezó a gobernar la Comunidad con mucho acierto y gusto de todas, enseñándonos lo primero a rezar bien el Oficio Divino. Puso una hora de oración por la mañana y otra por la tarde. Silencio riguroso a ciertas horas del día. Enemiga de murmuración, aconsejándonos continuamente la caridad fraterna de unas con otras. En los capítulos nos daba fervorosísimas pláticas, demostrando en ellas el gran talento con que Dios la dotó y la ciencia infusa que poseía» [5].

La M. Presentación, su inmediata sucesora en el cargo de Abadesa, nos describe así los principales actos del gobierno de su antecesora:

«Fue nombrada para este cargo por unanimidad, si mal no recuerdo, de las religiosas, el 22 de Febrero de 1904, y para comenzar su gobierno con el mayor acierto, ya que con tanto temor y repugnancia lo había aceptado, nombró por única Superiora de esta Comunidad a N. I. y dulcísima Madre, colocándola al efecto en la silla abacial y entregándola el sello del convento, que pendía de una hermosa cadena de oro (regalo de una de las primeras jóvenes que recibió) y pende constantemente de su cuello; hizo que todas las religiosas escribiesen y firmasen el voto de adhesión reconociendo a la Soberana Señora como a su legítima Madre y Prelada, y esto repiten las que ingresan una vez que emiten sus primeros votos o antes, si así lo juzgaba prudente.

[764] Para que la devoción a N. M. fuese lo más perfecta posible, hacía se solemnizasen en la Comunidad sus fiestas con la mayor solemnidad, preparándolas de antemano con pláticas y hasta con ejercicios. Era incansable

[5] [Estas pláticas eran largas y a veces duraron hasta cerca de dos horas, según ella me dijo cuando las explicó el significado del oficio de la traslación de la Casa de Loreto.] Esta nota se halla manuscrita en la copia mecanográfica. Véase «Reflexiones sobre la liturgia de la traslación de la casa de Loreto», en *Opúsculos Marianos,* de la sierva de Dios, publicados por el P. Nazario, pág. 37 y sigs.

en predicar sus glorias, siendo sus enseñanzas altísimas, unas veces basadas en la sola Liturgia, otras, y las más, en las Sagradas Escrituras, las cuales interpretaba con admiración no sólo nuestra, sino también de los más grandes y sabios doctores, que admirados quedaban al oír con sencillez doctrinas originales y divinas.

Traducía o penetraba perfectamente los textos latinos, y con tanta perfección, que cuando leía algunas obras cuya versión del latín al castellano no era perfecta notaba sus yerros, cual si toda la vida hubiera estado estudiando la lengua latina, y es así que su educación literaria fue muy deficiente y cuando ingresó en el convento ni casi escribir castellano sabía, lo cual prueba que su ciencia en este punto, como en otros muchos, era infusa y *gratis data.*

Anhelaba como uno de los primeros medios para realizar sus anhelos de reforma en el convento recibir jóvenes con las cuales pudiese trabajar con maternal interés, y lo logró, llegando a reunir hasta 12 en muy poco tiempo, que con las 14 antiguas y contemporáneas suyas formaron una Comunidad floreciente. Por entonces todo respiraba vida, fervor y entusiasmo, siendo nuestra santa Madre el alma, apoyada en algún período de tiempo, como dejo indicado, por el M. R. P. Mariano de Vega, que trabajó con el mayor interés por el adelanto espiritual del convento.

[765] Desde el año 1906 hasta el 1920, a las 20 jóvenes que recibió las preparó con los ejercicios espirituales para sus tomas de hábito y profesiones, lo cual ha dado inmejorables resultados, y cuya semilla perdurará y fructificará por muchos años con óptimos frutos en general y en particular.

En el año 19 consagró nuevamente el convento y Comunidad a nuestra dulcísima Madre y entronizó al mismo tiempo al Sagrado Corazón de Jesús.

El 15 de Diciembre de 1918 hicieron el voto jurado de defender la Mediación universal de nuestra Soberana y fue la primera Comunidad que en España ofreció este obsequio

a la Sma. Virgen, y para conmemorar esta fecha dibujó un hermoso cuadro que representa muy bien tan soberana advocación [6]. Y para conseguir se estableciese en la santa Iglesia, Dios nuestro Señor le había hecho pasar por algunas pruebas y por una enfermedad que la puso a las puertas de la muerte, como podemos probar las que presenciamos tan terribles y raros fenómenos físicos, bien que no averiguamos el misterio hasta el 31 del mes de Mayo último que vivió, en el que, al celebrar ya muy grave, en cama, esta hermosa festividad, nos dio cuenta de cuanto anteriormente le había ocurrido.

El mismo día 15 del año siguiente, ante la presencia del Santísimo Sacramento se consagraron como esclavas de amor de la Reina de los Corazones, y me consta que en esta fecha y en las que le sucedieron hasta primeros de Enero, fue muy favorecida de la Sma. Virgen.

El último acto público que realizó fue el 24 de Diciembre de 1918: la consagración del convento al Corazón Sacratísimo de Jesús.»

[766] Cuanto a la formación ascética y mística que daba a sus súbditas la espiritualísima Abadesa, nos dice así su bien informada discípula:

«Comenzó su cargo de Superiora consagrando a la Comunidad a la Sma. Virgen y colocando la santa imagen en el lugar de presidencia en todos los sitios principales del convento. Ante estos benditos simulacros de nuestra excelsa Soberana, nos aconsejaba postrar tantas cuantas veces pasábamos ante ellos, darles cuenta de conciencia, pedirle ayuda en los momentos más apremiantes y siempre que hubiésemos necesidad, no hacer nada, absolutamente nada, sin consultarlo, y repetirle constantemente que por su amor e imitación realizamos todas las obras, aun las más insignificantes; prepararnos con sumo empeño y fervor a la cele-

[6] Como es sabido, en sus últimos años, la sierva de Dios, deseando plasmar sus vivencias, pintó o dibujó diversos cuadros.

bración de todas sus fiestas, aunque no tengan solemnidad particular o regional, de un modo especial para la Inmaculada y para la de la Encarnación. Para ésta era especialísima la preparación [7].

Solíamos levantarnos a las 12 de la noche para acompañar e imitar a nuestra Soberana, según indica la *Mística Ciudad de Dios,* y procurábamos con el mayor entusiasmo reproducir cuanto allí se insinúa. ¡Qué días tan felices pasábamos en aquel entonces! El mundo no existía para esta Comunidad, porque nuestra santa Madre nos enseñaba a elevarnos sobre las cosas de la tierra y a imitación de nuestra Soberana. Por esta razón era nuestro afán estar cuanto más pudiésemos con la Madre, pues siempre nos instruía y elevaba.

Como era tan sencilla, amable y candorosa, nos toleraba y se gozaba a pesar de su deseo de soledad y retiro, porque comprendía perfectamente era lo único que podía adoctrinarnos según los designios de Dios sobre esta Comunidad y en relación con nuestras almas.

[767] Siempre, pues, la hallábamos propicia con tal que nuestra conducta fuese correcta, pues si en algo desdecía de nuestros destinos, inmediatamente nos lo demostraba, mostrándose seria al encontrarnos; esto solo era bastante para comprender habíamos cometido alguna falta, e inmediatamente íbamos a buscarla para que nos indicase la causa de su seriedad; si nos veía humildes y deseosas de recibir la corrección, al punto nos indicaba nuestro mal comportamiento, nos corregía y las paces quedaban hechas; pero si nos mostrábamos soberbias, altivas o pegadas a nuestro juicio, aunque demostrásemos lo contrario, entonces era inexorable, nos daba una reprensión dura y nos dejaba en la mayor tribulación, pues nos acostumbraba a ver en ella no a la Superiora, sino al mismo Dios, de quien era repre-

[7] Se refiere a la solemnidad del 25 de Marzo, que era una de las fiestas entrañables de la sierva de Dios.

sentante; por esta razón su acción en nuestras almas era espiritualísima y ajena a esos dejos humanos que impiden en las almas ser tan espirituales como deben.

[768] Como ejercía tanto dominio y por sí sola se hacía amar, nos ganaba, con el sincero afecto, el corazón, y una vez hecho esto, comenzaba a trabajar en la formación interior, comenzando por el conocimiento de nosotras mismas, dándonos para lectura, entre tanto, a más de la *Mística Ciudad,* el P. Alonso Rodríguez, que nos hacía leer muchas veces, especialmente en el conocimiento propio, y todo el tratado de la humildad, y fijaba las bases de nuestra vida espiritual, que graduaba a medida del talento y grado de santidad a que cada cual estaba llamada, sin perder de vista por esto a Nuestra I. Madre, a quien nos hacía estudiar constantemente y de un modo especial, en este período, el misterio de su Inmaculada Concepción, su infancia y vida en el templo; al mismo tiempo en nuestro Divino Redentor la Pasión, para la cual tenía escrito un ejercicio que verá la luz pública por ser muy útil.

Cimentadas bien en la santa humildad, mediante el conocimiento de nuestras interioridades y purificada el alma de viciosos hábitos y dominadas las pasiones, nos introducía en la vía iluminativa, pero con nuestra dulcísima Madre, y para esto nos hacía recorrer diariamente toda la vida de nuestra Reina, asimilándonos en lo posible las virtudes que practicó y por su medio a Jesús en su Infancia y Adolescencia sin perder o dejar la Pasión.

Solía decirnos que su Mística era la imitación de sus Divinos Amores y que no quería conocer otra, pues aunque conocía todos los grados por que tienen que pasar las almas, era sin fijarse en ellos y sin saber más que a Jesús y María, bien que esto no impedía que sus dirigidas pasasen por la noche del sentido y demás purificaciones requeridas para merecer la divina Unión.

En el tránsito para este período algunas almas fueron obligadas por Dios nuestro Señor a manifestar a nuestra

santa Madre toda su vida en una especie de confesión general.

Me consta que fueron admirables los frutos que percibieron sus almas.

[769] En esto de conocer los interiores, especialmente los de sus hijas, fue singularísima. Apenas la conocíamos, estábamos persuadidas que leía en lo íntimo de nuestras almas hasta las cosas más menudas. Si nos veía tristes o abstraídas, nos hablaba de alguna cosa ocurrida que fuese semejante a la que nos pasaba, y entonces solíamos decir con sencillez: "Eso me pasa a mí." Otras veces nos revelaba nuestros secretos muy íntimos, que nadie podía saber. Y en una ocasión, después de venir de Logroño, al darle cuenta de cuanto allí me había ocurrido, al terminar me dijo: "Has dejado de decir varias cosas, pero no tenemos necesidad de recordarlas porque lo sé todo." Insistiéndola para que me las indicase, me repitió: "Ante todo tu tranquilidad, y la seguridad de que nada que pasa en tu alma se me oculta", y en algunas ocasiones me hacía conocer defectos que ni me daba cuenta de que los tuviese, y en cuanto a favores que me otorgaban, del mismo modo los percibía con mayor claridad que yo misma.

Esto mismo creo que podrían afirmar todas las religiosas.

[770] No por elevarnos a Dios N. Señor con mayor o menor grado de unión perdíamos de vista a nuestra Soberana, antes al contrario, nos hacía al principio afianzarnos e intimarnos tanto con Ella que, por muy elevado que sea el grado de unión con su Divina Majestad, jamás prescindimos de la que fue nuestra Medianera, la Santísima Virgen, y con Ella a solas, y por sí misma, nos conducía a Dios, y una vez asidas o adheridas a Su Majestad, ya en su esencia divina o por medio de sus perfecciones, se cumplía en nuestras almas lo que dejó indicado Nuestro Señor: "Nadie viene a Mí si el Padre no le envía" [8].

[8] Cf. *Jo* 6, 44.

Una vez establecidas en el Verbo Humanado, cada cual sigue el camino trazado por el divino beneplácito, bien que hasta llegar aquí todas marchan, aunque en María y con María, en distintísimos grados de amistad con la Señora. (Que creo es del caso referir, pues escríbolo con reglas generales, lo que nos insinuaba nuestra discretísima y experimentada Madre y Directora.) Entre las hijas que educó, algunas se elevaron con rapidísimo vuelo y gozan ya en el cielo el premio de sus heroicas virtudes, habiéndonos dejado muchos ejemplos que imitar y envidiando su dicha, y no dudo serán hermosas perlas que avalorarán la magnífica corona de nuestra santa Madre, pues a ella se lo debemos todo.»

Confirman el juicio del don que tenía la Madre Angeles para penetrar los corazones, los testimonios de otras religiosas. Sor María Purísima dice:

«Era tan alto el conocimiento que tenía del corazón humano, que muchas veces, sin comunicarle mis pensamientos, me manifestaba lo que me pasaba en mi interior.»

Otra religiosa, cuya relación no tiene firma, añade: «Entre otras cosas que me dijo fue el modo que yo tengo de confesar, cosa que me dejó pasmada, pues sólo Dios podía haberla dado a conocer lo que en mí tenía, pues algunas cosas no habían salido de mi pecho.»

Sor Natividad de la Puebla refiere otros secretos, conocidos, a lo que parece, con luz profética. Esta misma religiosa recuerda en particular las doctrinas de las pláticas espirituales que solía hacer la M. Angeles, y lo mismo que otras de sus hermanas, cree que hablaba por ciencia infusa al interpretar las Escrituras Sagradas. «Estas pláticas eran sencillas y a un mismo tiempo elevadísimas», dice Sor Concepción.

[771] Oportunamente nota la M. Presentación que a pesar de estas gracias tan extraordinarias, la vida de la M. Angeles era común en lo exterior, muy humana en todo y tal

que a ninguno de los médicos que la trataron infundió sospecha de histerismo u otra anormalidad psíquica.

«Aunque su vida espiritual era elevadísima, su trato exterior era ordinario, aunque en extremo agradable por las excelentes dotes naturales que poseía, y aunque en ella se reflejaba algo de la mucha hermosura que en su interior se encerraba, no era de esas santas cuyas vidas, aunque admirables, no son imitables, porque la acción sobrenatural modela a cada cual según altísimos e incomprensibles designios, notándose en casi todas las almas muy elevados fenómenos venerandos pero no imitables.

Nuestra santa Madre, excepto un período de tiempo, que, si mal no recuerdo, fue del 1906 al 1908, en el cual la vimos en bastantes ocasiones *extática,* como lo afirmarán muchas de las religiosas que actualmente viven, pues aun cuando en aquel entonces algunas creían que sería efecto de histerismo, después pudieron persuadirse con la mayor evidencia y seguridad que dicho fenómeno era puramente sobrenatural y que nuestra santa Madre no era en nada histérica, y tantos cuantos médicos la han tratado, muy ilustrados y varios, ninguno ha manifestado nunca fuese ni adoleciese en lo más mínimo de histerismo.

Pasados estos éxtasis, después nada exterior pudimos apreciar, como tampoco esas persecuciones del demonio, excepto una temporada de cuya persecución sólo se dio cuenta una religiosa jovencita, la cual, asustada de los golpes que oía a veces en la celda de nuestra santa Madre, fue contando al P. Confesor lo que ocurría, y éste la encargó que todos los días rociase bien con agua bendita la celda de la Madre.

[772] Pasados algunos años, y pocos meses antes de morir la Madre, estando en recreación hablando de la extraordinaria vida de una santa, se le ocurrió a dicha religiosa decir cuanto dejo indicado. Nuestra bienaventurada Madre se rió y no dijo nada, y al notar esto por mí misma, añadí: "Pues en una ocasión un P. Franciscano me dijo que estaba harto

de oír que un Angel daba a V. R. la Sta. Comunión cuando se queda en cama, ¿es verdad?" Nada me contestó, pero al quedarnos las dos solas me dijo que lo que habían dicho de la persecución del demonio era cierto, pero que había sido una temporada solamente, bien que desde niña el maligno enemigo la había perseguido mucho.

Viendo que con tanta sencillez y candor me hablaba, la interrogué de nuevo sobre lo que se decía de la sagrada Comunión, pero se sonrió y nada más me añadió. Este silencio me parece que era una tácita contestación de que era cierto, pues de no ser así, dado lo enemiga que era de esas exterioridades y lo humildísima que era, hubiese negado el caso rotundamente. De todos modos, nada afirmó ni negó; dejo al fallo de los prudentes censores mi criterio, en la seguridad de que lo que ordenen será justo y equitativo.»

[773] Todas las religiosas convienen en alabar la finura de su trato, siempre afable y sencillo; su inalterable paciencia y mansedumbre, que resplandecieron en circunstancias muy difíciles; su celo constante por la observancia regular, su caridad maternal con todas y especialmente con las enfermas.

«Era (dice la M. Rosario) el ídolo y encanto de todas, lo mismo jóvenes que ancianas, por su trato delicado y fino con las enfermas, especialmente con las de enfermedades más repugnantes y molestas; hacía oficio de enfermera solícita. A veces les alcanzaba la salud, a lo que parece, con sus oraciones y tal vez cargando ella misma con sus enfermedades.»

De su celo en velar por la caridad fraterna, dice Sor Natividad: «No transigía en lo más mínimo, haciéndonos pedir perdón unas a otras aun por faltas insignificantes. En esto de la caridad noté en mi santa Madre una delicadeza sin igual. Jamás de los jamases la oí hablar ni por broma mal de nadie y consentir que otras hablasen en su presencia tampoco, siempre sacaba la cara por la persona ausente.

No tan sólo nos mandaba pedirnos perdón cuando en algo nos ofendíamos, sino que nos exigía que no quedase en nuestros corazones ni el más leve recuerdo de la tal ofensa, y no tan sólo esto, sino que perdonásemos de corazón al ofensor y le hiciésemos todo el bien que nos fuese posible. *[774]* No tan sólo oí esto de sus labios, sino que se lo vi practicar a ella esto mismo, en grado heroico, pues las más privilegiadas de su corazón, merecedoras de sus cuidados maternales, fueron las que más disgustos le dieron, y no consentía en lo más mínimo se hablase mal de ellas, pues solía decir, a ejemplo de nuestro Divino Salvador: "Pobrecitas, no saben lo que hacen."

Decíala servidora en una ocasión: "Madre, póngase seria para que las haga temblar y no consienta le falten al respeto."

Me contestaba estas palabras: "No sabes lo que dices. Se vence siendo vencidos. Además, ten presente esto que te voy a decir y no quiero que se te olvide nunca. Jesucristo, cuando le prendieron en el huerto de los olivos, con todo su poder bien pudo dejarlos a todos muertos y quedar frustrados en todo sus designios. No lo hizo así, sino todo lo contrario, como un manso cordero se dejó maniatar y hacer de El lo que quisieran.

Luego sus discípulas, y mucho más sus esposas, tenemos que seguir sus ejemplos admirables y no se te olvide: La virtud vencida es la que más vence."»

«Siempre —añade Sor Concepción— la vi tan contenta, amable y condescendiente con las mismas que la mortificaban, y una bondad y amabilidad en su trato encantadoras, que toda la que fuera a buscar alivio en ella, salía consolada y corregida, y cuando veía que alguna sufría, ella misma iba a su celda.»

Dice también la misma hermana que «tenía unas ocurrencias muy graciosas. Aun cuando nos predicaba, siempre nos había de decir alguna cosa de gracia. Y digo esto

para que vean que era una santa expansiva y alegre, aunque no lo parecía, porque era de pocas palabras.»

[775] Continúa Sor Natividad: «... diremos, sin cansarnos de repetir, que fue una verdadera madre, tanto en lo corporal como en lo espiritual; en lo corporal, cuidando que no faltase nada de lo necesario a las religiosas, tanto en el vestir como en el comer, sin pasar los límites de la santa Pobreza; cuando alguna vez necesitábamos algo íbamos con gran confianza a su celda a pedírselo, seguras de alcanzar lo que pedíamos, pues era tal su generosidad que se desnudaba ella para vestir a sus hijas, lo mismo en lo tocante a ropa de vestir como a ropa de cama; ella, por acudir a nuestras necesidades, vestía siempre prestado, y ni sabía la ropa que era suya, pues siempre tenía distinta.

Era tal el agrado con que nos atendía, que todas nos hacíamos ojos para atender a sus necesidades, y de sí misma no tenía que preocuparse, sino sus hijas eran las encargadas de atenderla en todo.

Y cuando nuestra santa Madre no nos podía socorrer en nuestras necesidades por tener agotado el dinero de la bolsa, nos contestaba con tal agrado en nuestras peticiones, que nos dejaba más contentas que si aquello que le pedíamos nos lo diese, pues también Dios N. Señor le hizo pasar a esta alma privilegiada por la grande prueba de la escasez en los recursos materiales, pasando grandes angustias para poder pagar cantidades algo numerosas de cosas de casa que se compraba al por mayor, pero era tal su fe y confianza en Dios y nuestra Purísima Madre en todas estas pruebas, que sin saber cómo ni cuándo salía siempre airosa en todos estos lances; a fin de año todas las cuentas quedaban pagadas, y a las religiosas nunca les faltó lo necesario para vivir, y digo de verdad que de 18 años que llevo en el convento nunca he visto que faltara el pan.

Como tan alma de oración en nuestra santa Madre no era extraño se repitiese lo que en la Mujer fuerte nos dejó encubierto Salomón; se desvelaba, sí, por el bien espiritual

general y particular, pero no se olvidaba las atenciones que se merecía lo material.

[776] Cuando empezó a desempeñar el cargo, el capital era insignificantísimo, no hacía más que unos 14 años próximamente en cuya fecha o tiempo perdieron algunos miles de duros, que era casi lo que las sostenía [9]; no obstante, su fe vivísima realizaba prodigios admirables: unas veces que no tenía dinero para pagar las cuentas, milagrosamente aparecía algún bienhechor enviando alguna limosna [10]; otras dejando buenos legados, con los que pudo realizar obras muy importantes, como el entarimado de la sacristía, con cuya ocasión estuvieron dentro de la clausura los cuerpos de dos Excmos. Patronos de este convento que se conservan perfectamente íntegros, y uno especialmente como si acabase de expirar, no consigno los nombres porque los ignoro [11].

También se colocó en el mismo tiempo el púlpito, se hizo la sacristía exterior e interior y entre ambas se colocó el torno, evitando de este modo el que los sacristanes hablasen con las religiosas por las rejas del coro bajo y que se quitase también un cajón que estaba colocado debajo de

[9] Alude al desfalco del que fue víctima la Comunidad pocos años antes de que ingresara en ella Sor Angeles.

[10] [Cierto día vino el carpintero a cobrar una cuenta que se importaba 100 pesetas. Al írsela a presentar estaba orando en el coro; al enterarse dijo: «No tengo para pagar». Se levantó y se fue delante de la Sma. Madre Purísima: «Yo no puedo pagarle —dijo—, Madre mía, Tú verás el medio»; devolvió la cuenta, diciendo que en estos momentos no podía, que en cuanto pudiese se lo mandaría. Apenas se despidió el carpintero, llegó una señora a darnos una limosna y entregó un billete de 100 pesetas. No lo cogió la Madre en sus manos y mandó se llevasen al carpintero. Esto lo tengo por un milagro (Sor Natividad).] (Esta nota se halla escrita a máquina en la copia mecanográfica.)

[11] El monasterio de la Concepción de Valladolid fue fundado en 1521 por obra de don Juan de Figueroa y de doña María Núñez de Toledo, y recibió sus fundadoras del de Olmedo, Véase OMAECHEVARRÍA (Ignacio, O. F. M.), *Las Monjas Concepcionistas. Notas históricas sobre la Orden fundada por Beatriz de Silva.* Burgos, 1973; pág. 87.

las mismas rejas y que serviría sin duda de mucha distracción a los fieles que estuviesen en la iglesia.

En el año 1907 se cerró todo lo que da al patio interior y escalera principal, que benefició mucho todo el convento por el grande frío que, a no ser por la obra indicada, era imposible evitar.

En el año 1908 se compraron las imágenes de Nuestra Inmaculada Madre que están en el altar mayor, los Sagrados Corazones y Nuestro Padre S. Francisco y Santa Clara y el hermoso armónium, y al mismo tiempo se hizo el lavadero y se arreglaron las celdas del dormitorio antiguo, noviciado y cocina.

En 1909 se entarimó el coro alto y la grada exterior.

No recuerdo en qué año, pero aproximadamente por éstos, mandamos hacer exprofesamente, siendo la primera imagen que en España se construía de la divina Infantita, que después fue bendecida e indulgenciada en el mismo lugar donde se cree nació la Sma. Virgen [12].

También se fundió una hermosa campana, a quien se bautizó con el nombre de "María de los Angeles" y se compró la hermosa alfombra azul que cubre todo el presbiterio.

[777] Más tarde mandó nuestra Madre dorar todos los cálices, un copón y la Custodia. Por este tiempo también hicieron los bancos de la iglesia y algunas otras obras de menor importancia, que no recuerdo.

Como su trato era tan espiritual y agradable, todos cuantos la trataban la cobraban sincero afecto, logrando por este medio la Comunidad muy generosos bienhechores, siendo entre todos el que en aquel tiempo más se distinguió el fervoroso y digno párraco de S. Miguel, D. Atanasio Serrano Rubio, que hizo cuantiosos donativos, siendo los más

[12] [Esta imagen de la Virgen Niña o de la Niña María fue la que mandó al convento de S. Pablo cuando la gravísima enfermedad del P. Saldaña, con orden de que le devolviese la salud.] Nota escrita a mano, que figura en la copia mecanográfica.

principales un terno de tisú de oro y plata, otro de la misma clase azul y oro, casulla azul y oro, y azul y plata, y otra de damasco, otra dorada de planetas, una magnífica cajonería de nogal, custodia de plata, incensario del mismo metal, juego de grandes candeleros y cruz para el altar mayor, un precioso nacimiento, grupo de la sagrada Familia bajo una palmera, N. S. P. abrazado por el divino Redentor, nuestra santa Madre [13].

Todas estas esculturas, en tamaño pequeño, pero bonitas y devotas. Y otros muchos regalos de menos valor, más los donativos de metálico, que, aunque en pequeñas cantidades, fueron muy oportunos.

Tantos favores nos dispensaba por el aprecio que hacía de la santidad y agradable trato de nuestra amadísima Madre. Así me lo indicó cuando tuve el gusto de conocerle.

Bien se lo recompensó todo su favorecida, como indicaré. Me ha parecido conveniente indicar esto para que las que nos sucedan no se olviden de los que tanto nos beneficiaron y se comprenda cuál fue la causa de tanta generosidad por parte del bienhechor.»

[13] *Nuestra santa Madre.* Es decir, Santa Beatriz de Silva. Para la vida de ésta, véase Enrique GUTIÉRREZ O. F. M., *Sta. Beatriz de Silva y origen de la Orden de la Inmaculada Concepción,* 2.ª ed. Burgos, 1976; 365 págs.

CAPITULO X[1]

Enfermedad y muerte

RESUMEN: *Se prepara a la muerte llamando a su sucesora y haciendo un mes de ejercicios.—Molestísima enfermedad (Datos de la M. Rosario).—Relación de la M. Presentación.—Despedida.—Consagración al Corazón de Jesús de la Comunidad.—Fiesta de la Medianera Universal.—Extremaunción y visita del Ilmo. Sr. Arzobispo.—La última plática.—Larga y dolorosa agonía.—Muerte y funerales.*

[778] Preveía la M. Angeles su próxima muerte; y arreglado en cuanto estaba de su parte lo tocante a la publicación de sus escritos, le restaba disponer las cosas para bien de su amada Comunidad. Llamó con este fin a su discípula la M. Presentación, que había ido por disposición de los Superiores a dirigir la Comunidad Concepcionista de Logroño[2].

La M. Rosario dice, refiriéndose a cierta tribulación doméstica: «Desde estos disgustos, la Madre no volvió a levantar cabeza[3]. Al año siguiente (1921) me pidió licencia para hacer los ejercicios ella sola y le fue negada; y como vio que me opuse en seguida, se vino a nuestra celda y se me puso de rodillas, diciéndome que por Dios que la permitiera entrar, pues que se encontraba muy mala, que su enfermedad hacía progresos y que ella moriría muy pronto y quería arreglar sus cosas. Le di licencia y estuvo en ejercicios más de un mes.»

[1] Este capítulo, en la copia mecanográfica del que está tomado, figura como capítulo VI.

[2] En Mayo de 1914 fueron de la Concepción de Valladolid al convento «Madre de Dios», de Logroño, tres religiosas: M. Presentación, Sor Margarita y Sor Inmaculada en calidad de reformadoras y con el fin de reforzar y reactivar aquella Comunidad. Fue ésta una iniciativa promovida por los Franciscanos PP. Andrés Ocerin Jáuregui y Tomás Soloeta.

[3] Se refiere a la escandalera que armó una monja histérica (Sor Anunciación), que hubo de ser trasladada a otro convento, como ya se dijo anteriormente.

«Todo el invierno lo pasó con muchísimo trabajo, sin poder ir al Coro, aunque se levantaba algunos ratos... Padecía una enfermedad interior horrorosa. No quería que las religiosas lo supiéramos para no hacernos sufrir, que ella así nos lo dijo. Tuvo que pasar en su penosa enfermedad muchas humillaciones, tanto por los médicos como por las enfermeras, que tenían que curarla; que para un alma tan pura y santa como era ella, no tuvo más remedio que pasar lo indecible. Pero hay que añadir que lo sufrió todo con gran paciencia y mucha conformidad con la voluntad divina en grado heroico.»

[779] La M. Presentación añade:

«Al volver, pues, de Logroño, en Octubre de 1920, quedé sumamente apenada al ver a mi santa Madre tan desmejorada que parecía un cadáver; instéla para que se cuidase, pero era inútil, pues su vida sobrenatural y los efectos que tal vida producen en el organismo habían agotado sus energías físicas. Sin embargo, a los pocos días me dijo se retiraba a hacer ejercicios espirituales, a los cuales desde hacía mucho tiempo estaba llamada; la hicimos ver su mal estado de salud y nuestro sentimiento por vivir sin ella —pues en tales casos su retiro era absoluto—, pero nos repitió que Dios N. Señor así lo ordenaba, y con suma tristeza nos despedimos. Los pasó muy mal físicamente, pues hubo necesidad de subir la santa Comunión, cosa que no permitía a no estar grave; no obstante, perseveró en su retiro hasta el 23 de Diciembre, habiendo pasado 40 días como Moisés en el monte Sinaí, donde recibió favores extraordinarios, pues en una notita que me escribió durante ellos, me decía:

[780] "Mi retiro no debe preocuparte. No tiene más misterio que éste: Dios Padre me llamó hace tiempo para probarme y ver si valgo o no para compartir su vida y gloria en el cielo. La prueba consiste en contentarme con lo que El está muy contento, esto es, contemplando y amando y gozando su divina Figura, que es el Verbo, el cual

es todo su tesoro y hace su felicidad desde la eternidad. Tan ocupado está en su Hijo muy amado, que fuera de El ni ve, ni oye, ni entiende nada. Estoy, pues, aprendiendo a perderme en el Hijo divino, juntamente con Dios Padre, y como Este, mediante el conocimiento y amor. Cuando me haya perdido en Jesús daré cuenta al Padre de que sirvo para el cielo, donde viven todos extasiados, y entonces seguramente me dejará salir del retiro. Lo que digo no es una broma, es verdad, tanto es así, que mi Padre divino no me dejó tiempo ni voluntad para atender ninguna cosa fuera de su éxtasis eterno, aunque sea muy santo y divino, y ando bastante atrasada en el cumplimiento del plan de mis ejercicios por falta de tiempo. Este vuela a más no poder, y por esta razón tardaré todavía en salir del retiro.

Además, mi poca capacidad y el estado achacoso de mi jumento no dejan adelantar y aprovechar lo que quisiera, y así lo que otra haría con diez días servidora necesita cuarenta.

Puedes comunicar esta noticia a mis buenas hijas para que no hagan comentarios; si no doy calabazas a mi Padre celestial, cuente por seguro que para las Pascuas estaré con todas; si le doy calabazas, tendré que pedir la sepultura, o sea, que me adelanten el entierro y me sepulten en vida aquí en la celda hasta que aprenda a vivir como mi Padre Dios toda en el Verbo de la vida, a quien sea honra y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Veni, Domine Jesu, veni.

Puedes leer ésta en Comunidad para que se tranquilicen todas y rueguen mucho por mí, que lo necesito.

Adiós, todas, adiós, adiós ¡Qué pocos penetran el sentido profundo de este saludo vulgar! Si todos los que lo pronuncian procurasen poner en práctica lo que dicen, ¡si fueran a Dios! ¡Cuántas almas divinas habría en la tierra!, adiós, adiós, adiós, que es nuestra mansión verdad y debe ser el único objeto de nuestra mirada y de nuestro amor."

[781] Al salir de aquella cuarentena de ejercicios celebró la entronización del Corazón de Jesús en el convento. Para esta solemnidad dispuso que las religiosas llevaran en procesión por todo el convento la imagen de la Sma. Virgen, a quien había entregado el cargo de Abadesa, y la del Sagrado Corazón de Jesús, que se venera en el templo. Ante estas imágenes hizo ella la consagración común, y al llevarlas por cada celda, hacía cada religiosa su consagración particular. A cada religiosa iba haciendo también su platiquita la fervorosa Madre, que (como dice la M. Presentación) "parecía un ser sobrenatural que desciende a la tierra para elevar a altas regiones a cuantos tienen la dicha de escucharle".

Desde entonces (continúa la misma Madre), su vida era más en el cielo que en la tierra y apenas si hablaba con las religiosas, pues las encargadas de las oficinas eran muy de su confianza y estaba segura de que cumplían perfectamente su cometido, por lo que pudo en gran parte desentenderse de este peso; a la grada había hecho voto de no ir con la correspondiente obediencia, a no ser en rarísimo caso; en oración pasaba, pues, la mayor parte del día, excepto algunos ratos que empleaba en dibujar el último cuadro, que aún no terminó.

Su estado de decaimiento y sus penosos achaques alternaban, pero aunque la veíamos tan mal, aún no creíamos llegado el tiempo de su muerte, porque acostumbradas a verla sufrir estábamos desde hacía 15 años y nuestro anhelo de retenerla sobre la tierra nos hacía formar juicios muy equivocados de los que en realidad eran.

[782] Llegó el día de la Resurrección, y después de tener a solas nuestra conferencia espiritual, me dijo: "Creo que mi muerte está muy próxima." Mucho me apenó tan infausta revelación y la indiqué no podía suceder así, pues tantas veces Dios N. Señor nos había escuchado cuando le habíamos pedido su salud, no dejaría de oírnos al presente; viendo mi insistencia y con aquella natural e íntima con-

fianza que me dispensaba, añadió: "He sido llamada a una unión tan divina con el Espíritu Santo, que es imposible se realice con esta vida. Además me confirmo más en este pensamiento porque, encontrándome muy mal un día en los últimos ejercicios, pedí con toda instancia a nuestra Madre Purísima, poniendo por intercesores a S. Joaquín y Sta. Ana, N. S. P., S. Antonio y a mi madre —que había fallecido hacía poco [4]— me alcanzasen una de dos gracias: o que muriese, o que me concediese salud para seguir en todo a la Comunidad. Entendí que se me concedía, pero sin saber cuál de las dos gracias fuese, y ahora me convenzo fue la de que moriría." En vista de esto instaba a las religiosas pidiesen por la salud de la Madre, pero sin revelarles el secreto. Nos persuadíamos conseguiríamos ver despachada nuestra súplica, y aún más porque parecía que mejoraba, pero al llegar el día de la Pascua del Espíritu Santo se sintió muy grave y tuvimos que avisar al Sr. Médico.

En ausencia del de la cabecera vinieron dos muy notables; los cuales, después de examinarla, nos indicaron que la enfermedad era gravísima y de menos esperanza por el estado de debilidad en que se hallaba; terrible golpe fue éste, pero callamos, creyendo sería una equivocación, y esperamos el fallo de nuestro médico, que fue exactamente igual al de sus comprofesores; ni aun así nos convencimos, persuadidas de que estaban en un error; no obstante, seguimos el plan que prescribieron, que no tuvo más resultado que el de hacerla sufrir lo que Dios sabe solamente. *[783]* Nuestra santa Madre se daba cuenta perfectísima de todo y nos hablaba de la proximidad de su tránsito, pero nosotras seguíamos creyendo no sería así, máxime cuando en algunos momentos la veíamos tan mejorada; uno de los días mejores que pasó fue el 31 de Mayo, en cuya fecha se celebró por vez primera la fiesta de nuestra Dulcísima

[4] Su madre, Antonia Aizpurua, había muerto en Tolosa en Agosto de 1920.

Madre bajo el título hermosísimo de "Medianera Universal". ¡Con qué júbilo conmemoró la solemnidad! Entonces nos refirió lo que había sufrido para conseguir su establecimiento y cómo Dios la había manifestado todo.

Después a solas a algunas de sus hijas les manifestó los designios divinos de sus almas y la marcha que para mayor gloria de Dios había de observar en su ausencia esta Comunidad.

Para la santa unción se preparó con algunos ejercicios que ella misma había compuesto, y la recibió con la mayor alegría, cuyo acto no nos impresionó tanto porque se había iniciado una pequeña mejoría. Hízonos escribir al Excmo. Prelado rogándole con el mayor encarecimiento se dignase venir a bendecirla; así lo hizo el bondadosísimo Sr. Arzobispo, y el mismo día 13 de Junio entró en clausura próximamente a las seis de la tarde para concederle la gracia que anhelaba y que agradeció muchísimo [5]. A partir de esta fecha fue mejorando mucho, abandonó el lecho y llegó a seguir algunos actos de Comunidad, y el 22 de Julio nos predicó la última plática sobre la imitación de Jesús, tomando por modelo a Sta. María Magdalena, a quien profesó una devoción especial por el amor tan grande que había mostrado a su divino Maestro.

[784] Llenas de júbilo estábamos al verla de nuevo sobre nosotras, pero nos duró muy poco nuestra esperanza: a pesar de verla tan mejorada, el señor médico seguía repitiendo que vivía de milagro, y que a no ser así, no se podían explicar tales mejorías, pues sus varias enfermedades eran de muerte, y una sola, la más insignificante, tiempo haría que habría terminado otra naturaleza; pero nos aferrábamos más en nuestro criterio de verla completamente sana cuando la encontrábamos en el claustro paseando con una ligereza que ninguna sana podía seguirla,

[5] El Prelado que vino a bendecirla fue el Excmo. D. Remigio Gandásegui, natural de Lemona (Vizcaya).

parecía en tales momentos que no tenía cuerpo y que era puro espíritu; sólo así se comprende pudiese andar del modo indicado, mejorando de continuo hasta el 26 de Julio, en que empeoró tanto, que apenas si podía dejar más que breves ratos el lecho, hasta que se quedó en él, para no levantarse más, el 15 de Agosto.

No se pueden explicar los horribles sufrimientos que experimentó y cuántas penas y de cuántos medios se valió el Señor para abrillantar su ya hermosa corona. Sólo las que presenciamos sus indecibles angustias podemos comprender la grandeza de la víctima y lo aceptable que fue al divino querer; es preciso queden ocultas en el misterio todas las torturas que pasó hasta tanto que sean conocidas en el día de la resurrección general.

En su declaración sobre el salmo 21 dejó parafraseada y magníficamente transcrita su muerte; puedo asegurar se cumplió al pie de la letra cuanto dejó indicado [6].

[785] Era tal su sufrir, que ni aun podía soportar que estuviesen en la celda las religiosas, porque se ahogaba; esto fue causa de mucha amargura para sus hijas, que todas deseaban estar continuamente a su lado, lo cual era imposible que soportase, dado el ahogo constante en que se hallaba, a lo que se unió los casi continuos vómitos, muchos de ellos de sangre cuajada, que aumentaban en extremo su sufrimiento. Continuaba empeorándose, y las dos que estábamos a su cuidado [7] no podíamos perderla de vista, bien que alejadas, por no robarle el aire, a no ser

[6] Esta paráfrasis del Salmo 21 se halla en la obra principal de la sierva de Dios *La Vida Espiritual coronada por la triple manifestación de Jesucristo,* capítulo 23, pág. 353 y sigs. (1.ª ed.).

[7] De estas dos monjas que asistieron a la Madre en sus últimas horas una fue la M. Presentación Abad, soriana. Era considerada como la discípula predilecta de la Madre y fue su sucesora en el cargo de Abadesa. Ella es la autora del relato de su muerte. No se nos da el nombre de la otra, pero es probable que fuera la guipuzcoana Sor Visitación Lasa, natural de Aldaba, que hacía el oficio de enfermera en el convento.

en el momento preciso que necesitaba nuestra ayuda; en uno de sus últimos días quiso quedarse sola y cerrada, y a los pocos momentos oímos un terrible golpe, procuramos saber qué fuese, pero nada entendimos, cuando, pasados unos minutos, abre la puerta y con mortal angustia me llama y al verme se me abraza y me dice: "Me he caído, y no sé quien me ha levantado; me muero, me muero".

Llamé a la religiosa que me acompañaba, y después de hacer en su favor y llorando porque realmente la veíamos morir. En vista de que el acceso se prolongaba, avisamos al médico, quien al verla dijo viviría muy poco y la propinó inyecciones de aceite alcanforado y morfina, pero todo era inútil, pues no reposaba más que lo que duraba la acción mórfica, y esto no se le podía propinar tan frecuentemente como necesitaba.

[786] La noche del 25 de Agosto, viendo no reposaba, le dije: "Madre, ¿no duerme?" "No puedo —me contestó—; mañana se cumplen 30 años que ingresé en el convento, y nuestro Señor me está haciendo recordar aquel dichoso día y toda mi vida religiosa". En broma le añadí: "Pues dígale a nuestro Señor que eso lo deje para mañana, que ahora necesita dormir, de lo contrario ya verá qué día pasará." "Voy, pues, a ver si duermo." Pero inútil; a una nueva pregunta mía, respondía: "No puedo, no puedo, estoy dando gracias por el inapreciable don de la vocación religiosa que me concedió y por el que ha concedido a tantas almas que por no conocerle son ingratas a Dios y llevan una vida infeliz; ¡cuántas, cuántas almas hay que no aprecian un favor tan singularísimo!, yo que le conozco, tengo que dar gracias por todas." En esta forma continuó toda la noche, y el día fue como era de esperar, y con más amargura la noche siguiente.

Llegó el 27 de Agosto, y en él se acumularon y aumentaron en horribles porciones sus penosísimos sufrimientos. No bastaban, porque no producían efecto, las repetidas inyecciones, ni un momento de reposo, nada de alivio a su

horrible penar. Algunas veces, en sus supremas angustias, me repetía: "¡Cuánto necesitan los pobrecitos enfermos que se pida por ellos! Siempre los he encomendado mucho, pero hacía algún tiempo me había olvidado, sin duda quiere Dios Nuestro Señor hacerme recordar mi antigua costumbre; te aseguro —me añadió— que es tanto lo que sufro, que si no fuese por la fe y mi vida espiritual, me tiraría por la ventana o me agarraría a las paredes, no puedo sufrir más."

[787] A las once de la mañana me mandó escribir al Excmo. Prelado manifestándole un asunto de importancia de la Comunidad. La leí la exposición y la firmó correctamente y con pulso firme, efecto de la energía de su carácter y del dominio que sobre sí misma tenía.

Sus angustias se aumentaban, y tales fueron que envió a dos religiosas fuesen a pedir a nuestra dulcísima Madre y a Jesús Sacramentado la concediese siquiera un cuarto de hora de reposo, pero si esto no alcanzaron, sí la fortaleza por apurar hasta las heces el amargo cáliz.

Al pedirle la bendición a las seis de la tarde las religiosas, les dijo: "Pensaba haberlas hablado hoy, pero me es imposible." A medida que la noche avanzaba, sus angustias eran mayores, los vómitos de sangre se continuaban y aumentaban en terribles proporciones, ¡qué noche aquélla, era oscura y todo aumentaban las tinieblas, que tenían no sé qué de misteriosas!

[788] A las ocho de la noche, cuando tocaban a Maitines, nos preguntaba: "¿Qué santo es mañana?" Al decirle que S. Agustín, le hizo una ferviente pero breve súplica en vascuence, sin duda para que no entendiésemos, pero lo adiviné y le dije: "¿Le pide que le lleve al cielo?" Me miró con fijeza, pero nada me dijo. "No puedo más", decía con horrible amargura. "Dios mío, ni un momento de reposo, me ahogo, me ahogo, me reviento", y los vómitos no cesaban.

Por la tarde había dicho: "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?, pero es en lo material, pues en lo espiritual Tú jamás me abandonas."

Durante la noche repetía: "Maternidad divina, ayudadme, confortadme con manzanas —otras veces, con flores— que desfallezco, muero de amor" [8]. Y era así, pues a los padecimientos físicos se agregaban los producidos por el amor divino; en tal grado, que no mucho antes decía a una religiosa en íntima confianza: "Es imposible que pueda vivir, pues mi constante oración y las causas que la acompañan se imponen de tal modo que absorben totalmente mis potencias y me impiden las funciones físicas. Bástame oír la cosa más insignificante para elevarme a Dios, y esto aniquila y destruye mi naturaleza." "Cierto, Madre —le añadía la religiosa—, que no hay verdugo más cruel que el amor." "No diga eso; pero, entendido en el sentido a que tú te refieres, ciertamente es el mayor verdugo."

[789] Bien podemos, pues, asegurar que su muerte fue más efecto de su seráfico e intenso amor, pues motivó la casi totalidad de sus padecimientos físicos, que las demás causas naturales; por esta razón pedía con tanta insistencia en aquella su última noche de martirio la confortasen

[8] Cf. *Cant* 2, 5. Las alusiones a la muerte de amor como causa de la muerte de la sierva de Dios son visibles en este relato. Como es sabido, los autores de teología mística señalan que la muerte de estas almas es auténtica muerte de amor, o sea, que es el amor infuso o pasivo el que causa dicha muerte. El médico, por su parte, en nuestro caso dictaminó *cáncer,* y lo mismo dice Fr. Pedro, hermano de la M. Angeles, que era experto enfermero, en carta que escribió desde Santiago, juzgando a base de pormenores por él solicitados y que las monjas le proporcionaron. Lo de que la muerte de estas almas es literalmente «muerte de amor» lo afirma taxativamente S. Juan de la Cruz en *Llama de amor viva,* 1, 30; pero él mismo añade en el lugar citado que pueden darse a la vez, o sea, simultáneamente otras enfermedades naturales. Lo que pasa es que los médicos no pueden hacer otra cosa que dictaminar lo que está a su alcance con los medios de que disponen. Cf. Eusebio HERNÁNDEZ GARCÍA, *Guiones para un cursillo de dirección espiritual,* capítulo 19, 51, pág. 191; Francisco JUBERÍAS, *La Divinización del hombre,* pág. 879 y sigs.

con manzanas y con flores; y por esta misma razón cuantos lenitivos le queríamos proporcionar resultaban ineficaces.

Con estas mortales angustias luchó toda aquella triste e inolvidable noche. A las cuatro próximamente de la mañana ordenó la R. Madre Vicaria le administrasen la Sagrada Comunión, que todos los días tuvo la dicha de recibir y que a temporadas era lo único que, como ella con mucha gracia decía, soportaba su estómago, sin que la causase molestia alguna; al contrario, un gozo y bienestar, y tenía tal hambre de este divino manjar, que repito se le hacía muy largo el día, y quería comulgar dos veces y en ocasiones pedía al Capellán le diese dos consagradas Formas para que la durasen más las especies sacramentales, no porque la fe no le enseñase que lo mismo se recibe en una sola que en dos, en una mayor o menor partícula. Por esto, sin duda, Dios Nuestro Señor quiso concederla la recibiera en sus últimos momentos.

Seguían aumentándose sus angustias, y próximamente a las seis de la mañana, dijo: *Me he reventado.* Inmediatamente me llamó por última vez. En el momento una hemorragia de sangre líquida que como un fuerte caño salía por la boca —y si mal no recuerdo, por la nariz— y hasta temía si llegaría a arrojarla por los ojos, pues tal y tanta era, que parecía increíble; avisamos a la Comunidad, que estaba en coro, y a los pocos momentos reclinada sobre mis brazos, como me lo había mucho antes indicado, expiró, al menos aparentemente, pues la muerte real mis ojos de topo no pudieron apreciar cuándo fue.

[790] La escena que siguió es imposible describir, pues, aunque resignadas, era imponderable la pérdida en aquellos momentos, y desde hacía algún tiempo en la Comunidad existía la mayor paz, no había más que una cabeza y un alma, y ésta era la de mi inolvidable y amadísima Madre, que era venerada como santa y querida hasta el delirio, pero espiritual. No es, pues, de extrañar nuestro desconsuelo.

Sin embargo, quedó así como en la muerte del divino Redentor. Algunas religiosas esperaban tuviese algún tránsito glorioso en el que se viese algo de la extraordinaria santidad que habían vislumbrado, pero no podía ser así. Su modelo era el del divino Mártir del Gólgota, y tenía que asemejársele en todo. Mientras estuvo expuesta, continuó echando sangre por la boca, y comenzó a dar su venerable cadáver señales de descomposición [9].

Por la noche todas las jóvenes recibidas por ella permanecimos rodeando sus sagrados restos, pues era el último consuelo que nos quedaba. Intentamos enterrarla en lugar separado y honorífico, pero por más que insistimos, no pudimos lograrlo del M. I. Sr. Gobernador Eclesiástico [10].

Los funerales fueron todo lo solemne que nos fue posible, a los que concurrieron bastantes fieles y algunos sacerdotes y RR. Religiosos y, por fin, encerrada en sencilla pero

[9] La sierva de Dios no tuvo el consuelo de tener a su lado a su «Padre verdad» en el último trance. El P. Mariano quiso acudir, pero, según palabras textuales del P. Pobladura, «no le dejaron». Véase Daniel ELCID, *Angeles Sorazu. Una maravillosa experiencia de Dios,* Madrid, 1986; pág. 270. Sor Concepción Prendes, la asturiana que ingresó en el convento al año siguiente que Florencia y sobrevivió a ésta muchos años, nos dice en su testimonio que la sierva de Dios pidió ser enterrada con el Catecismo y con una estampa de la Virgen. Dice así: «Su pan cotidiano era la doctrina cristiana que siempre traía en su pecho, y lo recitaba con mucha frecuencia, y nos encargó que después de muerta le pusiéramos el Catecismo, como así lo hicimos, con una estampa de Ntra. Inmaculada Madre como ella lo pidió.» Este testimonio de Sor Concepción Prendes, junto con las cartas a su hermana Concepcionista en Avila, publicamos en *Scriptorium Victoriense,* 34 (1987), págs. 187-209.

[10] No obstante, sobre su sepulcro se colocó una lápida de mármol con su consiguiente inscripción, lápida que fue costeada con la ayuda de sus parientes y paisanos. Véase VILLASANTE (Luis), *La sierva de Dios M. Angeles Sorazu. Estudio místico de su vida,* vol. I, pág, 354; vol. II, págs. 224-225. Por último, el 24 de Abril de 1982 los restos de la sierva de Dios fueron exhumados y trasladados del jardín del claustro (donde habían permanecido durante 61 años) a la iglesia del convento y allí reposan actualmente en un sepulcro nuevo que queda a la vista de los fieles. Véase la hojita «Por la causa de Madre Angeles Sorazu», n.° 12, Junio de 1982.

fuerte caja de madera —única singularidad con que pudimos distinguirla— la enterramos en el cementerio común y por nosotras mismas, sin intervención de operarios, como nos lo había suplicado, después de haber tocado a su venerable cadáver todos cuantos objetos de rosarios, medallas, etcétera, teníamos.»

INDICE ANALITICO DE MATERIAS

Los números hacen referencia no a la página, sino a los números marginales puestos entre corchetes, en que aparece dividido el texto en la presente edición.

ABADESA. Entiende que será elegida —, y la Virgen le pide que renuncie a su favor el título, 181; Al ser elegida dice que no aceptará el cargo si antes la Comunidad no reconoce por — a la Virgen, 387-388; La recreación de la — (Ejercicio para agradecer el beneficio de la Encarnación), 389, 390 y ss.

ABADESA PERPETUA. La Virgen Santísima nombrada —, 750, 763.

ABSTRACCIÓN de las cosas temporales, que practicó desde que se convirtió a Dios, 21; Acostumbrada a vivir con Dios en soledad y —, al verse exteriorizada en Jesús María, le parecía que la habían bajado del cielo a la tierra, 190; Vide también 218 y 751.

ACOMPAÑAR a Jesús en la carrera de su vida mortal y subir al cielo en su compañía el día de la Ascensión era su anhelo, 230-231.

ACTIVIDAD portentosa de su espíritu durante las comunicaciones divinas, 583.

ADVIENTO. Sabía de memoria todas las antífonas, capítulas y responsorios de los Oficios de —, 329.

AFECTO de complacencia. Ejercicio por el que se complacía en la existencia divina y en sus infinitas perfecciones, 526-528, 546, 640, 527.

AFECTO de criaturas. Propósito de no admitir — y de mantener una voluntad virgen empleada toda en amar a Dios, 53.

ALCÁZAR o casa de campo. Se constituye — de Jesús y María, 504.
ALDEANA. La mujer — que tenía guardados en el cuarto oscuro unos objetos que ella reputaba despreciables y que luego resultó que eran joyas de gran valor (Alegoría de lo que le sucedió a la interesada), 564.
ALEGRE, aunque no lo parecía, porque era de pocas palabras, 774.
ALTERNANCIA de favores divinos con temores, dudas o incertidumbres, 566.
ALTOS DESTINOS. Dios conduce las almas a sus — por vías al parecer opuestas a sus designios, 480.
AMOR. Se le presenta Dios en el atributo del —, 448.
AMOR DIVINO al género humano. Cuando oía o leía algo referente al —, prorrumpía en gemidos y ayes, 440; A los padecimientos físicos se agregaban los producidos por el —, 788.
AMOR ESTIMATIVO de la divina Bondad, que la Virgen le enseñó, 100-101.
ANGELES. Sor María de los —: nombre que, estando aún en Tolosa, eligió para cuando entrara religiosa, 279.
ANGELES. Relaciones con los santos —, 279-283, 298, 362, 399; En unión con los — se ocupaba en glorificar al Verbo Encarnado y salvar almas, 549.
«ANGELICA». Cantando el canto — ante el Sagrario a media noche, 375.
ANSIAS de poseer a la Virgen como patrimonio o propiedad, a las que suceden las — de poseer a Dios, 150-155.
ANTIGUO TESTAMENTO. Se siente transportada al mundo del —, 115-116.
ANULAR. Quiere — lo que Jesús padeció en la Pasión, 473, 475.
APOSTOLADO DE LA ORACIÓN. Dios la requiere para el —, 181.
ARZOBISPO. Hace que escriban al señor —, rogándole que venga a bendecirla, y éste acude en efecto, 783.
ASCENSIÓN. De Adviento a — acompañaba a Jesús en la carrera de su vida mortal, 254-255; Vacío inmenso que solía sentir en la infraoctava de la —, 258.
ASOMBRO ante el hecho de que el mundo no haya querido reconocer por su Dios a Jesús, que venía a salvarlo, 239.
ATAQUE. Especie de — que padeció el 25 de Diciembre de 1897 (estando en Jesús María), 211-213.
ATRIBUTOS de Dios. Sufrimientos por estar enamorada de los — y creerse antítesis de los mismos, 516.
AUSENCIA de Jesús y María, que sentía después del descenso del estado de unión, 174-176; La posibilidad de tal — la hacía temblar, 367.

AUSENCIAS. Jesús le promete que no volverá a padecer — suyas, 349-350.
AUTOBIOGRAFÍA. El P. Mariano le ordena escribir la —, 556; El ver la íntima relación que la — tendría con el Verbo Encarnado le animó a escribirla, 557; Nota final de la — en que remite al tratado *La Vida Espiritual,* donde se halla la continuación de aquélla, 580; Que la primitiva — tenía más extensión que la actual, 581; Ante la petición del P. Nazario solicitando que le mande también la —, promete mandársela en la primera ocasión, 720.
AVERSIÓN a la oración y al retiro en la segunda conversión, 82, 84.

BANDOS en la Comunidad, 304, 334.
BARRER. Ni un solo día deja de — la celda a conciencia, 689.
BASQUIÑA. Se despoja de la — por imitar y seguir a Jesús, 367.
BAUTISMO. Noticia confusa de las gracias que recibió en el —, 30.
BAUTISMO DE JESÚS a orillas del Jordán, 234.
BENDITOS. Cuaresma de los —, 233.
BIENAVENTURADA ¿o infortunada?, 671.
BIENHECHORES que tuvo, 777.
BONDAD divina. Piensa que la causa de cometer faltas es su excesiva confianza en la —, 244.

CALUMNIA de que fue víctima a los quince años, 31, 34.
CAMBIO de Caspe por Valladolid y razón del mismo, 44.
CAMINOS EXTRAORDINARIOS. No deseaba los —, sino que los temía, 599.
CANDOR infantil que no le permitía pensar mal de nadie, 164.
CANTAR DE LOS CANTARES. Dícele el Señor que se apropie los textos del —, 478.
CANTORA. Sufrimientos que le ocasionaba el cargo de — por tener que alimentarse bien los días de especial trabajo, 211.
CAPITAL insignificante con que se encontró al ser elegida Abadesa, 776.
CAPÍTULO de culpas y penitencias en el refectorio, 753.
CARA DE DIOS. El director le asegura que no vería la —, 543, 556.
CARDENAL Cos. Carta del — a la M. Sorazu autorizándole a dirigirse con el P. Alfonso, 596; Comentario de M. Sorazu a la carta, 597.
CARIDAD. Para orar tenía que reparar las faltas de —, 303.
CARIDAD con las enfermas, 773.
CARIDAD fraterna, 773.
CARTA dirigida a su hermano en el cielo y que pone en las manos

de una imagen de la Virgen para que se la lea allí, 278; Primera — de la M. Angeles al P. Nazario Pérez, 713; Cartas al P. Alfonso, 671 y ss.; Cartas extensas (las de la sierva de Dios), 694.
CASA de refugio. Se constituye en — para Dios Humanado, dispuesta a padecer las injurias que le infieren los hombres, demonios, etc., 493.
CATECISMO. Estima del —, 130-132, 337; Pidió ser enterrada con un — y una estampa de la Virgen, y así se hizo, 790.
CENTRO. Dios era su —. Fuera de él vivía muriendo como el pez fuera del agua, 201.
CIELO. Se siente bajada del — a la tierra al verse exteriorizada en Jesús María, 214.
CLAUSURA. No podía ingresar en un convento de — por falta de la dote necesaria, 35.
CODORNIZ. El canto de la — eleva su espíritu a Dios, 220.
COMPENSAR. Ejercicio que hacía para — a Dios Humanado por cuanto había hecho por nosotros, 550.
COMPLACER. Faltas que cometía por — a las religiosas, 179.
COMUNICACIONES divinas. No distinguía la naturaleza de las — que recibía en lo secreto del alma, 352; Imposibilidad de referir las innumerables relaciones y misterios que se le muestran en las —, 582; Muchas veces se le conceden en el tiempo de la recreación o de las ocupaciones, 583.
COMUNIDAD. Su — es quizá la menos numerosa, la más inútil, pobre y desgraciada de Valladolid, 491.
COMUNIÓN. Consuelos que recibía los días de —, 142; Preparación para la —, 313-323, 410.
COMUNIÓN diaria. La estableció a principios de 1906, 752.
CONDESCENDENCIA. Su — le hubiese precipitado en abismos de pecado si no la hubiera prevenido Dios con sus gracias, 302.
CONFESIÓN. Primera — que hizo con el P. Mariano, 540.
CONFESIÓN general que practicó en su conversión, 19-20; En el tiempo de la purgación pasiva, 88; Queriendo hacer —, el Confesor se lo prohíbe y la despacha diciendo que es escrupulosa, 341; La hace ante Jesús Sacramentado y recobra la paz, 343-351; Confesiones generales con Jesús Sacramentado, con Dios Uno y Trino, etc., 519-520; Confesión general que hizo al P. Mariano por escrito, 542.
CONFESOR. Se le imponía la necesidad de manifestar al — su historia, gracias recibidas y vocación a la santidad, pero sentía una dificultad insuperable, aunque lo deseaba, 64, 67, 68; A petición de ella, el — se ofrece a dirigirla, pero luego no cumple su palabra, 163; El — ignoraba en absoluto las gra-

cias que había recibido, y por eso le aconsejaba que se conformase en todo con la vida que hacían las hermanas de Jesús María, 189; Ha padecido muchísimo por no tener suficiente libertad para traducir su alma al —, 625.
CONFESOR extraordinario. La Virgen le da a entender que por medio del primer — que venga a la Comunidad pondrá fin a sus sufrimientos, 533.
CONFESORES. Recurría a diversos — sin hallar la paz en ninguno, 516-518.
CONJURABA a Dios que la siguiente vez no la perdonase, 179.
CONOCIMIENTOS. Los — que posee los ha adquirido en el convento, 721.
CONSAGRACIÓN a la Santísima Virgen. Fue la primera piedra fundamental del *místico templo erigido por Dios en su alma*, 61.
CONTEMPLACIÓN. Deseo de retirarse al desierto para perfeccionar la oración de —, 35; El no estar ociosa en las visitas del Señor le hacía pensar que no había llegado a la —, 584.
CONTRIBUCIÓN urbana. Se niega a pagar la —, 758-759.
CONTRICIÓN de sus culpas. Para poder orar tenía que hacer repetidos actos de —, 305.
CONVENTO de Jesús María. La Comunidad de la sierva de Dios es trasladada temporalmente al —, 183; Primeras impresiones en el —, 187.
CONVERSIÓN. Dios la requería para la segunda —, 65, 75; En la primera — la gracia le facilitó todo. En la segunda — tuvo que remar contra corriente, 86; Debe a la Virgen la segunda —, 125.
COPIADOR. El Director le prohíbe dar sus escritos a las religiosas para el —, pues no deben difundirse mientras no hayan sido censurados por la autoridad competente, 6, 94, 698, 699.
CORAZÓN de hermana y de madre para con los pecadores, 167; Para orar tenía que desligar el — de todo afecto puramente natural a las criaturas, 303.
CORAZÓN de Jesús. Devoción al Sagrado —, 69; Entronización del — en el convento, 781.
CORRECCIÓN. Las cosas que salían de la pluma de la M. Angeles, aunque fueran un borrador, no necesitaban —, 681.
CREACIÓN. Una de sus devociones era escuchar la armonía de la —, que le hablaba de Dios, y tributarle alabanzas, 200.
CREACIÓN de María Inmaculada. Visión que con motivo de un sermón tuvo de la — y gozo en sus privilegios y santidad, 553-554.
CRUZ. Ejercicio de la —, 752.
CUSTODIO. Devoción al ángel —, 279, 297, 299, 300.

DEDICACIÓN de la iglesia. Favor recibido al rezar en el coro con la Comunidad el Oficio de la —, 456.
DEMONIO. Embestidas del — en el período de purgación, 92; El — la tienta instándole a que deje el servicio de Dios para la ancianidad, y cómo rechazaba esta sugestión, 96-97; Embestimiento del — en el período de purgación, 103-104.
DEMONIOS. ¿Persecución de —?, 771-772.
DERECHO y aun deber. El P. Nazario creyó que era un — suyo el conservar en su poder los escritos que la sierva de Dios le había enviado, 741.
DESAGRAVIAR al amor divino ultrajado, 434-435.
DESAHOGOS con la Virgen en el período de purgación, 106-110.
DESAMPAROS y goces de Dios, 333, 470.
DESCENSO. El — del estado de unión de 25-IX-1894 y causa que lo motivó, 599.
DESESPERACIÓN. La — que algunas veces asalta a la M. Angeles (carta del Cardenal Cos), 596.
DESGRACIA de Dios. Aprensión de que estaba en —, y cambio de situación, 364.
DESIERTO. Le llamaba mucho el episodio de la vida de Jesús en el —, 232-233.
DESIERTO de la vida espiritual, 82; Si no hubiera intervenido la Virgen, continuaría todavía en el —, 126.
DESOLACIÓN y desamparo que le sobreviene en Junio de 1907 sin causa conocida, 481.
DESPOSORIOS místicos. Se niega a los — porque quiere continuar siendo hija, 501.
DESPRECIOS. Quizá sea ella una de las almas que Dios haya probado con mayores — en el período de purgación, 102.
DESPRECIOS y humillaciones. Anhelaba padecer — por imitar a Jesús y María, 146.
DIARIO de la sierva de Dios, 612; Debió de ser quemado por algún consejo no muy laudable que le dieron, 734.
DIFICULTAD con que tropezó el P. Alfonso para aprobar, al principio de su dirección, el espíritu de M. Angeles (Cierta aparente desemejanza con los autores clásicos de mística), 598, 601.
DIOS UNO Y TRINO. Trato con — en Noviembre de 1910, 552.
DIRECCIÓN espiritual. La — le era necesaria por el poco aprecio que hacía de las gracias de predilección, 263; Siente la necesidad de la — para que le guíe por otro camino más seguro, 376-379; Otro motivo para no someterse a la — era porque entendía que sería elegida Abadesa cuando tuviera director, 378; La —, fuente de sufrimientos, sobre todo por el trabajo

escriturario, 559-560; Tentaciones contra la —, 687-690, 701-702; Concluye la — del P. Alfonso, 728; Carta que expresa su gratitud y aprecio al P. Alfonso por su —, 732; Con la autorización de D. Pedro Segura, entonces Vicario Capitular de Valladolid, vuelve a la — del P. Mariano, 737.

DIRECTOR. Dios le promete que a su tiempo le proporcionará un — que le facilite la manifestación de sus interioridades, 68; La falta de un — que le enseñase a regular sus acciones en el estado de unión le obligó a resistir al espíritu que le dirigía en el estado de unión, 172; El — la priva del desayuno, 441; El — le prohíbe comer hasta que él se lo ordene, 443; Al tomar la resolución de manifestar al — la tentación, el tentador desaparece, 455; Proceder que tenía el segundo —, y sufrimientos que esto le ocasionó, 488, 493; Personas respetables le hablan en sentido poco favorable de su —, y esto se convierte en nueva causa de sufrimiento para ella, 786 y ss.; Había perdido la fe y confianza que tenía en su —, 494; El — le dice varias inexactitudes inspirado en el criterio de una religiosa que quería desacreditarla ante él, 535; Cambio de — y sacrificio que esto le supuso, 537; Pide al — un trato más frecuente que el acordado, 590-595; Al cambiar de — necesita que el nuevo la trate con el desprecio que merece, 601; Teme que el — no le acompañe a las profundidades en que le mete la gracia, 673; No a todas las almas conviene el trato severo del —, 688; Forcejeo entre el —, que quiere que mande los escritos a los PP. de la Orden, y la dirigida, que dice es voluntad de Dios mandarlos al P. Nazario, 715-717 y ss.; El — (P. Mariano) pide a la sierva de Dios que reclame los escritos entregados al P. Nazario, y ella así lo hace, aunque cree que cumplió la voluntad de Dios al enviarlos; el P. Nazario se niega a devolverlos, 739, 741, 745.

DIRECTORES. En vista de que los — hacen aprecio de los favores divinos que ha recibido, piensa si será hipócrita, 563; Buena cruz fue siempre «esta pelma» para todos sus —, 674.

DISCIPLINA. Ejercicio de la —, 365-366; Pide permiso para tomar tres disciplinas, aparte de las de la Comunidad (en Semana Santa), 674; Cf. también 734.

DISTRIBUCIÓN del tiempo y actos que practicaba en los primeros años del cargo de Abadesa, 406 y ss.

DIVINA PASTORA. Se siente impulsada a escribir el significado de treinta y una estampas de la —, 626. Vide OVEJA de María Inmaculada.

DIVINIDAD. Sentimiento de la presencia real de la — en todas partes, 200.

DOCTRINA CRISTIANA. Facilidad para penetrar los misterios del sagrado libro de la —, que reconoció en su infancia, 131. Vide CATECISMO.
DONES de Dios. Quiere sustraerse a los —, temiendo que Dios sea despreciado por su causa, 180.
DUDABA de todo, menos de la existencia de Dios y de su Bondad infinita, 559, 563.

EJERCICIO de buena cristiana y buena religiosa, 105, 106, 130.
EJERCICIOS de piedad que practicó después que se confió a la dirección del P. Mariano, 546.
EJERCICIOS ESPIRITUALES. Los repetía privadamente varias veces al año, 71; Reconoce en los — los favores de Dios recibidos en el decurso de su vida, 418; Sobre los — que les dirigió el P. Arintero, 732.
EMBESTIMIENTOS con que la visitó el Señor para elevarla al grado de perfección que le pedía, 125.
EMBOTAMIENTO de las potencias para la oración mental, 83, 446.
ENCARGADA. Se siente la — de remediar todas las necesidades del purgatorio con sus plegarias, 149.
ENCARNACIÓN. Empezó a agradecer el beneficio de la — tras haber sido favorecida en Jesús María con una noticia de la bondad y caridad de Dios, 203; Merced a las huellas divinas que le dejó la revelación del amor de Dios empieza a practicar el ejercicio en agradecimiento del beneficio de la —, 247; Conocimiento del misterio de la —, 401; Dios le reveló lo mucho que estimaba su agradecimiento por el beneficio de la —, 565; Preparación para la fiesta de la — (25 de Marzo), 569-570.
ENFERMEDAD grave que padece en octubre de 1907, 466; Es muy favorecida de Dios en una —, 503; Medios para entretener el sufrimiento en la —, 658; Ultima — de la sierva de Dios, 778, 782.
ENFERMEDADES físicas y sufrimientos morales en su infancia y adolescencia, 3.
ENFERMEDADES de la sierva de Dios, 708.
ENFERMOS. Compasión que le inspiran los —, 648; Protección que prestan desde el cielo los — a los que los asistieron, 649; Influencias contrarias que la trabajan cuando pide por el enfermo (P. Saldaña), 666-667; Los — necesitan que se pida por ellos, 786.
ENGAÑADA. Piensa que Dios la ha tenido —, 544.
ENTREEGA de Dios de 25 de Septiembre de 1894, 159-162.
ENTREGA a la Virgen Santísima y en unión de ella a Jesús, 536.

ENTREVISTA. Primera — del P. Alfonso Vega con la M. Angeles, 585-587.
EPISTOLAR. Carta — que le escribió el P. Mariano en respuesta a la confesión general que le hizo ella por escrito, 542, 554, 560.
ESCANDALIZADO. El Director apareció — de sus pecados, 542, 546.
ESCÁNDALO de la Cruz. Preocupación de Jesús por preparar a los Apóstoles para que superaran el —, 238.
ESCLAVITUD mariana. Visión sobre la —, 748-749.
ESCRIBIR. El Director le ordena — la historia del amor eterno de Dios a los hombres, 458 y ss.; Sufrimientos ocasionados por el mandato de —, 485, 515; El P. Mariano, en la segunda etapa de su dirección, le dice que no piensa mandarle —, pero luego se expresa de otro modo, 742, 745.
ESCRITOS. Destruye los — en ausencia del Director, quien le manda rehacerlos, 525-526; Se suspende la publicación de los —, accediendo a la voluntad del P. Mariano, 746-747.
ESCRITURARIO. Una de las dificultades del trabajo — es referir las innumerables relaciones y misterios que se le muestran, 583. Vide TRABAJO.
ESPÍRITU SANTO. Gracias del —, 629.
ESPIRITUALIDAD. En qué consiste la verdadera —, 605.
ESQUELA o nota que escribió a la M. Presentación durante su último retiro, 780.
ESTADO de su alma después de la entrega de Dios, 164.
ESTADO de su alma cuando se confió a la dirección del P. Mariano, 541.
ESTRATAGEMA de que se sirvió para guardarse de la Abadesa, que quería asociarla a relaciones que ella en su conciencia rechazaba, 81, 86.
ESTUPEFACCIÓN al conocer los deseos que tiene Dios de salvar a los pecadores, 464.
ETERNIDAD. Vivía en la — más que en el tiempo, 201.
EVANGELIOS. Año en el que conoció los santos — (1896), 71; Descubrimiento bibliográfico de los santos —, 205-207.
EXTÁTICA. Período en que la vieron — en varias ocasiones, 771.
EXTRAVÍO en el convento de Jesús María por complacer a las religiosas y no secundar los designios de Dios relacionados con su alma, 187-188.

FALTAS. Horror con que miraba las — que cometía, 244, 333.
FALTAS de caridad y tribulación subsiguiente, 357-360.
FAMILIA. Religiosidad de su —, 4.

FAMILIAR. Necesidad de tener un trato — con Dios, 301.
FAMILIARES de la sierva de Dios, 2.
FAVOR singular que consistió en un descenso del Padre que encaminaba a ella la corriente de sus gracias, 500.
FAVORECIDA de Dios y al mismo tiempo padeciendo indecibles amarguras, 494.
FAVORES. Los — mirados bajo el punto de vista del propio interés los rechazaba instintivamente, 353; Los — de Dios que recibió practicando el ejercicio de agradecimiento por la Encarnación, 398.
FAZ divina. Se le aparece una —, que entiende es el Espíritu Santo, 568.
FE cristiana. Desde la infancia sintió la soberana influencia de la —, 4.
FELICITACIÓN al P. Alfonso en el veinticinco aniversario de su primera misa, 643.
FIN que se proponía el Señor al confiarla a la dirección del padre Ocerin, 386.
FINURA de trato de la sierva de Dios, 773.
FLORES. Consideraciones al contemplar las —, 222-228.
FLORICULTURA. Se aficiona a la —, 221.
FORMACIÓN. Cómo trabajaba en la — de las jóvenes, 766-768.
FOTOGRAFIAR. Nunca quiso dejarse —, 760.
FUNDAMENTACIÓN mariana y cristiana que procuraba inculcar en sus hijas, 770.
FUNERALES y entierro de la sierva de Dios, 790.

GEMIDO, 629.
GEMIDOS y ayes ante la presencia de Dios Amor, 436.
GÉNERO humano. Ofrecía a Dios Padre los méritos de Jesús y María, y su alma, para impetrar gracias a favor del —, 512-514.
GLORIA. Cantaba el — y diversas partes de la liturgia de la Misa en alabanza del Niño Dios, 178.
GLORIA divina. No podía vivir sino de la —, 470.
GOBERNAR. Las primeras cosas que hizo cuando empezó a — la Comunidad (testimonio de la M. Rosario), 763.
GOCES con la visión continua de Dios y al propio tiempo penas amargas pensando que estaba en desgracia suya, y razón de este contraste, 523-524.
GRIPE. La — del año 1918, 635.

HÁBITO. Toma de — y cambio de nombre, 50.
HABLADORA. Nunca fue —, 16. Vide también 774.

HAMBRE. Las comunicaciones divinas acrecentaban el — que sentía de Dios, 451.
HAMBRE insaciable del divino amor, 439.
HERIDAS de amor (fenómeno místico), 579.
HERMANA mayor. Muerte de la —, 43.
HERMANO. Gracias recibidas en la muerte de su —, 276-277.
HERMANOS de la sierva de Dios, 11.
«HIJA MÍA», pronunciado por Dios Padre cuando practicaba el ejercicio de acción de gracias por la Encarnación, 404.
HIPÓCRITA. La idea de que era — le hacía rechazar las invitaciones de Dios, 560-563.
HISTERISMO, 771.
HISTORIA del amor infinito de Jesucristo a la humanidad. Es requerida para escribir la —, 428.
HORA de Dios. La — o conversión, 17-18.
HORARIO en su primera conversión, 23-25.
HORARIO. Estableció un — para la Comunidad, 751.
HUELLAS imborrables que dejó en su alma la entrega de Dios de 1894, 163.
HUMANIDAD del Verbo. Palabras un tanto despectivas del Director sobre la —, y reacción de la sierva de Dios ante ellas, 476-477; Suplicaba a la — que recibiese como regalo suyo los tesoros que recibe del Ser divino, 498.

IGLESIA triunfante. Supuesto que en la — no puede haber dos corazones desunidos, Jesús le propone dejar afuera a una religiosa contraria suya, 360-361.
ILUSA. Un espíritu invisible le asegura que es un alma —, hipócrita y embustera, 453 y ss.
IMITAR a Jesús. Ansia de — y violencia y desconsuelo al no poder hacerlo, 207-209.
INCERTIDUMBRE de si estaba o no en gracia de Dios, 484.
INDIFERENCIA. Al odio sucede la — de Dios en la segunda fase del período de purgación pasiva, 94, 98, 99.
INFANCIA. Contemplación de los misterios de la — de Jesús, 365.
INFIERNO. Cuando no se levantaba a orar de noche, por haberse dormido, pedía a Dios que por esa vez la perdonara, pero en la próxima vez la mandara al —, 179.
INQUISICIÓN. Que el P. Mariano la delataría a la —, 560.
INTIMIDAD. Dios la recibía en su — todas las veces que oraba mentalmente, 306.

JUGO divino. Dios le reveló la falta de — que padecía la inmensa mayoría de las almas que constituyen el vulgo devoto secular

y regular, y que quería remediar en parte su necesidad por medio de ella, 168.
JUSTICIA y misericordia de Dios. Relaciones con la —, 510; Lucha entre la —, 664, 670.

LABERINTO de confusiones en que se mete por lo que le dijo un Confesor extraordinario, 532-533.
LECCIONES de canto. Recibe — que le sirven de dote, 36.
LECTURA espiritual que hacía hasta la hora de bajar al torno, 113.
LETRA clara. El P. Alfonso le pide que le escriba con —, 633-634.
LIBROS. Los — que leyó en la época de su conversión, 27-28; Los — que usó para meditación y lectura espiritual hasta 1911, 70; Los — que tratan de los misterios del Señor y de la Virgen son los que le interesan y ayudan a santificarse, 73-74; Fatiga que le produce sólo el ver —, 620.
LITURGIA. Grande afición a la — desde el Noviciado, 324; Gracias recibidas con ocasión de las fiestas y tiempos que conmemora la — (especialmente en el Adviento y en la fiesta del 2 de Febrero), 324-329.
LOCURAS. El temor de hacer — le hace resistir al espíritu que la dirigía, lo que fue causa del descenso del estado de unión, 169-171.
LUJURIA. Ignorancia de los pecados de —, 32.
LUZ purificadora. Bajo la — amaba con ardor la virtud y al propio tiempo se sentía su antítesis, 89.

LLAGA del Costado. Besa la — de una imagen del Sagrado Corazón, 534.
LLAMABA la atención con su simpleza y candor en el estado de unión, 167.
LLORÓ la ausencia de sus hermanas de Jesús María (después del regreso), 218.

MADRE de Dios. Propósito de inspirarse para todo en la —, 495.
MADRE. Verdadera —, tanto en lo corporal como en lo espiritual, 775.
MADRE de la sierva de Dios. Fallecimiento de la —, 782.
MANERA DE SER. Tenía que hacerse cargo de la — de las criaturas de la tierra, 164.
MANTO. Tiraba del — a una imagen de la Virgen para que fuera con ella cuando iba a recibir a su Hijo en la Comunión, 319.
MARÍA. Consagración a la Virgen — a los dos días de hacer su

profesión religiosa, 58-60; Vivía más de la gloria de — que de su propia vida, 124.
MARIANA (vida). Designio de Dios relacionado con la vida —, que la trabajó en los últimos meses de Noviciado, 55; Cómo practicaba la vida — en el período de purgación, 105; Vida —, obra del P. Nazario, muy estimada de la sierva de Dios, 714.
MATERIALES. Escasez de recursos —, 775.
MATERNIDAD divina. En su última noche invoca a la —, 788.
MEDIACIÓN universal de la Virgen, 683.
MEDIANERA Universal. Fiesta de la Virgen —, 783.
MEDIAS. No poder pertenecer a Dios a —, beneficio que Dios le ha hecho, 301.
MÉDICO. El — la somete a régimen, con cuyo motivo le sobreviene una tribulación hasta que un Padre se interesa y la dejan libre, 372-373.
MEDIOS de santificación en su primera conversión, 22.
MEDITACIÓN. En el torno continuaba la —, 113.
MEJORAS del convento, 756.
«MENSAJES de la Reina del cielo», escrito mariano de la sierva de Dios, que quedó inconcluso, 727.
MINISTROS. Persuasión de que Dios debía comunicarle la tranquilidad por medio de sus —, 521; Sentimiento de ver morir a los — del Señor, 639, 647; Los — de Dios son por regla general extremadamente desconfiados, 659; Sufre cuando ve a los — de Dios crédulos y amigos de saber las cosas por camino sobrenatural, 706.
MISA. Cuando oía tocar a — se llenaba de gozo, 182; Actos que practicaba en el santo sacrificio de la —, 411; Asistía en espíritu a todas las misas, 511.
MISTERIOS de la vida de Jesús. Contemplación de los —, 419.
«MÍSTICA ciudad de Dios», obra de la Vble. M. Agreda, 115-121, 144, 750.
MÍSTICA. Cuál era la única — que quería conocer, 768.
MÍSTICOS. Necesidad de que se escriba sobre los falsos —, 735.
MODISTA. El episodio de la —, 6.
MODO de vida común y ordinario en lo exterior, 771.
MORIR. Quisiera — después de larga y penosa enfermedad, 650.
MUERTE mística que produjo en ella la conducta de Dios en el período de purgación, 99; acepta la más penosa — que ha padecido ni padecerá criatura mortal, 482; Padecimiento que prevé para la hora de su —, 566.
MUERTE de la sierva de Dios, 789-790.
MUNDO. Rogaba mucho por el — y encomendaba a Dios todas las necesidades de que tenía noticia, 202.

NATURALEZA. La — entera parecía que le hablaba al alma y elevaba a Dios tan pronto como se retiraba de las criaturas, 191.
NAVIDAD. Cómo celebró la — en Jesús María, 195-197.
NIÑO DIOS. Visión del — y curación de la enfermedad, 467.
NOMBRE de Jesús. Devoción al —, 330-332.
NOMBRES de las religiosas que componían en 1898 la Comunidad de la Concepción y la de Jesús María, 219.
NOTICIA sobre la vida divina del Verbo en el seno del Padre, 471.
NOVENARIO de la Inmaculada. Solemnidad y devoción con que celebraba el —, 210.
NOVICIADO. Estado de tibieza y sufrimientos durante el año de —, 50-51.
NOVÍSIMOS. Meditación de los —, 135.

OBEDIENCIA completa. Dios le pide vida de — a un ministro suyo, 415.
OBJETIVO. Su — o centro eran Jesús y su Madre, 229.
OBRA. Testimonio de M. Presentación sobre la — de M. Sorazu al frente de la Comunidad, 764-767.
OBRAS materiales que realizó en el convento e iglesia, 776-777.
OBSERVANCIA regular. Celo por la —, 773.
OCUPACIONES. Una de sus — era presentar al Padre los sentimientos, aspiraciones y súplicas de Jesús a favor del género humano, 457.
OCUPACIONES. Otra de sus — fue asistir en espíritu a todas las misas, acompañar a Jesús en todos los Sagrarios, procurar recibirle en la Comunión por cuantos, pudiendo, no lo hacen, 539.
ODIO. Las penas más amargas del período de purgación fueron causadas por el propio conocimiento y por la aprensión del — de Dios, 87.
OFRECE. Se — a padecer trabajos por una religiosa, antigua amiga suya, 414; Se — a padecer por una religiosa, la cual queda libre, contrayendo ella la enfermedad, 468.
ONOMÁSTICO. Felicita al P. Alfonso en el día de su —, 672; Felicita al director en el día de su —, 707.
OPRESIÓN que le producía la presencia de Dios en los primeros meses del período de purgación, 91.
ORACIÓN. Abandonaba la — cuando cometía una falta deliberada, 8; Nunca fue aficionada a leer tratados de —, 72; Ejercicio de preparación para la — imitando las diligencias que practicaba el Sumo Pontífice de la ley antigua para entrar en el Santuario, 308-312; Dios desea que los hombres vaquen a

la — y se dediquen al ejercicio de su divina presencia, 461-463.
ORACIÓN mental de Comunidad, 410.
ORACIÓN nocturna. Propósito de privarse de una o dos horas de sueño para dedicarse a la —, 80.
ORATORIOS. Todos los rincones del convento eran para ella —, 114.
«OVEJA de María Inmaculada». Escribe las primeras líneas del opúsculo — y diversas noticias acerca de él, 631-634.

PACTO en que protesta querer ser fiel a la vida mariana, si bien acepta lo que Dios quiera disponer respecto a elevarla a la divina unión, 423 y ss.
PADECER y morir por el Salvador. Se ofrece a — y la petición es otorgada, 337-340.
PADRE. Dios le significa que es su —, 138. Pide a Dios — que le dé la gracia de conocer y amar a su Hijo, 407.
PADRE y Espíritu Santo. No quiere abandonar al Hijo por ir al —, 479.
PADRE. Cuánto le costaba en su infancia la ausencia de su —, 143; Gracias recibidas con ocasión de la muerte de su —, 250-253.
PADRE espiritual. Le falta el — cuando más lo necesitaba, 483.
PADRES y hermanos. Deseaba la muerte para sus — para tenerlos cerca de sí, 201, 249, 250.
PARAÍSO. La creación le hablaba de Dios como a Adán en el —, 166.
PASIÓN. Meditación de la — en su primera conversión, 26-27; Enseñanzas que aprendió en el ejercicio de la —, 133-134; Ejercicio de la —, 399; Si veía a las religiosas reír y charlar en tiempo de — se escandalizaba, 239; La — le impresionó siempre mucho, 239; Se abismaba en la contemplación de Dios paciente en el tiempo de —, 275-276; Quiere resarcir a Jesús por los padecimientos de la —, 472 y ss.; El Director le prohíbe pensar en la —, lo que es causa de nuevos suplicios para ella, 473 y ss.
PASTOR. Relaciones con Dios en el dictado de Buen —, 259-266.
PAVIMENTO y paredes. Antes de ir a Jesús María besó muchas veces el — de los lugares en que había recibido algún favor singular de Dios, 185.
PECADO. Sustraerse enteramente al —, preocupación de Sor Angeles, 244.
PECADO mortal. Tribulación por creer que se hallaba en —, 336, 494, 535.

PECADORES. Amor a los — en el estado de unión, 166.
PENA de buscar a Jesús sin esperanza de hallarlo nunca en carne mortal, 237; Insoportable —, causada por la ingrata correspondencia del género humano al amor de Dios, 437-438.
PENANDO. Dios se le muestra triste y — por la indiferencia y frialdad de los mortales, 430 y ss.
PENETRACIÓN de los corazones. Don de —, 469-470.
PENITENCIA. Lo que experimentaba cuando recibía el sacramento de la —, 8; Ansia de recibir la absolución en el santo tribunal de la —, 627.
PENTECOSTÉS. Gracias recibidas en la solemnidad de — del año de 1918, 622-623.
PERFECTA. ¿Esperará a ser — para entregarse a Dios?, 551.
PERFECTO cumplimiento de la voluntad de Dios en el estado de unión, 165.
PERRO. Llegó a decir a Dios que amaba más un — que su alma, 544.
PERSECUCIÓN que sufrió de parte de varias religiosas y del que fue su segundo director, 572, 574; Id. de una religiosa que hacía cuanto podía para desacreditarla con los Confesores, Prelado, Visitadores, etc., 488-489, 493.
PLÁTICA. Ultima — que dirigió a la Comunidad (el día de Santa Magdalena), 783.
PLÁTICAS de la sierva de Dios a la Comunidad, 754.
PIEDRA de escándalo. Caso de una religiosa que no quiso emitir los votos en una fiesta de la Virgen y fue luego — de la Comunidad, 127-128.
PLAZO. Pide — para seguir meditando los misterios de la vida y Pasión de Cristo antes de pasar a la contemplación de la Divinidad, para la que es requerida, 576-577.
POBREZA. Celadora de la santa —, 755.
POSTULANTADO. Sentimientos durante el mes de —; 48-49.
PRESENCIA de la Divinidad en todo tiempo y lugar. Gusta el sentimiento de la —, 177.
PRESENCIA de Dios Uno y Trino. El sentimiento de la —, único Bien que ha poseído en la tierra, 561.
PRESENCIA real de Jesús en la Eucaristía. Gozaba la evidencia de la —, 352.
PRIOR. El — de los Dominicos de San Pablo de Valladolid cae enfermo de ataque gripal; M. Sorazu y su Comunidad se ponen a pedir por él, 636 y ss.
PRIVILEGIADAS. Las — de su corazón fueron las que más disgustos le dieron, 774.
PROPÓSITOS que hizo en la segunda conversión, 80-81.

PUEBLOS en que vivió la sierva de Dios antes de entrar religiosa, 2.
PUREZA. Dios no la ha sometido a la dolorosa prueba de las tentaciones que comprometen la —, 724.
PURGATORIO de la vida espiritual, 82.
PURO amor. La Virgen le enseñó la ciencia del —, 129.
PURO espíritu. Paseaba con una ligereza que parecía —, 784.

QUERELLABA. Se — de la infinita caridad de Dios Padre, que entregó a la muerte a su Hijo por nosotros, 240.

RAMOS. Domingo de —, 368-370.
RANAS. El canto de las — era suficiente para elevar su espíritu a Dios, 192.
REFRESCOS y convites. Quitó los — en el locutorio, 751.
REGLA. Entiende la perfección que entraña el cumplimiento de la —, 48; El Señor la requiere para la perfecta observancia de la —, 56.
RELACIONES con Jesús Sacramentado, 399; Id. con la Santísima Virgen, 405-406.
RELACIONES inmediatas y mediatas con Dios. En las mediatas es donde resiste o dificulta la acción de la gracia, 673, 703.
RELACIONES con el Obispo Cartujo y con las Concepcionistas de Avila, 691.
RELAJACIÓN. Relativa — de costumbres que existía en la Comunidad, 49.
RELIGIOSAS. Necesidades que padecen las — por no tener ministros de Dios a quien exponer su situación con libertad, 625.
REPOSO. Envía dos religiosas a pedir un cuarto de hora de —, 787.
REPRENSIÓN del P. Ocerin, 335.
RESENTIDA. Se da por — del proceder de Dios y de la Virgen con ella, 216-217.
RESIGNACIÓN con que esperaba la eternidad dichosa o desventurada, la que Dios quisiera concederle, 135.
RESPETO humano. El —, obstáculo para cumplir sus propósitos, y cómo lo venció, 85.
RETIRO de más de un mes antes de morir, 778-779; La finalidad de su último — es probar si vale para la vida del cielo, contentándose con lo que Dios Padre se contenta, 780.
RETRATO físico y moral de la sierva de Dios, 760-761.
ROMERÍA de Leaburu, que dio ocasión a la conversión de Florencia, 12-14.
ROPA. Ni sabía la — que era suya, 775.

ROSARIO, 199, 615; El Director le manda escribir sobre los misterios del —, 704; Trabajo escriturario sobre el —, 733.

SACRAMENTADO. Relaciones con Jesús —, 284-296, 363, 408.
SACRIFICIOS costosos que se imponía por imitar a Jesús y cómo Este recompensaba dichos sacrificios, 145, 235.
SAGRADO Corazón. Visitas del — porque ha hecho lo que tanto le costaba (traducir su alma al Director), 417.
SAGRARIO. Homenajes de amor a Jesús ante el —, 505-507.
SAGRARIOS. Propósito de hacer compañía a Jesús en todos los —, 496.
SALUD. Entiende que la Virgen le concede la gracia de una notable mejoría de la —, 466.
SALVACIÓN del mundo. Se le muestra Dios buscando almas para la —, 547.
SALVADOR. Creer que es —, 402.
SAN BUENAVENTURA pensativo ante una imagen de la Virgen, 241.
SAN FRANCISCO. Visitas a — para contarle sus cuitas en el último año de su vida seglar, 46; Imitación de —, 54, 57; Intervención de — en la segunda conversión, 77-79; Meditación de las alabanzas de Dios y de la Virgen que compuso, 141, 200.
SAN JOSÉ, protector en el ejercicio de la oración, 83.
SAN JUAN DE LA CRUZ Y SANTA TERESA. Sufrimientos al leer sus obras, 601.
SANTA. Propósito de ser —, 7.
SANTA CATALINA DE SENA. Ha leído la «Vida de —» y se alegra de ver en la misma algunas cosas que han pasado por ella, 588.
SANTA TERESA. Le perjudica leer sus obras para estudiarse en ellas, 599; Defectos de —, 600-601.
SANTIDAD. Renuncia al deseo de la —, no queriendo ser más santa que lo que Dios quiere, 494.
SATANÁS. El Señor le insinuó que — estaba entronizado en la inmensa mayoría de las almas, 548.
SEMANA. Cómo consagraba los días de la — a la contemplación de los misterios divinos, 373-375.
SEMANA mayor. Contemplación de los misterios que se celebran en la —, 370-371.
SENO. Visión de Jesús en el — de María, 583-584, 686.
SENTIDO. No pierde el — durante las comunicaciones, 583.
SER de Dios. El Director le ordena meditar en el —, 444, 445 y ss.; Escribió sobre el — y sus divinos atributos, 469.
SERVIR a Dios es reinar, 5; Su único interés, felicidad y recompensa era —, 96.

SIGLO XIX. Fiesta de fin del — en la Concepción de Valladolid, 267-274.
SILENCIO. Empeño que puso en que se guardara el —, 751.
SILLAS. Retira de la celda tres o cuatro —, dejando sólo una, 56.
SIMULTÁNEAMENTE crecieron en ella el amor a Dios y a la Virgen, 123-124.
SOCORRO. En la imagen de la Virgen del Perpetuo — el Hijo tiene colocadas las manos en las de su Madre, 156.
SOLEDAD. Toda su vida religiosa amó singularmente la —, 389.
SUBIDA a Jerusalén. Fue uno de los episodios de la vida de Jesús que más llamó su atención después de venir de Jesús María, 236.
SUFRIMIENTOS. Los — que le ocasionaban las faltas que cometía, 178-179; — por el mandato de escribir, 501; Los — y agonías de corazón que padeció los seis meses primeros que se dirigió con el P. Mariano, 545; Los — horribles de sus últimos días, 784-785.
SUICIDADO. Se hubiera — si no mediara la prohibición divina, 544.
SUPERIORES. Escasean los — humildes y morigerados, 654.

TANTO amó Dios al mundo... Dicha que siente cuando recuerda este texto del Evangelio, 628.
«TANTO tiempo ha que estoy con vosotros, ¿y no me habéis conocido?» Noticia recibida a propósito de estas palabras, 575.
TEMOR. Para aprender el santo — se pone a tomar nota de las «Meditaciones» del P. Lapuente y Dios Padre se le muestra abrasado de amor por el género humano en el momento que precedió a la Encarnación, 246.
TENTACIÓN de volver a las vanidades del mundo, que había abandonado, 40; Id. contra la dirección y contra el trabajo escriturario, 633.
TEOLOGÍA divina o cristiana, 73.
TEOLOGÍA cristiana y divina, 131.
TEOLOGÍA mística. Extravío que padecen las almas que se dedican a saborear tratados de — para mirarse a sí mismas, 604, 615.
TESTIMONIOS de D. José Hospital, Mariano Martínez, Alfonso Vega y Agustín Hospital sobre la sierva de Dios, 762.
TIBIEZA. Caída en la — por causa de su silencio con los Confesores y Directores, 41.
TIERRA de Dios. Jesús se le presenta como el Señor que manda en la —, y por tanto no debe temer meditar en el ser divino, 450.

TOQUE sustancial, 663.
TORNERA segunda. Le confían el cargo de —, que se convierte en fuente de sufrimientos por las peligrosas relaciones que presenciaba, 63, 85.
TORNO. Injurias que recibió de la religiosa que la acompañaba en el —, 147.
TORPEZA para las cosas de la tierra y agudeza para las de Dios, 32.
TRABAJO. Santificaba el — con la oración, 114.
TRABAJO ESCRITURARIO. La cruz del —, 614, 618-620, 709-711; Tentaciones contra el —, 685.
TRABAJO material, 755.
TRABAJOS. En los tres últimos años que se dirigió con el segundo Director cree que Dios le concedió los — que solicitó padecer por su antigua amiga, 416.
TRANSPORTES de gozo al sentirse ruin y miserable y ver a Dios y a la Virgen llenos de virtudes y perfecciones, 567.
TRATADO. El — *La Vida Espiritual* es la historia de sus relaciones sobrenaturales, 713.
TRATO con Dios Uno y Trino, 507-509.
TRIBULACIÓN. Ultima — antes de la entrega de Dios, 157-158; Id. al mostrársele Dios severo por su tardanza en cumplir la orden relativa a la dirección, 383-385; Id. al creer que está en pecado mortal, 468.
TRINIDAD. Ejercicio de identificación con las tres divinas personas de la — y con la Virgen, 529-531; Entrega de la Santísima — (11 de Junio de 1911) e intervención de la Virgen en ella, 578-579; Trato con las tres personas de la —, 617; Atracción que siente hacia las tres divinas personas de la —, 628; Gracias recibidas en la fiesta de la Santísima —, 630.
TRIPLE manifestación de Jesucristo. La — es el cumplimiento de tres textos evangélicos, 606.

ULTIMÁTUM de Dios por el que le ordena cumplir la orden relativa a la dirección, so pena de abandonarla para siempre, 382-384.
UNCIÓN de los enfermos, sacramento que recibió con gran alegría, 783.

VANIDADES. Epoca de — a los quince-dieciséis años de su edad, 9-10.
VASCUENCE. Está persuadida de que habla la lengua castellana imperfectamente, como lo hacen generalmente todas las que

hablaron primero el —, 721; Súplica a San Agustín en —, 788.
VEINTICINCO AÑOS. No quiere entregarse definitivamente a Dios hasta los —, 192.
VELAR los intereses de la gloria de Dios: uno de los empleos principales de su vida, 548.
VELO. Asistencia al locutorio con el — echado, 752.
VENCER siendo vencidos, 774.
VERBO DIVINO. Divinísimos efectos que le produjo el ver al — puesto al servicio de la voluntad santísima del Padre, 538.
VERBO ENCARNADO. Sentimiento de la presencia del —, 140; Visión del — presente a su alma y efectos maravillosos que esta visión le producía, 555; Adhesión al —, 621-628.
VERGÜENZA de manifestar al Confesor las gracias que recibía y las aspiraciones que sentía, 37.
VIACRUCIS en el que empleaba de hora y media a dos horas, 114; Lo estableció como ejercicio diario, 753.
VIAJE a Caspe acompañando a una amiga que iba a ingresar religiosa allí, 42; Id. a Valladolid e ingreso en el convento, 47-48.
VÍCTIMA propiciatoria. Se ofrece en calidad de —, 492, 510-511.
VIDA de sufrimiento y de gozo. Noticia de la — que vivieron simultáneamente Jesús y María, 168.
VIDA divina de Jesús o «Historia del amor eterno», libro que el segundo Director le ordenó escribir, 557-558.
VIDA ESPIRITUAL. La —, obra que M. Sorazu escribió por mandato de su quinto Director, el P. Alfonso, 602-603; Fecha de composición de la obra, 607-611.
VIDA gloriosa de Jesucristo. Se pierde en la —, 376.
VIDA pública de Jesús. Meditación de la —, 505.
VIEJAS. Su reacción ante la monja que le dijo que Jesús abandona a las —, 193-194.
VILEZA. Sentimiento de la propia — desde que tuvo uso de razón, 31.
VIRGEN SANTÍSIMA. Alivio que hallaba en la — en el período de purgación, 88, 92, 102-103; El culto que tributaba a Dios procuraba avalorarlo con los méritos de la —, 112; De la — aprendió a mirar como defectuoso no solamente los pecados, sino también los actos libres que entorpecen el cumplimiento de los deseos de Dios relacionados con la santificación de las almas, 130; Se estrechan sus relaciones con la — (en Jesús María), 198-199; Lo que gozaba en las festividades de la —, 215; Cómo gozaba la presencia de la —, 243; Relaciones con la — en la tribulación que precedió a la elección para Abadesa, 380-381, 385-386; Visitas a la — en las solemnidades

del Señor y de la —, 413; La — le pide que se abisme en su Hijo, 420 y ss.; La — (y San Francisco), dos tesoros que posee la Comunidad para presentar en desagravio, 491; Suplicaba a la — que recibiese como regalo suyo la gloria que recibe de Dios, 499; Antes de dirigirse a Dios pedía a la — que la presentase en el divino acatamiento, 507; Muchas veces ha luchado o resistido a Dios, pero la necesidad de obedecer a la — se impone siempre a su alma, 723; Todo su bien se lo debe a la —, 725; Pena que sintió cuando el Director le preguntó si no le estorbaba la — cuando se comunicaba con Dios, 725; La — siempre dice Dios, y Dios siempre dice María, 726; Ante una insinuación de la — se entregaron las tres divinas personas a su alma, 726; Le da pena oír hablar de vida interior y trato íntimo con Dios sin que aparezca la —, 736; Dios ha confiado a la — el ejercicio de su virtud subyugadora, 722-723.

VIRTUDES en grado heroico. Práctica de las — en el estado de unión, 167.

VISIÓN en que Dios Humanado se presenta dispuesto a castigar a los hijos de Adán si no encuentra algunas que aplaquen su cólera, 490.

VISITAS o apariciones repentinas, 400.

VOCACIÓN religiosa. Al cumplirse el treinta aniversario de su entrada en el convento da gracias a Dios por el inapreciable don de la —, 786.

VÓMITOS casi continuos en sus últimos días, 785, 787.

VOTOS que hizo deseando corregir las faltas que cometiera en sus relaciones con las criaturas, 355.

INDICE ONOMASTICO

(Gentileza de Fr. Juan Ariceta, O. F. M.)

Los números hacen referencia no a la página, sino a los números marginales puestos entre corchetes, en que aparece dividido el texto en la presente edición.

Abad (Antolín, O. F. M.), 597.
Abad (Camilo M.ª, S. I.), 714.
Abad (Presentación, Concepcionista), 657. Vide Presentación.
Agreda (Vble. María de Jesús de), 70, 119, 200, 217, 274, 387, 412, 750.
Aizpurua (Antonia, madre de la sierva de Dios), 2, 782.
Aizpurua (José), 2.
Aizpurua (M.ª Antonia), 2.
Alonso (Sor María, Concepcionista), 219.
Antonia (R. Madre, Concepcionista), 219.
Anunciación (Sor, Concepcionista), 735, 778.
Arbiol (Antonio, O. F. M.), 27, 84.
Arce (Agustín, O. F. M.), 11.
Arnoldo (S. I.), 70.
Arintero (Juan, O. P.), 634, 692, 698, 710, 713, 719, 732, 735, 746.
Asunción (Sor, Concepcionista), 219.
Atilana (Sor, Concepcionista), 219.
Azpeitia (Julene), 2.

Barriola (Martín, sacerdote), 36.
Belecio (S. I.), 70.
Beovide (Crispín, O. F. M.), 27.
Buldú (Ramón, O. F. M.), 199.

Canalejas (José, político), 547.
Cardeñoso (Leonardo, O. F. M.), 597.
Carmen (R. Madre, Abadesa de Jesús María), 219.
Cascajares (Antonio M.ª de, Arzobispo), 183.
Castaño (O. P.), 684.
Causino (Nicolás), 27.
Ceferina (Sor, monja de Jesús María), 219.
Clara (Sor, monja de Jesús María), 219.
Concepción (Sor), 219, 774. Vide Prendes.
Cornejo (Damián, O. F. M.), 70.
Cristeta (Sor, monja de Jesús María), 219.

Delgado (Nicomedes, O. P.), 585.
Díez (Miguel, S. I.), 553.

Eguillor (José Ramón, S. I.), 459.
Elcid (Daniel, O. F. M.), 790.
Encarnación (Sor), 219.
Escoto (Vble. Duns, O. F. M.), 274.
Esperanza de San Rafael (Clarisa, Abadesa de Lerma), 386, 414.

Francisca (Sor, Concepcionista de Jesús María), 219.
Felipa de Santa Teresa (Sor, Concepcionista de Avila), 687.
Figueroa (Juan de), 776.

Gandasegui (Remigio, Arzobispo), 783.
García (Francisco, S. I.), 729, 733, 737, 741, 745.
Garzón (S. J.), 418.
Goicoechea (Ana), 2.
Gómez (S. J.), 70.
Gorriti (Felipe), 36.
Granada (Fr. Luis de, O. P.), 70.
Guerra (José Antonio, O. F. M.), 141.
Gutiérrez (Enrique, O. F. M.), 777.

Hernández (Eusebio, S. J.), 436, 788.
Herrero y Espinosa de los Monteros (Sebastián, Obispo), 2.
Hospital (Agustín o Juvencio, Agustino, Obispo y luego Cartujo), 691, 762.

Hospital Frago (José, Deán, segundo Director de la sierva de Dios), 415, 725, 762.

Inmaculada (Sor), 778.

Jesusa (Sor, monja de Jesús María), 219.
Josefa (Sor, monja de Jesús María), 219.
Juberías (Francisco, C. M. F.), 788.
Julia (Sor, monja de Jesús María), 219.
Julio II (Papa), 752.

Lapuente (Luis de la, S. I.), 70, 246.
Lasa (Fr. Antonio, O. F. M.), 76.
Lasa (Sor Visitación, Concepcionista), 76.
León (Fr., compañero de San Francisco), 141.

Margarita (Sor), 219, 778.
María (Sor, monja de la Concepción), 219.
María (Sor, monja de Jesús María), 219.
María Cristina (Reina), 759.
María Encarnación (Sor), 687.
María Esperanza (Sor), 702.
Martínez (Mariano, O. F. M.), 597, 762.
Maura (Antonio, político), 759.
Mercedes (Sor), 219.
Merinero, 752.
Micaela (Sor), 219.
Morán (Isacio, S. I.), 737.
Moisés (Profeta), 307.

Natividad de la Puebla (Sor), 468, 683, 770, 775.
Nicolasa (Sor, monja de Jesús María), 219.
Nieremberg (Eusebio, S. I.), 70.
Nieto (Narciso, O. F. M., cuarto Director de la sierva de Dios), 585.
Núñez de Toledo (María), 776.

Ocerin-Jáuregui (Andrés, O. F. M., primer Director de la sierva de Dios), 335, 386, 414, 657, 691, 778.
Olaizola (Concepción), 2.
Olascoaga (Concepción), 2.
Omaechevarría (Ignacio, O. F. M.), 752, 776.
Orcaiztegui (Patricio, párroco de Tolosa), 42.
Ormaechea «Orixe» (Nicolás), 34.

Ossó (Enrique de), 27.
Otegui (alias Gavirondo, Sor M.ª Pilar), 42.

Pascuala (Sor, monja de Jesús María), 219.
Pedro Regalado (Fr., O. F. M.), hermano de la sierva de Dios, 11.
Pérez (Nazario, S. I.), 61, 429, 597, 602, 612, 634, 713, 714, 735.
Petra (Sor, monja de Jesús María), 219.
Pío IX (Papa), 274.
Pobladura (Melchor de, Capuchino), 542, 557, 714, 728, 790.
Prendes (Sor Concepción), 76, 691, 790.
Presentación Abad (Abadesa), 676, 763, 771, 778, 779, 781, 785.

Raimundo (P.), 684.
Rodríguez (Alonso, S. I.), 70.
Rosario (M., Abadesa), 219, 763, 773, 778.

Saldaña (Antonino, O. P.), 585, 635, 644, 658, 670, 777.
San Agustín, 788.
San Antonio, 782.
San Bernardo, 642, 749.
San Buenaventura, 199, 241, 749.
San Francisco de Asís, 141, 200, 234, 492, 782.
San Joaquín, 782.
San José, 178.
San Juan (evangelista), 711.
San Juan de la Cruz, 72, 601.
San Luis María Grignion de Monfort, 714.
San Mateo (apóstol), 157, 307.
San Miguel Arcángel, 280.
Santa Ana, 782.
Santa Beatriz de Silva, 752, 776, 777.
Santa Catalina de Sena, 588.
Santa Margarita María de Alacoque, 429.
Santa Teresa de Jesús, 476, 598, 599, 600, 601.
Santiago Apóstol, 310.
Segura (Pedro, Vicario Capitular y futuro Cardenal), 738.
Seisdedos (Jerónimo, S. I.), 719.
Serrano (Atanasio, párroco de San Miguel), 756.
Smith (Manuel, S. I.), 459.
Soledad (R. M., monja de Jesús María), 219.
Soloeta (Tomás, O. F. M.), 778.

SORAZU (Buenaventura), 2.
SORAZU (Bibiana), 11.
SORAZU (Concepción), 11.
SORAZU (Florencia, nombre seglar de la sierva de Dios), 11.
SORAZU (Joaquín-Luis), 11, 352.
SORAZU (José Manuel), 11, 636, 713, 788. Vide Fr. Pedro Regalado Sorazu.
SORAZU (Julita), 11.
SORAZU (María), 11.
SORAZU (Mariano, padre de la sierva de Dios), 2.
SORAZU (Santos), 2.

TELLECHEA (Francisco, sacerdote), 35.
TERESA (Sor, monja de Jesús María), 219.
TORIBIA (Sor, monja de la Concepción), 219.

UGALDE (Encarnación), 2.

VALERIANA (R. M., monja de Jesús María), 219.
VEGA (Alfonso, O. P., quinto Director de la sierva de Dios), 172, 585, 588, 596, 607, 609, 612, 631, 632, 633, 637, 639, 643, 644, 646, 649, 650, 655, 666, 668, 669, 670, 671, 672, 675, 681, 683, 684, 685, 688, 692, 694, 696, 697, 699, 701, 702, 703, 704, 707, 708, 719, 728, 729, 731, 732, 734, 757, 762.
VEGA (Mariano de, Capuchino, tercer Director de la Sierva de Dios), 10, 219, 489, 540, 541, 542, 543, 545, 546, 547, 557, 558, 560, 564, 585, 597, 676, 695, 711, 714, 728, 738, 750, 790.
VIDAL (Encarnación), 27, 42, 69.
VICTORINA (Sor, monja de Jesús María), 219.
VILLASANTE (Luis, O. F. M.), 579, 790.
VISITACIÓN (Sor, monja de la Concepción), 219.

ZAPATERO (Agustín, O. S. A.), 733.

INDICE GENERAL

PRÓLOGO 3

INTRODUCCIÓN 9

I. Boceto biográfico 12
II. Itinerario espiritual de la M. Angeles 16
III. La Comunidad de Jesús María y la de la Concepción ... 20
IV. Situación sociopolítica y religiosa de España en la época. 24
V. Los caminos ordinarios y la Mística 29
VI. El germen mariano 34
VII. La inquebrantable adhesión al Verbo Encarnado 39
VIII. Las cruces de la M. Angeles, sus motivos y sus límites. 44
IX. El carácter de la M. Angeles Sorazu 50
X. La escritora 55
XI. Génesis y vicisitudes de la obra que publicamos 64
XII. Criterios seguidos en la presente edición 71
XIII. Notas sobre algunas particularidades —sobre todo incorrecciones— que ocurren con alguna frecuencia en la M. Sorazu 74
XIV. Actualidad del mensaje 75

* * *

PRÓLOGO DEL P. NAZARIO PÉREZ A LA PRIMERA EDICIÓN 79

AUTOBIOGRAFIA ESPIRITUAL DE LA M. ANGELES SORAZU

[PARTE I]

MI HISTORIA

LIBRO PRIMERO

Contiene los principales acontecimientos de mi vida desde el nacimiento hasta el año segundo después de mi profesión religiosa

Capítulo I. [Infancia, adolescencia y primera conversión] ... 91
Capítulo II. Mi vocación. Mis ocupaciones en el período inmediato después de mi conversión 104
Capítulo III. Cómo caí en la tibieza y abandoné mis ejercicios de piedad 112
Capítulo IV. Mi entrada en la religión seráfica Concepcionista y mi santo noviciado, por mejor decir, mi vida tibia en el año de noviciado 118
Capítulo V. Mi profesión solemne: mi consagración a la Santísima Virgen 122
Capítulo VI. Mi segunda conversión 132

LIBRO SEGUNDO

Contiene mi historia íntima los años 2.º y 3.º después de mi profesión

Capítulo I. Los obstáculos que tuve que vencer en la nueva vida que inauguré el 15 de Agosto de 1893 137
Capítulo II. El purgatorio de la vida espiritual: lo que en él padecí 140
Capítulo III. Mi modo de proceder 144
Capítulo IV. Mis relaciones con la Sma. Virgen en el período de purgación 148
Capítulo V. Continúa manifestando el bien que reportó a mi alma la práctica de la vida mariana 164
Capítulo VI. La primera manifestación de amor paternal 171
Capítulo VII. El misterio de la Encarnación se impone a mi alma: una contemplación que me concedió la infinita bondad y misericordia de Dios; primeras pruebas de paternal afecto. 173
Capítulo VIII. Jesús y María mis divinos Modelos 177
Capítulo IX. La Comunión mariana. Ansias de poseer a Dios. La última prueba 180

Capítulo X. Cómo Dios N. Señor se entregó a mi alma 187
Capítulo XI. Estado de mi alma después de la entrega de Dios 190
Capítulo XII. Cómo descendí del grado de unión divina que dije en el capítulo precedente 194
Capítulo XIII. Mis relaciones con Dios después del descenso. La imitación de Cristo 197

LIBRO TERCERO

Comprende la historia de mi vida desde la edad de 22 años a los 31

Capítulo I. Nuestra Comunidad en el convento de Jesús María. 203
Capítulo II. Elevación de mi alma a Dios en el período de vida que refiero v mis tratos de unión con Jesús 208
Capítulo III. La noche buena. Mis relaciones con la Virgen y con Dios 210
Capítulo IV. Contemplación de Jesús en su vida pública 215
Capítulo V. El período de sufrimiento. La despedida 219
Capítulo VI. Mi vida interior: reflexiones sobre las flores; ansias de poseer a mi Dios Humanado 226
Capítulo VII. Contemplación de Jesús en el desierto 233
Capítulo VIII. Contemplación de Jesús subiendo a Jerusalén y en su Sma. Pasión. Mis relaciones con la Sma. Virgen 236
Capítulo IX. Mis diligencias para obtener la gracia del santo temor. Comunicación del 24 de Marzo y la del domingo de Pasión. El fallecimiento de mi padre 242
Capítulo X. Una visión o comunicación que tuve en la fiesta de la Ascensión de nuestro divino Salvador 247
Capítulo XI. Mis relaciones con Jesús en el dictado de el Buen Pastor 251
Capítulo XII. Fin del siglo diecinueve y principio del veinte en esta santa Casa y Comunidad 256
Capítulo XIII. Mis relaciones con Jesús paciente. El fallecimiento de mi hermano 263
Capítulo XIV. Mis relaciones con Jesús Sacramentado y con los santos Angeles 266
Capítulo XV. Cómo me preparaba para la oración y para recibir en mi pecho a Jesús en la sagrada Comunión 279
Capítulo XVI. Las comunicaciones divinas en la liturgia sagrada propia de Adviento 294
Capítulo XVII. Devoción al dulcísimo nombre de Jesús 299
Capítulo XVIII. Mis sufrimientos interiores. Tres visiones que tuve en sueños y cómo se realizó una de ellas 302
Capítulo XIX. Período de sufrimiento 317
Capítulo XX. Mis relaciones divinas desde Diciembre de 1902 hasta Mayo de 1903 322

Capítulo XXI. Mi vida íntima desde Mayo hasta Noviembre año 1903 328
Capítulo XXII. Período de sufrimiento 332
Capítulo XXIII. La elección de Abadesa 337

LIBRO CUARTO

Contiene la historia de mi vida en el período de tiempo comprendido desde Febrero de 1904 hasta Julio de 1910: desde los 31 hasta los 37 de mi nacimiento

Capítulo I. Mis ocupaciones interiores el año inmediato de la elección para Abadesa 341
Capítulo II. Mis relaciones con la Santísima Virgen 350
Capítulo III. Cambio de dirección espiritual 357
Capítulo IV. Los ss. ejercicios que hice el año 1905, el pacto que hice con la Virgen Santísima: mis relaciones divinas ... 359
Capítulo V. Nueva fase de vida y lo que hice y padecí desde Noviembre de 1905 hasta fines de Enero de 1906 370
Capítulo VI. Comunicaciones divinas que tuvieron lugar desde fines de Enero hasta Junio, año de 1906 375
Capítulo VII. SS. Ejercicios que hice en Junio de 1906; estado de mi alma después de mi santo retiro 381
Capítulo VIII. Cómo empecé a escribir 390
Capítulo IX. Indica la marcha de mi alma desde Septiembre de 1906 hasta Marzo de 1907 395
Capítulo X. Indica la marcha de mi alma desde Marzo hasta Julio del año 1907 399
Capítulo XI. Mis sufrimientos 406
Capítulo XII. Mis ocupaciones interiores y la marcha de mi alma desde Octubre de 1907 hasta Julio de 1910 416
Capítulo XIII. Continúa indicando la marcha de mi alma y mis ocupaciones interiores 423
Capítulo XIV. Continúa indicando la marcha de mi alma y mis ocupaciones interiores 432
Capítulo XV. Nuevas tribulaciones y empleos de mi vida 443

LIBRO QUINTO

Contiene la historia de mi vida desde Julio de 1910 hasta el día que terminé de describirla

Capítulo I. Cambio de dirección: mis sufrimientos los seis meses primeros que me dirigí con el nuevo Director 449
Capítulo II. Mis ocupaciones interiores y la marcha de mi alma desde Julio hasta Diciembre inclusive del año 1910 456

Capítulo III. Doble vida de goces y sufrimientos que simultáneamente viví desde fines de Diciembre de 1910 hasta Junio de 1911 466
Capítulo IV. Continúa la relación de la doble vida de mi alma. 479

PARTE II

[COMPLEMENTO]

Capítulo I. Nueva dirección. 1917 493
Capítulo II. Escribe «La Vida Espiritual». 1918 509
Capítulo III. Páginas de su Diario 517
Capítulo IV. Dramática lucha entre la Justicia y la Misericordia 539
Capítulo V. Cartas de dirección 572
Capítulo VI. Prepara la M. Angeles la publicación de sus escritos. Nuestra correspondencia 611
Capítulo VII. Ultimos años 631
Capítulo VIII. Reformadora y Superiora modelo 646
Capítulo IX. La Abadesa, descrita por sus monjas 656
Capítulo X. Enfermedad y muerte 673

INDICE ANALÍTICO DE MATERIAS 687

INDICE ONOMÁSTICO 709